

EL ÚLTIMO ORCO



SILVANA DE MARI

Lectulandia

El tiempo ha pasado... y ahora Yorsh, el último elfo, es ya un adulto. Sin embargo, el protagonista real de este libro es Rankstrail, un mercenario que lucha en la guerra contra los orcos.

Mientras que Yorsh es un héroe por destino, Rankstrail tiene que encontrar su camino a través de las decisiones que toma, a pesar de que algunas puedan resultar erróneas... Hasta que, finalmente, el amor se convierta en el factor decisivo que le ayudará a adoptar las correctas.

En las aventuras clásicas suele ser el héroe quien liberta a la protagonista de las garras del malvado orco, pero ¿quién es realmente el orco: quien nació orco, o quien eligió serlo?

Lectulandia

Silvana De Mari

El último orco

El último II

ePub r1.0

Banshee 11.05.14

Título original: *L'ultimo orco*
Silvana De Mari, 2005
Traducción: Lina Patricia Bojanini

Editor digital: Banshee
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A todas nuestras madres, imperfectas, rabiosas, insoportables,
magníficas, por todo el amor que nos dieron,
y por el que no nos dieron
cuando estaban demasiado cansadas
y demasiado desesperadas para dárnoslo.*

LIBRO I

EL OSO Y EL LOBO

—¡Ey, capitán! —dijo Lisentrail—, sabes, solo a quienes nunca hacen absolutamente nada no se les estropea nada y todo les queda intacto. Hasta Quien hizo el Universo debió haber perdido algunos dedos o algunos dientes durante la tarea.

Mientras comandaba la persecución del Elfo Maldito a la cabeza de los Mercenarios de Daligar, el Capitán Rankstrail, apodado el Oso, intentó recordar cuántos años hacía que lo perseguía.

Es más, intentó recordar cuándo había oído hablar por primera vez del Maléfico, porque tuvo que haber un periodo en su vida en el que ni siquiera lo había oído nombrar.

Logró aislar el recuerdo con esfuerzo. Había sido cuando era niño, en el Anillo Externo de la ciudad de Varil, el mismo día en que su hermana Flama nació. Doña Guzzaria, después de haber dicho que los Elfos, artífices de todas las desgracias del mundo, además tenían cola, habló de ese, el Maldito, enemigo de los Hombres y exterminador de sus gallinas.

La segunda vez que lo oyó nombrar fue el mismo día en que se hizo una honda y comenzó su gloriosa carrera como cazador furtivo. Le había regalado un poco de miel a uno de los tantos pordioseros que se refugiaban entre los bastiones, uno de los innumerables mendigos que se arrastraban con los pasos torcidos de aquellos cuyos pies han sido deformados por el verdugo. El hombre casi había corrido tras él con sus pasitos desiguales en su afán de agradecerle, y en aquel, aun más angustioso, de hablarle de ese, el perseguido, el más poderoso de todos los guerreros álficos, anunciado con antelación por una antigua profecía como el único posible restaurador del pasado y el salvador del futuro.

El Capitán Rankstrail, llamado el Oso, comandante de la caballería ligera de Daligar, juró que esta vez atraparía al Elfo Maldito, lo atraparía y se lo entregaría al aun más maldito Juez Administrador. Así, al menos, los dejaría en paz a él y a los suyos, libres para regresar a casa y tratar de mantener al ejército de los Orcos alejado de las granjas, de las colinas en las que los niños pastoreaban los rebaños y las mujeres recogían el agua de las fuentes, alejado de su gente desesperada y de su tierra que destilaba dolor.

En ese momento todos salieron de la garganta del Dogon, el Elfo adelante y ellos detrás. La ciudad de Varil apareció, alta y bellísima, envuelta en sus murallas, reflejada junto a una enorme luna en el agua de los arrozales.

El Anillo Externo estaba en llamas. La ciudad estaba asediada por centenares de

baterías de Orcos que de un momento a otro se darían cuenta de que la caballería ligera de Daligar estaba llegando al galope hacia ellos.

El Capitán Rankstrail pensó que debía detenerse; tal vez así todavía podría salvar a sus hombres. Un poco más y los centinelas de los Orcos, que no eran una banda cualquiera sino un ejército completo, los avistarían; y ellos eran solo un pelotón de caballeros mal armados.

El Capitán Rankstrail pensó que si no se detenía, de un momento a otro oiría sonar los cuernos de ellos, sabría que la trampa del Elfo se había disparado, que él había caído y que sus hombres morirían por ello.

Y luego pensó también que detenerse sería terrible porque lo único que deseaba era ir a ayudar a su ciudad que ardía, o al menos, perecer con ella.

El Elfo no se detuvo ni desaceleró: sacó la espada que brilló como una antorcha en la oscuridad y continuó al galope con la caballería ligera de Daligar que cabalgaba detrás de él bajo la luna que se reflejaba enorme en los arrozales, hacia la agonía de la ciudad que ardía y hacia el ejército de Orcos que había decidido destruirla.

Capítulo 1

El Capitán Rankstrail, apodado el Oso, comandante de la caballería ligera de Daligar, había nacido en los Confines, el límite entre las Tierras Notas y las Tierras Ignotas, al igual que más de la mitad de los Mercenarios.

En el pasado hubo fronteras y hombres armados para protegerlas y vigilarlas. Las Lluvias Perennes que habían estremecido al mundo, algunos años antes, habían anegado también los Confines y con ellos las garitas y las torres que los separaban a intervalos regulares. Empapados, los haces de leños pequeños y de paja para quemar cuando el enemigo apareciera se habían transformado en balsas minúsculas e inútiles y no había quedado nada con qué darle la alarma al Mundo de los Hombres.

Las tropas habían sido retiradas, las fortalezas habían sido derribadas y habían sido invadidas por las ranas, las coles se habían marchitado bajo el fango y el trigo no había crecido.

La miseria había invadido la tierra, y con la miseria, empujados por el hambre y la negligencia de los Hombres, los Orcos habían llegado en bandas y en manadas; solo las ranas estaban allí para detenerlos.

Familias enteras habían escapado de los saqueos, de la crueldad y la demencia de aquellos cuyo único recurso y única alegría era la destrucción; y después de escapar habían vagado, repudiados por todos, hasta arribar como náufragos a una playa de piedras, el Anillo Externo de la ciudad de Varil.

El Capitán Rankstrail no podía recordar la primera vez que había visto Varil: tenía pocos días de nacido cuando había dejado el límite de las Tierras Notas. Vivía en un mundo pequeño, conformado por el sabor de la leche, el olor de su madre; iba colgado de la espalda de esta en un saco fabricado con los restos de una túnica vieja, amarrado con un largo cordón de cuero trenzado. A veces era la espalda de su madre, y con más frecuencia era la de su padre: los distinguía por la cadencia del paso que lo mecía, por el timbre de la voz que le canturreaba una nana a lo largo de las interminables jornadas de camino.

Su familia era una de las tantas familias ahuyentadas por los Orcos. Su historia era una de tantas, todas iguales, historias de gritos en la noche, puertas derribadas a golpes de hacha, pollos que se quemaban dentro de gallineros en llamas sin ningún olor a asado o a romero.

Habían llegado a Varil, ellos tres, en una luminosa tarde a comienzos de la primavera, un poco antes de que el sol descendiera detrás de la colina de los almendros en flor sobre la que se levantaban las colosales murallas de mármol blanco de la ciudad. El agua de los arrozales duplicaba la ciudad y el cielo, dando la impresión de ser un mundo suspendido en el aire, colmado de azul, que se volvía dorado cuando el sol bajaba en el horizonte.

Si acaso Rankstrail se percató de las murallas, no debió encontrarlas más interesantes que los gallineros de su aldea natal: en todo caso no dio señas de apreciar la diferencia y siguió dormitando dentro del pedazo de túnica. No obstante, recordaba con precisión aquel día; esa primera imagen, las murallas de mármol blanco y los arrozales, el estupor ante aquella magnificencia, la gratitud hacia esa ciudad que a pesar de no ser la propia los acogía con amabilidad a ellos, tráfugas sin tierra, sin expulsarlos cortésmente, porque se había convertido en el relato con el cual la voz sosegada de su padre lo dormía en las tardes.

Desde niño, Rankstrail pensaba que Varil era su ciudad, su tierra, el lugar por el que habría considerado un honor combatir. Si se le hubiera concedido elegir alguna cosa por la cual morir, Varil habría sido su elección.

Desde niño se preguntaba a veces qué habría después de la muerte.

Entre los jovencitos que jugaban a los caballeros se decía que a los héroes que morían por su tierra los Dioses les tenían reservada la bienaventuranza. La palabra era incomprensible y Rankstrail dedujo que probablemente se refería a un tratamiento especial, a una situación en la que por una sola vez no solo habría sino que abundarían las salchichas, los higos secos, el queso fresco de cabra y sobre todo la miel, la dulzura suprema.

Rankstrail había descubierto la miel la víspera del nacimiento de su hermana Flama. Era una mañana soleada y él, como siempre, había acompañado a su madre, que era lavandera, a llevar un cesto grande de lencería a casa del Príncipe Erktor, recientemente elegido como soberano. La casa del príncipe se levantaba en el interior de la Ciudadela, el corazón profundo de la ciudad que estaba dividida en tres anillos, de los cuales el Anillo Intermedio y el Anillo Externo eran los más periféricos.

La Ciudadela, interna y protegida, era la parte más alta de la ciudad, el núcleo original, el más antiguo y noble. Allí se elevaban los palacios de la aristocracia orlados por columnatas suntuosas y rodeados de jardines exuberantes. Las fuentes brotaban entre los limoneros y los naranjos silvestres que bordeaban el empedrado.

Rankstrail ya era muy alto y fuerte para su edad, como muchos de los niños provenientes de los Confines. Iba por agua, cortaba leña y le ayudaba a su madre a cargar el cesto de ropa limpia. Desde que Rankstrail tenía memoria su madre había sido lavandera, pero de repente la barriga le había empezado a crecer, lo que quería decir, según lo que él dedujo de las conversaciones de los vecinos, que adentro había un niño o una niña, aún demasiado pequeño o pequeña para vivir al aire libre como él. La mamá no lograba hacer las cosas, no igual que antes. El agua se había vuelto demasiado fría, el lavadero demasiado bajo y, sobre todo, el peso del cesto se había vuelto insoportable; y Rankstrail, que hasta ahora había seguido a su madre solo por el placer de acompañarla, comenzó a hacerse útil con un orgullo infinito. De este modo ella no dejó de trabajar como lavandera, actividad que le garantizaba a la

familia alguna posibilidad de cenar y a veces hasta de desayunar, porque aunque su padre era buenísimo para trabajar la madera, no todos los clientes eran tan buenos para pagarle.

Rankstrail no sabía cuántos años tenía: quizá cinco o quizá seis; los pobres no los contaban. Aparte de los vagidos de su más temprana infancia, casi nunca profería ningún sonido. Hasta ahora nunca había hablado, era raro que riera y excepcional que su boca se entreabiera para llorar.

Como de costumbre, en la casa de Sir Erktor estaba el ama de llaves hosca que repasaba palmo a palmo la lencería buscando manchas invisibles para poder decirle a la lavandera que era una desaseada y pagarle menos. Aquel día, para su sorpresa, en la gran sala de los armarios encontraron en persona, alta y espléndida, a la Señora de aquella morada, la Dama Lucila. Esta dijo que todo estaba perfecto y que a su madre se le debían pagar doce duros, es decir, como observó el ama de llaves con un gemido, más del doble de lo pactado. La Dama era mucho más alta que la mamá de Rankstrail, también tenía una barriga grande y sonreía. Tenía el cabello claro: la luz rasante de la mañana, por unos instantes, había hecho destellar las trenzas enrolladas alrededor de la cabeza como una corona. El vestido de la lavandera, a cuadros marrones claros y oscuros, grises y negros, cosidos unos con otros, recordaba la colina de Varil en otoño con sus campos cuadrados de diversos tonos pardos según la dirección del arado. El vestido de la Dama, en cambio, era todo del mismo color blanco; encima tenía unas cosas pequeñas, blancas y redondas, que brillaban igual que en esas raras ocasiones en que la colina y el mundo se cubrían de nieve. También sobre la cabeza, para fijar las trenzas, tenía las mismas bolitas que devolvían la luz, aumentándola.

—¡Qué niño tan bueno el suyo! ¡Le carga la cesta! ¡Debe ser una satisfacción permanente para usted! —dijo la Dama, mientras la mamá de Rankstrail se ponía roja como un pimiento.

Aquellas palabras sorprendieron un poco a Rankstrail y le agradaron. Era la primera vez que alguien trataba a su mamá de «usted»; nunca había escuchado el «usted» dirigido a mujeres lavanderas y se dio cuenta de que era una de esas cosas que aunque no llenan la barriga producen placer, algo así como el aroma del pan fresco o tener los pies cerca al fuego en invierno.

—También yo, de un momento a otro, tendré uno, el primero —prosiguió la Dama, para nada desanimada por el mutismo de su madre—. Espero que mi niño sea fuerte como el suyo y en igual medida sabio. Sabe, si es un hombre, lo llamaremos Erik. Pero veo que también usted espera otro. ¿Cuándo nacerá?

La madre se quedó callada. Rankstrail, que la conocía, sabía que estaba paralizada por eso que su padre llamaba timidez, una especie de terror absoluto en el que ella caía cada vez que tenía que hablarle a un desconocido, así se tratara de cualquier

harapiento del Anillo Externo; y esta vez, por el contrario, se trataba de una Dama.

—¡Ey, tú! —resonó la voz resentida del ama de llaves—. Debes responder cuando la Dama te haga el honor de dirigirte la palabra.

El rojo del rostro de la madre se tornó aun más rojo; ni siquiera los pimientos de la Puerta Norte (que Rankstrail adoraba porque dorados daban un poco la sensación de estar comiendo carne, aunque en realidad no había carne) habrían resistido la comparación.

—Yo —alcanzó a decir de manera forzada, pero la voz de la Dama la interrumpió: estaba calmadísima y Rankstrail quedó fascinado con esto. Alrededor de su casa todos siempre gritaban, incluso solo para dar los buenos días, por no hablar de cuando estaban enojados; en cambio, la Dama no tuvo necesidad de levantar la voz para estar airada y la mirada que le asestó al ama de llaves bastó para lastimarla, hacerla palidecer y hacerla callar, sin haberla golpeado, ni siquiera rozado.

—Me siento desolada —dijo la Dama con esa voz suya que podía ser una hoja cortante—, mortificada por este lago de descortesía en el que se ha convertido de forma inconcebible mi morada. Debo haberme distraído... ¿Qué puedo hacer para que me perdonen? ¿Te gustaría un frasquito de miel?

Esta vez le habló a Rankstrail directamente. La imagen de una colada color ámbar que filtraba la luz se formó en la mente del niño que asintió de inmediato. El ama de llaves se sobresaltó horrorizada, la madre se ruborizó de nuevo, y él, con un vuelco en el corazón, consiguió esbozar un ademán de negación. El ama de llaves dio un suspiro de aprobación; la Dama fingió no percatarse de nada.

—Se lo ruego —dijo alegremente y con una determinación inamovible—: Síganme.

Mientras Rankstrail saltaba feliz detrás de ella, pensó que, sin duda alguna, Dama Lucila no era de las que se amilanaba.

La Dama los guio a él y a su mamá hacia unas cocinas enormes; de las bóvedas de piedra colgaban calderos grandes como corazas y lustrosos como espadas, un sinfín de sartas de cebollas, ajos y pimientos secos, jamones enteros y cadenas de salchichas, largas como la cola de un dragón, como Rankstrail no creía que fueran posibles, y allí la Dama obligó a la cocinera, hosca como el ama de llaves e igualmente despectiva, a regalarle un frasco entero de miel.

La mirada de la cocinera vagó un buen rato entre los estantes de la despensa. Era evidente que estaba buscando el frasco más pequeño entre las decenas que había alineadas. Cuando al fin creyó hallarlo, se lo cedió de mala gana al niño que, una vez lo tuvo seguro entre las manos, le señaló con una ojeada y con una leve sonrisa triunfante el único estante donde había un frasquito aun más pequeño que el que le había dado. A Rankstrail lo apasionaban las dimensiones de las cosas casi tanto como le gustaba la geometría: apenas había entrado a la cocina ya había calculado que la

casita de ellos cabría allí dentro ocho veces de largo por una y media de altura. Las cadenas de salchichas, más que por sus implicaciones gastronómicas, lo habían fascinado por los anillos que describían sobre las vigas en las que estaban enrolladas. A toda hora y en todo lugar, en un instante era capaz de identificar la cosa más pequeña o la cosa más grande. De todas las ollas resplandecientes de cobre lustroso, la más grande era la que estaba sobre la chimenea central. El más pequeño de los calderos era el que colgaba al lado de la sarta de ajos, que a su vez era la tercera en cuanto a longitud.

La cocinera miró fijamente a Rankstrail con la misma cara con la que se miraba en el Anillo Externo a las cucarachas vivas o las ranas después de varios días de muertas. Luego posó esta misma mirada sobre su mamá que estaba ruborizada y se cubría la mejilla con la mano. La mejilla que alguna vez se le había quemado y que le estiraba un poco una parte de la boca al sonreír. Debía ser por eso que ella casi no sonreía y era una lástima. La mamá de Rankstrail se veía bellísima cuando sonreía y él se hubiera podido quedar mirándola todo el día. Él había escuchado la historia de la quemadura, contada a medias, por alguna vecina curiosa: los Orcos llegaron, los gallineros en llamas, algunas de las mujeres quemadas al intentar salvar el máximo posible de gallinas. La madre se quemó por poner a salvo a Negrita, que ahora vivía con ellos en casa: era el único bien de la familia; agradecida y consciente del rescate, correspondía poniendo un huevo casi todas las mañanas.

—¿Quién te quemó la cara? ¿Un enamorado? Lástima —comentó la cocinera en voz baja, para que la Dama no oyera—. Quizá, sin la quemadura, ni siquiera serías tan fea.

Ella permaneció inmóvil, en silencio, con el rostro cada vez más encendido.

Rankstrail sintió que la cólera lo invadía. Calculó rápidamente cómo podría, desde su baja estatura de niño, enfrentar a un adversario que tenía el doble de estatura y el triple de peso, y aun así, ni por un instante lo rozó el miedo. Se dio vuelta hacia su madre para que le sostuviera el frasquito de miel, pero la mirada desesperada y casi suplicante de esta lo petrificó. Mamá no quería que él combatiera por ella. Recordó, y fue un recuerdo doloroso, todo lo que ella había sufrido cuando él golpeó a dos jovencitos, mucho más grandes que él, que se divertían persiguiéndola, ensuciándole la ropa lavada y llamándola «la Desfigurada». Durante dos días interminables la sonrisa desapareció del rostro de su madre, si bien desde entonces esos dos, que no eran conocidos precisamente como ejemplo de caballerosidad, nunca más se atrevieron a faltarle al respeto. No podía golpear a la cocinera, pero era impensable quedarse sin hacer nada: algo se le tenía que venir a la mente para contraatacar.

Sin embargo, a pesar de que la frase fue casi susurrada, la Dama oyó.

—No tolero la descortesía... —había comenzado con severidad, pero no logró

terminar.

—Mamá es b-b-b-b... bella —la voz de Rankstrail resonó fuerte y clara bajo las bóvedas y las sartas de cebollas y ajos. Ni siquiera los traspiés sobre la *be* lo habían detenido.

Hubo silencio por un instante. Luego la Dama rompió a reír.

—Muy bien, niño. ¡Magnífica respuesta!

Alguna de las ayudantes de la cocinera osó unirse a su risa. El rojo del rostro de la cocinera se tornó violeta.

La madre miró a Rankstrail con un estupor tan grande que la mano se le deslizó de la mejilla, dejando a la vista la carne quemada roja y dura. Eran, sin lugar a dudas, las primeras palabras que él pronunciaba. La cocinera, furibunda, lo miró fijamente y Rankstrail le sostuvo la mirada, calmado y orgulloso, mientras sujetaba el frasquito de miel entre las manos. Se le pasó el enojo hacia la cocinera y el deseo de golpearla: era solo una estúpida y él había conseguido, al hablar, hacerle más daño que una patada en la rodilla. Ahora todos se reían de ella.

Rankstrail sentía un deseo cada vez más fuerte de irse de allí y regresar al lado de su padre para mostrarle el frasquito de miel. Sabía que dentro del frasco había algo extraordinario. Era algo dulce, suave y claro: la luz lo traspasaba.

—Mi madre es b-b-bella —repitió de nuevo, decidido y resuelto, orgulloso de haber tropezado menos en la palabra; luego se dio vuelta hacia la puerta.

Un curioso espectáculo se presentó ante su mirada: unas mujeres casi tan pequeñas como niños, que sin embargo eran personas adultas, con la misma cofia blanca de las ayudantes de cocina, hacían girar unos asadores pesados cargados de extrañas gallinas alargadas, en las enormes chimeneas. Tenían las manos ennegrecidas, las caras rojas por el calor del fuego. El sudor les chorreaba y se mezclaba con el hollín, dándoles un aspecto salvaje e inquietante, entre animal y demonio. Rankstrail pensó que aquella pesada labor debía ser tal vez peor que lavar ropa cuando a veces, en las mañanas de invierno, era necesario romper el hielo para enjuagar y hacía un frío miserable, pero al menos se podía mirar el cielo y los árboles. Cuando había entrado, enceguecido por la luz exterior del patio, no había visto estas extrañas figuras, pues no se distinguían en la penumbra de las cocinas. Rankstrail volteó y miró a su madre, interrogador, pero ella también parecía perpleja. La cocinera se burló de su asombro.

—Son las mujeres de los homúnculos —explicó, resoplando, con el tedio desesperado del astuto que les habla a los incultos—, esos que trabajan en las minas.

La expresión de Rankstrail y de su madre no cambió; tanto es que la cocinera tuvo que extenderse y explicar que los homúnculos y sus mujeres resistían bien la oscuridad, el calor, los lugares estrechos. A ellos les gustaba eso.

Hacían muy bien los trabajos que la gente de verdad jamás resistiría...

La mirada de Rankstrail se cruzó con la de una de las criaturas que giraba los asadores y por un instante leyó en ella el odio, un odio tan brutal que para poder esconderlo se requería toda la fuerza de su pequeño cuerpo: sus manos pararon y el monumental asado se detuvo.

—¿Te quieres mover, Rocío? —preguntó con aspereza la voz de la cocinera—. ¿Quieres que esos garzones se quemen? ¿Qué te sucede: estás enojada porque se te perdió la banqueta y no podrás seguir recogiendo arándanos? ¡Ánimo, mueve esos brazos! El único defecto que no tenías era la holgazanería...

Una tristeza opaca apagó de inmediato la mirada de Rocío, que bajó los ojos: los garzones comenzaron a girar de nuevo. Rankstrail siguió rumiando durante un buen rato la pulla sobre la escalerilla y las fresas sin poder entenderla; después, intuyó vagamente que se trataba de una burla por la estatura. Sabía que la distancia desde la cabeza de una persona hasta el suelo podía ser objeto de escarnio. Él, demasiado alto para su edad, con frecuencia era víctima de burlas, no tanto por parte de los otros niños sino de las madres de estos, y él las entendía, porque al ser más grande era más fuerte y la fuerza puede siempre ser mirada con temor. Sin embargo, nunca se le habría ocurrido que la imbecilidad pudiera ser tan grande como para mofarse porque esa distancia fuera demasiado corta.

—No tolero la descortesía —repitió la Dama con seriedad. De su rostro ceñudo había desaparecido toda alegría—. Y puedo tolerar aun menos que en mi morada esta se levante como la marea. La descortesía combina la crueldad y la estupidez. No tolero que bajo las bóvedas de mi casa se pronuncie la palabra homúnculo. El Pueblo de los Enanos tuvo reinos gloriosos y una historia gloriosa, y aunque ahora esté subyugado, nada nos autoriza a faltarle al respeto a su pasada grandeza y a su estatura. Aun en la minería, aun al asar nuestras aves de corral, ellos siempre serán los Señores y las Señoras del Pueblo de los Enanos.

Se hizo silencio.

Finalmente la Dama salió de la cocina, después de despedirse de Rankstrail y de su madre con una última sonrisa.

La cocinera se dio vuelta y regresó a la sopa de cebolla refunfuñando que se podían cambiar las palabras, llamar Enanos a los homúnculos e híbridos a los bastardos, pero que los homúnculos siempre serían homúnculos y los bastardos siempre serían bastardos. Cambiar los nombres no mejoraría el Mundo de los Hombres; ni siquiera el de los perros.

La madre se cubrió de nuevo la mejilla con la mano y lo llevó afuera, a la luz, en medio de las calles de la Ciudadela, pulcras como las casas que allí se asomaban, llenas de arcos, ajimeces y enredaderas florecidas. De lo alto de los muros que delimitaban los espléndidos jardines de las moradas patricias, se erguían orgullosas las copas de árboles centenarios para darle sombra al empedrado.

Una vez a salvo en las calles, lejos de la mirada de la cocinera, la madre por fin se dio vuelta hacia Rankstrail y lo abrazó.

—¡Sabes hablar! —murmuró—. ¿Sabes hablar? —preguntó, cambiando de entonación.

Rankstrail nunca lo había pensado. Era una pregunta difícil. Respondió con un gesto vago. De hecho, ahora que lo pensaba se daba cuenta de que sabía hablar y, a fin de cuentas, tampoco lo hacía tan mal. Hablar era todo un esfuerzo. Siempre había preferido evitarlo. Su padre y su madre, convencidos de que no podía hacerlo, siempre se habían dirigido a él de tal manera que pudiera limitarse a asentir o a negar con la cabeza y permanecer en su tranquilo silencio.

—No es cierto que no sepas hablar. No es cierto que seas... que seas... Eres como los demás niños... Eres como los demás... Mi niño... Eres mi niño... Mi niño y el de tu padre... Ahora vamos a decirle que sabes hablar... Eres como los demás..., Eres como todos los demás...

Mamá estaba feliz. Resplandecía. Sus ojos resplandecían. Su sonrisa resplandecía. Su boca entreabierta era bellísima aunque parte de la sonrisa estuviera frenada por la carne roja y dura de la quemadura. Su madre era bellísima cuando sonreía. Rankstrail hubiera deseado tanto que siempre sonriera.

Se encaminaron unidos por aquel nuevo gozo. Atravesaron el Anillo Intermedio, situado entre el primer y el segundo anillo de murallas. Allí quedaban los negocios de los curanderos, los orfebres y los herreros, estos últimos famosos hasta en los Confines de las Tierras Notas por la dureza de sus corazas y el filo de sus espadas. El calor constante del fuego de las fraguas mantenía calientes las calles estrechas y en sombra entre ambas murallas; este era uno de los motivos por los que albergaba a todos los mendigos de la región. Estos se acurrucaban abajo, sobre el empedrado, entre las armaduras taraceadas de plata y oro expuestas por los maestros forjadores, y daban la curiosa impresión de ser dos ejércitos: uno de mendigos y otro de héroes acampados que se calentaban los huesos todos juntos.

—¡B-b-bello! —dijo Rankstrail y señaló con el dedo las hojas afiladas alineadas.

Le parecía magnífico el juego de líneas paralelas que se alternaba con la redondez de los escudos y creaba una geometría real y compleja que se entrelazaba con aquella otra, fantástica y no menos extraordinaria, formada por sus sombras. Había una belleza gélida en los cortes afilados, gélida y atroz, pero de cualquier manera tranquilizadora: donde las hojas están afiladas nadie puede venir a hacerles daño ni a las madres, ni a las gallinas.

Su madre no compartía ese entusiasmo.

—Prefiero que no tengas nada que ver con las armas. Aun después, cuando seas

grande... Después te harás daño... —murmuró en voz baja, muy baja, justo como cuando tenía dolor de garganta.

Rankstrail miró las espadas con un gozo ardiente: si alguna vez los Orcos regresaran para quemar a Negrita y hacer sufrir a su mamá de nuevo, él los exterminaría. A todos. Hasta el último. Incluso si tenía que morir para hacerlo.

—¡B-bello! Si l'O'cos le hacen daño a mamá y Ne'ita, A'k'ail toma la e'pa... pada y m-m-mata t-t-todos. T-t-todos. O'cos m-m-mue'tos. Aun si luego A'k'ail m-m-mue'to.

La *ere* era una letra difícil y se atascaba sobre la *be*, la *eme* y la *pe*, pero con las demás se las arreglaba. Sabía hablar. Exigía mucho esfuerzo, pero se podía hacer. Si hubiera comprendido antes cuán feliz podía hacer a su madre, se habría esforzado y habría hablado hacía tiempo.

Sin embargo, debió haber dicho algo inapropiado porque la sonrisa desapareció de la boca y de los ojos de su madre. Cada vez, y fueron muchas, que Rankstrail se maldijo por algo que había dicho o que hubiera sido mejor no decir, recordaba esa mañana en medio de las armaduras del Anillo Intermedio. Hablar era una cosa difícil. No era solo cuestión de acertar los sonidos. Había algo más que a veces permanecía indescifrable, una capacidad y una posibilidad de hacer daño, aun sin desearlo. Lo que la Dama había dicho era cierto, Rankstrail lo había entendido: la descortesía es pura crueldad, como un puño o una puñalada. Cuando la cocinera despreció a su madre él había sentido un golpe seco, como cuando en invierno se resbalaba en el hielo y, para que el cesto de la ropa lavada de su mamá no se vaciara, caía sobre las rodillas. También había leído en el rostro de la pequeña mujer, Rocío la habían llamado, que cocía su sudor con los asadores dentro de las chimeneas de las cocinas, una rabia generada por el mismo motivo. Ahora descubría que las palabras podían ser como los pasos del aguador que rondaba las callecitas minúsculas del Anillo Externo vendiendo limones y agua limpia: llevaba los cubos colgados de una especie de yugo que agitaba con torpeza contra cualquiera que no fuera lo suficientemente veloz para esquivarlos en medio de las excusas lamentosas del propietario. Aun sin querer, aunque uno con todas las fuerzas no quisiera, las palabras podían causar daño.

—Los Orcos no llegarán aquí —murmuró la mamá—, aquí estamos a salvo. No necesitas tener armas. Varil es inexpugnable... Están las murallas... ¿Sabes qué hay en el frasquito?

Hasta Rankstrail consiguió comprender, por la rapidez con que fueron pronunciadas las últimas palabras, por el tono alegre forzado, que era un intento por hablar de otra cosa. Había pensado que mamá estaría orgullosa de su voluntad de pelear por ella, de morir si fuera necesario, pero no había sido así. Quería que se sintiera orgullosa de él. Habría atravesado el viento y el fuego para que la mirada de su madre se iluminara de nuevo. Se lanzó a hablar, de nuevo orgulloso de saber la

respuesta.

—B-bueno —trató de explicar—. B-bello —añadió. Se preguntaba qué sonidos podrían expresar la luz que impregna una masa deliciosa marrón y dorada, pero los collares de pedazos de ámbar en el puesto de un orfebre lo libraron del problema—. Como eso —dijo señalándolos.

De nuevo las palabras ocasionaron un desastre como los cubos del aguador.

De nuevo la alegría se extinguió en la mirada de la madre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó despacio, bajando la voz—. ¿Cómo sabes qué hay dentro del frasco? Nunca has visto la miel. Nunca la hemos tenido.

Rankstrail se quedó atónito con la pregunta. En su afán de sanar la tristeza que había aparecido de nuevo en los ojos de su madre, buscó desesperadamente algo inteligente para decir. ¿Cómo se saben las cosas? ¿Cómo hacía él para saberlo? Lo sabía y basta. Así como sabía que él era Rankstrail y que mamá era mamá. Las cosas se saben y basta. No tenía explicación. Hizo otra vez un gesto vago.

—¿Sabes las cosas antes de que sucedan? ¿Antes de que algo suceda, ya lo sabes?

La pregunta no tenía sentido. El niño, afligido, apretó las manos sobre el frasquito de miel mientras buscaba con todas sus fuerzas que se le viniera algo a la mente, algo que tal vez hiciera regresar la sonrisa de la madre; y mientras trataba de entender dónde se había equivocado, por qué la alegría se había volado como una mariposa cautiva cuando se abren las manos.

—Si sabes las cosas antes de que sucedan —murmuró su madre todavía más bajo, casi en un susurro—, no se lo debes decir a nadie. ¿Entiendes?

Rankstrail se puso contento con ese susurro: restablecía la complicidad entre ambos, una complicidad que le agradaba y que sus palabras, de manera incomprensible, habían roto. Aunque no entendió nada, asintió con convicción, con la firme intención de mantener al máximo la boca cerrada, sin importar cuál fuera el tema de conversación.

La madre lo abrazó de nuevo y la ansiedad de Rankstrail por haber destruido la sonrisa materna se atenuó.

Atravesaron la puerta de la segunda cinta de murallas y entraron al Anillo Externo.

El Anillo Externo de la ciudad, entre la segunda y tercera cinta, era el más reciente, el más pobre y el más anegado. Comprimido entre muros altísimos, estaba a la sombra permanentemente: solo al mediodía, durante los días estivales, el sol lograba inundarla y expulsar durante algunas horas la oscuridad y la humedad que por lo demás reinaban invencibles. En la parte septentrional un manantial alimentaba una fuente con forma de cabeza de grifo que a su vez reabastecía las grandes pilas de piedra de los lavaderos y los innumerables charcos que jamás se secaban. El musgo se derramaba en coladas sobre los murallones hasta los techos de las minúsculas

casas, casi madrigueras, que habían crecido adosadas a los bastiones como hongos, para albergar a todos los náufragos que llegaban a Varil desde el mundo exterior en busca de un lugar dónde vivir. Allí estaban los tráfugas de las regiones orientales de los Confines de las Tierras Notas que habían huido de las incursiones de los Orcos; estaban los gigantes rubios de las Montañas del Norte expulsados por el frío y los lobos y poblaciones nómadas provenientes de las estepas del otro lado de las Tierras Ignoras.

Como nunca había sido sitiada, ni siquiera cuando los Orcos se habían abatido como chacales y Sire Arduin había tenido que vencerlos y expulsarlos más allá de los Confines de las Tierras Notas, Varil había descuidado un poco el anillo más externo de las murallas que, ante la indiferencia general, se había vuelto cada vez más áspero e irregular. Los alabarderos marchaban ahora sobre unas murallas tan maltrechas que no solo las raíces de los arbustos de alcaparras, sino las de árboles completos de higos y ciruelos silvestres, encontraban espacio entre las piedras despegadas. La parte de arriba, donde pegaba un poco el sol, había sido dotada con pequeñas terrazas de madera sostenidas por pedazos de troncos enterrados en el muro. Allí se habían improvisado huertas plantadas sobre capas delgadas de tierra transportada a mano a las que se accedía con cuerdas y escaleras de mano. Durante los aguaceros y las granizadas la tierra se deslizaba sobre los techos de los tugurios donde poco a poco los helechos se unían al musgo y los hongos, dando la impresión de ser algo intermedio entre una ciudad, un bosque y una huerta vertical. Arriba, contra las murallas, en los días de sol, protegidas del viento, las coles se engrosaban entre el rojo de los pimientos y el negro de las berenjenas, en medio de la ropa tendida al sol que era mucha y de muchos colores, porque uno de los principales oficios en el Anillo Externo era el de lavandera.

De los arcos de piedra que conectaban las murallas externas y las intermedias no colgaban copiosas flores como en la Ciudadela, sino cosas comestibles: estaban recubiertos por grandes y pequeñas plantas de mora y frambuesas que los niños del Anillo Externo y los soldados de ronda se apresuraban a despojar apenas algo se maduraba.

El Anillo Externo, como todos los lugares de desharrapados y muertos de hambre, era un mercado permanente.

Los únicos dos oficios admitidos de manera oficial, además del de mendigo, eran el de lavandera y el de vendedor de vituallas. Era la tarea de los que llegaban de últimos: quitarles el hambre a los ciudadanos, limpiarles la ropa y consolarles el alma permitiéndoles el alivio de la limosna. Comprar las cosas crudas y luego revenderlas ya cocinadas podía producir lo suficiente como para sobrevivir a duras penas. La mayoría de los artesanos del Anillo Intermedio comían en las casas, en las cocinas que también hacían las veces de talleres, pero las mesas servidas no incluían a los

aprendices que a menudo venían del campo y mucho menos a los numerosos clientes: y toda esta gente tenía hambre. El ejército oficial les suministraba a los soldados una ración diaria pero monótona, y no pocos se desprendían de alguna monedita con tal de variar un poco.

Por muy fantasmagóricas que fueran en cantidad y variedad las cosas comestibles que se ofrecían de modo permanente, no hubieran bastado ni remotamente para saciar el hambre de todos los que lo padecían. Todos vendían de todo y el aroma feroz de los alimentos cocinados penetraba afilado como una cuchilla a aquellos que no se los podían costear. El color de las berenjenas y de los tomates enceguecía a todos aquellos que no eran sus dueños. El cacareo de las gallinas ensordecía a todos aquellos que no las poseían, muchos de los cuales hubieran hecho cualquier cosa por el sueño, siempre desatendido, de poseer una. Los niños jugaban en los charcos juntos a los gansos: de esta forma se divertían y no los perdían de vista ni un solo instante. Había puestos de caracoles con perejil, ancas de rana fritas y a veces, en los días de fiesta, alas de pollo acarameladas en pimientos; los olores llegaban desde todas las esquinas de las callejuelas empantanadas hasta las trincheras de los soldados, arriba, detrás de las almenas de las murallas por encima de las coles y de las berenjenas. Por todas partes corrían los hurones, criados dentro de las casas para espantar a las ratas, para que los niños jugaran, para enriquecer las polentas invernales y suministrar un pedacito de cuero bueno para forrar el calzado. Eran criaturas difíciles de vigilar, escapaban continuamente y cazaban pollos, lo que desataba riñas terribles entre sus propietarios y los de las presas reales o eventuales. El arroz se vendía en grandes sacos de yute o cocinado con pimienta en pequeños tazones de paja trenzada. En las esquinas de las casas se improvisaban fogones para tostar garbanzos o castañas, según la estación.

Mientras caminaban por las callecitas sucias, todavía a la sombra a pesar de lo tarde que era, la madre comenzó a contar una historia, o mejor, la historia, la única que conocía, la de la princesa que encuentra a la rana en el jardín y, en agradecimiento por una tarde en la que esta la había alejado de su gris y opaca soledad, la besa para verla transformada en príncipe. El padre, en cambio, tenía otra historia para entretenerlo en las noches en que el granizo de los temporales estivales sacudía con violencia la casita como un nido en una rama: la del lobo y la cabra que durante el temporal terminan en un mismo refugio, y en la oscuridad, cada uno toma al otro por un semejante y así llegan vivos al alba felizmente.

Rankstrail odiaba las historias. Para todos los demás las historias eran una especie de bendición, una suerte de regalo. Saber una historia era una riqueza rara y preciosa. Incluso en el Anillo Externo, donde nadie daba nada por nada, la capacidad de contar una historia podía ser recompensada con un invaluable pedazo de pan y cebolla. Alguna vez sus padres lograron ganar cualquier cosa contando sus dos historias, pero

ahora todos las conocían y ellos ya no se las podían vender a nadie.

En realidad, las historias eran estúpidas y la estupidez molestaba a Rankstrail. Esa de la princesa era la más irritante. Los sapos no hablan, no se transforman en príncipes, solo un imbécil besaría uno, además se corría el riesgo de contraer verrugas. También el problema de la posible descendencia suscitaba incertidumbre. La parte más tediosa e insoportable de toda la historia era la descripción del vestido de la princesa con sus bordados; pero el diálogo entre ella y el sapo, con todas esas frases que rimaban, era una penitencia. Ni siquiera la historia que le contaba el padre lo entusiasmaba y nunca había comprendido por qué quería tranquilizarlo, pues nunca había encontrado nada de inquietante ni en la oscuridad ni en los temporales. En todo caso, también en esta había una falta total de lógica. En la oscuridad la cabra y el lobo debían haberse identificado por el olor. Él, aun en la oscuridad total, siempre era capaz de localizar con exactitud absoluta a su padre, a su madre, a Negrita y a cualquier otra criatura. Además, le parecía que sentirse feliz porque la cabra no se hubiera transformado en un banquete suponía una compasión desigual por las dos criaturas y por su hambre, ya que las dos no vivían de hierba. El lobo quedaría sin nada entre los dientes y no tener nada para comer también es una forma de sufrimiento.

Aunque las aventuras de la princesa no le importaban ni un pepino, la felicidad con que la madre las contaba sí lo conmovía. Escuchó embelesado y cuando la madre le preguntó si quería escuchar de nuevo ese insulso lamento, aceptó con valor.

Cuando llegaron, el padre estaba sentado frente a la casa: transformaba un tronco en maderos destinados a convertirse a lo mejor en una puerta o en una banca, trabajo por el cual quizá le pagarían y entonces lo festejarían y tendrían polenta con salchichas para un día o de pronto hasta dos. Aunque Rankstrail siempre había mantenido la boca cerrada, había mantenido las orejas bien abiertas y había logrado entender hasta qué punto el taller de tallador era insuficiente para sostener a la familia sin otras ayudas. El padre de Rankstrail era muy hábil. Su aldea natal en los Confines de las Tierras Notas era un verdadero altorrelieve; las casas, las puertas e inclusive los palos que sostenían las cuerdas en las que secaban la ropa lavada tenían una gran cantidad de flores, hojas, frutas, unicornios, grifos y Dioses que se perdían en complejas estilizaciones hasta volverse indescifrables. Se consideraba un milagro que un habitante del Anillo Externo pudiera trabajar como artesano y el padre de Rankstrail lo había logrado gracias a su habilidad, a los sueños y los diseños en los que transformaba la madera.

Los dueños de los negocios del Anillo Intermedio pagaban puntualmente, pero sus órdenes eran de poca monta: arquibancos de trabajo sin tallas, reparaciones de mostradores. Los mejores trabajos eran para la aristocracia, sin embargo era agotador lograr que en la Ciudadela pagaran. La vanagloria de algunas de las viejas familias

las inducía a pensar, de buena fe, que para un habitante del Anillo Externo trabajar para ellas era un honor que se recompensaba por sí mismo.

Al padre se le anunció, con la emoción correspondiente, la elocuencia recién adquirida de Rankstrail. El hombre no tenía ninguna quemadura que le estirara la cara: su risa y su gozo estallaron fragorosos y simétricos. Le dio a Rankstrail un largo abrazo sin cesar de repetir: «Mi niño... mi niño... mi niño adorado...».

Rankstrail dio muestras de su habilidad. Consciente de los desastres involuntarios cometidos con la madre y de la inescrutabilidad de las vías que llevan a las palabras a ser trampas mortales para la alegría, se limitó a señalar las cosas con el dedo y a nombrarlas.

El padre se sentó de nuevo, se puso a Rankstrail sobre las rodillas y le contó la única historia que le gustaba y que nunca se cansaría de oír: la llegada de sus padres a Varil. La ciudad, los arrozales, los garzones que levantaban el vuelo cuando ellos pasaban, todo se convertía en realidad en la mente de Rankstrail.

El esplendor de aquella mañana resonaba en las palabras del padre. Primero hablaba sobre las aldeas de donde habían sido expulsados, un nombre tras otro: y se las describía una a una. Rankstrail volvía a escuchar la historia como si fuera la primera vez, en suspenso, con toda la expectativa, toda la desilusión. Y luego venía la descripción de Varil, fuerte como un halcón, bella como un pavo real, y de cómo las colinas sobre las cuales surgía se habían abierto ante la mirada de sus padres con toda su magnificencia, mientras dominaba, como única altura, una llanura que se extendía inmensa hasta el horizonte en todas las direcciones salvo el oeste, donde las cimas de las Montañas Oscuras la cerraban. En este punto, el padre tomaba aliento, le sonreía y luego retomaba la narración de cómo Varil, altiva y orgullosa, se erguía con su triple y colosal anillo de murallas sobre la pendiente en parte escalonada en terrazas de arrozales, en parte cubierta de naranjales y olivares, que se unía sobre el lado norte con un bosque espeso de encinas y mirtos en el que pastaban vacas blancas, gordas y plácidas. Cada cosa era descrita, cada elemento repetido, cada detalle recalcado. A Rankstrail le habría bastado levantar la cabeza para ver por sí mismo los arcos y los contrafuertes, pero le encantaba reencontrarlos en la voz del padre: era como si tres geometrías, una hecha de piedras, una de sombras y una de palabras, se entrelazaran. El padre conocía los arcos: su abuelo, también tallador, se los había enseñado como parte de las decoraciones. Le explicó su admiración y asombro cuando reconoció en la parte alta de la ciudad los arcos redondos de la segunda dinastía rúnica; mientras que las torres de las atalayas de las tres series de bastiones estaban unidas por arcos agudos en peldaños de la tercera dinastía, que les permitían a los arqueros y a los soldados encargados de los despachos manuales moverse rápidamente de una muralla a otra durante un sitio, en el caso, hipótesis por completo inverosímil, de que la ciudad fuera sometida a uno. En tanto que el padre narraba, Rankstrail levantaba los

ojos y miraba los arcos que, al entrelazarse, dividían el cielo y la luz en una serie de geometrías complejas cargadas de tupidas ramas de vid, hiedra y glicinias florecidas, mientras sus colores se alternaban con el blanco y el dorado de los estandartes que el viento sostenía con suavidad. De lejos, decía el padre, los arcos y las flores de las enredaderas se convertían en semicírculos coloreados que se continuaban unos con otros y parecían las plumas de un pájaro grande y espléndido posado sobre las murallas como sobre un nido. Pero la mejor parte de la historia, esa que una y otra vez le hacía latir el corazón aunque la había escuchado un sinnúmero de veces, era el final: el miedo, la espera, sus padres con el corazón en la garganta mientras la mirada de los soldados se posaba sobre ellos y el asombro al descubrir la negligencia y la indiferencia de aquella mirada: no los detendrían, no los habían detenido. No los habían expulsado. Estaban a salvo. Rankstrail rio feliz y, en vez de limitarse a celebrarlo batiendo sus manitos como acostumbraba, comentó repitiendo «bello» o más bien «b-bello», como una especie de estribillo.

El gozo de su padre y de su madre era abrumador. El padre, eufórico, le prometió un juguete: ¿qué juguete quería que le fabricara? Rankstrail no tuvo necesidad de pensarlo: de nuevo se vio a sí mismo como un caballero, con una espada en la mano y Negrita a salvo bajo el brazo, mientras la protegía junto a todas las madres y a todas las gallinas del mundo de todos los Orcos del mundo, de todos, hasta el último.

—¡E'pada! —gritó con alegría—. ¡E'pada b-bella!

Pero se arrepintió rápidamente. De nuevo la alegría se había ahogado como una mosca caída en el caldo y agonizaba penosamente dentro de la boca cerrada de su madre y la mirada preocupada de su padre.

Capítulo 2

Por fortuna había miel.

La alegría regresó.

Abrieron el frasquito como se abre una reliquia y la mamá les dio un poquito dejándola gotear sobre un pedazo de pan como una cinta mágica de dulzura y de luz, dulce y luminosa como su sonrisa.

Dentro del frasquito había una extraña mosca muerta, enorme y con rayas amarillas y negras. El padre le explicó que se llamaba abeja y le contó que son las abejas y no los Dioses, como Rankstrail había pensado en un principio, las que fabrican la miel. La madre habló de la Dama, de cómo era capaz de ejercer conjuntamente la fuerza y la cortesía, de las perlas que respunteaban sus vestidos y su tocado. Rankstrail aprendió el nombre de aquellas cositas redondas que atrapaban la luz y la reflejaban.

No se habló más de la espada, pero el padre le hizo de todas maneras un regalo a su hijo: le puso en las manos una flauta. Era un regalo precioso, casi invaluable. Se necesitaba un buen lapso de tiempo, lleno de atención y esfuerzo para vaciar la madera, calibrarla, tallarla, calcular con precisión absoluta la posición y la dimensión de los orificios por donde el aire, al pasar, permitiría la formación del sonido.

En la época en la que el padre todavía podía contar la historia del lobo y la cabra y sacar algún provecho de ello, acostumbraba acompañarla con la flauta para resaltar las pausas; así hacía más angustiante la espera y más emocionante el alivio ante el alegre final. El sonido de la flauta era una de las pocas cosas que Rankstrail encontraba aun más tediosa e insoportable que la descripción de los bordados de la princesa y sus lamentos en verso, pero la forma en que se iluminó la sonrisa de su padre y la preciosidad del regalo fueron de tal magnitud que él le agradeció con verdadera emoción.

Esa misma noche nació su hermana Flama.

El padre colgó una manta para aislar el pequeño camastro de Rankstrail del grande en el que la madre iba a dar a luz a Flama. Rankstrail oyó la voz de su madre unirse al llanto de la pequeña para consolarla. Había entendido desde hacía tiempo por qué la mamá tenía la barriga tan grande: adentro tenía una criatura viva, y lo mismo ocurría con la Dama que le había regalado el frasquito de miel. Envidió al niño de la Ciudadela que viviría en medio de festones de salchichas y asadores cargados de garzones. Rankstrail oyó que el llanto se acallaba y le molestó no lograr tener el recuerdo del momento en que había nacido y su madre lo había consolado. Sería bello tenerlo en la memoria y hacerlo aflorar cada vez que estuviera triste o solo. El recuerdo más antiguo que tenía era cuando se había pelado las rodillas y el padre lo había curado y le había regalado un verdadero racimo de uvas, pero él debía

haber nacido hacía mucho porque ya sabía correr y treparse en los techos de las casas. Este también era un bello recuerdo.

Rankstrail ya había visto parir gatas y hembras de hurón y sabía bien qué estaba sucediendo y cómo: además, al escuchar el primer llanto de su hermanita reconoció a la vez, áspero e inconfundible, el olor de la sangre que la acompañaba, inesperadamente fuerte como cuando se degüella una gallina. A pesar de esto, por motivos que se quedó sin comprender, el padre le mostró la bebé y le contó una historia confusa según la cual una de las grandes cigüeñas negras de pico rojo que a veces sobrevolaban los arrozales, había venido a depositarla sobre el techo. Era evidente que la niña, aunque pequeña, hubiera sido demasiado pesada para una cigüeña en pleno vuelo, sobre todo si, como sostenía el padre, venía del otro lado de las nubes, que debía ser probablemente una distancia no inferior a la que separaba a la ciudad de las Montañas Oscuras.

La hermanita era morada, tenía una cara a la vez hinchada y arrugada que recordaba el hocico de una tortuga y que el padre definió como bellísima, con una lógica análoga a la de la historia de la cigüeña.

La madre permaneció todo el día en el lecho con la hermanita, y Rankstrail comprendió que esto era un problema para la familia: no se lavarían nada y no se podría comprar nada. Le hubiera gustado mirar más de cerca a la pequeña, pero ya a estas alturas se había vuelto muy hábil para leer la ansiedad que se dibujaba en el rostro de sus padres y que se hacía evidente cada vez que se le acercaba. Entendió este temor porque siempre había sido demasiado grande y al moverse chocaba contra todo. Recordó cuando había diezmado la escasa y preciosa vajilla familiar; recordó cuando estuvo a punto de matar a Negrita, salvada de milagro de los Orcos, porque le cayó encima sin querer.

Para eliminar la ansiedad de los suyos y buscar algo que hacer, Rankstrail se encaminó fuera de casa, atravesó el Anillo Externo con su eterno aroma a cosas comestibles, inútilmente arrollador para cualquiera que no pudiera costearse nada excepto el aire. Ante la mirada indiferente de los soldados de la Gran Puerta, salió al campo inundado de luz, entre los bosques de cedros, los almendros y los madroños. Era la primera vez que iba allí solo. Se puso a buscar abejas.

Rankstrail conocía las abejas, ya las había visto entre los bosques de naranjos y almendros que bordeaban los arrozales, cuando acompañaba a su madre.

Le bastó con seguirlas para descubrir los panales, tesoros magníficos y además cargados de miel encajonada en pequeños hexágonos preciosos que lo conmovieron por su perfección y por la repetición genial del acople de su forma. Se excorió contra las ramas y se rasguñó entre las zarzas. De igual manera, como lo descubrió en carne propia, las abejas picaban y dejaban un dolor agudo y una pequeña mancha maligna que no sangraba pero que dolía más que todas las peladuras que se había hecho hasta

ahora. Descubrió, por sí mismo, como de costumbre, después de numerosos experimentos y pruebas, que si se acercaba cubierto de fango y con movimientos lentos, las abejas lo dejaban pasar y se dejaban saquear. Regresó a casa con el panal en la mano, morado por la miríada de agujijones que tenía enterrados en cada pedazo de piel descubierta, adolorido como un quemado, chorreando fango, sudor y sangre. Volvió a pasar por la Gran Puerta insólitamente desprovista de soldados, corrió con el corazón en la garganta, alegre como un pinzón en primavera, a través de un Anillo Externo extrañamente silencioso, donde solo se oía el tañido lento de una campana.

Cuando por fin llegó a casa y mostró su tesoro, nada fue como lo había soñado. La madre sollozaba, el padre estaba desanimado: habían recibido la noticia de que esa noche el hijo de Sire Erktor también había nacido y había sido llamado Erik, y que, al mismo tiempo, el Ángel de la Muerte había venido a llevarse a la Dama: se la había llevado con él, allá de donde no se regresa.

Rankstrail se conmovió profundamente.

Se arrepintió de la envidia que había sentido del otro, el niño de la Ciudadela, que habría podido disponer toda la vida de cuantos festones de salchichas deseara, pero que nunca tendría la sonrisa de una madre para iluminarlo. Por primera vez en la vida apreció la inmensa fortuna de su condición. Tenía un padre y una madre. Estaba vivo.

Miró el rostro de su madre bañada en lágrimas y, urgido por el deseo de consolar esa tristeza que lo estremecía, le ofreció el panal.

La madre dejó de llorar.

El padre se horrorizó. Se enfureció por primera vez desde que Rankstrail tenía memoria.

—¡Nunca más! —gritó—: ¡Nunca más, nunca más! Júralo. ¿No entiendes? Las abejas habrían podido matarte. Podrías haber caído de una rama. Podrías haber muerto. ¡No puedes hacernos esto! ¡Mira cómo te picaron! No puedes andar por los arrozales sin que yo te lo diga. ¿Sabes lo preocupados que estábamos?

Rankstrail miró a su padre con más fascinación que estupor. Jamás había levantado la voz. Era la primera vez que lo oía gritar. La idea de que le estuviera prohibido hacerse daño le pareció extraordinaria y pasmosa.

Pero no había terminado: había otros argumentos. Le explicó más calmado, pero angustiado, que estaba prohibido. Las abejas eran silvestres y no tenían dueño, pero de todos modos la miel era intocable.

Ellos, los habitantes del Anillo Externo, no pertenecían a la ciudad, eran tolerados. No tenían derecho a nada. No podían tocar nada: ni las naranjas de los árboles, ni los peces de los estanques, los garzones, la miel de las abejas silvestres. Todo les pertenecía a los ciudadanos y ellos no lo eran.

No habían sido invitados a aquella ciudad, nada obligaba a los ciudadanos a compartir alguna cosa con ellos.

—Tú eres mi hijo —agregó el padre—. No quiero que hagas nada contra la ley nunca más. Esta miel, aun si las abejas eran silvestres, ¿entiendes?, no es del que pase, del que la conquiste, aunque hayas sido valiente, aunque te hayas hecho daño para conseguirla. Tomar esta miel es robar. Otros lo hacen, lo sé. Otros cazan animales de manera furtiva, otros practican el contrabando, pero nosotros no, no lo hacemos. Nosotros somos nosotros y en nuestra casa estas cosas no se hacen. Tú, yo, mi padre y el padre de mi padre antes de mí somos gente que respeta la ley. Nosotros nunca hemos robado. Nada. Jamás. Es preferible el hambre. Yo, mi padre, el padre de mi padre, jamás...

Y todavía había más: todo había salido bien porque durante el duelo por la muerte de la Dama todos estaban en la Ciudadela e inclusive la Gran Puerta había quedado sin vigilancia...

—... Si robas, te pueden castigar. Te pueden golpear. Yo no... nunca... no lo soportaría, nunca, nunca, ¿entiendes?, que alguien le haga daño a mi hijo. No quiero que un soldado tenga derecho a golpearte o azotarte, jamás...

Rankstrail estaba tan ocupado con la idea de pertenecer al padre y a la madre, y no solo a sí mismo, que al principio no escuchó la voz de su madre, no la oyó repetir «No no no». Esto tampoco había sucedido antes.

La madre dijo que no, que eso que estaba ahí, panal se llamaba, era la salvación. Se podía vender. No tenían casi nada en casa. Al padre no le habían pagado el arquibanco que había tallado, tampoco las ventanas que acababa de reparar, era inútil ilusionarse. Ella no podía lavar, no muy pronto, no con la niña tan pequeña. Con lo que había en la casa tendrían pan y cebolla para algunos días más: si no comía, la leche desaparecería y la pequeñita moriría de hambre. La miel se podía vender. El panal también, era cera. Todos eran bienes muy valiosos. Eran vida para su pequeña. Su hijita no moriría de hambre como morían los hijos de los pobres. Su pequeñita viviría a toda costa, a toda costa. Era una suerte que Rankstrail fuera... fuera capaz de recoger miel.

El padre la había mirado fijamente, sin palabras, con la faz de quien ha sido golpeado. Luego había mascullado algo: «Él era un... no era... no quería ser... él...».

Rankstrail permanecía silencioso y confuso. El silencio era su especialidad; la confusión, hasta ese día, le era desconocida. Hasta ahora las cosas habían sido claras: habían sido claramente justas o claramente equivocadas, con el bien y el mal separados por un surco incandescente. Ir a recoger agua era bueno y cuando lo hacía lo elogiaban. Pelearse era malo, incluso si lo hacía por defender a su madre: era algo injusto pero claro. Si no peleaba, lo elogiaban. Ahora estaba frente a una cosa equivocada, pero quizá menos equivocada que otra que era el hambre de su hermanita. Era un concepto difícil. Comprendió que si continuaba robando miel, nadie se lo celebraría, pero si dejaba de hacerlo, su hermanita sufriría. Todo estaba

equivocado. Lo justo, simplemente, no existía.

La madre transformó en alforja el saco en que lo habían transportado desde que era un recién nacido, amarrado con el mismo cordón de cuero trenzado, para esconder allí dentro el panal y miró a Rankstrail.

—¿Por qué él? ¡Es un niño! —exclamó el padre—. Nosotros somos los grandes.

—Exactamente. Nosotros somos adultos. Tú eres adulto. Si te pescan, te expulsarán y si te expulsan, sin un techo sobre la cabeza, Flama morirá.

—Es un niño. Casi no sabe hablar...

—Se las arreglará con gestos... Además yo no... no... no me gusta hablar con... con los demás... y tú... cuando se trata de discutir por dinero... tú... él no será peor que nosotros dos y corre menos riesgos.

Se hizo silencio. El padre bajó los ojos.

La mamá le explicó a Rankstrail a dónde debía ir. Contra la parte meridional de las murallas estaban los negocios que vendían mazapanes y, más importante aún, unos pequeños dulces planos, especies de tostadas de color ámbar, que se hacían acaramelando las semillas de sésamo con miel. Debía mostrar el panal y esperar la oferta del otro; después de un rato, como si estuviera pensando, debía aceptarla. Cualquiera que fuera la oferta. Ellos no estaban en condiciones de negociar. No sabían hacerlo y no sabían en cuánto se vendía normalmente la miel robada; las palabras exactas eran contrabando y mercado negro. Además él era un niño. Cualquier cosa estaba bien.

¿Había entendido?

Rankstrail asintió. Había entendido.

Encontró el lugar.

Había una mujer vieja con el cabello en trencitas que miró el panal y a cambio le ofreció una salchicha. Rankstrail sintió una especie de estremecimiento a lo largo de la espalda. Era como si se preparara para una pelea. Olvidó de inmediato las recomendaciones de aceptar rápidamente y marcharse. Tampoco respondió. Volvió a meter el panal en el saco y se dio vuelta.

—Dos —gritó la viejecita—. No te vayas. Espera. Este panal no es de muy buena calidad, está sucio de tierra, pero tú tienes cara de niño bueno. Dos salchichas. Solo porque tienes cara de niño bueno.

Rankstrail se detuvo y fingió pensar. Hizo el signo de tres con la manita. Conocía los números. Durante años había escuchado todas las negociaciones que lo divertían a morir, mucho más que cualquier princesa en conciliábulo con un renacuajo. A fuerza de observar y oír había aprendido a contar con los dedos.

La viejecita sonrió sarcástica. Ella también era dura. Tenía alrededor de la cabeza unas trencitas que formaban una serie de anillos concéntricos. Le ofreció dos salchichas y tres patatas. Rankstrail sacudió la cabeza, descargó el saco y abrió las

dos manitos para indicar diez: dos salchichas y diez patatas. Las patatas estaban en dos cubos junto a la viejecita, divididas en pequeñas y grandes. Rankstrail señaló con el dedo el cubo de las patatas grandes. La viejecita estuvo de acuerdo en dos salchichas y siete papas grandes. Rankstrail tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Los números le producían la misma emoción que las formas y las distancias y, además, enfrentar a alguien durante la discusión de una negociación le pareció un duelo, una especie de batalla incruenta en la que finalmente podía combatir por papá y mamá.

Rankstrail regresó con las salchichas y las papas. Era la primera vez que hacía algo solo. Se había tenido que desenvolver en un trueque ante un adulto de verdad y se las había arreglado, lo había logrado, había sido capaz, pero tampoco esta vez alguien saltó de alegría. Con las cosas que había llevado tuvieron una cena mucho más suntuosa de lo acostumbrado; pero él y la madre se la repartieron en silencio, el padre no la tocó. Dijo no tener hambre y se quedó tallando otra banca con la esperanza de que alguien se la pagaría.

La tarde cayó y las vecinas, las comadres del barrio, atestaron la casita. Eran doña Cira, doña Sabiria y también doña Guzzaria, la mujer del panadero, la matrona más pudiente del Anillo Externo.

—Bella bebida —dijo doña Sabiria, que le llevó una cinta de verdadera seda azul.

—Muy bella —confirmó doña Cira, que le llevó un dije de hueso en forma de corazón, que según decían también podía servir para alejar los malos sueños y los sabañones.

—Sin duda mejor que el hermano, ella por lo menos no parece un oso. Esperemos que al menos aprenda a hablar cuando es debido —anotó la esposa del panadero, que no le llevó nada.

Después de que doña Guzzaria entretuvo por largo rato a los oyentes hablando de la joya que era su hijo y de cuán afortunada sería la muchacha, obviamente provista de belleza y de una dote conveniente, que tarde o temprano lo desposaría, las tres mencionaron también la alegría y la desesperación que se vivía en la casa de Sire Erktor: la fiesta, ya próxima a comenzar, con repartición de vino y mazapanes, había sido brutalmente interrumpida por un velorio. Doña Guzzaria, como de costumbre, estaba enterada de todo. Contó también, limitándose por prudencia a susurrar, las últimas noticias.

—El Ángel de la Muerte no visitó por azar a Sire Erktor. Dice la gente que la paz se ha acabado. Los Elfos han regresado. Deben haber sido ellos. Ahora que las Lluvias Perennes se han ido calmando en todas partes y que se puede comenzar a vivir de nuevo... he ahí que los Elfos, raíz de todo mal, están regresando. Tienen cola. He oído decir que envenenan el agua de los manantiales para que se produzca la peste, saben, cuando la gente muere toda a la vez. Rondan por las noches para

devorarse las almas de los niños indefensos o de las mujeres debilitadas por el parto. Estén atentos también ustedes esta noche. Corre la voz de que en Daligar, la capital, un terrible Elfo, todavía niño, apareció no se sabe bien de dónde y exterminó todos los pollos, los patos, los jilgueros y también los papagayos de los jardines.

Después de que las tres comadres se marcharon, no sin antes aconsejarles prudencia y augurarles bienestar, la noche llegó y la oscuridad envolvió la casita. El padre se acostó al lado de la madre y Rankstrail se quedó con los ojos bien abiertos en la oscuridad. Ya desde niño dormía poco, menos de lo que necesitaban dormir sus propios padres. Cuando se aseguró de que el sueño los había arrojado a todos como una frazada piadosa que anulaba todas las aflicciones, se levantó y encontró en la oscuridad el lecho de su hermanita, se arrodilló a su lado y se quedó allí, inmóvil, escuchando su respiración. La luna salió detrás de las nubes y a través de la pequeña ventana redonda y un poco torcida, como una naranja magullada, iluminó a la niña. Rankstrail se estiró y le tocó la minúscula mano empuñada. Ella siguió durmiendo, pero de todos modos entreabrió los dedos y los cerró otra vez alrededor del pulgar de su hermano. Rankstrail sintió la palma húmeda y tibia y una fuerza considerable para una manita así de pequeña. Aunque entendía que era un gesto realizado en el sueño y no precisamente consciente, le agradó. Permaneció allí. Él tenía algo en su interior, una especie de sombría melancolía que siempre lo acompañaba, pero que se atenuaba cuando su mamá sonreía o en momentos como este, con la mano de su hermanita contra la suya.

El olor de ella lo enterneció.

La luna la iluminaba por completo. La carita, hinchada y arrugada, estaba casi igual al día anterior, tal vez solo un poco menos rojiza. Esta vez, sin embargo, Rankstrail pensó que el padre tenía razón. El asunto de la cigüeña seguía siendo incomprensible, pero su hermana era realmente bella. Había nacido del vientre de la misma madre que lo había dado a luz a él. Llamaría padre y madre a las mismas personas que él llamaba con esos nombres.

Era su hermana.

Hermana.

Hermanita.

Repitió las palabras en su cabeza como una cantilena. Las palabras no eran su fuerte, lo sabía, pero sentía que algunas poseían una extraña magia. Hermana era una de esas. También madre, padre e hijo podían ser palabras mágicas.

Rankstrail juró que saquearía toda la miel de todas las abejas de la región hasta las Montañas Oscuras si fuera necesario. Si fuera necesario, estaba dispuesto a matar: nadie, mientras estuviera vivo, le haría daño a Flama. Nunca, mientras estuviera vivo, dejaría que su hermana pasara hambre. Y si alguien se atrevía a decir que su hermana era fea, ojalá que él no estuviera en los alrededores.

Rankstrail no se atrevió a moverse, no se atrevió a renunciar a aquella tibia humedad contra su dedo, aquel apretón que sellaba para él un pacto de por vida. Permaneció inmóvil, arrodillado junto a ella, hasta que la carita de Flama comenzó a arrugarse y él se dio cuenta de que el hambre estaba a punto de despertarla. El alba llegó. No esperó ni siquiera a escuchar el llanto. Tomó su nueva alforja y escapó fuera, hacia los arrozales, hacia una nueva jornada como ladrón.

A los cinco años, tal vez seis más o menos, dado que para saber la edad era necesario saber leer un calendario, y esta empresa era casi tan extraordinaria como poseer uno, Rankstrail se convirtió en el mejor ladrón de miel del Anillo Externo y fue una suerte, porque después del nacimiento de Flama a la madre le dio tos, y la miel, vertida en una pócima de romero, se la quitaba.

No era fácil. El golpe de suerte de la primera jornada no se repetía con frecuencia. Las abejas no vivían en los arrozales, sino solo en los bosques y en los pastizales de la región. Era necesario caminar días para encontrarlas y otros tantos para seguir las hasta localizar la casa, una especie de castillo con forma de piña grande, siempre puesto en lo alto, rondado persistentemente por defensores armados y alados que era necesario atacar, arriesgando un desastre, con una mezcla apropiada de coraje y paciencia. Los panales se podían esconder fácilmente y los alabarderos de guardia en las puertas estaban demasiado ocupados vigilando a los muchachos y riñendo entre ellos como para hacerles caso a los niños. Lo que sí era difícil de engañar era el ojo del padre que se quedaba mirando, abatido por el sufrimiento de ver a su hijo hacer algo prohibido. Pero la tos era tos y solo la miel la calmaba un poco, por no hablar de los fabulosos trueques de patatas, queso y habas, en las cuales Flama hundía sus encías rosadas ahora que estaba demasiado grande para la escasa leche de su madre.

Él, el padre, no estaba en condición de comprar esas cosas. Bajaba la mirada y Rankstrail se sentía mucho peor que si los soldados lo hubieran pescado y molido a latigazos. Juraba que se iba a detener. Apenas pudiera se detendría. Siempre con la expectativa confiada de poder detenerse, intensificó su actividad y se convirtió en un experto y en el mayor proveedor del Anillo Externo.

Siempre había alguien que tenía tos, un vecino, un anciano, uno de los niños abandonados que jugaban en el fango. Frente a la casa de ellos a veces había una pequeña procesión de limosneros. La casa se volvió el centro del barrio.

En las tardes de verano se sostenían conversaciones tan deliciosas como inútiles entre los vecinos y se tocaba música: no el sonido de la flauta sino una música fuerte y veloz de gaitas y panderetas que se decía tenía el poder de sanar los efectos de la mordida de tarántula. Esa música sí le gustaba a Rankstrail. El estruendo de las panderetas lo emocionaba, le daba la sensación de un caballo al galope sobre las colinas. Además de la mordida de tarántula esa música también curaba la tristeza y a veces la tos, porque en ocasiones su madre pasaba tardes enteras sentada en la puerta

de la casa con Flama en brazos y el padre al lado, riendo feliz, casi sin toser.

A Rankstrail le tocaba hacerse cargo de su hermana Flama cada vez con más frecuencia. El temor inicial de la madre frente a la torpeza de su hijo se había disuelto una noche en que la despertó un acceso de tos y lo encontró arrodillado junto a su hermanita despierta, entrelazando sus dedos grandes con el puñito de la niña, arrullándola para hacerla dormir otra vez. Cuando la pequeña aprendió a sonreír, le sonreía más a su hermano que a su madre, pues esta, a menudo enferma, trataba de no cargarla demasiado por temor de contagiarle la tos. Le sonreía más a su hermano que a su padre que no siempre lograba hacer a un lado la tristeza para jugar con ella. La primera palabra que Flama pronunció fue «Ail»: el corazón de Rankstrail explotó de ternura. Rankstrail también le contaba la historia de la princesa y el sapo para hacerla reír o para hacerla dormir. Se la contaba con voz plana y descolorida, trataba de resumirla casi hasta dejarla reducida a lo mínimo, pero aun así a Flama le agradaba. Había renunciado a contarle el cuento del lobo y la cabra, pues era algo más allá de sus fuerzas. La vez que lo intentó, se le ocurrió cambiarle el final: el lobo al cabo hincaba los dientes en la carne de la cabra, sentía los tendones y los huesos bajo los colmillos, y por una vez, al menos, saciaba su eterna hambre. Mientras narraba, Rankstrail se topó con la mirada horrorizada de su madre y se detuvo de inmediato, pero conservó un rencor profundo hacia la estólida irracionalidad del cuento, donde la misma humanidad que festeja medio cabrito asado o cualquier cuarta de salchichas como un regalo personal de los Dioses goza con la supervivencia de una cabra como si fuera hija suya.

Tener un panal era hermoso porque significaba poder quedarse en paz para mirar a la niña mientras, quieta y tranquila como un cachorro de ángel, vaciaba las celdillas una a una, llevándose las minúsculas manos sucias a la sonrisa aún sin dientes. La única preocupación entonces era alejar a las moscas y los avispones.

Más o menos a la edad de siete años Rankstrail se convirtió en cazador furtivo. Cuando deambulaba entre los almendros en flor, el niño notó finalmente que los arrozales estaban llenos de garzones y garzas, todos ellos criaturas dotadas de alas, casi como una gallina. Recordó la visita a las cocinas de Sire Erktor: lo que giraba en los asadores eran garzones. Los garzones y con seguridad las garzas, al igual que las gallinas, podían convertirse en asados y probablemente también en carne cocida o en estofado. Los garzones eran muchos y llenaban con su vuelo los arrozales. Nadie notaría la diferencia entre uno más o uno menos salvo los mismos garzones y tal vez sus parientes más próximos, sus amigos y vecinos (si acaso estos garzones los tenían).

A diferencia de las gallinas y de los panales de miel, los garzones sabían volar. Por lo tanto atraparlos suponía poseer un arma de lanzamiento de corto alcance, es decir, una honda como las que había entrevisto en manos de los cazadores furtivos o

escondida baja las capas y cuyo uso había captado de inmediato. Rankstrail había hecho algunos intentos de abatirlos a pedradas, pero por más potente que fuera su brazo, la hazaña era irrealizable.

No había recorrido nunca un metro sin su flauta. Nunca le había dado ni un soplo ni había deseado hacerlo, pero su presencia dentro de la alforja era un signo tangible, mensurable en sus veinte pulgadas de largo, del amor de su padre por él.

Rankstrail sacó el cordón de cuero trenzado que cerraba la alforja y lo pasó por el orificio de la flauta y la transformó en una honda. Hizo una prueba, era perfecta. Pasó la tarde invernal en medio del agua y del frío, anegado en la alegría de este nuevo poder. Tenía un arma. Debía ejercitarse mucho para entender cómo regular la fuerza y la dirección del tiro; y antes de que el ocaso bañara de oro el cielo y el agua, Rankstrail mató su primer garzón. Un gozo intenso lo invadió al ver las plumas manchadas de sangre que significaban olor a asado en la chimenea de su casa.

De nuevo se vio mentalmente a sí mismo como un guerrero armado con una honda que seguía a todos los Orcos del mundo que habían tratado de matar a Negrita, que habían amedrentado a su madre y que habían hecho que su padre hubiera dejado de ser un hombre capaz de mantener con dignidad y honor a su familia en la aldea de ellos, para transformarse en un hombre abatido que dependía de lo que su hijo cazaba de manera furtiva para poder sobrevivir.

Durante cada instante que pasaba en los arrozales, Rankstrail soñaba con ser aquel que le devolvería al Pueblo de los Hombres las tierras que las incursiones de los Orcos les habían arrebatado, porque los Orcos son los que torturan a los niños y se ríen de los gritos de estos, disfrutan con sus muertes y con el suplicio de quienes los compadecen. Pensaba que los buscaría, vencería, expulsaría y los perseguiría hasta los confines del mundo para exterminarlos a todos, hasta el último. Se imaginó también de pie, alto y magnífico, con la armadura puesta, su honda en la mano y quizá también una espada, mientras miraba con desprecio al otro, al animalote, al último Orco que pedía piedad de rodillas, y tal vez él, con benevolencia, la tendría.

Rankstrail entró de prisa al Anillo Externo con el garzón escondido debajo del sayo, además del panal acostumbrado. En la calle donde vivía encontró un nuevo río de tráfugas que habían huido de la llanura meridional donde la sequía había abrasado la tierra y los innumerables incendios habían quemado los bosques y las aldeas. Por segunda vez en su vida oyó las maldiciones contra los Elfos que poseían todos los poderes y todo el conocimiento y que, por ser de alguna oscura e insuperable manera los dueños del mundo, tenían que ser, por lo tanto, los artífices de su dolor.

Una vez dentro del Anillo Externo, Rankstrail se encontró de frente con un nuevo personaje recién llegado de Daligar.

Era un hombrecito perturbado, desdentado, de edad indescifrable, que correteaba

de manera curiosa con pasos extraños como si diera saltitos.

—Nobles señores, que caminan por este lugar pedregoso, que aspiran estos embriagantes aromas, que mastican esta comida cuya vista me atormenta y cuyo aroma me exalta...

Rankstrail no se detuvo: quería llegar a casa lo más pronto posible y pocas cosas podían importarle menos que los lamentos de un nuevo mendigo. Sin embargo, logró ver por el rabillo del ojo al hombrecito que ahora mostraba la ropa que la mugre, el fango y la sangre habían vuelto de un color imposible de adivinar, pero que aún conservaba fragmentos de terciopelo que probaban su origen decente.

—Miren cómo se me enrolla la túnica. ¿No pende ella como una vela sin viento? En el pasado cubrió la obesidad de mi buena fortuna, ahora se arruga sobre mi esquelético tórax...

A pesar de su afán por depositar la presa en casa, a salvo de una posible inspección de los guardabosques y de los soldados, Rankstrail se detuvo para oír. Parecía la síntesis, más bien el resumen, de cómo no pedir limosna. Público equivocado: la caridad había que pedirla en el Anillo Intermedio o en la Ciudadela. En el Anillo Externo donde residían los mendigos de la región se consideraba indelicado, además de inútil. La alusión a un pasado mejor también era un error cuando se estaba en medio de personas que habían sido bendecidas con la miseria durante toda su existencia, sin ninguna interrupción que pudiera inducirlos a perder la costumbre. Entre el maltrecho público se levantó una risa malévola que al principio resonó estridente y desagradable como un chirrido, pero que luego opacó la voz desesperada del hombrecito. Rankstrail empezó a irritarse. Era *descortesía*, como cuando llamaban a su madre «la Desfigurada». El hombrecito escuchó las burlas escandalizado.

—¿Ustedes se ríen de mí? ¿De mí? Era el mío el más noble entre todos los oficios...

Un grupo de jovencitos arrojó una piedra. Rankstrail se enfureció. Simpático o no, el hombrecito no le había hecho daño a nadie. Sintió que la rabia le nacía en el pecho y le llenaba la cabeza. Se plantó delante del lisiado y le dijo al que parecía el líder de los agresores que le rompería todos los huesos que tenía si no se detenía. Sorprendentemente, funcionó. Todos se alejaron y fue un descubrimiento interesante sobre el poder de la palabra: el tono de voz era un arma que podía utilizarse en lugar de los puños.

El hombrecito se había caído. Rankstrail lo levantó y lo puso en pie.

—¿E-e-eres un caballero? —preguntó perplejo—. ¿Tuviste una espada? ¿Un caballo? ¿Combatiste a los Orcos?

—¿Un caballero?

—El oficio más n-noble... eso que decías.

—Soy un escribano, hijo, el único entre los oficios tan noble como el de caballero, igualmente elevado, con la misma grandeza. Solo los Dioses... quizá... Los escribanos conservan la historia y esto es aun más digno que ser caballero, es aun más importante: solo quien conoce el pasado puede comprender el presente y solo quien comprende el presente puede establecer el futuro. ¿Comprendes?

—C-cierto —mintió Rankstrail mientras buscaba una forma discreta de marcharse, pero no fue lo suficientemente veloz. El hombrecito lo agarró de nuevo, y en vista de la fragilidad del equilibrio inestable de este, el niño no osó usar su fuerza para zafarse.

—Combatí a los Orcos... —la mirada de Rankstrail volvió a llenarse de interés— ... al escribir la verdad sobre ellos... la verdad sobre quién los combatió realmente... sobre quién pactó en realidad las alianzas... también entonces... también ahora... no es posible que los Orcos nos ataquen sin traidores... —la mirada de Rankstrail vagó de nuevo en dirección hacia su casa, pero el hombrecito no desistió.

—En Daligar están destruyendo el pasado, lo están sofocando con mentiras. El recuerdo de Sire Arduin se perderá y junto con el recuerdo perderemos nuestro honor. La antigua profecía que narra el encuentro del Último Elfo y el Último Dragón, hijo, ¿sabes qué es un Elfo?

—Seguro —respondió Rankstrail resuelto y convencido—, uno que tiene cola y que hace m-morir a las madres de los Príncipes, para que no le re-repartan mazapanes a nadie.

El hombrecito gimió como si lo hubieran abofeteado. Volvió a empezar desde el principio: él era uno de los escribanos de Daligar, escapó de las garras de uno de los numerosos verdugos de la ciudad, que, como no había cesado de explicarles a los caminantes desinteresados, había saldado cuentas con él de aquella manera por haber difundido la antigua profecía de Sire Arduin el Guerrero, Señor de la Luz, Vencedor de los Orcos y Restaurador del Honor del Pueblo de los Hombres. Mientras correteaba de esa forma que Rankstrail aprendió a reconocer como la zancada inconfundible de quien tuvo los pies entre las manos del verdugo, el hombre se vio rodeado de nuevo por las risas de la multitud de muchachos que se habían quedado escuchando. No se atrevieron a apedrearlo por respeto al pésimo carácter de Rankstrail, pero apodaron al hombrecito «Escribano Loco» o, de un modo más sencillo, «el Tonto».

Rankstrail le dio al hombre la mitad de su panal y luego trató de encaminarse a casa de nuevo.

Las bendiciones del «Escribano Loco» lo persiguieron un buen rato. El hombre le prometió, para devolverle el favor, que le iba a enseñar a escribir; es más, hizo que él se devolviera, y usando el polvo de la calle como tablero, no lo dejó ir hasta cuando Rankstrail no fue capaz de reconocer y trazar la inicial de su propio nombre. Y

mientras él dibujaba su primera R, el hombrecito le contó la profecía: cuando el peligro y el enemigo cercaran de nuevo el horizonte, el último y el más grande de los Guerreros Élficos tendría a su lado una Reina Guerrera con el nombre de la luz de la mañana y el mundo se salvaría. Le aconsejó a Rankstrail no creer las calumnias sobre los Elfos o por lo menos dudar de ellas, y recalcó, que entre todas las ignominias de quien por desconocer el pasado renuncia a construirse el futuro, el odio por los Elfos era la más mezquina y la más cruel.

Rankstrail lo escuchó hasta que terminó porque recordó las recomendaciones de los suyos de no ser descortés con nadie, ni siquiera con alguien que diga cosas ridículas e insensatas; después, por fin, logró irse de allí.

Al regresar a casa enfrentó el inmenso dolor de su padre y el inmenso gozo de convertir el garzón en un cocido. La carne y el caldo fueron una bendición para su madre, cuya tos se calmó por varios días. Las plumas rellenaron los viejos zapatitos de tela de Flama que por fin dejó de estornudar.

Por la noche cuando todos, y sobre todo el padre, dormían, Rankstrail se levantó y talló en su flauta-honda la R que el Escribano le había enseñado. Luego talló otros adornos, no los pájaros y flores que tallaba su padre, sino curiosas figuras geométricas que se intersecaban entre sí y esto le produjo una extraña y apacible alegría. Tenía una honda, una honda con un nombre, así se redujera a una sola letra, y con una historia, como la tenían las armas de los grandes guerreros que habían combatido por el Mundo de los Hombres y lo habían salvado del peligro.

* * *

Cazar de día, como pronto aprendió Rankstrail, era demasiado peligroso. Por considerable que fuera su habilidad para localizar a los guardabosques intuyendo los cambios de posición de estos de acuerdo con el movimiento de los pájaros que levantaban el vuelo a su paso, ellos eran un peligro. De noche además tenía la ventaja de no tener que someterse a la mirada del padre. Aprendió a sacrificar el corto tiempo de descanso que tenía para moverse solo en la oscuridad cuando el sueño tibio y consolador envolvía a todos los hombres, excepto a los soldados de guardia, y a todos los niños, excepto a él. En sus nidos, ocultos entre los cañaverales al pie de los terraplenes, también las garzas y los garzones dormían. El único medio para encontrarlos era quedarse inmóvil, noche tras noche, a la espera del golpe de suerte: el vuelo de un búho que lo guiara en dirección a la presa.

Capítulo 3

Todos los días Rankstrail se detenía a regalarle cualquier cosa, así fuera solo un puñado de renacuajos, al Escribano Loco, quien, a cambio, le enseñaba a escribir una letra nueva. Después le mostró cómo unir todas las letras para transformarlas en palabras y le hizo repetir a Rankstrail el alfabeto tantas veces, unas en voz baja, otras gritando, e incluso al revés y con la boca llena de piedritas, que su tartamudeo desapareció. La aventura con los números, que Rankstrail siempre había tenido claros en la mente, fue maravillosa: transformados en signos aumentaban su esplendor y se volvían nítidos como la hoja de una espada. Descubrió, con emoción, que los números nunca se acababan. No había ninguno al que no se le pudiera sumar uno o diez o cien. Una vez que uno y uno se sumaban para dar dos, la noción de infinito se volvía inevitable, casi tangible.

Después de haber aprendido cómo transformar los signos en sonidos, cómo endurecerlos o cómo alargarlos con el uso de acentos en forma de golondrinas o patos al vuelo, Rankstrail fue instruido en historia. Aprendió datos y nombres. Escuchó hablar de batallas. Comprendió por qué un manípulo aparentemente débil puede ser puesto en el centro de un despliegue de tal modo que el enemigo se precipite de manera irreflexiva para romper las filas, y se encuentre, por el contrario, sitiado. Entendió que, por el mismo peligro del sitio, los flancos de un ejército nunca deben estar desprotegidos. Las líneas de la geometría al servicio de un comandante podían sentar la diferencia entre la vida y la muerte, la derrota o la victoria. El Escribano Loco le contó la historia de Sire Arduin.

—... Él reconquistó la Tierra de los Hombres... —dijo—... ¿tienes todavía algo de miel, muchacho aguerrido y generoso? Lástima, les sienta tan bien a mis miembros cansados... Sire Arduin reconquistó la Tierra de los Hombres invadida por los Orcos utilizando la estrategia. ¿Comprendiste qué es la estrategia?

Rankstrail había entendido: era la suma de la geometría y el coraje.

—Él dejó dicho que un pueblo que no sabe combatir es un pueblo de esclavos o un pueblo de muertos y...

También Rankstrail quería aprender a combatir. Se atrevió a contarle su sueño de convertirse en un caballero, incluso un guerrero a pie si no era posible algo mejor, pero de cualquier modo con una armadura y un yelmo que brillaran al sol. La respuesta le cayó como un baldado de agua fría.

—¡Una necedad, como cuando de niño se sueña con poder volar!

Nadie en el Anillo Externo podría alcanzar jamás las armaduras de los héroes. El Escribano aclaró que los habitantes del Anillo Externo que comían renacuajos y ranas y que a su vez eran devorados por las nubes de zancudos que moraban en los charcos, no eran aceptados en la férrea estructura militar de la ciudad de Varil, en donde toda

la pirámide jerárquica, desde el primero de los comandantes hasta el último de los alabarderos, estaba rígidamente establecida por herencia. Aquellos habitantes de las casuchas entre las murallas que creían tener vocación de guerrero o de héroe tendrían que contentarse con ganar el dinero en otras patrias (en el Condado de Daligar, para ser más precisos), actividad conocida como el oficio de las armas. El ser Mercenario, sin embargo, no era un oficio que estuviera acompañado de muchos tributos de aprecio.

—... Mira, muchacho, el Mercenario es al caballero como la lavandera es a la dama. No solo están distantes como las estrellas y el reflejo de estas en los arroyos, sino que son irreconciliables. Aquel que se mancha con actividades poco decorosas se obstaculiza para siempre el camino hacia posiciones de honor. El problema es que en Varil también los oficios de curandero-barbero, maestro forjador, orfebre, boticario, sastre, porquero, pastor, cabrero, tallador de piedra, maestro albañil y criado se obtienen por herencia. La única profesión a la que puedes acceder como habitante del Anillo Externo, además de la de Mercenario, es la de mendigo. Si hubieras nacido mujer, podrías ser lavandera.

—¿Y tú cómo lo sabes? Vienes de afuera —preguntó Rankstrail, resentido.

Había sospechado antes que su sueño de ser caballero no era más que una quimera infantil, pero de todas maneras dolía oír que se lo confirmaran.

—No es necesario haber nacido en un lugar para conocerlo. Está bueno tu caldo de ranas, siento cuánto bien me hace para la tos y los huesos. Agradécele a tu señora madre de mi parte. El conocimiento de los lugares es como el de los tiempos: es posible a través de la palabra oída y de la palabra leída. Añadiré algo más. El conocimiento desde afuera es incluso mejor que desde adentro, de la misma forma como es más fácil identificar las líneas arquitectónicas de un edificio desde la fachada que desde los sótanos.

—Daligar debe su nombre de Ciudad Puerco Espín a las mortales series de palos enterrados por fuera de las murallas, arriba, justo debajo de la crestería. Están inclinados hacia abajo, son huecos y tienen el interior recubierto de plomo; sirven para verter sobre un posible ejército enemigo, todo lo que pueda quemar sin que sea necesario asomarse, sino permaneciendo a salvo tras las murallas. Los palos fueron contruidos y montados por orden de Sire Arduin después de que la ciudad, reconquistada de las manos de los Orcos, fue sometida a un asedio. Los palos huecos chorreaban brasas sin tregua noche tras noche, dibujando en la oscuridad una raya de fuego, la única luz en la oscuridad que le gritaba al Mundo de los Hombres, a punto de perecer, que Daligar combatía porque combatir era posible.

—Hijo, el ejército de la ciudad de Daligar se compone de dos armadas cuidadosamente separadas y diferentes. La verdadera armada de la ciudad, suma de la caballería y de la infantería denominadas pesadas, está constituida por los residentes.

Los caballos más hermosos y las mejores espadas son para los caballeros. En el pasado, los aristócratas, el Conde de Daligar y los fundadores de la ciudad, conformaban la caballería pesada. En tiempos más recientes, por el contrario, es el Juez quien establece con base en el mérito quién puede pertenecer a esta.

—Bueno, menos mal, así es más justo.

—No, no lo es, hijo, solo parece. Lo que tú quisieras es que los más aptos y los más valientes fueran llamados a combatir cuando esa horrible necesidad que es matar se vuelve indispensable para seguir con vida. Nunca te hagas la ilusión, muchacho, de que la guerra es un asunto glorioso; sin embargo, algunas veces es necesario hacerla y entonces es mejor que la haga el que sea capaz de vencer. Un buen ejército es un ejército comandado por el hombre que más inteligencia y más fe tenga. En tiempos pasados eran los descendientes de las antiguas familias: a veces inteligentes, a veces tontos, casi siempre valientes y muy rara vez pusilánimes, pero al menos todos eran capaces de combatir, dado que habían aprendido a hacerlo desde niños. El sistema basado en la descendencia era injusto, pero era estable y en cierto modo sensato. En la actualidad en Daligar no hay nada que se le parezca. Ahora los descendientes fueron sustituidos por los vástagos de las familias más cercanas al Juez Administrador y la injusticia ha aumentado porque nadie se atreve a chistar. Antes, por lo menos, la crítica al Rey era permitida, y te aseguro que cualquiera empeora cuando está rodeado de gente que solo dice que sí. ¿Crees que tu señora madre tendría la amabilidad de prestarme aguja e hilo? Mis pantalones se están despedazando. ¿Dónde iba? Las mejores armaduras, las espadas más afiladas y las alabardas mejor elaboradas son para los caballeros. Los hijos de las familias menos nobles, las que en el pasado eran las menos antiguas y que ahora son las que se arrodillan un poco menos ante el Juez están en la infantería: en esta hay menos tachones de plata y oro, pero la aleación del acero de las armaduras y de las espadas aún es buena. La palabra «pesado» viene precisamente del peso de las corazas y de las armas en las que el acero se une con la plata y el oro de los relieves y de las incrustaciones. Del otro lado están los Mercenarios. La palabra Mercenarios viene de merced, a ellos les pagan.

—¿A los otros no les pagan?

—Por supuesto que no.

—¿Y de qué viven?

—Subsisten porque ya son ricos. A los soldados profesionales, el patrimonio...

—¿El qué?

—Tienen ya dinero y no les sirve. Los desharrapados se van a trabajar como Mercenarios. Tú podrías ser Mercenario. Grande, robusto y desharrapado: tienes todas las características. ¿Crees que podrías preguntarle a tu señora madre si ella los podría arreglar, los pantalones? No soy muy bueno con la aguja y el hilo, además me

parece que con hilo no basta. Creo que necesitan también un parche. ¿Crees que tu señora madre tenga un poco de tela que le sobre? ¿Nunca sobra nada en tu casa? Lástima. ¿Dónde había quedado?

—Por lo tanto el ejército mercenario tiene la tarea de defender no solo al Condado sino a toda la Tierra de los Hombres hasta los Confines de las Tierras Notas. Esto incluye también la Llanura de Varil, la Montaña Partida, los Altiplanos del Castañar y de Guardia Alta.

—¿La llanura de Varil? Nosotros no necesitamos a nadie. Tenemos el ejército más fuerte del mundo.

—Excusa, hijo, ¿a quién te refieres con ese «nosotros»? Tú no perteneces a Varil, sino a su Anillo Externo, no es lo mismo. Ustedes, o mejor ellos, los verdaderos ciudadanos de Varil, tienen una armada formidable, pero jamás la han utilizado porque cuando llega un ejército abren las ocho esclusas sobre el Dogon, sabes, donde están los molinos de viento que mueven el agua, y anegan los arrozales. Varil nunca ha sido atacada. El ejército está conformado por aristócratas, gente que no se está muriendo de ganas de ir a defender los caseríos de los Confines; por lo tanto el Condado se hace cargo mandando a los Mercenarios. Entre el Condado de Daligar y la Llanura de Varil hay un antiguo pacto de alianza y un vago recuerdo de vasallaje de la segunda hacia la primera. Durante los siglos de oscuridad, mientras las hordas de Orcos se volcaban contra la Tierra del Pueblo de los Hombres, el Rey de Varil era nombrado por el de Daligar y debía arrodillarse ante él. La alianza subsiste aún: el Condado asume la tarea de la defensa de los Confines de las Tierra Notas a través de la armada de Mercenarios; de este modo Varil, en su aristocrática negligencia, puede despreocuparse del asunto. Varil, a cambio, paga un tributo anual generoso de una cantidad de oro diez veces mayor que el costo total de la armada de Mercenarios. El Juez Administrador podría multiplicar al menos diez veces el salario de estos y simultáneamente seguiría obteniendo ganancias. Con un salario más alto y con raciones regulares, no sería necesario recurrir a una vigilancia permanente ni a la actividad constante del verdugo que castiga de manera horrible hasta el robo de una sola hoja de col. Para reprimir la constante tentación del hurto dentro de una banda de enfermos de hambre crónica, desesperados y armados hasta los dientes, es necesario distribuir la crueldad de forma generosa y aplicarla con diligencia. Esta parte nunca la he comprendido: bastaría con pagarles un poco más, o incluso, bastaría simplemente con pagarles, darles lo acordado. Cuando no están en servicio, los Mercenarios no reciben salario. ¿Qué se supone que van a comer? Sin embargo, si desertan, los espera la horca. En el Condado la única cosa que está a la par de la crueldad es la idiotez. Evidentemente el Juez Administrador cree que el verdugo es una medida no solo necesaria sino suficiente para mantener una disciplina impecable, y de un aumento de salario jamás se ha hablado.

—¿Y por qué dices que esto sería apropiado para mí?

—Porque no tienes el físico de un mendigo. Si así estás ahora, para cuando termines de crecer alcanzarás los seis pies y medio de estatura por tres de espalda. ¿Te gustaría pedir o deberle a alguien?

—Prefiero morir.

—¿Lo ves? No tienes el físico ni la vocación para la profesión de limosnero. Y para trabajar como carpintero sin paga ya es suficiente con tu padre...

—No me agrada que te burles de mi padre.

—Es la última cosa en el mundo que me permitiría. Ni siquiera en mil años podría decirte el afecto que siento hacia los tuyos. Te lo juro por la vida de mi hijo, lo más sagrado que tengo en el mundo.

—¿Tienes un hijo?

—Sí y antes de ser arrestado le ordené que me negara, que me olvidara, que aceptara ultrajarme y que viviera. Escúchame, solo te estoy diciendo la verdad. Si a tu padre le pagaran como se debe, podrías trabajar a su lado en el taller y luego heredarlo; pero tal como van las cosas es mejor que encuentres otra cosa que hacer. Cuando hay trabajo, los Mercenarios reciben un salario y alimentación, por lo tanto muchos pueden mandar el dinero a casa. Entre las tareas del Mercenario también está la de mantener a los bandidos y a los Orcos fuera de los Confines, como en el pasado, antes de las Lluvias Perennes. Allí ya no hay garitas, ni hogueras, ni murallas: pero al menos están los Mercenarios. Nada refinado, como ves. Nada grandioso. Es un trabajo sin gloria y lleno de dificultades, turnos de guardia, emboscadas y represalias, pero sin los Mercenarios las tierras de los Confines estarían indefensas...

—¿Los Mercenarios pelean contra los Orcos?

—Claro, ¿no pensarás que los caballeros y sus armaduras centelleantes van a los Confines? Se les podrían empolvar los penachos. Es una necesidad para la cual son menester los Mercenarios: gente con armaduras livianas hechas de cuero y placas metálicas, que no brillan bajo el sol y no les impiden marchar por horas y días. Hacen un trabajo un poco parecido a tu caza furtiva, indispensable y despreciado, y nadie se los agradece nunca, pero alguien tiene que hacer ese trabajo, si no los Orcos regresarán. Y esos son peores que todo y que todos. Son peores que el Juez Administrador.

Rankstrail escuchaba y reflexionaba.

El sueño de caballero languideció, abandonó las horas abrasadoras del día y se redujo a esos pocos instantes nocturnos entre la vigilia y el sueño. Solo cuando se le cerraban los ojos fantaseaba sobre sí mismo, sobre cuándo podría demostrarle todo su valor a la ciudad de Varil. Soñaba que un día iba a conducir la carga de la caballería para liberar a la ciudad asediada. Soñaba que regresaría colmado de oro y gloria y que la gente de la Ciudadela, la Ciudad Vieja en el interior del anillo más interno de

murallas, debajo de las pérgolas, en medio de los jardines, se inclinaría a su paso y lo aclamaría Rey.

Pero también en sus sueños infantiles de gloria quedaba una inquietud perenne que se acentuó con el tiempo: saber que un día los Orcos regresarían, ya que tarde o temprano siempre lo hacían. Era una consciencia oscura pero profunda, una de esas cosas que se saben y basta, como sabía que él era él y que día a día su fuerza aumentaba. Al cabo, Rankstrail se volteaba de lado, buscaba una posición que fuera lo bastante cómoda para él y que no les desagradara mucho a sus piojos y se dormía, pensando que por mal que le fuera siempre podría ser un Mercenario. Al menos así combatiría a los Orcos.

Se despertaba pocas horas después, bien entrada la noche. Salía de casa y, evitando la mirada distraída de los soldados, saltaba las murallas recubiertas de huertas, racimos de uvas y árboles de higo que se asomaban al vacío; se aventuraba en el penetrante frío nocturno de los arrozales a buscar cualquier cosa de comer para sí mismo, su familia y todos los desgraciados que llamarían a la puerta de su casa taraceada con grifos, garzones y pájaros del paraíso, a pedir cualquier cosa.

La caza furtiva resultó ser una actividad compleja que presuponía habilidades diversas y complementarias: localizar los garzones, matarlos, burlar a los guardabosques y volver a entrar a través de la Gran Puerta esquivando la atención de los soldados de guardia. Por último, en casa, estaba la mirada de su padre. Nunca le prohibió cazar: a Flama se le había sumado otro hermanito, Borstril; además estaba la tos de la madre que ya no le permitía trabajar como lavandera y todos debían comer... El peso de las razones, sin embargo, no evitaba la desesperación y la derrota en los ojos del padre de Rankstrail, la insistencia en no tener hambre para no tocar nada de lo que su hijo llevara, poniendo en riesgo su propia integridad al igual que la de su propia alma. Los vecinos se dieron cuenta de que en la casa había de comer; les bastó con sentir el aroma a asado que salía de la chimenea por encima de los helechos y del musgo que recubrían el techo, y a menudo aparecía alguien en la puerta para pedir cualquier cosa.

Rankstrail pasaba todas las noches en los arrozales. No todas las noches atrapaba algo. Aprendió a deducir el movimiento de los guardabosques por el sonido ronco de las lechuzas. Aprendió a moverse sin molestar mucho a las lechuzas para que sus gritos roncros no les delataran su presencia a los guardabosques.

Aprendió a resistir el sueño, el frío y el entumecimiento que le paralizaba las piernas sumergidas en el agua, inmóviles. Aprendió a nadar imitando a las ranas para sobrevivir cuando una avería en una esclusa levantaba de repente el nivel del agua o cuando las lluvias otoñales transformaban los arrozales en lagunas profundas. Con una rama grande de sauce se fabricó un arma de lanzamiento de alcance más largo, dotada de proyectiles afilados y penetrantes: un arco de caza, pequeño, de menos de

tres pies de altura. Rankstrail grabó su R en la parte central de este. Lo dejaba escondido en una encina hueca justo afuera de las murallas. Mientras que con la honda siempre había sido insuperable, con el arco era bueno, pero no excepcional. Apenas le enseñó a Flama a usarlo, esta lo superó en pericia.

Los garzones y las garzas, a veces también un conejo o un tejón, eran para su madre, para los enfermos, los niños pequeños, las mujeres encintas; como si esto no fuera suficiente, también había que calmar el hambre del Escribano Loco. Para salvarlo también de las pedradas, Rankstrail se ganó la buena voluntad y la obediencia de los jovencitos del Anillo Externo. Los organizó en bandas y los llevaba consigo en algunas de sus excursiones nocturnas. En esas ocasiones descubrió que muchos, incluso mayores que él, le temían a la oscuridad.

La oscuridad era un lugar amigable y cómodo que lo envolvía como una frazada, un lugar donde él se movía seguro. El olfato le suministraba una guía tan certera como la que le ofrecían las formas y las distancias durante el día. El hecho de que era posible temerle lo dejó casi tan desconcertado como constatar que para los demás renunciar a las horas de sueño constituía un intenso sufrimiento.

Rankstrail aprendió las reglas básicas de la buena autoridad: órdenes claras, pocas y nunca por fuera de la posibilidad del ejecutor. Un buen comandante evita las riñas, no humilla a nadie y nunca permite que otros lo hagan. En contra de cualquier regla del decoro, imperturbable frente a las críticas y a las injurias, Rankstrail también reclutó en las bandas a las mujeres que lo solicitaron (de hecho, únicamente su hermana Flama) para ofrecerles una opción, ya que le parecía que cualquier cosa, inclusive permanecer inmóvil en el agua gélida de los arrozales con el corazón en la garganta por miedo a los guardabosques, era infinitamente mejor que el destino de lavandera que se les esperaba a todas.

La primera vez que Flama se unió a la expedición, Rankstrail tuvo que enseñarle cómo escalar y cómo saltar un obstáculo. Flama se las arregló, pero esa primera vez los hizo perder tiempo. Alguien se impacientó y la impaciencia se sumó a la indignación de que la presencia de una mujer les arruinara la aventura.

—Los hijos de la Desfigurada y del idiota que no ha encontrado nada mejor que hacer que resentirse... —refunfuñó una voz.

Rankstrail, aun en la oscuridad, identificó de dónde venía el comentario. El odio y el furor estaban explotando en su cabeza. Se dio cuenta de que esta vez no se iba a detener, como siempre lo hacía, ante el primer morado de su adversario, ante su primera súplica de piedad. Esta vez nada lo detendría, ni la sangre ni los huesos fracturados. Lo único que deseaba era agarrar al otro del cuello y seguir apretando hasta que ningún insulto fuera posible nunca más.

Ni siquiera logró empezar.

La voz desparpajada de Flama lo detuvo.

—Los Dioses le dan a cada uno su pena: a mi mamá le dieron una quemadura, a la tuya le hicieron dar a luz un hijo cretino —murmuró sin perder la alegría—. Y te aseguro que eso realmente es peor. Durante una parte de su vida mi madre no tuvo cicatrices y en los Infiernos ya no estará desfigurada. Tú, ni por un solo instante de tu vida, has dejado de ser un estúpido.

Todos se cubrieron la boca para ahogar las risas y Rankstrail comenzó a respirar de nuevo. La furia que sentía se atenuó. Le parecía cada vez más inútil y estúpida a cada instante que pasaba. Pensó que no podía masacrar a todos los idiotas que se le cruzaran en el camino: tendría que aprender a imitar a Flama, haría que se sintieran tontos; así su madre no se sentiría como se sentía cada vez que él golpeaba a alguien. Se dijo que tenía que dejar de golpear a los demás, no permitir de ninguna manera que las cosas empezaran: esa noche había comprendido, y había reconocido con una leve sensación de vértigo o quizá de náusea que hubiera sido capaz de matar.

Rankstrail aprendió de Flama, además de resolver las provocaciones con palabras y no con puños, a esforzarse por hacerles el menor daño posible a los animales. Se obligó a evitar los nidos cuando tuvieran pichones, a no derribar nunca a las madres y más bien renunciar a la presa cuando tuviera dudas. Rankstrail reconoció que las observaciones de Flama siempre eran sensatas: sin nidos y sin huevos, tarde o temprano disminuirían las garzas y los garzones, en perjuicio de los cazadores mismos.

Con dificultad, pues constatar que se es diferente siempre es complejo, Rankstrail se dio cuenta de que todos los demás, inclusive Flama, se percataban de las presas con unos segundos de retraso. De hecho, sería más correcto decir que era él quien se percataba de las presas con unos segundos de anticipación. La capacidad de saber las cosas antes, esa que le había permitido saber qué había en el frasquito de miel, no se había presentado en ninguna otra ocasión, salvo cuando empuñaba un arma. Conocía la posición de la criatura destinada a convertirse en su botín, un momento antes de avistarla.

* * *

Durante los larguísimos inviernos que no lo mataron gracias a todos los haces de leña que Rankstrail contrabandeó para calentarlo, entre un estornudo y otro, el Escribano Loco le explicó que tanto en Daligar como en Varil el cargo de Rey era en parte electivo y en parte heredado. El Rey era escogido por elección. Los miembros de las grandes familias aristocráticas tenían derecho al voto y a la candidatura. Con frecuencia, pero no siempre y no necesariamente, un Rey era hijo del anterior. Cuando un soberano tenía un hijo hombre este último era en general el favorito, a

menos que ya hubiera suscitado motivos de duda o que algún otro ya se hubiera distinguido por méritos particulares. La excepción había sido Arduin, el general elegido Rey por unanimidad por haber expulsado a los Orcos y salvado lo que quedaba de la ciudad después de que el monarca encargado la abandonó para refugiarse en Alyil, la inaccesible Ciudad Halcón en las Montañas del Norte. Arduin no pertenecía a la aristocracia de la ciudad; su descendencia, que se había dispersado y ocultado en el anonimato en medio de la población, tampoco había querido pertenecer a ella.

De Arduin en adelante todo se sumió en un fango de incapacidad tan grande que, en vez de elegir a la persona más digna del voto, se tendía a buscar una que, aunque poco dotada, fuera la menos mala, una cuya ineptitud fuera la menos estólida y cuya incapacidad fuera la menos dramática, y por esta se votaba. La mediocridad se había convertido en un mérito y la incapacidad en una regla.

El Condado se hundía en un lodazal indiferenciado de problemas sin resolver y de catástrofes previsibles y evitables que reaparecían en forma periódica con la puntualidad de las estaciones. Durante las primaveras siguientes, mientras el sol aparecía y millones de huevos de zancudo se abrían a la tibieza de la vida, el Escribano Loco le explicó que debido a la falta de mantenimiento de los canales de irrigación la escasez de lluvia se convertía en sequía uno de cada dos veranos; y que por la falta de limpieza del sotobosque la cantidad de ramas y detritus que llenaban la ribera del Dogon era tan grande que las lluvias se transformaban en inundaciones uno de cada dos otoños. En los fríos meses invernales, cuando las brasas quedaban despiertas en los hogares durante las gélidas horas de la noche y del sueño, a veces las chispas alcanzaban las paredes y quemaban la paja que cerraba las fisuras entre las vigas despegadas y podridas. En las aldeas más pobres, demasiado miserables para tener espacio, las casas estaban pegadas unas a otras: las llamas estallaban voraces y feroces, volando como los Ángeles de la Destrucción de casa en casa, para que en la mañana, los sobrevivientes, mientras contaban los muertos y las pérdidas, no se limitaran a acusar a la mala suerte, sino que buscaran a los culpables. Los estragos se justificaban apelando a los sortilegios de los Elfos o a la maldad de las brujas que, insatisfechos aún con el dolor humano, no se habían contentado con la sequía, la miseria y las inundaciones para torturar al Pueblo de los Hombres y para mofarse de él. Y en todas estas ocasiones el Pueblo de los Hombres juraba que saldaría las cuentas con los artífices de los maleficios y de los sortilegios, las saldaría con sangre y fuego. Con sangre, fuego y dolor.

En los veranos, entre las granizadas que se alternaban con un sol ardiente que ponía las calles candentes, el hombrecito al fin llegaba a explicar cómo, después de una serie de soberanos que habían competido con tenacidad en estupidez e incapacidad, el Inquisidor de la ciudad, Erligno, gran cazador de Elfos y de brujas,

consiguió unificar el mando administrativo y militar en un solo cargo a pesar de que el último Rey, Aturdo Quinto, aún estaba vivo.

Al morir Aturdo, Erligno pensó que estaba bien nombrarse Juez administrador, título vagamente menos inquietante que el de Inquisidor, y asumió el mando absoluto. No podía volverse Rey: su crueldad era ya demasiado conocida como para esperar ser elegido. No había una sola familia entre los notables y la aristocracia que no tuviera al menos un allegado en la picota, en el patíbulo o recluido por tiempo indefinido en los sótanos. Erligno no se desanimó, simplemente abolió la palabra «Rey» y prohibió su uso. Abolió la soberanía misma que presuponía una elección como un inútil oropel de un pasado obsoleto, les arrebató las tierras, bosques y negocios a quienes los poseían y los trabajaban y los concentró en el gobierno del Condado, desplumó con una tributación insoportable a quienes todavía poseían alguna cosa, mató a los opositores o a los sospechosos como se liquida a un perro rabioso y sumió a la región en la más abyecta e irremediable miseria que se hubiera visto desde el tiempo de los Orcos.

Siempre en nombre de una transición hacia una nueva era, el Juez Administrador incluso demolió una buena parte del antiguo palacio real para sustituirla por una curiosa construcción sin arcos, columnas y contrafuertes, parecida a un monolito irregular o al tronco de un nido de termitas. La falta de adornos, de jardines interiores y de cualquier variación en la altura de las paredes hacía que por dentro la construcción custodiara miríadas de habitaciones ciegas, sin ventanas ni rendijas. A Rankstrail esto no le parecía un problema fundamental, pero el escribano subrayaba que se trataba de una ruptura: equivalía a decir que todo lo que había existido hasta ahora era una inmundicia. Aquel que niega el pasado mata el futuro. Rankstrail asentía exasperado mientras trataba de irse: a veces el hombrecito lograba hilar sus discursos de manera lógica, pero cuando estos llegaban al punto del futuro muerto, significaba que estaba a punto de dispersarse en una serie de lamentos que presuponían una capacidad de comprensión y paciencia superiores a las de un jovencito.

Durante el otoño, cuando el viento se levantaba a la par que el perfume del mosto de las cubas, el tema de conversación que aparecía con preferencia eran las habilidades del Juez Administrador, que incluían un considerable conocimiento lingüístico y algunas capacidades de nigromante o quizá de inventor. El Juez confiscaba sistemáticamente grandes cantidades de cebada y de trigo para transformarla en una mezcla de su invención que, al agregárseles a las raíces de los jazmines y de las glicinias, hacía que la floración de estas fuera perenne, de volumen prodigioso y, sobre todo, dotada de un perfume dulzón y duradero. De las cargas de manzana fermentadas, en cambio, se destilaba un líquido claro y más embriagante que el vino al que se le añadía jazmines para transformarlo en perfume. Este se

vendía carísimo: no solo enmascaraba el olor de las personas y el de las calles, sino que rociado sobre un pañuelo que luego se mantuviera sobre la cara, según se decía, disminuía el riesgo de contagio durante las epidemias (que durante los años de poder del Juez Administrador aumentaron su furia, señal evidente del aumento de la maldad del Pueblo de los Elfos y de las brujas). El perfume era embotellado en ampollas transparentes y amontonado en las numerosas habitaciones ciegas del palacio del Juez. Se vendía hasta los Confines con las Tierras Ignotas y esto permitía engrosar las arcas y las vestiduras del Juez Administrador con gemas y oro en abundancia.

Tal vez si el Escribano Loco no interrumpiera sus narraciones con saltitos, grititos y risitas, estas hubieran sido más creíbles. Además la costumbre de hablar de temas fijos de acuerdo con la estación no era un indicio de una gran salud mental. Cuando hablaba de estrategia era comprensible, pero el resto Rankstrail lo escuchaba por pura cortesía mientras le preparaba un poco de caldo de renacuajos y repasaba los números y el alfabeto. La idea de que no todos los males del mundo se debían a la maldad de los Elfos y de las brujas le encantó por su lógica, dado que Elfos y brujas tendrían que ser de una idiotez suicida para desencadenar desgracias que los golpeaban a ellos en primer lugar (por no mencionar adicionalmente las represalias de los Hombres). Pero la teoría era tan contraria al sentido común que la dejó de lado como poco fidedigna y alocada.

Capítulo 4

Las cosas siguieron adelante año tras año, hasta que Borstril aprendió a caminar.

Después todo se desplomó. La madre perdió la batalla contra la tos y simultáneamente el padre comenzó la suya. Dos años después de la muerte de su madre, Rankstrail se dedicó al oficio de las armas. No había encontrado ninguna otra forma para mantener el juramento que se había hecho a sí mismo y al cielo de no permitir jamás que sus hermanos conocieran el hambre.

El día en que Rankstrail dejó el Anillo Externo para enrolarse tenía quince años.

Partió de noche y sin despedirse de nadie, porque si su padre se hubiera enterado, lo habría detenido. Flama, su aliada y confidente para todo, no lo sabía, porque ella tampoco le habría permitido hacer esa locura.

«Salario» era la palabra mágica que había fascinado al jovencísimo Mercenario, la que lo había empujado fuera de su casa, lejos de su gente, como un ladrón en la oscuridad. Su padre se había enfermado y solo podría mejorar si tenía comida en abundancia y algo para pagarle al boticario.

El padre comía poco; por ello le había dado la tos que no se cura. A los que comían todos los días no les daba. El padre de Rankstrail no soportaba el hambre de sus niños. Ellos podían comerse el producto de la caza furtiva, él no se los había prohibido. Jamás se los prohibió. Pero no prohibirlo y aprobarlo, sin embargo, eran dos cosas diferentes.

Cuando había asado de garzón en la mesa el padre se levantaba y se sentaba en su pedazo de tronco con la mirada abatida de los derrotados. Se quedaba allí, hasta el alba, tallando trabajos magníficos por los que solo unos pocos pagarían.

Aun después de la muerte de la madre, entre la caza furtiva de Rankstrail y el taller de carpintería, la familia había salido adelante con las mismas dificultades que las otras familias del Anillo Externo. Luego al padre le dio la tos. La fiebre había llegado con el invierno: le empezaba, le duraba días enteros y lo dejaba postrado e incapaz de tocar un formón durante semanas. El boticario le prescribió pócimas complejas de camomila, belladona y valeriana y le recomendó caldo de buey, tanto como fuera posible; de ese modo los escasos ahorros de la familia se extinguieron en un segundo.

Fue así como Rankstrail se encontró otra vez solo para resolver el problema. La primera idea que se le ocurrió fue la de intensificar la caza. La necesidad hizo que fuera imprudente. No lo pescaron mientras cazaba: con el oído y el olfato que tenía, los guardabosques nunca lo hubieran podido pillar. Pero en una ocasión, para lograr atrapar a una oca silvestre a la que acechaba noche tras noche, se demoró demasiado: la luz del alba se había reflejado en el agua de los arrozales y ya era imposible saltar los bastiones. Rankstrail tuvo que entrar por la calle. Hubiera logrado pasar también

la somnolienta guardia de la puerta del Anillo Externo si un hurón hambriento no hubiera comenzado a apuntarle a su alforja: el hecho despertó risas y atrajo la atención de los soldados de las escarpas.

Le decomisaron todo y lo llevaron al puesto de guardia. El castigo eran doce latigazos. Cuando terminaron le explicaron que se le castigaba solo una vez: si lo pescaban de nuevo en la caza furtiva y se daban cuenta por las cicatrices de que ya lo había hecho antes, entonces quedaba «fuera». Él y todos los suyos. Fuera. Varil les había permitido vivir dentro de sus murallas: el que no respetaba la ley quedaba por fuera y era mejor que buscara otro lugar para vivir y para morir.

Rankstrail salió del puesto de guardia tambaleándose y se dejó caer al suelo. Allí se quedó hasta que el sol se levantó perpendicular sobre la ciudad a la par que el viento helado de tramontana.

La vergüenza hizo que el dolor fuera insoportable.

Si su padre se hubiera enterado, se habría muerto. Rankstrail juró que no se lo diría nunca a nadie. Ni siquiera a Flama. Nadie lo sabría jamás. Se dejaría sanar las llagas bajo el sayo por su propia cuenta.

Ahora, sin embargo, el problema era la comida. No podía correr más riesgos. Sin la caza, su familia moriría.

En ese momento pasó el pregonero recordándoles a todos que el Condado de Daligar, a dos días de camino, estaba de nuevo muy ocupado en reclutar Mercenarios, llamados de manera oficial caballería e infantería ligera. Esto ya había sucedido ocho años atrás, cuando un terrible Elfo, el Maldito, había pasado por la ciudad exterminando pollos, hombres, niños, perros, canarios y probablemente gatos, vacas, ovejas, cabras, carneros y los peces rojos de las fuentes. Rankstrail había escuchado esta historia cuando su hermana Flama había nacido y se preguntó si Daligar sería una ciudad como las demás o una feria de animales. El Escribano Loco le había dado su versión de la historia: según él, el niño Elfo solo había resucitado una gallina, de tal modo que por una vez se alejara la tristeza de la muerte. Con ese relato insensato, Rankstrail obtuvo la prueba definitiva de cuán poco fiable era el hombrecito.

Después de ocho años todavía no habían apresado al Elfo. Tal vez por el miedo de todos los héroes que lo estaban buscando o quizá había muerto por su propia cuenta. En todo caso, no había dado más motivos de preocupación.

Esta vez el llamado al reclutamiento era por los Saqueadores Negros, los bandidos de las landas meridionales.

El muchacho escuchó la palabra «salario», repetida sabiamente por el pregonero en cada frase, como un sediento que siente caer una gota de agua sobre una piedra candente. Dejar su casa le destrozaba el corazón, pero la idea del dinero era tan irresistible como un hechizo.

Él sabía que gracias a su gran estatura y a su barba incipiente podría pasar por un

hombre joven y no por lo que era, poco más que un niño, y que por lo tanto lo aceptarían. Después de años de conversaciones, o mejor de monólogos del Escribano Loco, Rankstrail tenía un conocimiento considerable del Condado de Daligar y de su armada. Un mendigo que pasaba y que afirmaba tener vagos lazos de parentesco con algún Mercenario le dio información adicional a cambio de algo de comer. Rankstrail sospechó que se trataba en realidad de desertores, pero así fueran de primera o segunda mano, los datos resultaron inmensamente más útiles, realistas y confiables que los del pregonero.

Como el escribano ya le había dicho, los Mercenarios les debían el nombre de caballería e infantería ligera a las corazas y los yelmos hechos con placas metálicas alternadas con láminas de cuero, de modo que el costo fuera en extremo moderado, y el peso, por consiguiente, también fuera limitado. Todo esto era sujetado con cordones de cuero o de cáñamo según lo que se tuviera a mano; cuando estos se gastaban el soldado los reemplazaba como podía. Si no encontraba cáñamo o cuero, recurría a los tendones de buey con que los bandidos y los Orcos abatidos amarraban las corazas, así que, después de todo, el aspecto y el olor de los soldados de la infantería y de la caballería ligera no eran muy lejanos a los de los enemigos que debían combatir.

Las corazas, al ser más livianas, protegían menos: no siempre detenían un sablazo; una de cada dos veces las flechas y los dardos lanzados de cerca herían. A cambio, era posible moverse con una rapidez considerable, igual a la del enemigo, y esto les daba a los combates de los Mercenarios una estrategia singular que en nada compartían ninguna de las baterías estables del verdadero ejército. Por esto los enviaban a los Confines de las Tierra Notas a resistir a los Orcos por el este y a los Saqueadores Negros por el sur cuando las granjas ardían y las cabezas de los súbditos del Condado terminaban en las picas con fines decorativos.

Cuando las cosas se ponían mal los Mercenarios escapaban; el término técnico era «retirada», la fuga no era castigada, siempre y cuando al final hubiera un contraataque y una victoria. El principio era que un soldado que escapa queda vivo y por lo tanto aún puede seguir combatiendo. Cuando un Mercenario moría lo dejaban donde había caído. Si sus compañeros no estaban escapando, atacando, corriendo o blasfemando porque no había ración o porque el salario no llegaba, podían incluso cavarle una fosa y ponerle cualquier cosa encima in memoriam. Si el muerto había tenido mujer y esta ya le había dado hijos, a veces los otros recogían cualquier cosa para ella, pero, en teoría, estaba prohibido tener mujer. Los Mercenarios no podían tener esposa. No era solo porque si tenían una familia se cuidarían demasiado de no morir: en realidad era mejor que gente como esa no se casara.

Para formar parte de la caballería era necesario el caballo; por lo tanto, el primer enrolamiento era en la infantería.

A ella podía acceder cualquiera que tuviera una opinión tan baja del propio derecho a la supervivencia como para desear estar enrolado. No se hacía ningún tipo de interrogatorio sobre la procedencia, el nombre o las desgracias ocurridas antes en la vida del soldado. El salario era de quince monedas de cobre y una de plata cada tres meses. Había veces en las que se pagaba con retraso, veces en las que se pagaba solo en parte y veces en las que no se pagaba en absoluto, pero también veces en las que se pagaba completo y en el momento justo. El salario del primer año se pagaba por anticipado para comprar la coraza, la espada, las grebas, el yelmo y al menos un estilete, una ballesta y un arco. Ellos mismos aprendían a fabricar flechas por ahorrar. De hecho, por mucho que la dotación fuera de mala calidad, dispar y reutilizada, el salario de un año a menudo era insuficiente para cubrir el costo. Los intereses de los préstamos a usura, junto a las ballestas de los Orcos y a las emboscadas de los bandidos, eran otra de las pesadillas permanentes del Mercenario.

Por lo que Rankstrail entendió, la base de la pertenencia a la infantería ligera era la esperanza: esperanza de no morir, esperanza de recibir el pago; esperanza de que hubiera ración, esperanza de que esta no fuera muy escasa, ni estuviera muy podrida. Esperanza de que las flechas de fabricación propia no se quebraran, no se desviarán, no fueran demasiado livianas en la punta y que detuvieran a los bandidos y a los Orcos antes de que estos a su vez tuvieran tiempo de lanzar sus malditos dardos con puntas de hierro o de acero hechos por herreros de verdad, lanzados con ballestas de verdad, fabricadas por auténticos carpinteros.

El contrato de enrolamiento era por quince años. Si antes de este término alguien trataba de escabullirse, era castigado con la horca. En cambio, para quienes se escapaban durante el primer año, es decir, antes de terminar el periodo ya pagado, la pena seguía siendo la muerte, pero alcanzada de una forma más ingeniosa. Un castigo análogo, antecedido por procedimientos largos y creativos, se establecía por la indisciplina sistemática, por una derrota posterior a una fuga y por, los Dioses no lo quisieran, amotinamiento y rebelión.

Las faltas menores tenían penas menores que iban desde el látigo hasta la mutilación. Casi nadie superaba los cinco años de enrolamiento con el número original de dedos y dientes. De los quince verdugos en servicio permanente en la ciudad de Daligar, tres estaban destinados a ocuparse específicamente de los Mercenarios.

* * *

La última noche en casa Rankstrail durmió poco y su descanso se vio interrumpido por un sueño oscuro, poblado de fauces de lobo. Se despertó mucho

antes del amanecer, identificó en la oscuridad los olores de su familia y se sintió casi abatido de tristeza ante la idea de marcharse. Cortó con torpeza las mangas de su casaca para sacar un pedazo de tela suficiente para escribir un mensaje; con un carboncillo escribió sus intenciones para que Flama, que sabía leer, pudiera explicárselas al padre y al hermano.

Cuando Rankstrail había salido de Varil el alba estaba por nacer. Una niebla sutil envolvía al mundo; le parecía moverse dentro de un sueño. Cuando el sol estaba alto y la niebla se disipó, el muchacho se dio vuelta para mirar la ciudad que se levantaba alta y magnífica; el verde del arroz nuevo, tupido y tierno, ocultaba el agua de los arrozales y daba la impresión de que la ciudad estuviera rodeada de tapetes enormes y suavísimos.

Tenía el corazón oprimido por una tristeza adusta que ni siquiera conseguía nombrar. Abandonar a su padre, a Flama y a Borstril le pesaba como el plomo. Y además, sin Flama no tendría a nadie más a quién contarle sus cosas y que a su vez se las contara. Y Borstril: apenas había comenzado a hablar y ya le daba gusto oírlo. La primera palabra que había pronunciado también fue «Aail».

Flama era una arquera muy hábil, pero no podía ir de cacería. Ella también podría cazar algún garzón, pero si el guardabosques la pescaba, la esperaba el látigo. Solo tenía diez años y además era mujer. Las mujeres eran más delicadas que los hombres y a fin de cuentas las mujeres eran mujeres: si los guardabosques las atrapaban y las azotaban, era peor.

Flama sabía escribir: Rankstrail había conseguido que el Escribano Loco le enseñara a ella también siempre utilizando el polvo de la calle como tablero, pero no estaba seguro de que, sin él, su hermana seguiría practicando y aprendiendo.

La palabra «salario», sin embargo, era demasiado mágica; para él era como la luz para la mariposa crepuscular. Cada vez, y fueron muchas, que estuvo a punto de detenerse y retornar, la palabra «salario» brilló en su mente. «Salario» significaba que todo era legítimo, que no había que ignorar ninguna regla, excepto aquella de que los jovencitos debían quedarse en casa y no combatir para nadie.

Con ese salario su padre podría hincar los dientes en una comida debidamente pagada y luego, poco a poco, podrían comenzar a saldar la deuda con el boticario.

Le llevó tres días. El viaje fue un continuo avanzar y retroceder: cambiaba de idea a cada instante y se devolvía en dirección a Varil, porque si bien era cierto que el dinero servía, también era cierto que comprendía muy bien que estaba a punto de cometer una locura. Se detenía para cazar, para pensar, para buscar agua, para mirar las nubes con la esperanza permanente de que su padre o Flama aparecerían en el horizonte tras él, al principio como puntitos y luego como personas reales, gritando y vociferando que era un loco y un inconsciente: lo cubrirían de insultos, él se pondría a llorar y luego se abrazarían y regresarían a casa todos juntos.

No apareció rastro de nadie.

Al fin, después de tres días, llegó a Daligar. La ciudad era pequeña, hosca, empotrada abajo entre los dos brazos del Dogon que la circundaban como un foso enorme. Si Varil, antigua capital de la primera dinastía rúnica, de palacios y muros taraceados de mármol blanco era la Ciudad Garzón que dominaba la llanura hecha de arrozales partidos por terraplenes cubiertos de almendros, Daligar, la verdadera capital de la Tierra de los Hombres, era la Ciudad Puerco Espín.

Daligar, a la sombra de las Montañas Oscuras, era roja, de ladrillos cocidos en los hornos, polvorienta, inhóspita y huraña. Tenía murallas bajas e imponentes, plagadas de palos afilados. Estaba sobre una islita entre las dos ramas del Dogon y sobre ella se elevaban dos puentes levadizos. Más adelante había soldados y más soldados como si siempre estuvieran en guerra. Contrariamente a Varil, donde cualquiera podía entrar y salir, Daligar era vigilada como un cofre lleno de oro, aunque al parecer hacía tiempo que el oro se había acabado. El que tuviera el honor de vivir allí no podía marcharse y el que quería entrar tenía que tener un motivo serio y la capacidad para demostrarlo.

Además de la dureza de la vida que lo esperaba, siempre y cuando se las arreglara para sobrevivir, además del dolor de dejar a los suyos, que lo lastimaba como una llaga abierta, sentía también otro temor, más sombrío y sutil: el temor de que aquello a lo que se estaba entregando no fuera un modelo ejemplar de sabiduría y ecuanimidad. Dado que la tos que no se cura y la cuenta del boticario no le dejaban otra salida, se enroló, pero estaba decidido a tener cuidado. Vendería su fuerza, mas no su alma.

* * *

Rankstrail llegó a La Ciudad Puerco Espín una luminosa mañana casi de verano.

Las hileras ordenadas de los cultivos de trigo y cebada se alternaban con los sembrados desordenados de girasoles. Las espigas, verdes y bajas, eran sobrepasadas por una infinidad de corolas de amapola que resplandecían al sol. Las golondrinas volaban al viento sobre el trigo, interrumpiendo alegremente su trayectoria para capturar los muchos insectos. Rankstrail decidió tomar la luz de aquella mañana y la opulencia del vuelo de las golondrinas como un auspicio de buena suerte. Bajo el sol, los ladrillos rojos de la ciudad adquirían un matiz dorado.

Daligar estaba casi tan agitada como diez años atrás cuando el terrible Elfo había pasado. Los Saqueadores Negros estaban arrasando las regiones meridionales: solo se hablaba de ellos. Eran bandidos que habían comenzado en grupos pequeños y luego se habían convertido en un ejército. No eran Orcos, pero su barbarie se había

aumentado año tras año: como sucede con frecuencia, la crueldad se había vuelto una competencia en la que cada comandante trataba de aventajar a los otros, como los concursantes en un torneo.

Para tratar de contraatacar de cualquier manera y defender las granjas se enrolaba de inmediato a todos los que se presentaban: o sea, al final de cuentas, casi nadie, porque la fama de los bandidos del Sur solo era superada por la de los Orcos de las Tierras Ignoras. Ninguno de los desanimados oficiales de reclutamiento le hizo demasiadas preguntas a Rankstrail acerca de su edad y él se encontró siendo parte de la infantería ligera.

Recibió la astronómica cifra de sesenta sueldos de cobre y cuatro monedas de plata que le tocaban por el contrato de enrolamiento, la dotación y el primer año de guerra por la ciudad de Daligar; contaba con media mañana para conseguir todo lo necesario. Partiría esa misma tarde para las Montañas del Sur donde los bandidos habían asolado las granjas y las colinas.

Rankstrail merodeó por Daligar, desconcertado e incapaz de pensar. La ciudad tenía calles polvorrientas, sucias y enredadas por donde se perdía: comparado con ella, el Anillo Externo con todas sus miserias parecía la tierra de Jauja. En el Anillo Externo la miseria siempre había sido esperanzadora y ruidosa, cargada de aromas y promesas de sabores. En cierto modo nunca era absoluta: era variable, no siempre se tenía algo, sin embargo, no siempre se estaba privado de todo. Por mal que se estuviera había corazones de col, zuros de mazorcas y cáscaras de patatas de aquellos que tenían el viento a favor y se podían dar el lujo de botarlos; en Daligar no había nada. Exudaba por doquier una miseria desesperada y opaca, nada que ver con la miseria colorida y vociferante a la que estaba acostumbrado. Vio niños con la piel tan tirante y delgada que los huesos del cráneo se les forraban y sintió horror por el invierno que no podrían resistir. Vio madres con la mirada tan vacía que ni siquiera el llanto de las criaturas que tenían en brazos lograba sacudirlas.

Antes de desanimarse por completo se cruzó con una mujer adulta, no más alta que una niña, y la reconoció. La había visto cuando era pequeño, mientras ella hacía girar un asador con garzones.

—Rocío —la llamó; luego se acordó de las palabras de la Dama y le habló a la mujercita cubierta de andrajos como se les habla a los señores—. ¡Usted es Rocío, una de las Señoras del Pueblo de los Enanos!

Rocío se detuvo y lo miró largo rato. Le sonrió y su rostro se iluminó. Rankstrail pensó que llamar a alguien Señora o Señor podía tener más valor que las monedas sonantes o que regalar un garzón.

Ella lo reconoció de inmediato aunque lo había visto solo una vez y cuando era un niño. Le explicó que después de la muerte de la Dama había preferido marcharse, atraída (quizá el término exacto sería ilusionada) por las voces que corrían por

doquier sobre la justicia de Daligar. Ahora era demasiado tarde para cambiar de idea porque en Daligar no estaba permitido: pero de todos modos la injusticia de Varil era mil veces mejor que la justicia de Daligar.

Rocío adoptó a Rankstrail por esa tarde y lo guio.

El muchacho usó la mitad de su dinero para comprar la espada más económica que encontró. Era involuntariamente asimétrica, ligeramente arqueada, con una empuñadura de madera y una cruz de bronce abollado y sin pomo porque este se había extraviado en un pasado poco glorioso. Había pertenecido a un alabardero muerto por insolación después de una borrachera. Era demasiado liviana y corta para él y la hoja estaba algo oxidada, pero era una espada. Ya tenía el arco y las flechas: los había elaborado para cazar garzones y servían para cualquier cosa que se moviera bajo el sol. Él mismo había hecho la coraza, por jugar, para soñar con que podía ser un caballero de esos que resplandecen al sol: usó los desechos de metales que recogía de los artesanos del Anillo Intermedio y los unió con las pieles de los diversos animales que había cazado, principalmente conejos y tejones. El resultado ejecutaba alguna función defensiva, por supuesto, pero era oscuro y amenazante: de inmediato lo bautizaron «el Oso».

Le mandó el resto del dinero a su padre. Rocío le presentó a la persona más apropiada o quizá la menos inapropiada y Rankstrail, al no tener otra opción, tuvo que confiar. Era un comerciante de perfumes que salía para Varil y fue encima de todo le pidió una moneda de plata como comisión, aduciendo como excusa la molestia de tener que buscar entre los andrajosos del Anillo Externo la casa y el hombre exactos. Rankstrail no negoció el precio, pero con la espada oxidada empuñada y con la coraza de oso encima, le dijo que si ese dinero no le llegaba a su padre, ellos dos, el comerciante y él, se volverían a encontrar así fuera en medio del hielo que hay en el fin del mundo. En los ojos del mercader apareció una luz diferente y Rankstrail tuvo la impresión, o más bien la certeza, de que el dinero llegaría a manos de su padre, hasta el último sueldo de cobre.

Capítulo 5

Debido a la urgencia, los nuevos alistados se saltaron por completo el adiestramiento.

Por lo tanto, a la mañana siguiente, Rankstrail partió para el enrolamiento mientras el sol estival brillaba en un cielo claro surcado por golondrinas, interrumpido por alguna que otra nube. Era una escuadra, es decir, veinticinco hombres, la cuarta parte de un pelotón, acompañados por un asno que llevaba el pan para un mes. Más que veinticinco hombres, eran veinticuatro y un muchacho, pero si alguno se percató, no consideró que fuera asunto suyo.

Los comandaba un tipo muy alto, con una nariz grande y gruesos bigotes negros. Tenía ojos redondos que le daban cierto parecido a las vacas blancas que pastaban alrededor de las murallas de Varil, pero con una expresión a las claras menos aguda y menos amigable. Arrastraba la *ese* y la *ere* por lo cual Rankstrail pensó que debía ser oriundo de las regiones del Noroeste; tenía también el número de dientes y de dedos normalmente previsto para la raza humana y el muchacho dedujo que debía ser o muy afortunado o muy sumiso.

El jovencísimo soldado marchó con los otros, de último en la fila, hasta mucho después de que la tarde cayó. No había comido nada y no tenía nada de beber. Necesitaba una cantimplora, entre otras cosas. En los arrozales se podía calmar la sed en cualquier parte; y a su espíritu de quinceañero no se le había ocurrido sospechar que hubiera lugares en el mundo donde podía faltar el agua.

Se detuvieron bien entrada la noche junto a un bosque de encinas y un torrente de agua.

Rankstrail no estaba cansado, estaba acostumbrado a caminar durante días ente los arrozales desde antes del amanecer hasta después del atardecer, pero hacía demasiado tiempo que no comía ni bebía nada, y la única cosa aun más insoportable que el hambre es la sed.

Apenas se dio la orden de romper filas, se precipitó a beber.

—Ey, jovencito —le susurró uno de los soldados—, no lo hagas. Aguanta hasta después de la repartición del pan.

Era un soldado pequeño, con una narizota que seguro le habían roto más de una vez en el pasado y el cabello dispuesto en una serie de trencitas a la usanza de los hombres del Este; le faltaban una buena cantidad de dientes y tres dedos de la mano izquierda. Rankstrail no lo escuchó. Bebió muy de prisa, vomitó y bebió más todavía.

Cuando finalmente regresó con los demás, el jefe del pelotón ya había distribuido el pan: el de Rankstrail se lo estaban repartiendo los tres soldados mayores.

—¿Algo que objetar, jovencito? —le preguntó el más grande de los tres—. El que quiere comer se queda en el puesto. Primero aprende, primero deja de actuar como un

estúpido.

Rankstrail buscó al jefe con la mirada: estaba tendido sobre una piedra comiéndose el pan y ni siquiera giró la cabeza para mirarlos, aunque era imposible no haberlos oído. Rankstrail, en virtud de su experiencia como jefe de banda, lo clasificó como un cretino absoluto, porque un verdadero jefe nunca permite injusticias y menos aún en relación con la comida. Además solo un idiota puede pensar en ir a hacer la guerra con un soldado que no puede tenerse en pie por el hambre y la humillación.

Debía arreglárselas por sí mismo. Pelear era arriesgado: si lo enfrentaba, quedaría marcado para siempre. Si ganaba, cosa difícil mas no imposible, tarde o temprano le devolvería el favor, quizá partiéndolo en pedacitos. Pero no pelear sería el fin de cualquier pretensión de ganarse el respeto. Tenía que encontrar otra vía.

—Ey, jovencito, olvídale —dijo el soldado de las trencitas mientras partía su pan—, te doy un pedazo del mío. Partámoslo a la mitad. Si masticamos despacio, durará como si tuviéramos justamente...

Rankstrail no le prestó oídos. No tomó el pedazo de pan que le ofrecía. Se acostó debajo de la encina más alejada y esperó a que todos durmieran. Cuando las respiraciones se hicieron regulares y ningún movimiento interrumpió más el silencio de la noche serena, se levantó y se fue a merodear por el campo desconocido. Los olores y los ruidos de este, imperceptibles para los demás, lo hacían claro como un mapa para él. Había una madriguera de conejos al sur del campamento. La encontró pronto: había visto las huellas sobre la orilla del torrente de agua mientras bebía. El faisán que atrapó un poco antes del alba, por el contrario, fue un verdadero golpe de suerte. Cuando el resto de la escuadra se despertó, Rankstrail había encendido una fogata pequeña por su propia cuenta con las brasas del campamento y un poco de hierba seca, y estaba asando el faisán. Había tres conejos amontonados sobre una gran piedra. Rankstrail se los mostró con un gesto.

—Pueden comerse la carne, pero las pieles son mías —dijo con tranquilidad—. No se acerquen a mi fogata.

El soldado de las trencitas se llamaba Lisentrail. El muchacho, sin levantarse, le tiró un pedazo de faisán y el otro lo atrapó al vuelo.

Los demás no se acercaron.

Se los había comprado.

Era un jovencito y el último que había llegado, pero era capaz de quitarles el hambre y esto era un bien tanpreciado que estaba por encima de todo, hasta del deseo evidente del jefe y de muchos de los soldados más veteranos de romperle los dientes para ponerlo en su puesto.

Todos, incluso el jefe, comieron carne a sabiendas de que si lo dejaban en paz, tendrían carne para la noche siguiente y también la noche después.

La escuadra atravesó el Condado de norte a sur.

Pasaron por una región de pinares y ciénagas sobre los cuales se levantaban colinas amarillas de hierba seca donde pacían vacas blancas como las que poblaban la colina de Varil, vigiladas por mayorales montados a la grupa de caballos negros. Los pinos eran altos y extraños, conformados por un tronco sin ramas sobre el cual se erguía una copa enorme. Lisentrail les enseñó a los demás a recoger piñas porque servían para encender el fuego en las tardes y por dentro escondían una cáscara dura como el roble, un minúsculo regalo llamado piñón.

Marchaban de día. Rankstrail cazaba de noche. A veces no lograba echarle mano a nada. Una vez atrapó una curiosa combinación entre cerdo y lobo, que los otros llamaron jabalí. Lo agarró después de una persecución veloz a través de las zarzas que lo excorió y lo hizo correr más millas que las que había recorrido durante el día con los demás. Rankstrail dormía poco, mucho menos que sus hermanos e incluso menos que su padre que también dormía poco. El cansancio y la falta de sueño comenzaron ahora a convertirse en un sufrimiento, pero hizo de tripas corazón y se acostumbró.

En el primer grupo de casuchas a lo largo del camino, Rankstrail cambió las pieles de conejo por una cantimplora, o más bien, mandó a Lisentrail a que hiciera el trueque, porque con su coraza de metal y pieles de animales el muchacho tenía más aspecto de Orco que de soldado normal.

Algunos días más tarde, siempre usando a Lisentrail como intermediario, cambió una parte del jabalí por dos preciosos pedernales; de ese modo no tendría que depender de las brasas del campamento. Compró también una cajita de cuerno llena de sal, bien inestimable para cualquier soldado, mendigo o peregrino: esto daba la certeza de comer como un hombre y no como un perro y, además, la sal disimulaba el sabor rancio.

En las tardes Lisentrail le daba también algunas lecciones sobre el uso de la espada. Le enseñó las paradas fundamentales y algunas estocadas. Fue el único que tuvo la iniciativa de adiestrar al joven soldado, pero una vez que comenzó la mitad de la escuadra se moría de envidia, arrepentida de no haber tenido la misma idea y haber perdido la única ocasión decente de asestarle alguno que otro bastonazo al recién llegado y dejarle una seña en las espinillas o en los costados.

Lisentrail no le dejó ni una seña. Era hábil con la espada y no tenía necesidad de hacer daño para enseñar. Golpeaba a Rankstrail con la parte plana para permitirle comprender qué puntos dejaba expuestos al combatir y le ayudó a reforzar su improvisada armadura donde era necesario, cediéndole incluso algunas placas de la suya.

En cuanto al arco, nadie tuvo que enseñarle nada al muchacho.

En el fondo de su alforja conservaba escondida su inseparable honda y un par de piedras redondas para cualquier eventualidad. Una buena parte de las cacerías nocturnas eran posibles gracias a la honda que seguía siendo el arma ideal para distancias cortas y también porque piedras había en todas partes, mientras que las flechas había que hacerlas.

En la medida en que descendían hacia el sur, la hierba se tornaba cada vez más amarilla y los pinares eran cada vez más escasos, hasta que desaparecieron. La época más caliente del verano llegó. Las vacas disminuyeron y luego se esfumaron, y fueron sustituidas por animales mucho más pequeños que también tenían cuernos. Se llamaban carneros y hacían *bee* en vez de *muu*.

Los pantanos se secaron. Esto fue una bendición porque liberaron de las nubes de zancudos que los habían perseguido entre los pinares y las colinas. Las moscas pasaron a ser entonces la maldición: eran grandes, negras, con alas iridiscentes y picaban.

Rankstrail no tenía grebas ni de metal ni de cuero; había ahorrado también en esto porque no había pensado que fueran fundamentales. Aún no sabía si lo fueran contra posibles enemigos, pero sin lugar a dudas eran indispensables contra las garrapatas. Todas las tardes el muchacho se las tenía que quitar de los tobillos y de la parte baja de las piernas descubiertas. A menudo la cabeza del insecto se le quedaba dentro de la piel y la herida se infectaba. Una vez incluso le dio una fiebre leve que lo postró. Hizo de tripas corazón y no se detuvo.

Sobre la llanura amarilla y ocre de hierba seca y tierra árida lo que quedaba de los ríos estaba marcado por el verde brillante de los cañaverales y por las adelfas cargadas de flores blancas o rosadas. Continuaban marchando hacia el sur: la hierba se hizo menos densa. El verde de los cañaverales y de las adelfas se apagó; ya no señalaba la presencia del agua sino la de los pozos de fango que habían quedado en su lugar. La tierra se resquebrajó en grietas desoladas y polvorientas como el horizonte de los Infiernos, si es que los Infiernos tenían uno.

En medio de la maleza encontraron escuálidos rebaños de carneros esqueléticos, acompañados de pastorcitos esqueléticos y escuálidos que, al verlos, huían aterrorizados.

Ya no quedaba mucho del pan que el asno cargaba con paciencia desde la partida y el que quedaba se había vuelto duro como la hoja de sus espadas. Por un lado era una ventaja porque había que masticarlo tanto rato que se tenía la sensación de que realmente se había comido algo, y por otro era una desventaja porque para masticarlo y tragarlo se necesitaba saliva y de esta cada vez había menos. El agua se iba haciendo más sucia y escasa en la medida en que avanzaban.

No había mucho qué cazar excepto serpientes y pequeños puerco espines; estos

eran pocos y se atrapaban solo después de un acecho fatigoso y difícil. Una noche durmieron en una gruta y Rankstrail hizo una matanza de murciélagos: en un espetón y con algo de sal sabían muy parecido al conejo; además era divertido descarnar las alas.

Lisentrail todavía tenía algunos piñones que usaron como relleno.

A veces no había realmente nada.

Rankstrail, que hasta a ese momento había sobrevivido solo con la cacería, comenzó a compartir el pan rancio con los demás. La sed se volvió tan abrasadora que hacía olvidar el hambre. En la lejanía unas colinas hoscas, bajas, empinadas y con algunos árboles despeinados y retorcidos por los vientos calientes cerraban el horizonte.

Después de un día de marcha extenuante llegaron por fin a un estanque, aún no desecado, al borde del cual brillaban algunas huertas y un grupo de casitas.

Rankstrail, torturado por la sed que la fiebre continua había intensificado, se lanzó de primero. Se alejó de los demás y llegó al agua casi corriendo. Se arrojó al suelo a beber, tendido en el fango como un animal. El agua era mala y sabía a podrido, pero de todos modos bebió. Cuando levantó los ojos se dio cuenta de que estaba en una huerta de árboles frutales. Los árboles estaban cargados de duraznos. Rankstrail sabía cómo se llamaban porque los había visto, pocos y carísimos, en el mercado del Anillo Externo.

Arrancó uno del árbol y hundió los dientes en él, mientras media cabeza le gritaba que se detuviera, que era un hurto, una estupidez. La corteza era extraña y áspera, pero por dentro era amarillo, suave y resistente a la vez. Era la dulzura absoluta, y además quitaba la sed. El país de la leche y de la miel, si existía, tenía que tener ese sabor. Era la comida de los Dioses, si los Dioses comían alguna cosa. Cuando el amarillo se terminó, quedó un hueso rojo que Rankstrail metió en su alforja para no dejar alrededor rastros del hurto y para dárselo a su padre cuando regresara a casa; así podría sembrarlo. Arrancó otro durazno y lo mordió. Una parte de su cabeza seguía diciéndole que se detuviera, pero la sed obtusa de la fiebre parecía mitigarse un poco con el sabor del durazno. Aunque tuviera que pagar con dedos mutilados o dientes arrancados, no hubiera podido parar. Apenas al tercer durazno logró levantar la cabeza y mirar en torno a él. Colgados de las puertas de las que habían sido sus casas, algunos curiosamente subidos sobre ruedas de carreta, estaban los cadáveres de los habitantes del pequeño burgo, mirándolo con las órbitas vacías, bajo nubes de moscas y tábanos.

Cegado por la sed, Rankstrail el cazador, capaz de oír una rata en un campo de trigo, se había acercado al estanque y se había adentrado en la huerta de frutales sin percibir las señales inconfundibles de las masacres: el olor a podrido y el zumbido ensordecedor de las moscas y de los tábanos sobre la sangre coagulada.

Se quedó mirando fijamente aquella masacre sosteniendo todavía medio durazno en la mano.

No había visto jamás un ser humano muerto, excepto a su madre, pero la de ella había sido una muerte decente. Nadie se la había causado; nadie la había escarnecido. Todos habían llorado y después la habían llevado al cementerio.

Aquí no había nada por el estilo.

Sabía contar. Ocho adultos y once niños. Diecinueve como en las manos de un hombre a quien le falta un dedo.

Se dio cuenta, por la forma como los habían colgado, arriba, con la cabeza hacia abajo, de que de estos muertos se habían reído, como si se tratara de un juego.

Se inclinó y vomitó: el agua podrida y los duraznos. Cayó de rodillas y siguió vomitando.

El sol estaba en lo más alto y la hierba estaba llena de cigarras.

Sintió la mano de Lisentrail en el brazo.

—Vete, vete muchacho, nosotros los sepultamos —le susurró, mientras le quitaba el medio durazno de la mano y lo hacía desaparecer en la alforja antes de que el jefe lo viera.

Una de las tareas de la infantería ligera era enterrar a los civiles insepultos cuando no había nadie más para hacerlo.

—También él es un soldado —dijo el que arrastraba la *ese*, que en ese momento se estaba acercando.

—Tiene fiebre —protestó Lisentrail.

—Estoy bien —respondió Rankstrail, quitándole al otro la mano de encima.

Por nada del mundo hubiera renunciado a sepultar a esos muertos.

Temblaba, pero descolgó los cuerpos y cavó los huecos como los demás, con las palas que los habitantes del burgo, en vida, habían usado para labrar el sembrado de frutales y excavar los canales de las huertas. Alguno de los soldados veteranos comenzó a hacer comentarios sobre las que ellos llamaban mujeres y Rankstrail madres, pero la mirada turbada y feroz del muchacho bastó para callarlo.

Rankstrail trató de ordenar los cadáveres con algo de decencia y puso a los niños pequeños junto a las mujeres, con la esperanza de adivinar quién era hijo de quién.

Alrededor de las casas había corrales de animales, tal vez ovejas y cerdos a juzgar por los excrementos, único rastro que quedaba. Detrás de las casas, sorprendentemente, encontraron todavía dos gallinas amarradas de una pata a un pedazo de cerco. Como ahora no eran de nadie terminaron en un espetón para el jefe y los soldados veteranos. En el fango, junto a los abrevaderos, había varias huellas de zapato que se extendían hasta el cerco de las gallinas: no podían pertenecer a los habitantes del burgo porque estos estaban descalzos.

Cuando la tarde cayó, en vista de que estos también habían quedado sin

propietario, el jefe dio orden, con su voz arrastrada, de recoger los duraznos. Con un saqueo rápido y metódico la pequeña huerta quedó despojada.

Rankstrail arrancó diecinueve. No se comió ni uno. Cuando la oscuridad lo protegió puso uno por uno sobre las diecinueve tumbas y los escondió con un puñado de tierra.

Juró que haría justicia.

Ese día se convirtió en un verdadero soldado.

Hasta ese momento había sido un Mercenario. Cuando dejó atrás sus sueños infantiles, el único objetivo que había tenido era sobrevivir durante su permanencia en el servicio militar: evitar que lo mataran mientras trataba de mandarle a su padre el dinero suficiente para pagar la comida y el boticario.

Ahora quería atraparlos. Era como había dicho el Escribano Loco: los Mercenarios eran quienes protegían a los más indefensos. No era solamente por el dinero.

Ahora sabía que los detendría.

Había venido a esa tierra para convertirla en un lugar decente y seguro, donde hombres, mujeres y niños pudieran vivir y criar sus pollos. No la abandonaría hasta asegurarse de que nadie más podría llegar como un lobo en la noche para hacer una masacre a la orilla de un estanque bordeado de árboles frutales.

Dejó de ser un Mercenario y se convirtió en un soldado.

Capítulo 6

Mientras estaba en el cementerio improvisado, el quinceañero Rankstrail descubrió una de las reglas fundamentales de la táctica militar: penetrar en la mente del enemigo. Cada acción conlleva un esfuerzo y, por consiguiente, espera una ganancia. Incluso si se trataba de hombres fuertes, colgar los cuerpos de esa forma geométrica macabra y obscena, debió costarles mucho trabajo; lo que evidenciaba que tenían la esperanza de recibir algo a cambio. Eran el señuelo de una trampa. Ellos, la escuadra, eran la presa.

Aunque estaba vedado de manera explícita importunar a un superior y arrogarse cualquier pretensión de pensamiento, el jovencísimo soldado fue donde el comandante a informarle que los bandidos los atacarían durante la noche con absoluta certeza. La masacre quizá había sido realizada como pasatiempo y por vocación, pero también tenía un objetivo: una granja vacía se convertía, sin lugar a dudas, en el lugar más probable para refugiarse durante la noche.

—Sse dice cuartel general. Y nunca más te atrevas a venir a enseñarme el oficio, porque aunque seas un mocoso te pongo en manos del verdugo por insubordinación.

Rankstrail ignoró los gestos desesperados de Lisentrail que le sugería que cerrara la boca por completo y de inmediato. Le agradeció al jefe la información y luego volvió a empezar: no quería enseñarle nada a nadie, sino solo explicar, dado que el jefe aún no había entendido, que antes del amanecer iban a ser atacados. Los otros habían puesto los muertos de esa manera tan ridícula precisamente porque después del esfuerzo de bajarlos la escuadra estaría tan cansada que dormiría allí; era evidente, hasta para un cretino.

—Hasta un cretino —añadió al final— entiende que esto fue hecho adrede; también los duraznos y las gallinas que dejaron. Así se aseguraban de que no estaríamos merodeando en busca de alimento, nos quedaríamos aquí como una manada de idiotas y ellos vendrían a matarnos brutalmente con toda tranquilidad...

Este comentario no fue muy acertado.

El tipo que arrastraba la *ese* lo echó de allí y juró que tomaría represalias como cortarle la lengua o quizá también los pulgares. Luego él y los soldados mayores se fueron a dormir dentro de las casas, por una vez en lechos verdaderos aunque modestos, al lado de una verdadera chimenea donde el fuego crepitaba lleno de calor en la noche fría.

Rankstrail les explicó a los otros el peligro y con las indicaciones que les dio montaron turnos de guardia, no sencillos sino dobles, es decir, de a dos hombres.

Los otros se quedaron a escucharlo.

El Oso era demasiado extraño como para no quedarse a escucharlo.

Veía huellas donde no las había, oía el crujido de una oruga en medio de los gritos

y las imprecaciones del campamento. Montaba el arco antes de ver el conejo como si supiera con antelación dónde aparecería. Para ninguno era divertido dejar que un muchachito le dijera qué debía hacer, pero piel no hay sino una y la idea de la inminencia de la muerte induce con frecuencia a buscar soluciones que de otro modo serían impensables.

Junto a la huerta, Rankstrail hizo extender las cuerdas que habían servido para amarrar a los pobres muertos; invisibles en la oscuridad, a un palmo del suelo y a la altura del tobillo de un hombre.

Lisentrail y él hicieron el turno frente a las casas, el más peligroso de todos, debido a las luces del fuego. No intercambiaron ni una sola palabra hasta cuando la oscuridad comenzó a palidecer: Rankstrail se acercó al otro y le informó que el enemigo ya estaba en la huerta. Era más numeroso que ellos y probablemente estaba tratando de cercarlos antes de atacar.

—Ey, Oso, ¿cómo lo sabes? —preguntó Lisentrail.

—Siento su olor y el ruido de sus zapatos en el suelo.

—Nadie puede sentir esas cosas.

—Si esperas sentir las, sí —fue la respuesta del Oso—. Vi las huellas de los zapatos, comprendí qué ruido debía esperar y lo percibí.

Lisentrail fue a llamar al jefe. Entró a gatas para no ser visible desde el exterior, contra el fuego que brillaba en la chimenea. El hombre que arrastraba la *ese* no compartió su prudencia y salió al descubierto en camisa y sin yelmo, vociferando que no quería ser despertado por sandeces: dos flechas lo abatieron, una en el vientre y la otra, más compasiva, en la garganta, donde los golpes son rápidos y definitivos. La breve y ruidosa aparición del jefe fue suficiente distracción para permitirle al Oso subirse a un árbol con la honda y el arco. Derribó cuatro Saqueadores antes de entender por qué los llamaban Negros: tenían la cara cubierta con una especie de yelmo hecho de cuero hervido con negro de humo. Incluso desde arriba en el árbol, Rankstrail se dio cuenta de cuán estúpida era la idea. Esa especie de capucha era aterradoramente, pero impedía la visión lateral, la del rabillo del ojo, y no protegía contra golpes graves. Esta constatación lo tranquilizó.

Lisentrail había logrado sacar a los soldados veteranos de las casuchas cuando cayeron flechas incendiarias sobre los techos de paja de estas; estaba intentando retirarse hacia el viñedo donde estaría protegido por las vides, lejos de las llamas que los volvían blancos fáciles.

Rankstrail se dio cuenta de que la maniobra ya había sido prevista y de que en el viñedo los esperaba una trampa: saltó del durazno y alcanzó a Lisentrail.

—Allí se harán matar —le dijo de prisa—. Detrás de mí, cerca. Ataquemos en la huerta, ahora hay menos bandidos allí y no se lo esperan. Yo no me equivoco.

El recuerdo de la masacre y de los diecinueve duraznos envueltos en un puñado

de tierra le daba una rabia ciega. Guio el ataque como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Los Saqueadores Negros salieron al descubierto en el momento preciso en el que él y sus hombres les caían encima. Una buena parte de la primera línea se tropezó en la oscuridad en las cuerdas tendidas; la segunda línea tropezó en la primera.

Los papeles se invirtieron. La caballería ligera atacó como lo hacen los lobos en la noche. Atrás quedó un hombre armado con un hacha enorme de doble filo que sostenía con las dos manos. Les gritó a sus hombres que se retiraran, pero ya era tarde. El Oso captó que ese era el jefe. Era un hombre grande, pesado, tenía la cara oculta por el mismo tipo de yelmo que le impediría ver la sombra negra del Oso que lo atacaba de lado.

Pero el Oso no lo atacó de lado. Atacó de frente.

Quería mirarlo a la cara.

Era él, lo sabía.

Él había dado las órdenes, primero de la masacre, luego del montaje: después de haber pisoteado la vida había ridiculizado la muerte.

El Oso atacó de frente: quería que el otro le leyera en los ojos y en la cara que su vida sería pisoteada.

Atacó de frente: quería que el otro adivinara que su muerte sería escarnecida.

La luz del alba naciente se fundió con la luz áspera e incierta de los incendios. Los dos enemigos se miraron a los ojos por un instante, luego el bandido levantó la enorme hacha y la dejó caer sobre el muchacho con toda la fuerza que tenía. Rankstrail la detuvo con su espada que bajo el tajo se partió en dos con un golpe seco y nítido. El hombre se echó a reír. Rankstrail miró con horror el muñón que le había quedado en la mano. La idea de haber malgastado en una quincalla inútil el equivalente al menos a un par de meses de alimentación para su padre era tan desalentadora que por un segundo le dieron náuseas, pero rápidamente se recuperó. Se giró hacia un lado y se lanzó a tierra y con el muñón le rebanó al otro los tendones de la pantorrilla. El hombre cayó. Comenzó la caída vivo, y la terminó muerto. El muchacho empuñó el muñón con las dos manos para aumentar la fuerza y lo decapitó antes de que la espalda del bandido tocara el suelo. Rankstrail se consoló: la compra no había sido inútil. Se inclinó sobre el muerto, le quitó de las manos la gigantesca hacha y fue a socorrer al resto de la escuadra.

Cuando todo terminó, Rankstrail hizo las cuentas. Habían vencido a un contingente que era dos veces y media más numeroso que ellos y habían perdido un solo hombre, el jefe. Algunos estaban heridos, pero nada era irremediable, nada que Trakrail, el curandero del pelotón, no supiera arreglar. El fuego había derrumbado los techos y una viga golpeó al asno, que no sobrevivió. Antes de convertirlo en un estofado colosal lo recordaron con una nostalgia sincera, mientras que el duelo por el

jefe fue mucho más moderado, pues había sido un perfecto idiota (para un militar, uno de los mayores peligros y la peor desgracia).

Rankstrail miró los cuerpos de los enemigos. Tenían las extremidades y las corazas ennegrecidas con fango para ayudarles a fundirse con la noche. Muchos tenían todavía amarrados en los antebrazos y en la cintura pedazos de los vestidos de las mujeres y de los niños que habían exterminado.

—Ahora los enterramos —dijo Lisentrail—. Sería mejor quemarlos, pero hay poca leña y no se pueden usar los árboles frutales.

—Entonces los picamos en pedacitos y se los damos a los perros —dijo Rankstrail—, de ese modo haremos justicia.

Algunos de los soldados aprobaron con un gruñido.

—Hagámosles lo que ellos hacen —dijo alguien.

La idea comenzó a circular como una chispa en un montoncito de paja, pero Lisentrail la apagó como cuando se echa un baldado de agua sobre un fuego de paja.

—Hombres —dijo—, para hacer justicia está el puesto de verdugo, pagan más y se come todos los días, algunas veces hasta polenta sin gusanos. Nosotros somos soldados, somos la infantería ligera. No somos verdugos. Los detuvimos. Ahora los sepultamos. Y basta.

Se acercó a Rankstrail:

—Ey, Oso —le dijo en voz baja—, ¿tienes una madre o te hiciste tú solo juntando los pedazos en la fragua de un herrero?

Rankstrail no estaba seguro de haber entendido la broma.

—Mi madre está muerta —refunfuñó sombrío.

—Lo siento —dijo Lisentrail—, de veras. Tu madre está en el Reino de la Muerte, pero de alguna manera sabe lo que haces. Haz solo lo que ella estaría orgullosa de verte hacer.

Rankstrail lo pensó, era una buena regla. Su madre estaría orgullosa de saber que él había detenido a esos bandidos para siempre. Su madre se sentiría contenta porque gracias a él ninguno de sus hombres había muerto y porque ninguna granja sería asaltada de nuevo para ser reducida a un puñado de dolor y de moscas sobre sangre coagulada, pero no se sentiría feliz si lo viera actuar como ellos.

Antes de sepultar a los muertos los despojaron de sus abundantes armas y de sus pocos bienes, les quitaron los yelmos y los miraron. Tenían rostros comunes: nada que los hiciera iguales a los Demonios o a los Infiernos. Al jefe y a algunos otros del grupo les faltaban dedos y dientes.

—Ey —exclamó Trakrail—, estos fueron Mercenarios.

Lisentrail asintió con un gruñido.

—Cuando el dinero no llega, solo queda el hambre. Cuando el hambre lo invade todo, solo queda el hurto. Cuando ya has cometido un hurto, solo queda el verdugo y

cuando sabes que este te espera, solo queda la fuga. Cuando escapas y todos te odian, comienzas a odiarlos a todos y para entonces ya te has convertido en un Saqueador o en un Demonio.

Los Mercenarios despedazaron los yelmos del enemigo para remendar sus corazas o para hacer hombreras. Dejaron algunos completos para izarlos sobre palos altos, hechos con las alabardas partidas; los pusieron alrededor de la granja y de la huerta de frutales en señal de victoria y advertencia.

Lisentrail recuperó las armaduras de los Saqueadores y unió las mejores placas para fabricarle una a Rankstrail. Las pieles de la coraza de este se habían empapado de sangre que comenzaría a oler mal, lo que haría que fuera reconocible a sotavento a millas de distancia, por no hablar de lo placentero que sería tenerlo cerca.

Aun con una coraza normal la semejanza de Rankstrail con un Oso no desapareció: la estatura, el cabello que le caía sobre los ojos y la barba descuidada hacían que la conservara. El sobrenombre se mantuvo.

* * *

Una vez sepultados los muertos, Rankstrail estableció los turnos de guardia.

Si el jefe de una escuadra moría, el mando debía tocarle al soldado más veterano. Los soldados veteranos eran dos y no se sabía cuál de los dos era más estúpido. Los únicos méritos que les habían hecho ganar el rango eran una obediencia canina y una falta de iniciativa tan abismal que incluso los había preservado del robo. Ambas características eran incompatibles con la actitud de mando.

El mayor en edad era Lisentrail, que además era sabio, tranquilo y muy querido. A él, sin embargo, no le había tocado el puesto de soldado veterano porque estaba reservado para aquellos que nunca hubieran robado (o nunca se hubieran dejado pescar), mientras que Lisentrail, con todos esos dedos y dientes de menos, evidentemente no encajaba en ninguna de las dos categorías.

Al quedar sumidos en la duda siguieron haciendo todo lo que el Oso les decía.

Rankstrail examinó minuciosamente la huerta de frutales hasta que arriba, pequeño y escondido entre las hojas, descubrió el último durazno que había sobrevivido al despojo.

Se trepó, lo cogió y se lo comió entre las ramas, acurrucado como una gran ardilla, masticando lentamente y a mordiscos pequeños para hacerlo durar mucho tiempo.

En la tarde también se repartió lo que quedaba de pan.

* * *

Rankstrail no estaba en ninguno de los turnos de guardia y se durmió. A media noche una leve llovizna lo despertó y solo en ese momento se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, había matado a un hombre.

Estaba cansado y se durmió de nuevo.

Se deslizó en un sueño agitado en el que tuvo la extraña pesadilla llena de colmillos de lobo, grávida de un dolor confuso y tenebroso.

Capítulo 7

Los yelmos de cuero negro izados en los palos anunciaban la victoria; los pastorcitos que surcaban la región guiando sus rebaños de carneros escuálidos propagaron la noticia.

En pocos días toda la región lo supo y por las calles polvorientas comenzó la procesión de infelices de todas partes que se encaminaron hacia el pequeño estanque en busca de refugio.

Llegaron con los hijos en brazos y mantenían a las gallinas y a las ovejas cerca para nunca perderlas de vista. Tenían terror en el corazón por los canallas que habían devastado y empobrecido aun más su miseria, y miedo en el rostro por los guerreros que habían venido a combatir a esos canallas. Los padres de familia miraban con preocupación a los pollos que picoteaban entre los pies de los soldados armados y hambrientos. Las madres mantenían a los niños junto a ellas.

Rankstrail les pidió a los recién llegados que eligieran un jefe y se lo mandaran, así podrían hablar.

Después de largos conciliábulos se presentó una vieja con una nariz encorvada de gavilán, puesta sobre una cara cuadrada que parecía hecha de cuero. Rankstrail contrató con la matriarca un aprovisionamiento regular de aves de corral y polenta que garantizaría que su escuadra se mantendría a salvo del hambre y de tentaciones peligrosas. A cambio, le entregó una pequeña cantidad de dinero local que les habían quitado a los Saqueadores, unas cuantas monedas de bronce con la efigie de un curioso monstruo en ambas caras y, ante todo, le garantizó protección para todos: hombres, mujeres, niños, ovejas y gallinas.

La matriarca se fue contenta y los Mercenarios, por primera vez en toda su infortunada carrera, fueron vistos con algo de benevolencia; por lo menos, sin tanto rencor.

Lisentrail escuchó la conversación perplejo. En el ejército de los Mercenarios todo lo que no fuera obligatorio o lo que no estuviera por lo menos permitido de manera explícita, era considerado prohibido. Era probable que la negociación del aprovisionamiento de las raciones colectivas, una completa novedad, no fuera vista con buenos ojos.

—¿De veras? —anotó el Oso con serenidad—. Que manden a alguien a decirme que no le parece bien.

A ningún otro comandante se le había ocurrido nunca hacer una negociación comunitaria. Ninguno había entendido que si cada Mercenario compraba alimento por cuenta propia se hacían competencia entre ellos. Los precios subían, el dinero se acababa y luego había que recurrir a los hurtos. Con estos aparecía el odio de la población local y, por último, el verdugo. Con tal de no caer en manos del verdugo

muchos desertaban y se volvían Saqueadores. El número de estos aumentaba, se enrolaban nuevos Mercenarios para enfrentarlos y el ciclo volvía a empezar.

Después de las procesiones de los indigentes arribaron los conmlitones. Eran los sobrevivientes de las otras tres escuadras que habían sido enviadas a la región para enfrentar a los bandidos. Eran unos cuarenta hombres en total, separados en grupos pequeños sin comandantes: dos de los jefes habían muerto a causa de las heridas y al otro se lo habían llevado las fiebres de los pantanos antes de empezar a combatir.

En los días siguientes Rankstrail comenzó una inspección minuciosa de la llanura hasta las colinas y organizó una serie de emboscadas antes de que el enemigo pudiera reorganizarse. Le bastó mirar el fango con que se cubrían los Saqueadores Negros para descubrir el único lugar donde podían ocultarse: lo que quedaba de los ríos, arroyos pantanosos bordeados de cañaverales y adelfas cada vez más apagadas y débiles, donde aún era posible que un hombre se escondiera. Fue suficiente subdividir los cauces del agua en segmentos y despejarlos uno por uno con todos sus hombres concentrados en un solo punto, para liberar toda la llanura, sin bajas.

Al principio, los recién llegados se habían desternillado de risa frente a un muchacho que les daba órdenes a hombres hechos y derechos y también pretendía dárselas a ellos. Luego dejaron de reírse y se formaron. El jovencísimo comandante encontraba huellas en medio de la nada, adivinaba los movimientos por el vuelo de los pájaros, era silencioso como una serpiente, jamás erraba un ataque y parecía saber con antelación dónde asomaría el enemigo. Rankstrail contaba con un arma más respecto a los otros: el olfato. Sabía por dónde había pasado el enemigo y cuánto tiempo había transcurrido.

En las colinas fue diferente. No conocía el terreno, mientras que los demás habían nacido allí. Rankstrail los organizó a todos en brigadas de a diez hombres cada una, conectadas entre sí por mensajeros, y partió con ellos a inspeccionar las alturas. Reclutó a los pastorcitos, se los compró con la promesa de que sus ovejas siempre estarían a salvo tanto de los Saqueadores como de los Mercenarios. Hizo que ellos le explicaran los senderos y le describieran los bosques. Creó un sistema de comunicación basado en cúmulos de piedras alineadas de tal modo que pareciera casual para una mirada desprevenida; así todos podrían comunicarle, incluso sin encontrárselo, los cambios de posición que habían avistado. Cuando los padres de los niños exterminados por los Saqueadores le preguntaron si podían unirse a su guerra, aceptó. A pesar de que Lisentrail lo atormentó en vano e intentó disuadirlo y convencerlo por todos los medios de que esto estaba completamente prohibido, alistó a los recién llegados como exploradores y gracias a ellos aprendió a moverse en las colinas con la misma seguridad con la que se movía en los arrozales.

Había una parte central, la Roca Alta, recubierta de encinas y castaños que descendía en una serie de colinas pedregosas, Piedradura, Piedrasalada y

Piedracallosa, en donde las peñas de granito se alternaban con un bosque bajo lleno de mirtos, madroños, retama y arbustos grandes de tamariscos que parecían nubes ásperas de minúsculas flores rosadas. Los senderos a veces ascendían fáciles y ligeros, sombreados por los bosques; otras, se empinaban escarpados y arduos, en medio de pedregales áridos golpeados por el sol. La estrategia fundamental era siempre la suma del coraje y de la geometría, solo que las colinas no eran planas como los arrozales. Ahí donde el mundo había dispuesto una subida y una bajada, era necesario tratar de atacar por encima y recordar calcular los barrancos y despeñaderos que podían obstaculizar las vías de escape y ocultar emboscadas. El ataque más temerario fue el primero. Siuil, uno de los Mercenarios veteranos que Rankstrail no podía soportar, en su abismal carencia de cualquier tipo de pensamiento y convencido de que el enemigo estaba abajo, en los claros, se había acercado a los matorrales donde Rankstrail y una docena de Mercenarios estaban apostados. El enemigo, por el contrario, se hallaba arriba, en un bosque de castaños detrás de ellos: ningún olfato podía hacer nada cuando el viento de tramontana soplaba del lado equivocado. Siuil fue atacado, desarmado, atrapado y puesto de rodillas; de un momento a otro iba a ser decapitado. Era el contingente de Saqueadores más grande que enfrentaban desde la primera batalla. El Oso, siempre protegido por los matorrales, logró acercarse; intentaría liberar a Siuil por medio de un ataque sorpresivo y cubierto por las flechas que los otros dispararían. Le indicó a Siuil su presencia con la señal convenida: dos silbidos seguidos como el canto de una tórtola. Siuil levantó la cabeza, identificó a Rankstrail, pero su mirada incauta lo delató ante los Saqueadores y estos terminaron por descubrirlo. Por fortuna Lisentrail, al mando de la retaguardia, apostado más abajo y por lo tanto en la dirección apropiada con respecto al viento, también oyó el canto de la tórtola y se precipitó con los refuerzos y los rescató a todos.

—Ey, Oso —comentó alegremente—, observa y aprende. Esta es la diferencia entre un malvado y un idiota. El malvado te hace daño solo si gana algo a cambio. El idiota es un peligro permanente.

Alguno propuso recompensar a Siuil con un solo golpe de espada bien asestado, pero Rankstrail había dicho que no, pues sabía que el terror puede inducir a un hombre a hacer cosas estúpidas.

El soldado veterano Siuil era un problema permanente. Rankstrail, para sus adentros, lo llamaba «el Imbécil», mientras que Lisentrail lo llamaba, con más compostura, «el Sufriente». Siuil se lamentaba constantemente de lo mismo: los acusaba a todos, excepto a sí mismo y a los otros dos soldados mayores, de no haber sufrido lo suficiente en la vida, campo en el que se consideraba un experto y un veterano. Había osado repetirlo frente a Trakrail, que había visto a su madre morir en la hoguera acusada de brujería y que llevaba en el rostro la marca del hierro que distingue a los hijos de las brujas, dejándoles como única alternativa el oficio de las

armas; o frente a Lisentrail, que no debió haber disfrutado mucho la disminución de sus dedos y sus dientes. Rankstrail, en especial, no tenía idea de qué era el sufrimiento: al saltar de aprendiz a comandante se había ahorrado no solo el adiestramiento sino la lentísima agonía de avanzar en los rangos desde soldado raso a soldado veterano pasando por soldado elegido y soldado distinguido, cosa que el imbécil evidentemente consideraba la madre de todos los dolores.

La acción más destacada y definitiva la llevaron a cabo en las pendientes meridionales de Piedradura. En el umbral de un extenso bosque de castaños, alrededor de un grupo de granjas, Rankstrail percibió el olor inconfundible a negro de humo y cuero de los inútiles yelmos del enemigo.

Los Saqueadores atacaron de noche. Los Mercenarios los estaban esperando. La batalla no hizo historia. Durante la fuga, los Saqueadores tomaron como rehén a un viejo campesino que se había demorado hasta bien entrada la noche en el camino desde Piedracallosa. Lisentrail, como siempre en la retaguardia, interceptó a los fugitivos, liberó al viejo y lo consoló con el regalo invaluable de algunos de sus higos secos y un sorbo de agua limpia. El viejo hablaba una lengua incomprensible, pero todos entendieron que lo bendecía.

Con aquel combate la región se calmó. Cuando llegó el momento de matar a los enemigos heridos, Trakrail propuso hacerlos prisioneros y curarlos. El objetivo era que se regara la voz de la posibilidad de la supervivencia, así los Saqueadores restantes se entregarían. Lo que ni siquiera Trakrail fue capaz de conjeturar era dónde meter a los prisioneros y cómo alimentarlos. Rankstrail se rio de la propuesta y Siuil se rio casi hasta reventar por más de una luna. A Trakrail, en cierto modo, los muertos lo impresionaban; no sentía mucha inclinación por el oficio de las armas. Había llegado a este por obligación, debido a la marca en su rostro. Sin embargo, era hábil para curar heridas y conocía las hierbas, razón por la cual lo querían mucho.

Llegó el invierno, que fue corto, despejado y seco.

Una nieve sutil blanqueó durante un solo día las cimas macizas de la Roca Alta y luego se derritió. La primavera trajo al mensajero oficial de Daligar con el salario para todos, contado con precisión, y con un mensaje para Rankstrail, hecho excepcional, dado que todos los Mercenarios eran analfabetos. Era de su padre. Estaba escrito con la letra torcida del Escribano Loco, conocida para él. Comenzaba: «Adorado hijo, a cada instante sueño con tu regreso, por tu regreso ruego a cada instante...». Después venían los agradecimientos por el dinero que había llegado sin tropiezos, las confirmaciones de que las cosas andaban de lo mejor y que ya la tos era solo un recuerdo; las descripciones de lo bien que crecía su hermano; las noticias sobre su hermana que había comenzado a trabajar como lavandera y la intermediaria del Anillo Externo había dicho que tal vez, quién sabe, cuando el momento llegara, el hijo del panadero podía ser un buen partido para ella y después una serie infinita de

recomendaciones contra el frío, el calor, los sabañones y, los Dioses no lo quisieran, los golpes de los enemigos...

Metido entre las zarzas, mientras se disputaba las bellotas con los jabalíes y la propia sangre con los piojos que infestaban su armadura, el joven soldado leía y releía la misiva, prueba tangible de que en algún lugar existía una vida diferente a la de ellos que se arrastraban en el fango temiendo permanentemente el golpe inesperado que les quebraría el último aliento. En la oscuridad, cuando no podía releerla, simplemente pasaba los dedos sobre la hoja en la que estaba escrito: «Adorado hijo, a cada instante sueño con tu regreso, por tu regreso ruego a cada instante...».

La primavera llegó, luego pasó y el salario llegó de nuevo. La Roca Alta estaba saneada, y los Mercenarios subieron a las colinas. El verano quemó la hierba de nuevo y la secó. Corrió la voz, por toda la región y también al otro lado de los Confines, que un guerrero invencible, fuerte como un oso, taciturno como un lobo, guiaba a los Mercenarios de victoria en victoria. Era un jefe severo: no era una joya de misericordia y ninguno de sus enemigos salía con vida de un enfrentamiento, pero conocía la piedad por los inocentes y restablecía la justicia violada.

El salario llegó otra vez y Rankstrail utilizó al mensajero para enviarle la mitad a su padre.

En otoño las colinas fueron liberadas y sucedió lo que siempre sucedía cuando se ganaba la guerra: el salario dejó de llegar. La ración pasó a ser un vago recuerdo.

Los campesinos regresaron a sus granjas ahora seguras y empezaron a mirar con una desconfianza y un rencor cada vez mayores las coles que se mermaban y las gallinas que cada vez más a menudo dejaban de poner huevos o, lo que era peor, desaparecían definitivamente, engullidas como fantasmas entre las brumas tempranas. La región estaba en paz. Nadie necesitaba a los Mercenarios.

La guarnición fue trasladada del campo, donde era posible cazar alguna cosa o que alguna oveja se extraviara, a la capital, donde los únicos que se extraviaban eran los gatos callejeros que, en efecto, desaparecieron.

La capital de la región, la Roca de Guardia Alta, quedaba sobre la pendiente de Piedradura. Era una aldea grande de callecitas polvorientas y muros altos hechos en piedra; al otro lado de estos pendían los follajes útiles de los higos y los inútiles y desordenados de las palmas. A la sombra de los jardines estaban las casas minúsculas, blanqueadas con cal, con puertas de madera oscura, ventanas estrechas en aspillera y techos en forma de cono para disminuir el calor en los días de verano y permitir que el agua escurriera durante los violentos temporales otoñales. La tropa entró en la ciudad sin que nadie los recibiera, a excepción de un soldado hosco que les mostró el viejo redil donde se instalarían.

—Ey, Oso —dijo Lisentrail—, no es por dárme las de Princesa estirada, pero aquí hay un hedor que ni en una cloaca, aunque a eso hasta nos acostumbraríamos. Aquí

en realidad es imposible respirar. No hay aire. Ni siquiera es posible que un hombre pueda estar de pie aquí. Debemos vivir en cuatro patas como los perros.

—Y tú quédate sentado —contestó Siuil—, así no te cansarás.

Para no quedarse allí dentro pasaban los días en cuclillas, en el fango, contra el muro de la plazoleta central de la capital donde se levantaba un viejo pozo. Frente a ellos estaba el Palacio del Gobierno, un edificio de dos pisos y el más grande de la región, decorado con una serie de columnas que sostenían arcos desiguales. En el piso superior vivía el Gobernador, un dalagariano altísimo, flacuchento, o mejor dicho, esquelético (y no se explicaban por qué, dado que él sí tenía pollos).

—Ese tiene bilis en la sangre —conjeturó Trakrail, en virtud de su competencia en las artes médicas—. Debe haber tenido lombrices y no se las curaron bien.

—Ese tiene bilis en el alma —concluyó Lisentrail, en virtud de su competencia en la vida mundana—. Debió haber nacido cretino y su madre nunca lo agarró a bofetadas, no como la mía que creía que esto era una cualidad.

El Gobernador era extraño más allá de lo comprensible: tenía siempre un aspecto infeliz y malhumorado que le encorvaba la espalda y le estiraba la boca para un lado, debajo de una nariz de pico de gallina.

En el primer piso había un contingente diminuto de soldados, tres caballeros y cuatro soldados de infantería, un establo donde se alojaban los caballos y una sala de justicia que incluía verdugo, patíbulo, picota y una serie modesta de tenazas y braseros de guarnición de campaña. Todo esto estaba rodeado por un exuberante jardín de rosas y un césped de un intenso color esmeralda que resaltaba en medio del verde apagado y polvoriento del resto de la región. El césped se regaba cada día con agua del pozo, sin interrupción; incluso en verano, cuando el sol estaba en lo más alto y el agua era tan escasa que las mujeres que venían con sus jarras ni siquiera podían llenarlas.

* * *

En otoño las lluvias llenaron finalmente el pozo y el agua regresó a los riachuelos entre las cañas y las adelfas. El verde de la región se uniformó con el del prado del Gobernador, que no resaltó más con su color esmeralda; quizá fue por esto que el rostro del huesudo gobernante se ensombreció y se alargó más debajo de la nariz de pico de gallina.

El otoño fue largo y pantanoso. Los Mercenarios se quedaban agazapados e inútiles, añoraban el tiempo en que tuvieron que combatir a los Saqueadores y soñaban con que los mandaran a luchar contra los Orcos, porque en ese momento cualquier cosa les parecía mejor que esta nada indecente, este arrastrarse en la

inutilidad del tiempo, sentados en el polvo que se convertía en cieno bajo la lluvia.

Un día en el que el cielo nublado reflejaba una luz opaca, un viejo alto, envuelto en una capa oscura, se arrastró hacia ellos caminando a saltitos.

—Ey, Oso, ese es otro que estuvo en manos del verdugo —murmuró Lisentrail con la voz quebrada en un susurro, como sucedía cada vez que se hablaba del verdugo.

—Si estuvo, habrá habido un motivo —anotó Siuil con calma—. Siempre hay un motivo para que uno termine en manos del verdugo.

El viejo rondaba los muros y siempre se quedaba a la sombra. La luz arrogante del sol salió de las nubes y lo dejó al descubierto. Un grupo de jovencitos lo agredió. Sus gritos y los golpes de las piedras lanzadas contra el muro rompieron el silencio de aquella tarde somnolienta.

—Mira cómo se divierten —refunfuñó Lisentrail, en una voz tan baja que solamente Rankstrail alcanzó a oírlo—. Alegres e idiotas: una manada de perros contra una oveja herida.

Los gritos de los jovencitos subieron de tono. Siuil se rio con sorna.

—Lo peor es que el verdugo te deja la marca —prosiguió Lisentrail—. Después, todos se pueden burlar de ti... En cada aldea, en cada lugar, hay alguien para quien burlarse de los demás es como miel sobre el pan...

Rankstrail se acordó del Escribano Loco y asintió. Un gesto de su parte bastó para que la multitud de jovencitos se dispersara como una jauría frente a la sombra del lobo. Él y el viejo se miraron por un instante, luego el viejo se desvaneció en la sombra.

Pocos días después, bajo una llovizna incesante que había despejado las calles de jovencitos, el viejo regresó. Esta vez se atrevió a hablarle. Se le presentó a Rankstrail, dijo ser Naikli, el Prestamista.

—¿Prestamista? ¿Es usted un usurero? ¡Por eso lo odian! Siento haber detenido a los muchachos. En realidad lo siento mucho. Tarde o temprano nadie los detendrá y terminarán su trabajo.

El viejo tragó, jadeó y luego se repuso y le pidió permiso para ofrecerles a él y a los suyos un trabajo honorable, por el que pagaría. Rankstrail respondió sin siquiera levantar la cabeza que hasta que pudiera abstenerse de hacerlo no hablaría con usureros y que contaría hasta nueve para que desapareciera.

—Es un trabajo honorable —insistió el viejo.

Rankstrail no respondió. Levantó la cabeza y lo miró, despectivo. El otro se dio vuelta para alejarse; luego se quedó todavía un segundo, dudoso.

—Si cambia de idea, esa es mi casa —añadió por último, mientras señalaba más allá de la lluvia la casa que estaba en la parte más baja de la población, separada de las demás, con ventanas enrejadas y un jardín completamente invadido de palos poco

hospitalarios de higos espinosos.

Rankstrail no se dio vuelta para mirar. El viejo se alejó.

* * *

Con el invierno el cielo se oscureció y las castañas se acabaron. Ya no había más gatos y al cabo las gallinas empezaron a desaparecer.

En una luminosa y soleada mañana, mientras el viento barría las colinas dejando su silueta nítida y dura en el horizonte que parecía azul, aparecieron de repente en la plaza los soldados del contingente, tres caballeros y cuatro infantes, acompañados de un campesino y del verdugo encapuchado, sin hacha y con la serie reglamentaria de cuatro tenazas colgadas de las placas del cinturón de cuero.

Rankstrail oyó un gemido ahogado y no tuvo que darse vuelta para saber que se trataba de Lisentrail.

Aún no se habían muerto de hambre porque Lisentrail merodeaba por las colinas recogiendo cualquier cosa comestible que encontrara, aun puercoespines. Las castañas se habían acabado. Todavía había ratas, pero estas eran difíciles de atrapar. Entre los arbustos y las piedras también se debían haber extraviado algunas gallinas. Rankstrail sabía que era cierto: había entrevisto plumas y alas asadas. Sabía que habían repartido el asado entre muchos, por no decir que entre todos, pero solo el que robaba debía pagar. Uno de los propietarios de los pollos robados había hecho la denuncia: era el campesino que acompañaba a los soldados.

—Bien —dijo el jefe del escuadrón, un caballero de armadura de acero que llevaba encima una especie de grifo recamado en oro. La armadura brilló bajo el sol y Rankstrail lo miró fascinado, admirado y vagamente intimidado—. Soy Sir Argniolo de la Caballería del Condado. He venido a administrar justicia. A este pobre hombre le robaron una gallina. Él, por fortuna, vio al culpable.

El campesino se paró al frente. Escupió el piso y señaló a Lisentrail.

Argniolo hizo un gesto con la cabeza y Lisentrail se vio rodeado de cuatro infantes con corazas de acero sin grabados.

—Ey tú, campesino —preguntó Argniolo—. ¿Cuánto valía tu gallina?

—Bella, mi pollita asaz bella era. Bella como el sol, redonda como la luna. Nunca tuve otra así de bella. Rechonchita y fresca asaz. Un huevo cada día me daba, y en los días de suerte hasta dos —gimoteó con voz lamentosa el campesino, con la cara compungida como si acabara de enterrar a su hijo primogénito—. Bella excelencia, seis sueldos por lo menos, vale seis sueldos.

—Era una gallina de una calidad extraordinaria —tradujo el verdugo—. Joven y bien gorda. Ponía un huevo al día. A veces hasta dos. Valía por lo menos seis sueldos.

Rankstrail reconoció al campesino y lo odió. Era el que Lisentrail y los suyos habían rescatado entre Piedradura y Piedracallosa. Estaba seguro: el de la barbita rala y el ojo medio cerrado era el hombre a quien después de haberle salvado la vida, Lisentrail le había cedido la mitad de su cantimplora y algunos de sus escasos y preciosos higos secos.

Argniolo se rio munificente:

—Que sean seis —aceptó—. Seis dientes. Adelante tú, sé un niño valiente. Si abres la boca por ti mismo, no te pondremos las tenazas al rojo vivo y te ahorrarás una buena cantidad de problemas, eso ya lo sabes, ¿verdad?

—No es verdad —dijo Lisentrail lívido, pero tranquilo—. Es falso. No robé nada. Él dice que la robé, yo digo que no es cierto.

—Ey —dijo Siuil, el soldado veterano—, no era una gallina de seis sueldos. Estaba vieja y seca como un palo.

Luego se calló de inmediato y se llevó las manos a la boca. Lisentrail profirió un gemido ahogado.

Rankstrail pensó que «imbécil» era casi un cumplido para Siuil.

—Está bien, que sean cinco dientes —concedió Argniolo, benévolo.

Rankstrail miró a Lisentrail y por primera vez vio miedo en sus ojos. Era un miedo abyecto, condensado en una mirada vergonzosa y sesgada, de perro, no de hombre, mientras la boca se le abría en una especie de risita, con la fútil esperanza de conmover al verdugo. Ya no era más Lisentrail el soldado, el guerrero que desde siempre le cubría la espalda cuando avanzaba, que robaba para quitarles el hambre a todos, que había enfrentado riesgos terribles: lo habían transformado en un perro.

Rankstrail pensó que una cosa es quedar estropeado por un hachazo recibido en una batalla mientras tu comandante se abre paso y tus compañeros te cubren los flancos, y otra es que el verdugo te estropee pedazo por pedazo entre gente que ríe.

Lo importante no son las cosas, sino el sentido que tienen. Más importante que el dolor mismo es si ese dolor despertó conmiseración o escarnio. Aun más grave que haber sido asesinado o mutilado es el hecho de que alguien lo haya festejado o disfrutado.

El soldado Siuil se echó a reír. Rankstrail detestaba incluso el nombre de este porque le recordaba algo entre el silbido de una serpiente y el chillido de una rata.

Lisentrail se había tirado sobre las rodillas o quizá se había caído y los dos soldados de infantería lo estaban arrastrando.

Sir Argniolo también empezó a reír, pero luego se detuvo de inmediato cuando Rankstrail se paró delante de los dos soldados de infantería. Siuil dejó de reírse. Los hombres que estaban todavía sentados en el piso se levantaron uno tras otro, más que todo para ver qué sucedía, o quizá instintivamente, para seguir al hombre que se había convertido en su jefe.

Eran más de cincuenta.

Argniolo y los suyos eran ocho, incluyendo al verdugo.

—Ey tú, granuja, ¿quién te crees que eres? —preguntó Argniolo, amenazador y descortés.

En el desprecio, leve, lejano, oculto, impalpable, inconfundible, Rankstrail reconoció el miedo.

—Rankstrail, excelencia —respondió con calma y sonriendo—. Capitán del pelotón y de este soldado. Para servirle, excelencia —añadió cortés y conciliador, con una profunda reverencia.

Aunque no había ninguna entonación irónica, fue más que evidente que servirle a Argniolo no era ni había sido nunca uno de los propósitos ni de las ambiciones del autodenominado Capitán. Fue también claro que él, ahora, era el Capitán: hasta ese momento nadie había nombrado a Rankstrail Capitán de nada. Hasta ese momento, simplemente se había aceptado que cuando había que combatir él daba las órdenes. De cierta forma hasta ese momento se había quedado suspendida en el aire la posibilidad de que él solo daba consejos que los otros seguían porque los encontraban razonables.

En ese momento la posibilidad terminó.

Rankstrail era el Capitán del pelotón de la infantería ligera, los Mercenarios.

—¿Los Mercenarios se dejan mandar de mocosos? —preguntó Argniolo.

—Verá, excelencia —respondió Rankstrail—, nosotros, los Mercenarios, somos gente sencilla. Basta con que alguien venza y no pierda hombres y dejamos comandar a cualquiera. Verá, excelencia, el hecho es que —Rankstrail arrebató a su compañero de las manos a los infantes, y estos, rodeados de Mercenarios, no articularon palabra y soltaron la presa sin protestar; luego volvió a poner de pie a Lisentrail tomándolo del brazo— este es uno de mis hombres y a mí mis hombres me sirven lo más completos posible. Sin dedos no disparan el arco, y sin dientes escupen cuando hablan y tardan tres días en comerse una castaña seca. ¡Excelencia, no se puede hacer la guerra con un hombre que cada vez que debe decirte dónde está el enemigo escupe como una fuente y no se le entiende nada!

Algún asomo de hilaridad osó circular entre los hombres. Argniolo palideció.

—No me parece que para quedarse recostados contra un muro como moscas sobre excrementos de perro se necesiten dedos o dientes —refutó con rencor.

Rankstrail soltó a Lisentrail, dado que estaba de nuevo de pie, solo. Se volteó por completo hacia Argniolo.

—Entre una y otra recostada contra el muro —respondió Rankstrail—, excelencia, hacemos otras cosas, verá. Mañana podría ser expulsar a los Orcos, ayer fueron los Saqueadores Negros. Pero ¿cómo, no recuerda a los Saqueadores Negros? —le preguntó al campesino que lo miraba lívido, tratando de esconderse detrás del

caballero—. Estaban a punto de partirlo en pedacitos, ¡cada uno más pequeño que un huevo! —y luego giró otra vez hacia Argniolo—. Estos hombres son míos y yo respondo por ellos, solo yo. En cuanto a la gallina, en mi opinión hay un error, pero de todos modos la repondremos. ¿Cuánto valía? ¿Seis sueldos? Se los devolveremos, esta misma tarde. Mejor seis sueldos que no tener nada en la alforja y saber que otra persona tiene cinco dientes menos en la boca. ¿No le parece? Mejor le devolvemos siete: un sueldo más por el esfuerzo que tuvo que hacer para transportar en la panza el peso del agua y de los higos que el cabo Lisentrail le dio después de que le salvó la vida, ¿lo recuerda?

—¿Cabo? —susurró Siuil, pálido.

—¿Cabo? —susurró Argniolo—. ¿Un ladrón sin dientes y sin dedos?

—¡Qué quiere, excelencia! —continuó Rankstrail imperturbable—. Nosotros somos la infantería ligera. Los Mercenarios. Somos gente sencilla, fácil de contentar. Basta con que alguien nos salve el pellejo unas cuantas veces y sin demora lo promovemos. ¡Qué quiere!

—Bien —dijo Argniolo de prisa; era claro que le urgía alejarse con su exiguo grupo de pulcros y resplandecientes guerreros de esa cincuentena de energúmenos armados hasta los dientes, de cabellos inmundos que les caían sobre los rostros cicatrizados, guiados por una especie de loco jovencísimo que parecía un oso y que, así fuera con una sonrisa permanente, se acercaba cada vez más a él y a su caballo—. Bien —repitió—, son tus hombres. Desde este momento tú mantienes el orden entre esta gentuza. Me alegra augurarte buena suerte. Pero debes saber, Capitán —agregó articulando las palabras muy despacio—: a la primera queja que me llegue, al primer pollo que desaparezca, respondes con tu cabeza.

Rankstrail había llegado junto a él. Puso la mano sobre la empuñadura de la espada. De hecho, solo era la empuñadura de un muñón que le servía para partir leña, pero no se notaba desde afuera. Rankstrail estaba de pie en tierra mientras el otro estaba a caballo. Se miraron, luego Rankstrail hizo una reverencia todavía más ceremoniosa y profunda que la primera, de la cual se reincorporó con una sonrisa aun más convencida y cortés.

—Pero por supuesto, excelencia. Un verdadero comandante asume la responsabilidad de decidir sobre la vida y la muerte de los hombres que comanda durante una batalla y es justo que deba responder por ellos. Al primer pollo que desaparezca, responderé con mi cabeza.

—Tú y yo tarde o temprano volveremos a encontrarnos —amenazó Argniolo en voz baja.

—Sin duda alguna, excelencia —confirmó el Capitán—. Así es la vida. Si ninguno de los dos muere, nos volveremos a encontrar.

El escuadrón se alejó, pavoneándose. El campesino se escurrió de allí veloz y se

agazapó contra el muro de la sala de justicia, a salvo, no muy lejos del verdugo. Cuando los soldados entraron de nuevo a su jardín lleno de rosas, y estaban muy lejos para oír, Rankstrail sacudió la cabeza.

—Hermosa coraza —comentó casi con un suspiro, mientras miraba la espalda de Argniolo que se alejaba.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail en voz baja. Era el primero en llamarlo así—. Capitán, ¿y ahora qué hacemos? ¿Dónde conseguiremos el dinero? Ese hombre ahora te odia. Quizá hubiera sido mejor que no hubieras hecho nada. Pasa pronto, sabes, cuando te arrancan los dientes.

—Nadie toca a mis hombres —respondió Rankstrail con sequedad—. Jamás.

Al repetirlo dejó de ser una fanfarronada y pasó a ser una realidad. Esos hombres eran suyos: él era su Capitán. Había asumido la responsabilidad de la vida y la muerte de ellos y por ellos estaba dispuesto a responder con su cabeza.

—Capitán, eso es insubordinación. Te pican en pedacitos y se los dan a los perros.

—No, si ese va a decir que un Mercenario lo amedrentó, quedará en ridículo. Permanecerá callado como la tumba de un mudo. O mejor aún, en uno o dos días se convencerá de que fue idea suya dejarte completo porque así puedes combatir mejor por el Condado.

Se hizo un largo silencio interrumpido solo por el viento. Sobre las colinas corrían nubes enormes y veloces. El cielo estaba azul y se reflejó con las nubes en los pantanos de la plazoleta. Un grupo de cuervos lo surcó.

—Ustedes sigan mis órdenes y no habrá problemas —continuó el Capitán—. No sé todavía qué órdenes serán, pero sé que tendremos comida. Si nadie juega a ser el imbécil, mi cabeza no terminará entre las rosas del Gobernador.

—Capitán, está loco, no puede arriesgar la cabeza por nosotros.

—Hombres —repuso el Oso—, yo sé juzgar y no me equivoco. Mi cabeza se quedará donde está. Que los astutos cuiden a los cretinos —agregó mirando a Siuil—, y todo estará bien. Cabo Lisentrail, espera aquí y que nadie se mueva mientras no estoy.

El Capitán Rankstrail se puso en marcha. Sabía que la casa del usurero era la última, abajo, justo en la pendiente. Se preguntó si había hecho un buen negocio y concluyó con una respuesta incierta: siete sueldos no, pero quizá cinco dientes de un hombre son un precio razonable para vender el alma. Por mal que estuviera, siempre podría poner la cabeza para cerrar el negocio. Mientras se alejaba, la voz del Cabo lo alcanzó.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail—, sabes, solo a quienes nunca hacen absolutamente nada no se les estropea nada y todo les queda intacto. Incluso Quien hizo el Universo debió haber perdido algunos dedos y algunos dientes durante la tarea.

El Capitán no entendió si la afirmación era una forma tardía de pedirle excusas o una repentina reacción de orgullo.

Aunque no se dio vuelta para responder, pensó que no le molestaba haberla escuchado.

Capítulo 8

El viejo abrió la puerta y lo hizo entrar. La habitación era circular como la casa, con la chimenea en el centro. Las ventanas eran estrechas y la luz era escasa. Las paredes del antro estaban ahuecadas por nichos llenos de libros; había libros por todas partes, cerrados, abiertos, de todas las dimensiones, también en el suelo y sobre la gran mesa de roble que ocupaba la mitad del lugar. Sobre otra mesa también había plumas de oca, pergaminos, objetos extraños que Rankstrail no había visto antes y velas gruesas puestas en candelabros de barro cocido, como si el viejo en vez de dormir en la noche pasara el tiempo haciendo cosas que requerían luz.

En el Anillo Externo había pocas velas y eran tan apreciadas como las gallinas. Cuando todo marchaba bien había una por familia y se usaban solo para emergencias: si un niño vomitaba o si una mujer tenía que parir en la noche, no si alguien iba a morir, porque esto también puede hacerse a oscuras, es más, a oscuras es mejor. Además en la noche se dormía y no era necesario iluminarla. El viejo probablemente no dormía de noche.

A Rankstrail le pareció la idea inquietante y fascinante a la vez. También él, desde siempre, usaba el tiempo de la noche para mantener los ojos abiertos y la consciencia alerta. De cierto modo fue como descubrir que él no era el único. Un gato grande, gordo y rojizo dormía sobre la única banqueta que había y no se movió de allí cuando Rankstrail llegó.

El hogar servía para cocinar y para calentar; la habitación estaba tibia como una tarde de primavera. Por encima de un fuego pequeño oscilaba ligeramente una gran olla de cobre colgada de una cadena. El olor inconfundible a frijoles colmaba el reducido espacio y de inmediato también colmó a Rankstrail, inundando su estómago de un deseo irresistible y su alma de una nostalgia sin límites: el recuerdo de comer algo caliente, sentado, bajo techo, frente al fuego.

El Prestamista fue muy cortés y no hizo comentarios sobre su cambio de parecer. Después de hacerlo entrar le ofreció una jarra de sidra que, como le tuvo que explicar a Rankstrail, era una especie de bebida que se obtenía de las manzanas; luego trató de tranquilizar al joven soldado por la palabra «ofrecer», que no implicaba ningún tipo de pago ni de obligación.

El viejo necesitó un buen tiempo para aclararle que ofrecer sidra era un gesto de cortesía normal, casi banal, mientras la invitación a comer era menos normal y ya un poco más especial: ¿quería Rankstrail compartir los frijoles con él?

Siguió una larga discusión y el viejo le ilustró al tosco joven el concepto de convidar además del de ofrecer, que no tenían nada de ofensivo y que no implicaban que el receptor fuera un andrajoso, un mendigo, un limosnero o un muerto de hambre. Finalmente, Rankstrail, con dolor en el alma, rechazó con firmeza los frijoles y

transaron en media jarra de sidra.

Sin la capa, el viejo parecía más pequeño. Tenía una nariz grande como una papa y un rostro demacrado bajo una selva de cabello gris, sobre el cual brillaban los rayos de sol que dividían la habitación como una hoja oblicua.

—Lo necesito para un trabajo honorable. Honorable —repitió.

Rankstrail asintió.

—Necesito su fuerza, no su alma. Y le pagaré lo mismo que le paga el Condado.

Rankstrail asintió de nuevo.

—Ese es nuestro enemigo —dijo el viejo mientras señalaba más allá de la ventana estrecha que se abría sobre las colinas de Piedrasalada.

El Capitán miró en la dirección del largo índice: un grupo de carneros pastaba tranquilo la última hierba sobre la cresta.

—¿Los carneros? —preguntó perplejo.

—Los carneros —confirmó el viejo. Hasta ese momento había dado la impresión de estar bien de la mente. Un poco extravagante, pero no del todo loco—. ¿Sabe la diferencia que existe entre una vaca y un carnero?

—Sí —respondió Rankstrail seguro—, las vacas son más grandes.

—Cierto. Pero hay otra aun más importante —insistió el viejo.

Rankstrail tuvo que concentrarse.

—Los carneros hacen *bee* y las vacas *muu* —propuso por último después de agotar la totalidad de sus conocimientos sobre el tema.

El viejo sacudió la cabeza.

—Los dientes de las vacas cortan, los de los carneros arrancan —explicó—. ¿Entiendes qué significa esto?

—¿Que es mejor no dejarse morder de ninguno de los dos?

—No si eres una hoja de hierba.

—No recuerdo haber sido nunca una hoja de hierba —objetó Rankstrail cortante.

El viejo suspiró. Luego le explicó que hasta hace pocos años al pie de las colinas cuyas cimas estaban pobladas de bosques de encinas y pinos de grandes copas, pastaban vacas pequeñas en el prado lleno de tréboles y de flores. Los dientes de las vacas cortaban la hierba que por lo tanto después volvía a nacer más fuerte que antes, más verde, más tupida, todavía más llena de trébol, alfalfa y flores. Esto significaba que el mundo estaba cubierto de hierba fuerte, tupida y verde que nutría a las vacas, y que las raíces de esta retenían el agua de la lluvia que no se escapaba por las fisuras de la tierra reseca como ocurría ahora.

Las Lluvias Perennes también ahogaron a las vacas en el fango y en la miseria, y cuando la alternancia de las estaciones se restableció, hacía cinco años, solo quedaban los huesos descarnados por los perros o por los mismos dueños de las vacas. No había más vacas ni más dinero para comprarlas: por lo tanto, para no

endeudarse y no dejarse asfixiar por los usureros la gente no compró más vacas, sino carneros. Los carneros son convenientes en lugares donde hay matorrales y arbustos; donde hay pastizales son un desastre. Los carneros son más baratos porque innegablemente son más pequeños, pero arrancan la hierba de raíz y después de algunas estaciones la tierra se reseca y muere: primero se vuelve ocre, luego se resquebraja en fisuras que al principio son pequeñas y escasas, pero que luego se extienden por el mundo mientras el polvo comienza a velar el horizonte y los sueños de los hombres de poder tener cualquier cosa para llevar a casa en la noche. Entonces, para vivir, se talan los árboles y los bosques se transforman en estepas o brezales que durante las violentas lluvias otoñales se derrumban y que el viento estival seca bajo el sol. Los vaqueros se vuelven leñadores. En primer lugar se derriban las encinas, luego los pinos de grandes copas: se ponen en carretas y se venden en el norte como leña que arde y, ¿sabes qué significa esto?

—¿Qué no quedan más tapas para cerrar las cantimploras y no hay más piñones? —propuso perplejo el joven Capitán—. No es que los piñones quiten mucho el hambre, pero son buenos con romero para rellenar murciélagos y también sin el romero, no como relleno...

—Sí, también —lo interrumpió el viejo—, pero el verdadero problema sigue siendo el agua. Donde no hay árboles el agua desaparece, se la traga la tierra. Cada verano se vuelve más largo y más seco que el anterior. Todo se vuelve amarillo. El fango se convierte en polvo. Tenemos que volver a traer vacas y darles trabajo a los hombres o la aridez esterilizará la tierra y la desesperación empujará a estos mismos hombres a esconderse en la profundidad de los bosques con un hacha en la mano y una capucha negra para enmascarar el rostro. Yo no soy un usurero, sino un Prestamista. No quiero asfixiar a la gente sino prestarle el dinero, de modo que la gente pueda resurgir y el mundo pueda reverdecer.

El viejo estaba frente a Rankstrail bajo la luz del sol que comenzaba a caer y lo miraba con una cara demacrada que recobraba fuerzas y levantaba la cabeza con orgullo por lo que estaba diciendo.

El Capitán sacudió la cabeza.

—¿No podría dárselo, y basta? ¿El dinero? A la gente, quiero decir. O si no tiene bastante para regalarlo, préstelo sin que tengan que restituir más como los usureros, haga al menos que le devuelvan lo mismo. Eso sería más decente: son pobres. Odio a los usureros. Los Mercenarios odiamos al usurero tanto como al verdugo. Sin usureros no nos enrolaríamos y sin verdugo ya nos habríamos ido.

—Yo también odio a los usureros. Los usureros son los que prestan dinero a quienes lo necesitan y luego los asfixian con los intereses de tal manera que los dejan en la miseria. Y odio a los Mercenarios: hombres que venden su espada a cualquiera que les pague. Yo soy un Prestamista y no un usurero. Y usted es un soldado y no un

Mercenario. Quizá se enroló por el salario, pero no fue solo por este que fue a las colinas y las inspeccionó palmo a palmo, corriendo el riesgo a diario de ser asesinado. Soy un Prestamista: no regalo dinero, lo presto, porque solamente así se multiplica la riqueza. No solo la mía, la de todos. Présteme la fuerza de su espada y convertiré esta tierra en un jardín. El dinero no se puede regalar porque se acaba pronto y porque la obligación de la gratitud es una humillación y los hombres humillados no combaten y no vencen. Un préstamo a la par, donde hay que restituir la misma suma que se recibió, es de todas formas un gesto que depende de la generosidad del Prestamista y la generosidad por definición se agota e impone la humillación de la gratitud. No conseguí que usted aceptara medio cuenco de frijoles. Por ningún motivo, si usted fuera un campesino, podría convencerlo de aceptar lo necesario para comprar una vaca. Un préstamo en el que sea necesario restituir una pequeña parte de más genera riqueza para el Prestamista y para el receptor: esta situación repetida al infinito genera la prosperidad de un país.

—Pero esa parte debe ser pequeña, si no, es usura.

—Claro, debe ser pequeña, de otro modo es usura y genera miseria y no riqueza; destruye, no construye. Yo prestaré el dinero para comprar las vacas y usted irá por ellas. Solo unos hombres armados pueden atravesar estas regiones transportando oro y animales de algún valor.

—¿Y después? ¿Si alguien no le paga el oro que le prestó? ¿Lo entregará al verdugo?

—Tiene mi palabra. Le juro que no sucederá.

—¿Tampoco se le ha pasado por la cabeza que seamos nosotros los que tratemos mal a los que no paguen?

—De nuevo le doy mi palabra, y le aseguro que mi palabra tiene valor, no sucederá jamás. Su honor está a salvo, su alma también.

—¿Y cómo diantres hará qué le paguen? —preguntó el joven Capitán exasperado.

—Me pagarán porque tendrán interés en hacerlo. ¿Entiende?

—No —respondió el Capitán, con honestidad.

—No importa. ¿Está dispuesto a cederme su fuerza? Le juro que no le traerá deshonor. ¿Cuántos años tiene, señor?

Rankstrail se sobresaltó. No solo era una pregunta que hubiera preferido evitar, sino que lo había cohibido el apelativo de «señor». Era tan poco verosímil aplicado a él que le sonó ridículo, por no decir irrisorio.

—Veintidós —mintió—, y con su permiso, prefiero ser llamado Capitán.

—Bien, Capitán, puede decirme su edad, le aseguro que custodiaré el secreto con el mismo cuidado con el que cuido mi oro.

—Dieciocho —respondió Rankstrail. El viejo siguió mirándolo—. Dieciséis —dijo finalmente—. Creo —concluyó.

—Bien —aprobó el viejo—, tiene la misma edad de nuestro Sire Arduin cuando reconquistó el mundo en honor de los Hombres. Ahora ustedes crecen de prisa, se vuelven adultos y guerreros muy jóvenes.

—¿Nosotros quiénes?

El Prestamista respondió con un gesto vago.

—Creo, Capitán, que entre usted y Sire Arduin existen semejanzas superiores a las que pueda imaginarse. Dicen que sabe leer.

Rankstrail asintió y trató de ocultar su orgullo con una expresión indiferente.

—¿También sabe leer un mapa?

—Ni siquiera sé qué es un mapa. Pero sé leer —insistió con obstinación el Capitán.

—Aquí está, mire esta serie de palabras y dibujos. Imagine que es un pájaro que está sobrevolando la región. Esta es la Roca Alta, este círculo es la colina de Piedradura y esta es Piedracallosa... —el Capitán entendió de inmediato. Era verdad: era como ser un pájaro que vuela altísimo y puede ver hasta más allá del horizonte.

—... las Montañas Oscuras, Daligar... —continuó, al reconocer los lugares.

—Ahora pasemos a lo que debemos hacer. Le confiaré mi oro. Con él atravesará las colinas y llegará al otro lado de la Roca Alta, al altiplano del Castañar.

—Sí, es fácil: sigo el camino y luego, cuando arribe al punto más alto, giro por aquí...

—Exacto, gira hacia el este por donde nace el sol. El altiplano quedó por encima de las inundaciones de las Lluvias Perennes y las vacas sobrevivieron. Ahora las tienen en abundancia, hasta en demasía y están tratando de comercializarlas. Es una tierra rica en agua, pero no tiene ni metales ni sal y los habitantes necesitan dinero para comerciar. Comprará algunas decenas de vacas a la vez y las traerá aquí. Se requieren hombres armados para llevar el dinero y hombres armados para escoltar las vacas, pero no creo que sea atacado. Usted infunde mucho miedo. Le pagaré lo que le paga el Condado y garantizaré comida decorosa y suficiente para todos. El primer pago se hará al llegar las primeras vacas. ¿Cuándo piensa partir?

—Apenas usted les haya procurado algo de comer a los hombres que parten y a los que se quedan. De inmediato, si así lo desea —respondió Rankstrail.

Pidió un anticipo de siete sueldos, se despidió del viejo y se encontró otra vez con el campesino, siempre acurrucado, no muy lejos del verdugo. Se los puso en la mano sin decir palabra y se fue.

—Soy pobre asaz —se justificó con voz lamentosa—. Un pollo es un pollo.

—Un hombre es un hombre —respondió el Capitán sin darse vuelta.

* * *

Después de haber dejado al cabo Lisentrail y a la mitad de sus hombres para proteger la nada de la Roca de Guardia Alta, con la orden de quedarse refugiados en el redil para hacer notar lo menos posible su presencia y en consecuencia, hacer menos evidentes las ausencias, Rankstrail partió.

La falta de Lisentrail a su lado era casi una molestia, pero no se había atrevido a dejarles un contingente a los soldados veteranos, pues no estaba dispuesto a jugarse la cabeza por la fidelidad y la perspicacia de estos. El dinero que el viejo le había confiado lo preocupaba. No tenía idea de cómo se compra una vaca ni de cómo convencerla para que se mueva.

A pesar de todo, tenía un desasosiego alegre y feliz que no conseguía nombrar y que no era solamente la emoción de viajar a un lugar desconocido, ni la esperanza de tener algo para mandarle al padre, ni el placer de salir de la inedia y de la apatía.

Apenas salieron de la Roca Alta apareció el altiplano del Castañar, magnífico, cubierto de un manto ininterrumpido de copas de castaños que se adensaban en los valles haciendo que el verde fuera más oscuro y parecido a las escamas de un dragón ciclópeo. El altiplano estaba surcado por numerosos torrentes que se lanzaban al vacío describiendo cascadas altísimas que se abrían en pequeños lagos que reflejaban el cielo. El rumor del agua acompañaba por doquier los pasos por los inmensos bosques de helechos y castaños. Las aldeas parecían nidos de águilas, a salvo sobre los picos más empinados, defendidas por murallones fuertes y ásperos entre las piedras de los cuales nacían higos espinosos. Los bosques estaban llenos de abejas: la miel del castaño era dulce y oscura, la del madroño era casi amarga. Rankstrail les enseñó a sus hombres a moverse lentamente cubiertos de fango o de tierra, para así lograr robarles a las pequeñas criaturas aladas eso que para todos era el alimento de los dioses.

La parte más imponente del altiplano se destacaba bajo el cielo y sobrepasaba los demás relieves: la cubría una capa de hierba tupida y verde como Rankstrail nunca antes había visto, con la que se alimentaba un hato grande de vacas asilvestradas. La hierba se abría surcada por numerosos arroyuelos que se hundían en la tierra fértil y formaban una miríada de pequeños estanques de agua limpia que en la lengua del lugar llamaban «pozos». En los pozos nadaban pececitos negros y algunas ranas. Rankstrail pensó que si le aconteciera la suerte de morir de viejo y no asesinado mientras era soldado, le gustaría regresar a este lugar.

Los Mercenarios conocieron un extraño pueblo de pastores libres, orgullosos, malhumorados y nada hospitalarios en el que todos, incluso las mujeres, estaban armados hasta los dientes como y hasta más que los mismos soldados. Los de Scannuruzzu y Lafrisonaccia, las aldeas más grandes en las márgenes del altiplano, aceptaron venderles una manada completa de terneros.

La negociación fue larga y difícilísima. Se hizo en una lengua agria, dura y

gutural, en la que se habló una y otra vez de la belleza de las vacas: «Nugstras vacas muy lingdas sogn...».

Por fortuna el Capitán estaba con Trakrail que tenía una intuición notable para descifrar el sentido de las lenguas desconocidas.

Las vacas eran pequeñas, flacas y belicosas, de un color marrón casi rojizo. Tenían un mechón de pelo largo y tupido que les caía encima de los ojos y hacía su mirada incluso más hosca. Eran capaces de escalar las rocas más escarpadas. No se parecían en nada a las majestuosas criaturas blancas que se reflejaban en los charcos de Varil, pero eran fuertes e incansables.

Al cabo de dos días extenuantes de negociación, al rostro inmóvil del jefe de la aldea de Scannuruzzu, que también era la autoridad de la región, le temblaron los ángulos de la boca, lo que probablemente era la versión local de una sonrisa radiante. El hombre le regaló al Capitán un cuchillo singular: un puñal delgado con el mango en madera de olivo que todo verdadero hombre del Castañar debía poseer.

Escotar las vacas fue menos difícil de lo que habían previsto. Al principio Rankstrail las hizo amarrar una a la otra con cuerdas largas, pero luego se dio cuenta por sí mismo de que con tal de dejarlas pastar en paz no se escapaban, no se perdían y seguían a los hombres que las guiaban. El entusiasmo de Rankstrail al atravesar la Roca Alta se convirtió en euforia. La gente salía de las aldeas a recibir el regreso de las vacas a la región. Muchos tenían lágrimas en los ojos mientras acariciaban a los animales como si fueran parientes reencontrados. Algunos siguieron a Rankstrail hasta la capital y negociaron con el viejo Prestamista. Este cedía una vaca a la vez a cambio de algo de dinero y algo de trabajo. Solo después de pagar la primera se podía obtener la segunda.

Después de algunos días de reposo los Mercenarios se pusieron en marcha de nuevo. En el tercer viaje Rankstrail volvió a llevarse a Lisentrail con él. Los hombres comían con regularidad, recibían el pago y, a excepción de uno, se hubieran lanzado al fuego por él. Rodeado de gente tan fiel, incluso Siuil y su ambigua estupidez eran inocuos. Muchos de los terneros que seguían a las madres eran machos, se convertirían en toros y así una manada generaría otras y la riqueza se iría estabilizando.

Además del dinero pactado, el viejo le puso a Rankstrail un libro en las manos y le explicó que era para pasar las largas tardes tranquilas junto al fuego del campamento.

El libro era sobre la historia del Condado. Entre todas las cosas absurdas que le habían sucedido, la de tener un libro en las manos le pareció a Rankstrail la más inimaginable, pero reconoció que el viejo tenía razón. Era hermoso tener un libro entre las manos junto al fuego del campamento; mucho mejor que aburrirse y esperar a que el tiempo le pasara por encima como el agua sobre una piedra. Al principio le

tomaba una tarde entera leer unas pocas líneas, pero luego la dificultad desapareció y las páginas comenzaron a correr veloces como liebres sobre la nieve bajo sus ojos atentos. Lo conmovía tener en las manos algo que había sido escrito. El hombre o los hombres que habían trazado aquellas palabras se habían reducido a tierra y cenizas años atrás, pero las palabras habían permanecido y habían superado el tiempo y la muerte para que ahora él pudiera conocer las historias que narraban. Sus hombres hicieron una tímida tentativa de burla y después pasaron a la curiosidad y a las preguntas. Con paciencia, dibujando las letras con el dedo en el polvo del camino, como tinta sobre un pergamino, Rankstrail comenzó a enseñarles a ellos también. Algunas veces leía en voz alta y era como si todos leyeran a la vez.

El segundo libro que le prestó el viejo era sobre astronomía. Tenía dibujos. Rankstrail por fin entendió que los extraños instrumentos del viejo, hechos de cobre y latón, servían para medir las constelaciones. El tercero era sobre las estrategias de Sire Arduin; para entender las inscripciones que traía, Rankstrail tuvo que aprender algo de élfico, no mucho, pero sí el suficiente como para escribir su nombre y descifrarlo en esa lengua. Esa lectura también fue emocionante. El Escribano Loco le había descrito aquellas batallas, pero escucharlas no era nada comparado con verlas dibujadas en un esquema.

En la séptima u octava expedición, Rankstrail se dio cuenta de que empezaban a encontrarse con otros viandantes: comerciantes de sal y de pieles, principalmente. A veces eran comerciantes de telas con sus carromatos variopintos, a veces juglares o saltimbanquis. A lo largo de los caminos surgieron pequeñas posadas, talleres de herreros, vendedores de castañas secas y de salchichas de jabalí.

Cuando caía la noche, Rankstrail levantaba la vista y miraba el cielo que ahora resplandecía con estrellas y constelaciones cuyos nombres conocía y que como un mapa curioso, escrito en un alfabeto cifrado, señalaban el camino.

El viejo no había mentido: las vacas fueron una bendición. La presencia de estas a lo largo de una estación bastó para que las cimas de las colinas reverdecieran. Una llovizna sutil comenzó a caer con cierta regularidad. En primavera las adelfas comenzaron a llenarse de grandes flores blancas y rosadas y los surcos de cieno se transformaron en riachuelos y minúsculos arroyos.

Cuando las adelfas florecieron con los temporales otoñales, los arroyuelos se volvieron verdaderas quebradas de agua limpia.

Los intereses por los préstamos necesarios para comprar las vacas fueron resarcidos con horas de trabajo: el viejo las usó para hacer excavar profundos canales que salían de las quebradas sin dirección alguna y revestirlos de arcilla; entre uno y otro hizo sembrar naranjos a intervalos regulares. Los canales al principio estaban vacíos, pero tras una lluvia y otra comenzaron a llenarse y a brillar bajo el sol. La arcilla no permitía que el agua se filtrara y se perdiera en el suelo, por lo tanto esta se

colaba por minúsculas trincheras secundarias entre las raíces de los arbolitos que salpicaron el amarillo ocre de la tierra con el verde orgulloso de sus copas redondeadas.

—Como decía nuestro Sire Arduin, es necesario llevar a cabo dos guerras a la vez para que sean definitivas: la que se hace contra el que depreda y mata y la que se hace contra el hambre que empuja a los hombres a depredar y matar. Entonces sí es punto y aparte y es necesario comenzar de nuevo —le dijo el Prestamista a Rankstrail el día que estaban festejando juntos el aniversario de su llegada a la Roca de Guardia Alta—. De cierto modo yo he hecho el papel de Gran Chambelán, que es quien da consejos, y usted el de Rey, que es quien conduce al ejército y se ocupa del bienestar del pueblo. ¿Piensa que hoy podría aceptar un plato de frijoles?

—¿Quién es usted? —preguntó el Capitán.

—Ya se lo dije, Capitán, soy Naikli, el Prestamista.

—Quiero saber quién es y quién le mutiló los pies. Entonces, si la respuesta no me disgusta, quizá aceptaré un plato de frijoles.

El viejo, que estaba inclinado sobre la olla, se dio vuelta y lo miró durante un rato antes de hablar.

—Era el Gran Chambelán, el Consejero del último Rey de Daligar. El Rey era un verdadero cretino, es verdad, pero no un criminal. Si las Lluvias Perennes no hubieran anegado el mundo, habría logrado mantenerlo en el camino de la sabiduría. Si es cierto que es necesario ganar dos guerras a la vez, es igualmente cierto que también es fácil perder dos a la vez. Cuando la miseria inunda una tierra es sencillo ceder ante quien promete protección. Sabe, Capitán, cuando el Mundo de los Hombres es golpeado por la mala suerte, la idea de que el dolor está en manos de la imprevisibilidad del azar es imposible de tolerar. Entonces nace la tentación desafortunada e indecente de pensar que la realidad es controlable y que existe alguien que ejerce ese control, alguien simultáneamente tan poderoso como para causar desgracias y tan impotente como para sufrir nuestras persecuciones; tan astuto como para lograr comandar el mundo y tan tonto como para quedarse a rendir cuentas. Esto les da a los hombres la ilusión de ser dueños del destino: entonces sería suficiente encontrar y aniquilar a los responsables del dolor para que la vida volviera a ser como antes. Traté de oponerme cuando la demencia invadió al mundo anegado por las Lluvias Perennes y los Elfos fueron acusados de causar todos los males. ¿Me haría el favor de no hacerle saber a su Juez Administrador que estoy aquí? Tengo por costumbre detestar los trabajos dejados a medias, pero preferiría que el verdugo de Daligar no terminara el suyo.

Rankstrail también tuvo que tomarse su tiempo para poder contestarle. Nunca había aceptado nada de nadie excepto, en ocasiones, los higos secos de Lisentrail, y tuvo que tomar aliento un par de veces antes de pedirle al Prestamista que tuviera la

amabilidad de ofrecerle medio cuenco de frijoles.

* * *

Fue la primera de una larga serie de comidas en común de las que, sin excepción, el joven Capitán se arrepintió como nunca había pensado que se pudiera arrepentir de algo relacionado con hincar los dientes en una cosa comestible. Los frijoles eran buenos, cocinados con cebolla, aceite y hasta algún pedazo de pellejo de cerdo; pero el Prestamista, ahora el Gran Chambelán del Condado de Daligar, en virtud de su edad y de su posición como anfitrión, lo abrumó con peticiones fútiles e insoportables. Lo obligó a usar, en vez del pan y las manos, una especie de cucharón ridículo, y le aclaró que no lo debía empuñar como un mazo ni como un puñal. Apareció también un cuchillito con el que lo obligó a cortar en bocaditos la carne que mantenía quieta con una especie de horcón en miniatura.

—Una persona bien educada usa tenedor, cuchillo y cuchara, nunca come con las manos.

—Yo soy un Mercenario.

—No es una buena razón para comer como un Orco.

El joven Capitán pudo usar la mesa solo para poner el cuenco y nunca para apoyarse él, ni con los codos y mucho menos con los pies. El viejo pretendía que no tosiera mientras bebía, que volteara la cabeza al estornudar, que nunca se soplara la nariz con las manos y menos cuando estuviera comiendo.

Sin embargo, a Rankstrail le fascinaba la conversación del viejo y con tal de no perdersela superó su irritación y se sometió a la inútil estupidez de comer con la espalda recta, la cabeza en alto, los codos contra los costados y de no rascarse demasiado cuando estaba en la mesa, por muy nutridas y variadas que fueran las tropas de piojos que hospedaba y por mucho que estas se alborotaran con la tibieza cercana del fuego.

Cuando el Capitán preguntaba exasperado para qué servían todas esas tonterías, el Prestamista respondía sereno que, el día en que tuviera que comer en la mesa de un embajador, no haría el ridículo.

* * *

Los Mercenarios eran una tropa alimentada con decoro que pasaba por las calles sin que la siguieran, como antes, las maldiciones, las acusaciones de hurto y el odio.

El Capitán Rankstrail atravesaba regiones cada vez más lejanas cargado de oro o a la cabeza de hatos cada vez más numerosos y nutridos, sin que nadie osara atacarlo jamás: tenía las grebas disparejas, la armadura de placas remendada, una estatura inconfundible de casi siete pies, el cabello sucio que le caía sobre el rostro y la leyenda, que ya lo precedía, de ser completamente invencible. Había vencido a los Saqueadores porque como Sire Arduin siempre sabía dónde atacar, cuándo retirarse, dónde refugiarse y cuándo contraatacar. Era el comandante de los Mercenarios y había logrado que sus soldados, imbatidos e imbatibles, fueran sin embargo decentes y casi amados. Ahora estaba ganando otra batalla: la batalla contra el hambre. Se extendían extrañas leyendas sobre él: que sabía leer y que, si quería, sabía hablar de modo complicado como un Gran Chambelán. A su paso las mujeres y las muchachas se apartaban como se debe hacer cuando pasa un Mercenario, pero por detrás de los postigos cerrados, desde lo alto de las terrazas, escondidas entre las enredaderas, a menudo lo seguían con la mirada por largo rato, sin que él se percatara nunca.

De esto se percató el Cabo Lisentrail, que había vuelto a seguir al Capitán a donde quiera que fuera, porque ahora no había peligro de que alguien hiciera una tontería.

—Ey, Capitán —le repetía lleno de alegría, mientras avanzaban seguidos de las vacas entre el mirto y los madroños, debajo de los castaños del altiplano—, tú, si vamos a hablar de gente alta, eres demasiado alto, pero no eres feo y no tienes cicatrices en la cara. Mira que podrías encontrar una mujer.

Capítulo 9

Antes de que pasara el tercer invierno de su permanencia en la Roca de Guardia Alta, el larguirucho Gobernador convocó a Rankstrail.

La citación llegó por escrito y era para el día siguiente; estaba en un pequeño pergamino enrollado que uno de los criados del Palacio entregó después de tocar, casi con cortesía, a la puerta hecha con madera fina de roble, que cerraba el cuartel de los Mercenarios. El redil había sido derribado y reemplazado por una construcción cálida y seca, en piedra y madera, con una chimenea potente en el centro; cada soldado tenía un lecho propio, hecho de paja limpia que se cambiaba una vez por semana.

El Capitán Rankstrail miró el pergamino con una euforia que rayaba en la agitación, ya fuera por ser oficial o por las posibles implicaciones monetarias. El motivo no podía ser otro que el reconocimiento oficial de su rol como Capitán y la entrega del salario retrasado de un año, que de acuerdo con sus cálculos le iba a permitir comprarse una espada digna de ese nombre y un caballo.

Siempre sería un Mercenario, pero la caballería daba una impresión más decente. Nadie te arrancaba los dientes o los dedos al primer pollo que desapareciera. A los Mercenarios, si iban a caballo, se les trataba de «usted» y también tenían un destino diferente. A los soldados de caballería los mandaban a los Confines de las Tierras Notas, a discutir con los Orcos la posición exacta de las fronteras y Rankstrail iría allí gustoso porque era el lugar donde había nacido y además tenía un par de cuentas para saldar con los Orcos.

Los Mercenarios pasaron el resto del día haciendo todo tipo de elucubraciones, inclusive proyectos inverosímiles o desmedidos que rayaban en la fanfarronería, como comprar un pedazo de tierra o un pequeño viñedo.

Rankstrail consintió que el Prestamista le cortara la melena. También se dejó explicar cómo limpiarse las uñas y oyó las instrucciones sobre cómo lavarse el cuello y las manos. Se quedó medio día bañándose en el estanque más cercano para erosionar la capa de fango que se le había acumulado encima a lo largo de años de campamentos y marchas, en estrecha convivencia con los bovinos. El agua helada no le molestó; además exterminó por ahogamiento a más de la mitad de sus habitantes clandestinos.

A la mañana siguiente, cuando atravesó con precaución el mercado que se instalaba diariamente en la plazoleta frente al Palacio del Gobernador, estaba casi irreconocible. Los montoncitos de naranjas, los puestos de olivas y los de mantequilla y queso ocupaban los pocos lugares secos que había y era necesario esquivar los charcos con atención.

Aunque la cita había sido fijada para las horas más tempranas de la mañana, el joven Capitán fue recibido solo al atardecer y se vio obligado a pasar toda la jornada,

que fue de una llovizna ininterrumpida, frente a las caballerizas. Cuando por fin atravesó el umbral estaba empapado como un pollito y empantanado como una rana acabada de salir de un estanque. Rankstrail estaba acostumbrado tanto al frío como a estar empapado, pero le molestaba dejar una estela a su paso, a pesar de todo lo que había hecho por estar impecable.

El Gobernador estaba en una enorme sala rectangular. El lado más largo de esta estaba ocupado por una chimenea tan grande que en ella se estaba quemando el tronco completo de un árbol. El calor era sofocante, y el joven Capitán le sumó al fango el sudor, que comenzó a chorrear.

El Gobernador lo miró con una repugnancia llena de aversión y enojo que exacerbó el desequilibrio del ya considerable repudio con el que miraba el mundo, luego le ordenó que se alejara cuanto fuera posible y permaneciera al fondo de la sala. En ese momento paró de llover y un tímido claror iluminó el cielo. Al otro lado de la larga serie de ajimeces la extensión de los naranjales con su verde impactante le llenó la vista. La mirada del Gobernador se perdió en el verde y su expresión se suavizó.

—¿Al menos sabes de quién es el mérito de todo esto? —preguntó.

Por suerte Rankstrail pudo captar a tiempo que era una de esas preguntas de las que no se espera una respuesta y mantuvo la boca cerrada. No pudo impedir la leve sonrisa que le asomaba al rostro a la espera de los agradecimientos y de las alabanzas.

—Y bien, lo hemos logrado. Palmo a palmo, muerte tras muerte, lo hemos logrado. Hemos saneado la tierra de todos los Elfos. De todas las brujas. Ahora las puertas de los Demonios están cerradas y los Infiernos no vomitan más infortunios sobre nosotros. La tierra ha florecido de nuevo como un jardín.

Rankstrail pudo rescatar pronto su media sonrisa que por fortuna pasó inadvertida en la poca luz del rincón donde había sido confinado.

—La única mancha, el único defecto, la única vergüenza, el único deshonor son tú y tú miserable banda. ¿Cómo hiciste para entender qué debías venir aquí hoy?

Rankstrail pensó por un instante, luego concluyó que, debido al grado de idiotez, esta debía ser una de esas preguntas que sí se responde. Sacó el pergamino:

—Fui convocado. Usted me citó. Así está escrito.

—¡Lo ves! —dijo el Gobernador triunfante—. ¡Esta es la prueba! Te mandé una citación escrita a propósito. Sin duda, fue el usurero quien tuvo que leerte la carta. Ahora no puedes negar que tú y el usurero se frecuentan. Eres una vergüenza, un asco, una deshonra. Te has vendido. Vendiste tu espada, y tu espada le pertenece al Juez Administrador del Condado de Daligar. Y —añadió silabeando para que el sentido de la frase fuera más incisivo y más claro— te vendiste por dinero. Por DINERO.

Rankstrail tardó cierto tiempo en comprender lo que estaba sucediendo. O más

bien, si se trata de comprender, lo comprendió de inmediato: lo que necesitó fue tiempo para creerlo.

—Soy el Capitán Rankstrail de la infantería ligera —respondió tranquilo mientras se acercaba a la mesa—. He comandado hombres que bajo mis órdenes han quedado mutilados o han muerto y por consideración a esos hombres no estoy dispuesto a tolerar ninguna falta de respeto. Mi espada no le pertenece ni al Juez Administrador ni al Condado. Mi espada es mía y solo mía: yo mismo la compré de segunda mano y escogí la que menos costaba. No vendí mi espada, sino el trabajo: me mandaron a atrapar a los Saqueadores y los atrapé. Y también el trabajo, no el honor, se lo vendí al Prestamista. Por dinero, es verdad. La palabra «vender» significa eso: dar a cambio por dinero. Si en vez de dinero hay higos secos o castañas hervidas, entonces no se habla de venta, sino de trueque. Si no se tiene nada a cambio, entonces las palabras que se deben usar son generosidad o ingenuidad; personalmente prefiero la segunda, pero esto es cuestión de opiniones. No niego ni en lo más mínimo mi amistad con el Prestamista. La lectura de la convocatoria no es la prueba de que lo conozco porque tengo la capacidad de leer, capacidad para nada excepcional, ya que la comparto con la mayoría de mis hombres...

El Gobernador rio con una mueca:

—¿No pretenderás que te crea?

—No estoy acostumbrado a que se me trate de mentiroso —respondió el Capitán, sereno; luego prosiguió—. La prueba de mi amistad con el Prestamista radica en el hecho de que mis hombres y yo estamos vivos y con buena salud. Dado que desde hace tres años no hemos visto una hogaza de pan ni un sueldo para comprarla, según usted, ¿cómo debíamos haber sobrevivido? A mis hombres les dieron a escoger entre morir de hambre como imbéciles o morir bajo las tenazas del verdugo como ladrones.

Le quedó la duda. Nunca supo cómo debían haber sobrevivido. El Gobernador lo echó. Le informó que la totalidad de los salarios había sido confiscada para castigar su conducta deshonrosa y para restituirle al cuartel el pago por los daños causados a la hacienda pública. Ni siquiera todo lo que había leído y todo lo que había escuchado frente al fuego del Prestamista le permitió a Rankstrail entender que la hacienda pública era el maldito e indecente redil donde tenían que andar en cuatro patas como perros. El Gobernador se lo tuvo que explicar, al igual que le explicó que si no los hacía ahorcar a todos, era porque los Orcos habían atacado los Confines y la caballería ligera no lograba oponerles resistencia. Nadie más, excepto ellos, podría darle apoyo.

Rankstrail atravesó la plaza del mercado, ahora desierta, con una sensación extraña que le recordaba las ganas de vomitar y tal vez lo era.

Esto no era ni siquiera algo comparable a cuando lo habían azotado; en ese entonces había cazado de manera furtiva y todo había salido mal. Aquí era diferente.

Suspiró.

Miró el cielo, y comenzó a caerle en el rostro una lluviecita sutil que iba a fortalecer y reverdecer aun más la hierba para las vacas que habían traído.

Suspiró de nuevo.

En la oscuridad no podía ver la extensión ilimitada de los naranjales, pero sabía que ahí estaban.

Después fue a donde sus hombres a decirles que no habría sembrados ni pequeños viñedos, ni siquiera un caballo: quizá solo una buena comilona, un chai, un trompo para los que tenían mujer o hijos, tal vez una espada nueva para los que, como él, solo tenían una partida. El Prestamista, por lo menos él, les había pagado y algo habían ahorrado.

—Ey, Capitán —respondió Lisentrail—, ¿en realidad nunca creíste que nos iban a dar el salario? No hemos hecho trabajar ni al enterrador ni al verdugo y los piojos que teníamos a fuerza de calentarse y engordar están tan grandes que parecen ratas. Algo tenemos y eso nunca antes había pasado.

De hecho, ninguno de sus hombres, que llevaban muchos más años que él ya fuera en el mundo o en la armada de los Mercenarios, había creído que llegaría a estar menos desesperado o a ser menos pobre.

* * *

Partieron dos días después escoltados desde lejos por los tres caballeros y los cuatro soldados de infantería de la guarnición, como si fueran criminales.

El Prestamista no había ido a despedirlos porque se enteró de que lo estaban buscando y se había marchado el día anterior para invernar en la Roca Alta, o quizás en Scannuruzzu, que era más seguro.

Sin embargo, todos los demás fueron, inclusive el campesino medio tonto al que Lisentrail le había robado la gallina.

Los esperaron en los límites inferiores de Piedradura donde la colina terminaba y la llanura comenzaba. Habían preparado naranjas, queso y pan para ellos. El campesino les dio una gallina seca y medio tísica que calificó de «bella como el mismísimo sol». Las mujeres vinieron también: viejas comadres, madres con sus niños y muchachas jóvenes. Algunas se pusieron a llorar, y otras, cuando ellos pasaron, les tiraron flores.

—Pero ¿no pudieron haber venido a buscarnos antes? Antes de ahora, que ya nos vamos —se preguntaron algunos.

—Hombres —respondió Lisentrail—, nosotros somos los Mercenarios. Ellos no nos darán a sus hijas. Pero nos dieron queso y pan. La gallinita es mía. Al que la

toque lo despellejo. La llevamos a Daligar con nosotros.

El Capitán y la infantería ligera atravesaron por última vez la región y la dejaron sin darse vuelta porque los Mercenarios no miran hacia atrás.

Alrededor de los riachuelos ya no había más matorrales de cañas desordenadas o de adelfas marchitas, sino decenas y decenas de naranjos que estación tras estación se fueron convirtiendo en centenares y luego millares, y finalmente llenaron los valles y se alternaron de una forma suntuosa con el verde plateado de los olivos y el verde tierno y tenue de los almendros que en primavera invadían el mundo con el rosado de su floración.

Las cimas de las colinas quedaron despojadas de árboles pero llenas de hierba florecida: allí pacían pequeñas manadas de vaquitas irascibles cuidadas por pastorcillos huraños que, cuando no había nadie a la vista, usaban el cayado como un hacha o una espada y soñaban con ser el Oso, el guerrero, Capitán de la infantería ligera.

* * *

Los Mercenarios llegaron a Daligar bajo el sol espléndido del medio día. El verano estaba llegando por fin. La gallinita había sido convertida en vituallas en algún lugar de los charcos de la llanura central, bajo la mirada austera de majestuosas vacas blancas que les recordaron a los Mercenarios las del altiplano de la Roca Alta y los llenaron de nostalgia. Los Mercenarios estaban sucios, cansados y hambreados como nunca. A su paso, las madres llamaban a sus hijas y todos ponían a salvo sus aves de corral. Cuando llegaron a las puertas de la Ciudad Puerco Espín hubo una larga discusión porque a nadie se le había ocurrido ni darles algo de comer ni buscarles un lugar donde pudieran dormir.

Finalmente los pusieron en un establo de asnos donde al menos cabían de pie; pero mientras el redil de la Roca de Guardia Alta estaba vacío, aquí todavía estaban los asnos y se estorbaban unos a otros.

Tras medio día de discusiones, consiguieron tres panes y una pinta de sopa de col para más de cincuenta hombres.

A estas alturas, con tal de quitárselos de encima, les dieron tres días de licencia.

El hecho era raro, pero no excepcional. Algunos de los hombres más veteranos tenían mujer o hijos en Daligar; otros tenían todavía a sus padres; además estaban los que no tenían a nadie y se quedarían acampando entre los asnos del establo y las piedras de los bastiones, intentando pasarla como pudieran hasta el momento en que algún otro les encontrara algo de comer y, sobre todo, les dijera qué hacer.

Rankstrail tenía todavía seis escudos de plata y catorce monedas de cobre

guardadas con cuidado en un pliegue de su túnica, amarrado con cuerdas de cuero. Como no era suficiente para un caballo, el sueño de la caballería ligera quedaba aplazado, pero era suficiente para una espada: una de esas de acero bruñido que fabricaban en el Anillo Intermedio y que nunca se rompían, ni siquiera al chocar contra el hacha de un Orco o la de un Saqueador.

El Capitán había seguido usando la enorme hacha que le había quitado al primer hombre que venció y que se volvió su arma predilecta. Llevaba siempre al cinto el muñón de la espada, ya fuera para salvar las apariencias o porque le servía para cortar el pan cuando había, pero no era posible que continuara sin tener un arma digna de ese nombre. Una espada apropiada para él debía medir al menos cuatro pies y la longitud aumentaba el costo y el valor.

La dureza de una espada no se debe solo al peso que tenga sino a la calidad del acero, es decir, al tiempo y a la habilidad empleados para elaborarla. A mayor calidad más subía el precio. Desafortunadamente, cuando la hoja superaba cierta calidad, también aparecían los ornamentos de la empuñadura casi siempre en plata, peltre o inclusive en oro, para las hojas de acero más fino. Rankstrail odiaba con toda el alma cualquier tipo de extravagancia. No solo por cuestión de dinero, ya de por sí fundamental, sino porque había algo errado en ello. Él no sentía haber matado hombres: tenía siempre presente la ruina que los Saqueadores habían hecho tanto de la vida como de la muerte. No se había quedado despierto por la noche pensando en los rostros de estos, pero tampoco se había divertido al matarlos. Una espada era una espada: se iba a manchar con la sangre de alguien que, por más vil que fuera, era una criatura que había sido cargada en el vientre de una madre. Ningún dibujo en plata o en oro debía celebrar la muerte.

Rankstrail se encaminó hacia Varil. Cuando había ido a enrolarse, entre decisiones y cambios de parecer, había tardado tres días. A pie y tomándose su tiempo, sin ir y venir, era un día de camino veloz o dos de camino a un paso normal.

El camino serpenteaba la orilla occidental del Dogon entre los cañaverales por una larga garganta flanqueada por montes bajos que luego, al occidente, se elevaban para convertirse en las Montañas Oscuras. Cuando la garganta se abrió sobre la llanura de Varil, ya atardecía y el sol se había ocultado. El mundo era una secuencia de grises: el cielo, las alas de los garzones, el agua de los arrozales y una niebla muy ligera que envolvía la tierra. Luego el cielo se despejó y cuando Rankstrail llegó la ciudad lo acogió con el triunfo de su colosal cinta de murallas reflejada en el agua de los arrozales, teñida por el rojo del sol al atardecer. Los garzones volaban en el viento leve. Los estandartes blancos y dorados se agitaban por encima de los arcos que se intersecaban, grávidos de flores. Llegó la oscuridad: las antorchas se encendieron y también ellas, junto con las estrellas, se reflejaron en el agua oscura.

Apenas pasó la Gran Puerta, se echó a correr. La gente se apartaba al pasar

Rankstrail, quizá para no obstaculizar la carrera del joven y sin duda por la inquietud que suscitaban su corpulencia y su evidente aspecto de Mercenario.

Rankstrail reconoció los puestos de venta, los charcos, los helechos, las pequeñas huertas pegadas a los muros con su carga de coles, claveles y berenjenas. Reconoció la casita con la puerta tallada suntuosamente con águilas reales y grifos, el techo cubierto de musgo, helechos, hierba, hiedra y florecitas.

Cuando entró, todos estaban alrededor del fuego y estaban repartiendo garbanzos y aceitunas. Hubiera reconocido a Flama aun entre mil mujeres: seguía igual a cuando era niña, alegre, despreocupada y burlona; tenía la dulzura de su madre, pero no su resignación. Si se hubiera encontrado a Borstril por la calle, no hubiera sabido quién era. Era un muchachito algo tímido que lo miró asustado cuando al abrir la puerta su cuerpo macizo oscureció el umbral. El padre fue el primero que se movió: se levantó, corrió a su encuentro y lo abrazó llorando. Luego vino Flama, que tardó un momento de más en recuperarse de la sorpresa. Borstril se quedó quieto e intimidado, hasta que el padre lo llevó para que abrazara a su hermano mayor. Flama también estalló en llanto. Rankstrail sintió el placer feroz de un abrazo. Sentía la tibieza de los cuerpos contra el suyo, sentía la humedad de las lágrimas contra sus propias mejillas. Tuvo la impresión de que el fango, el frío, el calor y los piojos jamás habían existido, de que todo había sido solo un sueño. Y después el padre habló. Trató de describirle la desesperación que sintieron cuando se dieron cuenta de que se había marchado.

—... De inmediato, comprendí de inmediato que habías ido a alistarte, no fue necesario que Flama me lo leyera... Siempre tuve la pesadilla de que ibas a enrolarte... Mi hijo en medio de la guerra... en medio de la sangre... para pagarle al boticario...

Había dejado a Borstril con la vecina y se marchó con su tos y con Flama detrás, sin llevar siquiera una cantimplora con agua ni un poco de pan. Para llegar antes no tomaron la carretera sino el atajo que implicaba cortar el meandro del Dogon y pasar entre el brezal y las zarzas. Habían llegado a Daligar en medio día, rasguñados y medio muertos del cansancio, pero con seguridad, antes que él. Allí habían encontrado el lugar del enrolamiento y habían esperado dos días, bajo la lluvia y el sol, pero no lo habían visto y a esas alturas su padre pensó que se había equivocado. Quizá su hijo no se había ido a enrolar, sino que se había quedado en los arrozales. Quizá se había herido cazando o los guardabosques se lo habían llevado preso. De nuevo con el corazón en la garganta, los dos regresaron a Varil, de nuevo a través del atajo para llegar antes, de nuevo rasguñados y medio muertos de sed y de hambre.

Por primera vez desde que su madre había muerto, Rankstrail sintió que las lágrimas inundaban sus ojos.

Lo habían buscado.

Arriba y abajo como dos locos.

Desesperados.

¡Habían intentado detenerlo!

Él se había tomado tres días para que ellos pudieran alcanzarlo y ellos habían tomado el atajo para estar seguros de alcanzarlo. Se habían equivocado.

Rankstrail se alegraba de que no hubieran logrado detenerlo. Sin el dinero su padre hubiera muerto hacía tiempo. Sin él hubieran hecho pedazos a Lisentrail y nunca habrían derrotado a los Saqueadores.

Era su destino. Pero la alegría de que lo hubieran seguido, afanados y desesperados, era infinita. Los hacía contar todo desde el principio una y otra vez.

Luego habló él: inventó un poco, censuró, atenuó y dijo algunas cosas que en verdad sucedieron. Borstril lo miraba con unos ojos abiertos de par en par que se iluminaban con las descripciones de las llanuras, los bosques y las cascadas. Rankstrail se sentía orgulloso de esa mirada: le gustaba Borstril, un niño muy serio y un poco tímido que se asemejaba al padre en todo, tenía la misma complexión delgada y el mismo cabello claro. Se quedaron hablando y escuchando hasta bien entrada la noche y hasta que el fuego del hogar se apagó.

Rankstrail compartió el lecho con Borstril. Casi no se atrevió a dormir por temor a molestarlo y para tener el placer de sentirlo respirar a su lado. A lo largo de la noche, de vez en cuando, repetía en su cabeza las palabras «hermano», «hermana», «padre», como una cantilena llena de alegría.

Finalmente el sueño se apoderó de él y de nuevo en su mente se desató el sueño doloroso y confuso conformado por fauces de lobo, del que conservaba solo un recuerdo vago al amanecer.

Capítulo 10

Era El alba despuntó llena de voces, olores y sonidos. Rankstrail reconoció el cacareo de las gallinas que se entrelazaba con el humo leve de los garbanzos tostados y se fundía con las retahílas de los mendigos.

El joven Capitán sintió que el corazón se le llenaba de paz.

Su padre ya estaba despierto y estaba calentando un poco de sopa de verduras con arroz. Se la repartieron sentados en el umbral de la casa. Borstril y Flama aún estaban dormidos. El padre le habló como se habla entre hombres. Las cosas marchaban bien: él había empezado a venderles arquibancos tallados a los artesanos del Anillo Intermedio que en general pagaban y con puntualidad. Si las cosas seguían mejorando, Flama podría dejar de trabajar como lavandera, que era un trabajo horrible que destruía la piel y las manos y les quitaba a las muchachas la capacidad de reír y de llevar la cabeza en alto por la calle, pues se acostumbraban a mantenerla inclinada en el lavadero.

A poca distancia los niños jugaban con los pollos y los puestos de los vendedores de frutas comenzaban a animarse.

El padre siguió hablando. El Escribano Loco se había muerto hacía un año. Al faltar Rankstrail el padre se había encargado de darle de comer y Flama de defenderlo. A cambio, el hombrecito les enseñó a Flama y a Borstril a leer, a escribir y a hacer cuentas. Ahora estaba sepultado en el pequeño cementerio: seguían sin conocer su nombre.

De repente la paz se interrumpió. Las voces se acallaron.

A lo largo de la calle apareció un personaje desconocido para Rankstrail, pero de alguna manera espantoso para la gente del callejón. Era un hombre larguirucho, de nariz aguileña. Aunque no era pequeño, tenía piernas cortas y un trasero grande y caído, en comparación con la espalda delgada y la cara demacrada. En conjunto parecía un buitre gigantesco. El hombre se detuvo en una casucha a intercambiar algunas palabras con los habitantes; Rankstrail no alcanzó a escuchar, pero el llanto y la desesperación que dejaba tras de sí eran muy claros. El joven Capitán, atónito, miró a su padre; también él estaba tenso y callado. El buitre finalmente llegó a la altura de ellos y saludó de forma cortés y ceremoniosa, lo cual no tranquilizó al padre, sino que más bien aumentó su preocupación.

—Soy el Recaudador de impuestos, mi noble señor —se presentó el buitre—, valga decir, quien tiene el honor de recaudar para la noble ciudad de Varil los aranceles y las gabelas que esta noble ciudadanía debe, y de otra parte, también tengo el gran honor de presidir los matrimonios, nacimientos, entierros y cualquier otra función que presuponga variaciones en el destino de la noble población de la noble ciudad de Varil, porque toda variación está sujeta a gabelas, como sin duda los nobles

señores ya saben, habiéndolo leído en el edicto. ¿El anciano señor no sabe leer? ¡Jamás lo hubiera pensado de un señor de tan noble distinción! Por desgracia, no puedo considerar eso como una excusa. Por desgracia, el malvado conjuro del nunca suficientemente extinto Pueblo de los Elfos contra el Pueblo de los Hombres se ha despertado y los Confines están otra vez bajo el ataque de los Orcos: se necesita dinero para financiar la noble campaña que el limítrofe, benemérito, aliado y noble Condado de Daligar está llevando a cabo. La única solución fue elevar las gabelas e instituir la expulsión inmediata de los nobles remisos. ¿Puede mi refinado y anciano señor suministrarme su nombre exacto, indicarme los años de pertenencia a la ciudad, el número de personas pertenecientes a su excelente, eximia y noble familia, y el número de los augustos difuntos de su egregia familia cuyo peso carga en este preciso momento el cementerio del Anillo Externo, y finalmente puede aclararme cuáles son las actividades gracias a las cuales su honrada persona y su respetable familia derivan su sustento?

El padre enumeró tímidamente las respuestas: en el cementerio las personas que había que contar eran dos porque los huesos del Escribano Loco, o lo que quedaba de ellos, estaban ahora a cargo de ellos. Borstril fue considerado como un trabajador porque le ayudaba a su padre en el taller e iba a recoger el agua. Flama se había despertado en ese momento y también estaba en la puerta: aunque hubiera tratado de esconder su trabajo en el noble arte de la lavandería, las manos agrietadas y rojas la hubieran delatado. Mientras el Recaudador realizaba sus cálculos, Rankstrail tranquilizó al padre con la mirada. Allí estaba él. Había regresado. Era capaz de solucionar el problema.

El joven Capitán hizo las cuentas rápidamente en la cabeza: los seis escudos de plata, sin contar con los catorce sueldos de cobre, eran suficientes para una espada lujosa. Si los aranceles fueran más o menos dos escudos, le quedaría bastante para una espada buena, si fueran cuatro tendría que optar por un arma discreta, con tal de que estuviera hecha de acero y no de hierro: si era demasiado liviana, podría limitarse a usarla como arma secundaria en la mano izquierda y seguiría usando el hacha en la derecha. Realmente como para no tener solo la empuñadura y un pedacito de espada que no servía ni para ensartar pollos.

—Medio escudo de plata y veinte sueldos de cobre —dijo el Recaudador—, y durante los dos próximos años la ciudad de Varil podrá continuar complaciéndose con la presencia de ustedes.

Rankstrail tardó algunos instantes en reponerse: había temido algo peor. De hecho, debió haberlo imaginado: la cifra no podía ser desproporcionada, por fuera de la capacidad de la gente. La inmensa mayoría de los habitantes del Anillo Externo, así fuera en medio de imprecaciones variadas y múltiples, le estaba pagando. El Capitán sonrió y con un gesto tranquilizó de nuevo a su padre; se puso de pie y pagó,

mientras lo invadía el orgullo.

El Recaudador hizo una reverencia y se deshizo en agradecimientos. Después de haber sacado de la alforja de terciopelo recamado un pequeño rollo de pergamino, una pluma de oca y una ampolla de tinta cerrada con un tapón de lacre, elaboró un complicado recibo con absoluta precisión, lleno de florituras encantadoras, agradecimientos e invocaciones de benevolencia a los Dioses. Se apoyó en el alféizar de la única ventana de la casita e invirtió un lapso considerable de tiempo en la elaboración; entretanto, un grupo pequeño de gente se reunió en torno a ellos. Estaban la vecina, los hombres de las Tierras del Norte que vivían al frente, la familia llena de niños que vivía al fondo de la calle... Estaban los mendigos... Los saltimbanquis con su minúsculo circo de gozques amaestrados. Estaban allí todos los que no tenían dinero, los que iban a ser expulsados, los que iban a terminar sumergidos en el mundo de afuera, mientras ellos se habrían salvado.

—Yo solo tengo seis sueldos de cobre —dijo el padre cohibido.

Todos tenían los ojos puestos sobre Rankstrail: era un Mercenario. A los Mercenarios les pagan. Se tejían fábulas sobre escudos de oro completos entregados con puntualidad real, junto con una ración hecha de manzanas, cerdo asado, polenta, higos secos y miel. El joven Capitán había sacado el dinero de una bolsita que no parecía vacía.

—¿Cuál es la suma total de las deudas del Anillo Externo? —preguntó Rankstrail, solo por saber.

—Asciende a diez escudos de plata, noble señor, augusto guerrero de ventura y merced.

La pregunta había sido un error: había generado expectativas. Todos lo miraban como se mira a un ángel. Rankstrail pensó con desesperación en la espada: no podía seguir andando con una empuñadura metida en la vaina. Era... fútil... ridículo. Pensó que lo que poseía era la remuneración de tres años de trabajo sin interrupción y sin escatimar esfuerzo.

Percibió la mirada de su hermano, mezcla de orgullo y admiración.

Le vino a la mente el tiempo transcurrido entre las vacas en el altiplano del Castañar con Lisentrail, mientras los naranjos comenzaban a cubrir los valles; había sido una época magnífica y no es necesario remunerar la magnificencia porque ella sola se recompensa.

—No se vuelve atrás —murmuró, y empezó la batalla.

No tenía diez escudos y nunca los tendría. Rankstrail negoció a partir de los cinco escudos que todavía tenía en su poder.

—Mejor cinco escudos en la caja que la caja vacía y los acreedores expulsados —razonó con serenidad.

El buitre explicó con cuantiosas y suntuosas palabras que los aranceles no eran

negociables, pero al final trató de llegar a un acuerdo. Los mendigos reunieron la totalidad de sus bienes y trataron de enriquecerla ofreciendo un pago en especies del orden de dos pollos y un perrito que sabía bailar en las patas posteriores. Sin embargo, este último fue retirado de inmediato del negocio apenas los propietarios se dieron cuenta de que en manos del Recaudador le esperaba un destino del orden de lo comestible, en forma de estofado, con cebollas y pimientos. Se llegó a un acuerdo en la tarde, después de una jornada extenuante durante la cual la calma imperturbable del Recaudador nunca disminuyó y su misericordia, si es que tenía una, se mantuvo celosamente oculta. El Capitán tampoco dio el brazo a torcer; había tenido un terrible entrenamiento en el Castañar con el jefe de la aldea de Scannuruzzu y Lafrisonaccia, cuya lengua brusca y limitada no era menos difícil que las volutas suntuosas con las que se recubría y se perdía el lenguaje del Recaudador. Se cedieron cuatro gallinas, además de un hurón y una tetera de cobre. Los ahorros de Rankstrail quedaron reducidos a cero y finalmente el Recaudador se fue, no sin antes asegurarles que en los próximos dos años no tendrían el honor ni el placer de contar con su presencia a menos que decidieran casarse, morir o reproducirse, porque en ese caso él no solo iba a oficiar con infinito placer y grandísimo honor, sino que tendrían que discutir de nuevo con ellos las cuotas de las gabelas.

Lo echaron, con toda la cortesía debida.

La tarde había caído y se organizó una celebración con tortitas de berenjena y espectáculos de perritos amaestrados. Los que tenían panderetas tocaron la música con mayor frenesí e incluso la voz de Flama se unió al coro que entonaba una canción sobre una joven bruja que todas las noches cabalgaba a escondidas un gallo por la región. Rankstrail se percató de que el hijo del panadero, fingiendo que era casualidad, siempre lograba estar sentado cerca de su hermana. Como todas las muchachas que frecuentaban el lavadero, Flama escondía las manos rojas y acabadas entre los pliegues de su ropa. Las estrellas llevaban ya un buen rato en el cielo cuando la velada concluyó.

A la mañana siguiente el Capitán se despidió de su padre y de Flama. Los abrazó por un largo rato y por un largo rato disfrutó el abrazo. Su hermano le había preguntado si podía acompañarlo hasta más allá de la Gran Puerta y a Rankstrail le agradó tenerlo a su lado.

Al Capitán lo invadía una sorda desolación. La alegría de la noche anterior se había esfumado y había quedado la cuenta de los días sin pan que le esperaban si tenía que hacerse anticipar lo necesario para cualquier pedazo de hierro oxidado que tuviera aunque fuera la forma aproximada de una espada.

Pasaron al lado del vendedor de tostadas de sésamo y miel. A juzgar por la mirada de su hermano, también él soñaba con una. Sin embargo, también él tendría que abstenerse de ella. Ya no tenía ni siquiera un solo sueldo de cobre.

En un nicho entre los bastiones había un vendedor de tapetes. Su hermano Borstril, que había aprendido a descifrar el curioso idioma que el hombre hablaba, le explicó que este tuvo que dejar su tierra después de que un tornado había destruido la ciudad caravanera de Donadío, Don de los Dioses.

—... Dondelosdiosessellamaabatierramia, quelosdiosesn oslahabíandado, bellacomoeraasaz...

Donadío en el pasado, antes de que cuarenta días y cuarenta noches de temporales ininterrumpidos la anegaran, se llamaba Gounnert o La Bienamada; había nacido a su vez sobre las ruinas de Lakkil, La Fortunilla, que había sido barrida por un terremoto. El comerciante vendía tapetes que, al igual que las tiendas que había dejado atrás, tenían los colores del viento y del sol. Si alguna vez llevaba a cabo la increíble hazaña de vender por lo menos uno, quizá podría regresar a su landa a reconstruir las tiendas del color del viento y del sol. El callejón resonó con la esperanza que lo invadía si lograba vender alguna cosa.

—¡Neeeebellapiezadehombre, cómprateuntapete!

—Pregunta si quieres comprarle un tapete —tradujo Borstril.

Rankstrail sacudió la cabeza.

Las que resonaron entonces en ese momento fueron la desolación y la rabia.

—Esputatusangre, enelalmadelosquetienesmuertos.

—Son maldiciones —explicó Borstril—, te ha augurado esputar sangre y ha hecho comentarios sobre tus antepasados, pero no te enojas, te lo ruego, no es malo. Solo está desesperado porque no tiene dinero.

—Puedo comprenderlo —repuso secamente el Capitán.

Luego la tristeza de repente pasó.

Volvió a pensar en las vacas y en las tortitas de berenjena.

Rompió a reír.

Abrazó a Borstril.

—Es un honor tenerte como hermano —le dijo, y lo vio sonreír feliz.

Pensó que había descubierto un concepto fundamental: el saber que alguien tiene en alta estima nuestra existencia puede ser máspreciado que una tostada de sésamo y miel. Se prometió que lo recordaría cuando tuviera que vérselas con sus hombres y finalmente se puso en camino.

* * *

Rankstrail no tenía el arco consigo, pero su vieja honda bastó. Los garzones se levantaron a su paso. Derribó dos a muy poca distancia de los guardabosques y se divirtió evitándolos. Vendió uno de los garzones en las puertas de Daligar por seis

sueldos, tres de las cuales se transformaron de inmediato en habas y pan. El otro lo compartió con Lisentrail. El garzón y los tres sueldos de pan eran una fortuna: a los Mercenarios no les habían preparado nada. De hecho, nadie se acordaba de ellos. La negligencia con la que él y los demás Mercenarios habían sido acogidos era incluso superior a la normal y eso que la normal estaba justo en el límite de la supervivencia. Esto quería decir que o se las arreglaban solos o morirían de hambre ante la indiferencia general.

Rankstrail y Lisentrail organizaron su asado fuera del establo, en un fogón de piedra improvisado.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail admirado y contento—, tu pedazo de espada parece hecho a propósito para hacer un espetón. Está partido a un palmo de la empuñadura, al sesgo, de modo que es fácil ensartar el asado y además queda bien firme. Es una ventaja incluso contra los Orcos: apenas saques una espada de una cuarta de largo, estos se reventarán de la risa solos y no tendremos que tomarnos la molestia de matarlos.

El Capitán refunfuñó cualquier cosa ininteligible como respuesta.

El aroma del garzón que se doraba se esparció y en vez de la previsible fila de mendigos y limosneros, frente al Capitán apareció media docena de caballeros e infantes, los primeros con insignias carmesí, los segundos, más modestamente, blancas. Eran hombres jóvenes: no llevaban corazas, pero las cotas de malla sutil y los jubones de terciopelo con cuellos recamados en oro daban fe de que eran miembros del círculo más aristocrático de la armada de Daligar. Rankstrail, en cuclillas frente a su asado, se puso de pie.

El que parecía un poco mayor que los otros tomó la palabra. Habló de una forma curiosa, lenta y espaciada, como si hablara con niños muy pequeños o medio tontos; le preguntó si él era el Capitán y si era cierto que sabía leer.

—¿Por qué? —preguntó el Capitán, perplejo—. ¿Necesitan un escribano?

No era un escribano lo que necesitaban. Finalmente, hablando con timidez, a pedazos y bocados y siempre fuerte, lento y claro como se les habla a los deficientes mentales, lograron explicarse. Ellos eran la guardia de honor de Aurora, la Princesita de Daligar, la hija del Juez Administrador. Ella siempre tenía que estar custodiada por un soldado y ellos hacían turnos alternos de medio día cada uno. En general competían por estar siempre presentes, pero ahora la necesidad primordial era la de presenciar la ceremonia que se estaba preparando y necesitaban un reemplazo.

—Mañana —dijo el primero que tomó la palabra—, será el vigésimo aniversario de la ascensión al cargo de nuestro maravilloso y amado Juez Administrador, padre verdadero de nuestra tierra.

—Además de lo ya expuesto —añadió el segundo—, coincide con el medio siglo de existencia en el mundo de nuestro bienamado caudillo.

—Como si todavía no fuera suficiente —continuó el tercero—, en las celebraciones se demostrará toda nuestra gratitud por quien ha sacrificado toda su vida por esta tierra que también es la nuestra...

Por fin el Capitán comprendió el por qué de la negligencia con la que habían sido acogidos, superior aun a la habitual. Para esa fecha histórica se habían previsto celebraciones indescriptibles e inenarrables que habrían trascendido la quisquilla de lo cotidiano, inclusive la de ocuparse de las Tierras de los Confines y tomarse la molestia de mandar a alguien allí, si no a expulsar a los Orcos, por lo menos a intentar obstaculizarlos. Recordar alojar con decencia y nutrir a aquellos que debían ir a combatir a los Orcos también parecía una necesidad insignificante si se parangonaba con la urgencia de la decoración de los balcones y la preparación de una cantidad adecuada de tortitas de manzana. Los festejos y las celebraciones previstas eran tan grandiosas que ni una sola de las familias de los notables o de la aristocracia quería ser excluida.

—¿Entiendes?, sería impensable no estar presente.

—Inconcebible.

—Imperdonable.

—Para no hablar del hecho —agregó el cuarto caballero, que por primera vez osaba abrir la boca— de que no hay una sola familia, incluso las nuestras, que no tengan al menos un allegado que esté o haya estado en los sótanos, en el patíbulo, en la picota, y tú entiendes... No es que no hubiera sido justo meterlos donde los metieron... es decir, somos nosotros quienes nos excusamos con el Juez por haber tenido que sacar arrastrados a esos que... no es que no fueran culpables... estar ausentes mañana...

—A veces ha sido suficiente con menos —susurró uno de los dos infantes, casi en un susurro—, con menos que faltar a una ceremonia. Mi padre no asistió porque había sido herido mientras combatía por él... y lo mismo... lo han... —el muchacho se interrumpió bruscamente, fulminado por la mirada de los caballeros que, sin embargo, no lograron callar al compañero.

—La ceremonia de mañana es una necesidad absoluta, ¿entiendes? Si no encontramos a alguien que nos sustituya, me tocará a mí, que soy el más joven, desertar la ceremonia. Es peligroso. El Juez no olvida jamás una ausencia, mientras las causas de las ausencias se pierden en su memoria... A veces ha sido suficiente con menos.

El joven infante se interrumpió, miró con sufrimiento a Rankstrail y prorrumpió:

—Pero, más importante aún, si nosotros no estamos alrededor de él mañana, ¿cómo podrá saber cuánto lo amamos? Sobre todo yo, que pertenezco a una familia que le ha dado al Juez el dolor de tener que castigarla con el exterminio, ¿cómo podría ausentarme?

Los otros miembros de la comitiva, escandalizados por la primera parte del discurso, se unieron con entusiasmo al final, aprobando con ojos centelleantes.

Rankstrail se dio cuenta de que aquellos hombres no eran solo una mezcla de miedo, oportunismo y adulación que se que crecían por turnos para defender a un amo infame: amaban a ese amo. La locura del Juez Administrador se confundía cada vez más con la normalidad; la constante repetición de las mentiras se confundía cada vez más con la verdad. Era evidente que cada año que pasaba la crueldad más abyecta era tomada como amor por la justicia. Un hombre había sido ajusticiado porque las heridas de guerra le habían impedido ir a inclinarse en alguna ceremonia oficial y ni siquiera su hijo se indignaba. No era solo por miedo que ninguno quería ausentarse. No era solo por adularlo que todos querían estar allí. Una vez, en uno de los pocos momentos en los que había estado casi lúcido, el Escribano Loco le había hablado de la ambigua fascinación con la que se cubría la crueldad cuando la esperanza o el coraje de combatirla sucumbían: le había explicado que entonces el deshonor de la aquiescencia y de la ley del silencio se convierten en la indecencia del consenso. Era una de las tantas frases que Rankstrail había considerado atiborrada de palabras difíciles y carentes de cualquier significado posible: frente a estos jóvenes aristócratas finalmente la comprendió.

Querían estar allí porque lo amaban.

Rankstrail, junto al asado de garzón, seguía mirando incrédulo a estos jóvenes que normalmente ni habrían girado la cabeza para mirarlo así hubiera muerto frente a ellos y que, con tal de obtener su benevolencia y siempre hablando como si se estuvieran dirigiendo a niños pequeños o a deficientes mentales, le estaban confesando los más sórdidos secretos de sus familias, las más indecentes bellaquerías, los más miserables servilismos.

El discurso volvió a empezar. Los caballeros e infantes, con la duda de haber sido comprendidos, le explicaron desde el principio que como ninguno podía faltar, necesitaban a alguien que los reemplazara en la guardia de la Princesa. Habían oído decir que el joven Capitán de la infantería ligera, claro, dentro de los límites de un Mercenario, podía también parecer una persona de bien si uno no se acercaba demasiado para mirarlo. Sabía leer y escribir, no escupía en el suelo y no se rascaba en público como un perro. Ellos lo lavarían como es debido, le organizarían el cabello de oso y la barba de ogro, le pondrían encima una coraza de caballero y nunca nadie se daría cuenta de nada. La Princesa Aurora era... cómo decirlo...

—Es una niña maravillosa siempre... ejem... perdida en sus sueños...

—En sus fantasías.

—Siempre está dentro de su mundo de chiquilla...

Rankstrail se acordó de que siempre había oído contar que la Princesa de Daligar era tonta o loca como la madre, que no comía nada que hubiera estado vivo y que

jamás salía a la calle.

—Lo único que hace la pequeña dama es mecerse en un columpio.

—Lo único que tú debes hacer es quedarte en un rincón del jardín, sin hacerte notar y sin moverte, silencioso e inmóvil: una estatua. Tendrás el altísimo honor de estar en presencia de la hija del Juez Administrador. Podrás contárselo a tus padres, si es que eres hijo de alguien. A tus nietos. Nosotros no conocemos el tema, pero nos parece que los Mercenarios no pueden tener esposa; pero si ninguno te mata, tarde o temprano puedes dejar de ser Mercenario. Si durante el servicio de guardia hablas o te mueves, nosotros te haremos despellejar con azotes y te quitaremos el mando del pelotón de infantería. Pero lo decimos por decir. Sin duda, no eres así de estúpido.

Las últimas recomendaciones fueron sobre su nombre. Entre todos los temas posibles sobre el cual no debía sostener una conversación, su nombre era el más vedado. En términos más explícitos: si abría la boca lo azotarían, pero si osaba confesar su nombre que por no pertenecer a ninguna genealogía conocida automáticamente lo marcaba como Mercenario, lo harían despellejar. ¿Le quedaba todo claro?

En condiciones normales Rankstrail los habría echado, así fuera con la exquisita cortesía que él, un Mercenario, les debía a ellos, vástagos de la aristocracia. Pocas cosas podían importarle menos que el honor de pasar un día siendo la niñera de la hija del Juez Administrador, que al parecer tenía fama de ser medio tonta, mientras que el padre tenía fama de ser alguien que podía colgar a una persona de los pies en los calabozos por estornudar del lado equivocado y dejarla allí hasta que cambiara la estación. Por lo tanto era aconsejable, hasta donde se podía, mantenerse alejado y no tener nada que ver con esto.

El hecho era que él no estaba en condiciones normales. Por consiguiente, les informó a sus nobles interlocutores lo mucho que le interesaba la oferta con la condición de que le dieran a cambio y de inmediato, además de la gratitud imperecedera que le acababan de jurar, una de sus espadas.

El acuerdo se concluyó con rapidez. El más joven de los infantes acababa de recibir como regalo el arma de la mayoría de edad y le cedió a Rankstrail la del adiestramiento, un poco corta y liviana para el Capitán, pero de todos modos de buen acero y sin garabatos.

Finalmente se fueron y finalmente el garzón estaba cocinado.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail hablando despacio como se les habla a los niños tontos—, ¿me puedo quedar con el espetón ahora que cuentas con algo mejor para hacer la guerra? ¿Te puedo acompañar también a ser la niñera de la Princesa? Ahora que no vas a hacer más la guerra con un espetón, les hablamos a los Orcos de tu tarea como niñera y así ellos se revientan de la risa y se mueren por sí mismos.

Capítulo 11

Hacía calor ese día. Aurora iba a pasar toda la jornada en el jardín del palacio de su padre, Rankstrail estaba tieso como un palo a la sombra de un sauce, parcialmente oculto por las ramas que caían.

Tenía una armadura de acero brillante con un complicado dibujo plateado, el yelmo con el gorjal que le cubría la cabeza por completo y la orden categórica de no moverse, no hablar, limitarse a respirar y eso también tenía que hacerlo con suavidad. De otro lado, la coraza no le quedaba a la medida o era él el que no estaba acostumbrado; el hecho de respirar de manera realmente suave era lo máximo que podía hacer.

Rankstrail había soñado toda la vida con tener una armadura de acero de verdad y ahora que la tenía no veía la hora de quitársela. Por fin entendió por qué mandaban a los Mercenarios a detener a los Orcos y a los Saqueadores: toda esa chatarra encima hubiera sido arduo enfrentarse a cualquier criatura que fuera más belicosa que una mariquita, eso último también era insoportable: sin duda detendría las flechas, pero lo único que se podía hacer con esa especie de olla sobre el cráneo era jugar a ser una linda diana.

El jardín estaba hermoso, lleno de flores del verano tardía; las glicinias eran enormes, tenían algo exuberante, un perfume que aturdía. El palacio del Juez era una construcción grande, extraña y asimétrica, sin columnas ni arcos, con pocas ventanas y ningún tipo de friso.

La hija del Juez Administrador debía ser menor que su hermana Flama. Podía tener más o menos diez años.

La niña llevaba puesto un vestido de brocado plateado y blanco recubierto por una túnica de terciopelo carmesí, los colores de Daligar, que se repetían también en los zapatos de seda amarrados con cordones de plata. No llevaba nada encima que pudiera mancharse, ensuciarse o arrugarse: quizá era por esto que se sentaba rígida e inmóvil como una estatua de piedra. Era muy bella, tenía el cabello claro recogido en trenzas complicadas y diminutas que una tupida red de perlas y plata fijaba alrededor del rostro perfecto, iluminado por unos ojos grandes de un profundo color verde agua, oscuro como el mar de invierno.

Rankstrail pensó en las trenzas de Flama: era él quien se las hacía cada mañana después de que su madre había muerto y antes de que ella tuviera edad suficiente para arreglárselas sola. A su hermana solo había que hacerle dos trenzas a los lados; luego se las enrollaba alrededor de la cabeza y las fijaba con una cinta de algodón. Aun así, se necesitaba un montón de tiempo y Flama, inquieta, se movía por todas partes para escapar. Rankstrail se preguntó cuánto tiempo se requeriría cada mañana para enrollar todos esos mechones, para recogerlos en la red de plata y perlas, cuánta quietud y

cuánto aburrimiento serían necesarios, y todo esto le pareció insensato.

En torno a la niña había un número de cortesanos que Rankstrail no pudo contar con exactitud, pero entre damas, caballeros, criados, damas de compañía y pajes, eran por lo menos cincuenta. Todos se sentían en la obligación de saludarla y ni uno de ellos se ahorró los extensos elogios a la gracia, a la belleza, a la diáfana transparencia del cutis, al esplendor de los ojos o a la finura del cabello de la niña; incluso alguien hasta mencionó la gracia del recamado del calzado. Aurora estaba rígida e inmóvil y les agradecía con un ligero gesto de la cabeza.

Rankstrail pensó que también un cumplido, multiplicado al infinito, se convierte en una persecución. Quizá por ello los ojos de la niña no siempre se podían quedar fijos sobre el rostro del interlocutor, sino que se perdían en la nada.

Por fin llegó la hora de la ceremonia y todos se precipitaron fuera. Los pesados portones de madera taraceada con tachones de plata maciza se abrieron y el enjambre se trasladó al exterior del gran muro, bajo el sol que inundaba la calle. Había una banda nutrida de niños de diversos tamaños que jugaban un juego complicado hecho con una pelota de retazos cosidos. Al abrir el portón los gritos de los pequeños mendigos se multiplicaron, se les sumaron súplicas fantasiosas de caridad, burlas e insultos igualmente fantasiosos en represalia por la limosna negada y al final las carreras para evitar las patadas y los golpes.

A través del portón abierto, Aurora veía a los niños de afuera. Sus ojos se animaron y solo entonces Rankstrail se percató de cuán vacía y taciturna, triste y perdida en la nada, como un profundo estanque sin vida, era su mirada normalmente. Cuando el portón se cerró, Aurora se quedó mirándolo como una lechuza desolada, con los ojos fijos en el punto donde el sol de la calle y los gritos habían inundado por un instante el jardín; luego, de nuevo, siempre inmóvil dentro de la ropa de terciopelo y brocados, dejó que su mirada se perdiera en la nada y se quedó allí como una estatua olvidada.

Esto le pareció intolerable a Rankstrail.

Siempre había estado entre niños: había levantado por los aires a su hermana Flama y a los otros chiquillos del Anillo Externo, hijos de padres lejanos y madres desaparecidas que, al no tener a nadie más a quién apegarse, se apegaban a él.

Le habían dado la consigna inquebrantable de la inmovilidad y del silencio, pero quedarse quieto y callado frente a un niño que tenía en los ojos ese vacío le pareció tan grave como no hacer nada frente a alguien que se estaba ahogando.

Pensó que ya conocía los azotes y sabía que no mataban y que el rango de Capitán no se lo podían quitar porque jamás se lo habían dado.

Se movió de la sombra del sauce, se quitó el yelmo y se atrevió a dirigirle la palabra a la niña.

—Ey, su Excelencia —comenzó dudoso. Quizá un simple Señora habría sido

suficiente en vista de la edad, pero no estaba seguro—. Perdone usted, su Gracia, bueno, excuse, no quiero molestarla, pero estaba pensando... eso es... ¿le gustaría un arco? Sabe, para tirar flechas... Yo también le hice uno a mi hermana; ella es un poco mayor que usted. Cuando se lo hice, hace algunos años, estaba más o menos así de grande como usted ahora y se divirtió mucho con ese arco. Así no tendría solo el columpio para jugar, sino dos cosas, que son mejor que una sola. Si usted quiere, le hago uno a usted también y se lo enseño a usar.

Aurora giró hacia él su mirada silenciosa. Lo miró largo rato, mientras el estanque profundo de sus ojos verdes se animaba. Luego asintió.

La elaboración del arco y de las flechas se llevó una buena parte de la mañana. Para el arco, Rankstrail usó una rama de fresno. La talló para hacerla simétrica y darle la forma apropiada con el puñal que cargaba al cinto, el regalo del jefe de la aldea de Scannuruzzu al término de su primera negociación. Como cuerda usó el cordón de cuero trenzado con el que transformaba la flauta en una honda. Ese cordón le recordaba su historia y su familia, era importante para él, pero como no había ningún otro, ante el desesperado vacío del tiempo de la niña decidió sacrificarlo; ya encontraría otro para la honda. Después de que el cordón se transformó en la cuerda del pequeño arco curvado de fresno, pasó a las flechas, dos en total, con ramitas de nogal. Para darles peso en la punta Rankstrail sacrificó dos tercios de sus haberes, es decir, las recubrió con dos de las tres moneditas de cobre de un sueldo, sutilísimas y muy maleables, en forma de cono; pero antes se las mostró a la niña, que estaba muy interesada y que también escuchó todas las explicaciones sobre el dinero, el valor de las cosas, las cuentas que es necesario hacer cuando se tiene que comprar una cosa, como un caballo o los remedios de la botica, si alguien que uno ama está enfermo y no se cuenta con dinero suficiente.

Rankstrail balanceó la parte posterior de la flecha con unas plumas de tórtola que encontró en un nido.

Para llegar a este fue necesario subirse al mismo nogal que había proporcionado las ramas de abajo para hacer las flechas. El joven Capitán, que con su acostumbrada cota de cuero y placas metálicas hubiera podido escalar hasta el palo de la cucaña, se quitó la insoportable y radiante coraza de la caballería pesada mientras deseaba para sus adentros que el castigo por no llevarla puesta no pasara de ser una azotaina.

Mientras fabricaba todo lo necesario, Rankstrail nunca dejó de hablar. Le describió a Aurora la ciudad de Varil, los garzones, los charcos, los arrozales, las grandes extensiones de almendros que la rodeaban, la colina de los naranjos y los olivos. Rankstrail había sido siempre un hombre de pocas palabras: jamás habría imaginado pasar una mañana contándole a una niña con hilos de plata pura en el vestido de terciopelo y brocados que él y sus hermanos habían aprendido a remendar la ropa con plumas que robaban de los nidos.

El hecho era que incluso él, que había visto niños escarbar en el fango para disputarse los corazones de las coles con las ratas de las alcantarillas; él, que había visto niños con la guerra en los ojos; él, que había ayudado a enterrar a los que nunca más podrían ver una; él, que había tenido que ver a su madre morir de tos; él, que había aprendido antes de hablar cómo hacer durar una corteza de pan todo un día; incluso él, se había sentido petrificado frente a la tristeza, el vacío y la nada que habitaban el verde de aquellos ojos.

Le describió el Anillo Externo y los que allí vivían, los Saqueadores Negros, las vacas, el Prestamista, Scannuruzzu, la Roca Alta, el altiplano del Castañar alto y magnífico en cuya cima la hierba estaba hermosa como nunca antes y el agua corría limpia como en el jardín de los Dioses. Le habló del altiplano de los Pozos y le explicó que era una tierra áspera pero también dulce como solo podía serlo la tierra de la leche y de la miel; sería un lugar mágico para morir. Aurora lo escuchaba en un silencio religioso, sin perderse una palabra, con los ojos fijos en él. Y bajo aquella mirada que se animaba con su voz y resplandecía de inteligencia y de vida, Rankstrail había hablado de todo, con tal de no dejar de hablar.

Inclusive le había contado cómo, cuando era un niño, había aprendido por sí solo a usar el arco en los pantanos; y cómo los grandes garzones grises y las pequeñas garzas blancas habían llegado a enriquecer los caracoles y las ranas en el fogón de su casa. Le explicó que tenía que ir a los pantanos de noche: la cacería estaba reservada solo para los ciudadanos de la Ciudad Vieja; y le contó cómo había aprendido a localizar a los guardabosques por el vuelo de los garzones.

—... Sabe Señora, el movimiento de los garzones en la oscuridad de la noche se adivina por el escándalo que hacen las ranas cuando acaban en el pico de estos, un croar desesperado. Entre otras cosas, las ranas en verano hacen un estruendo como para reventar los oídos, despertarían un muerto, con su permiso, Señora, perdone la expresión. Cuando no se atrapa nada, siempre están las ranas. El caldo de rana es una finura, sabe, Señora, es tan bueno como el de pollo; ese sí que despertaría un muerto, pero de verdad. Doña Sabiria, nuestra vecina, solía contar que una vez, al parecer, su padre se estaba muriendo. Ella le preparó un caldo de rana con pimiento tan rico que él se alivió, se paró de la cama y salió a la calle a bailar y solo murió casi diez años después. Por ello en verano Varil es un lugar bello. Basta con tener pimientos y hay ranas disponibles para todos. El desastre es el invierno, sabe. En invierno no hay ranas para comer y para cazar garzones hay que quedarse quieto en los arrozales noche tras noche, en silencio, hasta que un búho te guíe al nido, si es que esto sucede; hay noches en que no sucede. Aun así, sin embargo, hay noches en que es muy hermoso. Cuando regresaba con algo había fiesta, no solo en mi casa, sino en toda la calle... Déjeme ver qué tan alta es usted: quizá debo recortarlo un poco, pero no

tanto; así le sirve también después cuando crezca. ¿Qué piensa, así o más corto?

La niña lo pensó un buen rato, luego meneó la cabeza con un gesto vago. Rankstrail se preguntó si acaso era muda.

Al terminar el arco, Rankstrail sacrificó un pedazo de la manga de su túnica de un indefinido color marrón y lo envolvió sobre el antebrazo izquierdo de la niña para protegerlo del contragolpe de la cuerda cuando esta se levanta como un latigazo. Por último, le mostró a Aurora cómo debía sostener el arco, y luego, parado detrás de ella, se lo acomodó entre las manos.

Fue inevitable rozar a la niña que tembló ligeramente como las alas de un gorrión cuando se sostiene entre las manos. Rankstrail, cuya infancia había trascendido enseñándole a su hermana a dar golpes y que nunca se había ido a la cama sin el abrazo del padre y de la madre, sospechó que ella, encerrada dentro de su preciosísima ropa intocable, nunca recibía una caricia.

Se apartó. No quería hacer algo a lo que ella no estuviera acostumbrada, temía asustarla. Le mostró cómo sostener el arco, y le dio las instrucciones habituales para los principiantes.

—Verá, Señora, para decidir cuál ojo es el de la mira se hace lo siguiente: observe algo, observe esa amapola, obsérvela fijamente. Ahora con la mano cúbrase un ojo y, luego el otro. Cuando cierra el ojo que no sirve para apuntar, lo que ve no cambia; pero si cambia entonces el ojo que apunta es el otro... Muy bien, ¿el izquierdo es el bueno? Está bien, ahora esté atenta: tiene que alinear la vista y la flecha en dirección al blanco.

Los primeros tiros de Aurora cayeron en la nada. Evidentemente, al contrario de Flama, Aurora no solo nunca había tenido una honda, sino que jamás había jugado a algo. No lograba tener el arco en la mano con la energía suficiente. No jalaba la cuerda lo suficiente para darle a la flecha una dirección. No tenía la menor idea de cómo apuntarle a algo.

Rankstrail le explicó otra vez y en detalle cómo se hace la alineación entre la flecha y la mirada y le aconsejó halar más el arco. Al fin, después de una larguísima serie de tiros errados y un atentado involuntario contra un viejo gato que escapó con un maullido indignado, el jovencísimo soldado, entre exasperado y divertido, dijo:

—Al parecer los Elfos dicen que es necesario lanzar con los ojos del espíritu y pensar que se es la flecha, pero honestamente nunca he comprendido lo que eso significa.

La niña se dio vuelta y lo miró fijamente con sus profundos ojos verdes.

—Los Elfos dicen que es necesario lanzar con los ojos del espíritu y pensar que se es la flecha —repitió casi silabeando.

Era la primera vez que Rankstrail le oía la voz.

El siguiente tiro de Aurora y los siguientes, que fueron muchos, tuvieron una

precisión absoluta. La niña era capaz de acertarle a un solo tallo de hierba a una distancia de treinta pies, a la corola de una amapola a una distancia de sesenta. Calculaba la dirección de la flecha y la fuerza para lanzarla sin equivocarse ni por una pulgada. Era una arquera innata. La felicidad chispeó en sus ojos como un rayo de luna en el cielo matutino. Rankstrail pensó que sería emocionante para ella aprender a cazar.

Por el rabillo del ojo vio un movimiento entre los helechos y se lo señaló a la niña. Los helechos dejaron de moverse bruscamente: ¡le había dado a un conejo! Rankstrail no cabía en sí de la alegría y se echó a reír. Aurora palideció. Se lanzó sobre el conejo herido y lo vio morir con los ojos desesperados, llenos de lágrimas. Rankstrail deseó con toda el alma que los Infiernos existieran y que se abrieran para recibirlo. Y eso que había oído los rumores que circulaban sobre la hija del Juez Administrador, que era estúpida, que siempre estaba triste, que era loca como la madre y que se negaba a comer cualquier cosa que hubiera estado viva: era obvio que alguno tenía que ser verdad.

Aurora le pidió a Rankstrail que recogiera el animalito en lugar de ella porque no podía agacharse sin ensuciar de fango el borde del vestido de brocado, ni lo podía cargar sin manchar de sangre la túnica de terciopelo. Rankstrail obedeció y mientras tenía el animal muerto entre sus enormes manos, Aurora le acarició el pelaje con un movimiento suave. En ese momento, cuando las lágrimas anegaban los ojos de la niña, el Capitán pensó que incluso ese dolor era mejor que el vacío, que incluso ese sufrimiento era mejor que nada. Y entonces le habló del hambre. De cómo el hambre destruye el cuerpo que después se enferma de la tos que no se cura y lastima el espíritu que se encierra en sí mismo. De cómo los niños con hambre se tullen y a veces se vuelven estúpidos y de cómo el alma se esteriliza, se empobrece, se vuelve innoble y mezquina.

El hambre mata la generosidad, hace tambalear el coraje.

—Señora mía, escúcheme. La muerte no es la negación de la vida, sino la otra cara de una misma moneda. Mire —agregó mientras sacaba del bolsillo su tercera y última monedita—, todos mueren para hacerles sitio a los hijos. También nosotros moriremos y les haremos sitio a los hijos que tengamos, y nos alegraremos de hacerlo, porque el honor de tener un hijo es superior al miedo a la muerte. Sin la muerte, la vida sería una secuencia inútil de días insensatos. La muerte de unos es la vida de otros. El búho se come el ratoncito y el garzón se come las ranas y si no lo hicieran, habría muchísimas ratas y ranas que no tendrían nada para comer y que morirían todas a la vez y los cadáveres de estas, llenos de gusanos, harían que el mundo apestara. Mire, tenga —le dijo al final entregándole la monedita, el último de sus bienes—, así recordará lo que le dije y quizá me perdonará por haberla hecho matar al conejito.

La niña se quedó mirándolo durante un rato y luego asintió.

—Le ruego, Señor, quédese usted con el animalito y entrégueselo de parte mía a alguien que tenga hambre y no pueda saciarla. Un niño, si es posible. Le agradecería mucho esa gentileza, y le pido que me perdone la molestia que esto le ocasionará. Señor, perdone mi atrevimiento: ¿usted alguna vez ha matado?

Rankstrail comprendió que ya no estaban hablando de conejos y garzones. Le respondió, con honestidad: había matado a los Saqueadores Negros de la banda que había asaltado y destruido una granja a la orilla de un pequeño lago y que habían estado a punto de quemar vivos a sus compañeros, y también había matado a otros hombres que se lo habían merecido.

—¿Nunca lo haría sino para salvar una vida, ya fuera la suya o la de otros? ¿Y nunca olvidará esto? —se aseguró Aurora.

Rankstrail no entendió si era una constatación, una súplica o la solicitud de una promesa. Jamás en su vida había pensado en los hombres que había matado. Recordó cuando Trakrail le pidió que hicieran prisioneros a los enemigos y de nuevo la propuesta le pareció insensata. Sintió una vaga sensación de desasosiego, como cuando su madre lo pescaba peleando en el fango después de que le había ordenado muchísimas veces que no lo hiciera.

Asintió.

Prometió.

No lo haría sino para salvar la propia vida o la de otros y lo guardaría en la memoria.

—Se lo prometo, Señora. Más bien, se lo juro. Ahora que lo pienso es la primera vez en mi vida que le juro algo a alguien —dijo Rankstrail metiendo el conejo en la alforja—. Pero prométame usted que si alguna vez necesita defender su vida o la de las personas que ama, luchará y luchará para vencer. Ahora, si está de acuerdo, Señora, como lo hice antes con mi hermana Flama, le enseñaré a usar la espada. Así si necesita combatir por su vida o la de otros, podrá hacerlo.

Aurora asintió.

Fue más fácil conseguir dos pedazos de caña que hacer el arco. Aurora se había llevado este para esconderlo con esmero debajo de las tejas del depósito de leña, bien protegido de la lluvia, invisible a cualquier mirada e inalcanzable a cualquier búsqueda. Entre las tejas, también había una pelotita de tela cuidadosamente escondida.

—Esa también es una violación a las reglas. ¿Ve eso? —explicó con brusquedad; para responder a la perplejidad de Rankstrail, señaló con rencor el lujoso columpio con incrustaciones de plata y cristal que sobresalía en el centro del jardín, colgado de las ramas del castaño de Indias—. Es mi obligación pasar los días sobre este, para parecerme lo máximo posible a las imágenes de las antiguas princesas de los libros de

mi padre, y no se considera sabio que yo tenga otros pasatiempos.

Rankstrail le explicó los rudimentos de la guardia y de las paradas; le describió las espadas más comunes: simétricas, asimétricas, derechas, curvadas, con empuñadura para una o dos manos. Antes de comenzar, Aurora preguntó si también los Elfos habían dicho algo sobre las espadas y Rankstrail tuvo que pensarlo.

—Dicen que para esquivar un golpe es necesario mirar el movimiento de los ojos del adversario porque cada quien mira por instinto hacia el lugar donde va a asestar el golpe, lo cual es lógico; y que para atacar es necesario pensar que se es la espada, y no sé lo que esto significa —explicó.

Hicieron algunas pruebas y Rankstrail les agradeció a los Infiernos que las espadas fueran dos pedazos de caña porque de otro modo se hubiera ganado una media docena de tajos por no responder a estos con precisión ni una sola vez. La niña, a pesar de que la jaula de sus suntuosos vestidos la obstaculizaba, tenía unas dotes increíbles y sobre todo, reía de tal manera con los ojos que Rankstrail le perdonó su habilidad. El amor propio del joven soldado, superado en el tiro al arco y vencido con la espada, estaba un poco magullado, pero el entusiasmo en los ojos de Aurora era tan grande que con tal de verla reír estaba dispuesto a dejarse vencer en cualquier competencia, inclusive en la de trepar o en la de hacer rebotar una piedra plana en el estanque.

—Señora —le dijo riendo—, espero no tenerla nunca como adversario.

La niña se puso seria. Lo miró fijamente con sus ojos verdes que ahora chispeaban con vida.

—No creo, Señor —le respondió—, que usted y yo podamos ser adversarios jamás.

Rankstrail respondió con una reverencia.

Capítulo 12

El sol estaba en lo más alto y era la hora del almuerzo. Rankstrail tenía hambre. En la alforja tenía un pedazo de pan negro y habas y, como ahora había trasferido sus tres sueldos entre los bienes de Aurora, tenía que calcular pronto cuánto consumiría para no correr el riesgo de quedarse sin nada para el día siguiente.

Volvió a ponerse el yelmo y la coraza para evitar ser visto y observó con curiosidad los preparativos del almuerzo de Aurora. Dos criados muy indiferentes y jadeantes llegaron de prisa para preparar la mesa. Extendieron un mantel en el que los encajes y los bordados se alternaban y parecían un jardín florecido bajo la nieve. Acomodaron cinco cuchillitos de plata, de lado, a la derecha del plato que era de cristal como los vasos, mientras que a la izquierda acomodaron cinco tenedores, también de plata, en orden decreciente. Rankstrail había aprendido a usar la cuchara en la casa del Prestamista; sin embargo, allí podía coger los pedazos de pan y de carne con las manos. Aurora le susurró a Rankstrail que normalmente los criados encargados del almuerzo eran veintiuno, pero era evidente que hoy todos estaban en la ceremonia, salvo estos dos.

Cuando finalmente todo estaba listo y Aurora se pudo sentar, los dos camareros comenzaron a servir los cinco platos previstos.

Sobre la mesa había dos enormes candelabros de oro de cuatro brazos que sostenían velas de verdad hechas con cera de verdad, blancas como la leche, que fueron encendidas a pesar de que el sol del mediodía estival resplandecía con toda su luz.

Los platos, que los dos criados presentaron debida y ampulosamente en toda su magnificencia, eran: un calabacín cortado en tajadas delgadísimas —cada una bañada, como fue indicado en forma muy detallada, con cuatro gotas de aceite perfumado—, apio en cubitos diminutos con salsa de albahaca, ensaladita de alcaparras con una aceituna entera, pétalo de rosa relleno con mezcla de maíz, fantasía de tres granos de uva con arándanos. Los arándanos también eran tres: uno por cada uva.

Aurora era lentísima: diseccionaba cada grano de uva, pelaba cada arándano y sometía cada tajadita de calabacín a dieciséis cortes antes de tragársela.

Cuando Aurora terminó y todo fue retirado, Rankstrail se acercó de nuevo. Estaba atónito e incrédulo. Aun considerando que fuera verdad el rumor popular según el cual la ironía de la mala suerte hace que los hijos de los ricos, con sus suntuosas vestiduras, coman poco menos que nada, mientras los hijos piojosos de los pobres nunca se llenan, era obvio que la comida de Aurora era escasa. A Flama esa comida no le hubiera alcanzado ni para media merienda.

—¿No hay más? —preguntó perplejo.

La niña meneó la cabeza.

—¿Ese era el almuerzo? —preguntó otra vez: a lo mejor, en aquel lugar, las comidas estaban organizadas de forma diferente y aquello era solo un bocadillo.

Aurora asintió.

—¿Qué te dieron para el desayuno? —siguió preguntando con obstinación.

—Se considera sabio que yo coma una sola vez al día, así mi digestión no se hace pesada —explicó juiciosamente la niña—. Hay también otro motivo: me han explicado muchas veces que de este modo los ojos parecen más grandes, y que es muy importante para una joven que estos sean lo más grandes posible —se sintió en la obligación de precisar.

Rankstrail le miró con atención las ojeras donde la piel parecía transparente y las manos donde los huesos se asomaban como los de un pájaro. La ropa lujosa y la riqueza del peinado ocultaban la delgadez; distraían la mirada, la engañaban para que no se detuviera en los pómulos o en las articulaciones entre las falanges. Rankstrail recordó con horror las alabanzas que Aurora había recibido por el color madreperla de su cutis y la gracia de sus miembros. Traducido al lenguaje ordinario quería decir más o menos pálido y demacrado, porque lo normal es que la gente sea rosada, no color madreperla, y que los miembros de una niña o de una mujer, contrario a los de las libélulas, zancudos y mantis religiosas, tengan algún peso. Se preguntó quién podía ser el imbécil criminal que había tenido la idea de hacerla pasar hambre. Le parecía además que un hambre sufrida con decencia cuando no hay nada en absoluto para comer es de una calidad superior y menos innoble que ese repugnante desmenuzar cáscaras de arándanos y tallos de albahaca con pétalos de rosa entre platos de cristal y candelabros de oro. Era evidente que la estaban matando de hambre: una crisálida reseca, enrollada en sus propios huesos, encerrada en vestidos de terciopelo y brocados de plata que nunca encontraría la fuerza para abrir las alas.

Rankstrail pensó que si le preguntaba si tenía hambre o si quería pan, seguramente lo negaría. Por lo tanto decidió pasar por alto los formalismos. Después de quitarse otra vez la maldita coraza y el yelmo sacó el pan de la alforja y lo dividió en dos partes desiguales y puso sin rodeos el pedazo más grande en la mano de Aurora.

Deseó que Aurora tuviera el buen juicio de no hablarle jamás a nadie sobre ese día porque, a estas alturas, ya no se las arreglaría con los latigazos.

Aurora miró largo rato el pan, luego lo miró largo rato a él y por último le agradeció con una reverencia. Rankstrail la vio comer hundiendo los dientes, poniendo atención para no desperdiciar ni una migaja, como hacen los pobres. Luego dividió de modo fraternal las habas. La niña se quedó mirándolas con curiosidad; era obvio que era la primera vez que las veía. Rankstrail se prometió que si alguna vez se topaba con el cocinero, le aconsejaría el pastel de habas, uno con fantasía de tallos de

perejil, para variar con algo nuevo la preparación del hambre de Aurora.

Cuando el pan y las habas se acabaron, Rankstrail acompañó a la niña al fondo del jardín donde había un pequeño estanque. Un garzón se levantó perezosamente cuando ellos llegaron y un par de patitos fueron a esconderse entre los matorrales de hierba y cañas que bordeaban el agua.

—¿Sabes hacer saltar una piedra? —preguntó.

Aurora sacudió la cabeza. Rankstrail buscó un guijarro plano y lo hizo dar botes sobre el agua. La primera vez fueron cuatro botes, la segunda tres y la tercera cinco. Aurora lo observó encantada. Se puso a buscar también un guijarro plano. Rankstrail trató de explicarle cómo debía agarrarlo para darle la dirección y la fuerza necesarias, pero ella lo interrumpió con una sonrisa.

—Lo entendí sola —dijo triunfante—. Es necesario pensar que se es el guijarro.

La piedrecilla dio quince botes, salpicando en la luz de la tarde quince coronas de gotas, que luego cayeron otra vez en una miríada de círculos concéntricos que se intersecaban y se ampliaban. Aurora se echó a reír, pero se interrumpió de inmediato al oír el sonido de su propia carcajada y echó un vistazo alrededor, preocupada, mientras se cubría la boca con las manos, como para borrar una falta de decoro imperdonable.

—¿Ve aquello? —preguntó Rankstrail señalando el estanque.

—Sí, Señor. Son renacuajos —repuso Aurora, juiciosa—. Cuando crecen su forma se modifica y se transforman en ranas.

—Sí, es verdad, pero no todas. Mire: hay centenares, quizá miles. Si todas se convierten en ranas, estaría sumergida en ellas desde las cocinas hasta el techo: no podría sentarse sino sobre una rana, no podría leer sin que una rana le saltara sobre el libro y tendría que pelear una dura batalla en las noches para que ellas desalojaran su lecho y usted pudiera acostarse.

Aurora se permitió por segunda vez estallar en risas, volvió a cubrirse la boca con las manos, pero sus ojos verdes brillaron como una luz en la sombra del sotobosque. Tras recobrar la compostura habitual aún conservaba el destello en la mirada.

Rankstrail se arrodilló en el suelo para mirar a la niña directamente a los ojos.

—Solo algunos de estos renacuajos se convertirán en una rana —explicó—. Los otros son alimento. Para los garzones, para los patos y para aquel que no tenga más. Mis hermanos y yo nos las arreglamos durante semanas comiendo caracoles y ranas. Entonces elija: o le enseño a comer conejo y le muestro cómo se despelleja y cómo se enciende el fuego para cocinarlo, o le enseño a atrapar renacuajos y a cocinarlos sobre una piedra al sol, sin necesidad de fuego; pero no me iré de aquí antes de que usted haya comido algo que le quite de la cara ese color de hueso de muerto.

El horror apareció en los ojos de Aurora. Sin embargo, ni siquiera en ese momento se perdieron en el vacío, sino que siguieron chispeantes y atentos.

—Señor, perdóneme si lo contradigo. No quiero que por voluntad mía mueran criaturas vivas.

—También usted está viva, y su vida vale más que la de los renacuajos. Necesita carne y sangre en los huesos y pronto. El que no come no es capaz de hacer nada, solo dejar que la vida resbale por encima de él hasta que llegue la muerte. El hambre es un abatimiento que vale más que la vida de un renacuajo y también que la de un conejo. El hambre es dolor, es un dolor mezquino, un dolor del que uno se avergüenza y cuando nos avergonzamos no tenemos ya dignidad ni coraje. Cuando tenemos hambre no podemos ni pensar.

Rankstrail no esperó el consentimiento de Aurora y con las enormes manos capturó una decena de renacuajos.

—Ahora los aplastaré para matarlos —le advirtió.

—¡No! —gritó la niña—. ¡No... se lo ruego, más bien el conejo! Ya está muerto.

—De acuerdo, Señora —aprobó Rankstrail, sonriendo.

Dejó ir a los renacuajos. Sacó el conejo de la alforja, lo desolló y para cocinarlo usó una hoguera que encendió con cañas, no sin antes mostrarle los pedernales a Aurora y explicarle cómo funcionaban. No trató de hacer un espetón sino que empleó el método de los cazadores furtivos: poner el conejo, o lo que haya, dentro de un hornillo de tierra y piedras y encender el fuego encima. Le explicó a Aurora que la cocción era mucho más lenta que a fuego vivo, pero que si alguien llegaba, bastaría con apagar el fuego y no quedaría nada a la vista ni ningún olor en el aire. Por suerte el conejo era pequeño y la cocción no tomaría mucho tiempo porque había aparecido una nube y el cielo había empezado a oscurecerse. Los ruidos de la fiesta llegaban atenuados: cantos, aplausos, laúdes y cornos. Si empezaba a llover, la fiesta se acabaría bruscamente.

—¿Permite que le formule una pregunta, Señor? —preguntó Aurora con seriedad.

Rankstrail asintió. Oír que lo llamaban «Señor» le daba una sensación incómoda y extraña; era la segunda vez que le sucedía, pero no se atrevía a decirle a la niña que lo llamara por el nombre.

—¿Puede explicarme qué es un dolor digno?

Rankstrail decidió acordarse de no hablar sin reflexionar cuando le decía las cosas a Aurora, porque corría el riesgo de pagar las consecuencias con preguntas que le daban sudores fríos y la sensación de estar en arena movediza.

—Un dolor que no da... es decir, que no quita... Quiero decir: es algo que duele, también un dolor mezquino duele, pero no te quita la decencia. Es como cuando se te muere la madre: te sientes mal como un perro, todo parece perdido y estúpido e inútil, pero... Cuando murió mamá me sentía muy mal, pero... sabía... eso es... que ella estaba orgullosa de mí y que yo estaba orgulloso de haberla tenido como madre... y no había vergüenza. Donde no hay vergüenza, hay un dolor digno.

Rankstrail enmudeció. Deseó que los Infiernos lo fulminaran. ¡No debía hablar de esto! La niña había quedado huérfana hacía poco.

—Cuando muere la madre es un dolor digno —repitió la niña como si estuviera aprendiendo una especie de lección, como si el concepto le sonara extraordinariamente raro—. ¿Podría saber, Señor, si no lo molesto, y si no soy indiscreta, cómo murió su madre?

No le había ido tan mal: esta era una pregunta fácil.

—Le dio la tos que no se cura, esa en la que se espata sangre. Llamamos al boticario y nos dijo que le diéramos una infusión de belladona y romero y además caldo de pollo. Vendimos todo lo que podíamos vender y yo cacé todo lo que podía cazar para hacer las infusiones de belladona y romero y el caldo de pollo, pero de todos modos ella no se curó —respondió Rankstrail.

La niña tenía una mirada con una extraña intensidad. Decir que pendía de los labios de Rankstrail era decir poco. No era simple interés. Era como si... si le sirviera la información sobre cómo suelen morir las madres.

—Perdone mi indiscreción, ¿cuando su madre murió qué hizo usted? —prosiguió la niña.

Rankstrail estaba cada vez más perplejo por el rumbo que había tomado la conversación.

—Bien... —comenzó incómodo— cuando murió todos lloramos...

—¿Usted lloró? —preguntó Aurora—. ¿Eso no se considera indecoroso?

—No —repuso Rankstrail, dudoso. Los hombres no debían llorar, y sin embargo, él había llorado, y su padre también. Y ahora que lo pensaba, si en el entierro de su madre alguien hubiera venido a burlarse de él porque lloraba, con gusto lo hubiera masacrado a bofetadas—. No —respondió con más decisión—, no lo es.

No imaginaba que hubiera querido recordar delante de alguien que alguna vez en la vida había llorado; sin embargo, cuando lo hizo, no le pareció tan terrible.

—Sí, también yo lloré —prosiguió—. Todos lloramos y no podíamos parar, y cuando nos sentíamos muy mal nos abrazábamos y llorábamos abrazados. Y mi padre esculpió la lápida con el nombre de mi madre. Yo le mostré las letras que debía poner y luego esculpió dos cisnes que eran mi madre y él, y además tres cisnes pequeños que éramos mis hermanitos y yo. A nosotros nos gustó.

Rankstrail resistió la tentación de especificar que era la primera y última vez en la vida que había llorado y por esto se detuvo. Era sin duda una conversación singular, pero, por alguna razón, fundamental para Aurora. Rankstrail tenía la sensación de que le estaba echando agua a una plantita agonizante.

El conejo casi estaba listo.

—¿De qué murió su madre? —preguntó Rankstrail en voz baja; no quería cometer una idiotez.

Fue una idiotez.

Los ojos de la niña se perdieron de nuevo en la nada. Fue como si la sombra de los Infiernos hubiera llegado al verde de su mirada y la hubiera despojado de cualquier rastro de vida. Comenzó también a temblar ligeramente.

Rankstrail ya debía haberse superado de nuevo en materia de imbecilidad. Se maldijo, pero era inútil desear que los Dioses lo sumergieran en las profundidades; de todos modos no sucedía. Se arrodilló otra vez y la miró hasta que la niña salió de la nada y volvió a empezar, así fuera con dificultad, a mirarlo. Lo miró a la cara y se calmó y el temblor desapareció. Se quedó pensativa por un momento.

—Creo que mi madre también tuvo una forma de tos, pero no creo que hayan llamado al boticario —se limitó a decir.

La información, además de oscura, era siniestra. No solo era evidente que a la niña le debieron haber prohibido llorar a la propia madre por ser un acto extraño e irresponsable, en general indecente, al igual que comer con las manos o, aun más sencillamente, comer. Aurora, con lo que callaba, le estaba diciendo que la muerte de su madre había sido deseada.

—¿Quiere contarme algo más sobre cómo sucedió? —preguntó con seriedad.

Rankstrail había aprendido a estar atento en los campos de batalla en medio de las emboscadas. Más bien, lo había aprendido ya desde niño cuando cazaba en las narices de los guardabosques. Sabía sentir el peligro, advertirlo como un olor o un movimiento en el ambiente.

Tuvo la misma percepción. Tuvo la intuición, vaga, pero perceptible, de que la niña estaba a punto de revelar un secreto tan innombrable que ponía en peligro su misma supervivencia: ya no era asunto de latigazos. Si alguien se diera cuenta de que él lo sabía, moriría.

—No —susurró Aurora, evasiva, después de haber sopesado la pregunta tanto tiempo que la falsedad de la respuesta fue evidente. Había alguna cosa que quería decir con desesperación, pero que no iba a decir. Era una niña valiente.

Los patos comenzaron a agitar las alas cuando el viejo gato pasó. Los follajes se animaron bajo el viento que se estaba levantando y de nuevo llegaron sonidos de laúdes y aplausos.

—El conejo está listo —dijo Rankstrail.

En ese momento comenzó a llover.

Capítulo 13

Se refugiaron bajo la marquesina de la caseta de las herramientas que evidentemente era más antigua que el resto de las edificaciones escuetas y cuadradas, ya que tenía una serie de columnas y de arcos que sostenían el techo y le daban una vaga semejanza con un bosquecito encantado.

Protegidos de la lluvia, se sentaron cómodamente sobre el basamento de las columnas.

Rankstrail estaba cortando el conejo. Extrajo de la alforja el salero, una cajita de cuerno que, junto con la yesca, constituían los bienes más preciados, propiedad irrenunciable, de cualquier soldado y de cualquier cazador digno de ese nombre. En la medida en que iba cortando los pedazos los salaba y los acomodaba sobre dos hojas grandes de helechos, que usaba a manera de platos.

—¿Permite que le haga otra pregunta, Señor? —preguntó Aurora.

—Claro, Señora —respondió Rankstrail deseando con desesperación que la pregunta se refiriera a la diferencia entre una ballesta y un arco o a la transformación de los renacuajos en ranas.

—¿Un dolor mezquino se da en una situación donde lo que nos duele es algo por lo que nos sentimos culpables, no es verdad? ¿Un dolor mezquino es algo que hemos causado aunque nunca fuera nuestra intención causarlo? Cuando no se ha hecho adrede y algo terrible pasó, ¿es eso, cierto?

—Quiere decir, cuando sin que sea intencional ensucia la ropa o se le sueltan las trenzas debajo de esa... cosa, sí, la cofia, eso que es... ¿Rompió el columpio? —dijo Rankstrail a la par que se estampaba en la cara la sonrisa benévola de adulto comprensivo para tranquilizar a la niña culpable de alguna insulsa travesura infantil —. ¡Esas cosas suceden!

—No, Señor, quiero decir cuando se es responsable de la muerte de alguien, cuando lo matan por culpa nuestra.

La sonrisa en la cara de Rankstrail se desplomó. De nuevo tuvo la sensación de encontrarse en la arena movediza. Pensó un buen rato antes de aventurar otra respuesta.

—Una vez en la Roca Alta le ordené a un soldado novato que saliera a patrullar. Estaba seguro de que no había ningún peligro. Lo capturaron y tuve que oír sus gritos mientras lo mataban. No fui yo el que tuve que y no es cierto que un soldado más experto se las hubiera arreglado mejor. Gracias a su muerte salvé al resto del pelotón, quince hombres, de una trampa segura. No obstante, todas las tardes antes de quedarme dormido vuelvo a escuchar esos gritos. Creo que este es un dolor mezquino. ¿Quién es la persona de cuya muerte se siente responsable, Señora?

—El jefe de Guardias —murmuró Aurora.

—¿Y cómo fue que le causó la muerte?

Aurora tragó varias veces, desesperada. Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas, pero no se perdieron en la nada.

—Su esposa vino a rendirme honores. Tenía una cadena de oro. No era ni siquiera particularmente bella, para ser sinceros, pero yo me di cuenta de cuán valiosa era para ella porque, sin percatarse de ello, la tocaba con mucha frecuencia. Entendí el gran valor que le daba y también lo importante que era para ella que yo lo notara, ¿comprende? Verá, Señor, en los gestos de aquella dama no solo había las ansias que suelen tener todas las damas que vienen a saludarme y que se relacionan con el deseo de que el atuendo que llevan puesto, que a menudo ha costado meses de trabajo y sacrificios, sea notado. Ella tenía un fuerte deseo de que yo notara la cadena. ¿Comprende? —preguntó Aurora.

—Por supuesto —mintió Rankstrail.

—De tal manera que le dije que la cadena era muy hermosa y ¡ella se puso tan feliz! Me contó que la cadena se la habían regalado sus padres el día de su matrimonio. Su esposo le había dado los dijes en forma de bellota, uno por cada hijo que habían tenido. Yo le repetí que me parecía magnífica, y era verdad, pero me parecía magnífica lucida por ella. Lucida por ella, ¿comprende? —preguntó Aurora y los ojos se le llenaron de horror y lágrimas y luego se perdieron de nuevo en la nada. Rankstrail osó incluso tocarla: la tomó del brazo y la sacudió, llamándola.

—Siga —le dijo en voz baja—. Llore si quiere, pero continúe.

Aurora escondió el rostro entre las manos y estalló en sollozos. El sonido tenue de su llanto se perdió en el de la lluvia que caía sin parar sobre el jardín en flor, dibujando infinidad de minúsculos círculos concéntricos e infinidad de burbujas en el pequeño estanque. Rankstrail miró la lluvia preocupado: les habría puesto fin a los festejos y de un momento a otro se abalanzarían sobre Aurora las damas de la corte, los criados y pajes, y la reprenderían por su cutis manchado de lágrimas.

—Quería decir que esa cadena era bella llevada por ella, porque contenía su vida. Le dije que a mí también me hubiera gustado tener una cadena de ese tipo. Con ello quería decir una cadena donde cada pedazo representara a alguien que me ha amado y que he amado. No quería decir que mi voluntad era poseer su cadena y me expliqué mal, ¿comprende?

—Comprendo, continúe —le dijo con dulzura. Los hombros de Aurora parecían encogidos, como si un peso los aplastara—. Sea lo que sea, dígalo, después podremos cargar el peso entre los dos.

Rankstrail quitó el pedazo de manga que aún protegía el antebrazo de Aurora desde que había jugado con el arco, y se lo ofreció para que se secara los ojos y se soplara la nariz.

Aurora metió la mano en el profundo bolsillo de la túnica de terciopelo para sacar

algo: abrió la mano y apareció una cadenita con dos minúsculos dijes de oro.

Rankstrail la miró perplejo.

—Señor, ¿todavía no ha comprendido? —preguntó Aurora en un susurro.

—No —respondió el Capitán con honestidad.

—A mi Señor Padre le repitieron cuanto había dicho. Le contaron lo bella que me había parecido la cadena y le sugirieron que intentara conseguirla. Al parecer jamás en mi vida había dicho que algo me parecía bonito. Eso fue lo que me dijo mi Señor Padre cuyo constante deseo por complacerme se ve frustrado constantemente por mi falta absoluta de deseos. Él, por lo tanto, no podía desperdiciar esa ocasión. A mi Señor Padre le pareció esencial que yo tuviera esa cadena para demostrarme su inmenso amor. Por consiguiente, hizo acusar al jefe de Guardias de traición. El hombre fue llevado al patíbulo, sus niños quedaron sin padre y su esposa quedó sola. La totalidad de sus bienes fue confiscada, inclusive esta cadena que ahora tengo en mi poder y que me atormenta una infinidad de veces más que si estuviera hecha de espinas candentes. La mujer a la que pertenece está sola, desesperada e infeliz. Sus hijos tuvieron que ver a su padre en el patíbulo y ahora pasan hambre. El hombre que le ordenó a un orfebre que elaborara bellotitas de oro para celebrar el nacimiento de ellos no los verá crecer. ¿Comprende? Yo cargo y siempre cargaré con la culpa de todo esto. Mi Señor Padre también me confesó que no se había cometido ni confesado ninguna traición... que todo esto se había hecho solo para que él pudiera manifestarme su amor y hacerme feliz...

El resto se perdió en los sollozos que a su vez se perdieron en la lluvia.

Rankstrail tuvo una sensación extraña, como un vacío en la parte superior del abdomen.

Si alguna vez esta conversación fuera descubierta, no solo sería entregado al verdugo, sino que también le recomendarían a este que se divirtiera un poco antes de subirlo al patíbulo. Sin embargo, no era la percepción del peligro la que le pesaba por dentro como una piedra, sino el horror. Había oído hablar durante esos pocos días en Daligar del jefe de Guardias, Mandrail, le parecía que se llamaba, acusado y decapitado por alta traición, dos años atrás. Si la historia de su traición era falsa, el patíbulo al cual había sido conducido siendo inocente era señal de una locura criminal. En el caso hipotético de que en realidad hubiera habido una traición y Mandrail fuera realmente culpable, entonces el crimen estúpido, atroz y demencial era relatarle a una niña una historia tan monstruosa.

En ambos casos solo había una explicación: el Juez Administrador, en ese momento amo de la vida y la espada de Rankstrail, estaba completamente loco. Quizá el Escribano Loco no estaba tan chiflado después de todo. Lástima que estuviera muerto: este sería el momento preciso para pedirle aclaraciones sobre la historia y las crónicas.

Rankstrail se agachó para mirar a Aurora a los ojos.

—Escúcheme bien, Señora, y recuerde siempre lo que voy a decirle. Cada uno es responsable de sus propias acciones y solo de las propias. El día en que clave una espada en el cuello de un hombre, entonces, y sólo entonces será responsable de su muerte. El día en que denuncie a un hombre y usted misma invente una traición que este no ha cometido, entonces, y solo entonces, será la responsable de que sea llevado al patíbulo. Ahora deje de llevar en el bolsillo esa cadena y póngala en un lugar seguro. Tarde o temprano se la devolverá a la propietaria legítima y hará lo posible para reparar la injusticia que se cometió, o hará lo posible para que esto nunca más se repita. Para ello usted necesitará toda su fuerza; por lo tanto, ahora deje de llorar y empiece a comer. El buen soldado va a la guerra con la panza llena y usted tiene que combatir una guerra, comience ya. Hoy aprendió a cocinar conejo. En este jardín hay cuantos quiera. Las ranas se cocinan del mismo modo, pero en mucho menos tiempo. A los renacuajos basta con ponerlos sobre una piedra en la que pegue el sol y se cocinan solos, pero hay que estar atentos para que las hormigas no se las coman mientras tanto. Si esto pasa, las hormigas también se pueden comer. Cuando no hay nada de nada estas también se comen. Dentro de un mes las nueces también estarán buenas; no es necesario subirse porque caen...

—No tema, Señor, ya soy capaz de treparme.

—¿De veras?

—Por supuesto, Señor, lo hago en la noche cuando la oscuridad me oculta y no tengo estos vestidos que me lo impiden. Es fácil, sabe, solo hay que pensar que se es una ardilla o un gato.

—Bien, así podrá tener todavía más nueces. Debe tener cuidado porque las nueces manchan...

—¿En realidad las nueces se pueden comer?

—¿Nunca las ha comido? Claro que se comen: debe hacerlo con cuidado, porque la parte verde mancha las manos de negro y alguien podría darse cuenta. Use tenedor y cuchillo y nunca las toque con las manos desnudas. Si saber escalar, mire: del techo de la caseta de las herramientas se llega a aquella saliente y de allí a la rama del nogal y después encuentra las ventanas de las cocinas; allí debe haber de todo. Cuando se tiene hambre también es lícito volverse ladrón...

—No, eso no —lo interrumpió Aurora asustada—. Es demasiado arriesgado, alguien en las cocinas podría ser acusado por lo que falte y sufrir el castigo. Más bien me como las hormigas.

—Vaya por las hormigas. Ahora ánimo, coma un poco de conejo.

Aurora miró dudosa.

—¿Puedo hacerle una pregunta más, Señor? —dijo.

—Claro —contestó Rankstrail con dulzura, deseando con todas sus fuerzas que

fuera una pregunta sobre los renacuajos, las ranas o su familia y con la certeza absoluta de que ahora ya nada podría sorprenderlo.

—¿Si me como esto, el miedo pasará?

Rankstrail se volvió a jurar a sí mismo recordar que ya no esperaría nada y que ya no estaría seguro de nada.

—Sí —dijo tierno y decidido—. Si come, el miedo pasará.

Aurora se comió un cuarto del conejito. Masticaba lentamente, con empeño, como si se tratara de una tarea. Rankstrail hubiera querido dejarle los pedernales y el salero, pero ella los rechazó: si se los encontraran, sería una condena de muerte para él. Para el fuego usaría una de las velas que estaban encendidas aun en pleno día, y la sal abundaba en la mesa. Le juró a Rankstrail que cada día cazaría lo necesario para comer, pero, igualmente, le pidió que le llevara el resto del conejo a algún niño con hambre. Así este sería un día de fiesta también para otros.

—Todavía tengo una pregunta, si me permite, Señor —añadió Aurora—. Verá, hay algo que debo hacer, siempre he sabido que tengo que hacerlo y jamás me hubiera atrevido a pensar en no hacerlo... pero si no tengo hambre, ni culpa, ni miedo, ahora me parece posible la locura de no querer hacerlo.

—Pero claro, Señora —repuso Rankstrail. De nuevo sintió la sensación palpable del peligro. De nuevo estaba poniendo su vida en manos de una niña de diez años.

—No ahora, claro, dentro de ocho años, cuando llegue a la edad adulta, deberé desposar un marido... que... como decir...

—Que no desea.

—Que no deseo.

—Bueno: esa es fácil. Tiene tres caminos posibles: o convence a ese hombre de que se case con otra...

—Imposible —silabeó Aurora.

—Imposible, ¿seguro?

—Verá, él es... es como si fuera... de hecho se puede considerar un Rey y, como él mismo dice, él es el Rey más grande que ha habido sobre la tierra, amable en la paz, terrible en la guerra. No se puede parangonar con nada, solo consigo mismo. Digamos que no puede casarse con una muchacha menos hermosa que su primera mujer, que fue la esposa más bella del Condado, y solo yo correspondo a esa descripción.

—Sin ofenderla, Señora, con su permiso, esta me parece una idiotez. ¿Y si a usted después le dan granos en el rostro? ¿Y si se cae y se rompe la nariz? ¿Y si mañana su futuro esposo ve a una mujer que a lo mejor tiene barros y la nariz torcida y la encuentra bellísima por la forma como le sonrío cuando él está triste? ¡Puede hacer que le den barros o puede romperse la nariz, así ya no sería usted la más bella del Condado! Verá, Señora, se puede determinar quién es el más veloz para correr, se

puede medir quién es el más bajo, el más alto. También se puede medir quién es el que come más salchichas: el sueño de muchos muertos de hambre es participar en esta competencia. Pero no se puede determinar quién es la más bella del reino. No hay una mujer que sea la más bella del reino. Cada hombre lleva en su corazón a aquella que para él es la más bella del reino, exactamente como cada mujer sabe qué hombre quiere, aun si el verdugo lo ha dejado cojo o la guerra lo ha desfigurado o mutilado. Sabe, Señora, para mí el rostro de mi madre era bellissimo aunque el fuego la había desfigurado.

—¿Y su padre amaba a su madre?

—Claro, Señora, con toda el alma.

—¿Cómo se le desfiguró el rostro a su madre?

—No lo sé exactamente, le daba dolor hablar de ello. Solo sé que ocurrió antes de que yo naciera.

—¿Cómo se llamaba su madre? Ahora que lo pienso, Señor, todavía no sé su nombre.

Entre las numerosas recomendaciones del grupo de jóvenes y asustados aristócratas que lo había contratado, la de mantener la boca cerrada fue la más granítica y repetida, pero a estas alturas las recomendaciones y las amenazas se habían vuelto ridículamente lejanas.

—Me llamo Rankstrail. Mi madre se llamaba Aharthrail. Son nombres que se usan en nuestras regiones. No creo que signifiquen algo en particular, son solo sonidos.

—Todos los nombres tienen un significado, Capitán, aun si no los conocemos todos. En élfico arcaico Aharthrail era el nombre de la última estrella, esa que resiste hasta la mañana y lleva al mundo fuera de la oscuridad para entregárselo a la luz de la aurora. Creo que su nombre también tuvo un significado antiguamente, algo así como «el que ha sido tocado por la misericordia». Mi madre se llamaba Transkilia, que antiguamente quería decir «la que vive entre los bosques» y era un nombre frecuente entre los E... quiero decir... entre quienes aman los bosques. Mi madre me hace mucha falta, mi Señor. La extraño terriblemente a cada hora que pasa. Su ausencia es absolutamente dolorosa. Es la primera vez que pronuncio estas palabras. Desde hace años ya no teníamos permiso de abrazarnos, pero al menos podíamos hablar. Mi madre me hace falta y no desposaré... a quien debo desposar. Verá, no se lo puedo explicar, no es solo una cuestión de belleza: digamos que es una cuestión de sangre, él tiene que... él tiene que desposarse con una persona de mi sangre, es decir, es difícil de explicar, de la misma sangre de su primera mujer.

—Segunda posibilidad: puede matarlo.

Los ojos de la niña se llenaron de horror.

—¡Señor! —dijo en un gemido—. ¡Señor! —repitió—. Cómo puede... incluso

solo pensarlo... el mero pensamiento... Señor, perdóneme, usted no se da cuenta de lo que ha dicho... no es ni siquiera pensable.

—Ni siquiera pensable. ¿Realmente no? Lástima —repuso el Capitán con fiereza. El rostro ya pálido de la Princesita se puso todavía más blanco, pero él no se fijó—. Un hombre que obliga a una mujer a aceptarlo sin que ella lo quiera, un hombre que ponga sus manos sobre una mujer que lo rechaza merece la muerte. No haga nada para provocar esa muerte si hacerlo le costaría el alma, pero siempre recuerde que ese hombre, quien quiera que sea, la merecería.

—Señor, nadie debería merecer la muerte.

—¡Regátele su desprecio al menos! Bueno, entonces solo queda la tercera solución: tiene que huir.

La niña levantó los brazos para señalar los murallones que la rodeaban.

—¿Huir? ¿Huir? ¿Y cómo?

—No es tan difícil. Tiene que fingir que está de acuerdo, año tras año, así no despertará sospechas. Finalmente, justo antes del matrimonio, debe pedir un regalo de bodas como condición para casarse.

—Pero si finjo que quiero casarme, ¿no sería lógico que pidiera algo para llevar a cabo un matrimonio que deseo!

—De hecho, mi Señora, nada lógico: debe parecer un capricho, pero un capricho sin solución. No se casará si no obtiene una prueba de lo mucho que la ama su prometido y él tendrá que probarlo con regalos.

—¿Y qué regalos debo pedir?

—La primera petición debe ser un caballo: veloz como el viento, incansable como la rabia. El caballo más veloz del reino. La velocidad de un caballo es mensurable y por lo tanto existe un caballo que sea el más veloz del reino. Cuando se toma la decisión de escapar es muy útil tener el mejor caballo. No es una garantía absoluta de éxito, pero aumenta las probabilidades.

—Me parece un consejo sensato. ¿Y luego?

—Pida el vestido más absurdo que se pueda pedir. Algo para lo que se necesite dinero, tiempo y energía, y mientras todos están distraídos confeccionándolo, usted organiza la fuga.

Aurora asintió y siguió reflexionando.

—Algo que tenga el color de la niebla o de la oscuridad, del humo y de la noche, un vestido que sea a la vez de hombre y de mujer... claro... algo absurdo para ganar tiempo y, a la vez, algo que ayude a crear confusión para hacerse invisible durante la fuga.

Aurora sonrió y asintió con convicción. Lo lograría.

—Sabe, Señor, hay algo que mi madre pudo decirme antes de ser... quiero decir, antes de morir. Me dijo que todo su amor debía ser, además de para mí, para quien

fuera capaz de indicarme el camino... indicarme el camino... para...

Se interrumpió, pensativa, pero también extrañamente alegre, casi eufórica. Después se puso ansiosa de nuevo. Miró a Rankstrail.

—Todavía tengo una pregunta, Señor, esta será la última, de veras. ¿Tiene ya en su corazón el rostro de una dama?

—Solo el rostro de mi madre —repuso con firmeza el Capitán.

Aurora rompió a reír. Esta vez no se llevó las manos a la boca y no se asustó.

La lluvia paró lentamente y solo quedó el leve sonido de las gotas que caían de los árboles empapados. Llegaron ruidos y voces del otro lado de muro, señal inequívoca de que el enjambre de cortesanos estaba a punto de volver a entrar.

Rankstrail y Aurora se levantaron para regresar a la veranda y al columpio respectivamente y solo entonces se percataron de que la lluvia había formado un arroyo de fango alrededor de toda la caseta.

—Nadie debe darse cuenta de que estuve aquí —dijo la niña con decisión.

La primer idea que le vino en mente a Rankstrail fue la de cargarla en sus brazos como lo hubiera hecho con Flama, pero no se atrevió. Se quitó la camisa de un indefinido color marrón y la puso sobre el fango para que Aurora atravesara el arroyo. Luego se la puso de nuevo, y la cubrió de inmediato con la coraza. Cuando se dio vuelta hacia ella, la niña tenía la boca tapada con las manos y los ojos desorbitados.

—Señor, ¿qué le han hecho?

Rankstrail comprendió.

—No es nada —dijo para tranquilizarla—. Cuando era niño y me dedicaba a la caza furtiva, me pescaron una vez y me quedaron las señas de los latigazos.

Le contó también que mantuvo esos latigazos escondidos, que esperó solo, con la camisa pegada de las llagas hasta que le dejaran de doler y que, en vista de que sentía una vergüenza terrible, no le había dicho ni le había pedido ayuda a nadie, ni siquiera a su hermana Flama. Aurora era la primera persona que veía las señas y que lo compadecía.

—No ha dolido tanto —añadió, mintiendo para consolar a la niña que tenía ahora los ojos llenos de lágrimas.

Los ruidos se acercaron.

El cancel se abrió.

Rankstrail se acordó del pedazo de camisa que Aurora tenía en la mano, pero por fortuna ella ya lo había hecho desaparecer.

Aurora, rodeada por todas las damas de compañía, se vio otra vez sumergida en las alabanzas a su belleza y en los lamentos exagerados por el escandaloso estado de su ropa. Evidentemente, a pesar de los heroicos esfuerzos de ambos, la jornada había dejado huellas en el brocado y en el terciopelo, diminutas ante los ojos de ellos, pero

enormes ante la mirada escrutadora e implacable de las damas de la corte.

Rankstrail se alejó con el resto del conejo dentro de la alforja, cabizbajo y con una sensación desagradable e imprecisa, que no era solo la molestia por la insoportable coraza que le apretaba el cuello. Estaba más pobre que antes, se quedaría sin pan por un día y medio, pero tampoco era eso. Ni siquiera era la tentación de violar la promesa y devorarse el resto del conejo, ni el esfuerzo que le costó no hacerlo.

Tardó en darle nombre a su desazón; luego, mientras le entregaba la presa cazada por Aurora a un grupo de niños harapientos, se le ocurrió.

Tenía la sensación irracional de estar violando la primera regla de decencia de los miembros de cualquier armada.

Jamás abandonar a un compañero.

Jamás dejar atrás a nadie.

Capítulo 14

Hacía nueve días que las celebraciones habían terminado. Nada había sucedido. El tiempo se arrastraba. Día tras día, llegaban personas desplazadas de Buenviento, en los Confines de las Tierras Notas. No tenían más palabras para contar el horror, no tenían más lágrimas. La ciudad de Daligar no recibía a nadie.

Los desplazados eran mujeres y niños. Los hombres se habían quedado para intentar proteger las granjas, los animales, los campos y las huertas que habían trabajado laboriosamente por generaciones sudando sangre.

Los hombres se habían quedado y habían muerto.

Ahora sus mujeres y sus hijos estaban acampando al descubierto frente a las murallas.

En torno al fuego, una tras otra, las mujeres se levantaban y, una tras otra, recordaban el nombre de los hombres y de los hijos que habían perdido, recordaban las casas que habían tenido, la vida que llevaban, también el nombre de los animales que el enemigo había matado para comérselos o por pura estupidez, porque para los campesinos los animales son como parte de la familia, el último baluarte para que el hambre, la miseria y la soledad no sean totales.

Y después de las mujeres hablaban los niños, los que sabían hablar. Uno tras otro recordaban a los padres, los abuelos, los hermanos, los cachorros con los que habían jugado y los juguetes que habían tenido, porque todos los niños tienen un juguete, una piedra o un pedazo de madera al que le han dado un nombre.

Y así el círculo del dolor en torno al fuego se cerraba y luego se reanudaba.

Rankstrail y Lisentrail cazaban. No estaba permitido, es decir que era prohibido y castigado con diversos tormentos, pero el joven Capitán de la infantería ligera tenía ya fama de tener un carácter espinoso y nadie tenía ganas de discutir. Cuando regresaban, él y Lisentrail les cedían casi todo a las mujeres alrededor del fuego y, a veces, se detenían a escuchar las historias, todas esas historias un tanto iguales, hechas de gritos, fuego y golpes en la oscuridad.

El Capitán juraba que los iba a detener.

Juraba que después de haberlos detenido los buscaría a todos, y los perseguiría hasta el fin del mundo.

* * *

Fue convocado, junto con la totalidad de los Mercenarios, al Alto Tribunal en la ciudadela, debajo del palacio del Juez Administrador. Los pelotones de la infantería

ligera estaban completos: alrededor de media docena, casi quinientos hombres. Al pelotón de Rankstrail se le habían sumado los novatos necesarios para llevarlo al número correcto de cuatro escuadras, es decir, un centenar de hombres. Era gente que se había enrolado por el salario, claro, pero muchos provenían de familias que habían huido de los Confines y de verdad querían combatir a los Orcos. Muchos estaban de pie, muchos sentados en el suelo o sobre las gradas de las dos escalinatas angostas de piedra anegadas por la hiedra que subía hasta las graderías.

También había un grupo de caballeros con caballos magníficos. Uno tenía un caballo negro como las alas de un cuervo. Rankstrail pensó que si alguna vez tuviera un caballo, le gustaría que fuera como ese. Miró al caballero y estaba casi seguro de que lo conocía: tenía la celada bajada, pero tenía la impresión de que era el hombre de cuyas manos había salvado los cinco dientes de Lisentrail. Recordó el nombre, Argniolo. Finalmente, el caballero tomó la palabra y les informó que partirían dentro de diez días y que durante esos diez días no quería que ellos ensuciaran las calles con su presencia, ni que contaminaran el aire con su respiración. Debían permanecer en los establos que les habían dado y el primero que se dejara ver merodeando por ahí sería entregado al verdugo para aclararle las ideas sobre las órdenes y sobre cómo deben seguirse. Después se irían a los Confines de las Tierras Notas. Atravesarían el Silario, la tierra privilegiada donde las ninfas del río Dogon se encuentran con las del lago Silar. Luego tendrían el honor de atravesar la maravillosa región de los Bosques de Oro y, por último, llegarían al altiplano de Malviento y a la llanura de Buenviento. Allí podían dar muestras de su valía, siempre y cuando valieran algo.

La muchedumbre de soldados escuchó sin articular palabra y sin ningún gesto.

—¿Por qué no partimos ahora? —la voz del Capitán resonó fuerte y clara y rompió la consigna de silencio como una pedrada—. Si es cierto, como bien lo es, que el número de muertos y de destrucciones aumenta cada día, ¿para qué esperar?

El caballero debía estar de buen humor porque no se enfureció sino que se rio.

—¡Porque no hay nadie que te pueda llevar allá, andrajoso! ¿Cómo piensas encontrar la Montaña Partida? ¿Le vas a preguntar la dirección a un Orco?

Se entreoyeron risas entre los caballeros.

Rankstrail sonrió cortés y conciliador. El caballero no se había levantado la celada, pero la voz era inconfundible: era Argniolo. Evidentemente también él había sido reclamado de la Roca Alta por la guerra contra los Orcos. Era imposible que Argniolo no lo hubiera reconocido; sin embargo, no lo dejó ver.

—Si nos da un mapa, excelencia, o nos dice hacia qué constelación es la dirección, creo que podremos llegar solos a la Montaña Partida.

—¿A quién le quieres hacer creer que sabes leer un mapa, palurdo? Cuéntaselo a tu madre o a tu hermana, si es que tienes una.

Esta vez las risas estallaron entre los caballeros.

—¡Excelencia! —retomó Rankstrail, respetuoso—. Verá, nosotros los de la infantería ligera, ¡nunca lo haremos igual que ustedes, excelencia! Como ustedes, jamás, ¡pero encontraremos el camino! Si nos da un mapa y si nos dice hacia qué constelación es la dirección, ¡partiremos!

El buen humor de Argniolo se acabó bruscamente.

—¿Tienes tanta prisa, granuja? —preguntó, furioso—. ¿Es un usurero, un verdugo o un marido el que te persigue? ¿O tienes miedo de quedarte atrás y que los Orcos no te esperen para despanzurrarte?

—Es cierto, los Orcos son más malos que los Saqueadores —reconoció Rankstrail—, ni siquiera son comparables. Sin embargo, quizá con un poco de suerte, antes de que nos destripen, alcancemos a detener alguno. Creo que es mejor que nos vayamos.

El Capitán se detuvo. La sonrisa cortés desapareció. Se enderezó, irguió la cabeza. Se dio vuelta hacia sus hombres y le dio la espalda a la caballería.

—¡Vayamos ahora! —gritó, y su voz resonó fuerte en toda la Ciudadela—. ¡AHORA! ¡No habrá más casas quemadas ni hombres raptados para después ser hallados sin cabeza! ¡No habrá más niños asesinados! Miren allá afuera. Por fuera de las murallas. Escuchen el llanto de las mujeres que han visto morir a sus hijos, que han reconocido las cabezas de los que fueron sus hombres arrancadas y empaladas para delimitar los sembrados de sandías. Vayan a oírlas porque no habrá otras. ¡No habrá otras porque nosotros los detendremos ahora!

Un murmullo acogió sus palabras: los hombres que todavía estaban sentados se fueron levantando uno por uno.

—¡Detengámoslos! —exclamó el Capitán, en voz alta y terrible—. ¡Vayamos ahora! ¡Detengámoslos ahora! ¡AHORA! —tronó.

Sucedió una cosa extraña que no había sucedido en toda la historia de la infantería ligera. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todos los hombres que estaban de pie, con la espalda y la cabeza rectas para mirar a su Capitán a la cara, respondieron:

—AHORA.

El tribunal resonó varias veces. El grito fue repetido varias veces al unísono y cada vez aumentaban las voces que se unían. Los caballeros más jóvenes, uno tras otro, también oyeron sus voces unirse al coro y gritar:

—¡AHORA! —con todo el aire que tenían en la garganta.

—¡AHORA!

Con un gesto de Rankstrail se hizo silencio en el tribunal.

El joven Capitán se dio vuelta hacia Argniolo:

—¿Tiene ese mapa?

—Tarde o temprano te haré azotar —dijo entre dientes Argniolo, en voz baja,

mientras se levantaba la celada para poder mirar al Capitán a la cara—. Te haré despellejar la espalda de tal manera que no podrás apoyarla mientras que estés en este mundo. Quizá con el verdugo se te pasen las ganas de divertirse.

—Claro, excelencia, cuando quiera, pero no en esta vida, quizá en la próxima. En esta vida soy Rankstrail, Capitán de la infantería ligera, y hay hombres que viven bajo mis órdenes y bajo mis órdenes morirían, y si le permito a alguien que me falte al respeto sería como decirles a ellos que valen poco.

El silencio cayó entre los caballeros. Todos habían reconocido a Rankstrail: quizá no lo habían visto nunca, pero todos, sin excepción, habían oído hablar del Oso, el jovencísimo Capitán de la infantería ligera que sabía leer, se orientaba por las estrellas y protegía a sus soldados. Habían oído hablar del joven guerrero que vencería a cualquiera, hasta a los mismos Demonios, y que era intocable, porque por él sus hombres estaban dispuestos a atravesar el Reino de la Muerte y regresar.

Argniolo se mantuvo silencioso e inmóvil porque no solo Rankstrail tenía la osadía de mirarlo a la cara, sino que toda la gentuza que tenía detrás, su sucia banda de feroces criminales, seguía su ejemplo.

Rankstrail comprendió que la primera regla del ejército Mercenario, la que imponía suministrar el hambre y el verdugo en abundancia para mantener a los hombres con la cabeza inclinada y la mirada baja, había sido violada. También comprendió por primera vez que esa regla existía. Hasta ahora había estado profundamente convencido de que era por imbecilidad, indiferencia o descuido que los dejaban sin comida y sin el salario pactado.

Pero no era así: tenían miedo de ellos. La falta de todo servía para inducirlos al hurto. El hurto atraía el desprecio y las tenazas al rojo vivo. El objetivo era tenerlos siempre con la cabeza inclinada y la mirada baja. Era como con Aurora: hambre, vergüenza y miedo eran las armas con las que se destruye a las personas. Con hambre, vergüenza y miedo los tenían en su poder y atenuaban además el miedo que les tenían.

—Y además, excelencia —retomó Rankstrail, inexorable—, si me entrega al verdugo, entonces ustedes deberán ir a enfrentar a los Orcos para discutir con ellos el significado de la vida y de la muerte y tal vez ahora ustedes tengan algo más para hacer. Es mejor que vaya yo, que ya estoy acostumbrado. Ahora —agregó poniéndose altivo y serio—, deme ese mapa porque por cada día que esperemos alguien morirá solo y nosotros podríamos haberlo impedido.

Se hizo un silencio largo, inmóvil. Luego finalmente alguien se movió. Era un caballero anciano de cabellos blancos y un collar de cuero con las insignias de puerco espín en oro macizo que daban testimonio de que era una persona de alto rango, vástago de una antigua familia. Atravesó el tribunal hasta donde estaba Rankstrail, se detuvo y bajó del caballo para no hablarle desde arriba.

Sacó un mapa de la silla de montar, lo desenrolló, le mostró a Rankstrail dónde estaban la Montaña Partida, el altiplano de Malviento y la llanura de Buenviento; le indicó los puntos dónde los ataques eran más factibles y los puntos donde los caminos todavía eran seguros. Le entregó el mapa, le prometió que trataría de enviarle refuerzos, le deseó buena suerte y se despidió con un movimiento de cabeza que Rankstrail correspondió.

Aunque nadie lo había nombrado jamás jefe de nada, desde aquel momento Rankstrail fue el Capitán indiscutible no solo de su pelotón, sino de toda la infantería ligera, casi quinientos hombres.

* * *

Partieron al amanecer del día siguiente. Cada escuadra tenía un asno para llevar el agua y el pan.

Después de tres días tuvieron el honor de llegar a la tierra privilegiada del Silario, que no era un delta sino una zona cenagosa. Tanto las ninfas del río Dogon como las del lago Sila debían haberse desperdigado si antes las sanguijuelas no se las habían comido o la desesperación no las había obligado a ahogarse en aquella serie interminable de pantanos malditos. Los zancudos eran enormes, miserables, feroces, picaban también de día y hacían añorar las nubes honestas de zancudos del Anillo Externo con un recuerdo afectuoso velado por la nostalgia. Las sanguijuelas se constituyeron en un tormento ininterrumpido: después de marchar unas pocas millas en el fango era necesario parar, quitarse las grebas y bajarse los pantalones para tratar de despegarlas. Se quedaban pegadas de las piernas de los Mercenarios, negruzcas, infladas y turgentes con la sangre de estos. Si se las despegaban con mucha fuerza, los gusanos se despedazaban, esparcían sangre por doquier y dejaban las mandíbulas enterradas en la carne y allí se pudrían. Como la madre de Trakrail había sido curandera, él les explicó que había que poner un puñado de sal alrededor de la sanguijuela y luego quemarla para que saliera entera. Se hizo una recolecta de saleros y se mantuvo una antorcha encendida; así se logró mejorar el procedimiento. Las sanguijuelas se despegaban, el cabo Lisentrail las recogía celosamente y las asaba por la tarde en el espetón para recuperar la sangre perdida y evitar que el ejército se debilitara demasiado. Como no tenían más sal, para suavizar el sabor usaban la borraja y el tomillo silvestre que crecía al lado de los pantanos.

La segunda joya toponímica del Condado era la región de los Bosques de Oro; el lugar no tenía oro y resultó ser una enorme extensión de pinos cubierta en su totalidad por una zarza trepadora de hojas amarillentas inclusive en pleno verano. No había senderos. Era necesario abrirse paso a golpes de hacha y espada y aun así la zarza les

excorió a los soldados la poca piel que se había salvado de los zancudos de los pantanos.

Finalmente los pinares desaparecieron y apareció el altiplano de Malviento: la hierba florecida lo hacía verde y las ráfagas de viento lo barrían diez días de cada once.

La Montaña Partida se elevaba vertical sobre la altiplanicie, más o menos cien pies por encima de los nacimientos del Dogon. Estaba hecha de granito rosado que la luz del atardecer coloreaba con matices de fuego. La circundaban olivos centenarios, los únicos árboles de la altiplanicie, antiguos y retorcidos; las leyendas locales decían que eran sagrados porque eran tan viejos que les tocó presenciar la batalla en la que los Dioses habían creado el mundo y los Demonios los Infiernos. La Montaña Partida debía su nombre a una larga hendidura vertical que la atravesaba de arriba abajo por donde se colaba el viento que soplaba sobre el altiplano desde todas las direcciones y en todas las estaciones produciendo un sonido grave como la voz de un cuerno.

El altiplano estaba tapizado por un brezal tupido y lleno de flores barrido por todos los vientos, bañado por lluvias frecuentes y amables que nutrían una densa población de carneros, cabras y sobre todo de caballos grandes, sólidos y de buen carácter.

Las aldeas eran dos, Montesirchio y Capula, cada una con una gran plaza en la que se llevaba a cabo el mercado de ganado. Las casas eran de poca altura y estaban desperdigadas. Cada una tenía alrededor corrales y establos para los animales; una cúpula que se prolongaba y caía hasta el suelo recubierta de hierba y flores como la tierra, y una chimenea que despuntaba como si estuviera sembrada en el césped. Las ventanas eran bajas y horizontales y dejaban filtrar la luz de las hogueras. El brezal a menudo era interrumpido por pequeñas huertas rodeadas por todos los lados de muros de piedra muy altos que las protegían.

Sobre las colinas, detrás de Capula, estaban las minas de cobre que proveían un hilo largo y sutil que enrollaban para reforzar el techo abovedado de las casas; así que, visto desde adentro con la cabeza levantada, formaba una espiral larguísima. En las minas estaban los homúnculos, subyugados desde hacía muchos años, vigilados por media docena de soldados. Pocos días después de la llegada del Capitán se regó la voz de que uno de los homúnculos, un tal Nirdly, había logrado escapar. Se trataba de una criatura insólitamente joven para pertenecer a un pueblo donde los nacimientos eran todavía más raros que las muertes, diluidas por la extraordinaria longevidad.

Una mañana particularmente clara en la que el viento de tramontana barrió hasta la última partícula de polvo del horizonte, el Capitán escaló la Montaña Partida seguido del cabo Lisentrail y de dos de los alabarderos más jóvenes. El ascenso no fue demasiado difícil y en el transcurso de medio día alcanzaron la cima. Se veía el

altiplano con sus cabras y sus casas de hierba y después, abajo hacia el oriente, Buenviento, ahora en manos de los Orcos: era una franja larga de tierra, en forma de triángulo. El Capitán reconoció una larga hilera de ruinas quemadas entre un bosque de castaños y una extensión de girasoles y de maíz ahora asilvestrados: era lo que quedaba de las cinco granjas de las que hablaban los desplazados en Daligar. «Las mejores ocas de la región», decían las mujeres empobrecidas que acampaban alrededor de Daligar cuando recordaban sus aves y el salami en que las convertían. La quebrada que nacía del estanque tenía que ser Quebradanegra, cuyas aguas parecían oscuras por el reflejo de las truchas que eran muchísimas. Ahora los pescadores de estas truchas acampaban alrededor de Daligar, mientras cualquier otro se comía las truchas.

El Capitán calculó rápidamente cuántos hombres necesitaría para hacer realidad el sueño de reconquistar esta tierra: el número era tan alto que abandonó el pensamiento. Lo único que podía hacer era proteger a Malviento.

Todavía más al este comenzaba la Tierra de los Orcos, una llanura baldía recubierta de selvas impenetrables, excavada por precipicios infranqueables. Era una tierra donde se alternaban picos y despeñaderos, pedregales y pantanos, una tierra áspera que no alimentaba a sus hijos y que periódicamente los vomitaba en el mundo como lobos hambrientos para depredarlo.

Cuando llegó la noche, las estrellas brillaron del otro lado del viento helado, grandes y ásperas, como si tuvieran una corteza. Los Mercenarios, acampados al pie de la Montaña Partida, vieron una figurita que asomó en la oscuridad y que cojeó hacia el círculo de la hoguera del campamento seguida por cuatro soldados acompañados de dos perros.

El Enano se detuvo. Los miró primero a ellos, luego a los soldados a sus espaldas, constató de forma clara que no tenía salvación y por lo tanto levantó los hombros. Tenía una cara cuadrada con una barba castaña y corta. El hombro y la pantorrilla le sangraban, lo que significaba que ya había sido mordido.

—Prefiero que ustedes me maten —explicó, jadeante—. Detengan a los perros.

El Capitán estaba tendido mirando las estrellas y ni siquiera se levantó.

—Lisentrail —dijo con voz alegre—, este Señor del Pueblo de los Enanos vino a enrolarse. Hace cien años se promulgó un decreto en Daligar que permite la liberación del trabajo forzado en las minas a cambio del enrolamiento voluntario. Explícales a los soldados que lo persiguen que ahora este es un Mercenario y diles que se alejen junto con sus perros, los ladridos me ponen nervioso.

—Ey, Capitán —dijo Siuil—, nosotros nunca hemos aceptado homúnculos. A ellos realmente nadie los quiere.

—Lisentrail —repitió el Capitán—, acabamos de enrolar a un Señor del Pueblo de los Enanos. Cuando me hayas quitado de encima a los soldados y a los perros,

búscale una coraza que le quede bien. Tú, ¿cómo te llamas? —preguntó Rankstrail después de haber levantado la cabeza lo suficiente como para mirar a la cara al recién llegado.

—Soy Nirdly —dijo el Enano.

—Bien, Nirdly, yo soy tu Capitán y él tu cabo.

El joven Enano asintió y tragó una o dos veces para tomar aire.

—Ey, Capitán —respondió finalmente—, yo te cuidaré la espalda. Si alguna vez lo necesitas, moriré por ti.

—Hijo —le dijo Lisentrail con una suficiencia áspera, mientras lo rebasaba para ir a detener a los soldados—, todos aquí estamos dispuestos a morir por él y todos le cuidamos la espalda.

—Bueno, nunca se sabe —refunfuñó el Enano.

Capítulo 15

El Capitán se quedó dos años en la región. Antes de la llegada de los Mercenarios los Orcos habían hecho incursiones frecuentes, habían destruido y arrasado para después desaparecer al otro lado de Quebradanegra.

—Avanzan un pedazo a la vez, no tienen ninguna prisa; así es como se hacen las cosas —observó Lisentrail—. Se tomaron Buenviento y ahora se están preparando para Malviento. Si nadie los detiene, tarde o temprano llegarán a Daligar. Ey, Capitán, ¿sabes que el lugar donde nací es tierra de Orcos? Se llama Puentetrémulo y estaba sobre Quebradanegra. Estábamos inundados de carneros. Había tantos que parecía que hubiera nieve. Por esto nosotros éramos la tierra de los pergaminos. Fabricábamos pergaminos y luego los hombres llenaban los canastos y salían a venderlos por los alrededores. Ahora ya no somos nada. Ya ni siquiera existimos...

Cuando se esparció la noticia de la llegada de los soldados, los Orcos dejaron de atacar; durante el primer año los Mercenarios se los encontraron una sola vez.

A principios del otoño, con las primeras luces de un amanecer despejado y frío, barrido por el viento de tramontana, el Capitán y los suyos cayeron por sorpresa en una granja que había sido saqueada. Los hombres que habían opuesto un mínimo de resistencia con podadoras, azadas, horcones y hoces para darles a sus familias tiempo de huir habían sido masacrados. Las mujeres y los niños se habían salvado y habían llegado, trastornados por el dolor y el horror, a pedirles ayuda a los Mercenarios. Cuando los soldados llegaron, los Orcos, después de una noche de ebriedad y destrucción, estaban borrachos como cubas, enajenados y dormidos sobre el piso de tierra pisada de aquella especie de casa hecha de tierra y hierba. Los cadáveres de los habitantes masacrados por los Orcos se alternaban con los cadáveres de los Orcos masacrados por los hombres de Rankstrail. Muchos yacían sobre su propio vómito que formaba una capa única en el suelo con el vino derramado y la sangre de los degollados.

—Siempre hay gente que se despierta tarde —dijo Lisentrail—. A estos no les dijeron que el jolgorio se ha terminado.

Más que una batalla fue una matanza: los soldados simplemente habían masacrado a los Orcos sin darles a la mayoría ni la posibilidad ni el tiempo de levantarse, entender lo que estaba sucediendo y recoger las armas. Rankstrail recordó con desazón el juramento que le había hecho a Aurora y se preguntó por un instante si esta masacre de borrachos podía considerarse una violación a aquel juramento, pero luego miró lo que quedaba de los propietarios de la granja y se sacudió la idea de encima como una molestia inútil. El que asesinaba era asesinado. El que viniera a masacrar sería masacrado.

Cuando todo terminó, Rankstrail se inclinó sobre los muertos. Eran los primeros

Orcos que veía en la vida. Una extraña sensación de vacío le oprimía la parte baja del tórax, como cuando se quiere vomitar y no se puede.

Extendió la mano y despacio, como si temiera una agresión o un contagio, tocó el yelmo del muerto. Más que un yelmo de verdad era un casquete de cuero que tenía clavadas encima láminas de metal, hierro oxidado y pedazos de bronce y cobre, estos últimos sin duda tomados de las decoraciones de puertas y portones, pues aún conservaban rastros de los frisos. El casquete bajaba hasta la altura de la boca. La máscara, al lado de la abertura de los ojos y de la nariz, estaba revestida con pedazos de pelambre y colmillos de lobo que le daban un aspecto aterrador, igual que las capas de pelambre y cuero que tenían garras grandes como de oso, que colgaban de los lados. Los Orcos nunca se quitaban los casquetes, ni siquiera para dormir o comer.

El Capitán respiró profundamente; después tomó el casquete con las dos manos y lo retiró. Debajo había una cara monstruosa y asimétrica que le pareció hecha de pelos y garras alternados, pero no perfectamente igual a ambos lados. En la frente había escamas pequeñas que parecían colas de lagartija ensambladas en mosaico, una contra otra. El Capitán pareció tranquilizarse.

—No tienen nada humano —dijo—, esto está hecho de colmillos, pelo y colas de lagartija. Es medio animal, una cosa intermedia entre un hombre y un animal.

—No, Capitán —lo contradijo Lisentrail—. Esas son realmente colas de lagartija o de escorpión, colmillos y pelo de animal. Los Orcos se pegan de la cara pelos, garras, y colas de lagartija o de escorpión. Debajo, sin embargo, son más o menos tal cual como nosotros. Mira.

El cabo despegó con dificultad el pelo, las zarpas y las escamas. Estaban tan pegadas que el cadáver se despellejó en algunas partes. Debajo había una cara larga, cuadrada, de pómulos planos. La piel era gruesa y se levantaba en nudos duros e irregulares separados por surcos rojizos, y era extrañamente terrosa, extrañamente lívida: más lívida y más terrosa de lo normal incluso en un muerto.

—Esta cosa está pegada. No sé con qué: una mezcla de aceite rancio con alquitrán hirviendo, creo. Debe dar un dolor del otro mundo echarse eso en la cara, pero la primera regla de un Orco es no sentir dolor. La segunda regla es amar la muerte, no solo la de los demás. También la propia. Un Orco tiene que sentirse feliz de hacerse matar y en este punto tienen razón. Mejor estar muerto que vivir como viven ellos. Cada tribu tiene un diseño propio para las máscaras y una mezcla diferente para pegarlas. Mira, ese es de la misma tribu: colas de lagartija, garras y pelo de tejón.

—Pero son extraños —insistió el Capitán—. Mucho.

—No son tan extraños.

—Claro que son extraños. Tienen la piel más gruesa que la nuestra. Son extraños. No son como nosotros. No es solo por la abrasión.

—Tienen la piel como la tuya, Capitán, como la tendrías si te la quemaran con

alquitrán en cada estación. Y además como siempre tienen esa cosa asquerosa pegada de la cara nunca cambian de expresión y entonces parece que tuvieran la cara medio colgada, como de tonto. Sabes, si uno no usa un brazo durante veinte años se le seca y no tiene ya fuerzas ni para levantar una nuez. Es lo mismo.

—El color también es raro. Nadie puede ser así de blanco.

—Capitán, ¿has visto alguna vez a un hombre salir del calabozo después de más de seis meses? Tiene ese mismo color. Pégate cualquier cosa de la cara y después ponte un yelmo encima, espera tres estaciones y también quedarás blanco como una larva de mosca. Mira la piel de los brazos, está hecha como la nuestra. Los Orcos son solo más grandes y un poco más oscuros y macizos. Muchos Orcos son más altos que nosotros, incluso más que tú que eres alto, pero no todos. Los de los pantanos son más pequeños que yo, que soy bajo. Dicen que tienen más pelo, pero eso es puro cuento. Quizá es cierto que apestan más que nosotros, quizá tan solo se bañan menos y además ellos no tienen cuerdas. Sostienen las placas de las corazas con tendones de animales y el olor se siente. Nosotros, cuando usamos tendones de buey porque no tenemos cuerdas, apestamos igual que ellos. Si nos huelen a sotavento, parecemos Orcos. Tienen la cara un poco más plana y el cabello más liso, pero por lo demás... Cuando están vivos sí se distinguen bien. Los Orcos se mueven todos juntos en pelotones, en batallones, en ejércitos. Un Orco solo... es Orco muerto. Comen todos juntos, marchan todos juntos, se emborrachan todos juntos, se mueven todos juntos. Las paradas de los Orcos son increíbles. Serían el sueño de cualquier instructor de alabarderos. Todos se mueven al unísono. Y además: los Orcos se divierten cuando matan y celebran después de haberlo logrado. A los Orcos les gusta ver a los niños sufrir y te juro que esto es verdad, Capitán. También yo vengo de los Confines. Recuerdo a mi hermano. Era un poco mayor que yo. Estábamos caminando con los carneros, él y yo. Él se les tiró encima para permitirme escapar y lo atraparon. Vi cómo lo mataron. Reían. Y luego bailaron. Si quieres, te doy la receta para hacer un Orco: un Orco es alguien que se alegra cuando un niño sufre y si después muere, tanto mejor. Sabes, dicen que es difícil captar la diferencia entre los Medio-Orcos y las personas, pero no sé si es verdad.

—¿Existen los Medio-Orcos?

—Dicen que de todo hay en esta Tierra.

El Capitán ya había tenido suficiente. Salió de la casa madriguera cubierta de hierba y flores, repleta de cadáveres, vómito, sangre y vino derramado y finalmente, a su vez, vomitó hasta el alma.

—Ey, Capitán —dijo el cabo, que salió a ayudarlo—, debes tener cuidado con las cebollas cuando tienen gusanos. No te sientan bien.

El Capitán estaba de rodillas sin poder parar y menos respirar. Cuando Lisentrail pudo volver a ponerlo en pie y arrastrarlo hasta el campamento, se quedó acostado

dos días, casi sin poder hablar. Como no había otras opciones, Trakrail confirmó de manera vaga que le habían hecho daño las cebollas podridas.

El Capitán se recuperó, pero desde entonces se le veía siempre sombrío y silencioso.

* * *

Por suerte los Orcos no se dejaron ver más.

Más que los Orcos, el verdadero enemigo pasó a ser el miedo a los Orcos.

El Capitán combatió ese miedo.

Se ideó un sistema de barreras y fuegos en serie para cuando se avistara al enemigo; así sería imposible que las bandas llegaran sin ser vistas. Se hizo un acuerdo con los jefes de las aldeas para que cada una de las comunidades asumiera la construcción de una pequeña cinta de murallas donde la población pudiera refugiarse en caso de un ataque. Los Mercenarios les enseñaron a organizar las rondas. Cerca de los pozos, que eran los lugares más frecuentados y por ello los más apetecibles para las emboscadas, se pusieron hombres armados para hacer guardias. Se obligó a quienes iban a buscar agua o llevaban a pastar los hatos a ir armados y, sobre todo, provistos de un cuerno para dar la alarma en caso de avistar al enemigo. El Capitán acordó también con los jefes de aldea el alojamiento y el mantenimiento de los Mercenarios a cambio de protección y de una ayuda congruente en las labores agrícolas y en la construcción de las murallas de defensa, de tal manera que cuando dejó de llegar el salario, lo que sucedió en menos de dos estaciones, pudieron seguir comiendo y los ánimos se mantuvieron en calma.

Llegó el invierno. Los días seguían siendo casi tibios, pero de noche el viento era helado. A menudo en la mañana los campamentos de los Mercenarios estaban envueltos por una capa delgada de hielo, pero luego el sol se levantaba y lo derretía todo.

La segunda primavera de permanencia en estas tierras llegó y se transformó en verano. Las acacias florecieron con grandes flores blancas y carmesí que le recordaron a Rankstrail los vestidos de Aurora. La calma terminó un día abrasador mientras un viento cálido y arenoso soplaba sobre el altiplano y en la hendidura de la Montaña Partida con un gemido agónico.

Pocas millas al sureste, donde el altiplano de Malviento terminaba y comenzaban los Montes de la Luna Vieja, la caballería ligera fue atacada. La solicitud de ayuda y refuerzos la trajo un joven herido de muerte a la grupa de un caballo cubierto de lodo y sangre. Rankstrail y Lisentrail lo vieron y corrieron a su encuentro. Llegaron a tiempo para recibir el mensaje y para ver al joven desplomarse en el suelo y quedarse

allí, con los ojos fijos en la nada, cada vez más vidriosos.

Llegaron a los Montes de la Luna Vieja en un día y medio, a etapas forzadas. Eran montañas áridas y ásperas, hechas de gargantas que se alternaban con una tierra pedregosa cubierta de un bosque bajo y ralo. No había agua. El fondo de los escasos riachuelos estaba seco y resquebrajado en grietas polvorientas.

Después de dividirse en grupos recorrieron el territorio a lo largo y ancho bajo un sol despiadado, pero no pudieron ver ni a los caballeros ni a los Orcos. Finalmente, un vuelo lúgubre de buitres les señaló, en el fondo de un despeñadero, donde no había ningún torrente de agua, lo que quedaba de la caballería ligera: ya no necesitaba ayuda, salvo tal vez la necesaria para pasar a la otra orilla del río del Reino de los Muertos.

—¿Tú crees que cada persona que muere necesita dos monedas para pagarle al barquero? —preguntó el joven Trakrail.

—No —le aseguró Lisentrail, con decisión—, morir es la única cosa por la que no le pagas nada a nadie.

Tampoco se veía ningún caballo, ni vivo ni muerto. Los Orcos se los debieron haber llevado o comido. Al lado de los Mercenarios había dos cuernos de pastorcillo y Rankstrail comprendió lo que debía haber sucedido: una pequeña banda de Orcos capturó con gran algarabía a los dos jovencitos y se hicieron seguir por los soldados de la caballería hasta esa garganta abrasadora donde los esperaba la mayor parte de su apestoso ejército. La garganta había sido transformada en una trampa. Cualquier decena de arqueros en los dos extremos más altos probablemente fueron suficientes para destruir a la caballería ligera.

Además Rankstrail había hecho infranqueable la frontera que estaba bajo su control, pero la caballería no había logrado hacer lo mismo y por lo tanto se vio obligada a combatir también a los enemigos que no habían podido entrar a Malviento.

Lo único que pudieron hacer fue sepultar a los muertos y marcharse.

Rankstrail dejó una parte de sus hombres custodiando las dos aldeas de la región, que podrían comunicarse con la Montaña Partida a través de un sistema de fuegos que, en caso de un ataque, lo advertiría a tiempo; mandó un despacho a Daligar con la noticia de la catástrofe y regresó.

Mientras atravesaban la última garganta de los Montes de la Luna Vieja a uno de sus hombres le dio fiebre: lo abrasaba la sed y Trakrail dijo que en medio día estaría en condiciones de caminar; sin embargo, necesitaría agua limpia y en buena cantidad.

—¿Alguien tiene un poco de agua limpia? —preguntó el Capitán.

—Yo tengo media cantimplora, pero les daría asco a los perros —respondió Lisentrail.

—¿Entonces para qué la cargas?

—Otro día más con este sol, Capitán, y esta también te parecerá buena.

Tardaron en encontrar el agua y hacer descansar al enfermo. El Capitán la encontró por el olor: el residuo de un manantial en el fondo de una acequia. Llenaron las cantimploras con una lentitud exasperante, gota a gota. En el camino de regreso, Rankstrail sintió un aullido tenue. Escondido en un matorral, o más bien, atascado entre las zarzas, había un lobezno. Debía haber caído desde arriba, si no había sido arrojado.

Tenía la lengua agrietada por la sequedad y una pata herida. Casi no podía ni gañir. Era pequeño, pero valiente. Cuando Rankstrail alargó la mano para agarrarlo, gruñó con valor. El Capitán cortó la rama que lo tenía aprisionado y lo liberó. Lo agarró del cogote, lo mantuvo suspendido y los dos se miraron. El cachorro gruñó otra vez y después se puso a aullar. Era de un gris muy claro. Los ojos eran marrón, el hermoso color de la miel de castaño que le recordó al Capitán la Roca Alta. A poca distancia yacía la madre, una loba hermosa, muerta por lo menos hacía tres días, golpeada por una de las flechas de los Orcos.

Rankstrail le dio al cachorro el agua llena de gusanos de Lisentrail, ya que había encontrado agua limpia para el soldado, y el animal se animó. Cuando el Capitán lo tomó en los brazos, el lobezno le lamió la cara y después se durmió de repente, exhausto. Rankstrail decidió quedarse con él.

—Ey Capitán, ¿estás bromeando? —preguntó Lisentrail con la indignación que siempre lo acompañaba frente al naufragio del sentido común y con el entusiasmo que siempre lo invadía cuando se entrometía en asuntos ajenos—. Será la perdición cuando caces. También habrá que alimentarlo. Los lobos no viven de pan viejo y cáscaras de frijoles, no son gallinas. En una región de carneros y pastores entre las ideas menos inteligentes que a uno se le puedan ocurrir, tener un lobo es la menos inteligente de todas. Menos inteligente es una forma cortés de decirlo. Una forma cortés es cuando en vez de una cosa se dice otra que suena mejor. La menos inteligente significa lo mismo que la más estúpida.

—Ya entendí —repuso el Capitán, cortante.

A pesar de la insistencia del cabo, Rankstrail no quiso saber nada de abandonar al cachorro donde estaba. Dormía entre sus brazos y tenían un enemigo común.

El animal se convirtió en algo bueno para el Capitán, que atravesaba cada vez con mayor dificultad las noches agitadas, obsesionado por el sueño recurrente de los colmillos de lobo. Él y el animalito dormían uno contra el otro y tener el cachorro enrollado a su lado, como una tibia bola de pelo o una especie de hermano mucho menor, de alguna manera disminuyó su angustia y su sueño se calmó, se hizo menos terrible y menos frecuente.

El lobezno creció. Uno de los últimos soldados enlistados había trabajado como saltimbanqui con dos perritos amaestrados y se ofreció para asesorarlo en la educación del animalito. El lobato era inteligente y pronto aprendió las órdenes

básicas para convivir con los humanos e inclusive su nombre, que simplemente fue Lobo. Seguía a Rankstrail a lodos lados, rápido y silencioso como si fuera su sombra. Los llamaban el Oso y el Lobo.

La ya inquietante figura del Capitán se hizo, con la cercanía del lobo, más sombría y más dura. Los pastores trataban de mantener sus greyes lejos de la Montaña Partida. En las aldeas las mujeres se encerraban cuando los militares pasaban.

Seguían sin tener ningún rastro de los Orcos. Las barreras creadas por el Capitán eran infranqueables, pero el humor del Capitán no mejoró. Hubiera o no hubiera Orcos, parecía obsesionado con ellos.

Los caballos de la altiplanicie de Malviento habían nacido más para trabajar que para cargar caballeros. Merodeaban por el brezal a la espera de ser vendidos, dispuestos a dejar que los Mercenarios, cuando no tenían nada que hacer, se les acercaran y los cabalgaran. Los guardianes de los caballos se ofrecieron para enseñarles las bases de la equitación a cambio de lecciones sobre el uso de la espada y el arco. Muchos Mercenarios, el Capitán entre ellos, aprendieron a cabalgar.

Durante una de las cabalgatas sobre aquellos caballos fuertes y tranquilos, el Capitán, Lisentrail, Trakrail y Nirdly, el enano, llegaron a Tallil, la aldea en la punta extrema de la Tierra del Buenviento que todavía estaba en manos de los Hombres. Había tallas por doquier desde las puertas que chirriaban de manera terrible en los goznes y los postigos inestables de las ventanas zafadas, hasta las tejas rotas. En las callecitas sucias, cubiertas de miles de moscas de zumbido ensordecedor, había corazones de coles y excrementos de cabra que nadie recogía. Al fondo, entre las viñas que comenzaban a asilvestrarse, había un estanque pequeño.

—¿Será que a estos les importa un pepino el lugar donde viven? —preguntó Lisentrail.

—Debe ser porque están cerca de los Orcos —respondió Nirdly—. Es como cuando estás con alguien que tiene piojos y entonces tú también te los pescas.

—A lo mejor es solo la incertidumbre —propuso Trakrail—. Realmente están en los límites y corren el riesgo de tener que irse de un momento a otro. El que tiene miedo de verse obligado a dejar el techo propio no desperdicia energías reparándolo.

Las tallas eran magníficas: los altorrelieves y bajorrelieves se continuaban unos tras otros formando jardines encantados y bestiarios fantásticos. El Capitán se preguntó si por casualidad esa no sería su tierra natal, cuyo nombre, según cayó en cuenta, nunca supo. Se le acercó a un viejo que estaba agachado con la azada sobre una hilera de coles macilentas y le dijo cómo se llamaban sus padres y si por casualidad los había conocido, pues tal vez eran originarios de ese lugar. El otro no le respondió nada. Sacudió la cabeza con un gesto vago sin siquiera levantarla, sin dejar de mirar las coles.

El Capitán se fue de allí.

—No le agradamos —concluyó Lisentrail—. Tal vez no le agradan los Enanos — prosiguió para explicar la falta de cortesía del viejo—. La gente los llama homúnculos, no Señores del Pueblo de los Enanos como tú lo haces, y nadie se pone contento cuando se encuentra uno en la puerta de su casa.

* * *

El verano pasó. El viento helado del Norte llegó a barrer el altiplano.

Con el segundo otoño, de repente, veloz como el viento en su caballo bayo, devorado vivo por los zancudos del Silario y despellejado por las impenetrables zarzas del Bosque de Oro, llegó un mensajero de Daligar.

Un dragón había sido avistado. Alguien lo cabalgaba y ellos sabían de quién se trataba. No podía ser sino el Elfo, el Maldito, el Odiado, el Enemigo, Él.

Amenazaba a Daligar. La misma vida del Juez Administrador estaba amenazada.

El Capitán era reclamado de inmediato: la caballería ligera había sido destruida por los Orcos. No había nadie más.

Solamente él y los suyos.

Capítulo 16

De todas las estupideces que Rankstrail había oído en su vida, esta era sin duda alguna una de las más grandes.

En Daligar estaban intactas y armadas hasta los dientes la infantería y la caballería verdaderas, las de las grebas simétricas, las armaduras de acero y las espadas hechas como se debe para que nunca se quiebren. Le parecía evidente que ni un Elfo ni un dragón tendrían por qué generar una crisis, pero al parecer la idea solo era evidente para él.

La noticia, además de ser una estupidez, era una catástrofe.

Quitarles de repente la protección a las poblaciones de la frontera era un acto demencial y criminal, pero no tenía alternativa y debía hacerlo. Tuvo tiempo para llamar a una reunión a los jefes de las aldeas: primero que todo tenían que conservar los fuegos de comunicación. Podrían tener un número suficiente de soldados en los Confines si les suministraran podadoras y hoces a las mujeres: también las mujeres podían combatir. Y de todas maneras, en una legión infestada de Orcos, las mujeres nunca debían estar desarmadas.

Mientras caminaba y hablaba a la vez, Rankstrail leyó el terror en los ojos de sus interlocutores y odió con toda el alma al Juez Administrador y también al otro, al Maldito, al elfo; por culpa de ellos la región de Malviento iba a quedarse sola, sin los Mercenarios, frente a una tierra que de un momento a otro iba a vomitar banda tras banda de Orcos.

Cuando avistaron la Ciudad Puerco Espín y estaban a punto de desplomarse después de haber marchado veinte horas diarias y haber alimentado a todas las sanguijuelas del río y además a las del lago, llevaban pegados los últimos jirones de piel salvados de las zarzas y de los zancudos. El cansancio ya no les permitía tenerse en pie. Era casi de noche. En las puertas de la ciudad hubo una discusión interminable con los soldados de la Gran Puerta, que no habían recibido ningún tipo de instrucciones y no tenían intenciones de ir a molestar a sus superiores para pedir las. El hecho de que la presencia de ellos fuera necesaria, urgente, inaplazable, imperativa e imprescindible, incluso a costa de dejar una región desguarnecida y una población en peligro de ser masacrada, no había hecho que a alguien se le ocurriera pensar dónde alojarlos. Los únicos que hicieron algo fueron los arqueros, que se percataron del lobo del Capitán y trataron de abatirlo, pero Rankstrail los disuadió, comunicándoles en pocas y sentidas palabras la opinión que tenía sobre ellos, sus arcos y la forma más apropiada en que podían usarlos.

Finalmente, ya avanzada la noche, los soldados se convencieron de llamar a un oficial que se presentó, altanero y frío, para explicarles las vicisitudes recientes de Daligar y la enorme tragedia apenas evitada por el valor de sus combatientes. El Elfo,

el Maldito, había venido. A duras penas había fracasado el rapto intentado por él en detrimento de la Princesa Aurora. En este momento, por primera vez, el Capitán se sintió feliz de haber sido reclamado y, por primera vez, odió a alguien tal vez más de lo que odiaba a los Orcos y al Juez Administrador. Como si eso no bastara, continuó el oficial, el Maléfico había regresado ese mismo día y se había ido no sin antes liberar a los peores criminales del Condado, custodiados en los calabozos. Al Capitán esto le pareció una afirmación extraña: se preguntó cuáles malhechores podrían hospedar los calabozos en una región donde por costumbre no se tomaban prisioneros.

A la mañana siguiente, frente a las puertas de la ciudad, el Capitán organizó un campamento que ocupaba las orillas del Dogon hasta los cañaverales y consiguió, aunque sería más preciso decir «consiguió por extorsión», una hogaza de pan para cada seis hombres y el derecho de caza y pesca para todos.

Después de haberle confiado el lobo a Lisentrail, Rankstrail se presentó en el palacio del Juez. La construcción maciza, inarmónica y áspera lo irritó: era fea e incómoda a la vez. Antes, durante el largo día que pasó con Aurora en el jardín, lo había dejado desconcertado, pero en ese entonces tenía otras cosas que hacer como para mirar la arquitectura. Ahora podía observar el lugar más de cerca y con una calma considerable, dado que la urgencia de la convocación no le impidió hacer medio día de antecámara. El paje que lo había conducido al patio interior malinterpretó la perplejidad con la que Rankstrail miraba los muros ásperos y las pocas ventanas mal distribuidas en las fachadas escuetas; la malinterpretó y lo ilustró, con altivez y orgullo, sobre cómo todo esto constituía el «nuevo estilo».

Toda Daligar, con sus horripilantes patios bordeados de pórticos, las escalerillas banales de piedra que subían en caracol sobre las casas, los típicos balcones con enredaderas, las rejas de hierro forjado, los portones con arquivadas en mármol labrado, los pequeños templos con las dobles columnas entorchadas, las hornacinas, los ajimeces, las ventanas de tres y cuatro vanos, había sido derribada y reconstruida para dejar en claro que con el Juez Administrador comenzaba un nuevo mundo, una nueva era. Un nuevo estilo. También estaban estudiando una nueva lengua. Apenas terminara el conjuro de los Elfos y los destinos de la economía se hubieran levantado, se ocuparían del «nuevo estilo». Rankstrail, por primera y última vez, pensó que ser un pueblo de muertos de hambre también podía tener su lado positivo.

Mientras acampaba en el patio confiando en que alguien se tomara la molestia de decirle qué debía hacer, Rankstrail oyó una voz:

—¡Señor!

Tardó algunos instantes en comprender que era a él a quien llamaban. Se encontró de frente, al otro lado de una reja que cerraba una ventana en aspillera, a la única persona, además del Prestamista, que alguna vez lo hubiera llamado de esta manera.

Aurora, la Princesa de Daligar, estaba igual de hermosa, pero mucho menos pálida que cuando la había conocido. Había aumentado por lo menos dos palmos de estatura, el cuello ya no parecía hecho con los huesos huecos de un carrizo sino que se erguía orgulloso sobre los hombros que se habían ampliado, mientras los brazos ya no tenían nada de frágiles. Evidentemente, su cuerpo había encontrado la voluntad de crecer y de florecer descarnando lagartijas y comiendo ranas y, ahora, las que se asomaban por las mangas de brocado para apoyarse en la reja eran dos manos en las que la gracia igualaba a la fuerza. El Capitán pensó que la que le hablaba ya no era una niña, sino una mujer joven. Muy joven, claro, con la infancia apenas tras de sí, claro, pero sin duda alguna una mujer.

—¡Señor! —repitió en un susurro.

Los ojos le brillaban como el sol de verano entre las hojas de las moras, como la luz de la primavera sobre el trébol. Tenían la transparencia de los pozos del Castañar, el verde profundo de las copas de los pinos cuando resplandecía bajo la nieve. Tenían los colores del viento que sopla en las colinas. Se encontraron con los del Capitán y Aurora sonrió.

Ni vergüenza, ni culpa, ni miedo, pensó Rankstrail.

—¿Le ha hecho daño, Señora? —preguntó ansioso, aunque ya la sonrisa de ella lo había tranquilizado—. El Maldito, quiero decir.

—No es un Maldito, Señor, sino el último y el más poderoso miembro del Pueblo de los Elfos. No me hizo daño alguno, ni tenía intención de hacérmelo. Simplemente atravesó mi jardín, mientras su destino se cumplía. Escuche, Señor, hay una antigua profecía, hecha por Sire Arduin en persona, o más bien había, porque mi padre ordenó que fuera destruida. El único mal que el último de los Señores de los Elfos hubiera podido hacer era enamorarse de mí y me vi obligada a impedir esto. Cometí una injusticia y le causé dolor a una niña y me duelo por ello, pero era necesario. Debí mostrarme tan tonta y desgarbada como para asegurarme de que cuando el último y el más poderoso de los guerreros álficos me viera no pudiera desear unir su vida a la mía. Ahora él ha regresado, pero solo para liberar y llevar a un lugar seguro a la joven, aquella que será su Reina, la heredera de Arduin, quien previo todo sobre ella, excepto el nombre. Sabe, Señor, a veces la niebla del tiempo hace que inclusive los más sabios videntes caigan en engaños.

—Señora, con su permiso, perdone —protestó el Capitán exasperado—. No entendí nada.

No había más tiempo. Después de haberlo dejado acampando en aquel patio toda la mañana como un trasto inútil, finalmente el paje había venido a llamarlo.

—¡Señor, se lo ruego, no olvide nunca su juramento!

Aurora se deslizó fuera, de tal modo que el paje no la vio. El Capitán se quedó atónito. Recordó el juramento: no matar, excepto si había una clara necesidad de

salvar a alguien. Trató también de reunir algo que tuviera sentido entre lo que recordaba de las palabras de Aurora. ¿Qué más había dicho? No un maldito, sino el último... ¿No le podía haber dicho alguna cosa sensata, una cosa que sirviera para algo?

Aurora no estaba en peligro mientras la Montaña Partida sí lo estaba. Lo único que tenía que hacer era irse de Daligar. Había algo más que hacer en otro lugar y, sobre todo, no había entendido si matar al Elfo sería un honor o la peor de las estupideces. Un motivo más para intentar irse de allí.

El paje ahora corría y Rankstrail debía seguirlo. Era evidente que la regla de la casa era: «Primero espera como un idiota y luego desespérate y corre». Llegaron jadeantes a la gran sala donde el Juez Administrador en persona, como pronto lo descubrió, les hablaba a los jefes militares.

El Juez era muy bien parecido, de cabellos blancos, bellísima barba blanca, ojos claros: se parecía a Aurora. Tenía la misma cara ovalada, las mismas manos ahusadas.

—... Y yo, que soy el Juez Administrador, yo que le he dado la Justicia a la ciudad... —reiteraba, casi en cada frase.

Por fortuna, estaba tan concentrado hablando que no se percató de la llegada de Rankstrail. La gran sala era escueta y estaba pobremente iluminada por algunas ventanas en aspillera diseminadas en las paredes sin ningún orden reconocible.

Los cuatro comandantes de la caballería pesada, entre ellos Argniolo, y tres de la infantería estaban sentados en escaños de roble cubiertos por telas blancas y de color carmesí. Todos voltearon la cabeza irritados y molestos cuando el Capitán entró detrás del paje. No se había previsto ningún escaño para él y por lo tanto Rankstrail se limitó a quedarse contra el muro. Una vez terminó lo que tenía que decir, el Juez Administrador se interrumpió bruscamente, suspiró y sin ningún tipo de despedida, ni siquiera un gesto con la cabeza, se dio vuelta y se fue.

Se hizo silencio en la gran sala. Los hombres permanecieron sentados; después todos se levantaron, excepto uno.

—Bien —dijo uno de los jefes de infantería—. Las órdenes me parecen claras.

—¿Alguno de ustedes, excelencias, podría aclarármelas también a mí? —preguntó el Capitán.

—¿No las escuchó? ¿O no las entendió? —preguntó Argniolo.

Rankstrail decidió no apelar a un retraso, que sin duda le había sido impuesto con el objetivo de no perdonárselo, para justificarse.

—Da igual que sea lo uno o lo otro, excelencia —respondió con calma—. Es difícil que alguien de la infantería ligera sea una persona capaz. Si me las puede repetir, con voz lenta y clara, a lo mejor las entienda.

—¿Quiere dárselas de gracioso conmigo?

—Solo quiero irme, excelencia. Regresar a la Montaña Partida. Siempre y cuando no le sea útil. Si le soy útil, dígame qué debo hacer.

—El asunto es enfrentar a un Elfo y a un dragón. ¿Cree que usted y sus hombres tienen suficiente sangre en las venas para ir allí?

—Estoy seguro de que no, excelencia. La sangre que teníamos en las venas la hemos compartido con las sanguijuelas y los zancudos y la que nos quedó es poca. No alcanzaría para los Elfos y los dragones, pero podríamos hacer que alcanzara para los Orcos. Podemos dividirnos las tareas. Ustedes, que son los héroes, salven a Daligar, y nosotros, que somos los Mercenarios, regresamos a Malviento para hacernos pedazos con los Orcos, ya que estamos habituados a eso.

—¿Pero qué sandeces dice? —preguntó Argniolo exasperado.

—Pero, excelencia, ¡le estoy dando la razón! —explicó con paciencia el Capitán.

—¿No te avergüenza ser un canalla?

—No, excelencia —rebatió Rankstrail, alegre—. ¿Y por qué debería avergonzarme? ¡Son ustedes los caballeros sin mancha y sin miedo! Yo soy un Mercenario, no combato por la gloria. A mí me pagan. El dragón nos da miedo; además sé que están ustedes. Vayan ustedes que no le temen a nadie y yo regreso donde los Orcos.

—Eres un canalla —murmuró Argniolo.

—¡Es cierto! —reconoció el Capitán plácidamente—. Dado que en eso estamos de acuerdo, ¿puedo marcharme?

A Argniolo esto ni se le había cruzado por la cabeza. Le informó que, desde ese momento en adelante, él y sus hombres conformaban la caballería, mientras Rankstrail y una cincuentena de sus hombres conformaban la caballería ligera. Tenían plazo hasta la tarde para procurarse un caballo. Partirían al amanecer para detener a los fugitivos o, más bien, para obstaculizarles el camino.

Convertirse en caballero era el constante espejismo de la infantería ligera, un cambio de estado que los llevaría a una posición cercana a la respetabilidad, pero no en ese momento, no después de lo que Aurora había dicho, no sin entender lo que estaba sucediendo. Rankstrail trató de objetar que ni siquiera sabían cabalgar, lo que no era del todo cierto, y que no sabían nada en absoluto de caballos, lo que no era del todo falso, pero esta vez fue Argniolo el que concluyó la conversación.

—Capitán, ¿pero tú no eres el hombre del milagro? ¡Al parecer siempre tienes éxito en todo lo que haces! Estoy seguro de que lo harás.

—Cuando se habla de milagro significa uno: un milagro, excelencia. Cuando son dos o tres se dice «los milagros» y eso ya es otra cosa. En este caso primero se nos tiene que ocurrir cómo encontrar un caballo y además tratar de entender cómo se mantiene uno encima de este; después debemos encontrar al dragón y, por último, el problema será explicarle al dragón que se deje matar. ¿No pretende que matemos un

dragón? ¿Y eso cómo se hace?

—No es difícil asesinar a un dragón: el vientre es vulnerable porque ahí las escamas son más sutiles, como las de una serpiente.

—¿Le arrojamos nuestras flechas romas mientras estamos sobre un caballo en el cual no sabemos sostenernos? En vista de que están más informados, ¿por qué no lo matan ustedes?

Y si nosotros lo matamos, ¿qué pasará con la gloria? ¿Qué les contarán a sus nietos dentro de cincuenta años alrededor del fuego, mientras llueve afuera? Para eso están ustedes que son los mejores. Ya que ustedes son más valientes, asesinen al dragón; nosotros regresaremos a luchar contra los Orcos en la Montaña Partida, ya que allí no hay gloria. De todos modos nosotros no tendremos nietos para contarles algo. Y si los tenemos, pues les contaremos que nos topamos con ustedes. Será incluso mejor que decirles que nosotros matamos al dragón. ¿Ahora me puedo ir?

Nadie respondió. Rankstrail se volteó para irse.

—Capitán —lo llamó uno de los otros, que hasta aquel momento había permanecido sentado y en silencio. Era el hombre que le había entregado a Rankstrail el mapa, el caballero anciano con las insignias de oro—. Usted fue nombrado Capitán de la caballería ligera aunque continúa al mando de la infantería, y el Juez Administrador firmó el decreto —el hombre suspiró sin mirarlo a la cara, y Rankstrail comprendió no solo que la idea no había sido suya, sino que además se sentía avergonzado por no haberla impedido. Le lanzó una mirada a Argniolo y prosiguió—. Yo también me he dado cuenta de que era... que hubiera sido... —segunda mirada a Argniolo— arriesgado, si se me perdona el término, proponerle al Juez mandar contra los enemigos del Condado a hombres... —tercera mirada a Argniolo— a hombres de valor, pero que no saben cabalgar, sobre todo cuando entre los enemigos del Condado hay un dragón. Entre otras cosas porque sus hombres estaban manteniendo a los Orcos fuera de las regiones orientales y ahora estas regiones quedaron desprotegidas. Capitán, si usted no consigue una victoria mañana, nadie detendrá más a los Orcos. Si usted muere, no tendremos a nadie más para enviar. Si, los Dioses no lo quieran, deserta o se rehúsa a seguir las órdenes... estoy hablando por hablar, Capitán, sé muy bien que no es ni siquiera presumible que usted pueda ser así de loco y así de... criminal... como para condenarse usted mismo y a sus hombres, y según las últimas disposiciones también a los familiares de sus hombres que vivan en el Condado a... a lo que ya sido previsto... justamente... según las últimas disposiciones... —el hombre prosiguió cada vez con mayor lentitud —... si esto tuviera que suceder, los trece verdugos de Daligar no serían suficientes, habría que contratar otros. Y después de que los verdugos terminaran, las tierras orientales les quedarían a los Orcos. Mañana usted irá con Sir Argniolo: se brindarán una ayuda recíproca. O vencedor o muerto, Capitán, la derrota sería equiparada con

una traición —concluyó el hombre en un susurro—. Lo siento —agregó de forma inesperada bajando los ojos.

Se hizo un silencio que ni siquiera el furibundo Argniolo osó romper.

—Todavía tengo una pregunta —le dijo finalmente el Capitán al viejo caballero.

El hombre levantó la cabeza y lo miró.

—¿Podría saber su nombre? La próxima vez que nos veamos me encantaría saludarlo.

El viejo caballero tardó algunos instantes en comprender. No sonrió. Pero se levantó y se presentó con cortesía:

—Soy Folio, Conde de Daligar, Señor, pero ahora es solo un título honorífico. Significa que soy el último descendiente de los fundadores de la ciudad.

Rankstrail hizo un gesto con la cabeza como respuesta.

Argniolo decidió que de nuevo había llegado el momento de hacer oír su voz que resonó jubilosa y como un sonsonete a espaldas del Capitán, mientras este se retiraba.

—Mañana en la mañana deben estar listos. Les comunicaremos qué hacer y cómo hacerlo. Estoy seguro de que como son tan astutos serán capaces de conseguir un caballo y usarlo; de otro modo será deserción. También estoy seguro de que como son tan valientes serán capaces de detener a los fugitivos. A todos los que haya que detener. De otro modo será traición.

Rankstrail lo maldijo para sus adentros. No había entendido si querían usarlo a él para destruir al Elfo y al dragón, o si querían usar al Elfo y al dragón para destruirlos a él y a los suyos: lograrían al menos uno de los dos objetivos o los dos simultáneamente.

* * *

Al regresar al campamento, por fuera de las murallas, reunió a los soldados y les informó el hecho de que ya ellos eran la caballería ligera. La selección de los caballeros no fue difícil: todos los que habían estado con él en la Roca Alta, porque todavía tenían el salario que el Prestamista les había dado, más el de los últimos dos años que había quedado intacto, dado que el Capitán había pactado el mantenimiento de ellos con los jefes de las aldeas. Eran muy lides y, no por casualidad, eran los que habían aprendido a cabalgar en la Montaña Partida porque todos, quién más quién menos, con el poco dinero que habían conservado, habían acariciado el sueño de poderse pagar un caballo y convertirse en caballeros.

Siuil, envidioso, refunfuñó que como siempre el Capitán no tenía idea de lo que era el sufrimiento, y otra vez, sin sufrimiento alguno, había llegado a ser jefe de la caballería; luego, malhumorado y altanero, pidió no ser parte de la caballería ligera y,

por consiguiente, se pudieron librar de su presencia.

Los caballos estaban en las caballerizas del Condado cerca del establo de asnos que les había servido como dormitorio dos años atrás. Las caballerizas estaban llenas. Argniolo al menos había conseguido los caballos. Rankstrail negoció por los soldados para evitar que se hicieran competencia unos a otros y para que el costo de los caballos se mantuviera bajo. Logró comprar cada uno, con silla, por diez escudos de plata. Lisentrail no tenía sino ocho escudos: solo consiguió a Colaentorchada, una vieja yegua, caprichosa y desconfiada. El único que no tenía nada era Rankstrail, que seguía mandándole el dinero a su padre. En la alforja tenía algunas monedas de cobre que había guardado para darse una comilona de ajonjolí y miel con su hermanito cuando regresara a casa en la próxima licencia. Escogió un hermoso bayo para él y se lo dejó al vendedor mientras Lisentrail, que conocía la calle en la parte baja de la ciudad, lo guiaba: era un callejón oscuro a la sombra de las murallas, conocido de manera informal como la Calle de los Usureros.

Las casas eran altas, estrechas, tan cercanas unas a otras que a menudo era necesario ponerse de lado para pasar. El callejón era empinado y con frecuencia interrumpido por escalas.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail—, tenga cuidado: el que pasa por aquí tarde o temprano pasa a manos del verdugo.

El Capitán asintió. Tendría cuidado. Sabía lo que le sucedía en el Condado de Daligar al que no pagaba las deudas.

Le preguntó a la única persona que encontró, un hombre sentado en un umbral con un largo vestido de color negruzco desteñido, dónde podría encontrar un Prestamista.

El otro lo miró perplejo.

—¡Hombre! —le dijo—. La palabra que usamos aquí es usurero. Verás, hombre, ahora te explico, cada año el préstamo se duplica, así me aseguro de que te afanarás mucho. Si no me pagas, está el verdugo; así también me aseguro de que te afanarás mucho. Pero soy bueno, solo llamo al verdugo si siento que me toman el pelo: si alguien no me da nada o muy poco. Es que soy bueno. Mira, tengo un amigo al que le presté un escudo hace ocho años cuando su hija nació y cada año él me da un escudo en vez de dos; sin embargo, no he llamado al verdugo.

—Claro, para qué lo harías —reflexionó Rankstrail—. Hasta ahora te ha dado ocho escudos y siempre te debe uno. Entregárselo al verdugo sería como matar la gallina de los huevos de oro.

—Eso es, además es que soy bueno.

—Una especie de santo —aprobó el Capitán.

Para que toda la operación fuera tan solo una locura y no propiamente un suicidio, Rankstrail hizo un préstamo de cinco escudos, suma que en teoría podría recuperar,

dado que como Capitán de la Caballería Ligera su salario debía aumentar. Le vendió al usurero el puñal con mango de madera de olivo que le habían regalado en Scannuruzzu y así obtuvo un sexto escudo. Habría podido conseguir el séptimo con la venta del lobo que siempre lo seguía, pero se rehusó.

El vendedor de caballos fue inflexible. Para el bayo se necesitaban diez escudos y no había nada qué hacer. Pero para no contrariar al Capitán, para que no se fuera de allí sin cabalgadura, por seis escudos le daría a Garrapata: era un buen negocio, en cierto sentido era una joya por ese precio.

Con certeza no se necesitaba ser una de esas personas que se detienen en apariencias cuando se trata de juzgar. El Capitán estaba por preguntar por qué lo llamaban Garrapata, pero después lo vio y no tuvo necesidad de preguntar más.

—Si se trata de caballos, es un caballo —dijo el vendedor y el Capitán tuvo que estar de acuerdo.

Si se trata de caballos, es un caballo.

—Dotado de silla —aseguró el vendedor.

El Capitán dudó un momento antes de aceptar. No es que ignorara que la compra de Garrapata era una obligación, es que quería posponer cuanto pudiera, así fuera poco, el momento en el que el propietario de Garrapata sería él.

Capítulo 17

A la mañana siguiente los enviaron a la garganta de Astrid, la hendidura vertiginosa donde el Dogon entraba en el Macizo de las Montañas Oscuras. La consigna era esperar, no se sabía bien a quién ni para hacerle qué.

Las bases de equitación que habían recibido en los apacibles caballos de la Montaña Partida fueron suficientes para que Rankstrail y sus hombres logaran cabalgar con decoro junto a los caballeros de Argniolo en medio de la niebla sutil que en las mañanas otoñales envolvía el Dogon y sus cañaverales.

Los caballeros habían partido mucho antes del amanecer y llegaron cuando el sol estaba ya alto.

La garganta era una hendidura oscura en la montaña. Según el mapa del Prestamista, todavía en manos del Capitán, la garganta continuaba en un larguísimo despeñadero labrado por el río que atravesaba las montañas hasta una cascada vertiginosa que caía verticalmente sobre la playa, donde el agua formaba una serie de estanques salobres que se perdían en el mar, empantanándose.

Se organizaron en dos filas: la caballería ligera adelante, los caballeros de Argniolo detrás. Una niebla ligera envolvía el mundo. Argniolo tomó la palabra. Explicó la misión: completar la obra del Juez Administrador para que los Elfos con sus conjuros no pudieran destruir más el Mundo de los Hombres; para ello, el único y doloroso remedio que había decretado era el exterminio. Pero el Mundo de los Hombres escondía traidores que en vez de arrodillarse agradecidos habían obstaculizado la obra del benefactor.

—Una pareja de campesinos, gentuza inmunda, vil laza condenada, inconscientes de la iniquidad del pasado, despreocupados por futuras calamidades, a cambio de un fabuloso tesoro le vendieron al último de los Elfos, su salvación, el honor del mundo y su hija, una niña bruja en todo y por todo digna de ellos. La Justicia del Juez Administrador abatió a los dos miserables hace un par de años, los abatió como se aplasta a las serpientes, pero en un exceso de misericordia salvó a la hija. Ahora esta miserable brujita es la aliada del Elfo y de la más poderosa de las criaturas malignas, el dragón. Esto hizo que se acallaran las mentiras de los enemigos del Condado que niegan que los elfos sean la raíz de todos los males. El Elfo intentó raptar a la Princesa de Daligar, intento que falló gracias al valor extremo de la brigada de guardia que logró herirlo. Unos verdaderos héroes.

—Una brigada contra uno, y este se les pudo escapar aún herido, vaya héroes — tradujo en voz baja Lisentrail, lo suficientemente baja para que solo el Capitán, a su lado, pudiera escuchar.

—Ahora el Elfo —retomó Argniolo— está escapando y ha arrastrado consigo a todos los traidores y enemigos del Condado protegido por un dragón y aliado con una

niña bruja con poderes despreciables. Las órdenes son simples. Debemos destruir a cualquiera que intente evadir la Justicia del Juez. No olviden que el Elfo está herido y que un dragón es vulnerable en el vientre donde las escamas son menos gruesas. Llegarán por el este y tratarán de meterse en la garganta y será mejor si los atacamos antes: aquí en la llanura maniobramos mejor.

—Aquí se puede escapar en todas las direcciones —tradujo de nuevo Lisentrail—. En la garganta, si ese se encuentra con el dragón de frente, toda la chatarra que tiene encima le servirá tanto como la sartén a una trucha.

—El plan es que nos mantengamos en dos filas —prosiguió Argniolo.

—La caballería ligera adelante y la pesada detrás —previo Lisentrail, siempre de modo que solo Rankstrail pudiera oírlo—, de tal manera que nos puedan dar una mano, qué gentiles. Lo que significa que solo podemos avanzar, porque por detrás los tenemos a ellos.

—La caballería ligera adelante y la pesada detrás —siguió Argniolo—, así podremos socorrerlos.

—Ey, Capitán, ¿lo escuchó? Podrás hacer las veces de general. Veamos si adivino otra vez: el dragón para nosotros y el Elfo para ellos.

—Cuando el dragón sea avistado nos dividiremos las tareas: nosotros nos ocuparemos del Elfo, criatura peligrosísima y mágica, y ustedes tendrán la cortesía de quitarnos del medio por lo menos al dragón.

Después del discurso Argniolo se quedó callado. Ni siquiera se tomó la molestia de hacer algún comentario sobre el rocín del Capitán de la caballería ligera.

Leve, oculto, impalpable, inconfundible, Rankstrail reconoció de nuevo el miedo. No era solo por maldad que Argniolo había reclamado su presencia; no era solo por odio que lo había acorralado entre él y el dragón.

Tenía miedo.

Estaba aterrorizado.

* * *

El sol otoñal se levantó y su poder, así fuera limitado, brilló sobre la solemne inmovilidad de la caballería pesada. Antes del mediodía los caballeros habían comenzado a jadear y a sudar: muchos habían descendido de los caballos y se habían refugiado un poco más atrás bajo la sombra de los tilos, encerrados como moluscos dentro de las armaduras candentes.

La caballería ligera, en vista de que aún no sucedía nada, rompió la inmovilidad y el silencio. Los hombres comenzaron a probar el galope. Algunos se cayeron, otros se encontraron aferrados a un caballo que era difícil frenar y los demás permanecieron

decorosamente en la silla.

Sin contar las caídas y las desbocadas, en general, la mejoría era visible a cada hora que pasaba. El entrenamiento con los grandes y apacibles caballos de Malviento y aquella tranquila jornada de espera estaban rindiendo frutos. Contrariamente al Capitán, que parecía más sombrío y desesperado que nunca, a la tropa la había invadido una alegría considerable.

Eran la caballería.

En realidad, jamás se lo habían esperado. Sin embargo, era innegable que lo habían deseado, o mejor, soñado; de otro modo no hubieran tenido la inquebrantable obstinación de dejar sus ahorros aparte, sueldo tras sueldo.

Seguían siendo Mercenarios. A ellos nunca alguien les daría una hija para desposarla. Siempre serían carne de cañón, pero era inmensamente mejor que ser la infantería.

Debían enfrentar un dragón y un guerrero que tenía de su lado la malicia y la magia y esto desencadenaba oleadas de miedo que se propagaban en susurros y luego se esfumaban: ellos tenían al Capitán. El Capitán sabía qué hacer. El Capitán vencería y ellos seguirían con vida.

Trakrail, alegre como un pinzón, subía una y otra vez a lo largo de la fila, sin dejar de hablar ni de acariciar los remaches de su vieja silla de montar de tercera mano, con la expresión de quien se ha ganado una fortuna tan enorme que todavía no lo puede creer.

Lisentrail y el Capitán se sentaron en el suelo para no cansar a los caballos. Era mejor no cansar a sus caballos.

Amarrado con un pedazo de cuerda para no espantar a los caballos, después de expresar con un aullido indignado por su insólita condición de prisionero, el lobo dormía tranquilo con el hocico sobre la pierna del Capitán. La tibieza del animal era la única cosa que conseguía calmar la inquietud de Rankstrail. Trataba de reflexionar, pero en su cabeza estaban los mismos tres o cuatro pensamientos que se agitaban convulsionados como gusanos en una cebolla podrida, chocando unos con otros, enmarañándose y luego desvaneciéndose, infructuosos e inútiles.

Quizá también podría vencer a un Elfo y a un dragón si solo fuera capaz de establecer que vencerlos era lo indicado.

No un Maldito sino el más poderoso y el último, había dicho Aurora. Los términos no eran necesariamente opuestos. Era posible ser el más poderoso y el último y ser maldito, sobre todo si se es el más poderoso y el último de un pueblo maldito. Si no era un castigo de los Dioses, el principito de los Elfos o quien diantres fuera eso que estaba a punto de enfrentar, ¿por qué en vez de un perro, un gato o, si así lo quería, también un hurón, un papagayo, de forma excepcional un lobo, como todo el mundo lo hacía, se echaba encima un dragón? En todo caso había que matar al

dragón. Esa era una de las pocas cosas claras. En vista de que no estaba seguro de poder liberar de los Orcos a la Tierra de los Hombres en las fronteras orientales, no sería cortés dejar un dragón en la llanura central. Pero, aparte de esto, ¿no podía Aurora, en los pocos instantes en que hablaron, haberle dicho algo sensato y útil, en vez de perderse en tonterías?

A falta de las aclaraciones de Aurora, estaban las de Lisentrail. Además de la costumbre de ocuparse de sus propios asuntos, a Lisentrail también le faltaba la de mantener la boca cerrada. Las dos cosas sumadas daban como resultado un río ininterrumpido e imparable de datos fragmentarios, contradictorios cuando no absurdos, recogidos entre transeúntes, mendigos, vendedores de manzanas, asistentes del verdugo, gaiteros, una de las criadas de la cocina del Juez y, sobre todo, la cuñada de uno de los jardineros y la prima en tercer grado de uno de los soldados, encargado de los calabozos.

Lisentrail explicó que este tipo, el soldado, los había conocido a los dos, que había estado junto a ellos dos días, antes de que los colgaran. ¿Cuáles dos? Los padres de la niña. Esos dos, Monser y Sajra se llamaban, eran dos campesinos; le habían contado al soldado, al de los calabozos, que cuando eran jóvenes habían salvado a un niño Elfo. Porque, habían dicho los dos, uno nunca deja morir a un niño, porque entonces daría igual que fuéramos Orcos. Y luego dijeron que el que habían salvado no era un maldito, que era una buena persona, pero que eso no contaba para el Juez y que por ello existe la ley de que es necesario matar a los Elfos y que siempre hay que entregarlos así sean buenas personas.

—¿Aunque sea un niño? —preguntó el Capitán.

—Aunque sea un niño —confirmó Lisentrail—. Pero a los dos los colgaron después y a la hija la metieron en un lugar llamado la Casa de los Huérfanos, que para un niño es lo que la infantería ligera es para un hombre: hambre, frío, fatiga, piojos y golpes, para nada un sitio agradable. A estas alturas sucedió una cosa extraña: el Juez hizo derribar a cinceladas los garabatos que estaban en un viejo muro, que no eran garabatos sino palabras, una profecía de Sire Arduin en persona. Sire Arduin, el que nos salvó a todos de los Orcos, porque sin él nosotros dos ni estaríamos en este mundo, también era uno de los que veía lo que iba a suceder. Verás, Capitán, a ti y a mí no, porque nosotros dos no importamos, pero Arduin veía a aquellos que importan. Y había previsto, espera, era una cosa difícil: había dicho que el último de los Elfos, por una especie de castigo de los Dioses, encontraría al último dragón y luego debía unirse con una fulana que tenía un nombre que se relacionaba con la mañana, y su padre y su madre, pero no, no los del Elfo, los de la fulana, así lo querían. Pero ¿cómo que a quién? Al Elfo. Por lo tanto coincidía: el Elfo encontró al dragón y se unió con la hija de los dos colgados que lo habían querido cuando era un niño. La hija de estos dos se llama Robi.

—¿Pero no tenía que llamarse como la mañana?

—Exacto: Robi reemplaza a Rosalba. Lo sé porque es un nombre de mi región. También Sajra, que era la madre de la niña, es un nombre de mi región: es el nombre de una flor. A lo mejor hasta somos parientes. Rosalba se llama la cuñada de mi hermana mayor y todos le dicen Robi. Por lo tanto la profecía cuadra. ¿Has entendido?

—No —respondió el Capitán—. Pero así está bien; no me lo cuentes de nuevo.

Rankstrail conocía la profecía. Jamás la había creído, pero la había oído tantas veces que, quisiera o no, se le había grabado en la memoria. El último Elfo, el último dragón y la muchacha que tenía el nombre de la luz de la mañana, habían estado por años en las palabras del Escribano Loco. Él las recordaba. Le vino a la mente que Aurora significaba lo mismo. Se preguntó si era por accidente o por destino, pero intuía que la animadversión del Juez por el último Elfo podía estar ligada de alguna manera también al nombre de la hija.

A estas alturas, y para empeorar las cosas, llegó Trakrail que en muchos sentidos, principalmente en la incapacidad de ocuparse de sus propios asuntos y en el de mantener la boca cerrada, se parecía a Lisentrail. Mientras el sol comenzaba a descender en el horizonte y les regalaba brillo a sus cabellos rubios y sucios, Trakrail comenzó con la historia de su madre. Lo hizo tímidamente al principio, mordisqueando las palabras como lo hacía con las uñas, pero luego el discurso alzó el vuelo como un pato: inicialmente con esfuerzo, luego de un modo invencible. Nada de lo que había dicho Argniolo era verdad. Trakrail era hijo de una bruja: su madre recogía hierbas para curar y ayudaba a las parturientas, pero luego el Juez Administrador había dicho que las mujeres que sabían curar eran brujas que les habían cedido el alma a los Infiernos a cambio de ese don, y la madre de Trakrail terminó en los calabozos y se quedó allí un par de semanas antes de tener el honor de acceder a la hoguera para mayor gloria del Juez Administrador. Ella conoció a esos dos y cuando Trakrail iba a visitarla para llevarle pan o inclusive nada, solo para verla, porque eran las últimas veces, también los conoció: eran personas de bien. Y Trakrail, que después de que arrancaba no lo paraba nadie, dijo que el Juez Administrador hacía eso por envidia, solo por envidia, y ni siquiera bajó la voz para afirmarlo. Se decía que también el Juez había tratado de curar a algunas personas, pero que si no se tiene la inclinación no se tiene éxito; no basta con los libros y los nombres de las hierbas. Las brujas eran capaces y él no; por esto las odiaba. Lo mismo ocurría con los Elfos: el Juez era hermoso, sin duda, y se cuidaba a morir, se notaba por la forma como llevaba el cabello blanco en ricitos y bucles, pero los Elfos, todos, eran más hermosos que él. El Juez sabía montones de cosas porque había sudado sangre leyendo libros durante años; en cambio los Elfos sabían de todo y de inmediato: hablaban tres lenguas apenas aprendían a caminar, aprendían la

astronomía y las artes alquímicas al oír las cantilenas que les contaban para arrullarlos. No era verdad que los Elfos fueran carroña: si lo fueran, se hubieran salvado del exterminio destruyendo el mundo.

Los Elfos no eran culpables como tampoco lo había sido su madre.

Lisentrail le dijo que se dejara de estupideces y Trakrail se interrumpió bruscamente, bajó la mirada y se fue veloz, como vuela un pato cuando encuentra la piedra de una honda o la flecha de un arquero.

Finalmente la luz se apagó. Una llovizna leve bañó el mundo. Un ejército indefinido apareció en la vaga luz del anochecer, del otro lado del valle: gente a pie, guiada por dos caballeros. La procesión se acercó y Rankstrail se percató de que el caballero era uno solo. El segundo caballo transportaba a tres niños. Un dragón cerraba la fila y había comenzado a remontarla. Era una criatura indescriptible; la fuerza y la belleza se fundían en ella. Incluso a través de la escasa luz se podían entrever el encendido color verde esmeralda y los mortíferos colmillos que podrían destrozarse a un hombre como si fuera un pollito en la boca de un lobo.

El dragón era enorme y su rugido iluminó la noche con una llamarada; sin embargo, ni siquiera entonces sintió miedo el Capitán. Hubiera sido posible abatirlo: una veintena de hombres atacándolo simultáneamente por todos los lados con alabardas encendidas en la punta podrían obligarlo a emprender el vuelo. En el instante en que levantara el vuelo los arqueros atacarían desde abajo su vientre vulnerable. Era posible. El problema era si y por qué: si hacerlo y por qué hacerlo.

La luz había aumentado. La lluvia había cesado. Las nubes se habían despejado. Rankstrail logró distinguir una columna de gente desarmada, cubierta de harapos y llena de niños. La luna subió. El caballero empuñaba una espada que brilló bajo la luna. Habían dicho que quizá estaba herido. Bajo las órdenes de Argniolo, algunos hombres de la caballería pesada se les adelantaron a Rankstrail y a los suyos y atacaron al caballero, pero el caballero los repelió. Uno de los harapios se acercó para ayudarlo, pero el guerrero se desenvolvió solo. Uno de los caballeros de Argniolo lo atacó por la espalda y aunque el Elfo no estaba mirando en esa dirección se detuvo y, de nuevo sin mirarlo, lo desarmó.

—Ey —murmuró alguien—. Ese pelea como el Capitán: también sabe de dónde vendrán los golpes con anticipación.

—Capitán, ¿qué hacemos? —preguntó Lisentrail—. Si esperamos, se meterán en la garganta.

El Capitán no respondió. Se estaban yendo. No estaban haciendo daño, solo escapaban.

El dragón se había puesto en medio. Argniolo y los otros se batieron en retirada. Solo quedaban ellos.

—Dispárenle al dragón —dijo el Capitán.

—Capitán, es como darle a una casa: las flechas le rebotan encima. ¡Solo se puede golpear la panza de un dragón!

—Dispárenle a la espalda del dragón —repitió el Capitán.

Nubes de flechas oscurecieron la poca luz de la noche otoñal.

Una niña con una corona en la cabeza reunía a los mendigos y los guiaba hacia un lugar seguro. Era una jovencita más o menos de la edad de Flama o de Aurora. Por poco se desliza en el fango, pero volvió a levantarse.

Todos se estaban desbandando. Estaban aterrorizados y guiar gente aterrorizada es difícilísimo. La gente aterrorizada hace cosas estúpidas como desperdigarse y escapar en la dirección equivocada, pero la niña era increíble. No tenía miedo. Era por esto que lograba tranquilizar a los demás y arrastrarlos consigo. Tenía la calma de los líderes. Su calma y su coraje eran el único baluarte contra el terror de todos. Y era un baluarte infranqueable.

Era un líder innato. Los hombres de Argniolo que habían atacado al caballero de la espada se retiraron, término amable para decir que escaparon, como anotó Lisentrail. Uno de los caballos se desbocó y derribó al caballero. Después de haberles hecho señas a los suyos para que se quedaran inmóviles, el Capitán se acercó para que no dejar aislado al hombre hasta que se subiera de nuevo a la silla. En esos pocos instantes, la niña levantó hacia él los ojos llenos de desesperación y de odio. Rankstrail, una vez que vio que el hombre estaba a salvo, regresó al lado de sus hombres.

—Capitán, ¿qué hacemos? —preguntó Lisentrail de nuevo—. Capitán —repitió—, debemos hacer algo.

—Diles a los hombres que se queden quietos. Y recuerden. No los estoy entregando en manos del verdugo, porque aquí la justicia la administro yo. Al que desobedezca y ataque lo atravieso con mi espada.

—Capitán, no puedes quedarte sin hacer algo. Te matarán —insistió Lisentrail.

—Hagan lo que digo. No hay nada más que hacer —repitió sombrío el Capitán.

Había tomado una decisión. Si daba la orden de no hacer nada, lo asesinarían a él, no a sus hombres. Un soldado debe seguir órdenes y si la orden es quedarse quieto, no puede tomar la iniciativa. Además no podían masacrar al ejército Mercenario con los Orcos tan cerca. A sus hombres no les harían nada.

Recordó la mirada llena de furia de la niña. Pensó que le estaba salvando la vida a expensas de la propia y que ella jamás lo sabría. Además ya no podía vislumbrarla porque estaba a salvo en la garganta. El dragón taponaba el camino. El Capitán se preguntó hasta cuándo: ¿un día, dos, cinco, siempre? Tarde o temprano el dragón se quitaría de allí y entre Argniolo y la niña quedaría solo el guerrero con la espada y el cabello que centelleaba bajo la luna.

El dragón alzó el vuelo. El vientre blanco y vulnerable brilló bajo la luna.

El verde fantástico de sus alas llenó el cielo nocturno iluminado por una enorme luna.

Aun así, mientras preparaba su propia muerte, la mirada del Capitán se perdió en la magnificencia de aquel vuelo en el que se fundían el poder y la gracia. El Capitán comprendió: estaba por hacer que todo se derrumbara. El ejército de los harapientos estaba a salvo. Él podía darse por acabado.

Por otro lado, nada era inmortal. Tenía en cuenta que tarde o temprano tenía que morir.

Se quedó inmóvil y disfrutó el vuelo.

—¡Dispárenle! —gritó Lisentrail detrás de él—. ¡A la panza! ¡Ahí no rebotan!

La orden fue obedecida de inmediato. El Capitán no tuvo tiempo ni de darse vuelta cuando ya en el vientre del dragón se abrían innumerables ríos de sangre. Las flechas de la caballería ligera llegaron como una bandada de gaviñanes.

—¡NOOOO! —gritó el Capitán.

La llamarada del dragón iluminó el cielo e incendió los árboles centenarios. La criatura golpeó con toda la fuerza de su vuelo el flanco de la montaña y esta se derrumbó.

La tierra cayó, cayeron las piedras y los árboles quemados y el lodo. El derrumbe rodó enorme.

Cuando no cayeron más terrones y de nuevo fue posible ver alguna cosa, la garganta estaba cerrada para siempre. Del otro lado la niña, el joven guerrero y todos los harapientos estaban a salvo, inalcanzables.

El dragón yacía en el suelo.

Todavía lo agitaban los últimos sobresaltos de la agonía.

La tierra se había empapado con su sangre.

Millares de minúsculas margaritas nacieron, se abrieron y formaron un tapete en cuyo centro el dragón vivió sus últimos instantes.

Rankstrail descendió del caballo y lo mismo hicieron sus hombres. El lobo había logrado finalmente liberarse de la cuerda y estaba junto a él. Se acercaron despacio. El dragón se inmovilizó en la muerte. El viento sacudió las margaritas y sus pétalos comenzaron a caer.

El frío aumentó.

—Hombres —dijo el Capitán en voz baja—. Esta vez cometimos una estupidez.

Capítulo 18

El Capitán se volteó hacia Lisentrail.

—Hay muerte por insubordinación, Cabo —le dijo. Desde que combatían codo a codo era la primera vez que le hablaba con dureza.

El cabo le sostuvo la mirada.

—Y entonces moriré como murió el dragón, Capitán, pero tú seguirás con vida. Capitán, solo tú puedes detener a los Orcos. También mi gente está en los Confines de las Tierras Notas e incluso ellos no son cucarachas y tienen derecho a vivir.

Se quedaron mirándose.

Argniolo y los suyos llegaron victoriosos y jubilosos.

—¿Y el Elfo? —preguntó Argniolo desilusionado—. ¿La niña bruja?

—Todos quedaron debajo del deslizamiento —mintió el Capitán. Detrás de él sus hombres asintieron—. Hicimos caer al dragón sobre la montaña y la montaña se derrumbó. Dos pájaros de una pedrada. Todos muertos.

—Quizá alguno se salvó —se preocupó Argniolo, dudoso.

—A nosotros nos pareció que no. Todos están debajo del derrumbe. Ninguno sobrevivió —confirmó el Capitán—. No podemos estar seguros: había mucho polvo —de nuevo un murmullo de asentimiento se levantó en su armada.

—Hubiera sido mejor tener los cuerpos para mostrárselos al Juez.

—Entonces los tienen que matar ustedes, excelencia. Nosotros los Mercenarios, cuando podemos ahorrarnos algún esfuerzo, nos lo ahorramos.

El Capitán y Argniolo se quedaron mirándose.

—Quiero que vayas a mi tienda al amanecer, Capitán.

—Por supuesto, excelencia. Pero como las tiendas aún no están, ¿cómo sabré cuál será la suya?

—Las tiendas están en la carreta que nos ha seguido, junto con los valet. Estoy seguro de que tú y tus hombres las levantarían de manera muy veloz. Los Mercenarios son buenos para hacer cualquier cosa, dicen, y tú más que los otros. Corre la voz de que te has desempeñado de maravilla como vaquero; seguramente sabrás desempeñarte como mayordomo.

—Por supuesto, excelencia —respondió Rankstrail—, para mí sería un honor levantar su tienda. Sería un orgullo y un motivo de alarde poder prepararle el lecho. Perdona, excelencia, solo una cosa, porque además no quisiera hacerlo enojar jamás. Desde hace dos años estamos en la Montaña Partida y desde hace dos años no nos bañamos, tenemos unos piojos tan grandes como cucarachas, por no hablar de los chinches. ¿Usted está seguro de que después querrá dormir en el sitio donde pusimos las manos? No me atrevo a decirle lo que hacemos con nuestras manos y dónde las metemos, porque no es conversación para un caballero.

Argniolo lo miró con un odio gélido y el Capitán se lo correspondió con una sonrisa obsequiosa y una leve reverencia.

Los valet levantaron las tiendas de los caballeros.

Los Mercenarios durmieron en el suelo cerca del fuego. A la primera luz del amanecer el Capitán se presentó, desarmado y sin armadura, como la cortesía lo prescribía, en la tienda de Argniolo que se levantaba suntuosamente, en medio de la llanura, con sus colores blanco y carmesí alternados en rayas horizontales con el oro de los bordados.

Un extraño olor dulzón se esparcía por el campamento de los caballeros. Por todo el suelo estaban diseminados los pétalos que quedaban de las pequeñas margaritas formando una especie de tapete. Había muchas rojas por la sangre del dragón y se alternaban con otras blancas, repitiendo los colores de Daligar.

Argniolo lo esperaba adentro. Estaba sentado en un escaño, vestido de terciopelo y esperó largo rato después de que el Capitán entró, antes de darse vuelta hacia él para hablarle. Detrás de Argniolo una cortina dividía la tienda en dos: Rankstrail sintió que no estaban solos en la tienda, pero no se descompuso ni se impresionó, porque mientras esperaba con paciencia a que el otro se dignara percatarse de su presencia, notó por el rabillo del ojo que el lobo lo había seguido y estaba agazapado en la sombra.

Por fin Argniolo levantó los ojos hacia Rankstrail y le habló.

—No me has complacido, Capitán, pero al menos mataste al dragón. ¿Sabes qué es ese aroma?

—Me lo estaba preguntando, excelencia —repuso con sinceridad el Capitán.

—Estamos cocinando la carne del dragón.

—¿Ustedes están... qué? ¿Están cocinando al dragón? Pero...

—Será el banquete de los caballeros de Daligar, Capitán. Criados como una estirpe de héroes y nutridos con carne de dragón, de tal modo que su fuerza pase por nuestras venas y nos haga invencibles.

El Capitán tuvo que agotar todas sus fuerzas para controlar tanto las ganas de vomitar como de masacrar a Argniolo a patadas.

—¿Qué opina de esto? —preguntó todavía el otro.

—No sabría —respondió el Capitán, tratando de no entrar en detalles—. Yo me he comido un montón de murciélagos y no sé volar. Mi madre, que era una santa mujer, alimentó a miles de zancudos y estos no mejoraron su carácter. Pero, no sé, quizá tenga usted razón. ¿Comían muchas gallinas dónde usted vivía, excelencia?

Argniolo se puso de pie, indignado.

—No tengo intenciones de tolerar más tu arrogancia —profirió.

Hizo un movimiento del brazo y tres de sus hombres, armados, dotados de corazas relucientes y de espadas salieron detrás de la cortina y se plantaron frente al

Capitán que los examinó con interés. Cuando terminó de examinarlos se dirigió a Argniolo de nuevo.

—Bien —dijo—, si no tiene nada más para decirme, me despido. Parto mañana para la Montaña Partida, al mando tanto de la caballería como de la infantería ligera como ordenó el Conde de Daligar. Cada dos meses le enviaré mis despachos. Mis saludos a toda la comitiva.

El Capitán giró para irse. La voz gélida de Argniolo lo interrumpió.

—Capitán —dijo—, ¿ciertamente no pensarás que saldrás con vida de esta tienda?

—Claro que no, excelencia, soy inteligente y comprendí que estoy liquidado. Es mi lobo, el pobre animal que es realmente tonto, el que no entiende nada de nada. Si uno de sus hombres se mueve, el lobo le arrancará a usted el cuello. Como ya dije, me saluda a toda la comitiva.

El Capitán dio la vuelta de nuevo para irse. El lobo emitió un gruñido sordo.

—Tú y yo nos volveremos a encontrar —dijo Argniolo entre dientes.

—Claro, excelencia —aprobó una vez más el Capitán, sin siquiera voltearse—. Si ninguno de los dos muere, nos volveremos a encontrar.

Una vez fuera de la tienda, Rankstrail se agachó, recogió un puñado de pétalos de margarita, algunos blancos como la inocencia, otros rojos con la sangre del sacrificio y los mantuvo apretados entre el puño.

Cuando llegó al fuego del campamento de los Mercenarios, se arrodilló y vomitó hasta el alma. Lisentrail lo miró con preocupación, pero no osó decir palabra.

El Capitán se levantó, miró los pétalos que apretaba y luego los guardó dentro de su alforja. Sin mirarlo, le dio a Lisentrail la orden de reunir a todos los hombres para la partida. Llegarían a Daligar por la noche y al día siguiente, todos juntos, la infantería y ellos, partirían para la Montaña Partida.

Estaban ya sobre los caballos cuando alguno preguntó en voz baja:

—Los que están al otro lado del deslizamiento, ¿qué fin tendrán ahora?

—Del otro lado de las Montañas Oscuras está el mar —contestó Lisentrail—. El mar es un lugar donde hay agua por doquier, que siempre continúa y jamás se acaba. Beber, no, no se puede beber, por eso todavía hay tanta; sin embargo, por dentro está llena de cosas para comer. Y no solo peces. También los escollos que hay alrededor están cubiertos de cosas para comer, también la arena las tiene por dentro. El que está en el mar no sufre hambre.

—¿Y por qué no vamos nosotros también? —preguntó alguien—. A vivir allí.

—Porque están las Erinias —contestó Lisentrail.

—¿Quiénes?

—Las Furias. Los Ángeles de la Muerte. Los Espíritus de la Destrucción. Son tres fantasmas horribles, invencibles. Llegan desde el cielo a destruir todo lo que se

encuentran en el camino. Por esto en el mar no vive nadie. Hasta los piratas han dejado de ir allí. El que sobrepasa las Montañas Oscuras, tarde o temprano, tiene una muerte segura. Por eso se llaman las Montañas Oscuras. Quien las sobrepasa no vive mucho. Ni siquiera el dragón se las hubiera arreglado contra las Erinias, Capitán.

El Capitán no respondió, pero asintió y, así fuera por un instante, miró de nuevo a su segundo a la cara. Poco antes de llegar a Daligar, el Cabo tomó valor y se atrevió a dirigirle la palabra:

—Capitán —dijo—, debes tener más cuidado. Las cebollas, cuando tienen gusanos, no te sientan bien.

LIBRO II
EL ÚLTIMO FÉNIX

Capítulo 1

La primera luz del día apareció en el cielo sereno: el mar centelleó como un manto de seda clara. Dos nubes sutiles se recortaron pálidas y ligeras en el horizonte, en la trémula luz rosada. La brisa nocturna había soplado sobre la arena y la había ordenado en ondas leves, minúsculas colinas con cimas iluminadas por el amanecer y valles invadidos por la sombra, surcadas por las huellas de los cangrejos ermitaños y, al lado de estas, las de los gorriones y las gaviotas. Más tarde llegarían los cormoranes. El sol estaba a punto de remontarse sobre el acantilado altísimo, vertical, inaccesible, cubierto de hiedra y alcaparras en flor, casi tan alto como las montañas que brillaban a sus espaldas, verdes de bosques de encinas y castaños. El cielo comenzó a decolorarse por el este: el azul oscuro se convirtió en azul celeste, mientras las estrellas se debilitaban bajo la luz creciente. Una pareja de carrizos confluyó en el umbral del bosque a la sombra de un taray que comenzaba a marchitarse; allí todavía se retorció medio gusano. La trampa se disparó.

Los atrapó a los dos. Los pajaritos piaban con desesperación mientras se agitaban convulsos, pero la trampa era perfecta. La cuerda de cáñamo trenzado resistió alrededor de las minúsculas patas y una de ellas se quebró al esforzarse inútilmente por liberarse.

Al fin algo de comer.

Moron se apartó el cabello de la cara, recuperó el pedazo de gusano, agarró los carrizos, primero el más diminuto, probablemente la hembra, y luego el macho, y de un mordisco decidido les arrancó la cabecita: el piar cesó en forma brusca y de nuevo hubo silencio.

El muchacho se lamió la sangre que le había quedado en la boca para no desperdiciar ni una gota. Luego metió los dos cuerpecitos en la alforja: este sería el almuerzo. Las cabecitas pasaron de inmediato a ser señuelos; por lo tanto, con algo de suerte, tendría una cena. Era necesario además tomar una decisión sobre el medio gusano. Podía usarlo para enriquecer el almuerzo o dejarlo en su rol de señuelo con la esperanza de enriquecer la cena.

Moron hizo una rápida recapitulación mental de las posibilidades de la jornada. Un almuerzo con un tercio de onza de pájaros y una cena quizá con alguna cosa, quién sabe.

Y eso porque en realidad hoy le había ido bien.

Moron miró alrededor. La playa a esa hora de la mañana era un hervidero de actividad. Estaban los recolectores de coquinas, unas conchas minúsculas que duermen en la arena, tan pequeñas que no quitan el hambre sino que dan la ilusión de haber comido algo, lo que de todos modos es mejor que la certeza de no haber comido nada. Luego llegaría la mañana en pleno y la agitación se trasladaría al

acantilado, porque con la marea baja se hacen aseguibles los mejillones y las lapas; estos también son tan pequeños que no quitan el hambre sino que le hacen cosquillas al estómago. Mediodía: sol vertical y hora de almuerzo, si se tenía uno. Si no había almuerzo, el mediodía era igualmente productivo porque a esa hora los cangrejos buscan la sombra de las rocas enormes que cierran la bahía por el oeste; por consiguiente, todos se metían en el agua para intentar atraparlos. Por último, en la tarde, la actividad se desplazaría fuera del agua para buscar piñas; estas tenían un piñón dentro y a veces varios que, ni que lo hubieran hecho adrede, son cositas tan pequeñas que no quitan el hambre sino que lo llaman.

Moron le echó una ojeada a la playa, es decir, a la playa de Erbrow, que estaba debajo de la aldea, es decir, de la aldea de Erbrow, en el centro de la bahía que obviamente se llamaba bahía de Erbrow. Todo llevaba el nombre del dragón que había muerto para que ellos pudieran sobrevivir. Hasta la hija del Elfo, su alteza la Princesita, había sido llamada Erbrow: no fue necesario hacer un estudio sobre nombres.

En la playa el hervidero era particularmente ruidoso. Cala, la mujer de Creschio, y su amiga Robi, la mujer del Elfo, se reían como de costumbre, como un par de idiotas. Cala también había tenido una criatura: la suya era hombre y tenía un nombre absurdo que abreviaban como Chicco, y que en la lengua de su región significaba algo así como «Nubequevuela», vaya nombre idiota. Era probable que un híbrido entre una gallina y un gusano tuviera más cerebro que esas dos tontas juntas, porque hasta este, el híbrido entre el gusano y la gallina, hubiera entendido que en la playa se vivía muy mal y que no había nada de qué reírse. Robi y Cala empleaban la mitad de su tiempo buscando coquinas y la otra mitad buscando conchas estúpidas sin nada de comida adentro para hacerse collares inútiles o unas cosas insulsas que se metían entre el cabello: de vez en cuando alguien les decía cómo se llamaban, pero lo olvidaban. Robi se había casado con el Elfo Maldito hacía tres años. Hubo grandes bailes y fiestas, sin nada de comer como siempre. Invitaron también a los habitantes de Arstrid, la otra aldea de andrajosos muertos de hambre, que vivían en el cabo pequeño, el que cerraba la bahía al norte. Habían vivido allí mucho más tiempo que ellos, pero de todos modos eran igual de pobretones aunque había que reconocer que al menos en Arstrid había pollos y que para el matrimonio habían donado cinco gallinas y un gallo que ahora conformaban el gallinero de Erbrow, al parecer el útero intocable de la riqueza futura.

Los habitantes de Erbrow habían correspondido el regalo con un potro. Los dos caballos originarios, Rayo y Estrella, que habían sido arrastrados con dificultad por el camino que abrieron a patadas cuando escaparon, vivían en la playa. No se sabía bien para qué, pues no servían para nada y en cambio hubieran quedado bastante buenos en un estofado. Y así como estos no se podían hacer en estofado, tampoco se podían

hacer filetes con los p^orticos que llegaban puntuales con el cambio de estaci3n, uno cada dos a^os. Ahora en Er brow, siempre y cuando uno no se muriera de hambre antes, no se cayera por el acantilado o no se ahogara por cuenta propia, uno pod^oa ser atropellado por un caballo porque hab^oa una manada completa y los habitantes se pasaban el d^oa correteando en ellos de arriba abajo como tarados. A pesar de ser unos andrajosos muertos de hambre, en esa playa todos sab^oan cabalgar. Sin silla y al galope. No serv^oa para nada y aumentaba el hambre. *El* no, *el* se hab^oa rehusado.

En el matrimonio de los dos cretinos las dos comunidades se juraron lealtad absoluta y eterna; luego cada una continu3 se muri3ndose de hambre y miseria por cuenta propia. Al parecer, morir de hambre y miseria era la prerrogativa inquebrantable de los hombres libres junto a saber escribir, leer, cabalgar sin silla, saber nadar y andar por ah^oi medio desnudos como los salvajes, si es verdad que estos existen en alguna parte.

Detr^os de Cala, Solario, el m^os joven de los le^oadores que ten^oa barba y cabello rubio, buscaba coquinas con un solo brazo. En el otro sosten^oa al m^os peque^oo de sus hijos, que tambi3n re^oa como un tonto: era obvio que todos se divert^oan en esa maldita playa bajo el acantilado. Re^oan continuamente como una bandada de gaviotas borrachas; *el* nunca hab^oa o^odo gaviotas borrachas, pero sin duda habr^oan hecho un ruido como ese, una mezcla de gorgoteo y carcajadas. Esto lo enfurec^oa. De hecho, y ten^oa que reconocerlo, si *el* se hubiera quedado en la playa a buscar coquinas, habr^oa encontrado mucho m^os de comer que con sus trampas para carrizos, pero tendr^oa que soportar las carcajadas de Cala, las de Robi y adem^os a Solario que volver^oa a contarle c3mo eran de listos sus dos ni^os mayores, que ya sab^oan leer y nadar, o cu^oan enamorado estaba de su esposa Rimara. Esposa, no mujer, como siempre se hab^oa dicho; desde que hab^oan llegado al mar todos comenzaron a hablar como los Elfos. Solario se le hab^oa declarado a su esposa apenas hab^oan llegado a la playa, incluso antes de empezar a construir las casas, ante la felicidad de ser libre. Libre de hacer qu3, eso no era claro. De re^or continuamente como una gaviota borracha, de decirle estupideces a un ni^o que ni siquiera sab^oa hablar y de morir de hambre sobre una playa batida por todos los vientos excepto los provenientes del este; al menos estos los paraban las Monta^oas Oscuras.

Era innegable que ya no eran harapientos, porque para ser calificado como tal se necesita que uno tenga al menos los harapos. En ocho a^os sus trapos se hab^oan desgastado, roto, disuelto. Los jirones hab^oan quedado entre las zarzas. Hab^oan halado un hilo tras otro para transformarlos en sedales improvisados o para tejerlos en redes aun m^os precarias.

El resultado era un pueblo de seres libres y due^oos de su propio destino, pero no tan grandiosamente due^oos de un par de pantalones, porque no es que la libertad caliente mucho cuando el viento de tramontana sopla o el granizo pinta el mar de

blanco. Los que habían tenido hijos, desde Solario hasta el Elfo Maldito, que veinte meses atrás había tenido a su mocosa, pasaban medio desnudos el verano y el invierno porque con sus trapos habían vestido a sus niños. Yos, el gran jefe, heredero de todas las estirpes humanas, álficas y alguna otra cosa más, llevaba un trapo alrededor de la cintura y eso era todo. Las muchachas tenían las piernas descubiertas hasta la rodilla y los brazos expuestos, que no es para nada algo decente. Si Tracarna las viera así, ellas ya hubieran recibido una paliza encima de otra. Qué divertido. La parte más divertida de la historia es que mientras más harapientos y despreciables eran, más se hablaban entre ellos como si fueran nobles, señores o dueños de un feudo. Mi señor, ¿cómo marchan sus piojosos asuntos? Mi señora dama, ¿de qué morirá hoy? Caballero, ¿cómo está de lombrices?, si tiene alguna nos la engulliremos. Él mismo le había preguntado al Elfo por qué les hablaba a renegados y mendigos, a siervos y jornaleros, que ya ni trabajo tenían, como si fueran hijos de Reyes, y él le contestó que era la forma más rápida de hacerle entender a cualquiera que su dignidad era igual a la de un Rey. Como era posible que todos estuvieran habituados a asociar la dignidad con las ropas, el calzado y el oro, cuando no había ni oro ni calzado y las ropas escaseaban, era necesario mencionar la dignidad en cada frase para estar seguros de no olvidarla. El Elfo añadió que había dos cosas, el lenguaje y la misericordia, que, a pesar de no tener costo alguno, eran valores absolutos; era probable que esto tuviera sentido para un Elfo, pero él, Moron, que no lo era, todavía se preguntaba qué diantres quería decir aquello.

Moron trató de recordar el tiempo en que comer era un hábito. La memoria se perdió en lejanos y brumosos recuerdos antes de que el Elfo Maldito apareciera con su espada resplandeciente y su imbecilidad igualmente brillante, y los arrastrara a todos a aquella maldita playa a atiborrarse de rocío, hierba, algas, agua salada, corteza de árbol y de vez en cuando un pedazo de pescado podrido. Si alguna vez hubiera aprendido a nadar, tendría también coquinas, cangrejos y mejillones; si hubiera aprendido a escalar, también tendría la miel de mirto de los promontorios. Pero un soldado veterano no hace estas cosas, no escala y no nada; él no era ni una ardilla ni un pez: más bien prefería vivir de rocío y corteza de árbol. Y además no estaba seguro de que incluso si alguien le enseñaba, sería capaz de nadar y escalar el acantilado hasta donde viven las abejas, siempre con movimientos lentos como el Elfo les había mostrado, para no quedar reducidos a un montón de picaduras moradas y dolorosas. Nunca había sido muy bueno para aprender.

Hubiera podido atracarse en los charcos donde las garzas y los garzones correteaban en el fango listos para convertirse en un asado digno de tal nombre. Hubiera bastado con una trampita con medio pescado podrido, pero no se podía, estaba prohibido. El primer año, cuando llegaron todos hambrientos a la playa, hubo un jolgorio con la caza de las garzas y los garzones que de repente terminó porque se

los comieron todos. Cuando volvieron a aparecer se prohibió tocarlos para que su número pudiera aumentar y nunca faltaran los huevos. Se permitía capturar uno solo en casos excepcionales: para alimentar a un convaleciente o a una mujer que acabara de dar a luz. La caza de gaviotas si estaba permitida; las había por montones, lástima que fuera imposible atraparlas. No caían en las trampas y eran demasiado veloces para poder apedrearlas. Se necesitaría una honda o un arco, pero Moron no sabía usar ninguno de los dos.

«Antes» él comía. Los otros no; ahora comían más, no muchísimo, pero sin duda más que él, tenía que reconocerlo. Cuando no comían hablaban como los Elfos y esto de alguna manera les llenaba el estómago. Hay gente que tiene todas las cosas buenas de su lado: la estupidez, para mencionar una, que los hacía felices y gozosos con el trasero al aire, en una playa batida por todos los vientos menos uno. El elfo o también les enseñó a nadar, y si uno se defendía en el agua, encontraba las lapas por la mañana, los cangrejos al mediodía y, si les agregaba todo esto a las coquinas del amanecer, a lo mejor la mezcla era interesante. También les enseñó a usar el arco; las gaviotas eran buenas. Él no era capaz de usar el arco y se había rehusado a aprender a nadar. Era cosa de Elfos. Un soldado no tenía que saber nadar, y mucho menos un soldado veterano. Y tampoco saber leer y escribir. Cuando no nadaban leían, otro asunto de elfos y cretinos. Escribían las palabras en la arena y después las leían. Ni una gaviota anegada en cerveza haría esto, pero de todos modos escribir las palabras en la arena para ver después si sabían leerlas era nada comparado con las historias. En las tardes, si hacía buen tiempo, se reunían en la playa alrededor del fuego para contarse historias de gente que jamás había existido y que jamás podría existir porque eran realmente absurdas y además no se entendía nada. Algunas veces ni se las contaban: uno fingía ser un rey, el otro una princesa y así iba saliendo la historia. Se llamaba teatro. Una vez todos se pusieron a llorar porque Cala había hecho de princesa muerta. Como para no creérselo. Los soldados veteranos, en las tardes, se emborrachaban con cerveza que es cosa de hombres, no contaban historias que no existían ni en el cielo ni en la tierra y nunca se entendía lo que querían decir. Y aquí los otros se divertían hasta llorando por Cala que hacía de princesa muerta. Hay gente que tiene todo lo bueno de su lado.

Los otros, para ser honestos, no comían mucho en los tiempos de la Casa de los Huérfanos, el lugar donde vivían antes. La señora Tracarna, la verdadera jefe del orfanato, se encargaba de que no hubiera comida en abundancia, porque si un niño come lo que quiere, después tendrá un mal carácter. En efecto, los otros comían muy poco en la Casa de los Huérfanos, muchísimo menos que lo que comían ahora con las coquinas de la playa. Ellos dos, Creschio y Moron, los dos capataces de la Casa de los Huérfanos, eran los que en realidad comían. En primer lugar, la polenta se dividía en partes desiguales: ellos se encargaban de repartir las porciones. A ellos siempre les

correspondían las sobras cuando los «Vigilantes de la Casa de los Huérfanos», la Señora Tracarna y el Señor Stramazzo, dejaban algo que sobrara. Esto sucedía muy ocasionalmente, pues Stramazzo era una especie de barril sin fondo, pero sucedía.

Además, y aun más importante que la polenta, estaba la esperanza. Tarde o temprano ellos dos se convertirían en soldados: cuatro raciones de polenta diarias y una ración de cerdo dos veces al mes. Y tarde o temprano pasarían a ser soldados veteranos: cinco raciones de polenta diarias y dos de cerdo semanales y una pinta de cerveza para la fiesta del invierno y la de la luna nueva. Al pensar en la cerveza los ojos se le humedecieron de nostalgia. A él, como habitante de la Casa de los Huérfanos, no le correspondía nada de cerveza; sin embargo, en el fondo de los vasos de Tracarna y Stramazzo a menudo quedaba algo y entonces era toda una fiesta.

Las cosas no habían sido siempre tan buenas. Al principio había sido duro, todavía más duro que en su casa, donde liada era cosa de broma. Había sido el largo periodo de las manzanas resecas y la polenta con gusanos, divididas siempre en partes desiguales, ya que el encargado de repartir las porciones era otro. Los golpes también se dividían en partes desiguales, pero al contrario de la polenta: si acababas de llegar, más golpes te tocaban. Ni siquiera entonces se había desesperado. Bastaba con resistir. Incluso si no sabías hacer nada, si no sabías decir nada, si no eras nadie, tarde o temprano, si no morías, crecías. Te asignaban el puesto de capataz y después el de soldado y, al final, la felicidad en la tierra: te nombraban soldado veterano.

El día en que el Elfo llegó junto con su amigo el dragón, hubo una borrachera y una comilona colosales con la cerveza y los pollos de Tracarna y Stramazzo, e incluso entonces Moron había pensado que era una estupidez irse de allí, dejar algo seguro a cambio de algo inseguro; lástima que no hubiera nadie a quién decírselo. Hasta Creschio que desde siempre había sido su doble, su otra mitad, había desaparecido de su lado para estar junto a esa melindrosa de Cala y estar pendientes de las palabras del Elfo, babeándose con sus idioteces. Como para no creérselo.

Y después, durante el viaje irracional e increíble al que el Elfo los había arrastrado a ellos y a todos los mendigos y andrajosos de todas las regiones del Condado, Moron siguió pensando que era una completa estupidez, pero tampoco allí encontró a quién decírselo. Todos detrás del lunático: cuando al menos el cansancio y el dolor en los pies hubieran podido detenerlos, el lunático les contaba un montón de cuentos, cada uno más absurdo que el anterior, y ellos recobraban el ánimo y comenzaban a caminar. Ni siquiera se asustaron cuando se encontraron frente a la caballería de Daligar. El lunático les contó alguna historia de héroes luminosos y aquellos andrajosos, que nunca en la vida habían hecho nada fuera de mendigar, se convirtieron en guerreros y decidieron que no se rendirían ante nadie, ni siquiera si los mataban, ni siquiera si los nombraban soldados veteranos. Después, al final, si no hubiera sido porque el dragón se hizo matar para salvarlos, la caballería de Daligar

los hubiera masacrado a todos. A todos: hasta al último lisiado pulgoso, hasta al último niño tiñoso.

Como para no creérselo.

Y no se enojaron con el Elfo Maldito que los había arrastrado a arriesgar su andrajosa y pulgosa vida. En cambio, por todos los cielos: ¡todos resultaron ser héroes!

Como para no creérselo.

Y después, por último, llegaron a esta playa, como si el mar fuera un lugar a dónde llegar con toda esa agua azul y esas islas verdes, el cabo y las gaviotas. Y hasta podía tolerar el agua y las gaviotas: lo que en realidad no se soportaba era a la niña, a la Medio-Elfo. Era una chiquilla común y corriente, pero cuando nació parecía que hubiera nacido quién sabe qué princesa.

Cuando a él, Moron, le daba fiebre durante su niñez, lo mandaban a buscar de comer junto con los demás y su madre lo mantenía en pie al ritmo de las cachetadas si no era capaz de sostenerse solo. Si la chiquilla estornudaba, parecía el fin del mundo. Siempre estaba en los brazos del padre, ni que hubiera nacido tullida; pero no, por el contrario, caminaba muy bien. A él, Moron, jamás lo había tenido nadie en brazos: en su casa sí los sabían criar.

Cuando nacía un hijo, se cuidaba solo, y cuando sobraban hijos, los llevaban a la Casa de los Huérfanos; porque no había ido solo a la Casa de los Huérfanos.

Él, Moron, se había pasado toda la vida rascándose por las garrapatas y los zancudos y esto no le había hecho mayor daño, ni se había muerto. La primera vez que un zancudo picó a su alteza la Princesita, su padre acabó con el último pedazo de su ropa para halarle los hilos y hacer una especie de red que no dejara pasar nada que tuviera alas, como si a los niños que comparten la sangre con los zancudos les pasara algo.

Al principio, cuando llegaron a la playa establecieron reglas. De todas las cosas que sucedieron, esta fue la más tonta.

Cada uno decía algo y eso pasaba a ser una regla del lugar, porque los lugares deben tener reglas.

Dijeron que uno podía hacer lo que quisiera: leer, escribir y otras tonterías más. Incluso se le podía poner a la hija el nombre de un dragón. Incluso se podía andar medio desnudo por ahí, lo cual estaría vedado en otro sitio. Él, Moron, por suerte, había quedado más o menos igual, pero Robi había crecido tanto que ya no cabía en sus viejos harapos. Su marido, su alteza el Elfo, iba medio desnudo no solo porque había tenido una hija, sino porque con su ropa también se había vestido su mujer y el vestido le había servido bastante. Robi, que había sido una especie de inmundicia en la Casa de los Huérfanos, toda peluda, huesuda y dientona, se había convertido en una muchachota. A fuerza de nadar desarrolló un par de hombros que si regresara a

Daligar, nadie le quitaría el puesto de picapedrero en las minas del Juez Administrador.

Un montón de reglas tontas para decir cosas tontas y sobre las cosas reales no decían nada: nada sobre cómo convertirse en soldado veterano. Cuando «fundaron la ciudad», como decían los demás, porque aquel montón de miserias según ellos era una ciudad, cada uno había dicho algo. Él, Moron, había dicho que si también podía ser un Elfo, pero él lo había dicho adrede, para que entendieran que con todas esas reglas cretinas habían olvidado prohibirles a los Elfos vivir entre los demás como si fueran personas. Pero no lo entendieron, y que «uno también puede ser un Elfo» pasó a ser una de las reglas de aquel lugar de mentecatos.

Una locura. Y nadie a quién decírselo. Ni siquiera a Creschio. Ni siquiera a él. Como para no creérselo.

Desde siempre habían sido una misma pieza solo ellos dos, Creschio y Moron. Hasta sus nombres formaban uno solo, Creschioymoron: los decían siempre juntos porque donde estaba uno estaba el otro.

A decir verdad era el otro, Creschio, el que tomaba la iniciativa, el que decidía, el que atrapaba animalitos para comer, el que regulaba la repartición de los hurtos, el que curaba las heridas y decidía los castigos. Él, Moron, se limitaba a estar a su lado y a estar de acuerdo, que no es poca cosa, porque los capataces de todas maneras deben ser dos y, por lo tanto, su presencia era fundamental e indispensable. Tan fundamental e indispensable que Creschio tuvo que seguir teniéndolo a su lado incluso cuando se pelearon. En realidad fue Creschio el que se disgustó cuando murió el hermano menor de Moron. Creschio se enojó y le dijo que no podía dejarlo morir, que tenía que darle más comida, ayudarlo, hacerlo trabajar menos, estar a su lado. Tonterías. En la Casa de los Huérfanos la regla era la misma que en su casa: cada uno para sí mismo y los Dioses, si existen, para todos. No era culpa suya que su hermano fuera pequeño, idiota y se dejara robar la polenta. Era lícito robarle la polenta al que fuera tan tonto que se la dejara robar. Él, Moron, se la robaba. No por nada era su hermano.

Luego, sin embargo, para reanudar su amistad con Creschio, lo siguió durante todo el viaje absurdo detrás del Elfo. Incluso había estado cerca de él cuando un grupo de caballeros de Daligar, con sus armaduras centelleantes, había rodeado al Elfo y este los había rechazado.

No era justo que ahora Creschio anduviera siempre solo.

Para ser exactos, tampoco solo: siempre detrás de Cala. Siempre detrás del Elfo.

Ya ni quería llamarse Creschio. Decía que le recordaba la Casa de los Huérfanos, como si fuera algo que hubiera que olvidar. Tracarna sostenía al respecto que a los niños había que ponerles nombres cortos como a los perros y había dejado cojo su nombre original, Caren Aschiol, literalmente «Halcón de las Colinas» en la lengua de

la gente de los pantanos del Norte de donde venía Creschio. O mejor: el Pueblo al que pertenecía, como él decía, ahora que todos hablaban como el Elfo Maldito. También esa melindrosa de Cala venía del mismo lugar, de los pantanos del Norte. Su nombre era en realidad Cail Ara, «Luna Nueva». Este debía ser el motivo por el que ahora estaban juntos, porque no era posible que alguien como Creschio le encontrara algún atractivo a esa pequeña e insoportable melindrosa.

Él, Moron, se llamaba así ya de por sí. Un buen nombre que no quiere decir nada, excepto para llamarte cuando alguien te necesite. Tracarna no había tenido que recortarle nada.

Robi también tenía un nombre del mismo género: no quería decir nada y se decía de prisa.

El nombre de Moron había sido escogido por su madre: cada hijo que tenía recibía el nombre del primer sonido que se le venía a la cabeza. Cuando él nació había habido una extraordinaria mortandad de pollos y a él lo llamó Moron, eso era todo. Llegar a la Casa de los Huérfanos tampoco había sido gran cosa: un día ya eran demasiados en su casa y lo escogieron a él para quitárselo de encima.

La falta de Creschio, Caren Aschiol, Halcón de las Colinas, absolutamente ausente a pocos pasos de él, detrás del Elfo y detrás de Cala, le era insoportable. Ese era el suplicio. Más que el hambre y mucho más que la pérdida definitiva del sueño de poder convertirse en soldado veterano. Oír su voz, que ya nunca hablaba con él, era como una herida abierta. Incluso él, en el fondo, sabía que era solo por Creschio que, en su recuerdo, la polenta llena de gusanos de Tracarna cobraba el matiz dorado del alimento de los Dioses.

Moron se desató el pedazo de cuerda preciosísima que tenía amarrada en la cintura. Era su sedal. Le pegó una de las cabecitas de carrizo y se encaminó hacia el Escollo del Orco Tonto o del Último Orco, como algunos lo llamaban. El Escollo del Orco Tonto era una roca muy pequeña que se levantaba en la mitad de la bahía y que tenía una forma curiosa como de dos enormes plantas de pie. El brazo de un banco arenoso conectaba el escollo con el cabo que cerraba la bahía al norte. Era un buen lugar para pescar, pues estaba en medio del paso de los sargos hacia el mar abierto, pero era peligroso para alguien que no supiera nadar, porque la marea alta lo sumergía por completo por una altura superior a la estatura de una persona. Tenía el nombre de Srakkiolo, un personaje legendario, un protagonista omnipresente en todas las historias y las baladas de Orcos. Debía ser el Último Orco, el que había quedado después de que el Pueblo de los Hombres había logrado expulsarlos a todos. Srakkiolo tenía la función reconfortante de ganarse una gran cantidad de golpes y salir derrotado y avergonzado de sus aventuras. Era absolutamente excepcional tanto en imbecilidad como en crueldad. Supuestamente Srakkiolo había llegado al escollo para capturar el primer rayo del sol naciente y usarlo para enceguecer a sus enemigos

y había muerto sumergido por la marea alta.

Moron se acuclilló en el escollo: no había peligro, la marea alta llegaría solo en las primeras horas de la mañana. Bajó el sedal y esperó: con un poco de suerte atraparía un sargo.

Cerca de él la chiquilla melindrosa estaba como siempre en los brazos del padre. Moron deseó con toda su alma poder echarle el guante un día cuando no estuvieran ni su padre ni su madre. Quizá, de todos sus sueños, era el único que todavía subsistía. El Elfo bajó a su hija para que se parara en el escollo. Moron miró a la niña y deseó con todas sus fuerzas que cayera en ese maldito mar que tenía el color de sus ojos, según decían todos, y muriera, de una vez por todas.

Capítulo 2

Erbrow miraba el mar.

Su padre levantó la cabeza y la brisa le desordenó el cabello. El sol tropezó en ellos y los hizo brillar. La niña rio; le gustaba aquel juego de luces en el cabello de su padre. Él era fuerte, sencillo y tenía un cabello rubio que reflejaba el sol.

Su mamá era fuerte, suave y tenía el cabello negro como el suyo. La luz se deslizaba en él sin detenerse, pero era igualmente hermoso, porque hacía ondas y allí uno podía hundir el rostro para dormir. Su padre era del Pueblo de los Elfos y tenía el olor del aire y del viento; su mamá era del Pueblo de los Hombres y tenía el olor del mar y de la tierra, pero en la mañana los olores se mezclaban porque su papá y su mamá dormían abrazados. Ella, Erbrow, tenía el nombre del último de los dragones. El mundo era hermoso. El mar tenía el color de sus ojos, pero podía matarla y por ello no tenía permiso de acercarse al agua si no estaba con papá y mamá, y ahora estaba con papá. Los pájaros volaban. Los niños no, ni siquiera los que se llamaban como un dragón, y esto era una lástima; sin embargo, para compensar, los niños sabían comer y escuchar cuando alguien contaba una historia. Ahora su papá le estaba contando una historia sobre las anchoas. Una hermosa historia, una de esas donde las cosas se ven.

—¿Comprendes? —le explicó Yorsh—. Nuestro problema es encontrar alimento fácilmente y de forma continua.

—Papilla —dijo Erbrow señalando las anchoas con el dedo.

—Claro, nena —aprobó su padre—. Las anchoas se comen. Y se conservan también. Tenemos que encontrar la manera de reconstruir las salinas. Eran tanques donde se ponía el agua de mar para recuperar la sal. ¿Entiendes?, si tenemos una buena cantidad de sal, podremos salar las anchoas en verano cuando atrapamos tantas, y después las tendremos en invierno, cuando las olas son altas y el mar nos rechaza. Creo que las salinas estaban entre el promontorio y las lagunas: allí quedaron señas como de unos tanques cuadrados y grandes.

Erbrow miró entre el promontorio grande y las lagunas bajo la cascada del Dogon. Vio los pinos cuyas copas se abrían como inmensas nubes verdes, los cañaverales y los higos espinosos. Todo era verde o azul, excepto los garzones y las gaviotas. De repente todo se volvió blanco. Unos tanques grandes reflejaban el cielo y se alternaban en cuadrados de una blancura resplandeciente. Había unas casas que tenían pegadas unas alas enormes como de garzones, y Erbrow entendió que servían para mover el agua utilizando la fuerza del viento. La imagen de estas permaneció por algunos instantes; luego, como la de los cuadrados de agua en los que se reflejaban, vaciló y desapareció.

Erbrow se dio vuelta hacia su padre y asintió: sabía qué eran las salinas.

Yorsh calló. Estaba tratando de entender cómo funcionaban las corrientes en la bahía y cómo y por qué se movilizaban los bancos de anchoas. Si ponían las redes al principio de la embocadura del canal entre la más pequeña de las islitas que estaban frente a la bahía y el cabo que la cerraba al sur, probablemente podrían pescar lo suficiente como para alimentarse todos y tener el tiempo suficiente para dedicarse también a otra cosa. De frente al promontorio de Arstrid, el que cerraba la bahía al norte, había seis islas pequeñas verdísimas que habían sido bautizadas según su forma: Isla Plana, Isla Perforada, la Cabra, la Vaca, el Toro y la Mesa. Al comienzo de su permanencia en la playa, Yorsh las había explorado rápidamente: se había limitado, con un esfuerzo considerable a causa de la corriente, a arribar a la playa o al acantilado. Había comprobado, con una ojeada, que nada útil vivía allí y se había ido. En esa época era el único nadador del grupo, aunque la palabra nadador era inapropiada para definir la capacidad de imaginar ser un pez y moverse en el agua como tal. Ahora muchos otros sabían nadar: si fuera necesario regresar a las islas, podrían hacerlo.

—Si atrapáramos suficientes anchoas, también evitaríamos que algunos se coman los carrizos —agregó mientras le lanzaba una mirada severa a la figura encorvada de Moron que brincaba en la playa— y que destruyan criaturas magníficas sin siquiera saciar su hambre.

—Pío pío, no daño.

—No se les hace daño a los pajaritos. Las gallinas son pájaros que se pueden comer.

—Pío pío, papilla.

—Sí, gallina, pájaro que se come. ¿Ves?, no es que las gallinas no piensen, pobres criaturas. Sin embargo no vuelan y con una gallina se alimentan por lo menos seis personas. Es justo que los humanos se coman a otras criaturas y con tal de que un niño no padezca hambre estoy dispuesto a torcerle el cuello a los carrizos con mis manos. Pero siempre que sea posible debemos respetar a los otros habitantes del mundo y hacer elecciones que causen el menor sufrimiento posible. Nosotros no podemos alcanzar el bien absoluto: nuestro objetivo es el mal menor.

—No papilla, pío pío. No daño, pío pío —concordó Erbrow.

—Sí. Los pajaritos no se comen. Y nunca se les hace daño. No se matan los carrizos, sobre todo si se vive en un lugar donde abundan las coquinas y las anchoas.

Yorsh se levantó y permaneció de pie en la brisa, sobre el arrecife, en el reflejo del sol en el agua. Miró su casa, la suya y la de Robi, la que estaba más al occidente. Era tan feliz que tenía la impresión de que la luz lo atravesaba; a tal punto le parecía ser parte de ella.

Luego miró a Moron que ahora estaba trepado en el Escollo del Orco Tonto no muy lejos de él, y giró para seguir el banco de anchoas.

De repente, la luz disminuyó y una lámina de hielo la atravesó. La niña alzó la mirada al cielo donde el sol seguía brillando y luego miró las copas de los árboles inmóviles, pues el viento no se había levantado. Buscó con la mirada y finalmente comprendió. No era el frío el que la helaba, sino el odio.

El hombre del odio estaba a pocos pies de ella subido en el Escollo del Orco Tonto para atrapar cualquier pez con su sedal descosido. Le lanzó a su padre una mirada malévola como las que le lanzaba también a su madre, pero eso era nada comparado con la esencia de odio puro que sentía por ella.

El hombre del odio giró y su mirada la embistió de lleno. Era una mirada terrible. El hombre nunca se la lanzaba cuando su padre o su madre pudieran verlo, sino cuando solo ella podía verlo. Esa mirada significaba que tarde o temprano lograría ponerle las manos encima cuando sus padres no estuvieran y entonces no tendría piedad.

Erbrow se tambaleó.

Perdió el equilibrio. Trató de aferrarse a la mano de su padre que estaba avanzando hacia el límite del arrecife para observar a las anchoas, pero no alcanzó. Cayó al agua. Sintió que el mar le entraba por los ojos y la nariz y también por la boca cuando la abrió para llorar. Ni siquiera entonces soltó su muñeca.

Capítulo 3

El corazón de Yorsh se detuvo por un instante. Un instante después ya estaba en el agua con la mano sobre el pecho de su hija.

La pequeña no sabía nadar.

Cuando llegaron a la playa Yorsh había intentado enseñarle a nadar a Robi. Le explicó el concepto de la «delfindad», es decir, pensar de manera intensa que se es un delfín, pero Robi por poco se ahoga. Después de tragar tal cantidad de agua que era asombroso que todavía quedara algo en el mar, desarrolló una técnica análoga a la de las ranas de los estanques que permitía mantener la cabeza afuera para respirar. Se la enseñó a todos los demás y ahora solamente Moron y los niños más pequeños no sabían nadar. Tanto Yorsh como Robi se habían dado cuenta de que no era siempre fácil para los jóvenes Elfos distinguir cuáles de sus capacidades eran solo suyas y cuáles eran también de la raza humana. Temerosos de equivocarse y de poner a Erbrow en peligro al atribuirle poderes álficos, decidieron que Robi se encargaría de enseñarle a nadar apenas estuviera un poco más grande. Al vivir en una playa era inevitable que ya Erbrow en algunas ocasiones hubiera terminado bajo el agua y el resultado habían sido grandes accesos de tos y de llanto, con base en los cuales Yorsh dedujo que solo la técnica de la madre podría salvarla en el mar.

Mientras agarraba a la niña, Yorsh pensó en la delfindad y la llevó de nuevo a la superficie. La hazaña duró unos pocos segundos. Erbrow se echó a reír como loca. No tosió ni se frotó los ojos por la molestia de haberlos tenido abiertos.

—Ota —dijo toda alegre.

—¿Otra vez? —preguntó Yorsh.

—Ota —confirmó la pequeña.

Yorsh comprendió. La sostuvo con firmeza con la mano y la deslizó bajo la superficie del agua. Erbrow miró alrededor riendo, señaló una estrella de mar en el fondo y se lanzó sobre un pequeño pulpo mimetizado en una roca cerca de ellos que escapó aterrorizado, dejando a sus espaldas una estela de tinta.

Estaba en el agua como un delfín. Yorsh la volvió a tomar en sus brazos y ella no paraba de reír. Recordó que cada vez que había caído en el mar y había tragado agua él no la estaba tocando. Tal vez el contacto era suficiente para transmitirle sus poderes. Con Erbrow, el dragón recién nacido, también se había comunicado a través del contacto físico. Su hija debió haber heredado su magia parcial o totalmente.

—Ten cuidado, pequeñita —le dijo con dulzura—, nosotros tenemos pulmones, no branquias. Podemos ir tan hondo como queramos, pero debemos regresar a la superficie para respirar.

—¿Puff?

—Sí, exacto, puff, respirar.

Yorsh le permitió regresar al agua. A intervalos la traía de nuevo a la superficie para hacerle tomar aire, hasta asegurarse de que Erbrow había entendido.

Capítulo 4

Cuando cayó al mar, el agua le entró por la boca y la nariz y le cortó la respiración. Solo veía sombras. Todo estaba frío. Estaba a punto de ponerse a llorar. Luego su papá la agarró y la respiración regresó, el frío pasó y sus ojos comenzaron a ver como siempre veían: podía distinguir uno por uno los hilos de su ropa. En el agua el odio del hombre del odio se había disuelto y se había ido. El mar tenía el mismo color de sus ojos y no podía matarla. Mientras el mar la protegiera, la mirada del hombre del odio no podía tocarla, aun si estaba cerca de ella. Papá no entendía, porque el odio que el hombre del odio sentía por él era pequeño y papá era grande, y el odio era como el viento: mueve poco a las personas grandes; son los niños los que deben ser tomados en brazos, pues de lo contrario no logran sostenerse en pie. Erbrow ya no estaba desarmada. El hombre del odio no sabía nadar: podía escapar a un lugar donde él no podía seguirla ni mirarla.

Erbrow logró decirle a su papá que quería permanecer en el mar. Por suerte él entendió y se lo permitió. Le explicó cómo debía respirar como si ella todavía no lo hubiera comprendido, y después de un jueguito un poco tonto en el que tenía que subir y bajar, finalmente la dejó ir. Ahora tenía que escapar lo más rápido que pudiera, lo más lejos que pudiera, lejos del hombre del odio y de sus ojos.

El mar era enorme, bello como el mundo de afuera al que no se asemejaba en nada, y además allí ella sabía volar.

Abrió los brazos y voló a través del agua salada que a veces la sostenía y a veces la abrazaba.

Encontró un grupo de pececitos pequeñísimos de un azul tan encendido que parecían brillar.

Encontró una pared llena de florecillas extrañas, amarillas como el sol del atardecer. No eran como las flores de la tierra que se quedaban quietas: a su paso la saludaron con alegre cortesía cerrando sus pétalos como los dedos de un puño.

Encontró un prado de hierba altísima como jamás había visto. Sobre el prado había un banco de peces de rayas verdes y doradas que brillaban bajo el sol.

Pasó por debajo de árboles morados que se abrían en abanico y por encima de arbustos blancos llenos de flores que también cerraban sus pétalos para saludar a los niños.

Al final arribó a una isla verde llena de pájaros y de nidos, en la que encontró un animal malvado que devoraba la inocencia.

Capítulo 5

La pequeña no quería saber nada de quedarse entre sus brazos: quería regresar al agua para jugar. Se le deslizó, veloz como un pecesito, y se sumergió de nuevo. Voló a través del agua con los brazos abiertos como los carrizos y las gaviotas, y luego aprendió a impulsarse dando un golpe firme con las piernas juntas, como lo hacía Yorsh. Era veloz como él. Yorsh la dejó ir bajo el agua a jugar con un cardumen de castañuelas recién nacidas, pececillos que brillaban con un azul intenso que reflejaba la luz. Cuando Erbrow se cansó de las castañuelas y se alejó, Yorsh la siguió, pero ella seguía riéndose y no era fácil atraparla. Pequeña como era, pasó por un estrecho arco de rocas demasiado angosto para él. Yorsh se devolvió y tuvo que dar la vuelta alrededor de un peñasco enorme. Cuando finalmente llegó a la salida del arco la pequeña ya iba lejísimos, entre las posidonias que ondeaban perezosas, interrumpidas por dos rocas grandes, tan altas como una casa. Las rocas se volvieron más densas, cada vez más sombreadas por los abanicos blancos y morados de las enormes gorgonias que fragmentaban la luz en un diseño de bóvedas y arcos y que se abrían al paso de Erbrow, mientras los pulpos cerraban con brusquedad sus pequeños tentáculos, como en un puño. Frente a Yorsh se interpuso una pared de sargos y anchoas cuya luminiscencia de plata y acero ocultó por un instante la figura de la niña. Cuando logró alcanzarla la llevó hacia la superficie para no estar muy alejados de esta en el momento en que apareciera la necesidad de tomar aire. La pequeña se quedó todavía a pocos palmos de profundidad a mirar una minúscula langosta y después salió.

—¿Papilla? —le preguntó a Yorsh, interesada, siempre con su muñeca en la mano.

—No sabría —respondió el padre que miraba la langostita, dudoso—, no creo: tiene una forma demasiado absurda.

Yorsh miró alrededor. Estaban en la playa de la Mesa, la más grande de las islas frente a la bahía.

Acababa de aprender otra cosa que no está escrita ni en los pergaminos ni en los libros: la corriente no es igual en todas partes. Puede ser muy fuerte en la superficie y estar por completo ausente a pocos palmos de profundidad. Los escritores de los textos de geografía marina quizá nunca se habían aventurado detrás de las salpas, entre los sargos y sobre las praderas de posidonias y no sabían lo que se habían perdido.

La isla era verdísima y estaba cubierta por completo de tojos y arbustos de mirto. Era una colina alta que remataba en una gran meseta que le daba el nombre. Esta vez Yorsh decidió explorarla; así le daría tiempo a su hija para reposar y calentarse antes de regresar.

La tomó en sus brazos y se encaminó. Subió la pared oriental de la colina que le pareció la menos escarpada y alcanzó la planicie de la cima. Una vez estuvo allí en lo alto, se dio vuelta para mirar la bahía de Erbrow. Se quedó sin aliento: vista de lejos, desde el mar, parecía en realidad un dragón acostado, un enorme dragón durmiente. Vio las casas diseminadas entre la playa y el promontorio grande, y reconoció la suya. La habían construido apilando piedras, pedazos de roca romos, troncos abatidos por el viento o por las dos hachas que poseían, maderos traídos por las olas y pulidos por el agua del mar. El resultado eran paredes desiguales y sólidas, puertas torcidas que cerraban de manera precaria los vanos sin bisagras; su aspecto se hacía menos rústico con los complicados arabescos que alternaban conchas con piedras de colores, fragmentos de piñas y esqueletos de erizos marinos. Las construcciones se destacaban con su color claro, entre el gris y el rosado, en medio del azul resplandeciente del mar y el verde exuberante de los promontorios cubiertos de tojos y pinos. En el centro de cada casa había una chimenea cuyo humo salía hacia arriba por un agujero que interrumpía el techo, hecho de juncos entrelazados y arcilla. La arcilla la recogían en los dos cabos que cerraban la bahía por el norte y el sureste, y los juncos bordeaban las lagunas salobres que reemplazaban la playa alrededor del punto en el que, después de formar una cascada espectacular, el Dogon se empantanaba en una serie de ciénagas. Incluso a esa distancia, desde la isla se veían los grandes garzones grises y las pequeñas garzas blancas que se disputaban las ranas en el agua poco profunda. La bahía eran tan rica, exuberante y floreciente, prácticamente rebosante en alimento, que hasta ellos, una miserable concentración de fugitivos y mendigos en la que los niños y los enfermos eran cuatro por cada adulto capaz, con dos zapas y dos hachas como único patrimonio común, habían logrado sobrevivir, casi prosperar.

Por mucho que lo rumiara, Yorsh seguía sin entender por qué, antes de la llegada de ellos, el lugar estaba deshabitado. El sentido común y los libros de la antigua biblioteca donde había pasado trece años de su vida eran categóricos al respecto: los lugares deshabitados o eran desolados e inhóspitos como el vientre de un escorpión, o sobre ellos pesaba algún peligro aterrador que los hacía inapropiados para el espinoso arte de la supervivencia. Ese había sido el destino de Yernish, la mítica Tierra de los Grifos expulsados por una invasión de Quimeras, a su vez extinguidas por una guerra despiadada contra las Arpías, abatidas finalmente por la legendaria sequía de la segunda dinastía rúnica. Cuando a Yernish la inundó una lluvia ininterrumpida de cuarenta días y cuarenta noches que ahogó de forma definitiva a las pocas Arpías que habían sobrevivido la sequía, e incluso hasta al último pollito implume, algunas poblaciones nómadas se establecieron en la zona y fundaron una ciudad caravanera hecha de tiendas con los colores del viento y del sol, llamada Lakkil, que en la lengua local significa «la Fortunilla».

—El hecho de que este lugar estuviera deshabitado antes de nuestra llegada me

genera sospechas. No quisiera que ocultara algún peligro.

—Daño.

—Exacto: un peligro es algo que hace daño. De otro lado, en todos estos años no ha aparecido nada más peligroso que un temporal.

Yorsh se quedó mirando la playa. Al norte la bahía grande estaba bordeada por el cabo de Arstrid. Al sur estaba cerrada por un acantilado altísimo, vertical e infranqueable que se volvía ciclópeo en la parte occidental cuya cima albergaba a una nutrida colonia de águilas marinas. Eran pájaros fuertes y fieros que se zambullían en las olas para resurgir con peces grandes entre las garras; tenían una mirada directa y penetrante que no recordaba la de ningún otro animal.

Luego reencontró en la playa la forma de Erbrow, su hermano dragón tendido al sol: la cabeza era el promontorio septentrional, la cola el meridional; el cuerpo lo dibujaba el enorme y verdísimo acantilado en forma de arco, y la cascada estaba allí, en el punto en el que las alas se recogen alrededor del cuerpo del dragón durmiente.

—¡Erbrow! —dijo conmovido.

La niña lo abrazó, pues pensó que la había llamado. Le puso la cabeza en el pecho y luego pataleó para que la bajara. Yorsh le besó el cabello y la dejó ir. No parecía que allí hubiera peligros: la meseta era de roca sólida coronada por centenares de perdices blancas que, al ellos pasar, levantaron el vuelo y llenaron el cielo. Sus nidos, con huevos o con pichones indefensos, simplemente estaban apoyados sobre la roca, por lo cual Yorsh dedujo que en la isla no debía haber depredadores, ni serpientes, ni roedores.

—No toques los nidos ni los huevos —le recomendó a Erbrow que miraba fascinada—, y mucho menos a los pequeños.

—No daño, pío pío —confirmó ella.

Se estaba encaminando hacia el norte donde le pareció ver unas cuevas escondidas entre los arbustos, cuando la voz de Erbrow lo reclamó.

—Pío pío, papilla daño —afirmó con decisión.

—¿Una gallina que se siente mal? —tradujo Yorsh, atónito—. ¿Estás segura?

—Pío pío, papilla daño —repitió la pequeña.

Señaló una cosa grande y blanca, un poco más abajo de ellos, en una pequeña cueva parcialmente escondida por un arbusto de saúco. Yorsh se acercó: era sin lugar a dudas la gallina más grande que había visto; era casi tan grande como un perro. Estaba recubierta de magníficas plumas blancas con matices plateados y azules que aun en la penumbra resplandecían y que producían un gozo especial al mirarlas, como cuando el sol brilla sobre el mar o la luna sale detrás de las nubes. A pesar de su plumaje radiante, el animal parecía sufrir. Quizá solo estaba asustado por la presencia de ellos: debían ser los primeros en pisar la isla desde tiempos inmemorables. La criatura se arrinconó y comenzó a emitir un lamento agudo,

desagradable, resentido y lastimero que le hubiera partido el corazón a una piedra.

—¿Pío pío, papilla? —preguntó Erbrow.

—No sé —murmuró Yorsh—, no estoy completamente seguro de que sea una gallina. Es demasiado grande y además las gallinas ululan. Y también el plumaje... Tal vez se lamenta porque está herida. Quizá se puede curar.

—¡Papilla! —dijo Erbrow con decisión—. ¡Papilla! —repitió.

Yorsh no entendió si la pequeña tenía hambre o si quería comerse a la supuesta gallina porque encontraba su llanto insoportable.

—¿Cómo se atreven, oh desgraciados? —preguntó la gallina mientras empeoraba sus gemidos con un chillido agresivo.

—No es una gallina, las gallinas no hablan —afirmó Yorsh, decidido.

—¿No pío pío, papilla? —comentó Erbrow demasiado desilusionada, casi desesperada.

—¿Se lamenta usted porque está herida o enferma? —preguntó Yorsh, compasivo—. Su llanto es desgarrador, cualquier cosa que pueda hacer para darle alivio...

—Caballero —dijo la criatura enfurecida—, mi canto es uno de los sonidos más sublimes que existen bajo el cielo y también encima de este, entre los mismos Dioses del mundo entero.

—Se nos debió haber pasado por alto —murmuró Yorsh.

—Y cómo osan disturbar mi paz, huéspedes inesperados, no invitados, indeseados, groseros y mal educados. ¡Yo los acogí con mi sublime canto y ustedes respondieron de modo descortés! ¡A mi voz se le han dedicado poemas enteros! Ay de mí, a qué se ha reducido el mundo. ¡Hoy es un día ya sombrío en exceso, porque no poseo, exiliada en este sitio salvaje e inhóspito, espejo alguno! ¡No estoy segura de cuál pueda ser el aspecto de mis plumas, cuánto plateado brilla aún en ellas! Qué desdicha, el temor pesa sobre la consciencia, ¿pero qué digo? El terror, ¿pero qué digo? El horror de que mi plumaje se pierda y no recupere su aspecto inicial, sin tener posibilidad alguna de mirarme y ver hasta qué punto mi belleza yace...

Yorsh estaba perplejo y conmovido. Habían encontrado un Fénix, sin duda alguna: por lo tanto no era cierto que los dragones habían causado la extinción de estos.

—¡Es un Fénix! —dijo Yorsh conmovido—. ¡Una criatura antigua y preciosa! ¡Un Fénix!

—¡Papilla! —repitió Erbrow con obstinación.

* * *

Nadie entendía nada.

¡Incluso su papá tenía días en que no entendía nada!

No quería decir una gallina que se siente mal, sino una gallina que hace daño.

No como el hombre del odio que le arrojaba encima una mirada como una capa de hielo y oscuridad.

La gallina quitaba. Quitaba la alegría, las ganas de reír. Lo ensuciaba todo.

Una vez mamá le había hecho ver un animal horrible, un gusano grande que vivía cerca de las lagunas de la cascada y que se llamaba sanguijuela: si conseguía pegársele a alguien, se quedaba pegada y le chupaba todo lo que podía.

Esa que su padre llamaba Fénix era una especie de sanguijuela enorme y no se detendría hasta no haber destruido todo lo que encontrara frente a ella, y ahora los tenía a ellos en frente.

Y lo que era peor, sabía hablar.

No quería decir que hubieran podido comérsela, sino que la gallina se los comería a ellos. No a sus cuerpos, sino lo que tenían dentro.

La gallina malvada se comía la alegría.

Se comía el amor.

Hacía pelear y pensar mal y, lo que era peor, ni siquiera después de conseguirlo se volvía menos resentida y menos infeliz.

La mejor idea era irse de allí, dejarla donde la habían encontrado y escapar lo más aprisa que pudieran.

Sería una buena idea, pero, tarde o temprano, alguien más se toparía con aquella enorme gallina y sería destruido: quizá por esto su papá seguía allí.

Capítulo 6

Yorsh pensó que la niña tenía que tener mucha hambre en realidad. Nunca se hubiera imaginado que Erbrow pudiera tener un nivel de descortesía, por no decir de crueldad, tan grande como para querer comerse a un ser dotado de palabra, así tuviera forma de gallina.

—Señora —dijo—, no tengo palabras. Había creído, con muchísima angustia, que su especie había desaparecido. Es con infinito gozo que la descubro viva...

—No diga necedades, joven estólido. Las aves Fénix viven asaz numerosas, fuertes y orgullosas al otro lado del inmenso mar. Es verdad, soy la única en esta parte del vasto y profundo océano porque los malvados dragones nos combatieron y también se comieron algunas con romero.

—Me parece que fue con laurel —murmuró Yorsh; por suerte el ruido de las olas opacó su voz.

—¿Pío pío, papilla? —preguntó Erbrow con obstinación.

—¿Qué preguntó el párvulo? —preguntó molesto el Fénix, con una mirada despectiva.

—Preguntó si usted era una gallina —respondió Yorsh, seco.

—¡Señor! ¿Cómo permite semejante atrocidad?

—Con su permiso, Señora, para ser honesto, no me parece tan grave. Mi hija es una niña pequeña, su mente funciona por asimilación. Cuando encuentra un concepto o un tema desconocido, lo asimila con aquellos que conoce. Ella conoce gallinas y no la conoce a usted. Está tratando de incorporar...

El Fénix no lo dejó terminar.

—Podría saber, joven Caballero —preguntó, rencorosa y arrogante—, ¿qué nombre le corresponde a su poca exquisita cortesía?

—Yorshkrunquarkjolnerstrink —replicó Yorsh renunciando a explicarse, con una ligera reverencia—. A su servicio —agregó con mucha caballerosidad, más que todo para terminar con la presentación.

—Aaah —dijo el Fénix—. ¿De veras? El último y el más poderoso miembro del pueblo élfico, por consiguiente. ¿Lleva ese nombre solo para pasar el tiempo de algún modo o fue realmente establecido que usted tenía que ser el último de su estirpe y el que estaba dotado con mayores poderes?

—No es un nombre dado al azar.

—El último —prosiguió implacable el Fénix, con una voz que se hacía cada vez más estridente y despectiva—. Debe ser asaz vergonzoso ser el último de una estirpe que no fue ni siquiera capaz de evitar su propia desaparición. Desagradable. Entre otras cosas, si es el último de una estirpe, ¿cómo hizo para tener una hija? ¿No se habrá mezclado con, perdóneme, dentro de mi majestuosa generosidad e infinita

bondad no me gusta ser brutal y no oso ni siquiera pronunciarlo, con la estirpe de los hombres? La sola idea me estremece hasta el fondo de las vísceras...

—Señora —repuso Yorsh con toda la cortesía de la que era capaz—, he tenido el honor de tener como esposa a una criatura tal que es inconcebible la idea de poder haber encontrado una mejor, y la alegría de tal certeza invade hasta los pasajes más remotos de mi existencia; incluso los momentos empleados en conocerla a usted, que no recordaré entre los más luminosos de mi vida. Nunca más en mi presencia, ni en ningún otro lugar, se atreva a faltarles al respeto a mi esposa o a mi hija. Y en lo que respecta a la supervivencia de las estirpes, Señora, no sé cómo será al otro lado del océano vasto y profundo, pero aquí, permíname la franqueza, no es que haya una multitud de Fénix.

La pulla fue sin duda desafortunada. El Fénix estalló en una serie de lamentaciones tan cacofónicas y estridentes que, en comparación, hasta el llamado canto que habían escuchado antes adquiría dignidad y gracia.

Yorsh estaba perplejo. No era la primera vez en la vida que descubría una discrepancia significativa entre la realidad y los libros. En todas partes había encontrado descrito el esplendor de las Fénix, de su inteligencia, de su canto, de la fuerza de sus alas. Erbrow, el dragón, en su magnificencia, se refería a ellas como pollos tontos: había que reconocer que la descripción se ajustaba. A veces Yorsh tenía la impresión de que en los libros estaba escrito todo y lo contrario de todo. En un pergamino antiguo, que se decía escrito de puño y letra del mismo soberano, se describía a Sire Arduin como un Orco de siete pies de altura. Una vez tuvo en las manos un libro que mostraba asnos con rayas blancas y negras y una vaca loca con bolitas y con unas patas y un cuello larguísimos.

—Bien, mi Señora, le pido perdón por la molestia que le ocasionamos. Fue un honor haberla conocido...

—Pío pío, papilla —murmuró Erbrow, resentida.

—Fue un placer conocerla —repitió Yorsh con impaciencia, mientras le lanzaba a la pequeña una mirada severa— y ahora nos despedimos para no imponerle adicionalmente...

—¡Señor! —lo llamó el Fénix—. Soy presa del estupor más absoluto. Me siento martirizada por la sorpresa de su comportamiento que encuentro privado de cualquier forma de cortesía. Me pregunto cómo usted, con semejantes maneras, puede llamarse a sí mismo miembro del Pueblo de los Elfos.

—Señora —contestó Yorsh—, no entiendo. Nos dio la impresión de haberla importunado y por lo tanto no consideramos que añoraría nuestra presencia...

—No puedo creer que ahora usted se vaya a ir y me abandone aquí, en mi horrenda soledad, en mi amarga ermita, en mi triste aislamiento sobre este escollo olvidado de los Dioses y de los hombres. Yo con todos estos años...

—Señora —repuso de nuevo Yorsh—, usted me explicó cuán desagradable fue nuestra intrusión. Por consiguiente, renunciamos al placer de admirar su plumaje y nos vamos de regreso a nuestra playa.

—Señor, qué maldad echarme en cara las palabras que yo misma pronuncié en un momento de gran desconsuelo que usted mismo provocó —insistió el Fénix en un tono cada vez más estridente.

—Una maldad, en verdad —confirmó Yorsh—. Insoportable. ¿Cómo negarle cuánta razón tiene? Será una alegría para usted renunciar a nuestra compañía; por lo tanto, la abreviaremos. Señora —Yorsh saludó con una profunda reverencia. Tomó a la niña en brazos y se dio vuelta para irse.

Meditó por breves instantes que un ser dotado de vida y pensamiento nunca debe regodearse ante la certeza de nada. Siempre había estado seguro de que podía considerarse un modelo de paciencia por haber pasado trece años seguidos en compañía de un dragón que estaba incubando. Siempre había estado seguro de que el dragón que estaba incubando era el modelo absoluto de la malevolencia estólida, del rencor quejumbroso y de la arrogancia miserable. El conocimiento del Fénix, aunque breve, le había hecho comprender que él y el dragón eran solo dos diletantes implumes.

La voz estridente del Fénix lo reclamó.

—Señora, no entiendo qué es lo que quiere —dijo finalmente, temiendo haberlo comprendido muy bien desde el principio de la conversación.

—Señor —repuso el Fénix con acidez—, llamo a los Dioses como testigos de hasta qué grado mi opinión sobre su intelecto sea todo menos excelsa, pero aun así usted debe comprender que no deseo quedarme sola en este escollo por más siglos. Luego, ponga en marcha su intelecto y encuentre un sistema para que mi esplendorosa pero frágil persona pueda dejar este lugar sin inconveniente alguno para mi integridad.

—¿Llevarla con nosotros? Pero, Señora, esta bellísima isla es su casa, su reino indiscutible: me niego a arrancarla de un sitio tan agradable donde su persona pueda permanecer protegida e inmaculada. Al llevarla con nosotros tendríamos que imponerle nuestra desastrosa presencia, por no mencionar a los otros humanos con quienes compartimos nuestra vida, que son todavía peores que nosotros, más descorteses, más toscos. Nosotros dos, mi hija y yo, estamos muchísimo más dotados de cortesía; imagínese a los demás. Quédese aquí: nosotros no somos dignos de su presencia.

—No pío pío, papilla nosotros —confirmó Erbrow, desesperada—. Pío pío papilla nosotros daño.

—¿Qué ha mascullado esa, por así decirlo, especie de párvulo?

De nuevo, Yorsh tardó algunos segundos en responder. Otro de los baluartes de

sus certezas, jamás en la vida sentir ganas de agarrar a alguien a bofetadas, se acababa de desmoronar.

—Mi maravillosa hija acaba de expresar el deseo de no prolongar más esta relación con usted y el temor de que su compañía pueda no ser fausta para nosotros. Antes de que eleve sus lamentaciones, Señora, le informo que la cortesía, que de hecho puede ser parangonada con una forma encantadora de engaño, es imposible en un infante menor de tres años, y Erbrow tiene dos. En otras palabras, siempre dice lo que piensa. Por lo tanto —prosiguió—, si algunas de las cosas que dice no son de su completo agrado, la única alternativa que usted tiene consiste en modificar su comportamiento para que la opinión que ella tiene de usted mejore.

—Señor, estoy de acuerdo con que, siendo un niño, y por lo demás, humano, valga decir una suma de todas las imperfecciones, es evidente que hasta los rudimentos de la cortesía le sean ignotos. Pero si mal no recuerdo, óptimos e infalibles son los sistemas para enseñarles ya sea a los infantes o a los cachorros de los perros a no ser irrespetuosos, a no osar abrir la boca ante la gente de bien.

Yorsh miró al Fénix: también la certeza de que jamás en la vida soñaría con estrangular a alguien se había hecho trizas y, con ella, su paciencia.

—Señora —comenzó gélido, y hasta el sonido mismo de su voz lo sorprendió, tan inusual era el tono—, nunca más se atreva, que nunca más la oiga...

Una oleada de llantos lo interrumpió, llenos de una angustia tan penosa que Erbrow se tapó los oídos. No era ya un estridor, no era ya una laceración, solo la infinita melancolía de una soledad desgarradora, de un abandono antiguo y sin consuelo.

—¡Señor! ¡Sea benévolo! Sea grande, sea digno de su mismo nombre, lleve consigo mi modesta persona a tierra firme. Sea digno de su estirpe. Sea compasivo. ¿Cómo puede abandonarme a mí que soy mísera, cargada de años, cargada de recuerdos angustiosos, de afectos ahora desaparecidos, todos acabados, devorados por el tiempo, engullidos por los Infiernos?

Era un llanto dulce que infundía ternura. Yorsh sintió que el corazón se le encogía.

El dolor de aquel lamento lo paralizó.

Por más insoportable que fuera, el Fénix era una criatura viva y antigua, y él la estaba abandonando en una isla desierta.

El solo hecho de haber tenido un plan de una crueldad tal lo hirió, lo perturbó. Se preguntó qué habrían pensado su madre y su padre si se hubieran enterado de su brutalidad, y por primera vez desde que estaba en el mundo sintió vergüenza; por primera vez desde que estaba en el mundo se sintió feliz de que sus padres no pudieran verlo.

Cedió: se precipitó a tranquilizar al Fénix. Prometió que lo llevaría con ellos a

tierra y las lamentaciones se atenuaron, así fuera con lentitud. Erbrow permaneció en silencio, con la muñeca entre las manos y una expresión de infelicidad.

* * *

Yorsh descendió la colina con Erbrow en brazos. Había comenzado a hacerle cosquillas en los piecitos. La pequeña había dejado de apoyar la cabeza en su cuello y reía de nuevo, alegre al reencontrar la cercanía con su padre.

Los débiles lamentos del Fénix se estaban calmando.

—No pío pío, papilla nosotros. Daño nosotros —insistía Erbrow.

Si el lenguaje de Erbrow todavía era chueco, su lógica era impecable. El Fénix era una criatura maléfica y hubiera sido sensato dejarla donde estaba.

—No soy capaz de dejarla aquí. Debemos llevarla con nosotros.

—No —dijo la niña, decidida, con firme certeza—. Pío pío papilla, nosotros daño. No Pío pío, papilla nosotros.

—Es una criatura insoportable, cómo negarlo, pero mira: es una criatura muy antigua, como los dragones, y por lo tanto... inevitablemente insoportable, pero también preciosa. Por un largo periodo de tiempo, antes de que los Dioses reservaran la palabra solo para las criaturas de aspecto humano, los Dragones, los Fénix y los Hipogrifos fueron los dueños del mundo, y para ellos es difícil y doloroso comprender que quizá lo único que queda de su antigua grandeza es el orgullo. Esta ave es preciosa porque es muy vieja y por ello tiene la memoria del mundo. Y, más importante aún, es capaz de sentir dolor. Su presencia es un castigo, es verdad, pero es... ¿cómo decirlo?... el Fénix es capaz de sufrir. Es infeliz y nosotros... nosotros tenemos la responsabilidad del dolor del mundo y por consiguiente también del Fénix, por muy malvada que sea, ¿entiendes?

Erbrow suspiró. Asintió. Sin embargo, después sacudió la cabeza y suspiró otra vez.

—Mamá daño —añadió.

—Me temo que tengas razón. Mamá no estará contenta. No después de que el Fénix abra la boca, es decir, el pico. Lo sé: voy a meterme en un berenjenal, pero no puedo hacer otra cosa.

—¿Jenal?

—¿Berenjenal? Quiere decir algo lleno de enredos y espinas. Cuando uno se mete en problemas por sí mismo, se dice que se está metiendo en un berenjenal. Es una metáfora, entiendes, un lenguaje figurado.

La niña asintió.

Tenía los ojos azules como los de Yorsh; por lo demás, era idéntica a su madre.

Incluso la expresión: dulce, pero fuerte y en cierto modo altiva. Podría decirse, real.

Durante estos ocho años cada vez que habían tenido que enfrentar algún peligro, por no mencionar su difícil fuga, Yorsh se había quedado sin palabras frente a la capacidad de Robi para decidir las acciones y guiarlas. Cuando un tornado se abatió sobre el acantilado, él se encontraba en el mar poniendo las redes para las anchoas y fue Robi la que reunió a la gente en las cuevas y las hizo cerrar con piedras antes de que la arena comenzara a girar en el vórtice del viento enloquecido. Durante la escasez que hubo como consecuencia de meses y meses de tempestades y temporales que hacían imposible ir al mar así fuera a buscar una sola coquina, fue Robi la que reavivó los ánimos de las personas que flaqueaban y fue ella la que empezó a cocinar todo lo comestible desde garzones hasta ranas, hormigas, piñones y cucarachas caramelizadas en miel, que no solo los sostuvieron hasta la primavera sino que les encantaron a los niños.

El pensamiento de la antigua profecía que tenía relación con él nunca lo había abandonado. Se preguntaba si Robi no era realmente la heredera de Arduin, la joven con la luz de la mañana en el nombre por siglos destinada a él, el último y más poderoso de los Elfos. Quizá existía una lengua desconocida para él en la cual el sonido Robi significaba el alba o quizá, en ese único detalle, la visión del Señor de la luz, a través de la niebla del tiempo, había fallado.

Yorsh decidió descender por la vertiente occidental. No muy lejos estaban los dos islotes de la Vaca y el Toro y, detrás, el horizonte. Al oeste no había playa sino un hermoso golfo con aguas lo bastante profundas como para permitirle a una nave entrar sin encallarse, cerrado por una serie de escollos agudos y escarpados que surgían directamente del mar como una hilera de torres y que delimitaban bahías minúsculas, donde se amontonaban todos los desechos que el mar transporta. Había piñas, cúmulos de algas, maderos pulidos, esqueletos de delfines y el esqueleto majestuoso de una ballena, cuyas vértebras eran tan grandes que podrían servirle de silla a un hombre. Había innumerables restos de antiguos naufragios. Yorsh recordó haber leído que en tiempos pasados la vida florecía en las costas. Las naves surcaban el mar cargadas de mercancías y las salinas resplandecían al sol para darle sal al Mundo de los Hombres. Durante ese periodo de comercio y vida, la Mesa, con un puerto natural magnífico, circundado por rocas traicioneras y lamido por corrientes veloces, tuvo que haber sido una trampa mortal: vigas de todas las dimensiones, árboles de todas las alturas, velámenes hechos jirones, en los que el blanco original se había vuelto irreconocible y la trama estaba tan podrida que era más transparente que una telaraña. Yorsh miró aquellos pobres restos y, aunque habían pasado generaciones, sintió el dolor de los ahogados. Sintió por un instante la desesperación y los gritos cuando las olas los habían atacado venciendo su voluntad, y los marineros supieron que esa era su última hora. Su hija ahogó un sollozo y Yorsh comprendió

que también ella sabía que tras esos trozos de madera y esos jirones de velas hubo vidas segadas y respiraciones quebradas. Por un instante fue como si el sol se hubiera velado de gris y ellos dos quedaron abrazados bajo las alas del recuerdo de la muerte.

Yorsh estrechó a su niña contra él y la sintió pequeña y tibia contra su pecho, y en el abrazo su dolor y el de ella se disolvieron. Las alas de la muerte se alejaron.

—Los hemos recordado —dijo—. Ahora sigamos viviendo. Lo más importante no es morir, sino cómo se muere, por qué se muere y si alguien nos recordará después de que estemos muertos. Morir en el mar, en cierto modo, es la consecuencia de una elección. Si esos hombres se hubieran quedado cultivando sus huertas y pescando sardinas, su vida hubiera estado a salvo. En cambio quisieron conocer eso que había al otro lado del horizonte, porque el más alto destino de los hombres es la aventura del saber. Honremos su coraje. Y miremos si entre todas estas cosas hay algo que nos pueda ser útil. Debemos fabricar una especie de balsa para que su alteza madame Fénix pueda llevar sus preciosas ancas a salvo a tierra, pero nunca le digas que me expresé de ese modo.

—¿Acas?

—Es la parte sobre la que nos sentamos.

Yorsh se echó a reír. También Erbrow rio, y aunque la suya era la risa cortés del que no está seguro de haber comprendido un chiste, fue como si el sol brillara de nuevo.

La construcción de la balsa fue menos fácil pero más divertida de lo previsto. La madera no faltaba. Encontraron también un pedazo de arquibanco completamente destrozado, pero la cerradura de plata y oro estaba intacta. Yorsh posó la mano sobre el mecanismo y este se disparó. Erbrow se echó a reír. Sin soltar a su preciosa muñeca, puso a su vez la mano sobre la cerradura y esta se disparó, pero esta vez para cerrarse. Erbrow la abrió de nuevo y luego de nuevo la cerró.

—Bien —dijo su padre—. En la vida siempre es útil saber abrir cerrojos. Ahora escucha nena, esto debes hacerlo solo cuando estemos presentes mamá o yo, porque puede ser peligroso al punto de matar; pero prefiero que sepas hacer las cosas y que aprendas rápido.

Yorsh pasó la mano sobre un leño seco que se encendió. Dejó brillar las llamas un instante y luego con un gesto las apagó. Erbrow rio, y luego, a su vez, hizo un gesto con la manita y encendió las llamas.

—Muy bien, mi tesoro adorado, ahora pon atención. El fuego es la destrucción total. Calienta nuestras noches y cocina nuestro alimento, pero puede ser el dolor absoluto. Los poderes aparecen solo cuando los sabemos dominar. Esto es válido para los Elfos y por consiguiente debe serlo también para...

Yorsh se quedó perplejo.

—No sé cómo llamarte —confesó—. No, ahora que lo pienso, lo sé muy bien. Te

llamaré Medio-Elfo. Mira, más importante que las palabras, que por lo demás no son más que un montón de sílabas, es el sentido que les damos. Medio-Elfo quiere decir heredero del conocimiento de los Elfos y del coraje de los humanos. El que hasta ahora Medio-Elfo se haya considerado un insulto solo es índice de la locura del mundo. Si la palabra agua se convirtiera en un insulto, no por ello tendríamos que morir de sed, ¿cierto? Entonces, mi magnífico Medio-Elfo, mi espléndido Medio-Elfo, nunca enciendas un fuego sin mi permiso o el de tu madre; jamás lo hagas si hay viento; y cuando un fuego se vuelva demasiado grande, apágalo. Ahora te mostraré cómo se hace.

Capítulo 7

Para estar absolutamente seguro de que su hija había comprendido, Yorsh puso la mano sobre el fuego y la dejó allí un instante. Emitió un gemido. Retiró la mano del fuego: el dorso estaba enrojecido y rápidamente empezó a formársele una ampolla. Erbrow a su vez gimió. Dejó caer la muñeca y posó ambas manos sobre la quemadura de su padre. Cerró los ojos y el esfuerzo fue tal que tuvo que arrugar la frente. La quemadura desapareció y Yorsh se quedó viendo cómo su piel se tornaba lisa y rosada.

—¿Y esto dónde lo aprendiste? —preguntó.

—Erbrow daño.

—¿Cuando te pelas la rodilla y te sano?

La niña asintió.

Yorsh la tomó entre sus brazos y la sostuvo un largo rato. Los poderes de la niña eran probablemente superiores a los suyos: seguramente habían aparecido a una edad mucho más precoz.

Los poderes de los Elfos y el coraje de los Hombres.

Yorsh se estremeció: había otra palabra para Erbrow, otra además de Medio-Elfo, y era «bruja». Si Medio-Elfo era solo una ofensa innoble, bruja podía significar la muerte, incluso para quienes nunca habían hecho el mal.

Estrechó a su hija y juró que siempre la protegería contra todo y contra todos.

Luego la dejó ir y comenzó a construir la balsa. Cargaría al Fénix encima y la empujaría hasta la orilla venciendo la corriente con la fuerza de sus pulmones y la de sus miembros.

Los jirones de vela, después de una larga serie de intentos que terminaban en risas y salpicaduras, lograron mantener unidos los tres pedazos de madera, dos pedazos de un palo mayor y una mesa, que conformaban la improvisada embarcación que era lo suficientemente grande como para sostener al Fénix, mientras Yorsh la empujaba a nado hasta tierra firme.

Ante la idea de tener que montarse en una balsa el Fénix elevó un gáñido inicial que se convirtió en un lamento cada vez más estridente y desgarrador durante la travesía y que cobró tonalidades intermedias entre un aullido y un gemido agónico. Yorsh le había ordenado a Erbrow que lo siguiera quedándose a una media docena de pies bajo el nivel del agua, donde la corriente se atenuaba y donde él todavía podía verla. Le pareció más seguro para la niña estar en el agua, donde su respiración se modificaba, que quedarse tomando aire normalmente en la superficie o en la balsa, en medio de miríadas de salpicaduras que le habrían llenado los ojos y la nariz. El joven Elfo tenía la corriente en contra y tuvo que recurrir a toda su fuerza para empujar la balsa. El Fénix no hacía nada para ayudarlo y, sin duda, Yorsh hubiera tenido que

hacer menos esfuerzo si no hubiera tenido que desperdiciar la mitad de su aliento en una ininterrumpida y tranquilizadora conversación a propósito del peligro del agua salada para el esplendor del plumaje. Por primera vez en la vida Yorsh se vio en dificultades en el agua. Entendió qué sentía Robi cuando decía que había tragado agua. La expresión era inadecuada: en realidad uno no se tragaba el agua, sino que esta terminaba en los pulmones y era una sensación dolorosa.

Erbrow alcanzó la orilla antes que él. Verla a salvo, con los piecitos en tierra firme, fue un alivio para Yorsh. La niña tenía entre las manos a la pequeña langosta, que evidentemente había vuelto a encontrar; corrió a los brazos de su madre y se la puso entre las manos, triunfante.

—¿Papilla? —se informó esperanzada.

—Pero claro, es una especie de cangrejo. Esta noche iré a parar a las brasas — Robi rompió a reír, tomó a la niña en brazos y la estrechó durante un largo rato, como hacía cuando estaba preocupada—. ¡Te metes por debajo del agua como papá! — agregó.

Yorsh percibió la tensión: la pequeña ya era capaz de ir a lugares donde la madre no podría seguirla y protegerla, pero en la amalgama de sentimientos también había ternura y alegría, y de hecho algo más. Encontró la palabra: emoción. Pensó que la sensación que una mujer experimenta cuando reconoce en su propio hijo el cuerpo o el alma de aquel que escogió como el padre de sus hijos podía llamarse emoción. La estirpe de los Elfos no había perecido y no había sido borrada. Sus poderes estaban intactos dentro de una criatura con orejas redondeadas y con el cabello y el coraje indomable de su madre y de toda la estirpe de los seres humanos.

—Eres mi esposa —murmuró tan bajo que el sonido se perdió en las olas.

Luego lo repitió en su mente y de nuevo la felicidad fue tan fuerte que se hizo perceptible como el olor de la salinidad o la sensación del sol sobre la piel helada por el mar. Estaba finalmente en tierra, fuera del agua, y arrastraba la minúscula balsa sobre la arena para que su alteza el Fénix pudiera descender sin correr el más mínimo riesgo de que una sola gota del desdichado mar tocara o tan solo rozara el incomparable esplendor de su plumaje plateado.

—¡Qué magnífica gallina! —exclamó Robi—. ¿Hay otras? Podríamos poner un criadero. ¡Deben poner huevos tan grandes como un puño!

—No pío pío, papilla —se apresuró a corregir Erbrow.

—No es una gall... —intentó decir Yorsh, pero era tarde.

El grito del Fénix atravesó la bahía como una puñalada de odio y hielo. Los recolectores de coquinas se sobresaltaron y se detuvieron. Los cazadores de cangrejos levantaron la cabeza del agua, perplejos, y trataron de entender qué ocurría. Hasta Moron se asustó y escapó a zancadas del Escollo del Orco Tonto. A lo lejos, al otro lado de la bahía, la pequeña manada de caballos de Erbrow se inquietó. Tres volutas

de humo se levantaron de la aldea de Arstrid: era la señal convenida para preguntar si necesitaban ayuda.

Mientras se precipitaba a la chimenea para tranquilizar a Arstrid con dos volutas de humo intercaladas con un pequeño soplo, Yorsh, por el rabillo del ojo, percibió un movimiento de alas a su espalda: hasta las águilas del acantilado, las extrañas águilas que vivían en lo alto y que correspondían la mirada, de repente y de forma curiosa comenzaron a descender en círculo. Robi puso a Erbrow en tierra para que pudiera correr junto a su padre mientras ella enfrentaba a la nueva criatura. Los habitantes de Erbrow, armados de coraje y con sus pocos bastones, habían acudido.

—¿Acas jenal? —preguntó desconsolada.

—Sí —replicó su padre—. Sin duda alguna. Ahora metí las ancas en un berenjenal, pero no es un lenguaje muy correcto para una niña.

—¡Mujer! —resopló el Fénix—. ¿Cómo osas dirigirte así a mí? Yo, mujer, soy un Fénix. Soy el honor del mundo, el orgullo de la creación. No solo soy una de las criaturas antiguas, la última que queda en este mundo miserable lleno de criaturas humildes, sino que entre las criaturas antiguas soy la más bella que jamás haya existido, la más graciosa que jamás fue creada, superior en esplendor al mismo sol. Señor —masculó aún, dirigiéndose a Yorsh—, ¿será este el ser humano con el que mezcló su ya dudosa existencia?

Yorsh tomó aliento para enfrentar lo que para él era un terrible sufrimiento: la descortesía. No podía permitir que alguien le faltara al respeto a su esposa. Tomó aliento por un instante de más. La voz de Robi resonó apacible y contundente.

—Señora —le dijo al Fénix—, no he comprendido bien quién es usted ni, sobre todo, por qué se atreve a venir a sacudirse las alas y a graznar frente a mi casa; sin embargo, le aconsejo que en mi presencia guarde un obsequioso silencio: su semejanza con una criatura comestible es excesiva como para que continúe desafiando los estrechos límites de mi limitada paciencia.

El Fénix enmudeció. Erbrow suspiró aliviada, pero su alivio desapareció de inmediato. El lamento del Fénix comenzó leve, quedo y dulce como la primera lluvia de otoño. No era un sonido insoportable y estridente como el de poco antes, sino frágil y a la vez penetrante; uno que parecía destruir para siempre el sueño mismo de que el dolor pudiera tener consuelo.

—Mi Señora, se lo suplico, quíteme la vida si eso le agrada y haga con ella lo que más la divierta, pero no lleve a cabo el proyecto de transformar mi antigua carne en comida. Yo, el último integrante de una familia que comenzó poco tiempo después del inicio del mundo, no quisiera profanar a toda la estirpe que me generó con la indignidad de la muerte que me anticipa.

Hasta Yorsh quedó petrificado. Por primera vez en la vida sintió rencor hacia Robi, la causante de ese sufrimiento, pero de inmediato lo repudió. Ahora que ya no

era él la causa del tristísimo canto del Fénix, comprendía cuán injusto era, pero solo él pensaba así, además de Erbrow, que miraba fijamente al Fénix con una furia indignada, sin asomo de ternura. Los habitantes de Erbrow cuchicheaban contra Robi. En la pequeña isla de la Mesa, Yorsh había estado demasiado ocupado ahogándose en la vergüenza y en la culpa para notarlo, pero ahora no tenía dudas: el esplendor del plumaje del Fénix aumentaba con el canto. La espléndida desesperación de la criatura rompió la armonía de la aldea. Muchas voces se alzaron contra Robi que estaba atónita, en silencio, con una expresión de culpa en el rostro.

—¡Mala! —era la palabra que más circulaba.

—Mezquina —osó pronunciar alguien.

—Cuando tiene hambre no entiende nada más.

Yorsh se movió para hacerse al lado de su esposa y protegerla, pero de nuevo no lo hizo a tiempo.

—Bien —respondió Robi después de que levantó la cabeza con un gesto altivo que retiró de su rostro los mechones rebeldes y cualquier expresión de culpa—. Señores, me han convencido. No soy digna de relacionarme con esta criatura que cerca de mí arriesga correr el atroz destino de asado.

La multitud emitió un murmullo indignado y Robi no se descompuso.

—¿Quién desea hospedar al pájaro y salvarlo?

Hubo una competencia. Al final Cala y Caren Aschiol se lo ganaron. Este último tomó entre sus brazos amorosos al resplandeciente Fénix y se alejó, no sin antes darle una última mirada despectiva a Robi, que respondió con una sonrisa serena.

—Estoy segura de que para ustedes será una alegría —garantizó.

Yorsh miró a Robi: tenía decisión, coraje, inteligencia, capacidad para tomar decisiones con rapidez, pero también una cierta... para decirlo con franqueza... no que fuera injustificada... una cierta... el término era duro, pero no se le ocurría ningún otro... una cierta crueldad.

Mientras más lo pensaba, más se convencía Yorsh de que las semejanzas entre Robi y Sire Arduin, por el modo como habían sido transmitidas, eran demasiadas para ser casuales.

Erbrow suspiró y esta vez fue de alivio.

—No mamá jenal —dijo.

—Sí —respondió su padre alegremente—. Mamá no se queda nunca metida en un berenjenal.

Poco después del amanecer tocaron a la puerta desquiciada: era Caren Aschiol con el Fénix en brazos. Un pedazo de la escasa ropa de Cala había sido usado para cerrarle el pico. Caren Aschiol parecía avergonzado y Yorsh fue muy comprensivo: en nombre del sagrado valor de la amistad recibió el pájaro de nuevo. Caren Aschiol le juró lealtad eterna.

Capítulo 8

Robi deseó no solo que los Dioses existieran, de lo cual no estaba segura, sino también que alguno de ellos tuviera la amabilidad de hacer que la tierra se tragara a los seres humanos, o por lo menos que se la tragara a ella. Así no tendría que mirar a nadie a la cara.

Lo que había dicho era insensato, cruel y horrible. Estaba furibunda y desesperada.

Había perdido la calma y no debía. Cuando perdía la calma decía cosas que después deseaba no haber dicho. Había amenazado con un destino peor que la muerte a un ser dotado de palabra cuya única culpa era haberla insultado. No había sido cortés, para usar un término apreciado por Yorsh, confundir al Fénix con una gallina a pesar de que el parecido era considerable y no sabía cómo habría podido deducir que esa especie de pollo tenía dos mil años de edad y hablaba una media docena de lenguas, es decir, cinco más que ella. Además, justo en ese momento, ella se había emocionado al descubrir que su hija tenía los poderes del padre; se había sentido emocionada, feliz y extasiada, pero también —avergonzada era un término excesivo— excluida. Se había sentido diferente, eso es. Ellos dos eran tan perfectos, extraordinarios y parecidos: ambos con ese cabello que brillaba bajo los rayos del sol, y ella tan pesadamente humana, a veces incluso bárbara y, sin duda, burda. Al ver al Fénix de inmediato lo confundió con una gallina, y no consideró ninguna otra hipótesis. No solo porque ella no tenía ningún conocimiento sobre criaturas antiguas, al igual que no tenía ningún conocimiento sobre lenguas antiguas, por no hablar de todo lo demás, desde la alquimia hasta la zoología, pasando por la astronomía y la historia. Ella solo sabía leer y escribir porque Yorsh le había enseñado. Había sido también por la necesidad instintiva de llevar la conversación hacia algo cotidiano como la cocina o la crianza de pollos, donde no se necesitaban dotes extraordinarias y sus cualidades humanas bastaban. La agresión del Fénix fue como una cuchilla que le atravesó el alma. La golpeó con precisión en lo que era su sombra: el temor de que Yorsh pudiera considerarla inferior. Peor aún: la ambigua sensación de serlo realmente.

Si al menos Yorsh la hubiera defendido de inmediato, si hubiera sido él el que se hubiera parado ante el Fénix, ella se habría quedado tranquila, habría encogido los hombros y habría despachado el asunto.

En cambio se había enfurecido y había hecho, de todas las cosas, la peor: había actuado con crueldad. Incluso si Caren Aschiol y Cala habían devuelto la maléfica criatura después de pocas horas por encontrarla insoportable, ella era la única que la había amenazado con... no podía ni siquiera pensarlo, con comérsela. El Fénix era insoportable, cierto, pero esto no la autorizaba a ser descortés, para usar una palabra

apreciada por Yorsh. No quería que su esposo supiera que se había casado con una mujer tan brutal que era capaz de amenazar a un ser dotado de palabra.

En las noches, cuando dormían abrazados, ninguna inseguridad la perturbaba, ninguna duda la asaltaba. Era de día, cuando estaban separados y él resplandecía con su belleza, en la fuerza de su agilidad, en su brillante conocimiento de todo saber, desde el movimiento de las estrellas hasta el nombre de las criaturas marinas, que la duda la asaltaba. La inseguridad la invadía junto con el recuerdo de Tracarna que la llamaba cucaracha cuando se reía de ella.

—Pequeña, negra y malhumorada: ¿pero quién sería tan tonto como para casarse contigo, especie de cucarachita? Solo si las lluvias volvieran y todas las demás se ahogaran y solo quedaras tú, entonces tendrías alguna esperanza...

El permanente «fea y burda» repetido por Tracarna, su eterno «desgraciada y también un poco tonta» no hubieran tenido importancia si el dolor no hubiera estado presente. A sus padres los habían colgado. Su casa había sido quemada. La aldea en la que nació había sido arrasada por los soldados. Ella ya no era la hija de nadie: había quedado desconsolada. Su única compañía eran las garrapatas y los chinches de la sórdida capa que también le servía de cobija, sin suficiente alimento, sin parar de trabajar. Ese dolor sordo le había dado esa extraña convicción, escondida en el fondo del alma, de no valer nada y que solo su coraje de león borraba cuando tenía que combatir a algo o alguien. No ser el hijo de nadie durante esos larguísimos e insoportables años significaba que el ácido del deprecio de Tracarna, así su estima por ella fuera escasa, se le había colado dentro. Aunque el Fénix era una criatura tonta y ridícula, sus palabras la marcaban como aceite hirviendo, porque hacían resonar dentro de ella aquel dolor sin resolver, la certeza sombría de no valer nada.

Si no exactamente nada, con toda seguridad no tanto como Yorsh, ni tanto como debía valer su esposa.

Durante pocos instantes, en Daligar, Robi había visto a Aurora, la hija del Juez Administrador. La diáfana belleza de esta, delicada y espléndida, que parecía nacida para acompañar a Yorsh, la golpeó como un puñetazo. El nombre de ella también se adaptaba a la profecía de Arduin. ¿Y si Aurora hubiera sido el verdadero destino de Yorsh y ella solo una especie de obstáculo?

El Fénix, esto era innegable, observó un obsequioso silencio durante los dos primeros días de su permanencia en Erbrow. Pasó los días erguida en la playa con los ojos perdidos en el horizonte mientras rechazaba con desdén y disgusto cualquier oferta de alimento. Con ello dejó en claro que no comía nada, que sobrevivía con luz, aire, agua salada y, a veces, cualquier escuálido hilo de hierba o unas cuantas semillas minúsculas, y que consideraba bastante indecorosas todas las actividades relacionadas con el acto de nutrirse.

Los habitantes de Arstrid, la aldea vecina, descendieron del promontorio hasta la

playa para ver a la excepcional criatura. Todos se preguntaron si se podía comer y cuándo. Todos exclamaron «¡de veras!» cuando Robi les explicó que el animal no era un pollo sino un ave Fénix y que tenía dos mil años y hablaba seis lenguas. Todos quedaron encantados con el plumaje y comentaban que debía ser una experiencia extraordinaria tenerla en casa. Robi preguntó si alguien quería disfrutar de su maravillosa presencia, pero los habitantes de Arstrid habían aprendido el arte de negociar mucho antes de que ella naciera, y entre las reglas aprendidas estaba la de desconfiar de un modo absoluto de cualquier oferta gratuita y espontánea: rechazaron la oferta con una cortesía exquisita pero firme.

Después de los primeros días el Fénix se dio cuenta de que Robi nunca se atrevería a poner en práctica sus amenazas y comenzó a hablar de nuevo. No a ella, sino a Yorsh.

Era una mañana fría y nebulosa. Entumecidos, acurrucados frente a su casa, Yorsh y Robi discutían el problema insoluble del vestuario.

Estaban medio desnudos como salvajes y preocupados porque sus hijos estaban muy descubiertos; pero en verdad, al ver a los pequeños corretear como lobeznos, parecía que la desnudez no les hacía mucho daño.

La falta de tela, sin embargo, significaba falta de velas.

Ya habían construido una balsa que les permitía surcar la bahía para perseguir a las anchoas incansablemente, con sus burdas redes de paja trenzada. La fuerza de sus remos torcidos y asimétricos no era suficiente para enfrenar las corrientes entre las islas que cerraban la bahía. Mientras más estrecha era la ensenada, más fuertes eran las corrientes. Sin una vela, jamás lograrían llegar a las islas ni a mar abierto a ver otros horizontes.

—No ha comprendido, Señor —comenzó el Fénix, sin importarle que en ese momento Robi estuviera hablando de la posibilidad de tratar de recoger las pocas plumas que encontraran en los nidos—, ¿quiénes o qué responden o respondieron en este lugar al nombre de Erbrow? Me parece que es el nombre de su párvula, nombre curioso para una jovencita.

Yorsh le explicó que era el nombre del último dragón, y el Fénix se sobresaltó ante la palabra dragón. Yorsh reconoció que encontraba inadmisibile el modo en que los dragones habían perseguido a los Fénix, pero que, de todas maneras, su afecto y gratitud por el último de los dragones no tenía límites.

Además de la hija de ellos, el nombre también se le había dado a la aldea y, por consiguiente, también a la bahía que la albergaba.

El Fénix, al parecer, estaba perplejo.

—Es costumbre —dijo— dar un nombre escogiéndolo de criaturas similares en forma, carácter y color. No se debe pasar por alto, entre otras cosas, el darles a las jovencitas nombres de niñas y a los jovencitos nombres de hombres. Ahora su

párvula y el ya mencionado... cómo decirlo... reptil...

—En forma, dimensión y color la niña y el dragón son diferentes en todo —la interrumpió Yorsh—, pero en inteligencia y coraje los dos seres llamados Erbrow se asemejan como dos gotas de agua pura. Y en lo que respecta al último tema que ha señalado, recuerdo con certeza absoluta que cuando encontré al penúltimo dragón, de nombre Erbrow, este había puesto un huevo y lo estaba incubando, por lo que...

—Señor —lo interrumpió el Fénix—, ¿no osará, espero, hablar en mi presencia de un asunto tan... indecente?

—¿Se puede decir que las gallinas ponen huevos o es algo indecente? —preguntó Robi que ya empezaba a perder la paciencia. Le parecía humillante la forma en que la excluía de la conversación dirigiéndose solamente a Yorsh. El Fénix le lanzó una mirada más despectiva que arrogante y, como no había agotado sus argumentos, prosiguió.

—Es asaz astuto hacer que un dragón, una aldea, una niña y un lugar compartan el mismo nombre, así nunca se sabe de quién o de qué se está hablando —comentó—. ¿Tuvieron que meditarlo durante mucho tiempo o se les ocurrió espontáneamente? Para no mencionar el horror puro de rendirle tanto homenaje al nombre de un exterminador de Fénix.

—Señora —estalló Robi, exasperada—, le debo al dragón que llevaba el nombre de Erbrow eterna gratitud. Sin su sacrificio no estaríamos vivos; su imagen ha consolado mi soledad durante dos años y nunca pensé que añoraría su ausencia más de lo que suelo hacerlo, pero desde que usted desembarcó en esta playa, Señora, la nostalgia que siento por él aumenta hora tras hora. Me permito recordarle que ni yo ni mis descendientes pertenecemos al Pueblo de los Elfos. No alimentamos de hecho ninguna dificultad para comernos cualquier ser que se pueda cocinar, y usted es uno.

El Fénix no se descompuso.

—Señora —replicó gélida—, no descarto que usted, sola, pondría en práctica el plan, pero estoy segura de que su esposo, él, no lo permitiría.

Robi se quedó sin aliento. Era absolutamente cierto. Más bien, era absolutamente falso; aun sin la presencia de Yorsh nunca jamás se atrevería ni siquiera a pensar en matar y comerse a un ser dotado de palabra. La pulla del Fénix enfatizaba la diferencia que había y siempre habría entre ella y Yorsh, o mejor, la hacía gigante, abismal. Era una pulla que ella había provocado, que se había buscado.

El que se descompuso aun menos que el Fénix fue Yorsh.

—Señora —repuso con placidez—, lo que usted dijo corresponde a la verdad. Al hablar, mi esposa ha empleado una hipérbole, una incisiva figura retórica que consiste en un lenguaje excesivo y exagerado. Mi esposa nunca se la comería, pero encuentro razonable que la amenace porque es una solución útil para obligarla a callar, ya que su discurso es desagradable. Dado que comérsela pasó a ser una intimidación inútil,

yo le haré una creíble y auténtica: si se atreve una vez más a faltarle al respeto a mi familia, la meteré de nuevo en la balsa y la llevaré de nuevo a la Mesa donde la dejaré, si no hasta el fin de sus días, que me temo serán infinitos, con seguridad hasta el fin de los míos, porque si transcurren en su ausencia, seguro serán mejores.

Robi vio desaparecer su angustia como un rayo. Se preguntó cómo se le había ocurrido desesperarse tanto por las tontas palabras de un ser tonto: ahora todo le parecía tan simple, tan poco importante.

El Fénix no se calló, sino que volvió a empezar su llanto desesperado. Los estridores desaparecieron. Con una voz dulcísima y mientras su plumaje brillante se henchía orgulloso, invocó su antigua tristeza, su infinita soledad, la abismal desesperación de su vida en la que siglo tras siglo no aparecía ni un destello de consuelo. También esta vez la gente de la aldea se congregó. Las protestas por la dureza del carácter de Robi se aplacaron de manera notoria con respecto a la vez anterior. Cala y Caren Aschiol no se dejaron ver. La presencia del Fénix fue cedida a la familia de Solario que se ofreció a tenerlo, aunque no muy convencida. Solario y su esposa se volvieron a presentar poco después a suplicarles a Yorsh y a Robi que recibieran de nuevo a la maléfica criatura y que los perdonaran.

—Su llanto inspira una grandísima compasión —observó Yorsh—, pero debe ser muy extenuante. No puede prolongarlo por mucho tiempo. Regresa de inmediato a los chillidos y a los insultos y nadie se la soporta más. La tristeza que conmueve al que escucha su llanto también va perdiendo intensidad cada vez que ella lo repite.

—Es una criatura tonta y nada la satisface, pero me temo que nos corresponde a nosotros hacernos cargo de ella —replicó Robi; de cierto modo ellos eran considerados los jefes de la aldea—. Una vez que se aprende cuáles son sus armas, no puede hacernos más daño.

El sol se levantó, la niebla se disipó y el aire comenzó a calentarse. La fría mañana fue seguida por un día claro y templado. La playa estaba inundada de luz. Nubes minúsculas punteaban el cielo, sostenidas por la brisa sutil. Mucho más allá de las nubes, un cachito de luna clara se obstinaba en brillar con su escasa luz incluso en el cielo diurno. Las gaviotas volaban altas y perezosas y su grito llenaba el ambiente.

Por la tarde, a pocos pasos de la orilla, Yorsh y Robi se aventuraron entre los peñascos que emergían del mar de arena bajo el mar de agua, para capturar un enorme cangrejo de pinzas delgadas. Era un animal realmente gigantesco. Robi comenzó a limpiarlo; pocas cosas la ponían tan contenta como capturar una presa y cocinarla. Pocas cosas la alegraban tanto como ver a su hija hincar los dientes en la comida.

Robi conocía el hambre. Había sido el elemento principal en la Casa de los Huérfanos. También Yorsh, huérfano de todo y de todos, tanto antes como después de huir del Lugar de los Elfos donde había sido recluido, había conocido el hambre. La

hija de ellos nunca sabría qué era eso, aunque ella y Yorsh tuvieran que enfrentar a los Demonios para procurarle alimento. Ella y Yorsh eran particularmente hábiles para cazar. Yorsh sentía la mente de la presa y la localizaba. Para él, matar era doloroso, pero con tal de que Erbrow comiera estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso atravesar los Infiernos o lanzarle una flecha a un pargo. En cuanto a Robi, también ella, como su padre, podía prever un poco antes en qué dirección huiría una presa. Le había tomado tiempo percatarse de que eso no era lo normal, sino un don insólito que nadie compartía.

Otra cosa que la complacía era que Yorsh había comenzado a comer como ellos: es decir, había superado la repugnancia de los Elfos a comer cualquier cosa dotada de pensamiento. Al principio solo probaba las cosas, pero ahora Yorsh se alimentaba casi como los demás y no por hambre. Yorsh comía porque quería hacerlo. Quería ser como ellos.

Como ella y Erbrow.

Empezó el mismo día de su matrimonio cuando se comió la mitad de una lapa. Desde que había nacido Erbrow comía con manifestaciones de júbilo cómicas y extáticas que hacían reventar de risa a la niña y, a decir verdad, también a Robi. Con el tiempo pasó de las lapas a las coquinas a los cangrejos, y llegó hasta los pulpos y finalmente a los pargos.

Mientras Robi trabajaba, el Fénix llegó con su caminar ondulante de enorme gallina, el largo cuello oscilante y el plumaje que resplandecía al sol.

El día estaba tan bonito que Robi pensó que ni el insulso pájaro, con la buena voluntad y el orgullo que lo caracterizaban, lograría entristecerla. Después de las palabras de Yorsh en la mañana estaba segura de que nada, nunca, la haría dudar de sí misma, ni de su esposo.

—Permita, Señora mía —comenzó el Fénix después de posarse en un tronco de pino marino retorcido de tal forma por el viento que había quedado bajo, horizontal, paralelo a la arena—, ¿podría dialogar con usted?

—El placer será suyo —repuso Robi con alegría—. Prefiero estar sola hoy, mientras trabajo.

El Fénix dio comienzo a su tristísimo canto y Robi la interrumpió.

—Está bien, quédese —no quería repetir la escena habitual de la gente que acudía y de alguien que se empeñaba en consolar a la criatura para luego devolverla, humillado—. Entonces hable conmigo. Le doy mi palabra de que hoy la escucharé sin perder la paciencia.

—¿Su palabra? —preguntó el Fénix.

—Mi palabra —confirmó Robi.

Detrás del Fénix veía el mar centellear. Yorsh y Caren Aschiol estaban trenzando juncos para hacer una nasa para pulpos. Más allá, Cail Ara con Chicco en brazos

recogía coquinas junto con un grupo de niños. Chicco era un niño hermoso, fuerte y alegre, nacido pocos días antes que Erbrow.

—Quería cerciorarme —prosiguió el Fénix—, porque he aprendido lo propensos que son los de su naturaleza a sufrir repentinos accesos de furia.

Robi tragó: la asaltó la duda de haber sobrevalorado la solidez de su calma y quizá también la de su alegría al aceptar la presencia del gallináceo, pero ya estaba hecho.

—Quería hablarle de su esposo —continuó el Fénix.

—La escucho.

—Verá, Señora, la gente álfica siempre fue de una impresionante beldad, pero su esposo, además de ser el más poderoso y el último, es el que tiene la mayor gracia de formas, tanto en el rostro como en los miembros, de todos, y fueron múltiples, los que encontré a lo largo de mis vidas.

—Sí —confirmó Robi.

Nunca había visto otros Elfos, pero Yorsh sin duda era hermoso, más allá de lo imaginable.

Lo miró desde lejos. Su cabello atrapaba los rayos del sol.

El Fénix continuó:

—Sigo formulándome la pregunta de cómo pudo suceder que él se haya mezclado, es decir, quiero entender, cómo se desposó con usted —y suspiró. Robi interrumpió su labor, petrificada—. Evidentemente la soledad debe ser algo asaz terrible y cuando la posibilidad de encontrar algo mejor se ha perdido... Cuando le pregunté a su esposo cómo había mezclado la sangre de él con la suya, respondió, de hecho, que no había sido posible encontrar algo mejor. Me aseguró que él y su hija eran mucho mejores que todos los demás habitantes de la playa.

Robi inclinó la cabeza bruscamente sobre el cangrejo y siguió limpiándolo. El rostro le quedó en la sombra y tuvo tiempo para intentar recobrar la compostura. Había abierto el caparazón a golpes de piedra y estaba metiendo los dedos en las ranuras para que no se perdiera nada. Lo que había sido el cuerpo vivo del cangrejo y el interior de la cabeza, fofo y rosado, le chorreaba por las manos ensuciándole también los brazos. Un nutrido enjambre de avispas comenzó a zumbarle alrededor y a exasperarla. La mirada del Fénix se llenó de fastidio.

Una de las avispas logró picar a Robi que, de un golpe fulminante, aplastó un par. Las minúsculas entrañas se esparcieron en la huella de carne de cangrejo que su manotazo había dejado sobre la piedra en la que estaba trabajando. El Fénix lanzó un gritito de repugnancia y apartó la vista, horrorizado. Avispas y zancudos, tábanos, moscas, pulgas y piojos no tocaban ni la carne ni la sangre de los seres inmortales. A Yorsh no lo picaban y por lo tanto no los detestaba. Al principio de su matrimonio, Robi lo había sorprendido resucitando a los zancudos que ella finalmente lograba

aplastar. Después del nacimiento de Erbrow y de las noches en vela consolando el lloriqueo de la pequeña, Yorsh había suspendido cualquier tipo de ayuda a las criaturas que pudiesen picar a su niña. Robi comenzó a sentirse como un ser sucio, descuidado y cruel. Se alegró de que Yorsh no pudiera verla. Desde su primer encuentro era la primera vez en la vida que se sentía contenta por su ausencia.

—¿Quiere que la ayude, Señora? —preguntó inesperadamente el Fénix.

—Gracias —respondió Robi tratando de apartarse el cabello de la cara sudada con el codo, pues no podía usar las manos sucias.

Sacudió con violencia la cabeza para ahuyentar a las otras avispas.

—Es muy amable —prosiguió—. ¿Quisiera ayudarme a limpiar el cangrejo o a ahuyentar las avispas?

—¡Señora! —respondió el Fénix mientras la indignación borraba su insólita dulzura—. Yo soy un Fénix y jamás podría rebajarme a hacer las labores repugnantes e innobles que usted hace, y pocas cosas serían más extrañas para mi exquisita naturaleza que retorcer cuerpos de avispas sobre las piedras. Son cosas que, cómo decirlo, anulan la posibilidad misma de la existencia de la dignidad y hasta su mismo recuerdo. Son cosas que hacen los hombres. Este es uno de los tantos motivos por los cuales los Elfos siempre asaz depreciaron la raza humana. Sabe, fueron los mismos Elfos los que acuñaron la palabra Medio-Elfo en la época en que ostentaron el poder, y puedo afirmar, con toda certeza, que no era un cumplido. Era, si bien lo recuerdo, un insulto bastante grave.

Robi aspiró aire profundamente y tragó.

—¿Ayudarme en qué, entonces? —preguntó.

—Podría ayudarla con ese cabello, Señora. Al menos podría intentar ayudarla, porque no le aseguro que se pueda mejorar, greñado como es. Si no le temiera a su carácter, asaz iracundo y violento, osaría decir, crespo. Verá Señora, quizá con el cabello un poco más... quiero decir... un poco menos... eso es... todo junto... quizá o podría también... mejorar. Si se deja más cabello sobre la frente, ocultaría una mayor parte de su rostro... también las ojeras serían menos evidentes... y la dimensión excesiva de su nariz... No entiendo el motivo por el cual usted tiene dentro del cabello cáscaras y partes amputadas de vegetales.

—Son conchas. Son flores —logró responder Robi con voz inexpresiva—. Es decir, son... deberían ser un adorno.

—¿Pedazos de animales muertos, un adorno? ¿Y por qué no también colas de lagartija, alas de murciélago o huesos de caballo como hacen los Orcos?

Robi se quedó un largo rato en silencio, con los ojos en el cangrejo.

—Gracias —respondió finalmente, cortante—. No es necesario. Mi cabello se ve bien como está.

—Pero, Señora... —objetó el Fénix.

—No es necesario —repitió Robi, con una voz que comenzaba a endurecerse.

Cail Ara y los niños con los que buscaba coquinas estaban cantando una cantinela.

Yorsh y Caren Aschiol estaban juntos en el agua probando la nasa y parecía que algo no había funcionado: no habían atrapado nada y se estaban tomando el pelo el uno al otro, y se lanzaban acusaciones mutuas, fantasiosas y cómicas, por el fracaso.

Robi deseó desesperadamente estar con ellos.

—Sabía que su iracundia prevalecería —gimoteó el Fénix—. No debí haberme confiado.

—No he perdido la calma en lo más mínimo —mintió Robi, que estaba tratando de volverla a encontrar. Recordó las manos de Yorsh que se entrelazaban en su cabello cuando la acariciaba, pensó en la sonrisa que él tenía cuando se inclinaba sobre ella. Se calmó.

Cuando el cangrejo estaba limpio, Robi puso una piedra plana al fuego y sobre ella puso el cangrejo, dividido en tres montoncitos: dos iguales, uno para ella y otro para Erbrow, que siempre tenía hambre, y el bocado más pequeño para Yorsh. Más tarde doraría los piñones que conformaban el resto de la comida del joven Elfo.

—¿Por qué lo divide en tres partes, Señora? Los Elfos no comen criatura alguna que haya pensado, ser alguno que haya caminado, nadado o puesto un huevo.

—Mi esposo lo hace, Señora —repuso Robi, volviendo a encontrar su sonrisa—, su amor por nuestra hija y por mí es tan grande que trata de asemejarse a nosotras en lo posible —el orgullo la había invadido de nuevo y había apartado todas sus dudas que se habían escondido en los rincones oscuros, como los murciélagos cuando se abre de par en par la puerta de un granero. Robi miró la figura de Yorsh en el agua centelleante, y el orgullo de tener su amor la llenó de tal modo que estuvo a punto de reír. Miró al Fénix con indulgencia. Ni siquiera la estólida criatura conseguiría arruinarle un día, ni este ni ningún otro, cuando tenía la dulzura del amor de su hija y la fuerza del amor de su marido.

—Sabe, Señora —retomó, entretenida—, desde que se convirtió en mi esposo, el último y el más poderoso de los Elfos come como nosotros, los desdichados humanos. Los huevos de gaviota no son expertos en pensar, aunque después se convierten en pájaros; sin embargo, después de nuestro matrimonio también las tortillas entraron a ser parte de lo que Yorsh come y ahora son sin lugar a dudas su comida preferida. Sabe, las tortillas las cocino en las dos ranuras de la espada de los antiguos Reyes de la estirpe élfica, dado que no tengo otras sartenes: quedan largas y delgadas. Entonces las enrolló en espiral, como el interior de las conchas, que es una forma que a mi marido le gusta mucho porque dice que encierra la metáfora del infinito, y luego le agrego romero y miel si tengo...

La voz se le apagó en la garganta. El Fénix tenía los ojos desorbitados de horror.

El aire se le ahogó en la garganta.

—Usted... usted... usted osó... ¿la espada con la hiedra? ¿Esa espada? ¡Profanada de una manera tan trivial! Usted... ¿Cómo pudo? Toda la historia de los reinos álficos está contenida en la espada. ¡Toda su grandeza! Recuerdo con certeza que había sido puesta a salvo, clavada en una roca, justamente para que nunca pudiera ser profanada. ¿Cómo es posible que esa espada haya caído en sus manos?

—Yorsh la extrajo... —balbuceó Robi.

—¿Su esposo está enterado de que usted usa el símbolo de la grandeza de su pueblo para cocinar huevos?

Robi se estaba preguntando cómo le había podido contar lo de la espada al Fénix. En efecto, jamás se había atrevido a confesárselo a Yorsh que por suerte nunca se había formulado la pregunta de cuál era el procedimiento para transformar un huevo en tortilla. Había sido la alegría de recordar que era amada la que la había empujado a hacer esa tontería. Trató de evitar una respuesta.

—Mi esposo —prosiguió con una sonrisa y obligándose a hablar en un tono suave y tranquilo— come la comida de los humanos por el amor que siente hacia mí y hacia nuestra hija.

—Señora —interrumpió la monumental gallina—, ¡qué tontería tan descabellada! No es para igualarse al nivel de su indecente barbarie que su esposo contaminó su ser con alimentos que un Elfo debe aborrecer. ¿En realidad no lo sabe? Llamo a los Dioses como testigos de hasta qué grado mi opinión sobre su intelecto sea todo menos excelsa, pero hasta usted debería haber comprendido, ya que su esposo se está matando a sí mismo —afirmó finalmente con consideración.

La sonrisa de Robi se derrumbó. Estuvo a punto de perder el equilibrio y tuvo que sostenerse de la rama horizontal del pino.

—¿Se está matando a sí mismo? —repitió, atónita.

—Se está matando —confirmó el Fénix con una sonrisa de serena y piadosa conmiseración ante la evidente estupidez de la otra—. Por usted, por esa su... digamos hija, el último y el más poderoso de la estirpe de los Elfos se está condenando a perder la inmortalidad. Si nadie los traspasa, los cuelga o los tortura a muerte como ha ocurrido en los últimos siglos, si nadie los encierra sin agua ni alimento, si el fuego de la hoguera no los quema, Señora, los nacidos en el Pueblo de los Elfos tienen la inmortalidad como destino. Su cuerpo es creado para quedar inmaculado como su espíritu. Nada los puede tocar salvo quizá el resfriado cuando son niños y solo si están desnutridos. El cuerpo de los Elfos no se deteriora en la vejez a menos que el dolor golpee su espíritu o que la putrefacción de la carne que ingieran contagie sus vísceras. Al hacer que se desposara con usted y al darle una hija, como decir... humana, usted lo condenó a escoger entre ver a su propia progenie descender entre los meandros de la muerte o destruir su inmortalidad corrompiendo

su cuerpo, para precederla en la tumba y ahorrarse este dolor. Ahora podrá sufrir de callos, sabañones y solitaria. Como los hombres, su carne podrá caer a pedazos por la lepra, la peste bubónica o la de las pústulas. Podrá tener llagas abiertas en las piernas como los demás mortales. Descubrirá el sudor y las axilas le olerán muy mal. La tos podrá apagarle la respiración; su misma sangre podrá ahogarlo si su corazón flaquea. Los dientes podrán tener agujeros y podrirse y los huesos podrán correr la misma suerte. Perderá el cabello, los piojos podrán atacar su carne, es decir, cosas que a los inmortales no pueden sucederles. Su cuerpo se deteriorará en la vejez, su alma se empobrecerá como siempre pasa con el alma de los viejos, atrapada entre los dolores de las vértebras y la acidez del abdomen que quema cuando no se tienen dientes para masticar. Quizá en la vejez sus miembros temblarán. Quizá será su mente la que vacile y la que todo lo olvide excepto su mismo nombre o a lo mejor eso también. Su corazón se detendrá. Los gusanos de su tumba se comerán lo que el tiempo haya ahorrado. ¿Ha notado las diminutas arrugas que le surcan los ojos? ¿Y que su piel ya no tiene la blancura élfica, lo ha notado?

—Es el sol —protestó débilmente Robi, con lo que le quedaba de voz.

—Señora, la piel de los seres inmortales siempre es la misma. Cuando se corrompe, se escama y comienza, amiga tras arruga, oscurecida como el cuero, su marcha hacia los gusanos de la putrefacción.

Robi tuvo que sostenerse para no caer. Por un segundo todo se oscureció. Todo desapareció y solo quedaron las ganas de vomitar y de llorar. Cuando recuperó la vista, frente a sus ojos tenía el fuego crepitante de juncos secos y piñas a las que les había extraído los piñones, y sobre una piedra plana, el cangrejo dividido en tres partes de las que una, la más pequeña, era el veneno para Yorsh.

Con un grito ronco saltó en pie y pateó la piedra que se volcó sobre el fuego y sobre la arena. La piedra le quemó un tobillo y un tizón ardiente le golpeó la mano y le hizo una gran llaga rojiza. Robi recubrió con la arena lo que quedaba del fuego. Luego, finalmente, cayó de rodillas, vomitó y se echó a llorar.

Se plegó sobre sí misma y se cogió la cabeza con las manos mientras los sollozos la sacudían hasta cuando sintió los bracitos y el llanto de su hija. Erbrow, desesperada y asustada, había llegado para intentar consolarla. Por primera vez en meses oía el llanto de Erbrow. La última vez que había llorado había sido en invierno, cuando la orilla de las lagunas se había congelado y la pequeña se había resbalado. Fue un llanto breve, más por decepción que por dolor, pues Yorsh le quitaba este último en pocos segundos cuando se caía.

Ahora era el llanto desesperado de un niño frente al llanto desesperado de la propia madre. Robi trató de calmarse, la abrazó para consolarla y vio lo que quedaba del cangrejo: acababa de volcar al piso la cena de su hija.

Mientras se tragaba las lágrimas recuperó la carne del cangrejo entre la arena y

los tizones todavía ardientes. La lavó en el agua del mar dando una vuelta larga para evitar a Yorsh, Caren Aschiol, Cail Ara y a todos los que estaban pescando, cazando y riendo en la playa.

En todo el trayecto Erbrow no le soltó las piernas y siguió gimiendo angustiada. Robi reconstruyó el fuego y puso encima lo que quedaba del cangrejo. Esta vez, solo dos montoncitos.

Capítulo 9

Erbrow hubiera querido ser grande. Grande y fuerte. Quizá así habría podido consolar a su madre, hacer que dejara de llorar.

No sabía qué hacer. Solo sabía que era una inútil.

Esa horrible gallina no comía nada porque se los comía a ellos.

Como ella, su papá y su mamá comían pargo y piñones; la otra comía alegría y regocijo.

Para ella, la miel era hacer pelear a las personas. Causar dolor era mejor que comer piñones.

Y lo que era peor era que la suya era un hambre que no se saciaba.

Nunca había sentido a mamá tan desesperada.

Recordó cuando le había dado fiebre y su madre se había asustado, pero luego su padre le había puesto las manos en la frente, la fiebre había pasado y mamá había vuelto a sonreír.

Quizá también esta vez su papá regresaría y todo se arreglaría, pero no estaba segura.

Esta vez le parecía que todo estaba oscuro y lúgubre, sin esperanza. La fiebre era horrible, era como tener un fuego dentro de la cabeza y uno dentro de la garganta. Pero esto era peor.

Capítulo 10

Yorsh llegó cuando empezaba a oscurecer, sereno y sonriente, con las manos cargadas de pulpos pequeños. El mar se estaba levantando bajo el viento de tramontana y las nubes oscurecían las estrellas.

Yorsh miró la cara sin luz de su mujer, escuchó el sonido falso de su voz al saludarlo y su alegría desapareció.

—¿Qué te sucede, Señora mía? —le preguntó preocupado y se inclinó para mirarla a los ojos; ella estaba en cuclillas delante de la casa de ellos, frente al fuego que había preparado y que ahora se estaba apagando. Erbrow, deambulaba alrededor, inusualmente tensa y silenciosa.

—Nada —respondió Robi, mientras levantaba los hombros e improvisaba una sonrisa descolorida que le dejó los ojos ensombrecidos—. Estoy preocupada porque de un momento a otro comenzará el temporal —añadió.

Aún sonrió. Luego estalló en lágrimas.

Fue un llanto largo y desesperado. Cada vez que parecía calmarse volvía a empezar. Robi no conseguía detenerse. Su hija corrió a abrazarle las piernas; Robi se dio cuenta de que seguía haciéndola sentir mal también a ella, y esto empeoró la situación. Trató de que le viniera rápidamente alguna cosa a la mente.

—Estaba pensando en mis padres —mintió. Se arrepintió de inmediato. ¡Ya lo había dicho!

Hasta ese día, en realidad nunca le había mentado a Yorsh, aunque, a decir verdad, sí había habido omisiones.

Jamás le había dicho que las tortillas que tenían la forma de las conchas, y quizá la de las constelaciones, nacían de la profanación de una antiquísima espada, pero esa no era una verdadera mentira: era solo que necesitaba algo para poder cocinar y temía, no que él se lo prohibiera, sino que se sintiera dolido.

No le había dicho que su verdadero nombre era Rosalba, y nunca le había hablado de las visiones que tenía. Todo esto era cierto, pero callarlo tampoco era una verdadera mentira. Había sido la única forma de coquetería, junto con las conchas en el cabello, que ella se había permitido. Quería estar segura, realmente segura de que él, el último y magnífico heredero de la estirpe de los Elfos, la quisiera por ser ella y no por ser la heredera de Arduin. Incluso después de que la había escogido, dudaba de que Yorsh, tan magnífico, pudiera quererla de verdad y la tranquilizaba que él no supiera que antes de venir al mundo ya estaba destinado a ella.

Esta era la primera vez que le mentía a Yorsh y lo había hecho también de una manera cruel y tonta, porque recordar la muerte de sus padres, colgados por la imperdonable acusación de tener amistad con un Elfo, significaba, una vez más, sumir a Yorsh en sus sentimientos de culpa.

Robi levantó hacia Yorsh el rostro desconsolado, con la nariz que le chorreaba. Deseó con todo el corazón no haber llorado. No quería llorar frente a su esposo Elfo. Los Elfos no lloran: sus ojos nunca lagrimean y, al contrario de los humanos, ellos enfrentan cualquier tipo de dolor sin necesidad de buscar algo en qué soplar la nariz.

Sintió los brazos de Yorsh a su alrededor. Erbrow se había quedado entre los dos.

—Mamá, daño —dijo en voz baja.

Yorsh estrechó a Robi hacia él puso la cabeza de ella en su hombro, pero esto no la consoló: pensó que ese hombro se encorvaría por su culpa, que por su culpa la respiración de él, que ahora sentía en su cabello, se detendría. Respiró profundamente por un largo rato y, aunque no obtuvo ningún consuelo, al menos se pudo calmar.

—Ya pasó, estoy mejor —logró decir. Yorsh asintió, no muy convencido.

En ese momento, entre la casa y el mar, pasó la figura ondulante del Fénix, oscura contra la última luz del cielo.

—¡Pío pío, papilla! —gritó Erbrow, con resentimiento, señalándosela a su padre, con la esperanza de que entendiera que ella era la causa de los problemas.

—No quiero oírte gritar a espaldas tuyas que es una gallina —dijo Yorsh velando su dulzura habitual con severidad—. No es cortés, y no quiero que tú aprendas la descortesía...

La incomprensión se sumó al resto de la jornada: Erbrow rompió a llorar.

—¡No le grites! —dijo Robi, pero en su afán de proteger a la niña de otro acceso de llanto su voz sonó demasiado fuerte y se dio cuenta de que parecía enojada.

Yorsh se quedó mirándolas a las dos durante un largo rato. Luego tomó a Erbrow en brazos para consolarla y abrazó de nuevo a Robi.

—Mira —dijo, y le mostró a Robi las presas de la caza: las había puesto en un tronco grande que utilizaban como banca frente a su puerta—. Atrapé tres pulpos: los dos grandes para ustedes dos y el pequeño para mí.

Yorsh sonrió y esperó que Robi también sonriera, que se calmara. Cualquier cosa que se relacionara con la comida en general, y con la de Erbrow en particular, tenía el don de hacer que la sonrisa de Robi se iluminara como el sol de un día de verano, de tal modo que le hacía olvidar a Yorsh el dolor que le producía matar. Robi apretó los labios y asintió sin siquiera girar la cabeza para mirar los tres pulpos. Bajó la mirada sobre la piedra que hacía las veces de hogar o de mesa, una vez que el fuego se apagaba. De un lado estaban los piñones de Yorsh, del otro el cangrejo para ella y su hija. Comenzó a comer. Por primera vez en la vida no tenía hambre. Tenía que hacer un esfuerzo para tragar, todo le sabía a arena. Seguía masticando y masticando el mismo bocado. Se dio cuenta de que Yorsh la observaba con curiosidad.

—¿Me das un poco? —le pidió gentilmente, sonriendo.

—No —respondió Robi deprisa—. Yo... yo... tengo mucha hambre.

La sonrisa de Yorsh no desapareció.

—¿Me das un poquito del tuyo? —le preguntó a Erbrow—. ¿Lo cambiamos por algunos piñones? Mira, tres piñones, un besito y una historia a cambio de un bocado de tu comida. Te vuelvo a contar la fábula de la Princesa de las habas. ¿Te parece un buen trato?

Erbrow aceptó feliz y le dio un puñado de su cangrejo.

—¡No! —exclamó Robi—. No, no, no. Ella... también tiene mucha hambre... tiene que crecer.

Erbrow la miró asombrada: de nuevo se le formó un surco vertical entre las cejas y le tembló el mentón, pero esta vez logró contener el llanto.

Yorsh asintió con tranquilidad, sin perder la sonrisa.

Sus ojos buscaron la silueta del Fénix que se recortaba contra la última luz y sacudió la cabeza.

—Tú tienes razón —le dijo alegremente a Erbrow—. En realidad es una gallina.

—¡Pío pío, papilla! —comentó Erbrow con una expresión amenazante pero consolada.

—Es más, me atrevería a decir, un intermedio entre una gallina y un buitre. Los buitres son pajarracos inmundos y horrendos que comen... digamos cosas inmundas y horrendas.

—¿Pío pío bleah?

—Sí, creo que da la idea. Sin embargo, ellos entre sí también se encuentran bellos y cuando nace un buitre su mamá y su papá se ponen contentos. Por eso, a pesar de que no son precisamente unas joyas de simpatía, tratamos de no ser crueles con ellos.

—No daño.

—No daño; así es, ángel mío.

Erbrow sonrió feliz. Finalmente el día comenzaba a mejorar. Papá había regresado y de algún modo lo arreglaba todo.

—Mi señora —dijo Yorsh dirigiéndose a su esposa. Su sonrisa era muy dulce y al hablar tomó la mano áspera y callosa de Robi entre las suyas, que aunque cortaran leña, piedras, caparazones de cangrejo y piñones, no tenían casi ninguna seña—. Le ruego me perdone por el dolor que le estoy ocasionando. No quiero mi inmortalidad y usted no puede protegerla.

Robi sacudió la cabeza. Rompió a llorar de nuevo y se odió por ser incapaz de contenerse.

—Tú no puedes hacerme esto. Tú no puedes. Cada migaja que te he preparado era veneno y yo no lo sabía...

—¡Mi señora, Robi! Mi único amor. ¡Cómo puede ser tan insensatamente injusta al referirse a su cocina! Lo que comprometió mi inmortalidad, y para siempre, fue la media lapa que atrapé en un peñasco cuando estaba solo y que me llevé a la boca sin

la ayuda de nadie, haciendo la única elección que me hace feliz de vivir. Mi señora, yo atravesaría el fuego por una de esas tortillas con piñones y mirto que usted cocina usando mi espada como sartén, y estoy seguro de que si los Reyes álficos pudieran saber que la espada que forjaron hace siglos, cuando su poder estaba en todo su apogeo, es blandida por usted para destruir el hambre y hacer brillar la alegría, se sentirían orgullosos y honrados.

—Mi señora, le ruego, no me niegue ni la miel de su sonrisa ni aquella que echa sobre los filetes de pargo, porque con tal de disfrutarlas yo atravesaría los cancelos del tiempo y de la muerte, iría al otro lado de las estrellas y del viento, donde las paralelas se encuentran y los números terminan. Y cuando lo hubiera alcanzado cantarían alabanzas y agradecería mi suerte, porque el cambio es a favor mío. Mi Señora, la inmortalidad es el don maligno que destruyó a mi estirpe. Nuestros cuerpos inviolables, incorruptibles como la piedra, como el diamante, como el hielo que queda atrapado en las grietas que el sol no logra calentar y donde la primavera jamás llega, nos han hecho tan frágiles que perecimos. Nos quedamos inmóviles, asustados por la vida que por definición es cambio y mutación, y hemos muerto uno tras otro. Mi pueblo desapareció porque le faltó coraje para aceptar la muerte, el último don que el universo les dio a los seres vivos. Cada esposa cuando acepta amar a su marido le regala su coraje, porque en el nacimiento de un nuevo hijo la vida y la muerte se dan la mano. En un pueblo maldecido con la inmortalidad esta se considera un don excesivo para ser pedido o simplemente ser aceptado. De todos modos nos hemos extinguido. Asesinados, masacrados, exterminados por el hambre y la tristeza. De todos modos nos morimos. La raza humana sabía que la muerte hace parte de la vida, que no se puede separar de ella. Los Elfos han querido ignorarlo y han desperdiciado su destino continuando su estéril batalla de resucitar a los mosquitos.

—Tú no entiendes —dijo Robi, mientras se le quebraba la voz. Erbrow se asustó y corrió a abrazar a su padre—. Tú no entiendes. ¡Se te caerán los dientes y... también el cabello!

—Bueno, hablaré escupiendo como el viejo pescador de Arstrid y en las mañanas me lustraré la cabeza con un trapo para que brille al sol. Pocas cosas me parecen más detestables que una juventud insulsa y eterna que me confunda con nuestros hijos, que me haga parecido a ellos. Quiero que la blancura de mi cabello o las arrugas que se formarán en mi cara les recuerden a mis hijos que yo no soy ni su hermano ni su amigo, sino su padre. Quiero que al ver mis manos agrietadas y manchadas recuerden que yo soy el que los engendró, porque de otro modo, cuando el dolor y la incertidumbre los golpeen, ellos no sabrán a quién acudir en busca de certezas y consuelo. Quiero que nuestros hijos se hagan cargo de nuestra fragilidad para que aprendan la misericordia. ¿Cómo podrían aprenderla si nosotros no perdiéramos la fuerza de la juventud? De todas las maldiciones del mundo tener que sobrevivir a un

hijo, tener que arreglarlo para la muerte y sepultarlo, me parece la peor; no se la desearía ni al enemigo más innoble y más odiado. Robi, cuando cambie, ¿realmente ya no me querrás? Mi único amor, ¿cuando hable como el viejo pescador y el sol quemame mi cabeza que ha quedado implume como una gaviota recién nacida, en realidad me amarás menos? También tu cara y tu sonrisa cambiarán, conservarán el recuerdo del sol que ha quemado tu piel mientras buscabas los cangrejos que hemos comido juntos. Es por esto que mi amor por ti no permanece igual, sino que crece cada día. Es por esto que la felicidad de tu presencia día a día se hace más grande y más llena de luz. Tu cuerpo cargará las señas de nuestros hijos, tu cabello las del tiempo que pasaremos tomados de la mano. Desde que sé que son contados, el esplendor de mis días se ha multiplicado; el movimiento enorme de las estrellas y de las mareas o el pequeño de un hilo de hierba que crece se han vuelto mensurables porque ahora el tiempo tiene un valor. Mi Señora, su mirada tiene el orgullo del vuelo de un halcón y la ternura del reflejo del sol en el agua. Su cabeza se yergue sobre sus hombros con la fuerza invencible de las olas y con la dulzura con la que el mar rompe contra la arena en la más plácida tarde de verano. La sonrisa con la que se inclina sobre nuestra hija contiene la luz misma del sol que calienta la tierra. La sonrisa que tiene cuando yo me inclino sobre usted tiene el misterio de la luz de la luna que rebota ligera entre las nubes y las ondas. Mi señora, usted tiene la fuerza de un ejército formado en batalla y nada podrá derrotarla jamás, ni siquiera la muerte, porque tampoco le temerá. Mi Señora, se lo suplico, no llore. Me resulta insoportable causarle dolor. He visto sus lágrimas hoy y han sido un regalo porque sé que lloró por mi muerte. Pero se lo ruego, júreme que si muero antes que usted, en el momento en que la deje sus ojos permanecerán secos, su frente calma.

Yorsh sonreía. Robi intentaba recordar las palabras del Fénix, pero todas se perdían en la sonrisa de su esposo. Todo se perdía en su voz. Seguía repitiendo en su cabeza la palabra «esposo». Era su esposo. Estaban juntos y Erbrow era su hija. Recordó todavía vagamente las palabras que más le habían dolido.

—Los gusanos te comerán —balbuceó. Las lágrimas que bañaban su rostro comenzaron a espaciarse, como las gotas de un temporal de verano cuando el negro del horizonte se rompe y el azul regresa.

—Pero, mi Señora —objetó Yorsh, tratando de devolverle la razón. Abrió también los brazos para darles fuerza a sus palabras—. Las codornices y los faisanes con los que su padre la alimentaba de niña se alimentaron de escuadrones de gusanos. Ahora las lombrices regordetas que los temporales hacen rodar del acantilado nutren los pargos que nos alimentan. ¡Sería una descortesía imperdonable no darles nada a cambio!

Aunque todavía no había dejado de llorar, Robi no pudo evitar echarse a reír. Erbrow batió las manos, feliz.

Sin saber si llorar o reír, Robi miró a su esposo.

Ya no era inmortal.

Morirían juntos. Viejísimos. Tomados de la mano.

—Sabes... —comenzó. Era menos fácil de lo previsto: había esperado demasiado tiempo y cada día que pasaba se hacía más embarazoso confesar haber esperado tanto —. Sabes, mi nombre es...

No tuvo tiempo de continuar. La interrumpió un grito de Erbrow.

Robi y Yorsh se giraron hacia el punto que la niña, aterrorizada, señalaba.

El Fénix se estaba quemando. Era una explosión de llamas que brillaban contra el oscuro horizonte con una luz de una belleza indescriptible donde el azul se fundía con el plateado y el dorado.

Las llamas duraron casi hasta la medianoche. El viento de tramontana que barría la playa no fue capaz de apagarlas; más bien las alimentó, haciéndolas más altas y espléndidas.

Mientras el color de las llamas se elevaba resplandeciente, duplicado en el reflejo sobre las olas, un olor mortífero a carne carbonizada apestó las casas de la aldea que estaban en contra del viento.

Muchos de los otros habitantes acudieron: casi todos intentaron varias veces usar el agua del mar y sus pocas y preciosas vestiduras para apagar el fuego, pero este sin embargo lo resistió todo. Todos los niños, comenzando por Erbrow, lloraban aterrorizados.

Robi estaba perturbada por el terror de su hija a quien no lograba alejar de la escena porque la pequeña se agarraba de cualquier cosa con tal de quedarse. Además de la preocupación, la destrozaban los sentimientos de culpa y la rabia por la estúpida criatura que, de algún modo u otro, lograba tenerlos a todos en sus manos.

El menos preocupado era Yorsh que seguía repitiendo que era cierto que el fuego periódico era un ciclo normal para los Fénix; pero en la medida en que las horas iban pasando, su certeza también comenzó a nublarse.

Finalmente, cuando la luna se puso, las llamas azules y plateadas se apagaron y el Fénix reapareció. Al azul y al plateado de las plumas se les había sumado la iridiscencia del dorado. Su forma también había cambiado, pero no para mejorar. Las alas, ya ridículamente cortas para permitirle cualquier vuelo, se habían acortado aun más. El cuello estaba más largo, el pico más encorvado y el cráneo casi por completo implume: en general se disminuía la semejanza con una gallina, pero se aumentaba la semejanza con un fantasmagórico buitre con los colores del alba y el mar.

Al cabo, Erbrow y los demás niños se tranquilizaron. Poco a poco todos se fueron a dormir.

Una Robi tan desesperada como nunca, fuera de casillas, tomó a Erbrow en brazos y se plantó delante del Fénix.

—Haz llorar otra vez a mi hija y te retorceré ese cuello pulgoso —la amenazó, furiosa.

Luego se dio vuelta y acostó a su hija a dormir. En el incendio, además de los últimos destellos de cortesía, el Fénix debió perder también la memoria, pues declaró con una voz definitivamente más aguda y estridente que la anterior no saber quién diablos era esa horrible mujer y que en todo caso no entendía por qué ella, orgullo de la creación y honor del mundo, recibía amenazas de una mujer cualquiera a causa de un chiquillo despreciable...

Robi estaba lejos; Yorsh respondió.

—Señora —dijo con serenidad—, la próxima vez que ose llamar a mi hija chiquillo despreciable, le aseguro que terminará en un espetón con romero como acompañamiento y algunos piñones como relleno.

—¿Romero como acompañamiento y algunos piñones como relleno?

—Saben muy bien con el pargo —dijo Yorsh, apacible—. Mis nociones del arte culinario son limitadas, pero me parece probable que también funcionarían con usted.

—Señor —dijo el Fénix sin aliento—, es la primera vez que lo veo, ¡pero me parece que sin lugar a equívocos es usted un Elfo!

—Soy un Elfo.

—Los Elfos no pueden comer nada dotado de pensamiento.

—Exactamente, en el caso de cualquiera que llame a mi hija «despreciable chiquillo», no sería una violación a la regla —la corrigió Yorsh—. Señora —la saludó con una pequeña reverencia y también él se fue a dormir.

Capítulo 11

Al principio Erbrow sintió que todo estaba bien.

Los días volvieron a pasar sin demasiadas angustias. Bastaba con tener cuidado de que el hombre del odio no estuviera muy cerca y de que el Fénix no se estuviera quemando, y las cosas de alguna forma marchaban.

El odio del hombre del odio aumentaba día a día.

Erbrow sentía el corazón latir tan fuerte que dolía cuando la figura encorvada del otro pasaba por la playa y papá o mamá no estaban cerca para cargarla.

Cuando el Fénix ardía, hecho ahora casi cotidiano, le sucedía una cosa extraña: no podía apartarse. Sentía que hubiera sido descortés, como diría su padre. Sentía que tenía que quedarse a ver. Además del terrible olor a carne quemada, en esa llama había una rara mezcla de rencor y de pesar que no sabía nombrar. Tenía la sensación, fortísima, de que lo único que podía atenuar, o al menos no agrandar demasiado los rencores y pesares que encerraba el Fénix y lo destrozaban, era la presencia de espectadores.

Mamá ya no estaba tan desesperada, aunque en su manera de sonreír había algo que nunca había estado antes.

Pero en general todo estaba bien.

Después, sin embargo, algo feo aconteció y ella no entendió qué era. De repente su madre cambió. El cielo siempre estaba azul y el mar en calma, pero en el interior de mamá había un nuevo temor, como cuando el tornado había barrido la aldea y el mar se había convertido en un monstruo enojado.

Capítulo 12

Desde su tormentoso viaje desde el Condado de Daligar hasta la playa, Robi no había tenido más visiones. La habían guiado dándole la seguridad de una increíble victoria en todas las batallas y fugas, y luego habían desaparecido. En la última había visto manos de niños que jugaban: fue tan fuerte que tuvo la certeza de que ella y Yorsh se desposarían y tendrían hijos. No había visto los rostros de los niños ni había podido saber el número. La visión era confusa; solo había manitas y juguetes que se superponían para desaparecer y aparecer. Los juguetes eran un trompo bastante torcido, un caballito de madera rústica y, además, la muñeca y la barquita que sus padres le habían hecho y que Yorsh le había devuelto cuando la encontró y la reconoció. Sabía que Yorsh, de niño, había tenido un trompo y un caballito de madera. Ella había visto el trompo durante algunos instantes: era un juguete de factura refinada, pintado en todos los matices de azul. El Juez Administrador lo había partido a patadas la única vez que se lo había encontrado. Fue en la ocasión en que Yorsh había ido a Daligar a salvarla, solo contra toda una guarnición, ayudado únicamente por los ratones de las prisiones y por dos soldados desertores, Meliloto y Paladio. Yorsh también había perdido el caballito, casi con certeza un juguete también de factura élfica, por su propia cuenta: se le escapó de las manos con un estornudo de Erbrow el dragón viejo y cayó en el volcán que calentaba la caverna de la incubación.

Cuando la hija de ellos nació, Yorsh le pidió a Solario que le fabricara un caballito y un trompo. El trompo era asimétrico y giraba de una manera curiosa; el caballo tenía las patas posteriores demasiado delgadas y el cuello demasiado largo. Eran los que ella había reconocido en sus visiones.

Después del viaje, el don de la clarividencia, siempre y cuando fuera un don, abandonó a Robi. Ahora las visiones habían regresado, pero eran una maldición.

Robi veía abismos de oscuridad que se superponían, veía una cosa que destruía la luz.

No era simplemente la falta de luz lo que veía, sino su opuesto. La luz destruye la oscuridad: basta con un rayo para hacer pedazos cualquier oscuridad. Ella veía una oscuridad que se tragaba la luz: un fragmento era suficiente para aniquilar toda luminosidad. Cuando cerraba los ojos aparecía una oscuridad sombría y total, espantosa. Como si cualquier cosa se estuviera preparando para abalanzarse sobre el mundo de un momento a otro.

Robi se debatía entre el deseo de hablarle de esto a Yorsh y decidirse de una vez por todas a completar la información con las explicaciones sobre los orígenes de su nombre y el deseo de seguir haciéndose ilusiones de que esa extraña alucinación no tenía importancia.

No era una visión real, sino solo una broma que le jugaba el cansancio. Siempre estaba cansada. Le sucedía, cada vez más a menudo, que no podía tenerse en pie. Hubiera querido dormir sin parar. Con frecuencia sentía ganas de vomitar también por el appestoso olor a carne carbonizada que ahora se respiraba permanentemente en la bahía.

Los incendios del Fénix se habían vuelto más frecuentes, casi cotidianos. El resto de la aldea se había acostumbrado a ellos a pesar del olor y ahora se preguntaban con alegría cuándo serían las próximas luminarias del Fénix. La que no parecía divertirse para nada era Erbrow: para ella era diferente. Cada vez que la maléfica criatura ardía ella se quedaba a verla, adolorida, y se rehusaba a dejarse alejar.

El plumaje del Fénix emergía más suntuoso después de cada fuego y su orgullo aumentaba proporcionalmente. Los recuerdos se le confundían cada vez más. La penúltima vez ya no recordaba quiénes eran los Elfos. Después de la última ya no sabía quiénes eran los Fénix. No se callaba ni por un segundo. Su discurso era un lamento ininterrumpido sobre su propia belleza y sobre el riesgo de quedar magullada por el tiempo y, los Dioses no lo quisieran, encanecida por la vejez. Si alguien cometía el error de intentar tranquilizar a la criatura con el color de su plumaje, con el dorado y el plateado de sus alas, los reclamos de consuelo se agrandaban y se agudizaban, se hacían desmesurados sin que para nada se aligerara la angustia que la invadía. Era un parloteo estridente y enervante y quizá también por ello Robi estaba agotada.

Robi se decidió: estaba prácticamente segura de que sería una alarma inútil, pero, por muy inverosímil que fuera, no podía retrasarse para darla. No tenía ya edad para caprichos y coqueterías. La avergonzaba confesarle a Yorsh que durante la fuga ella jamás lo había tranquilizado hablándole del futuro que había vislumbrado, mientras a él lo atormentaban el miedo y la terrible angustia de pensar que ningún mañana era posible para ellos.

Hubiera tenido que confesar que no había confiado en él, en su amor; pero ahora estaba segura de que él no se enojaría sino que seguiría amándola igual o más.

Robi se preguntó cómo había podido esperar tanto, cómo había podido negarle a Yorsh la tranquilidad de saber que todas las profecías se habían hecho realidad.

* * *

Yorsh estaba junto a Jastrin. Ambos estaban posados sobre un grueso tronco de pino marino que el viento había retorcido hasta dejarlo horizontal. Erbrow jugaba cerca de ellos. Moron pasó por detrás, malhumorado y encorvado; llevaba en la mano una de sus monstruosas trampas para carrizos. Robi sintió la molestia que siempre

sentía al verlo, pero, tal como lo dictaban de manera justa las Reglas de la Fundación de la Ciudad, ellos eran una Tierra de Seres Libres y no se podía alejar ni maltratar a alguien solo porque tenía alguna cosa horrible o indecente.

Yorsh estaba hablando del ataque de Sire Arduin contra los Orcos, a juzgar por sus gestos. También Erbrow debía encontrarlo interesante, puesto que justo en el instante en que la sombra de Moron se le acercaba, dejó de jugar de inmediato y corrió para que su padre la tomara entre sus brazos. Moron se alejó hacia uno de los promontorios, no sin antes destinarle al pobre Jastrin una flagrante mirada de desprecio. Jastrin ni se percató y siguió escuchando, atento y extasiado. Tenía las piernas más delgadas y más débiles de lo normal, y a menudo le dolían. Yorsh creó el cargo de Escribano Oficial para él y, a falta de pergaminos en los cuales escribir, el de Tenedor Oficial de la Memoria; pasaba todo el tiempo que podía arrastrándolo consigo para contarle un resumen aceptable del pasado, extraído de un centenar de libros de historia.

Como explicaba Yorsh, el pasado contiene el futuro y un pueblo que no conoce su propio pasado no puede ser dueño de su futuro. Tenedor Oficial de la Memoria era, por consiguiente, un cargo altísimo.

Robi escuchaba menos. Consideraba que el ser dueño de la cena también tenía peso en la determinación del futuro de un pueblo. Por lo tanto, el único escucha apasionado que quedaba para oír los relatos entusiastas de Yorsh era Jastrin.

Robi no logró alcanzar a tiempo a Yorsh.

De repente, en el horizonte, aparecieron tres figuras tan absolutamente negras que parecía que se tragaran la luz, que la mataran, que expandieran la oscuridad alrededor de ellas, de tal modo que hasta el horizonte se oscurecía.

Caren Aschiol estaba en el agua junto a Chicco. Regresó a la orilla con el niño en brazos y luego lo puso en el suelo.

—¿Qué es? —preguntó—. Un temporal no es tan negro.

Robi no respondió, no sabía qué decir. La única cosa que sabía, la que tenía bien clara en la cabeza, era que ella había vislumbrado el peligro y por pura imbecilidad no había dado la alarma.

Finalmente Yorsh llegó.

—¡Las Erinias! —exclamó—. ¡Las Furias! ¡Son los Ángeles de la Muerte!

Yorsh estaba lívido. Por primera vez Robi vio el terror en sus ojos.

—¿Las qué cosa? —preguntó.

—Mi madre me habló de ellas —retomó Yorsh—. Sabía que había una tierra atormentada por las Erinias y que ellas regresan cada cierto número de décadas al lugar de su martirio, pero no sabía cuál era. ¡Es esta!

Las tres sombras negras se acercaron lentamente. Los niños en el agua, una media docena de criaturas de todos los tamaños que hasta ese momento habían aturcido a

las gaviotas con sus gritos, se callaron. Erbrow comenzó a toser.

—He ahí la razón por la que no había nadie en esta playa —prosiguió Yorsh—. Las Erinias son los fantasmas de tres pobres mujeres condenadas como brujas. Maldijeron la vida y el universo y se convirtieron en los Espíritus de la Destrucción.

—¿Pero cuándo sucedió? —preguntó Caren Aschiol. Chicco también empezó a toser—. ¿Cuándo sucedió esta historia? ¿Qué tenemos que ver nosotros con ella?

—Sucedió antes del reinado de los Elfos.

—¿Antes del reinado de los Elfos? ¿Y qué quiere decir esto?

—Hace nueve o diez siglos.

—¿Hace mil años? ¿Mi hijo no logra respirar por algo que pasó hace mil años? ¿Y él qué tiene que ver con eso? ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—¿Pero las brujas son las hijas de los Elfos? ¿Ya eran unos canallas antes de que los nombraran Reyes? —preguntó Moron que se había acercado—. Bonita idea la de venir a esta joya de playa. Si nos hubiéramos quedado en la Casa de los Huérfanos, ahora seríamos soldados veteranos...

Robi lo odió y fue la única cosa que por un instante logró apaciguar el odio que sentía contra sí misma por haber callado cuando las sombras comenzaron a invadirle el sueño. Después todo desapareció porque temía por la respiración de Erbrow. La niña, abrazada a sus piernas, cada vez respiraba con mayor dificultad. Los demás niños también comenzaron a toser. Yorsh, Creschio, Cala y Solario lograron reunidos y arrastrarlos fuera del agua en una marcha dolorosa y lentísima, con la respiración cada vez más quebrada y los movimientos lentos como los de un anciano o un enfermo. Robi se quedó en la playa, inclinada y extendiendo los brazos sobre Erbrow y Chicco.

—En aquella época, bruja no significaba descendiente de Elfos —prosiguió Yorsh cuando estaban en tierra: su voz había comenzado a quebrarse—. La palabra era usada para identificar a las curanderas, a las mujeres que asistían los partos y recogían hierbas sanadoras. Cuando las pestes llegaron del mar, todos acusaron a las brujas por no haberlas evitado, por no ser capaces de curarlas. Cuando suceden tragedias insolubles, buscar un culpable atenúa el sentimiento de impotencia. Se dijo que la peste era una conspiración de las brujas.

—Está bien, ¿pero qué hacemos? —preguntó todavía Caren Aschiol, con la voz cada vez más ronca.

—No lo sé —respondió Yorsh.

A partir del momento en que las Erinias habían aparecido como tres puntos minúsculos en la luz dorada de la tarde, el aire se había enrarecido y apretaba la respiración convirtiéndola en un chirrido. Caren Aschiol comenzó a toser y su cara tomó el color de la oscuridad. Su tos se apagó. Con lo que le quedaba de voz trató de reclamar a su alrededor a los niños que se habían quedado inmóviles y silenciosos. Lo

único que todavía se atrevía a moverse y a hacer ruido era el mar con sus largas olas que continuaban deslizándose, indiferentes a la oscuridad. Chicco estaba en cuclillas cerca de Erbrow; su padre lo tomó en brazos otra vez.

Todo se hizo frío; parecía que el aire faltara.

—Trataré de hablarles —susurró Yorsh—. ¡Ustedes escapen! ¡Escapen todos!

—¿Escapar hacia dónde? —preguntó Robi. El cielo se había oscurecido. La sombra estaba por doquier.

Las figuras se hacían cada vez más amenazantes, enormes y cercanas. Los accesos de tos y los gemidos se expandían por todas partes. Las madres se abalanzaban sobre sus hijos para cubrirlos. El grupo de las viejitas que buscaba coquinas en las lagunas se refugió debajo de la cascada, con la esperanza de que el agua las protegiera y mitigara la sequedad insoportable que les invadía la respiración.

Se lanzaron algunas flechas.

Caren Aschiol y Cail Ara recogieron en la playa los arcos con los que cazaban pargos. Las flechas ni siquiera alcanzaron las vestiduras desflecadas, las manos ensangrentadas. Una risa estridente y obscena se elevó sobre la bahía enmudecida.

Una de las flechas de Yorsh partió de última. No erró el blanco: atravesó la más grande de las tres figuras, que permaneció donde estaba, mientras su risa resonaba aun más aguda y burlona.

Creschio y Cala se abrazaron. Mantenían a Chicco entre ellos y tosían. Se apretaron las manos. No muy lejos, Moron los miraba sin atreverse a acercarse, mientras se retorció las manos y se clavaba las uñas en las palmas.

Robi vio con claridad a las Erinias ahora que las tenía encima.

Eran tres figuras aladas, negras y cubiertas de negro, de tal modo que solo las manos, esqueléticas y ensangrentadas, resultaban visibles.

Las alas eran enormes y desflecadas; su sombra cubría el cielo.

La oscuridad sumergió al mundo y la angustia se lo tragó. El cielo azul donde debían volar las gaviotas, las lagunas con los garzones, el acantilado con las alcaparras en flor: todo desapareció en el hielo.

Dos de las sombras se quedaron a un lado, un poco más atrás.

La tercera estaba justo encima de ellos, y fue ella la que habló.

Capítulo 13

Mamá sabía que las tres burbujas de desesperación iban a venir a tragarse el mundo.

Ese era el miedo que tenía por dentro.

Su madre veía lo que tenía que suceder.

También ella veía lo que tenía que suceder: no todo, solo algunas cosas y no siempre, solo a veces.

Los otros nunca veían nada.

Nadie.

Ni siquiera su papá.

Por eso ellos, los demás, jamás tenían miedo.

Las tres burbujas de oscuridad aparecieron en el horizonte y luego se acercaron. Todo se oscureció.

Ella estaba abrazada a mamá y de repente la respiración se le quebró, como cuando cayó al agua; pero esta vez, sin embargo, no era algo frío, sino algo que quemaba. Chicco estaba junto a ella. A pesar de que él también estaba tosiendo, le dio a ella la pelota de trapo para tratar de consolarla un poco. Después su papá vino, lo tomó en brazos y lo alejó.

La sombra se volvió más oscura que una noche sin estrellas, más oscura que el humo cuando los haces de leña están empapados.

Su papá dijo que escaparan, pero nadie sabía hacia dónde.

Luego la Cosa más grande, la que tenían justo encima, comenzó a hablar.

Capítulo 14

Robi levantó la cabeza y osó mirar a la criatura alada encima de ella.

La Cosa habló. Robi entendió por qué las llamaban Furias.

—Nosotras somos las Furias, las Erinias —dijo la voz sombría—. Somos las Madres sin progenie. —Somos el dolor, la venganza, el odio.

Robi cayó a tierra. Tenía a Erbrow apretada contra ella. El dolor era abrumador: era como si la respiración se le hubiera llenado de tierra candente mezclada con escorpiones. Cubrió a su hija con el cuerpo. La sentía jadear debajo suyo. La oscuridad se había tragado la playa. La Furia prosiguió:

—Venimos a cobrar el precio por nuestros hijos no concebidos, nuestros hijos no nacidos, nuestros hijos muertos antes de que pudieran saber cuál es el color de la vida, cuando la vida puede no ser dolor.

—Nada podrá saciar nuestra furia. Nada podrá atenuar nuestro odio.

—Como una bandada de cuervos enloquecidos, como una manada de perros, como hienas, lobos y buitres, desgarraremos su paz, sus almas y su carne.

—Este será el castigo para quien destrozó nuestra carne y asesinó nuestra sangre inocente, para quien conoció nuestra inocencia y por cobardía calló. Nosotras destruiremos a todo aquel que respire y viva en estos mismos lugares que nos vieron exiliadas de la vida y la respiración junto con nuestra descendencia.

—Como una bandada de cuervos enloquecidos.

—Somos las Furias, las Erinias.

—Somos el dolor, la venganza, el odio.

—Ustedes, estúpidos, osaron violar esta playa, el lugar de nuestro martirio, el lugar donde nuestra sangre y nuestra carne quemadas dieron testimonio de la insulsa crueldad humana.

De repente, Robi sintió que los escorpiones que le quemaban la respiración se estaban disolviendo. El aire volvió a pasarle. Erbrow tosió dos o tres veces y luego se puso a llorar y este fue el más dulce de los sonidos: quería decir que estaba viva. Robi levantó la vista. Entre ella y las Erinias estaba Yorsh: estaba de pie con los brazos abiertos para ampliar su sombra y cubrirlas a ambas, a ella y a la niña. Dentro de su sombra el aire era fresco y limpio. Robi sintió que Yorsh jadeaba con el aliento cada vez más escaso y quebrado. Lo vio caer de rodillas, pero siguió protegiendo la respiración de ellas.

La Erinia que estaba más cerca, la que había hablado, se puso a reír bajo y se alejó. Yorsh quedó por fuera de su sombra. El sol brilló de nuevo sobre su cabello plateado. Robi lo oyó toser.

—Le ruego —pidió con gentileza—. No nos hagan daño. No les hagan daño a ellos. Ellos nunca se lo han hecho a nadie.

Yorsh había logrado ponerse de pie.

—Me encantaría conocer su nombre, joven Elfo —dijo la más cercana de las Furias. Era la más alta. La cubría una capa hecha jirones de la que se asomaban solamente las manos enjutas y encorvadas. Las uñas habían sido arrancadas de los dedos. Las palmas estaban atravesadas por llagas profundas.

—Yorshkrunquarkjolnerstrink.

—¿Yorshkrunquarkjolnerstrink? Por lo tanto, el último y el más poderoso. Los rayos del sol le han oscurecido el rostro: ya la mortalidad le ha corroído la carne, último de los guerreros élficos. Aun si decidiéramos no truncar su respiración, no será por mucho tiempo que su cuerpo proyecte sombra sobre la tierra.

—Señoras —respondió Yorsh—, conozco sus nombres. Su historia no me es desconocida. Antes de que la leyera fue mi madre quien me la relató para que la memoria del dolor no se perdiera. Uno de los últimos recuerdos que tengo de ella es precisamente esa historia. Ustedes son las curanderas, las mujeres que recogían las hierbas para sanar, las que asistían a las mujeres en los partos. Ustedes limpiaron llagas, curaron quemaduras, alinearon huesos fracturados. En la época de las pestes los Ángeles de la Destrucción llegaron del otro lado del mar: los pocos poderes que ustedes poseían y sus conocimientos no bastaron para repelerlas. Entonces fueron acusadas, fueron tildadas de brujas y fueron asociadas a los Elfos como blanco de todo odio y raíz de todo mal.

—Mujeres, Señoras, Madres, ¿no lo recuerdan? Nosotros los Elfos subimos a las hogueras con ustedes. También a nuestros hijos se les impidió ser concebidos porque aquellas que hubieran podido ser sus madres fueron aniquiladas siendo aún jóvenes. También a nuestros hijos se les impidió nacer, también ellos fueron exterminados junto a los de ustedes, siendo niños todavía. El nombre que las condenó y marcó, «brujas», es el mismo nombre que reciben las esposas humanas de los Elfos; el mismo que reciben las hijas que nacen cuando la sangre de los Elfos y la de aquellos que no son Elfos deciden correr juntas, porque son las hijas quienes a veces heredan los poderes de los Elfos y prolongan la creencia ilusoria de que tienen una capacidad para detener el mal que no aplican por maldad y que el dolor es fruto de su malvada voluntad.

La más grande de las tres Furias rio bajo. Las otras dos permanecieron oscuras y mudas.

—Reconocemos el sentido de todo lo que dices, joven Elfo, el Último —respondió—. Ustedes murieron como nosotras, no nos hicieron daño, y por lo tanto te concedemos la vida si no te interpones en el camino. Si te haces a un lado, te ignoraremos. La madre y la niña son para nosotras. Si intentas mantenerlas bajo la protección de tu sombra, no evitarás su muerte; esta tan solo seguirá a la tuya. ¿Dices que son humanos inocentes? Quizá sea verdad, joven Elfo, pero la verdad se diluye

en el odio y pierde valor. Es más fácil exterminarlos a todos, y después los mismos Dioses que no nos salvaron, si lo desean, podrán distinguir a los inocentes de los culpables. Te concedemos la vida en nombre de las persecuciones compartidas, pero no tendremos ninguna misericordia hacia los humanos con los que te has mezclado. ¿Por qué habríamos de tenerla? Ellos no tienen la culpa, pero sí la tuvieron los antepasados cuya sangre llevan. Los mismos Dioses que no tuvieron piedad de nosotras, que no cometimos ninguna culpa ni la heredamos, podrán, si lo desean, prestarle atención a la verdad de la que hablas.

Yorsh sacudió la cabeza. No intentó hacerse a un lado.

—Nosotros somos las decisiones que tomamos, no la sangre que corre por nuestras venas. Señoras, hagamos un pacto: tomen mi vida a cambio de la de ellas. Entonces yo diré que son justas y no maldeciré su nombre.

—¿Justas? La justicia no está dentro de nuestros propósitos, joven estólido. No nos entristecerá saber que la hemos irrespetado ni nos angustiará saber que no lo apruebas. Te damos a escoger entre vivir o morir con ellas. No puedes hacer nada para salvarlas.

La sombra de las Erinias se apoderó del mundo de nuevo. Yorsh protegió a Robi y a Erbrow. Estaba de pie otra vez con los brazos extendidos. Los brazos comenzaron a temblarle. La tos invadió la respiración del joven Elfo. Robi casi podía sentir la arena y los escorpiones que lo sofocaban.

—No lo toque —le dijo Robi a la más cercana de las tres Furias—. Aléjese de él.

Ella respiraba porque el cuerpo de Yorsh la protegía de la sombra de las Erinias. Se levantó, puso a Erbrow en el suelo, pero la niña se le pegó a las piernas, desesperada y silenciosa.

—Lo siento por sus muertes. Lo siento por las muertes de sus hijos. No lo toquen. No lo toquen a él ni a mi familia.

—¿Cómo piensas detenernos, joven madre? —preguntó con un tono sarcásticamente dulce la más lejana de las tres—. Ya nada puede lastimarnos. Nadie puede detenernos.

Robi no respondió. Recordó que su padre le decía: «Inténtalo siempre, incluso si es inútil. Por lo menos así pasa el tiempo». Muerte por muerte. ¿Era o no era la heredera de Arduin?

Ella era una guerrera. Y los guerreros mueren empuñando las armas.

Nadie, ni siquiera las Erinias, las Furias, ni los mismos Demonios, podrían hacerles daño impunemente a su hija y su esposo mientras ella estuviera viva.

Aún tenía la honda.

No se le había perdido en la Casa de los Huérfanos. Ni se la habían podido encontrar en los calabozos de Daligar. Era la honda que su padre le había hecho cuando todavía era una niña. La llevaba siempre consigo, junto con una piedra. Robi

sintió la madera de la honda en la palma de su mano y esto le restituyó el coraje. De un momento a otro Yorsh caería y a ella la arrollaría la sombra de las Erinias. El golpe partió. La trayectoria perfecta surcó el cielo sin luz.

La Furia se debilitó.

La sombra disminuyó.

El sol comenzó a brillar de nuevo.

Yorsh se dejó caer de rodillas y luego a gatas. Lentamente su respiración dejó ya de ser un jadeo lleno de arena y de escorpiones y se recuperó.

—¡Largo de aquí! —les gritó Robi a las Erinias—. Ahora.

Se inclinó para ayudar a Yorsh que ahora tosía.

—¿Por qué lo he logrado? ¿Por qué pude abatirlas?

Yorsh tardó unos instantes en responder, quizá porque tuvo que pensarlo, o simplemente porque no tenía suficiente aliento.

—Mi Señora —le informó con dulzura cuando por fin pudo hablar—, quizá desde hace pocos días espera un hijo. Hay otro niño dentro de usted. En otoño nuestra hija tendrá un hermano.

Se acercó a Robi y la estrechó contra él.

Capítulo 15

¿Un hermanito? ¿Un niño nuevo? ¿Y estaba dentro de mamá? ¡Esa era la sensación de pequeño, caliente y húmedo que desde hacía días provenía de la barriga de mamá! Era un problema que nunca nadie le explicara nada y que siempre tuviera que descifrar todo ella sola. Su hermano pequeño tenía que ser un guerrero grandísimo si, por el solo hecho de existir, ya había derribado a esa criatura negra que estaba en el cielo y los estaba matando.

Ahora la criatura ya no podía matarlos.

Estaba doblegada sobre la arena, una mancha negra entre la orilla y el mar.

Era solo furia y dolor.

Erbrow sintió el dolor en su cabeza como si le perteneciera.

Leyó los recuerdos como si ella misma los hubiera vivido.

Vio el verde de la pradera donde una mujer recogía hierbas para curar y a través de unos ojos que no eran los suyos aprendió la forma de las hojas y la de las flores. Aprendió los nombres: belladona para la respiración quebrada, euforbia contra las lombrices, diente de león para los pies hinchados.

Vio una casita más pequeña que la suya, hecha de madera y haces de ramas secas, y dos niños que jugaban.

El recuerdo de los alabarderos que llegaban para rodear la cabaña se volvió suyo, escuchó la palabra bruja, vio el fuego.

La voz de su padre continuó. Le hablaba de nuevo a mamá:

—Ellas son los Ángeles de la Muerte, y usted, Señora mía, es la vida. Nada puede abatir a las Erinias, ningún hombre, ningún guerrero, ninguna mujer, excepto aquella que en su interior custodia un hijo. Usted puede derrotarlas.

Erbrow se sintió dividida en dos. Quería vivir. Quería que su hermanito pudiera nacer.

Pero no quería que se le hiciera más daño a la criatura alada.

Basta de hacerle daño. No sabía cómo decírselo a su mamá que tenía la honda en la mano y no daba la impresión de querer bajarla.

Cuando su mamá se enfurecía era difícil discutir con ella, y ahora estaba realmente furiosa.

Capítulo 16

Robi sintió que la calma y la fuerza la llenaban. Volvió a percibir el sonido del mar, las cigarras, el viento en la hierba. El olor del mar le llegó a la cara; el aire estaba limpio de nuevo.

Ellos, ella y su esposo, eran invencibles.

Ella esperaba otro hijo.

Apretó la honda, se separó de Yorsh y se giró para enfrentar a los otros dos espíritus que aún estaban arriba en el cielo. Yorsh se interpuso y de nuevo extendió los brazos, pero esta vez para proteger a las Erinias.

—No —dijo—. No. Señoras. No tengan miedo.

—Yo creo que es mejor que lo tengan —refutó Robi, combativa, mientras alejaba con brusquedad a Erbrow que con la poca fuerza que tenía la halaba del vestido ya en jirones: pobre pequeña, seguro lo hacía por miedo, pero así la obstaculizaba y en ese momento ella no podía permitir que la obstaculizaran.

Yorsh la interrumpió con un gesto. Levantó la palma hacia ella como para interrumpirla, insinuó una sonrisa y sacudió la cabeza. Era un gesto lleno de cortesía, como todo lo que Yorsh hacía, pero también tenía algo de contundente.

Robi se detuvo.

—Señoras, se lo ruego, no tengan miedo —elijo Yorsh al dirigirse a las Erinias—. El odio las empujó contra los humanos porque el miedo las retuvo en esta vida: dominadas por el rencor, ustedes no se han atrevido a superar los cancelos del Reino del Infinito. La muerte les fue dada de forma injusta y cruel, pero la muerte, aunque sus verdugos lo ignoren, es consuelo, y ustedes no lo saben. No han tenido el valor de dejar este modesto mundo y se han convertido en fantasmas, Furias, Ángeles de la Muerte, Espíritus de la Destrucción. Se quedaron atrapadas. Ahora se los ruego, dejen el miedo de lado. Que su dolor sea mitigado. Que la misericordia las inunde. Se los ruego, Señoras, no teman. Que el perdón las tranquilice de tal modo que puedan abrir sus alas hacia el infinito. Les juro que honraremos su recuerdo. Jamás lo olvidaremos. Escogeremos la noche que divide el otoño en dos, cuando las nieblas sutiles envuelven el mundo de tal modo que nos hacen pensar en nuestros muertos, y se las dedicaremos. Tallaremos calabazas y dentro de estas esconderemos velitas. Las haremos brillar para que esta luz amable recuerde la inocencia pisoteada y la justicia traicionada. Ese día lo denominaremos «día de las brujas», y nunca olvidaremos el recuerdo de su martirio. El día de las brujas será la celebración en la que la humanidad pedirá perdón por todas las injusticias, será la noche donde las víctimas y sus verdugos se mirarán sin rencor. Será el día del perdón. Y luego esperaremos el día en el que comienza el invierno, cuando la noche supera la luz y solo brilla un sol pálido durante unas pocas horas, y lo iluminaremos con nuestras velas. Esa noche

será el aniversario de la vida. Celebraremos a nuestros hijos y agradeceremos su existencia y entonces también las recordaremos a ustedes.

La Furia que estaba en tierra se levantó y alcanzó a las otras dos, lentamente. Tres manchas en las que la luz se anulaba ocuparon el cielo, pero no proyectaron ninguna sombra.

—Joven estúpido —gruñó la más pequeña de las tres Erinias—, miserable cretino, ni siquiera sabes lo que parlosteas. Los Canceles de la Muerte son horribles. Si tú los hubieras visto, nunca habrías cometido la idiotez de renunciar a la eternidad de tu vida. Allí abundan los horrores, la vergüenza, el fango mezclado con sangre que se pudre devorado por los gusanos bajo un torbellino de tábanos...

Yorsh meneó la cabeza y de nuevo extendió los brazos, pero fue un gesto diferente: no de protección, sino un abrazo.

—No, mis Señoras, mis pobres Madres. Los Canceles de la Muerte son horribles solo del lado que nosotros los vemos. Si tenemos el coraje de cruzar el umbral, si logramos hacerlo sin rencor, sin que el remordimiento o la añoranza nos atormenten, entonces, y solo entonces, llegaremos a la otra cara del cancel. No tengan miedo de nada. No tengan miedo. Las esperan praderas infinitas bajo cielos inmensos. Las praderas se llenarán de flores con su llegada. El esplendor de las estrellas aumentará. Tienen que atravesar el desierto; después no habrá más sed ni más hambre. La tierra de la leche y de la miel está al otro lado del sol. Para llegar allí es necesario morir. La muerte tiene los colores del alba, el sonido de las olas, el olor de la sal. A menudo los hombres y las mujeres les preguntan a aquellos que los crearon, si acaso son varios y no uno solo, ¿por qué nos han abandonado? ¡La esperanza también se ha ido! La esperanza no es el último don ni la última compañera que nos dejaron, sino la muerte. Cuando la esperanza se acaba, cuando los labios agrietados por la resequedad no logran relatar nada más, cuando el horror ha cortado las alas, la muerte es la última compañera. Es el último don. Alabemos a Quien ha creado el mundo por su piedad.

—Mis Señoras, Mujeres, Madres, han esperado demasiado. Sus hijos, los que no nacieron, los que murieron siendo niños, los que ni siquiera fueron concebidos, hace mucho tiempo las esperan en praderas infinitas bajo cielos inmensos. Vayan a tomarlos de la mano, a contarles las historias que los consuelen por la vida que no tuvieron, porque estas historias existen y se cuentan.

—Nosotros les pedimos perdón por el daño que el mundo les hizo y les concedemos el nuestro por el daño que le han hecho al mundo. Ahora su tiempo ha terminado. Ahora váyanse.

Robi permaneció de pie, detrás de Yorsh, con la honda en la mano y su hija pegada a las piernas. Erbrow pretendía que la cargara. Quizá no había percibido el peligro porque no parecía asustada; una vez a la altura del rostro de su madre, comenzó a acariciarla como si quisiera tranquilizarla.

Las Erinias estaban inmóviles. La más grande, la que había estado postrada en tierra, todavía estaba cerca. Las dos más pequeñas estaban arriba en el cielo, encima de ellos.

La sombra de las Furias comenzó a aclararse; cada vez se veía más desvanecida.

También los demás, Creschio, Jastrin, Cala y el joven carpintero, se estaban recuperando. Por todas partes resonaban accesos de tos y los primeros intentos, roncós y quebrados, de emitir sonidos.

Las gaviotas empezaron a volar de nuevo. Su grito estridente cruzó el cielo y se unió al grito largo y sombrío de las águilas marinas.

Erbrow se echó a reír, y después de la suya, las risas de los otros niños resonaron largas y liberadoras.

La sombra siguió haciéndose más pálida, imperceptible y leve.

—¿Se fueron? —preguntó alguien—. ¿Se fueron?

El cielo estaba otra vez azul, sin ninguna mancha. Lo surcaban grandes nubes blancas empujadas por el viento de tramontana.

—Se fueron —confirmó Yorsh—. No regresarán. Pero nosotros las recordaremos y haremos que su recuerdo jamás abandone el mundo. Recordaremos siempre con dolor y respeto a todas las mujeres cuya única culpa fue asistir los partos y recoger hierbas sanadoras y que por ello fueron llamadas brujas.

Se dio vuelta para mirar a Robi.

—Mi Señora —dijo en voz baja.

Robi dejó caer la honda. Un cansancio total se estaba apoderando de ella. De un momento a otro se desplomaría en el suelo. Tenía que hacerlo pronto.

—Mi nombre —empezó.

No pudo terminar. Una vez más la voz del Fénix la interrumpió, pero esta vez se trataba de un grito diferente. No era un estridor, no era rencor. Solo dolor. Un dolor decente.

Finalmente, Robi se desvaneció.

* * *

Le tomó mucho tiempo recuperarse. Cuando lo hizo ya era de noche. El viento había cesado y una lluvia ligera estaba limpiando el mundo.

Robi estaba tendida en su casa. Yorsh estaba inclinado sobre ella. La voz ansiosa de Erbrow llegó tenue y fue el primer sonido que escuchó.

—¿Mamá?

Robi la tranquilizó con una sonrisa. Cerca de ella el Fénix la miraba preocupada.

—Robi, amor mío, ¿estás bien? Señora mía, ¿está bien? —preguntó Yorsh.

—Señora mía, ¿está bien? —le hizo eco el Fénix.

¿Señora mía? El Fénix nunca la había llamado Señora mía.

Robi la miró perpleja. No había ni trazas de rencor ni de sarcasmo.

—Gracias, estoy bien. Ahora estoy bien —repuso, tranquilizadora—. ¿Por qué gritó? —le preguntó a Yorsh, señalando al Fénix.

Su simpatía por el animal seguía por debajo del mínimo nivel necesario como para tolerar dirigirle la palabra. Pero fue el Fénix el que le respondió.

—Puse un huevo —dijo con una voz que era a la vez tímida y grave—. ¿Sabe, mi señora?: tendré descendencia. Moriré.

—Usted... ¿qué? —preguntó Robi.

—Después de que se pone el huevo, nosotros no podemos ya obtener la eterna juventud quemándonos de vez en cuando. Moriré. Elegí morir. Mi estirpe también tuvo la inmortalidad entre las opciones posibles. Verá, Señora, nosotros éramos una estirpe magnífica, fuerte y orgullosa. Al igual que los dragones con quienes compartimos la creación durante mucho tiempo, nosotros perecemos al convertirnos en madres. Desde el momento mismo en que ponemos un huevo, nuestro tiempo es contado. Mi nombre, ahora lo recuerdo, es Angkeel, «mensajero». Yo, como mis hermanas, les transmitía la voz de los Dioses a los hombres, y los Dioses para premiarnos nos concedieron el poder de posponer la vejez y la muerte. Fue un regalo terrible. Nunca hallábamos el momento oportuno. La llama azul y dorada cancelaba el tiempo y todo empezaba de nuevo. Ay de mí, demasiado tarde nos dimos cuenta de que cada vez renacíamos más estúpidas y más absurdas. Perdimos el vuelo. Perdimos el bien del intelecto. Solo nos quedaron el resentimiento y el rencor y el odio contra cualquier vida que no se despilfarrara como nuestra insulsa eternidad. Y desde nuestro vacío, mientras más plena era una vida, más la odiábamos. Los dragones, feroces y compasivos, nos sacaban del apuro con sus fauces. Mis hermanas, una tras otra, en el afán de no morir sin descendencia pusieron sus huevos y su progenie ahora surca el cielo.

El Fénix tomó aire.

—Señor mío —le dijo a Yorsh—, le pido perdón. El odio por usted fue total. Usted, que tuvo el valor de renunciar a la eternidad a cambio del temor a la muerte, ha sido blanco de mi envidia como nadie jamás lo fue. Nosotras renunciamos a la vida por temor a la muerte. Pero dígame, Señor mío, se lo ruego, ¿es cierto lo que les dijo a las Madres? ¿El cancel del Infinito, horrible y atroz, es tan solo una fachada? ¿La suya no fue una mentira piadosa para aplacar a las Madres y salvar al mundo? ¿No? Bien, Señor mío. Todavía debo pedirle una gracia. Después de que nazca mi progenie, ¿podría usted ocuparse de su implume juventud? Me contó que había hecho lo mismo por un dragón. Igual que el dragón, no sobreviviré la incubación y no podré ocuparme de mi infante. Mi infante, como el del dragón, necesitará que alguien le

enseñe a volar, pero se lo debe enseñar alguien de su misma especie. ¿Comprende? Sabe, mi infante volará alto, como lo hacía yo en el principio del mundo.

El Fénix se hizo a un lado. Debajo suyo había un huevo. Era mucho más pequeño que un huevo de dragón e igualmente bello: volutas plateadas y doradas se alternaban con el azul.

—¿Cuánto dura la incubación? —preguntó Robi.

—Tres lunas, Señora mía.

—¡Tres lunas! ¡La de los dragones duraba años!

—El dragón transmite su saber durante la incubación, Señora mía. Yo solo le doy la vida. Pero mi progenie no tendrá que morir para ser madre. Ella hará como ustedes: dos vidas que se unen para generar una tercera que no sea una copia idéntica de ninguno de los dos, sino que se asemeje un poco al padre y un poco a la madre. Mi progenie no tendrá el don de la palabra, pero tendrá el del vuelo, el coraje y el intelecto.

El sonido extraño de un aleteo zumbó en la noche. Robi ya se sentía bien y salió en la oscuridad. Yorsh tenía a Erbrow en brazos. Las águilas marinas habían aterrizado y formaban un anillo alrededor de la cabaña como si estuvieran esperando algo. Eran grandes, majestuosas, con un plumaje blanco y azul que la escasa luz de las estrellas alcanzaba a iluminar.

—Ix ebés —Erbrow les explicó con voz serena a los presentes que estaban perplejos—. ¡Ix ebés!

—Fénix bebés —tradujo su padre—. Fénix bebés. ¡Ellos! ¡Ellos son los hijos y las hijas de los Fénix!

Las grandes águilas asintieron. Tenían una mirada calmada y orgullosa, como si sonrieran en la oscuridad.

Capítulo 17

Los días de la incubación fueron días extraños en los que la excitación se mezclaba con la tristeza. Eran dos viajes simultáneos que se cruzaban: uno hacia el nacimiento y otro hacia la muerte. Esto daba una melancolía tenue que se fundía con una alegría en igual medida tenue. El recuerdo del último vuelo de Erbrow el Viejo inundaba la mente de Yorsh.

Con cada día que pasaba, la memoria del Fénix volvía a salir a la superficie de las arenas movedizas en las que se había hundido encarnación tras encarnación, fuego tras fuego. El Fénix recordó la historia, los eventos de su nacimiento, la muerte de Arduin. Recordó toda la historia del mundo de los Hombres en la que su vida había transcurrido. Recordó las salinas que habían enriquecido la tierra con la sal que había chispeado al sol como la nieve en la cima de los montes. Recordó el puerto, las naves, los piratas que habían empobrecido la bahía antes de que las Erinias vinieran a destruirla con su atroz furor.

Por último recordó las cuevas de la isla de la Mesa. Se abrían por decenas, espléndidas en sus juegos verticales hechos por el agua y la roca que caía en formaciones puntiagudas, y recordó que estas cuevas habían sido atiborradas de mercancías y riquezas por los Hombres del puerto antiguo, a la espera de llevarlas al otro lado del mar apenas los piratas les concedieran una tregua.

—¿Mercancías? —preguntó Yorsh.

—Mercancías —confirmó el Fénix.

Tela para los vestidos y para las velas, redes, sedales, anzuelos, palas, zapas, arados, horcones, hachas, agujas, cuchillos, cuchillas pequeñas, armas, joyas, pergaminos, devanadoras, cera para las velas, cuencos, jarrones, martillos, yunques, tinajas, cuero para calzado, riendas, sillas, arcos, espadas, flechas, yelmos, armaduras...

Todo lo que podía ser útil en una aldea. Cualquier cosa que sirviera para la vida y que ni la tierra ni el mar proporcionaran.

Yorsh, Caren Aschiol, Solario y los hombres que mejor nadaban construyeron una serie de balsas y organizaron incontables viajes cada uno más fatigoso pero también más afortunado que el anterior, con miles de regalos que les llegaban de otro tiempo, en cierto modo del cielo y de los Dioses.

No todo estaba en buen estado. Pero todo era útil. Todo era utilizable.

En el transcurso de unos pocos días todos tuvieron ropa y uno tras otro empezaron a tener zapatos que al principio, sin embargo, resultaron insoportables después de la larga costumbre de llevar los pies desnudos. Jastrin tuvo rollos y rollos de pergamino y la memoria del mundo comenzó a escribirse. Robi tuvo una hebilla de plata para el cabello, pero muy pronto, cuando Yorsh le confesó lo mucho que le

gustaban las conchas y las flores con las que se adornaba, se la regaló a Rimara.

A la tercera luna el huevo se abrió: era el mediodía de uno de los primeros días de primavera. El sol estaba en lo más alto. El Fénix estaba tendido junto al mar con la cabeza recostada en el regazo de Erbrow que no quería irse de allí. Yorsh estaba junto a ella: la niña tenía la espalda contra su costado, para que él pudiera consolarla apenas el Fénix muriera.

El pichón que salió era un macho pequeño, empapado, implume y calvo como cualquier pichón, pero aun así era inconfundible que se convertiría en un águila. Él y su madre se miraron a los ojos; luego el Fénix murió. Las grandes águilas marinas descendieron con un vuelo lento e hicieron en torno a ella un arco abierto hacia el mar para que pudiera, ver el horizonte mientras moría. Erbrow no se puso a llorar, sino que se quedó serena con el pichón en sus brazos en medio del círculo de águilas marinas. Robi ni por un segundo le quitó los ojos de encima a su hija que estaba entre ese montón de picos y garras, y que, así fuera con un esfuerzo evidente, permanecía quieta.

Los habitantes de la aldea que seguían el acontecimiento desde lejos se acercaron. Muchos estaban conmovidos. Algunos lloraron.

Decidieron quemar el Fénix y todos comenzaron a recoger la madera para la pira fúnebre.

En ese momento apareció Moron para insistir en darle una solución gastronómica a las exequias.

Antes de que pudiera abrir la boca y preguntar por qué en vez de quemar el pollo no se lo comían, Erbrow se cubrió la cara con las manos y el pichón que tenía cargado se volteó contra el hombre, con toda la ferocidad que su medio palmo de estatura le podía conceder.

Por un instante muy breve Moron miró a la niña y Yorsh vio el odio. Por fin se dio cuenta del miedo de su hija ante la mirada de aquel hombre. Había sucedido un sinnúmero de veces que de repente Erbrow se hacía cargar y Yorsh podía sentir el miedo en su interior. Había pensado que se debía a las pesadillas, fantasías, juegos de sombras o monstruos de cuentos que se quedaban atrapados entre las paradojas de las cantilenas infantiles.

Solo ahora entendió que el miedo de la niña se despertaba cada vez que pasaba Moron.

Comprendió que también el pichón leía la mente de los humanos: al contrario de él, que no había sido capaz de proteger a su hija, el aguilucho acabado de salir del huevo, implume y empapado, había leído el miedo de su hija y el odio de Moron. Él, Yorsh, jamás lo había percibido.

Yorsh se levantó y se paró frente a Moron.

—Mantente alejado de mi hija o te destruiré —le dijo. No levantó la voz. Su

expresión se mantuvo tranquila. Nadie, además de ellos dos, escuchó.

Moron lo miró con una mueca burlona.

—No he hecho nada —balbuceó agresivo—. No puedes hacerme nada si no he hecho nada. Tampoco se puede castigar solo por las cosas que uno ha pensado. Primero escribes todas las reglas y después te enfadas con uno que nunca ha hecho nada. ¿Qué pasa? ¿La Princesita se estropea si te la miran?

—Mantente alejado de mi esposa y de mi hija o te destruiré. Es la segunda vez que te lo digo y será la última.

Moron se escabulló.

* * *

El Fénix ardió lentamente.

No hubo ninguna luz fantasmagórica, ni siquiera humo u olor a carne quemada.

Erbrow y el pichón se quedaron mirando tranquilos. Estaban tristes y serios, pero ninguno de los dos lloró. Al final solo quedaron unas cenizas leves que el viento esparció en el mar donde se confundieron con las olas. Las águilas marinas levantaron el vuelo y giraron durante un rato largo bajo la luz del atardecer.

El pichón fue llamado Angkeel. Erbrow y Jastrin asumieron la tarea de consentirlo y alimentarlo. Al aguilucho le encantaban los camarones, toleraba las lapas y los mejillones y consideraba una ofensa cualquier pez, molusco o crustáceo que no estuviera bien fresco o, los Dioses no lo quisieran, una sobra.

Sentía un amor desmesurado por Erbrow y una vaga simpatía por Jastrin. Soportaba a Robi y a Yorsh.

En cuanto a los demás, detestaba que se le acercaran. Estaba dotado de un pico mortífero y unas garras afiladísimas. Tenía un carácter infernal y comía como un lobo.

Cuando no comía no se dedicaba a cazar gallinas, ni hacía encolerizar a los caballos, ni perseguía a los garzones, ni destruía las pocas y preciosas redes, ni hacía escapar a los peces graznando y batiendo las alas, sino que se quedaba en los brazos de Erbrow que nunca había estado tan feliz.

Después de que pasaron tres lunas y el verano estaba por llegar, se hizo evidente para todos que el aguilucho había crecido lo suficiente para aprender a volar. Se presentó el problema de cómo llevarlo hasta la cima del acantilado.

Robi tejó una especie de cesta de juncos para que el pequeño estuviera cómodo, y Yorsh escaló el acantilado para llevarlo.

El adiós entre el aguilucho y Erbrow fue largo y conmovedor.

El acantilado era vertical y difícil. Era perpendicular a las rocas, con unos pocos

asideros, a menudo inseguros, y no tenía ninguna meseta en la que se pudiera recobrar el aliento.

Yorsh pronto sintió que los brazos y los hombros le ardían por el cansancio. Durante todo el ascenso lo circundó el vuelo de las águilas marinas que volaban en torno a él contentas, obstaculizándolo con las alas, aturdiéndolo con gritos y haciendo que más de una vez hubiera estado peligrosamente cerca de perder el equilibrio.

Cuando por fin arribó a la cima del acantilado, Yorsh estaba descompuesto por el cansancio. Tenía los labios secos y agrietados. El aguilucho fue alimentado y acogido con celebraciones grandiosas. A Yorsh le ofrecieron, con mucha generosidad, la cabeza de un conejo que aún chorreaba sangre y media gaviota ya algo descarnada. Por fortuna, la amistad con las águilas sobrevivió a la negativa cortés pero firme de Yorsh.

El mar estaba tan hermoso que quitaba el aliento. La bahía de Erbrow centelleaba. Desde la época de su juventud, cuando había cabalgado un dragón durante dos meses, Yorsh no veía el mar desde una altura tan grande. Al oriente, más verdes que una esmeralda al sol, se erguían las Montañas Oscuras.

Yorsh reconoció los valles que había sobrevolado entre las alas de su hermano dragón. Reconoció los meandros del Dogon que había surcado con Sajra y Monser y que había remontado al lado de Robi y de aquella que ahora era la gente de su aldea.

No le costó, dado que la distancia no era mayor a un par de millas, reconocer también a dos figuras que se arrastraban mucho más abajo, cerca del nacimiento de la cascada. Eran dos hombres, uno todavía medio gordo y el otro de una flacura ya dramática. Aunque habían trascurrido ocho años, Yorsh los reconoció: Meliloto y Paladio, los dos soldados que habían custodiado a Robi en los calabozos de Daligar. Dos padres de familia, buenas personas, sin que ninguno de los dos fuera una joya de honestidad ni de valor. No habían sido descortesés con la jovencita y luego se habían unido a ellos en la fuga.

Parecían heridos, desconsolados y a punto de desfallecer. Buscaban con desesperación una forma que les permitiera descender del acantilado hasta la playa sin matarse por debajo del vuelo vertiginoso del agua de la cascada.

Después de despedirse de las águilas con grandes reverencias y de verse obligado a llevarse la cabeza del conejo y la media gaviota, Yorsh los alcanzó.

Fue una caminata entre helechos y encinas que le recordaron los paisajes de donde se había ausentado hacía años. A pesar del afán por calmar la sed y las ansias de socorrer a los dos tráfugas, Yorsh no pudo correr. No era solo el cansancio el que le frenaba las piernas. Era una sensación de frío entre la parte alta del abdomen y el pecho que hacía tiempo no experimentaba y que no era hambre.

Miedo.

Era el fin.

Los habían hallado.

Lo habían encontrado.

Estaban allí.

Meliloto y Paladio no eran del tipo de gente que venía a perseguirlos. Ni del tipo que arriesga su vida de padres de familia para venir a advertirles que los estaban persiguiendo.

Quizá esto no tenía nada que ver con él. Quizá solo los estaban persiguiendo a ellos dos... Habían descubierto que eran desertores: todo allí... Como no sabían cómo escapar habían llegado a la cascada que los detuvo con su salto espantoso.

Había, sin embargo, una segunda hipótesis: algo terrible había sucedido en el Mundo de los Hombres y los dos estaban huyendo.

Pero recordaba que Meliloto y Paladio tenían mujer e hijos, muchos hijos, y uno no abandona a la mujer y a los hijos y mucho menos cuando sucede algo grave, terrible.

A menos que... vaya en busca de ayuda.

La segunda hipótesis era que hubieran venido a buscarlo a él. Un desastre tan ineluctable, una desesperación tan inenarrable que empujara a los Hombres a congregarse cualquier poder, incluso el de un Elfo, tenía que haberse abatido sobre sus mujeres y sus hijos.

El peligro que se cernía sobre el mundo tenía que ser tan desmesurado como para superar el odio hacia su estirpe, tan atroz como para hacerlo olvidar.

Yorsh se dio cuenta de que había desacelerado el paso.

No quería escuchar qué había sucedido.

No quería saberlo.

Quería que la vida continuara como era. Él. Robi. Erbrow. Los otros. La pesca. Su casa. La playa. Él solo se había construido una vida: arrancó lapas de los escollos y clavó flechas en los pargos para que su hija tuviera algo de comer; puso una piedra sobre otra para que su gente pudiera tener un techo durante los temporales.

El nuevo niño que crecía en la tibia oscuridad del vientre de Robi nacería como Erbrow arrullado por el sonido de las olas; el abrazo de su padre lo recibiría en el mundo.

Quería que continuara así para siempre.

No quería saber qué estaba sucediendo.

No le debía nada a nadie.

No le debía nada a nadie. Habían escapado perseguidos por todos, nadie los había ayudado excepto el último dragón que había sido asesinado por ese mismo Mundo de los Hombres que ahora venía a pedir ayuda. Se habían construido una vida por sí mismos, buscando coquinas en la arena de la costa, temblando en invierno y cocinándose en verano.

Yorsh se detuvo.

La tentación era muy fuerte. Quería irse.

Aún no lo habían visto.

Nunca sabrían que había estado a media legua de ellos.

Nadie lo sabría jamás.

Con seguridad no morirían allí buscando algo de comer, ni se matarían descendiendo hasta la cascada. Eran dos hombres adultos. Tenían toda el agua que quisieran y entre los dos lograrían atrapar una que otra trucha. Se curarían las heridas mutuamente, se consolarían mutuamente y se irían de allí.

No era problema suyo: nunca los había invitado, nunca los había adoptado.

A la sombra del bosque la luz era verde como los helechos entre los que caminaba. Le recordó las alas del último dragón que había sido su hermano.

Se preguntó por primera vez si también Erbrow el Joven, antes de ponerle fin a su propia vida para que todos ellos pudieran vivir, había sentido la tentación de irse y salvarse.

El padre y la madre de Robi tampoco lo habían invitado ni adoptado: simplemente se cruzaron en su vida y la salvaron.

Al Pueblo de los Elfos jamás se le hubiera ocurrido perseguir a un ser viviente, pero difícilmente se hubiera echado encima la salvación de alguien, a excepción de los mosquitos, los conejos... una gallina. Ellos, los Elfos, ante un perseguido, se hubieran limitado a llorar su muerte con cantos sublimes y delicadas poesías, por supuesto. Hubieran narrado los hechos en pergaminos con letras historiadas y doradas. Hubieran conmemorado los hechos en grandes frescos que transformarían los muros en un recuerdo indeleble. Los Elfos jamás hubieran ido a salvarlo. No solo porque la inmortalidad puede ser un don ambiguo y a veces envilece a quien la posee y hace que el correr riesgos sea insoportable, sino también porque salvar a los perseguidos requiere a veces dar en prenda cosas mucho más serias. No solo la propia vida, sino la propia alma.

Para salvar a alguien a veces es necesario combatir.

Y combatir puede significar morir. Puede significar un golpe de espada que rompe algo para siempre, que amputa, o que lisié. Puede significar que las piernas dejen de ser dos y ya sea imposible correr al encuentro de los propios hijos; que los brazos dejen de ser dos y ya sea imposible tenerlos en brazos. Puede significar que la propia sangre se mezcle con el polvo para volverse fango. Puede significar que los propios ojos se conviertan en alimento para los cuervos o los gusanos o para ambos, pues los caminos de la naturaleza son diversos e infinitos.

Combatir puede significar matar tantas veces que ya no sintamos más el dolor del que muere y entonces significa que se ha perdido el alma.

Los Hombres persiguen, matan, salvan.

A veces son más crueles que los Orcos, pero su compasión puede ser mayor que la de los Dioses.

Yorsh se avergonzó. Eran dos hombres heridos y desesperados los que había vislumbrado entre los peñascos de la cascada. Fuera cual fuera el motivo que los había empujado hacia él, era indecente no socorrerlos.

Los socorrería, los alimentaría, los cuidaría y los hospedaría.

Se repetía que no estaba obligado a seguirlos después de brindarles ayuda y se lo siguió repitiendo por todo el camino porque no era cierto. Después de que escuchara cuál era el peligro que se cernía sobre el Mundo de los Hombres, le gustara o no, le competaría a él también.

* * *

Finalmente el bosque terminó. Frente a él se abrió un claro. El sonido de la cascada lo embistió, al igual que la luz.

Meliloto y Paladio lo vieron y lo reconocieron. Incluso antes de saludarlo le dijeron que los Orcos habían regresado como en los tiempos de Arduin, solo que ahora Arduin no estaba. Le dijeron que Varil, la ciudad que los había acogido a ellos, a sus mujeres e hijos, estaba sitiada y si nadie iba a salvarla, caería. Y luego le dijeron que ya no había nadie. La armada de Varil había sido masacrada. El Juez Administrador jamás suministraría un solo soldado de Daligar para mandárselos a ellos; eso hasta un niño lo sabe.

Solo quedaba él. Era un Príncipe, ¿cierto? ¿No? ¿Algo por el estilo? ¿Un guerrero? Tenía que ser algo: ellos lo habían visto. Había sacado una espada que estaba dentro de una piedra. ¡Estas cosas algo quieren decir! Las personas que hacen salir las espadas de las piedras después siempre son vencedoras. En los libros también está escrito que nadie logra vencer al que saca las espadas de las piedras. Ellos no habían leído libros, las cosas son como son, ni siquiera sabían leer, pero eso hasta un niño lo sabe. Ellos no querían molestar, solo habían venido a pedirle a él, Yorsh, que tuviera la gentileza de ir a ganar esta guerra por ellos. Así podrían regresar a casa. Ahora no podían ir a casa, dado que esta estaba dentro de una ciudad sitiada, y sus hijos estaban dentro de esa casa en la ciudad completamente rodeada de Orcos.

Después lo dejarían en paz. No volverían a molestar, pero es que él era el último de los guerreros álficos: era lo único que se les había venido a la mente. ¿Si no era él, entonces quién? Alguna cosa tenía que saber hacer. ¿Verdad que sabía hacer alguna cosa? Sabían que había tenido un dragón. Sabían que también se lo habían matado: los rumores vuelan. Todos saben todo acerca de todos, las cosas son como son. Sentían que le hubieran matado al dragón. ¿No tenía otro? ¿No? ¡Qué lástima! Un

dragón contra los Orcos se hubiera lucido. ¿Aun sin dragón era un Príncipe? ¿No? ¿No que él supiera? ¿Guerrero? ¿Tampoco? Sin embargo, alguna cosa tenía que ser. Alguna cosa haría. Él había tomado la espada del Rey muerto, ¡algo tenía que saber hacer!

Yorsh sintió el peso de la desesperación.

No quería abandonar su vida por nadie. Ni por un día ni por una hora.

No quería dejar a Robi que esperaba un nuevo hijo. No quería dejar a su hija que tenía los poderes de una bruja. Solo él podía protegerla y comprenderla.

No quería alejarse de la playa que llevaba el nombre de su hermano dragón, donde vivía días que resplandecían de luz.

Lo único que quería hacer por la ciudad asediada de Varil era un poema. Un hermoso poema. Obviamente épico. Dodecasílabo, con rimas alternas. Podía intercalarle a la parte épica una historia melodramática. Un Rey guerrero: demasiado predecible. Una Reina guerrera. Un Rey guerrero muere por su esposa y ella horrorizada ante su muerte extrae de la fuerza de su amor las agallas para ganar una guerra sin esperanzas.

Pensó además en algún otro género narrativo con una clase de verso y de rima más insólitos. Pero luego dejó de pensar tonterías y les asintió a los dos, que tenían a los hijos dentro de una casa en una ciudad rodeada de Orcos.

No solo se trataba de que si los Orcos ganaban tarde o temprano, y ojalá tardaran un buen tiempo, ojalá diez años o medio siglo, llegarían al mar. La playa de ellos un día se despertaría y no habría nada que la separara de los Orcos salvo la verticalidad del acantilado.

Se trataba de algo más.

No quería que Robi y Erbrow fueran la esposa y la hija de alguien que había tenido la posibilidad de luchar por una ciudad asediada y no lo había hecho.

Seguramente si hubiera expulsado a Meliloto y Paladio, si se hubiera dado vuelta y se hubiera ido, Robi y Erbrow jamás lo hubieran sabido: pero él lo sabría y hubiera sido insoportable mirarlas a los ojos a partir de ese momento. Era el Último y el más poderoso de los Elfos. Algo se le ocurriría. Algo haría. Si no él, ¿quién?

Capítulo 18

Erbrow estaba confundida. Sucedían cosas extrañas.

Su papá había subido por el lado del acantilado y había bajado por el lado de la cascada. Se había marchado acompañado de Angkeel y había regresado acompañado de otros dos papás.

Se había ido seguro y alegre, con las águilas volando a su alrededor, y había regresado desesperado y sombrío.

Los dos papás que trajo consigo estaban heridos y habían contado cosas terribles: sus hijos estaban en un lugar donde solo un muro los separaba de aquellos que los querían matar. Los que querían matarlos se pondrían contentos y bailarían después de matarlos.

Erbrow estaba acongojada de nuevo.

Al principio había habido una gran algarabía. Todos hablaban con todos. Cuando no hablaban se quedaban de pie con los brazos cruzados y miraban el suelo y meneaban la cabeza. Nadie le hablaba a ella que tenía que intentar comprender lo que estaba sucediendo con base en los rostros y las palabras cortadas.

Había comprendido que había niños en peligro y que su papá debía ir. Los otros dos papás no eran de la aldea sino de ese lugar lejano y terrible donde estaban sus hijos, y estos dos papás hablaron de ellos y mucho. Uno de los papás, el más redondo con la herida en el hombro, siempre decía «las cosas son como son»: el otro, el más largo, tenía la herida en la pierna y siempre decía «eso hasta un niño lo sabe». No recordaba cuáles eran los hijos de uno y cuáles los del otro porque los confundía. Estaba Dalia, que era grande y era mamá, Gioeri que era el último que había nacido y que debía ser tan grande como ella, y todos los del medio: la niña de las trencitas, el jovencito de la honda, el que siempre estaba resfriado...

Erbrow no quería que su papá se fuera. Quería con todas sus fuerzas que se quedara.

Y, al mismo tiempo, quería que se fuera. No quería que esos niños se quedaran en ese lugar horrible sin que su papá les ayudara.

Angkeel estaba exiliado en la cima del acantilado, lejos de ella. A veces, cuando el sol iluminaba por completo la meseta de las águilas, lo veía hacer tentativas de vuelo torpes y desgarbadas, que terminaban entre los matorrales que delimitaban la escarpadura.

Mamá tenía miedo de nuevo. Estaba cerrada como una concha cerrada y no le decía nada a nadie.

Mamá tenía miedo, pero igual era hermoso estar entre sus brazos, porque no estaba solo el corazón de mamá.

Estaban los hermanitos.

Dos.

Ahora que estaban más grandes se distinguían bien.

Había un corazoncito más grande, calmado y fuerte, y otro más pequeño que latía veloz y tenue. Además estaba esa cosa cómica de la mentira. Su mamá le había dicho a Cala que esperaba un hijo y Erbrow no podía entender por qué mamá decía que era uno si eran dos.

Los hombres tomaron las palas de nuevo y excavaron un camino debajo de la cascada. Decían que era la segunda vez que lo abrían y que esta vez había sido mucho más rápido y fácil: era un camino lo suficientemente grande para que pasaran los caballos porque dos de los caballos se irían con su papá.

Su papá pasó todo un día y toda una tarde con ella en brazos y le contó historias y le cantó canciones. Luego, de repente, desapareció: ella se despertó una mañana y él ya no estaba. Todos se preguntaron por qué se habría ido sin despedirse de nadie y finalmente Creschio encontró la respuesta: su papá se había ido llevándose consigo al hombre del odio. Podía hacerlo solo de noche cuando nadie podía disuadirlo de hacer una elección tan absurda y peligrosa. Nadie podía comprender el por qué de esa decisión excepto Erbrow: su papá no quería dejar al hombre del odio tan cerca de ella, porque ahora había comprendido que el hombre del odio le hacía daño. Sin embargo, no se lo había dicho a mamá, porque si ella lo hubiera sabido, sencillamente lo habría borrado del mundo, y papá no quería que un hombre, así fuera malo, muriera y que fuera su mamá la que lo matara.

El miedo de mamá se volvió duro como la piedra, y mamá se cerró aun más.

Erbrow también tenía miedo. Si mamá la cargara más a menudo, algo del miedo se desvanecería con el latido de los corazones de sus hermanitos, pero mamá estaba acurrucada en una piedra con la cabeza entre las manos. Erbrow se le ovillaba entre las piernas, pero desde ahí no oía a sus hermanitos.

Capítulo 19

Yorsh se apoyó en el caballo y vio la playa y la aldea, abajo, con las primeras luces del amanecer.

El caballo era un bayo joven, el primogénito de Rayo y Estrella que habían llamado Enstriil, «Veloz» en álfico arcaico. Moron, más arriba, caminaba con dificultad. Yorsh lo miró. Ni siquiera pudo darle un caballo porque no sabía cabalgarlos, le daban un miedo extremo y además los odiaba, sentimiento cordialmente correspondido.

Yorsh no quería dejar a su mujer y a su hija y lo estaba haciendo. Deseaba con todas sus fuerzas quedarse con ellas y se estaba alejando. Entre todas las cosas que podía hacer, combatir era la que más le repugnaba y estaba yendo a hacerlo. Entre todas las criaturas engendradas por la humanidad, estaba llevando consigo la que menos quería tener cerca.

En algún lado estaba escrito que ser libre no significa la posibilidad de hacer lo que uno quiera, sino la capacidad de asumir la responsabilidad del mundo. Yorsh no recordaba quién era el autor ni si hablaba porque lo había oído decir o porque él también había tenido que abandonar a una esposa amada y a una hija adorada para hacerse matar lejos de casa, para que, probablemente, ni un alma se lo agradeciera.

El caballo empezó a pastar.

—No hay alternativa —murmuró Yorsh.

El caballo siguió pastando. Yorsh sacudió la cabeza.

No podía dejar a Moron cerca de su hija. El hombre la odiaba. El odio para Erbrow era dolor: ella lo sentía como una herida.

Era muy probable que tarde o temprano el hombre le hiciera daño y con seguridad sería algo terrible.

Yorsh no podía castigarlo: no antes de que Moron hiciera una cosa tangible. Por más detestable que fuera, hasta ese momento Moron era inocente. Además ningún destino era seguro: ¿cómo podía saber que Moron en efecto le haría daño a Erbrow? Era una hipótesis.

Otra hipótesis era que, lejos del mar y de la playa, Moron pudiera encontrar una vida que le agradara más.

Podía ir a enrolarse como soldado veterano en vista de que la idea lo apasionaba tanto, o encontrar trabajo como bobo en la aldea contigua, otra actividad para la que parecía estar bien dotado. Cualquier cosa era mejor que vivir en una playa que odiaba con toda el alma, haciendo cosas que detestaba entre gente a la que le deseaba la muerte.

Comenzó otra vez el ascenso. Más abajo, Meliloto y Paladio avanzaban con dificultad por el sendero arrastrando tras ellos a Galdfurt «el Fuerte», el tercer hijo de

Rayo y Estrella. Habían acompañado a Yorsh hasta Erbrow. El pasaje excavado y esculpido en la roca había desaparecido solo parcialmente; en parte aún existía. Hubiera sido imposible hacer pasar los caballos sin reabrir las partes derrumbadas a golpes de pala, pero era posible para un hombre pasar a pie.

En los pocos días que habían permanecido en Erbrow, mientras sus heridas sanaban y Yorsh preparaba el viaje, los dos le habían explicado cómo había sido invadida Varil, la ciudad asediada.

Le hablaron de un tal Rankstrail, Capitán de los Mercenarios, pagado por la ciudad de Daligar, y de la forma como este había luchado durante años contra los Orcos y los había mantenido alejados de las Tierras Notas.

Rankstrail provenía de Varil.

—¿Justo de Varil? —preguntó Yorsh.

La información le parecía interesante. La primera regla del buen guerrero es «Encuentra un aliado». La regla de oro del guerrero renuente es «Encuentra un buen aliado y, apenas puedas, endósale la tarea y regresa a casa». No la había encontrado en ninguno de los tratados de tácticas militares que había leído, pero ciertas ideas brillantes se le ocurrían por pura intuición.

Lo habían tranquilizado ampliamente. El Capitán, como la mayoría de los Mercenarios, era oriundo del Anillo Externo de la ciudad de Varil, el lugar donde ellos vivían. Contrario a Daligar, que era una especie de puerco espín y dejaba que la gente muriera en sus puertas, Varil recibía a todo el mundo. Los dejaba entrar y los dejaba vivir, aunque luego los despulpaba con impuestos, las cosas son como son. Conocían también a la familia del Capitán. El padre era una buena persona y la hermana, Flama, era una joven casadera que trabajaba como lavandera. También tenía un hermano menor cuyo nombre no recordaban.

El Capitán nunca había sido derrotado.

Se decía que encontraba las huellas en medio de la nada; corrían voces de que adivinaba los movimientos al observar el vuelo de los pájaros. Era silencioso como una serpiente, jamás erraba un ataque y parecía saber con anticipación dónde aparecería el enemigo.

Después de haber enfrentado y repudiado hordas cada vez más numerosas, una tras otra, año tras año, la última mañana de febrero, entre la escarcha, se encontró de frente con algo que ya no era un montón de tropas indisciplinadas, sino un ejército completo dotado de infantería, caballería, catapultas y carretas, algo como no se veía desde los tiempos de Arduin, que en paz descansa.

El Capitán había tenido que batirse en retirada frente a la invasión. Había sido una retirada, no una fuga, y ya se hablaba de ello como de una hazaña legendaria. Rankstrail no dejó atrás a nadie. Les obstaculizó el paso a los Orcos hasta no desocupar todas las granjas. Los campesinos se enrolaron. El Capitán llevó consigo a

un lugar seguro a las mujeres, ancianos y niños. Hizo quemar las huertas, destruyó las cosechas, mató al ganado y llevó consigo hasta el último del Pueblo de los Hombres. Su ejército, que avanzaba lentamente por las carretas de civiles, fue cercado en la Montaña Partida, pero Rankstrail y los suyos penetraron el cerco. Luego fueron asediados otra vez en los pantanos del Silario y de nuevo pudieron atravesar el cerco. La misma situación se repitió en los Bosques Dorados y, por último, en el lugar donde comienza la llanura de Varil. En esta última ocasión el asedio fue terrible: ellos lo presenciaron desde las murallas. El ejército de los Orcos estaba alineado; era imposible que el Capitán lo lograra. La armada de Varil se preparó, pero mientras los notables de la ciudad decidían si debían enviarla a ayudar a los cercados (o por el contrario, mantenerla intacta para defender la ciudad), el Capitán, con lo que quedaba de sus hombres, con los campesinos armados de hocinos y las mujeres con los niños en brazos, penetró de nuevo y alcanzó las murallas. El Capitán siempre había atravesado las líneas de los Orcos de una forma increíble: atacaba de noche, intuía en la oscuridad cuáles eran las líneas de menor resistencia y les enseñaba a las mujeres, a los ancianos y a los niños a pelear y a cuidar el pellejo. Los Orcos no se lo esperaban. Desde los tiempos de Arduin no combatían contra los Hombres y habían olvidado que también estos saben pelear. De Arduin también se decía que encontraba las huellas en medio de la nada, que adivinaba los movimientos al observar el vuelo de los pájaros; era silencioso como una serpiente y jamás erraba un ataque. También él parecía saber con anticipación dónde aparecería el enemigo. Pero ni Arduin, que en paz descansa, se las habría arreglado con la caballería ligera y las comadres armadas con cuchillos de cocina contra un verdadero ejército. El Capitán no había podido repudiar la invasión, pero había llegado hasta Varil, había puesto a salvo a los desplazados detrás de las murallas y ahora el Anillo Externo estaba atestado de gente. Después, sin embargo, el Capitán se tuvo que ir porque los Mercenarios le pertenecen al Juez Administrador y su lugar está en la Ciudad Puerco Espín. Un Mercenario no puede hacer lo que quiere: eso es traición. Y además de esto, aunque a estas alturas a Rankstrail lo querían porque era de Varil y porque vencía a los Orcos, cuando se marchó con sus soldados nadie lo lamentó. Su ejército daba miedo: estaba conformado por ese tipo de personas que nadie más quiere. Desde que los ataques de los Orcos comenzaron, las minas se vaciaron con el fin de encontrar soldados; así los últimos Enanos, con hachas y palas, se sumaron a los Mercenarios. Cuando se agotaron los Enanos, se vaciaron las prisiones para engrosar las filas de Rankstrail. A muchos se les ofreció el alistamiento a cambio del patíbulo. Era necesario mirar dos veces a Rankstrail y a los suyos para distinguirlos de los Orcos que combatían. Las únicas dos cosas que tenía en común esta mezcla de caballeros era el odio por los Orcos y la fe absoluta en su Capitán. Si faltara el Capitán para comandarlos o los Orcos para enfrentar, era mejor no encontrárselos.

En Varil no se habían preocupado mucho por los Orcos. La ciudad tenía las esclusas y una armada invencible conformada por héroes con armaduras historiadas con figuras de oro, que eran miembros de las familias que siempre habían generado guerreros invencibles. Todos estaban seguros de que Varil estaba a salvo.

¿Yorsh nunca la había visto? La ciudad estaba rodeada de arrozales. Tenía molinos que usaban la fuerza del viento para mover el agua por los canales y que regulaban el nivel de los arrozales con las esclusas. Los molinos también hacían las veces de torres donde los soldados de guardia podían avistar al enemigo. Cuando había una guerra o cuando llegaban los Orcos o cuando el Rey de Varil se peleaba con el de Daligar, las alarmas se daban desde los molinos con cuernos y con fuego y todas las esclusas se abrían simultáneamente. La llanura se transformaba en un mar de pantano tan alto como un hombre sobre el cual dominaba la ciudad con su triple cinta de murallas intactas, inalcanzables para cualquier ejército.

—¿Y por qué no abrieron las esclusas? —preguntó Yorsh.

Había sucedido algo horrible. Esta vez alguien los vendió. Los Orcos llegaron hasta la ciudad y nadie abrió las esclusas. La ciudad fue cercada. La magnífica armada compuesta por caballeros e infantes de linaje muy antiguo y de gran habilidad como guerreros salió contra los Orcos en una luminosa mañana soleada y se hizo matar por completo, en una única carga en la que la única cosa comparable a la belleza de las capas que ondeaban al sol fue el valor. Ellos dos estaban por fuera de la ciudad porque habían ido a pescar carpas en los charcos de arriba, los que están escondidos entre los cañaverales frente a Varil. Allí no había guardabosques porque las carpas no le interesan a nadie; mientras que las truchas están más abajo, pero estas son para los residentes de la Ciudadela, y allí sí había guardabosques. Por esto ellos dos estaban escondidos entre los cañaverales por fuera de las murallas cuando los Orcos llegaron hasta la ciudad sin que ninguna alarma fuera dada y sin que nadie abriera las esclusas. De repente se encontraron en medio de los Orcos que acampaban alegremente sobre las colinas de Varil. Los vieron derribar árboles y más árboles de cedro y de olivo para hacer monumentales hogueras en las que cocinaban todo un cuarto de vaca. Se quedaron dos días y medio en el cañaveral, a cincuenta pasos de donde los Orcos vivaqueaban y se mataban unos a otros para ejercitarse con las armas. Los Orcos son horribles, ¿Yorsh alguna vez los había visto? No son personas. Tienen la cara llena de pelos, cuero y garras. Un intermedio entre un animal y un Demonio. Se rumora que no tienen ni recuerdos ni pensamientos. Son solo máquinas para matar.

Después de dos días, el ejército de la ciudad de Varil salió de la ciudad con toda su magnificencia para romper el cerco. Esto fue una suerte para ellos, porque la radiante armada de Varil fue derrotada, masacrada para ser precisos, pero para matarla los Orcos se distrajeron el tiempo suficiente para que ellos pudieran

escapar. La fuga fue aterradora. Al principio los protegieron los cañaverales, luego los almendros que empezaban a florecer y, por último, la noche y la ebriedad de los vencedores.

—¿Por qué se hicieron masacrar? —averiguó Yorsh, muy tenso.

Otra regla fundamental del arte de la guerra se relaciona con la valoración correcta del adversario. La regla dorada del manual aún no escrito del héroe involuntario aconsejaba que en caso de que la desproporción fuera excesiva, ni siquiera había que intentarlo.

Ellos dos no lo sabían. No eran expertos en tácticas militares. Lo único que habían hecho cuando eran soldados del Juez Administrador era estar de guardia en los subterráneos. Sabían cazar las ratas de los calabozos que allí eran bastante fuertes.

El ejército de Varil les había parecido reluciente e invencible, pero, por alguna razón indescifrable, los Orcos no tuvieron la misma opinión.

Ellos dos lo vieron bien. Habían visto los destellos de las armaduras, el ondeo de los estandartes y las capas y luego se escucharon los cuernos de la victoria, pero eran los de los Orcos. Ellos estaban en los cañaverales. Se habían quedado inmóviles esperando que los cuernos de Varil anunciaran la victoria. Después de dos días de tener las piernas dentro del agua las tenían tan frías que ya no las sentían. Pero no, los cuernos de victoria de Varil no se escucharon. Los gritos de victoria de los Orcos inundaron el cielo sin dejar margen alguno de duda ni de esperanza. Entonces escaparon. Palmo tras palmo. Terror tras terror. Por suerte los Orcos se habían embriagado con la cerveza y la victoria, y no los vieron pasar...

—¿No los vieron? ¿Y entonces las heridas? ¡Son de flecha!

A lo mejor los adversarios eran temibles, pero tenían una puntería desastrosa. Hubiera sido una noticia consoladora tanto para un héroe canónico como para uno recalcitrante.

Las flechas que los hirieron no eran de los Orcos. Estos no los vieron ni los entrevieron ni sospecharon, pues de otro modo no se habrían salvado; eso hasta un niño lo sabe. Después de escapar arrastrándose como serpientes o lombrices, se precipitaron hacia Daligar. Pasaron por los atajos, entre las zarzas, sobre las Colinas de la Luna Nueva, pero había sido una precaución inútil: tres millas más allá de Varil ya no había más Orcos. En la garganta del Dogon no había ni uno. Hasta cierto punto había Orcos y de ahí en adelante ya no había más. El atajo, sin embargo, les sirvió para algo: así fuera rasguñados por las zarzas, habían llegado más rápido. La noche aún no había caído cuando se encontraron frente al portal de Daligar. Querían dar la alarma. Esto les costaría la vida, era verdad, puesto que en Daligar se les buscaba como desertores, pero quizá, si lograban llamar a Rankstrail, salvarían a su gente, a sus familias, a sus hijos.

Para ellos era suficiente llamar a Rankstrail incluso a expensas de sus propias

vidas, de acuerdo. El hecho fue que no tuvieron éxito. Les dijeron a los soldados de la puerta que venían de Varil y que querían ver al Capitán de los Mercenarios: los arqueros les dispararon.

—¿Los reconocieron? —preguntó Yorsh, con desesperación, pues a él el Mundo de los Hombres le parecía cada vez más loco, oscuro e imprevisible.

Había dado por sentado que por lo menos todos se unirían contra los Orcos que los atacaban.

No, respondieron los dos. No pudieron haberlos reconocido. Eran dos soldados jóvenes que nunca antes habían visto. Nunca. Y además, el Juez era una carroña y no perdonaba nada, las cosas son como son, ¡pero ellos no habían vendido al Condado! Solo habían desertado. Ocho años atrás. ¿Y qué había sucedido? Ciertamente estaban condenados a muerte, pero ni los recordaban ni los buscaban y tampoco eran Elfos, sin ánimo de ofender.

Solo eran desertores. De todas maneras no los habían reconocido.

Ellos solo dijeron que los Orcos habían llegado y que tenían a Varil sitiada y que necesitaban ver al Capitán de los Mercenarios para pedirle ayuda. Ni siquiera les respondieron. Les dispararon; por suerte no los hirieron demasiado, sino solo un poco. Quedaron lo suficientemente vivos como para irse a rastras a buscarlo a él. Ni siquiera estaban seguros de que él todavía existiera, de que no hubiera sido aplastado, claro está, sin ánimo de ofenderlo. Cuando el dragón había sido abatido, había corrido la voz de que todos los fugitivos habían muerto aplastados por el deslizamiento que había detenido a la caballería. Aunque hubieran sobrevivido, habrían terminado devorados por las Erinias: se decía que llegaban al mar a barrer con todo con su crueldad y que era su crueldad, y no la sombra del sol al atardecer, la que les daba el nombre a las Montañas Oscuras. Los rumores corren. De hecho, aunque el rumor de que habían logrado escapar fue el único que jamás se escuchó, al no tener otra alternativa, habían ido a ver. Lo peor que podía pasar era que fuera un viaje inútil: pero siempre era mejor morir haciendo algo inútil que morir mientras no se hace nada, las cosas son como son.

—¿Y cómo remontaron el deslizamiento? ¡Era infranqueable! —les preguntó Yorsh, angustiado.

El deslizamiento que cerraba la garganta de Arstrid, junto con el acantilado vertical, eran las únicas defensas de los habitantes de la playa y de los promontorios. Le respondieron que el deslizamiento había sido suavizado por innumerables lluvias, colonizado por hierbas, flores y arbustos, aplanado por una serie de cultivos en terraza donde se habían sembrado vides y que lo atravesaba un sendero que era un poco empinado. Pero tanto como infranqueable no era, las cosas son como son... Ellos dos, cada uno con una flecha clavada en el cuerpo, lo habían remontado. A propósito, ¿por qué les habían disparado? Él, que como buen Elfo todo lo sabía,

¿tenía alguna idea?

Yorsh lo había meditado. La única respuesta que se le venía a la mente era que el Juez Administrador ya sabía que Varil estaba cercada (y pensándolo bien, era imposible que no lo supiera, porque con seguridad debía haber algunos centinelas y algunas patrullas). Por lo tanto, el Juez no tenía ninguna intención de socorrer a Varil y mucho menos de reconocer oficialmente que no quería hacerlo.

Ellos dos, Paladio y Meliloto, que se habían presentado bajo las murallas gritando a todo pulmón que el enemigo estaba a las puertas, eran a los ojos del Juez, un enemigo peor que los mismos Orcos.

Luego, pensándolo más a fondo, se dio cuenta de que era probable que esta teoría fuera correcta, pero que estaba incompleta.

El Juez no quería intervenir a favor de Varil y no quería que la noticia del asedio llegara a la ciudad por temor a que el Capitán y sus Mercenarios se negaran a acatar la orden de no hacer nada. El Capitán no lo sabía. Si lo hubiera sabido, habría ido a salvar a su ciudad y hubiera llevado consigo a sus hombres.

Esta idea le agradó mucho y siguió repitiéndosela, no solo porque era lógica, y la lógica siempre es un placer para la mente, sino porque le ofrecía una solución.

Por fin tenía un plan. No era tan difícil: Meliloto y Paladio tenían que regresar a Daligar a dar la alarma. El terrible Elfo había regresado. El Juez mandaría a los Mercenarios tras él con su mítico Capitán, y Yorsh los arrastraría hacia Varil. La idea no era del todo suya: ya hacía sucedido. Uno de los últimos guerreros élficos había arrastrado a un ejército de Hombres que creía seguirlo a liberar una ciudad sitiada. Yorsh no recordaba el periodo con exactitud, pero fue poco antes de la caída de los Elfos, cuando ya era posible que una ciudad fuera sitiada por los Orcos. Recordaba el nombre del guerrero: Nerstrinkail, «el Último Guerrero». Así le informaría al Capitán que Varil estaba cercada. No se lo informaría relatándoselo: el propio Capitán lo vería, cuando estuviera con todos sus hombres fuera de Daligar, lejos de los verdugos del Juez y de sus patíbulos, cuando pudiera combatir y desobedecer. El Capitán lo sabría. Su armada, insuficiente para liberar a Varil, de todos modos ya era algo. Un principio. De allí comenzaría el contraataque. La resistencia. Los expulsarían.

Era un buen plan. Yorsh llevaría a cabo la regla de oro del aspirante no combatiente: encontrar a la persona justa, llevarla al lugar justo y luego regresar a casa. Les explicó la idea a Meliloto y Paladio, cuyo nivel de desesperación disminuyó, aunque en realidad no se tranquilizaron. Quizá terminarían en los calabozos de Daligar junto con las ratas, quizá finalmente pagarían su deserción, pero a cambio renacía la esperanza. Tarde o temprano, el asedio de Varil se rompería y sus hijos se salvarían.

Hay dos formas de morir y ellos se las explicaron a Yorsh de un modo confuso: cuando nadie interviene y a nadie le importa en lo absoluto, o cuando alguien trata de

hacer algo y no lo consigue.

No son la misma cosa.

Yorsh los había tranquilizado: él y el Capitán se las arreglarían para salvar a sus hijos.

* * *

El día pasó. El atardecer enrojeció el cielo. Finalmente llegaron a la cima de la cascada y de nuevo Yorsh pensó que de la misma manera como ellos habían podido ascender, alguien más, por ejemplo un ejército de Orcos, podría descender.

—No hay otra alternativa —murmuró otra vez, al reconocer su casa. Robi y Erbrow estaban allí.

Tenía que luchar a cada instante contra el deseo feroz de regresar. De nuevo su caballo lo miró con un desinterés tan amable como absoluto por la añoranza que lo atormentaba. Atardeció y llegó la hora de armar el campamento para la noche.

Moron estaba silencioso y tenso. En cambio Meliloto y Paladio tenían deseos de parlotear. Paladio habló de su hijo menor que se obstinaba en no aprender a hablar quizá porque temía que, si aprendía, se volvería grande y no lo mimarían más. Meliloto habló de su hija mayor que hace poco había tenido una hija. Trató de explicar de modo confuso lo que significa ser abuelo y cuán distinto era a ser padre, pero no encontró las palabras y su discurso se quedó en la mitad, interrumpido serenamente, entre los sonidos tenues de la noche de primavera.

Yorsh atrapó con su arco una trucha para cada uno; las asaron sobre un fuego de ramas secas y piñas.

La noche pasó.

* * *

El amanecer estaba neblinoso.

Moron había desaparecido. Era poco creíble que se hubiera aventurado solo en una tierra infestada de Orcos; la única explicación era que hubiera ido a Daligar a vender a Yorsh ante el Juez Administrador a cambio de un puesto como soldado y media pinta de cerveza clara.

Yorsh despertó a Meliloto y a Paladio y les informó con alegría que su sacrificio ya no era necesario: ya no tendrían que ir hasta la Ciudad Puerco Espín corriendo el riesgo de caer en prisión o en la horca, para desencadenar la rabia del Juez contra

Yorsh.

Había traído de casa a su traidor personal y esto podía tener ventajas tanto logísticas como organizativas.

Moron se había encargado de echarle encima a todos los soldados disponibles del Condado.

Capítulo 20

El Capitán Rankstrail imprecó.

Fue una imprecación leve que se perdió en los sonidos quedos de la mañana de primavera sin rozarlos. La brisa soplaba ligera meciendo las hojas recién nacidas sobre las ramas. Rankstrail no podía verlas, pero sentía su susurro.

El Capitán imprecó de nuevo. Si los Dioses hubieran sentido un tercio de lo que les estaba deseando, de lo que los estaba invitando a hacer, probablemente lo fulminarían, pero igual nunca estaban para oír.

En aquel infinito mes de febrero que se había arrastrado amanecer tras amanecer, noche tras noche, paso tras paso, agonía tras agonía, les había orado a los Dioses. Una de las pocas cosas que había comprendido era que eran ciegos y sordos o al menos su interés hacia los acontecimientos y las conversaciones humanas era muy limitado. En aquel interminable mes de marzo estaba insultando a los Dioses, pero al parecer eran tan indiferentes a sus insultos como a sus plegarias.

El Capitán se estiró.

Lo asombraba no tener nada para hacer.

No le había pasado en años y nunca le había pasado por mucho tiempo. El tiempo, cuando nada marcaba su paso, parecía flotar inmóvil. El único regalo que le traía el amanecer era la espera del atardecer. Con las estrellas aparecía la espera del amanecer.

Las únicas cosas que llenaban sus jornadas eran los recuerdos y el continuo dar vueltas alrededor de ellos. De todas las actividades era la que más hubiera deseado evitar, y, por el contrario, esta siempre regresaba con su sucia inutilidad y su obtuso tormento.

Estaban los recuerdos de los heridos que había tenido que abandonar. Les había ordenado a sus mismos compañeros que los liquidaran, cuando él mismo no lo había hecho, para que no cayeran vivos en manos de los Orcos.

Estaba el recuerdo de los niños que no había logrado defender de las flechas que se abatían sobre los carromatos de civiles como tábanos sobre un racimo de uvas aplastado en el suelo.

Estaba el recuerdo del verdugo.

Ahora él también lo había conocido.

Por motivos desconocidos, el Capitán había sido entregado al verdugo. Lo encerraron en un calabozo y en unas pocas y larguísimas horas aprendió lo que era el dolor absoluto, experiencia que hasta ese momento había ignorado y que jamás le había hecho falta. Reconocía, sin vacilar, que esta había modificado para siempre la percepción de sí mismo y del mundo; la percepción de sí mismo en el mundo, por decirlo así. No era un cambio para bien, pero sí era definitivo.

Había sido un encuentro en cierto modo benévolo, no solo porque había sido breve, sino sobre todo porque no lo había estropeado para nada: solo le habían quedado las señas de las tenazas candentes en la parte alta del tórax y la espalda.

El Juez Administrador en persona, vestido de brocado carmesí, había presidido el castigo. Se extendió en aclaraciones: no era que él lo odiara; por el contrario lo amaba mucho, no solo con el afecto paterno que sentía hacia todos sus soldados sino con una benevolencia especial y mucho mayor. Era con sufrimiento que le infligía un sufrimiento, si Rankstrail le perdonaba la redundancia.

—No quiero matarte, ¿comprendes? Solo quiero estar seguro de doblegarte —le aseguró con amabilidad, y Rankstrail deseaba en silencio que se diera cuenta pronto de que ya lo había logrado y que le buscara a su verdugo otro entretenimiento. Ahora comprendía la mirada baja y sesgada de Lisentrail frente al verdugo, su risita repugnante.

El Juez continuó: era por amor que ahora lo ponía en manos del verdugo, para preservarlo de la tentación de hacer elecciones imprudentes, improvisadas. No de la elección de la desobediencia, los Dioses no lo quisieran, puesto que ni siquiera era pensable, sino de la grave elección de no limitar sus acciones a la obediencia de las órdenes recibidas sin agregarles o modificarles nada.

Era por amor que el Juez Administrador lo había puesto en manos del verdugo. Para asegurarse de que el Capitán lo amaría.

De todas las estupideces que el Capitán había escuchado en su breve pero agitada vida, esta le pareció en principio la más colosal, pero luego se acordó de los jóvenes aristócratas que lo habían contratado como guardaespaldas de la Princesa Aurora.

Recordó cómo en sus palabras y en sus miradas se fundían el terror y la devoción absoluta solo con nombrar al Juez Administrador.

Se le vino a la mente la fidelidad total que los asnos y los perros golpeados tienen hacia la crueldad de sus amos.

Se dio cuenta de que el Juez estaba loco, más allá de cualquier expectativa, y se juró que siempre recordaría que no era estúpido.

Mientras el dolor se fundía para siempre en su memoria hasta hacerse inseparable de ella, el Capitán se dio cuenta de lo fuerte que era la semejanza entre el Juez y Aurora. Las manos eran idénticas, la forma de la cara, el mentón... los ojos no... tampoco la sonrisa. Se preguntó si de ahora en adelante el rostro de Aurora le recordaría a su padre o las tenazas del verdugo, y ya, mientras aún se lo preguntaba, él mismo se respondió que esto nunca ocurriría: Aurora era Aurora y basta, así era y así siempre sería.

El Capitán pensó que el tratamiento había sido eficaz. Después de haber padecido bajo las tenazas, quedaba un miedo sórdido y una vergüenza que perduraba hasta mucho después de que las quemaduras sanaban y el sayo podía cubrirlas de nuevo.

Como un perro apaleado, un hombre torturado también tiende por instinto a seguir órdenes.

Tenía que reconocer que en las acciones del Juez había una lógica perseverante.

Al otro lado de los barrotes las tórtolas zureaban y una nube atravesó el azul del cielo de primavera.

El Capitán pensó que sería interesante que le informaran la razón por la que seguía confinado en una celda, pero ni siquiera estaba seguro de si realmente le interesaba tanto saberlo.

Estaba contento de que su celda fuera de las que estaban al nivel de la superficie del suelo; una desde las cuales, así fuera desde lejos y del otro lado de los barrotes, se podía divisar el cielo.

No era cierto que esa celda fuera suya.

Quizá era él el que le pertenecía a la celda.

No lograba establecer quién era el propietario y quién el poseído. Sin embargo, era una buena celda, la suya, con vista al cielo, así fuera mucho más allá de los barrotes. El número de ratas con las que tenía que convivir era soportable. No muy lejos del lugar donde estaba acostado volaban las tórtolas. Podía ser peor.

El Capitán se preguntó cuánto tiempo podía vivir un hombre dentro de una celda sin que su razón comenzara a vacilar, y le surgió la duda de que fuera menos de lo que ya había transcurrido.

Sin embargo, con cada día que transcurría, esta información también perdía interés.

El Capitán imprecó de nuevo, pero en esta oportunidad tal vez los Dioses escucharon, porque de repente la realidad dejó de estar inmóvil y se modificó. Hubo voces, ruidos de gente armada, pisadas fuertes que se sumaban a los chirridos de las armaduras, chirridos de bisagras, golpes de cerraduras, portones que se abrían y se volvían a cerrar.

Rankstrail sintió que se abrían, uno tras otro, los cuatro pasadores que trancaban la puerta de su celda. Mientras todavía se preguntaba si sería del caso levantarse del piso, la puerta se abrió de par en par y se encontró frente a Argniolo. Estaba aun más bello y reluciente de lo que lo recordaba. Llevaba puesta una armadura resplandeciente de oro esmaltado que le hacía juego con el yelmo que tenía un penacho multicolor y que le daba un parecido extraordinario con los papagayos de los circos de saltimbanquis.

Rankstrail se preguntó cómo hubiera podido perseguir a un solo Orco o capturar a un solo bandido con toda esa chatarra encima.

Argniolo se impuso ante él.

—Ponte de pie cuando te hablo, patán —le dijo sin aspereza, pero casi con cierta dulzura con respecto a la forma como siempre le hablaba—. Ya tuvieron demasiadas

vacaciones tú y los otros holgazanes gorreros.

Otra vez sutil, pequeño, enrarecido e impalpable, Rankstrail reconoció el miedo. Seguía sin comprender por qué lo habían metido en el fondo de una celda, pero al menos sabía por qué lo estaban sacando. Había problemas y no había nadie más a quién mandar. El único problema que se le vino a la mente, la única idea que se le ocurrió a su alma, lo petrificó.

—¿Los Orcos? —preguntó con un hilo de voz. No podía ser sino eso: mientras había estado recluido en una celda nadie había detenido a los Orcos, y ya estaban ahí.

—¡Pues no! —respondió Argniolo, exasperado. Luego levantó los hombros.

* * *

Rankstrail siguió a Argniolo y a los suyos. En la medida en que atravesaban los pasillos de los sótanos, las celdas se abrían y uno y después otro, solos o en grupos pequeños, los hombres de su armada eran empujados fuera de ellas. El Capitán percibió que, al igual que él, estaban sucios y con la barba y el cabello largo y desordenado, pero parecían gozar de buena salud. Los que habían resultado heridos por los Orcos habían sido tratados. Ninguno parecía haber pasado hambre y nadie parecía haber sufrido ningún tipo de padecimiento además de la reclusión. El único que tuvo el honor de contar con la presencia del Juez Administrador y de conocer al verdugo fue él, hijo predilecto del amado padre del Condado, como lo llamaban los juglares y los cortesanos.

Cuando reaparecieron, sótano tras sótano, cancel tras cancel, Rankstrail tenía consigo a la armada completa, o por lo menos lo que había quedado de esta después de una retirada espantosa y cuatro asedios.

Finalmente se reencontraron en el patio interno del palacio del Juez Administrador.

—Capitán —preguntó alguien—, ¿nos mandan contra los Orcos? ¿Ya llegaron hasta acá?

—Capitán —preguntó otra voz—, ¿por qué nos tuvieron en prisión?

El aire limpio despertó por completo a Rankstrail. Tuvo la impresión de regresar de una especie de sueño extraño. Lisentrail estaba de nuevo a su lado.

A pesar de que él también había estado en el fondo de un calabozo como todos los demás, igual había logrado recoger alguna información. No era de sorprender: era imposible que no hubiera alguien entre los soldados de guardia que Lisentrail no conociera, tal vez un pariente, cuñado o primo en quinto grado, ex vecino de la casa del segundo marido de su octava hermana, descendiente por el lado materno del tío del bisabuelo.

Lisentrail explicó que los habían metido bajo tierra como castigo por haber derribado y quemado los bienes del Condado para que no cayeran en manos de los Orcos, por haber perdido hombres y haberles dejado las armas al enemigo en aquella interminable retirada. Tenían que haberse ceñido a las órdenes: salir corriendo. Lo que pasara con las granjas una vez que cayeran en manos de los Orcos no era asunto de ellos. Ellos eran los Mercenarios. Un buen Mercenario piensa poco y no toma la iniciativa. También sabía por qué los habían sacado ahora: había reaparecido el Elfo, el Último, el Maldito, el que ocho años antes había estado con el dragón, y querían que alguien lo atrapara. No podía ser Argniolo porque se le rayaría la armadura y además porque se tropezaría con unas grebas tan altas. Por consiguiente, los enviaban a ellos.

Cuando Argniolo tomó la palabra, confirmó lo que Lisentrail les acababa de decir.

La primera parte del discurso, la prisión como castigo por la retirada, no debía parecerle demasiado inteligente ni siquiera al mismo Argniolo, porque la pronunció de prisa y con poca convicción, sin comentarios ni injurias.

En cambio, cuando pasó al tema del Elfo, Argniolo se entusiasmó. Su elocuencia se tornó casi lírica, su oratoria se revistió de poder. Describió largo rato a las madres con hijos colgados al cuello, demacrados por el hambre, atacados por las pestes y explicó que el Elfo era el responsable de todo esto. Mencionó también las bandas de Orcos que habían llegado de los Confines orientales para apoyar al Elfo, porque la maldad de alguien que pudo ser amigo de un dragón es infinita.

Finalmente, Argniolo miró al Capitán a la cara y lo acusó. Un joven de honor, un tal Moron, había llegado después de haber corrido riesgos inenarrables y de haber superado obstáculos incalculables, a advertirles que el Elfo, el Maldito, surcaba de nuevo el Condado con sus sucios pasos. Moron el Justo también les informó cómo y cuánto prosperaba al lado del mar una aldea habitada por los enemigos del Condado que habían huido de la justicia ocho años atrás cuando el vuelo de un dragón había sellado la garganta del Dogon con un deslizamiento.

Argniolo tomó aire. Miró con desprecio al Capitán y luego prosiguió con una prosa más sombría y sufrida, interrumpida a menudo por pausas largas y dolidas.

Ocho años atrás, lo habían dejado escapar.

Al Elfo.

A él y a toda su miserable banda.

El Elfo era el Enemigo. Los Orcos son un problema solo para los estóolidos, solo para Rankstrail y los suyos: bárbaros, locos aquejados de barbarie, demencia y crueldad que pretendían combatirlos con las armas y habían destruido medio Condado con ese fin. Ellos, Argniolo y sus asociados, sabían hablar. Esto se llama diplomacia, DIPLOMACIA, una palabra difícil para ellos, tan burdos. Sin duda la amenaza no eran los Orcos sino de nuevo el Elfo, el enemigo institucional e histórico

del Condado.

—¿Pero si no había que combatir sino hablar, para qué nos mandaron a nosotros contra los Orcos? —preguntó alguien, con discreción.

Muchos otros se preguntaban si alguna vez habrían visto una granja por donde los Orcos habían pasado y de qué forma la hubieran defendido con la supuesta diplomacia.

Argniolo miró iracundo al Capitán, molesto por el cuchicheo, y concluyó que solo un estúpido podía pensar que los enemigos eran los Saqueadores y los Orcos. Solo para un idiota era difícil comprender que perseguir las calamidades sin eliminar al que las provoca y las atrae era un esfuerzo fútil y desperdiciado.

Ni uno solo de los fugitivos había muerto durante el derrumbe. Habían llegado hasta el mar donde habían prosperado y prosperaban. Donde habían dominado las olas y domesticado a las Erinias con su magia oscura, dado que habían sobrevivido ambas.

Sobrevivientes, refugiados, salvados. Todos. Vivos y con buena salud, y gracias a ellos el Mundo de los Hombres se deterioraba y perecía.

¡Felicitaciones a los Mercenarios!

Habían sido tan viles como idiotas.

Mientras la armada del Capitán Rankstrail se enredaba en tonterías y quisquillas como las eternas escaramuzas con los Orcos y por estas se divertía destruyendo medio Condado, los verdaderos enemigos prosperaban y banqueteaban.

Afortunadamente no todos los fugitivos eran enemigos del Condado y traidores. Uno de ellos, un joven de honor, un joven valiente que los había seguido con el objetivo de odiados, espiados y cuando fuera posible sabotearlos, había venido ahora a informar sobre el peligro, a ponerlos en guardia, a señalar.

Él, Argniolo, habría condenado a muerte a todos los Mercenarios por haber eliminado al dragón y no al Elfo, por haber dejado escapar a la niña bruja y a sus secuaces y, además, por haber mentido. Pero el Juez Administrador que ya había sido Inquisidor, en su infinita misericordia había intuido que no había habido bellaquería ni mendacidad en las acciones de los Mercenarios, solo ingenuidad. El Elfo los había engañado, burlado: hizo que pareciera como si él y sus seguidores hubieran sido aplastados por el derrumbe, y los Mercenarios en su abismal simplicidad, que no es otra cosa que idiotez, se tragaron el cuento.

El Juez Administrador en su magnificencia y en su piedad y compasión determinó que la imbecilidad de todos modos no podía ser castigada. Condenar a muerte a los estúpidos hubiera implicado una masacre; por lo tanto, optó por el perdón con la condición de que los estúpidos finalmente se dieran cuenta de su incapacidad para pensar y limitaran sus acciones a la ejecución simple y llana de las órdenes.

La orden con la que el Juez les perdonaba y los recibía otra vez en el regazo del

Condado era la captura del Maldito. El Elfo.

Tenía un caballo bayo y había sido avistado frente a Daligar, tranquilo como cualquier viajero, apenas por fuera del máximo alcance de una flecha. El Maldito parecía estar esperándolos.

La orden era atraparlo, vivo o muerto: en caso de que no estuviera muerto, tenían que amarrarlo muy bien para asegurarse de que quedara totalmente incapacitado. Se recomendaba usar cuerdas y no cadenas porque el Maldito sabía abrir candados incluso sin tener la llave, mientras que no se había demostrado que pudiera desbaratar nudos.

De todos modos, pensándolo bien, si se lo llevaban muerto, ellos se alegrarían más.

Argniolo sonrió benévolo. La asamblea se disolvió. El sol estaba en el punto más alto. El día estaba tibio, casi caliente; encerraba la promesa del verano inminente y la certeza de que el invierno había terminado.

—¿Pero a ese, a estas alturas, ya no se lo debían haber comido vivo las Erinias? ¿No habían dicho que a esas no las detiene nadie? —cuchicheó alguien.

Lisentrail extendió los brazos.

—Pero ¿los Elfos son inmortales? —preguntó alguien.

—Solo cuando los dejan vivir —respondió Lisentrail, que sabía todo acerca de todo—. Si uno los asesina, mueren igual que nosotros.

* * *

El Capitán estaba furioso, como jamás lo había estado en la vida.

El imbécil había regresado.

El imbécil había osado regresar.

El abismal cretino había arrastrado sus huesos y lo que los rodeaba justo hasta las puertas de Daligar.

Rankstrail maldijo al Elfo. Suplicó que los Dioses existieran y que hundieran a ese imbécil en los Infiernos: tenían que haber previsto un círculo para los idiotas.

Él, Rankstrail, había arriesgado su vida y la de sus hombres para salvar al Elfo y a los demás cuando huyeron. Les garantizaron también un futuro al relatar que todos habían muerto. El dragón había llevado a cabo su vuelo magnífico y Lisentrail había perdido el alma al hacer que ese vuelo fuera el último. Y el Maldito, en vez de quedarse en la playa, se había montado en su caballo para salir de viaje. Tal vez conocer el mundo le abría el espíritu. A lo mejor quería meterse a geógrafo o cartógrafo. O establecer un comercio de calabazas y mandarinas.

Ahora Argniolo y el Juez lo sabían. Ahora sabían que todos estaban vivos. Ahora

irían a atraparlos. Uno tras otro. Rankstrail recordó a la pequeña Reina, la de la corona centelleante, que lo había mirado con desprecio y furor.

Ahora debía ser una mujer. Tal vez ya tendría hijos. También la atraparían a ella.

Rankstrail era menos magnánimo que el Juez. Cuando la estupidez supera los límites de la decencia se convierte en un crimen y es justo castigarla.

A lo mejor los demás tendrían razón: Argniolo, el Juez, todos.

¿Qué sabía él?

¿Dónde estaba escrito que él siempre era más astuto que los demás?

Quizá el Escribano Loco y el Prestamista se habían equivocado: los Elfos eran la causa de todos los males. Quizá era verdad que habían llamado a los Orcos; quizá era verdad que habían anegado el mundo para empobrecerlo. Un idiota capaz de montar su caballo y detenerse frente a las puertas de Daligar con toda seguridad era capaz de cualquier cosa...

Quizá por su culpa alguien iría a buscar a la pequeña Reina y la matarían...

Quizá los matarían a todos...

El Capitán lo había salvado una vez. No lo salvaría una segunda. Se lo entregaría a Argniolo. Así se calmarían y dejarían en paz a la pequeña Reina, ya crecida, y a los demás sobrevivientes. Una vez que tuvieran al Elfo los dejarían en paz.

Si no se los entregaba, entonces irían a buscar al ejército de harapientos y a su Reina. Ahora conocía a Argniolo y al Juez: no buscarían pelea si podían evitarlo. Considerarían todo resuelto y él podría regresar a mantener a los Orcos lejos de los niños de los hombres.

Tenía que atraparlo.

Lo atraparía.

Salieron del patio y llegaron a los establos. Para hacerlo atravesaron las vías de la ciudad y al pasar por debajo del palacio del Juez, Rankstrail mantuvo la mirada baja, como si estuviera pensando, aunque no pensaba nada en especial. Solo quería evitar en ese momento insoportable el riesgo de toparse con los ojos de Aurora, dado el caso de que ella estuviera en una de las raras ventanas, en uno de los pocos porches.

Los caballos de los Mercenarios habían recibido alimentación y cuidados. Las sillas rotas habían sido reparadas, las riendas reventadas, reemplazadas. Los caballos ya estaban ensillados.

—Es extraño —dijo alguien—. Es como si nos hubieran mantenido en prisión solo para mantenernos alejados, pero sin que nos debilitáramos, para tenernos a mano cuando nos necesitaran.

—... Es verdad. No nos hicieron pasar hambre, no nos trataron mal... solo nos quitaron del medio...

—... Era solo una excusa para no pagarnos...

Amarrado junto a los establos y con el cuello muy lacerado por una cuerda, el

Capitán encontró de nuevo a su lobo. Estaba delgado y furioso por el largo cautiverio, y sin embargo estaba vivo y saludable. Rankstrail tuvo un momento de alegría, el único en un período larguísimo, cuando reconoció, al lado del animal, a Rocío. La Señora del Pueblo de los Enanos, como él la llamaba, era ahora la encargada de cuidar la jaula de la Loba de Daligar, una hembra que desde siempre se conservaba en la ciudad en honor a Sire Arduin que había poseído una. Ni siquiera el Juez Administrador, que nunca había dado saltos de alegría por la memoria de Arduin el Vencedor, se había atrevido a destruir la antigua tradición; se limitó a mover el corral del animal cada vez más hacia abajo, primero detrás del palacio y luego detrás de los establos donde nadie pudiera verla, de modo que la loba pudiera caer en el olvido dulcemente.

Rankstrail se tranquilizó al ver un rostro amigo: le debía mucho a Rocío. El motivo por el que los Enanos, que jamás habían recibido órdenes de nadie, estaban dispuestos a dejarse cortar en pedazos por él no era solo porque compartían su odio por los Orcos; era porque desde el principio el Capitán se había dirigido a sus harapos y a sus espantosas hachas sin usar otro apelativo que el de Señores del Pueblo de los Enanos.

En los establos el Capitán descubrió que tenía un soldado más. Después de ocho años de una ausencia no lamentada, Siuil había regresado a ser parte de sus hombres. Tenía también un caballo y se precipitó a informarle al Capitán que fue Argniolo en persona el que se lo procuró para que pudiera unirse a la caballería ligera.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail, apenas tuvo la oportunidad—, ahora estamos completos. Nos devolvieron los caballos, volvimos a encontrar el lobo, tenemos un Elfo para perseguir y también nos dieron un traidor. No nos falta nada.

Cuando finalmente estuvieron montados en los caballos, las puertas de la ciudad se abrieron para dejarlos salir. La tarde comenzaba. Los tráfugas escapados de los Confines de las Tierras Notas acampaban alrededor de la ciudad. Habían construido casuchas espaciadas por huertas improvisadas: pañuelos de coles y berenjenas se alternaban con diminutos gallineros y esbozos de frutales. El conjunto recordaba las colchas que cosen las mujeres pobres con retacitos de distintas prendas.

Era un mundo miserable, salvajemente decidido a vivir en medio de sus coles y gallinas. El Capitán pensó que si algún día tenía que ordenar un escudo heráldico para alguna región o un pueblo, le gustaría que este tuviera una gallina, símbolo del valor de la gente que guerra tras guerra, sin embargo, seguía con vida.

Al pasar las huertas y los cañaverales, cerca del río, reconocieron la inconfundible figura del Elfo. Estaba vestido con una tela cruda que recordaba vagamente la tela de las capas de la caballería ligera y montaba un caballo bayo. Al contrario de la primera vez que lo vieron, esta vez iba calzado. Tenía la espada a un lado, pero no la desenvainó ni la usó, ni tampoco intentó usar el arco que llevaba en bandolera.

Parecía que el imbécil los estaba esperando. No se alejó hasta que no los vio; por el contrario, casi pareció que quería cerciorarse de que lo habían visto. Daba la impresión de que, casi a propósito, el Elfo no dejaba que lo perdieran de vista. Luego, de improviso, en la mitad de la tarde, cuando las primeras sombras comenzaban a formarse al oeste de la garganta del Dogon, desapareció, como si se hubiera evaporado.

Las imprecaciones del Capitán hicieron palidecer hasta a los Enanos cuyas opiniones sobre el mundo y los Dioses, dentro de las minas, tampoco eran muy dulces.

Rankstrail mandó a dos exploradores adelante y a una pequeña patrulla por el costado oriental de la garganta; finalmente se dio por vencido. Lo habían perdido. El Capitán dio la orden de acampar y dejar descansar a los caballos. El lobo también llegó con la lengua afuera por la carrera desesperada, pisándoles los talones a los caballeros lanzados al galope. Poco antes del atardecer, cuando las sombras invadían toda la garganta y los caballos habían reposado, el Elfo reapareció.

La persecución se reanudó, pero se interrumpió al comenzar la noche porque después de haber estado bien visible por el costado occidental, de repente, el Elfo había desaparecido. Rankstrail volvió a dar orden de detenerse, no sin antes haberles aclarado al cielo y a los Infiernos su opinión al respecto. Los caballos descansaron, y el lobo, cada vez más extenuado y sin aliento, logró alcanzarlos una vez más. Solo después de que los caballos habían reposado y hasta el lobo había recuperado las fuerzas, volvió a aparecer el Elfo y la persecución se reanudó.

Mientras comandaba la persecución del Elfo Maldito a la cabeza de los Mercenarios de Daligar, el Capitán Rankstrail, apodado el Oso, intentó recordar cuántos años hacía que lo perseguía.

Es más, intentó recordar cuándo había oído hablar por primera vez del Maléfico, porque tuvo que haber un periodo en su vida en el que ni siquiera lo había oído nombrar.

Logró aislar el recuerdo con esfuerzo. Había sido cuando era niño, en el Anillo Externo de la ciudad de Varil, el mismo día en que su hermana Flama nació. Doña Guzzaria, después de haber dicho que los Elfos, artífices de todas las desgracias del mundo, además tenían cola, habló de ese, el Maldito, enemigo de los Hombres y exterminador de sus gallinas.

La segunda vez que lo oyó nombrar fue el mismo día en que se hizo una honda y comenzó su gloriosa carrera como cazador furtivo. Le había regalado un poco de miel a uno de los tantos pordioseros que se refugiaban entre los bastiones, uno de los innumerables mendigos que se arrastraban con los pasos torcidos de aquellos cuyos pies han sido deformados por el verdugo. El hombre casi había corrido tras él con sus pasitos desiguales en su afán de agradecerle, y en aquel, aun más angustioso, de

hablarle de ese, el perseguido, el más poderoso de todos los guerreros álficos, anunciado con antelación por una antigua profecía como el único posible restaurador del pasado y el salvador del futuro.

El Capitán Rankstrail, llamado el Oso, comandante de la caballería ligera de Daligar, juró que esta vez atraparía al Elfo Maldito, lo atraparía y se lo entregaría al aun más maldito Juez Administrador. Así, al menos, los dejaría en paz a él y a los suyos, libres para regresar a casa y tratar de mantener al ejército de los Orcos alejado de las granjas, de las colinas en las que los niños pastoreaban los rebaños y las mujeres recogían el agua de las fuentes, alejado de su gente desesperada y de su tierra que destilaba dolor.

En ese momento todos salieron de la garganta del Dogon, el Elfo adelante y ellos detrás. La ciudad de Varil apareció, alta y bellísima, envuelta en sus murallas, reflejada junto a una enorme luna en el agua de los arrozales.

El Anillo Externo estaba en llamas. La ciudad estaba asediada por centenares de baterías de Orcos que de un momento a otro se darían cuenta de que la caballería ligera de Daligar estaba llegando al galope hacia ellos.

El Capitán Rankstrail pensó que debía detenerse; tal vez así todavía podría salvar a sus hombres. Un poco más y los centinelas de los Orcos, que no eran una banda cualquiera sino un ejército completo, los avistarían; y ellos eran solo un pelotón de caballeros mal armados.

El Capitán Rankstrail pensó que si no se detenía, de un momento a otro oiría sonar los cuernos de ellos, sabría que la trampa del Elfo se había disparado, que él había caído y que sus hombres morirían por ello.

Y luego pensó también que detenerse sería terrible porque lo único que deseaba era ir a ayudar a su ciudad que ardía, o al menos, perecer con ella.

El Elfo no se detuvo ni desaceleró: sacó la espada que brilló como una antorcha en la oscuridad y continuó al galope con la caballería ligera de Daligar que cabalgaba detrás de él bajo la luna que se reflejaba enorme en los arrozales, hacia la agonía de la ciudad que ardía y hacia el ejército de Orcos que había decidido destruirla.

Capítulo 21

La idea era simple: tenía que obligarlos a perseguirlo, pero había que darles tiempo a los caballos de los hombres para reposar, de tal modo que cuando la ciudad de Varil fuera visible no estuvieran exhaustos. La liberación de la ciudad era imposible. Lo único que podía hacer era conducir a los Mercenarios de Rankstrail hasta allá para que, pudiendo hacer caso omiso del Juez, comenzaran a organizar una defensa.

No fue demasiado difícil desaparecer y reaparecer, pero tampoco demasiado fácil. Los Hombres tenían sentidos mucho menos alertas que los suyos, sobre todo la vista y el oído, pero tenía que tener cuidado con el Capitán que poseía una habilidad extraña para oír las cosas, para percibir las antes de que sucedieran, habilidad a la que aún no había logrado darle un nombre.

En la garganta del Dogon, mientras los hombres del Capitán dejaban descansar a los caballos después de haberlo «perdido» por segunda vez, Yorsh se encontró otra vez con Paladio y Meliloto que lo esperaban en un bosquecito de cedros como habían convenido. Los dos estaban tensos y en ese momento, más que todo para tranquilizarse ellos mismos con la idea del valor del único defensor con el que contaba el Mundo de los Hombres, comenzaron a enumerar los méritos del Capitán:

—El que liberó de los Saqueadores a la Tierra del Sur.

—El que volvió a traer las vacas.

—El que nunca ha sido derrotado.

—El que mató al dragón.

—El que durante diez años les opuso resistencia a los Orcos.

¿El que mató al dragón?

—¿El que mató al dragón? —repitió Yorsh.

Ambos se miraron espantados: habían dicho lo que no había que decir.

Yorsh sintió que un frío le recorría la espalda.

El Capitán era el asesino de Erbrow, su hermano dragón, la criatura cuyo nombre llevaba su hija. Se estaba echando de enemigo al criminal que había matado a Erbrow. ¿El asesino de Erbrow era el paladín de la humanidad? La humanidad estaba en muy mala posición. Si su salvación dependía de una alianza eventual entre Yorsh y el asesino de Erbrow, las esperanzas se volvían casi impalpables.

En ese momento, Meliloto se movió y quebró una rama. El Capitán los escuchó. Este, al parecer, tenía un oído muy superior al de un hombre normal, aunque no tanto como el de un Elfo.

Yorsh se vio obligado a dejar a los dos imbéciles ocultos en la sombra, volver a montar su caballo y partir hacia la llanura de Varil, la única dirección posible. De un momento a otro la garganta del Dogon terminaría y la ciudad aparecería.

Solo en ese momento se le ocurrió a Yorsh que tendría a la caballería del asesino de Erbrow detrás y a un ejército de Orcos en frente. El entusiasmo le había hecho olvidar un último detalle: su salvación. La historia del último guerrero álfico, Nerstrinkail, tampoco decía nada al respecto. Al fin, ¿cómo se había salvado el pobrecillo?

De repente la garganta del Dogon se acabó. El cielo se ensanchó de un momento a otro y las estrellas arribaron al horizonte.

Yorsh sintió el viento en el cabello y en el rostro.

Varil estaba en llamas. Los incendios se reflejaban en el agua de los arrozales junto con las estrellas y las alas de los garzones perturbados por el galopar de los caballos.

En cualquier momento los Orcos los avistarían y él oiría sus cuernos. Yorsh pensó que debería detenerse, pero fue un pensamiento que desechó, que olvidó de inmediato sin que dejara huella. La ciudad estaba en llamas, y el dolor de todos los que esperaban la muerte o que habían tenido que verla en los ojos de los que los circundaban se reflejaba en el alma del último y el más grande y poderoso miembro del Pueblo de los Elfos.

Yorsh percibió ese dolor. Era la primera vez en la vida que veía Varil, pero sintió esas llamas como en carne propia. En su mente sintió el miedo y el sufrimiento de cada uno de los habitantes de la ciudad, pero también el amor por los vivos y los muertos y la esperanza, porque esta jamás muere en los Hombres, ni siquiera cuando todo está perdido. Recordó los nombres de los hijos de los dos desafortunados padres que habían ido a pedirle ayuda y se dio cuenta de que no era capaz de tolerar ni por un segundo más que se quedaran sin ayuda.

Su caballo corría en dirección de la ciudad cercada. Tenía un ejército detrás. Harapiento, pequeño y mal armado, pero era un ejército.

La piedad de Yorsh se convirtió en cólera.

En ese momento sintió a los hombres detrás suyo. Sintió la furia de ellos. Sintió el odio de ellos. Sintió la mente de estos transformarse en una sola con la suya.

El perseguido se había convertido en caudillo. Los perseguidores se habían convertido en sus secuaces. El agua y la tierra corrían alejándose bajo los cascos de los caballos. El Anillo Externo de Varil, detrás de los bastiones, era una sola hoguera y sus arbotantes se erguían negros contra las llamas. Con todo, la parte central de la ciudad aún estaba en pie y sus estandartes blancos y dorados ondeaban sucios en el viento acre, lleno de hollín. Cuando se apagarán las llamas que ardían en el Anillo Externo y en el Intermedio, las invencibles puertas de roble y hierro, acorazadas como los cancelos de los mismos Infiernos, quedarían en cenizas.

La Ciudadela sería como un redil de corderos contra una manada de lobos.

Más de la mitad de la armada de Daligar era oriunda del Anillo Externo, hijos de los tráfugas de todas las orillas laceradas de las Tierra Notas donde el honor se había perdido y la única salvación posible para los Hombres era huir. Eran Mercenarios aglutinados por la necesidad de ganarse el pan para sobrevivir, así fuera a duras penas, y por la fe absoluta en su Capitán. No obstante, eran sus casas las que ardían; era su gente la que moría. La rabia que sentían se transformó en coraje y el coraje se transformó en valor. El ultraje que su tierra estaba sufriendo se transformó en heroísmo. Mientras cabalgaban en la llanura de Varil, los Mercenarios de Rankstrail se convirtieron en un ejército invencible. El Último y el más poderoso de los Elfos podía hacerlo invulnerable desviando las flechas y los dardos. Si no eran los Elfos, ¿entonces quién? Si no era esa noche, ¿entonces cuándo? Avanzaban para chocar contra un ejército inmensamente más fuerte, pero ni uno solo de los hombres de Rankstrail pensó que podía detenerse y salvarse.

Mientras cabalgaba a la cabeza de esta, que había pasado a ser su armada, Yorsh recordó que también su pueblo había sido un pueblo de líderes y guerreros.

Antes de terminar arrastrados dentro de muros y cercos, hambrientos, humillados, derrotados y burlados, los Elfos habían enfrentado ejércitos de Orcos y tropas de Troles. Si los Infiernos hubieran vomitado a los mismos Demonios para que agredieran la Tierra de los Hombres, ellos los habrían enfrentado.

Él era un Elfo. Lo que había alrededor suyo penetraba en su interior. Lo que había dentro de su cabeza se expandía hacia afuera.

Cuando encontraba desprecio y dolor, estos se filtraban en su alma y la debilitaban. Esta era su grandeza y su límite: por un lado, el desprecio de los demás lo abrumaba y la angustia que sentían lo lastimaba; y por otro, su coraje podía inundar el alma de los otros y volverse infinito. En aquel momento, mientras su caballo corría a la cabeza de todos, su fuerza se difundía en el corazón de los Hombres y los encendía como una llamita en un cañaveral bajo el viento seco del verano.

Él, el Último de los Elfos y el más poderoso, cabalgaba a la cabeza de un ejército y su fe se multiplicaba en los caballeros que galopaban, como se multiplica un rayo de luz al rebotar en un juego de espejos. Sabía que los otros sentían su respiración y él sentía la de ellos. Sabía que los otros sentían el latido de su corazón y él sentía el de ellos. En el viento que se deslizaba sobre la grupa de los caballos que corrían se propagó una corriente, una mecha que ardía quemando y fundiendo las mentes y las fuerzas. La mente de Enstriil, su caballo, era una sola con la mente de los otros caballos. Sus cascos corrían en el fango hacia Varil, sus crines ondeaban como estandartes.

Yorsh sacó su espada, que brilló. No era la primera vez que esto sucedía. Su espada, al igual que la corona que había ceñido la cabeza de Robi mientras guiaba a los fugitivos hacia la garganta de Arstrid, captaba la luz y la reflejaba más fuerte y encendida para que los combatientes dispersos en la oscuridad pudieran reencontrar el camino y la fe. Eran una espada y una corona creadas para restaurar el coraje y la esperanza de aquellos que lo habían perdido.

Ya nada podría detenerlos a él y a su armada de renegados y andrajosos, transformada ahora en un ejército de guerreros invencibles. La ciudad de Varil vivía su último dolor, su último horror: la caballería ligera de Daligar estaba arribando, incontenible. Yorsh se dio vuelta: Rankstrail, el Capitán, estaba inmediatamente detrás de él. Su lugarteniente lo seguía un poco más a la derecha. Yorsh y los Mercenarios: una sola mente, un solo corazón.

La mente de Yorsh le prendió fuego a la hierba secada por el calor estival que rebasaba los arrozales por encima de los diques: creó unas franjas de fuego muy largas y delgadas, que el agua duplicó, para guiar a la tropa con líneas de luz hacia la ciudad asediada, y para hacer visibles las defensas que el ejército enemigo había erigido con el fin de protegerse de un improbable ataque desde Daligar.

En ese momento, una luna enorme salió de las nubes e iluminó la llanura. Al paso del ejército del Elfo, cientos de garzones que habían escapado de caer en los espetones de los Orcos se levantaron con un lento batir de alas, brillando bajo la luna. Los cascos reales de los caballos y los cascos reflejados en el agua corrían juntos y a cada paso chocaban en un torbellino de salpicaduras y gotas que atrapaban la luz dorada del fuego y la luz fría de la luna. La armada del Pueblo de los Hombres estaba yendo a recuperar el mundo que le pertenecía.

Bajo la luz vacilante de las franjas de llamas, las empalizadas de los Orcos plagadas de palos puntiagudos, pedazos de lanzas y flechas partidas se hicieron visibles y se recortaron contra el cielo negro y contra las estrellas. Ni siquiera Yorsh con sus ojos de Elfo había vislumbrado las cabezas amputadas izadas sobre las picas que sobrepasaban las empalizadas: solo había sentido un aura de dolor débil y confuso que no había logrado aislar del de la ciudad agonizante. Ni siquiera él había podido ver las bocas retorcidas en un último grito, la sangre coagulada en el cabello que ondeaba en la brisa de la noche de principios de verano.

Ahora las vio y los hombres de su armada las vieron con él. Yorsh sintió el horror y el dolor. Muchos reconocieron a sus padres o a sus hermanos. Algunos reconocieron a sus hijos.

El que montó este macabro espectáculo con la intención de aterrorizar a las personas que vinieran a socorrer eventual e improbablemente a la ciudad, no tenía idea de qué era la rabia de los Hombres, cómo puede crecer y en qué puede transformarse.

—¡AHORA! —gritó Rankstrail.

—¡Ahora!... ¡Ahora!... ¡Ahora! —repitió la armada al unísono.

El grito resonó en la oscuridad, atravesó la llanura potente y feroz como un rugido, franqueó las llamas y el humo y reverberó más allá de los incendios.

—¡AHORA!

En la ciudad asediada los cuernos respondieron bajos y cortos.

* * *

Las empalizadas habían sido construidas mal y de prisa: era probable que los líderes de los Orcos hubieran considerado la construcción de estas como una pura formalidad porque estaban absolutamente seguros de que ningún ejército, ninguna armada, ni un alma vendría de la Ciudad Puerco Espín a ayudar a la Ciudad Garzón.

Los ojos de Yorsh identificaron los puntos donde los palos se espaciaban lo suficiente para posibilitar el paso de los caballos; y en los lugares en los que las empalizadas eran demasiado altas para un caballo al galope, la mente del joven Elfo podía ayudar a impulsar el salto. Aunque en principio la fuerza de la gravedad es invencible, durante algunos instantes podía ser contrarrestada. Enstriil se levantó y saltó primero. Yorsh guio su salto y lo ayudó. Después de él saltaron todos los caballos a través de las brechas, guiados, acompañados y sostenidos. La fatiga de este esfuerzo sobrehumano se disolvió por completo; se borró con el sonido de los cuernos de la ciudad sitiada, con el coraje, el furor y la fe de Yorsh y de toda su armada.

La primera batería de Orcos se paró frente a ellos, horrorizada. El comandante era muy alto. Con base en sus lecturas, Yorsh lo identificó como uno de los Orcos que habían descendido de las Montañas del Fuego, al extremo de la estribación oriental de las Tierras Notas. El yelmo que escondía parte de la cara de pelo y de colmillos, hecho de cuero deshilachado y hierro oxidado, emulaba, sin lugar a confusión, el hocico de un lobo, al igual que el escudo en forma de semicírculo, dotado de puntas de hierro a guisa de garras.

Yorsh lo abatió con un solo golpe de espada.

El dolor de la muerte lo golpeó como una flecha: sintió la hoja penetrar en la carne del otro como si fuera la suya, sintió la respiración anegada en sangre, el aire que borboteaba en los estertores de la agonía, el corazón que se paraba. Sintió el recuerdo de los cuerpos decapitados y las cabezas que terminaban en las lanzas; las risas indecentes que habían acompañado la tarea; y el placer de sentirse fuerte y poderoso masacrando seres inermes. Sintió la alegría que el otro experimentaba al marchar al unísono junto a los otros Orcos, porque en ese movimiento conjunto, y

solo en él, podía ahogar el sentimiento de su propia insignificancia y olvidarla. Sintió también los recuerdos del otro por el aroma del viento de verano. Vio por un instante, en una serie de arroyuelos sucios, a una madre resentida y brutal, inclinada buscando algo de comer en medio de una multitud de pequeñas criaturas lloronas y desesperadas. Comprendió entonces que detrás de cada futuro Orco había una infancia de pantano y comida podrida, una historia de niños no amados traídos al mundo con el único objetivo de usarlos como mazos o como pedradas contra un mundo que había que depredar.

Eran personas.

Los Orcos eran personas.

Eso que llevaban en la cara, hecho de pelo y colmillos, era solo una máscara de guerra. Los Orcos no habían sido vomitados directamente del fango de los Infiernos. Eran personas. Tenían recuerdos. Sentían dolor. Habían llorado al nacer con la misma desesperación con que llora cualquier recién nacido. Habían sido cargados en el vientre tibio de una madre.

Yorsh desaceleró.

No lograría, bajo ninguna circunstancia, asestar un segundo golpe.

Su carrera como líder terminaba allí.

Rankstrail lo rebasó. La simulación del perseguidor y el perseguido se rompió. Abrumado por el dolor de su gente masacrada, de su pueblo que veía a sus hijos decapitados e izados sobre las empalizadas, el joven Capitán de Daligar iba a liberar a su ciudad sitiada. Su espada abatía a cualquiera que se le parara enfrente.

Yorsh comprendió por qué la gloria de su pueblo para conducir a los pueblos hacia la victoria pertenecía al pasado: su nivel de barbarie había descendido por debajo de los mínimos niveles necesarios para llevar a cabo cualquier tipo de guerra y, por consiguiente, para la misma supervivencia. El poder para comprender el dolor los había destruido. No habían detenido a los Orcos como hubieran tenido que hacerlo y los Hombres los odiaron por ello. Habían sobrevalorado sus poderes. Habían malinterpretado su fragilidad y los habían responsabilizado de todos los males. Habían podido combatir contra los Demonios, pero no contra los Orcos y mucho menos contra los Hombres, porque el dolor de la derrota los abrumaba y hacía insoportable la victoria. Cualquier cosa menos eso. Era preferible morir. Mejor ver la propia carne destruida por el hambre y devorada por las garrapatas y el odio.

Así como un incendio estalla irrefrenable incluso después de que el fuego que lo generó se apaga, la armada del Pueblo de los Hombres, los Mercenarios, no se detuvo ni vaciló cuando el dolor abatió el corazón de Yorsh.

Se quedó a poca distancia de Rankstrail que penetraba una tras otra las defensas de los Orcos sin perder un solo hombre. Ninguno de los dardos de las ballestas dio en el blanco porque Yorsh usó lo que quedaba de su fuerza para desviarlos, pero el

esfuerzo fue tan grande que se convirtió en dolor. El joven Capitán, ayudado por la luz del fuego y de la luna, tardaba pocos instantes en identificar el punto más débil de todas las barreras y penetrar.

Rankstrail levantó la mano derecha y tensó el brazo hacia un lado: Lisentrail entendió de inmediato. Se desvió con sus hombres hacia el norte de la colina boscosa a la entrada de la ciudad, para rodearla y caer sobre el flanco de los Orcos, mientras que el Capitán, con el grueso de las tropas, llegaba por el frente.

Luego el Capitán extendió los brazos y su armada se dividió en dos detrás de él. Se quedó solo con Yorsh y enfrentó la segunda línea de los Orcos: cayó como un león en medio de unos perros. Tenía la espada en la mano derecha y una alabarda extraída de una de las barreras en la otra. Se había bajado del caballo y por sí solo lograba oponerle resistencia a una docena de Orcos, concentrando toda la atención sobre él, mientras sus hombres los asaltaban por un costado. De repente, los Orcos se encontraron atacados por todas partes. Eran superiores en número, pero por primera vez desde que la guerra contra el Pueblo de los Hombres había comenzado, su seguridad tambaleó. Su coraje se resquebrajó de improviso como un vidrio al caer sobre una piedra, como una bandada de urracas al divisar halcones encima de ella. Al lado del Capitán, y no menos temible que él, apareció el lobo. Los Orcos se aterrorizaron al verlo. No se trataba solo del temor por los colmillos: la leyenda decía que también Sire Arduin combatía acompañado de un lobo. Así fuera verdad o fantasía, los Orcos sin duda conocían la leyenda. La bestia que combatía a su lado hacía que el Capitán fuera curiosamente idéntico al recuerdo de su antiguo enemigo mortal.

—¡Ahora! —gritaron de nuevo los Hombres.

Fue un rugido. Los Orcos comenzaron a retirarse y la retirada pronto se transformó en una derrota aplastante de guerreros que escapaban descompuestos, sin más defensa. Rankstrail había partido su espada en el enfrentamiento inicial y había recogido la rústica y mortífera arma de uno de los jefes de la batería adversaria. La hoja era enorme, medía más de tres pies de largo y la empuñadura estaba incorporada de tal modo que la hoja misma defendía la mano que la empuñaba. Los Orcos habían logrado alcanzar las dos ciclópeas catapultas que habían usado para incendiar los dos anillos de la ciudad lanzando llameantes haces de leña seca impregnados de aceite. Mientras que una parte de ellos, ahora en desbandada, trataba aún de obstaculizar la caballería de los Hombres, la otra concentró las últimas energías y el último tiempo en girar las catapultas en dirección opuesta a la que apuntaban, y así poder utilizarlas para atacar a Rankstrail. Cuando finalmente lo lograron y Rankstrail estaba al alcance de sus haces encendidos, la escuadra de caballeros que había rodeado la colina los sorprendió por el flanco derecho, completamente descubierto, y los masacró. Rankstrail estaba decapitando a la mayor parte de los Orcos con la espada enorme y

pesada que había reemplazado la suya.

Aunque no era él quien asestaba el golpe, Yorsh lo sentía. El momento en el que la cabeza se despegaba del cuello, cuando la hoja de la espada cortaba las vértebras y la medula, se convertía en la negación del concepto mismo de humanidad, del concepto mismo de vida. Por unos instantes la cabeza quedaba viva y por más inmundos que hubieran sido los pensamientos que hubiera generado, el dolor era tan insoportable que trascendía los límites de la justicia.

Yorsh se limitaba a seguir a Rankstrail. La armada de los Hombres estaba reunida de nuevo en un solo tronco y estaba por lanzar el ataque decisivo.

Al llegar a la colina comenzaron los bosques y las huertas de frutales. Los caballos avanzaban al mismo paso. Cuando estuvieron a cien pies de la muralla externa pasaron a través del campamento enemigo, situado dentro de lo que quedaba de un naranjal cuyas últimas flores cubrían el piso con un tapete de pétalos blancos. La mayor parte de los árboles había sido talada para alimentar el fuego y construir las barreras, las escaleras y las piras. De los que quedaban pendían los colgados. Algunos eran muy jóvenes, casi niños. En el centro se levantaba una enorme pila de leña, centenares de haces que creaban una especie de barrera encima de la cual una docena de personas, embadurnadas de fango y sangre, estaban encadenadas a los palos. El olor a aceite que impregnaba la pila era más fuerte que el olor de los cuerpos. Algunos Orcos estaban en el centro agitando antorchas.

Rankstrail se detuvo. La armada se detuvo a su vez con un estrépito de chatarra que se mezcló con las imprecaciones, porque los caballos se encabritaron y chocaron unos contra otros.

Los Orcos se pusieron a gritar triunfantes.

Uno de ellos, alto y con colmillos de lobo en el escudo, señaló a Rankstrail con la mano y luego exclamó en tono burlón:

—Tú no gritas más «Ahora». Tú no gritas más. Tú callado. Yo quiero a ti o yo quemó a ellos.

Los otros Orcos también se rieron.

Rankstrail levantó la mano derecha para detener a los suyos. Con una orden tajante también detuvo al lobo; miró al Orco, luego miró otra vez los cuerpos encadenados sobre la pira y de nuevo al Orco.

Sin bajar la mirada, bajó de su rocín.

—¡Capitán, es inútil, es una estupidez! —le gritó su lugarteniente, uno pequeño de trenzas y con los dedos amputados—. ¡Después de haberte picado en pedazos los quemarán! ¡No lo hagas!

—Aquí están mis hermanos: el tercero de la izquierda y la muchacha con el traje de novia —respondió Rankstrail—. Me encantaría saber, antes de morir, cómo diantres vino a parar mi hermana en esa pira y por qué está vestida de ese modo, pero

tendré que reservarme la duda. Y si ninguno fuera pariente mío, nada cambiaría porque son mujeres y niños. No se muevan.

El Capitán dejó caer su espada, desenganchó las dos correas que le sostenían la armadura en la espalda y la dejó deslizarse en el piso. Por último, se quitó el yelmo y se quedó inmóvil, desarmado e indefenso, mirando a los Orcos de frente. Dos de ellos levantaron el arco, pero ni siquiera tuvieron tiempo de cargarlo.

Yorsh espoleó a Enstriil, se subió a la pira y los arrolló.

—¡No! —gritó Rankstrail.

Yorsh descendió del caballo, envainó la espada y extendió los brazos como para abrazar al mundo. Los Orcos que tenían las antorchas encendieron el fuego. Enstriil se encabritó y golpeó a uno. Las otras antorchas cayeron sobre la pira, pero las llamas no estallaron: se limitaron a serpentear entre la leña y la hierba seca de los haces como gusanos dentro de un pez podrido. El aceite no se prendió. Yorsh sintió el cansancio atroz de contener las llamas: el fuego que no quemaba en la pira estallaba dentro de su cabeza. De un momento a otro se desplomaría. No tenía mucho tiempo. Sintió a sus espaldas el ruido de la batalla que comenzaba otra vez. Había detenido el fuego de los Orcos, no sus espadas.

Mantuvo el brazo izquierdo abierto con los dedos estirados y separados para controlar el fuego y con la derecha extrajo la espada y la dejó caer con toda la fuerza que le quedaba sobre las cadenas del primer rehén, que se rompieron como vidrio. El rehén era la joven vestida de novia; llevaba al cuello un corazoncito de hueso colgado de una cinta azul y tenía un arco en bandolera. Con un gesto de la cabeza Yorsh le mostró la espada y luego los otros prisioneros. Ella comprendió: retiró la espada de la mano temblorosa y reventó las cadenas del segundo rehén, un señor viejo con el rostro ensangrentado porque los Orcos se habían divertido arrancándole la barba. La espada de la hiedra centelleó de un modo salvaje. Yorsh encaró de repente a un Orco: enorme, con una órbita horrendamente vacía que se abría como una caverna en medio de las escamas y de las garras que le recubrían la cara. No tuvo tiempo de levantar el hacha: el Capitán Rankstrail, sin yelmo y sin coraza, había recuperado la espada. Despegó la cabeza del cuello del Orco de un solo golpe. Yorsh sintió el gozo con que el tuerto lo habría golpeado, la crueldad con la que había dejado caer la antorcha, la felicidad que habría experimentado al hacer estallar el fuego debajo de los cuerpos vivos, pero de nuevo sintió a una madre biliosa, violenta y desesperada que le quebró los dedos con una piedra por robar un pedazo de zanahoria cuando era niño. Vio una serie de criaturas andrajosas, dejadas en el pantano bajo un diluvio. Sintió un largo llanto que jamás fue consolado, que se perdía como un aullido en un silencio que se hacía definitivo, ininterrumpido, salvo por el ruido de la lluvia y de los truenos. Los Orcos, todos, eran hijos no amados, odiados, traídos al mundo con el único objetivo de convertirlos en combatientes de atroces guerras de rapiña, porque transformaban

en inhumana violencia el dolor infinito que los llenaba.

El Capitán Rankstrail usó el hacha para romper las cadenas de los otros prisioneros y, cuando estas se resistían, derribaba los palos. Sus hombres lo ayudaron sosteniendo a los prisioneros y bajándolos de la pira.

Yorsh logró todavía mantener las manos y los brazos abiertos, pero las piernas le flaquearon. Cayó de rodillas. Cuando ya el último prisionero estaba a salvo, el Capitán de Daligar agarró a Yorsh de la túnica como si fuera un atado de trapos y lo arrojó abajo saltando junto con él en el pantano. Rodaron juntos.

La vista de Yorsh se nubló. En su cabeza el cansancio se fundió con el dolor de los muertos, el horror de los decapitados, el llanto de un Orco niño que le evocó recuerdos que no pudo apresar. La luz de los incendios de Varil, que ardían del otro lado de los almendros aún en flor, brilló cada vez más incierta. Rankstrail lo agarró de la ropa de nuevo y lo puso de pie, apoyándolo contra el tronco de uno de los pocos árboles que todavía estaba erguido.

Con el gesto brusco de una de sus enormes manos le quitó el cabello y el fango del rostro. Otra de las cosas de las que carecía la dotación del Capitán Rankstrail eran los guantes: empuñaba las armas con las manos desnudas y las palmas cargaban la huella. Yorsh trató de hacerse a un lado.

—¿Estás herido? —preguntó bruscamente Rankstrail—. ¿Estás enfermo?

—Estoy cansado —respondió Yorsh, avergonzado, con un hilo de voz. Temblaba. Miró al otro. Era la primera vez que se encontraban de frente.

La muchacha con el traje de novia se acercó, insinuó una reverencia y le devolvió la espada. La empuñadura estaba tan sucia de hollín que las ramas de la hiedra a duras penas se reconocían. La hoja brillaba como nunca antes.

Capítulo 22

En algún lugar entre las márgenes occidentales de los arrozales y la colina, el Capitán Rankstrail había dejado de ser un sabueso que le pisaba los talones a una presa y había vuelto a ser un guerrero que iba a liberar a su gente y a su tierra.

La persecución había terminado y la batalla había comenzado. El Elfo ya no era un prisionero que había que capturar por órdenes del Juez Administrador, sino el único comandante que estaba dispuesto a seguir.

Rankstrail tuvo la impresión de ser él mismo y, a la vez, de ser Yorsh que cabalgaba en el viento delante suyo; sintió la confianza y la calma de este, no menos fuertes que su propia rabia y su propia desesperación. Sintió en el rostro el mismo viento que embestía a Yorsh y a los otros caballeros. Era como si todos se hubieran convertido en un solo hombre.

Por primera vez desde que había tenido el discutible honor de ser su propietario, Rankstrail sintió a su rocín correr en el viento como el viento mismo. Ni siquiera correr en el agua o en el fango era un obstáculo para él. Rankstrail se percató de que el caballo casi volaba. Los otros podrían dudar, pero él conocía a Garrapata, sabía que ni aun frente a una manada de lobos hambrientos hubiera podido correr de ese modo.

Era por la magia del joven Elfo que los cascos de los caballos corrían.

Cuando el fuego encendido por la presa, ahora convertida en líder, dio luz suficiente para poder moverse sobre los terraplenes, Rankstrail comprendió por qué la gente siempre había odiado a los Elfos: era una mezcla de envidia y temor. Cada uno de estos dos elementos bastaba para querer matarlos, pero además se acrecentaban uno a otro. Rankstrail comprendió la razón del odio por la que los Elfos habían sido exterminados.

Pero no entendía cómo habían logrado masacrarlos: si los Elfos se parecían así fuera solo vagamente al que cabalgaba delante de él, tendrían que haber sido invencibles.

Luego Rankstrail se olvidó de todo, excepto de las patas de su caballo que perseguían su reflejo al unísono con las patas del magnífico corcel del joven Elfo. Su rocín voló en el viento, superó las empalizadas de los Orcos con una fuerza parecida al coraje y al valor que él mismo sentía en el alma, y así comenzó la liberación de Varil.

El joven Elfo abrió el camino al enfrentar a la primera batería de Orcos y derribar a su líder. Pero después, de repente, le cedió el mando, desaceleró un poco y de ese modo le dejó a él, Rankstrail, la tarea y el honor de ser el Libertador. En ese momento Rankstrail juró que el otro sería su jefe, que su vida y su espada, si es que alguna vez lograba tener una espada digna de ese nombre, serían para él y solo para él.

Capítulo 23

Después de que la muchacha en traje de novia le devolvió la espada, Yorsh se quedó acurrucado en el pantano. Trataba, al parecer en vano, de recuperar el aliento. Tenía la vista nublada. Vio como en un sueño el grupo de Orcos que los rodeó. Rankstrail no tuvo tiempo de enfrentarlos porque una flecha golpeó al más cercano: la joven con el traje de novia había cargado su arco con las flechas del carcaj del gran Orco tuerto y estaba interviniendo en la batalla.

Rankstrail comenzó de nuevo a combatir. Por suerte se limitó a matar a los enemigos sin decapitarlos y el dolor no alcanzaba a llegar hasta Yorsh.

El clamor, los chisporroteos y los reventones de la pira que ardía fueron superados por unos gritos brutales. Llegaban de arriba, de la parte más interna y más alta de los tres anillos de murallas, de aquella que aún no estaba en llamas y aún resistía. También allí había prisioneros, pero no se necesitaba ninguna hoguera para matarlos; bastaba con arrojarlos al fuego que estaba abajo. Los prisioneros eran hombres y casi todos llevaban armadura; sin duda, eran guerreros de la armada de Varil que habían tenido la incauta idea de dejarse capturar con vida y ahora la pagarían muy cara. Estaban uno al lado del otro en una única y larga fila. Tenían las manos amarradas sobre la cabeza y sus muñecas colgaban de una viga. Los Orcos los soltaban de allí uno por uno, para arrojarlos al vacío.

Yorsh hizo de tripas corazón para recuperar la fuerza. Se puso de pie y obligó a su vista a salir de la niebla. Tomó el arco y una flecha y abatió al Orco que estaba más cerca de la fila de prisioneros. La flecha atravesó la garganta del otro y de nuevo Yorsh tuvo que sentir la respiración anegada por la sangre, el corazón que se paraba, mientras su mente era invadida por recuerdos repugnantes y oscuros como un mar de cieno. Logró cargar otra vez el arco y golpeó y rompió la cuerda de los dos prisioneros más cercanos y los liberó, pero luego se desplomó de nuevo con la espalda contra el árbol y la frente bañada de un sudor helado.

Uno de los dos prisioneros liberados se armó con la espada del Orco abatido y enfrentó a los otros.

El otro liberó a los compañeros uno tras otro y el enfrentamiento se reanudó.

El paso entre los bastiones eran tan estrecho que obligaba a los Orcos a pasar uno a la vez y esto facilitó la tarea de los guerreros que rápidamente obtuvieron ventaja.

—No es posible hacer un tiro así, ningún hombre puede hacerlo —dijo la joven novia atónita.

—Él no es un hombre —explicó Rankstrail—. Es un Elfo.

—¿Un Elfo?

—Un Elfo —confirmó Rankstrail.

—¡Es el prisionero! ¡Lo atrapamos! —gritó contento el lugarteniente de

Rankstrail—. ¡Es el prisionero! ¡Capitán, lo atrapamos! ¡También atrapamos al prisionero!

—No es el prisionero, Lisentrail —dijo Rankstrail apagando bruscamente el entusiasmo del otro—. Ese es nuestro jefe. Está dirigiendo el ataque contra los Orcos y nosotros lo seguimos.

—Capitán, bromea, ese es un Elfo: nosotros nunca recibimos órdenes de un Elfo.

—Preferiría morir —dijo alguien más, pero el Capitán no se volteó para identificarlo.

—¡El próximo que abra la boca y diga idioteces será ejecutado! ¡Que no los oiga articular una palabra, manada de perros! —le gritó a su tropa con todo el aire que tenía en la garganta, que no era poco. La voz resonó por encima del incendio y opacó los cuernos de Varil—. ¡Que nadie se atreva ni siquiera a pensar poner en duda mis órdenes porque lo hago pedazos con mis manos! ¡No me hagan arrepentir de no haberlo hecho antes, y no me hagan repetir más lo que pienso de ustedes y de las madres que desperdiciaron la vida trayéndolos al mundo!

Los hombres enmudecieron. Ninguno hubiera abierto la boca. Ninguno hubiera hecho un gesto sin una orden suya. El Capitán se calmó. Su voz se suavizó.

—Hemos recibido todas las órdenes de un Elfo y el resultado no solo es que no nos mataron, sino también que ganamos una batalla que no era posible ganar contra un ejército contra el cual no era posible batirse. Por lo tanto, seguiremos recibiendo. Apenas logre ponerlo en pie de nuevo —dijo.

Yorsh estaba postrado en el suelo. A pesar de las insoportables oleadas de calor que llegaban de la pira en llamas, comenzó a temblar de nuevo. Los recuerdos de los Orcos que había matado lo atormentaban: volvió a ver hasta los instantes más antiguos de los que ellos habían tenido memoria. Comprendió por qué solamente eran fragmentos de un ejército: un hombre solo puede aprender el sentido de la propia individualidad gracias a su madre, en caso de que ella lo posea. Los Orcos, hijos de madres esclavas, no estaban libres de nada, ni siquiera de la crueldad.

Rankstrail decidió dejarlo en paz y se ocupó de su hermana.

—¿Qué diantres haces aquí fuera? ¿Por qué diantres no estás dentro de las murallas? ¿Y por qué diantres llevas esa ropa puesta? —preguntó furioso.

Aunque el aspecto del Capitán fuera de casillas era aterrador y petrificaba de golpe a los soldados, su hermana no se amedrentó.

—Nos capturaron dentro de las murallas —explicó con calma, después de haberse sentado en el suelo, agregándoles pantano a la sangre, al hollín y a todo lo que había sobre el vestido blanco.

Era una muchacha delgada, que no tenía nada del aspecto macizo del hermano, aunque sí había cierta semejanza en la forma arrogante de llevar la cabeza en alto y mirar al interlocutor directo a los ojos. Tenía el cabello castaño recogido en dos

trenzas envueltas alrededor de la cabeza. Apoyó la cabeza en un árbol y trató de recuperar fuerzas para seguir hablando, a pesar del cansancio que debía ser enorme como el horizonte de un día sin nubes. Tenía los labios agrietados por la resequedad y su hermano, antes de que continuara, sacó la cantimplora y le dio de beber; luego les pasó el agua a los otros prisioneros liberados.

—Los Orcos llegaron a través de los arcos que comunican los tres anillos de murallas —prosiguió apenas tuvo aliento—. Llegaron a la Ciudad Vieja donde estábamos todos refugiados y quemaron el Anillo Externo. Nos capturaron esta mañana y nos llevaron afuera antes de que las escaleras fueran intransitables por las llamas. Ahora la Ciudadela está aislada. Los Orcos están sobre las murallas, pero el interior de la ciudad aún resiste.

—¿Cómo es posible que Varil haya caído? ¿Por qué no fueron abiertas las esclusas? ¿Por qué la armada de Varil no repudió a los Orcos? ¡Es una armada formidable! ¡La armada más bella del mundo!

—Si de belleza se trataba, eran bellísimos —recordó la muchacha—. Se hicieron masacrar en medio día. Quedaron muertos casi todos, pero eran muy bellos. Solo quedamos las mujeres, los niños y los heridos para defender la ciudad. Alguien nos entregó a los Orcos. La vanguardia llegó de noche, como lobos: se tomaron los molinos y mataron a los soldados que custodiaban las esclusas antes de que pudieran abrirlas. Tenían los planos y sabían lo que tenían que hacer. Luego sitiaron la ciudad. La caballería trató de romper el asedio. Duró una carga. El hecho es que, después de todo, así bellísimos como eran con sus tachones de plata y de oro, no sabían combatir, nunca lo habían hecho. Era un ejército para hacer paradas y ganar torneos. La formación se hizo con base en la antigüedad de las familias a las que pertenecían. Al lado de Sir Erktor, con la primera carga de la caballería estaba Sir Gaimir, su primo hermano. Él, sin embargo, comandaba la infantería ligera que tenía que estar detrás de la caballería. El frente de los caballeros estaba interrumpido por un regimiento de infantería y fue por ahí por donde penetraron los Orcos, rompiendo la carga de la caballería en dos. Los escuadrones de los alabarderos hubieran podido hacer barrera y detener la carga de los Orcos, pero estaban detrás de todos los demás porque la nobleza de su comandante era reciente y ningún soldado de nobleza más antigua lo quería cerca de la primera fila. El Príncipe Eric, el hijo de Sir Erktor, y sus arqueros ni siquiera hacían parte de la formación. Su padre lo había expulsado, no solo porque le había dicho que una formación basada en la antigüedad de los blasones era un suicidio, sino porque las flechas eran un arma... espera, cómo dijeron, poco elegante. Cosa de bandidos y cazadores furtivos, buena para la caza de jabalíes. Una flecha puede ser tirada de lejos por cualquier andrajoso, y el primero de los caballeros muere ni más ni menos del mismo modo que el último de los alabarderos, que es algo poco elegante. A uno no le sirve para nada pasarse la mitad de la vida aprendiendo a usar la

espada en combate sencillo si después le clavan una flecha en la garganta a treinta pies de distancia: esto también es poco elegante. En cambio prefieren perder la guerra, pero después de que la guerra se pierde, los Orcos juegan a los bolos con las cabezas que cortaron y no es que esto sea muy elegante tampoco. Lástima que las reglas de urbanidad de los Orcos no les hayan prohibido sus malditas ballestas: sus dardos oscurecieron el cielo. No hubieran sido tan mortíferos si los nuestros no se hubieran quedado rígidos como estatuas para recibirlos. Las reglas de la armada de Varil prohíben arrojarse al piso para salvarse. Eso equivale a la fuga y se castiga con la pena de muerte. Entonces se quedaron de pie. Hubiera bastado con que se agacharan detrás de los escudos para quedar vivos y contraatacar. Se quedaron de pie, no todo el tiempo, sino hasta que estaban demasiado heridos para no poder tenerse en pie. Sir Erktor fue capturado y colgado de inmediato. Para que la muerte de este no fuera tan dolorosa, su hijo, el Príncipe Erik, arrojó un montón de monedas de oro desde los bastiones, y se limitaron a colgarlo. El Príncipe Erik arrojó todo el oro de la ciudad desde los bastiones por los otros prisioneros, pero no alcanzó para todos y entonces...

—Sí, lo sé. Lo sé —la interrumpió su hermano—. Sé lo que hicieron.

La muchacha estalló en lágrimas, pero se recuperó pronto y preguntó si alguien tenía algo de comer. Rankstrail y su lugarteniente repartieron su pan.

—¿Por qué llevas esa cosa encima? —preguntó el Capitán y señaló el traje de novia, una túnica blanca llena de bordados y pequeñas cintas. Había bajado la voz, pero Yorsh tenía el oído de los Elfos, y aun con el estruendo de la pira que ardía, escuchó cada palabra—. Era el vestido de nuestra madre. ¿Cómo se te ocurrió? ¿Y qué te vas a poner cuando el hijo del panadero pida tu mano?

—El hijo del panadero no pedirá mi mano. Jamás. La arpía de su madre quiere por lo menos veinte piezas de oro como dote y nosotros no las tenemos. Y jamás las tendremos. Y aunque las tuviéramos, por nada del mundo quiero casarme con uno que me quiere solo si tengo dote y que para escapar más de prisa me dejó sola frente a los Orcos. Si no hubiera tenido el arco que me hiciste, si no me hubieras enseñado a usarlo, hace un día y medio que habría muerto. Me puse este traje porque estaba segura de que no viviría hasta mañana. No quería morir con los harapos de costumbre y de todos modos nadie jamás pedirá mi mano: entonces, quise lucir esto por primera y última vez. No había ninguna esperanza de que alcanzara a vivir hasta mañana.

La muchacha empezó a llorar de nuevo.

—Pero ¿por qué se demoraron tanto? —preguntó.

Luego se calmó y siguió hablando del vestido, probablemente para buscar consuelo en un tema menos cruel que la guerra y los Orcos. Bajó más la voz, pero de nuevo Yorsh alcanzó a escuchar.

—¿Sabes que estaba nuevo? ¡Nunca antes había sido usado! Creía que nuestra

madre lo había usado en su boda, pero no fue así. Los bordados no estaban bien hechos, ¿sabes?, mamá no era muy buena para bordar y no veía tampoco muy bien; al bordar cosió la tela de adelante del corpiño con la de atrás. Tuve que descoserlo para ponérmelo.

Rankstrail se quedó petrificado.

—¿Estás segura? —preguntó finalmente.

A Yorsh le pareció una forma cuestionable de imbecilidad esta de ponerse a discutir sobre el vestuario en una ciudad que ardía y en una batalla en buena parte aún por combatir, y se sorprendió porque hasta ese momento el Capitán Rankstrail le había parecido todo, menos imbécil.

Trató de ponerse de pie con un esfuerzo considerable. Rankstrail lo tomó por el brazo y lo haló hacia arriba.

El joven Elfo recordó quién era el hombre que tenía en frente.

Hasta ese momento había visto a un hombre desesperado por su tierra masacrada, un gran guerrero, un combatiente sin miedo, capaz de hacerse asesinar para salvar la vida de los rehenes capturados.

Ahora recordó que ese que tenía en frente era el jefe de la caballería de Daligar. La rabia lo sostuvo de nuevo. Se zafó bruscamente del contacto con aquella mano grande y oscura: su cansancio se disipó.

—Usted hizo abatir al último de los dragones —masculló furioso, con desprecio—. Usted hizo masacrar a Erbrow.

Hubo un largo silencio. Rankstrail parecía avergonzado, pero no bajó la mirada.

—Yo te salvé —respondió con ardor—. Los salvé a todos. A ti y a los otros harapientos. Tenía orden de acabarlos, de hacerlos pedazos y los dejé escapar. Retrasé la orden de ataque para darles tiempo de ponerse a salvo en la garganta. Ataqué con retraso para darte tiempo de refugiarte. A ti y a los demás. No quería cargar en la conciencia a un puñado de andrajosos y les di tiempo de escapar... Tú me debes la vida.

—Usted no nos salvó la vida. Se limitó a no quitárnosla. Eran ustedes mismos quienes la estaban poniendo en peligro. Me parece que fue el último dragón el que salvó nuestras vidas. Por su culpa nunca más se abrirán las alas de un dragón sobre la tierra.

Yorsh se sintió abrumado por la ira y el desprecio. El recuerdo de Erbrow lo invadió. Hubiera querido golpear al Capitán, hacerle daño. El lobo lo percibió, había sentido el odio y la rabia en su voz y gruñó amenazante, pero el Capitán lo calló con una orden tajante. Hubo un largo silencio.

—Creo que tienes razón —dijo el Capitán.

Yorsh no esperaba esto.

—Creo que tú tienes razón —repitió Rankstrail, que al apartarse el cabello del

rostro con una mano lo ensució aun más de sangre, hollín y barro.

El Capitán tenía una herida en la muñeca de la que no se había percatado; no pareció muy interesado en el asunto. Vio también que estaba herido en el hombro y arriba de la rodilla y tampoco se preocupó por ello. En todas sus acciones había una cierta sensación de descuido por sí mismo y por su propia vida.

—Sé que tienes razón —continuó—, y lo peor es que también en ese entonces, esa noche, lo sabía. Decidí trabajar como Mercenario porque necesitaba el dinero y eso era todo. No había pensado en que estaba vendiendo mi espada y que eso puede significar vender el alma. Aquella noche no sabíamos qué hacer. Nos habían dicho que ustedes eran el enemigo. La orden era exterminarlos y no acatar las órdenes implicaba perder la vida de mis hombres. Pero eran niños, un montón de niños, una niña con una corona en la cabeza, mendigos, harapientos, viejos... No sabíamos qué hacer. Abatimos al dragón y dijimos que todos habían quedado sepultados por el deslizamiento... Parecía una idea sensata... Nunca los persiguieron porque dijimos que todos estaban muertos. Tú no entiendes: no era solo la vida de mis hombres la que estaba en juego. También estaba en juego la de los hermanos y padres de algunos de los soldados que vivían en Daligar, la de las mujeres y los hijos de algunos soldados, así fuera prohibido tenerlos, que vivían en el Condado. El Juez podía ponerles las manos encima a todos ellos. Había que salvar a los parientes de los hombres que provenían de Daligar.

—Capitán —lo interrumpió Yorsh, sin amargura, casi con dulzura—, precisamente porque las mismas familias de sus propios hombres fueron tomadas como rehenes... ¡Capitán! Usted pelea para un monstruo.

El Capitán parecía gesticular con dificultad, como si por un segundo le hubiera faltado el aire.

—Lo sé —respondió al final—. Desde hace diez años lo sé y diez años son demasiados, pero los Orcos son peores que el monstruo para quien peleo, ¿y de qué otra forma podría detenerlos, sino combatiendo por Daligar?

El lobo ladró bajito y posó el hocico contra la mano del Capitán, que lo acarició.

Rankstrail y Yorsh se miraron.

Yorsh tuvo que hacer un esfuerzo para no conmovirse frente al otro, el asesino de Erbrow.

Quien asume la responsabilidad del mundo no merece ser despreciado, nunca. El Capitán se había equivocado, quizá el suyo había sido un trágico error o quizá solo la elección de un mal menor... Quizá el dolor que había evitado en los años en los que había sido el único defensor de los desesperados era un valor único...

Yorsh recordó que en la torre sobre el mar, que albergaba buena parte del conocimiento y de la memoria de los seres vivos, había una historia sobre la vida de Sire Arduin escrita por él mismo: al ver al Capitán se dio cuenta de que

probablemente los dos se asemejaban. Para Yorsh fue una prueba dura no conmoverse ante la desesperación del Capitán, ante su barbarie y en un momento dado ya no resistió más.

—Bien —prosiguió cortante, pero amable—, dado que usted está en ánimo de recapacitar, ¿podría tener la cortesía de no seguir tratándome como si fuera su caballo o su perro?

El Capitán se quedó perplejo. Sus ojos siguieron vagando en los de Yorsh sin que ningún destello de comprensión viniera a iluminarlo. Finalmente entendió.

—Tú... es decir... usted. Yo... usted. Excuse, es la costumbre. Yo les hablo así a mis hombres... por supuesto tiene razón... es la costumbre, pero usted tiene razón: usted conoce el nombre de su padre y no es un Enano salido de una mina, ni un condenado bajado del patíbulo...

Yorsh lo interrumpió.

—Perdóneme, Señor, si tengo la descortesía de adoptar la posición de maestro, pero nadie en el mundo, excepto los niños cuando están muy pequeños, o aquellos que son nuestros amigos o nuestros hermanos, merece que uno se dirija a ellos sin que nuestro discurso demuestre el respeto absoluto que les tenemos. Con mayor razón si se trata de alguien que piensa que no merece ese respeto. Cada quien es lo que piensa que es, y como no es sencillo saber lo que somos, lo deducimos por la mirada del otro, por la entonación de quien nos habla. Lo que excluye a sus hombres de la nobleza que le corresponde a su existencia no es la miseria de sus orígenes, la tragedia de su nacimiento, los estigmas horrendos que los verdugos les dejaron en la carne, sino las palabras que se dirigen entre ellos, al igual que las palabras que ellos esperan que les sean dirigidas. Los Enanos, todos, descienden de los antiguos y magníficos señores de las entrañas de la tierra, y aunque ahora los han reducido a la esclavitud y la miseria, siguen siendo los herederos de estirpes insignes. Los Hombres, todos, descienden de un hombre y de una mujer que en el amor o en el odio, en la ternura o en la crueldad, fueron unidos por los Dioses que lo permitieron, y también ellos, todos, son sagrados. Los que desconocen el nombre del padre podrían, por lo tanto, ser hijos de un Rey o, más fácilmente, de un dios. Existen creencias arcaicas, antiguas historias que narran que cada vez que Aquel que generó el universo y la vida desea hablar le encomienda el mensaje a un hijo sin padre, porque los hijos sin padre son hijos de la vida misma. Hábleles a los harapientos y a los réprobos con la misma cortesía y con las mismas palabras con la que le habla a un Rey y el mundo reencontrará la justicia por sí mismo, sin necesidad de ensangrentarlo. Las palabras pueden ser más importantes que las cosas que nombran y pueden modificarlas. Entiendo que su reprimenda la generó el temor de que mi vida pudiera peligrar, pero nunca más trate a sus soldados de brutos o mezquinos y jamás llegarán a serlo.

Yorsh levantó los ojos hacia Varil. Al parecer el lugarteniente de Rankstrail había logrado abrir una de las esclusas y el nivel del agua, aumentado bruscamente, estaba apagando el incendio de la parte externa de la ciudad. Grandes volutas de humo comenzaron a velar la luna. Se sentía partido en dos. Debería sentir odio por el asesino de Erbrow, pero no conseguía odiar al Capitán. Era insoportable. Tenía que irse de allí. Quería regresar a casa.

—¿Los familiares de sus hombres aún son prisioneros del Juez? —preguntó con preocupación.

El Capitán sacudió la cabeza. Casi sonrió.

—Están a salvo. Tuvimos años de tiempo.

—¿Todos?

—Todos.

Luego el Capitán perdió la sonrisa y una angustia sombría le atravesó la mirada.

—Yo detendré a los Orcos —prometió Rankstrail—. Los detendré, los destruiré. Los arrojaré dentro de las tierras inmundas de donde vienen, a todos, hasta al último. Yo los aplastaré. Los haré pedazos, cada uno más pequeño que un huevo. No tendré piedad. Jamás.

—No —dijo Yorsh.

—¿No?

—Ellos, los Orcos, quiero decir, son personas.

Rankstrail lo miró largo rato. Luego su mirada dejó el rostro del joven Elfo y divagó por las empalizadas de los Orcos con las cabezas amputadas encima.

—No es fácil explicarlo. Yo creo que la crueldad de ellos comienza con el destino miserable de sus madres. En el mundo de los Orcos una madre es solo el medio que usa un guerrero para fabricar otro guerrero. El dolor que experimentan las madres se transforma en la crueldad de los hijos.

Yorsh se interrumpió. La mirada del Capitán estaba totalmente extraviada. De hecho, todo el discurso que estaba articulando carecía de sentido. Lo único que el Capitán podía hacer era enviar a los Orcos a sus tierras nuevamente, y ya eso sería una grandiosa hazaña.

El Capitán tragó, extendió los brazos.

—Combatiré por usted y moriré por usted cuando me lo pida... —garantizó con seriedad.

—Gracias, no es necesario que se moleste —respondió Yorsh—, no tengo intención de hacer ninguna guerra. Basta con que continúe la suya y así yo podré regresar a casa.

—Sí, pero ustedes ya están en guerra, todos —dijo el Capitán—. Usted y su gente están en peligro. Dijimos que habían muerto bajo el derrumbe. Ahora saben que no es verdad. Usted regresó para salvar la ciudad. Salvó a mi gente, y sin embargo con ello

puso en peligro a la suya. Al venir a salvarnos de los Orcos le demostró al Juez que está vivo. Esa especie de asqueroso individuo que lo denunció...

—¿Moron?

Yorsh estaba casi anonadado. No se le había ocurrido que podía poner en peligro a Robi y a su hija. En su abismal ingenuidad, por no decir imbecilidad, la idea no se le había cruzado por la mente.

—Moron habló de una aldea que prospera... irán a destruirlos...

—Pero ¿por qué? No le hemos hecho mal a nadie... Solo escapamos...

—Lo sé, lo sé, pero hasta que no lo hayan atrapado no se detendrán. Váyase ahora, regrese con los suyos. Protéjalos. Nosotros nos encargaremos de esto. Gracias a usted hemos vencido.

El Capitán se dio vuelta y llamó a uno de sus hombres para que recuperara el caballo de Yorsh. Enstriil no estaba muy lejos: estaba pastando entre los almendros.

Yorsh miró al Capitán.

—Capitán —le dijo con serenidad—, es una leyenda que los Elfos pueden leer los pensamientos de los hombres y es una de las causas por las que estos los odian. No puedo leer los pensamientos, pero siento las emociones cuando son fuertes: siento el miedo. Esa noche, cuando huimos y mi hermano dragón fue abatido, había dos tropas: una, que ahora sé que era la suya, y otra, mucho más numerosa, detrás de usted, conformada por caballeros con corazas centelleantes, montados en caballos muy bellos. Le aseguro que estos estaban aterrorizados... El miedo era tan fuerte que parecía un olor...

—¿Sentían terror de usted? —preguntó Rankstrail—. ¿Del dragón?

—No, de ustedes. La mezcolanza de armada que tiene es aterradora. Esta noche lo vi combatir. Nadie puede oponerles resistencia; con toda certeza, no esos caballeros que tenían a sus espaldas en la garganta de Arstrid, así fueran numerosos y estuvieran bien armados. Lo sé por el miedo que tenían. Capitán, el que tiene la fuerza para impedir las injusticias y no la ejerce se convierte en el responsable de esas injusticias. No le perdonaré la muerte del último dragón porque esa noche nadie podía obligarlo a hacer nada, porque esa noche nadie era más fuerte que usted. No haberse dado cuenta de ello es su deshonra. No lo repita.

Se quedaron mirándose. Más que ofendido o airado, el Capitán se sentía atónito y adolorido.

—Ahora voy a salvar a mi familia y a mi gente —agregó Yorsh—. La niña de la corona, como usted la llamó, ya no es una niña y hace tres años es mi esposa. La peor pesadilla para mí es que ella y mi hija puedan correr peligro. Capitán.

Se despidió y subió a la grupa de Enstriil.

—No puede irse solo. Creo que hay bandas de Orcos por toda la llanura. Lo harán pedazos.

—¿Cómo? —preguntó Yorsh con un vago destello de cortés arrogancia—. Soy capaz de prenderle fuego a la hierba, de desviar las flechas y hacer incandescente la empuñadura de cualquier arma.

El Capitán lo miró, luego asintió y finalmente lo saludó con una ligera reverencia.

Yorsh se alejó en la noche.

Había vencido.

Estaba desesperado.

Tenía que regresar con su gente lo más pronto posible.

Mientras se alejaba sintió todavía la voz del Capitán:

—Si alguna vez necesita mi espada, ahí estaré.

Lo había dicho en voz baja. A pesar del galopar de Enstriil y el ruido de los incendios, Yorsh de todos modos lo escuchó y, después de escucharlo, por un segundo se le ocurrió que quizá el otro, en la garganta de Arstrid, también había pensado cambiar el cargo de Capitán de la caballería ligera por el de condenado al patíbulo con tal de salvarlos, y que no lo había hecho para no dejar las tierras atormentadas sin la protección de los únicos guerreros que podían defenderlas.

No podía reprocharle al Capitán el crimen, el deshonor de no haber atacado a la Caballería Oficial de Daligar; de no haber tomado el mando del Condado, dejándolo en manos de un loco.

El Capitán era un Mercenario. Sus hombres eran guerreros formidables, pero también eran renegados, sobrantes de prisión extraídos de los patíbulos, Enanos sacados de las minas e hijos sin padres, acostumbrados al desprecio.

Para un hombre que no pertenecía a la aristocracia era demasiado alto el riesgo de desencadenar él solo una guerra civil aterradora y devastadora que hubiera debilitado adicionalmente el frente de los Hombres en un momento en el que los Orcos estaban encima.

El jefe de los Mercenarios no era ni indigno ni vil.

El sacrificio de Erbrow los había salvado a todos. Los había salvado tanto a él como al Capitán, a los fugitivos y a los Mercenarios que, por lo menos, los habían dejado escapar.

Capítulo 24

Cuando la palabra «Elfo» comenzó a propagarse entre sus hombres, peligrosa y maligna como las llamas que habían saltado entre los haces impregnados de aceite en la pira de los Orcos, el Capitán habló con la brutalidad del miedo, con la crueldad que dicta el terror.

Había ya perdido el control de su armada en la garganta de Arstrid cuando el último de los dragones había llenado la luz de la luna con la magnificencia de su último vuelo, y no quería repetir la experiencia. El odio contra los Elfos era fuerte, arraigado, atávico. Cuando la palabra «Elfo» resonó malévolamente, incluso el recuerdo de haber cabalgado con el Elfo y haber sentido en el rostro el mismo viento que sentía el suyo, fue abandonando a los hombres. En una multitud de personas armadas el odio puede dispararse de un momento a otro para difundirse y explotar descontrolado, imprevisible, feroz y letal. Solo el pequeño grupo de la primera fila de la caballería ligera presenciaba lo que había sucedido sobre la pira y Rankstrail ni siquiera estaba seguro de que lo hubieran comprendido. El miedo de que sus hombres pudieran hacerle daño al Príncipe de los Elfos, en un momento en el que parecía completamente desarmado, era real.

Sintió un momento de alivio al ver que el Elfo se alejaba en la oscuridad.

Lo sabía en camino a socorrer a su gente y lejos de las alabardas de sus propios hombres.

El Capitán regresó a las murallas de Varil. Le ordenó a Lisentrail dejar a la mitad de los hombres patrullando la parte externa de la ciudad. Apenas terminó de dar la orden la repitió, pero esta vez le antepuso la palabra «Señor» al nombre del otro y se cuidó de tratarlo de usted, forma de cortesía que hasta ese momento había reservado solo para sus superiores, aunque estos fueran de una cobardía, una crueldad y una estupidez abismales, como Argniolo.

El Cabo lo miró con una dolorosa sorpresa, y mientras se alejaba, Rankstrail lo escuchó resumir la situación explicándoles desconsolado a los otros hombres que el Elfo había hecho uno de sus hechizos. Vencer sí, habían vencido, pero el Capitán se les había embobado.

* * *

Rankstrail entró a través de la puerta medio quemada del Anillo Externo. En el suelo, el agua que había apagado el incendio formaba un pantano espeso, lleno de cenizas. Las puertas del Anillo Intermedio estaban quemadas. Las de la Ciudadela

habían resistido. Se abrieron ante el Capitán y este entró entre aclamaciones y gritos roncacos de alborozo. Los cuernos de la Ciudadela sonaron.

En una sola mañana hasta el último hombre de la infantería y de la caballería del ejército oficial había sido masacrado; no obstante, la ciudad aún contaba con hombres armados. Habían quedado los arqueros del Príncipe Erik y los soldados de guardia en las murallas. Fueron ellos los que les abrieron las puertas a los recién llegados y los recibieron. Arriba en los bastiones, un grupo de arqueros y civiles con armas improvisadas perseguían a los últimos Orcos. Estos habían quedado bloqueados dentro de la ciudadela por el incendio que ellos mismos habían provocado. El fuego, que debía haber sido un triunfo para ellos, se convirtió en cambio en su propia trampa mortal.

Rankstrail reconoció una buena parte de los civiles que combatían usando los hocinos como alabardas y los cuchillos de cocina como espadas: eran los hombres y las mujeres de la Montaña Partida. Venían de los Confines de las Tierras Notas. Era la gente que él había arrastrado a salvo durante la terrible marcha de acercamiento, la gente a quien le había enseñado a combatir. Ellos les enseñaron a los demás. Gracias a ellos, los pocos arqueros del Príncipe Eric habían defendido la Ciudadela. Lo reconocieron y lo aclamaron. Vinieron a abrazarlo y lloraron de alegría al verlo.

Les lanzaron flores al pasar: eran espigas de lavanda, secas y tiznadas. Era la primera vez que esto le ocurría a la armada de los Mercenarios.

Dos aristócratas con insignias de oro de oficiales, sucias de hollín y de sangre, los vieron en ese momento y los aclamaron.

Seguidos por los gritos de júbilo de un pequeño grupo de personas, se presentaron como el Príncipe Erik, hijo de Erktor el Comandante de la ciudad asesinado por los Orcos, y su primo hermano Paolk.

Rankstrail también se presentó a sí mismo, a su hermana Flama y a Lisentrail, a este, en honor a Yorsh, lo llamó señor Lisentrail, y lo calificó como su oficial superior. El Príncipe Erik los saludó con una pequeña reverencia. Lisentrail se quedó mirándolo durante un largo rato; estaba tan sorprendido que por una vez pudo mantener la boca cerrada. El Capitán se dio cuenta de que con esta extraña presentación había creado una equivalencia entre su armada y la del ejército de la nobleza.

—Señora —le dijo el Príncipe Erik a Flama—, quizá lo ignore, pero usted fue un ángel para los sitiados. No sabíamos si la joven que escalaba los bastiones con un vestido blanco y un arco en bandolera sin rendirse ante los Orcos era una visión o una joven de verdad.

Flama se ruborizó. No sonrió; por un instante su expresión le recordó la del padre. Matar debía ser más doloroso para ella que para Rankstrail y por ello no lograba sonreír, aun cuando el resultado había sido la victoria.

El joven arquero sonrió. Se parecía mucho a su madre, la Dama Lucila, que le había regalado un frasquito de miel a Rankstrail cuando era un niño. Se dirigió al Capitán.

—Señor —dijo—, agradézcale al Juez Administrador el haberlos enviado en nuestra ayuda. Algunos de nosotros, y yo tengo la vergüenza de contarme entre ellos, tuvimos la osadía de dudar de nuestro aliado...

—No fue el Juez Administrador el que nos envió —respondió con dificultad el Capitán. Le estaba confesando una insubordinación a un aristócrata. La tentación de callar fue fuerte, pero la fidelidad hacia Yorsh, reciente y sólida, se lo impidió—. Su duda no debe acarrearle vergüenza porque ninguna orden de socorro llegó por parte del Juez, ni hubiera llegado nunca. Fue el último de los grandes líderes élficos el que nos condujo hasta aquí para salvarlos. Sin él nunca nos hubiéramos enterado del asedio porque había sido ocultado; sin él nunca hubiéramos podido penetrar las líneas hasta aquí. Los cascos de nuestros caballos se hubieran hundido en el fango de los arrozales y nuestras almas se hubieran hundido en la vergüenza de la traición.

Las palabras del Capitán fueron recibidas por un silencio de asombro.

—Nosotros no amamos a los Elfos, Capitán. ¿No le da vergüenza confesar que acató las órdenes de uno de ellos? —preguntó con frialdad el primo del Príncipe, un joven rubio y delgado.

El Capitán lo miró. Era como hablarle a Argniolo: la misma arrogancia, la misma idiotez. La tentación de bajar la mirada y reasumir la posición de Mercenario y harapiento ni siquiera lo rozó: la fidelidad que le juró a Yorsh le señalaba el camino como ya antes lo había hecho la hoja reluciente de su espada.

—La vergüenza grave, incurable, indecente e intolerable es no lograr ni siquiera comprender a quién debemos agradecerle la salvación de nuestras vidas y nuestras tierras. Escriban el nombre del Elfo en los pergaminos, grábenlo en los muros y recuérdelo, porque sin él esta ciudad se habría convertido en fango, cenizas y arcos despedazados, un montón de ruinas donde los cerdos hozarían y los perros vagarían para descarnar los huesos calcinados por el fuego.

Lisentrail, detrás de Rankstrail, sofocó un gemido. El Capitán vio, por el rabillo del ojo, que Flama se llevaba la mano a la boca para sofocar otro. El Capitán sabía que estaba usando palabras y diciendo cosas que él, un Mercenario del Anillo Externo, nunca se hubiera atrevido ni a pensar frente a los aristócratas. Sin embargo, así como se había atrevido a enfrentar a Argniolo por Lisentrail, por Yorsh estaba dispuesto a enfrentar hasta los mismos Demonios o a los mismos Dioses.

El Príncipe calló a su primo con un gesto brusco y luego le agradeció al Capitán el haber venido a salvar a la ciudad.

No había en él ni la más mínima traza de desprecio o de altivez. Estaba conmovido y no hacía nada para ocultarlo. Hasta el atardecer habían creído que esa

sería la última noche de sus vidas; él, el Capitán, había llegado a traerles el regalo de otro amanecer y si lo había hecho gracias a un Elfo, la gratitud de la ciudadanía sería para ambos.

El Príncipe Erik habló de la ciudad asediada, de la llanura invadida, de las aguas del Dogon rojas de sangre y desesperación. La ciudad había sido abandonada. No había quedado ningún ejército para protegerla y ningún ejército había ido a brindarle ayuda. Encerrados en la Ciudadela se estaban disputando los últimos frijoles con gusanos. No había más agua para lavar a los heridos, ni más vendas. No tenían más flechas para lanzar: sacaban de los cadáveres las flechas de los Orcos. No quedaban ni siquiera más lágrimas para llorar a los muertos. Si nadie hubiera llegado en su ayuda, la ciudad hubiera perecido antes del siguiente amanecer. Rankstrail se permitió sonreír. El Príncipe le recordaba a su madre, la Dama. Su sencillez era tan grande que Rankstrail se atrevió a decirle que había tenido el honor de conocer a su madre: ella le había regalado un frasquito de miel la víspera del nacimiento de él, que coincidió con el nacimiento de Flama. Los ojos del Príncipe se llenaron de lágrimas y Rankstrail se excusó por haberle recordado el dolor de no haber conocido a su propia madre, pero el Príncipe lo interrumpió e incluso se lo agradeció. Hasta pocos instantes antes estaba convencido de estar condenado a muerte al igual que su ciudad. Sin embargo, la vida y la salvación habían llegado traídas por un ejército que no esperaba, guiado por un salvador invencible que le relataba un recuerdo de su propia madre y que venía acompañado de una jovencita que compartía el día de su nacimiento.

Erik pertenecía a la aristocracia y parecía además un buen combatiente.

Rankstrail pensó que finalmente había encontrado a alguien que fuera al mismo tiempo capaz y cuerdo.

Estaba a punto de ponerse a sus órdenes, como le correspondía a él, Mercenario y jefe de los Mercenarios, frente a un hombre de la aristocracia, cuando las palabras de Yorsh resonaron en su mente: «Usted es el más fuerte... El que tiene la fuerza y no la usa...».

La llanura estaba invadida, el asedio había sido roto: la guerra apenas comenzaba. En este momento el mando debía quedar en manos del más capaz y, le gustara o no, andrajoso o no, el más capaz era él.

La última armada que quedaba era su mezcolanza de sobrantes de prisión y él era su Capitán.

Quizá el Elfo tenía razón: quizá en ese momento su deber era dar órdenes, no recibirlas de nadie. Se dio cuenta de que gracias a Yorsh, al deseo de no traicionar sus recomendaciones y a la voluntad absoluta de respetar la fidelidad que le había jurado, se había comportado hasta ese momento como un oficial de igual rango y como tal lo habían aceptado. Era el comandante del único ejército existente y era un ejército que

no recibía órdenes de nadie, solo de él.

Retomó la palabra.

—La ciudad todavía no es libre —respondió—. No lo será realmente hasta no liberar la llanura. Esta noche despejaremos la Ciudadela y mañana al amanecer saldremos a enfrentar a las bandas de Orcos allá afuera. Reemplacen las armas y los yelmos que puedan ser reemplazados. Reúnan aquí, antes del alba, a todos los hombres que estén en capacidad de combatir para contarlos y determinar lo que haremos.

El joven aristócrata asintió. No se airó, no se indignó; por el contrario, tanto él como los otros arqueros parecían radiantes de alivio.

Por fin había alguien que sabía qué se debía hacer.

Rankstrail estaba tan sereno como cuando jugaba dados con Lisentrail. Tenía que organizar el contraataque y liberar a su tierra de los Orcos.

No parecía una tarea de una dificultad tan insalvable. Por primera vez no tendría que recoger flechas despuntadas para tener algo para arrojar. Por primera vez tendría una cuadrilla de armeros, herreros y carpinteros a su disposición cuyo único objetivo en el mundo sería simplificarle la vida. Al ver las pérdidas sufridas por los Orcos y la armada que estaba congregando, pensó que quizá por primera vez no tendría que pelear contra un enemigo mucho más fuerte, sino solo un poco más numeroso.

—Tenemos que atacar —repitió—, atacaremos al amanecer porque es la última cosa que ellos esperan.

—¡Pero, Señor! —exclamó el primo hermano del Príncipe Erik, pronunciando el «Señor» con una lentitud tal que se hizo evidente su intención irónica—. Creía que era impensable atacar por sorpresa. Entiendo que una verdadera armada siempre anuncia, con la debida anticipación, cuándo dará la batalla, y se forma.

El Príncipe Erik parecía furioso.

Rankstrail no se descompuso.

—Antes de que caiga el sol —explicó imperturbable—, saldré de la ciudad e iré a la llanura donde todavía las cabezas de los hombres, mujeres y niños están en picas de los Orcos y destruiré al enemigo que se divirtió quemando, mutilando y matando. Antes de que salga la luna de mañana la llanura será libre y los campesinos sabrán que ya nadie podrá devastar su vida y sus casas. Si para lograrlo tengo que derramar la sangre de mis hombres, lo haré, y si junto a la sangre de mis hombres lo que queda del honor de ustedes ha de terminar en el polvo, también lo sacrificaré.

—Señor mío —refutó furioso el primo hermano del Príncipe Erik—, creía que hacíamos la guerra para demostrar nuestro valor y conquistar nuestro honor.

—Le informaron mal. Los objetivos de un soldado son demasiado altos como para que pueda perderlos de vista por estar cuidando de minucias tales como el esplendor de su propio nombre. Los objetivos de un soldado son detener a los Orcos

porque son ellos los que se divierten degollando, decapitando y matando, son ellos los que masacran a los niños y ríen al hacerlo; y cada instante que no utilicemos para combatirlos y abatirlos nos hace cómplices de crímenes que pudimos haber evitado y no evitamos. La tarea de un soldado es reconquistar los pastos donde las vacas puedan pacer y donde los pastores no sean saqueados ni asesinados. La tarea de un soldado es combatir para que los campesinos puedan tener algo qué cultivar y una tierra dónde cultivarlo.

—La ciudad está sitiada por los Orcos y la época de la cortesía terminó.

—No se combate por el propio honor. La guerra es sin duda la menos honorable de las acciones posibles. El honor radica en morir y luchar sólo para que la guerra se termine y nunca más sea necesario volver a hacerla. El honor radica en comprender cuándo es necesario hacer la guerra y parar cuando es posible detenerla.

—Salgamos y venzamos. El ejército atacará las líneas al norte para liberar las aldeas y las granjas de los arrozales. Llevaremos a los habitantes dentro de las murallas: es muy difícil proteger sus granjas y además, una vez que los campos se inundan, ya no será posible llevar a cabo ninguna labor agrícola. Todas las cabezas de ganado, hasta el último pollo, deben estar dentro de las murallas antes del atardecer; luego abriremos todas las esclusas y aislaremos la ciudad. Los carpinteros deben ponerse a trabajar de inmediato, hay que reconstruir las puertas del Anillo Externo antes de mañana...

—Eso no es posible... —objetó alguien.

—Estoy seguro de que los carpinteros lo lograrán y estoy seguro de que en las pocas horas que nos separan del alba los forjadores fabricarán las flechas que nos falten. Entre tanto, enséñeles a tensar un arco a todas las mujeres que tengan suficiente fuerza para hacerlo. Príncipe Erik, mi hermana le ayudará. Ella sabe pelear y les enseñará a las demás mejor que un hombre. Las mujeres estarán sobre los bastiones y la ciudad no quedará desguarnecida cuando salgamos a la llanura. Quizá no tendrán muy buena puntería debido al escaso entrenamiento, pero harán volumen y será igualmente útil.

—¿No querrá que las mujeres también combatan?

—Combatirá todo aquel que sea capaz de hacerlo.

—Claro, ¿por qué no? —preguntó Paolk exasperado—. ¿Por qué no ponemos también a los viejos y a los niños a tirar piedras y a vaciar agua caliente?

—Buena idea, también lo haremos —repuso el Capitán impassible.

—¿También tendremos que usar corazas hechas con placas de cuero y hierro como ustedes y como... los Orcos? —se oyó una voz.

—Por supuesto —replicó Rankstrail—, por dos motivos. O mejor, ahora que lo pienso, por tres. Tanto nosotros como los Orcos llevamos estas corazas porque no impiden los movimientos: son lo suficientemente livianas para permitirnos marchar

durante horas sin cansarnos. El segundo motivo es que, al no brillar bajo el sol, no atraen las flechas y no se vuelven incandescentes. Y hay una tercera razón: no me gustan las armaduras con garabatos de oro y plata. Dan la impresión de que la guerra es una especie de fiesta y esto es un concepto digno solo de Orcos. ¿Alguien tiene más preguntas?

Nadie tenía nada que preguntar.

El Príncipe Erik le aseguró a Rankstrail que respondería con su vida por la seguridad de la espléndida dama cuyo coraje y valor solo podían ser igualados por las hazañas de las antiguas soberanas. El Capitán tardó unos segundos en entender de qué dama hablaba, tan increíble era que usara esa palabra para referirse a su hermana Flama. Por el rabillo del ojo la vio esconder las manos rojas de lavandera entre los pliegues de su falda, pero luego la vio sacudir la cabeza, sacar las manos de nuevo y ponerlas en el arco frente a ella, donde todos las pudieran ver. Entretanto su mirada y la del Príncipe Erik se encontraron.

Después de haber dado las órdenes necesarias para que las disposiciones del Capitán fueran ejecutadas de inmediato, órdenes que todos, incluso Paolk, siguieron sin titubear, el Príncipe les explicó que ahora debían darles refugio a los habitantes del Anillo Externo, desplazados por el incendio, en donde fuera posible: en las casas, en campamentos en las huertas, sobre los techos, en los jardines. Él, el Príncipe Erik, se sentiría honrado de poder hospedar a los parientes del Capitán en su casa de familia. Rankstrail lo miró perplejo: le parecía arriesgado, por no decir idiota, tener a un hombre joven y a una muchacha en la misma casa, sobre todo cuando el hombre pertenecía a la aristocracia y la muchacha era una lavandera, pero no se le ocurrió ninguna manera decente de decirlo.

Rankstrail envió a Lisentrail a la Puerta Externa con la orden de reunir a todos los Mercenarios, buscar los caballos dispersos y pedirle a Trakrail que curara a las personas con heridas leves, mientras que las más graves serían atendidas en la Ciudadela.

Con la ayuda del Príncipe, Rankstrail y Flama pudieron hallar a su padre y a Borstril. Estaban bien: tiznados y con tos, pero en buen estado de salud. El padre lo abrazó un rato tan largo que a Rankstrail le costó mucho encontrar la fuerza para despegarse. Los ojos de Borstril chispeaban de admiración en medio del hollín que le cubría el rostro.

Rankstrail dejó a su familia con el Príncipe Erik y se dirigió hacia el Anillo Externo. Regresó al lugar en donde había estado su casa. Solo quedaba una viga ennegrecida que despuntaba de las murallas. La lápida de la tumba de su madre era apenas reconocible, mientras un cerezo silvestre, que salía oblicuo de las piedras de los murallones, resistía impávido.

Rankstrail se encaminó hacia la Puerta Grande cuyos restos aún ardían

incandescentes. Una figura se le paró en frente con un arco en la mano y la flecha ya cargada. Era uno de sus hombres y Rankstrail le preguntó a qué Orco perseguía.

—Te sigo a ti, Capitán —respondió el otro.

En el ardor de la victoria se había olvidado de Siuil.

Olvido grave, dado que había tenido la arrogancia de pensar que podía viajar sano y salvo con un traidor en su séquito.

—El Juez me dijo que saldara cuentas contigo, si lo traicionabas.

—Según tu Juez, ¿vencer a los Orcos es una traición?

El Capitán miró la silueta oscura de Siuil contra la luz argéntea de la luna y la luz dorada de los incendios. No podía hacer nada para evitar la flecha que estaba por clavarse en su corazón indefenso, sin coraza. Sin embargo, extrañamente, no tenía miedo alguno.

Sin estupor vio a Siuil caer al piso.

—Con su permiso, Capitán —masculló una voz.

Era Nirdly el Enano, seguido de Lisentrail. Era el hacha de Nirdly la que se había abatido sobre Siuil. Lisentrail tenía la espada empuñada, pero no había tenido tiempo de usarla.

—Con tu permiso, Capitán —hizo eco—. Sabemos que nadie debe tocar a tus hombres, pero este jamás en la vida fue un hombre —sonrió y añadió—: Además, así finalmente dejó de sufrir.

El Capitán asintió en silencio y se dijo que, tarde o temprano, tendría que hacer las cuentas del número de veces que Lisentrail le había salvado la vida. Miró la figura del muerto y por fin supo cuál era el sufrimiento en el que Siuil se había considerado siempre experto, otorgándoles el rol de diletantes a todos los demás, incluso a los que ya habían conocido las minas o al verdugo o que, como Trakrail, habían visto a su madre morir en la hoguera acusada de brujería, que a menudo era la retribución que se les daba a las mujeres curanderas. La de Siuil era la envidia sombría y voraz, el resentimiento sordo e insanable de los mediocres de por vida contra la injusticia de la existencia. Finalmente comprendió por qué el Juez Administrador odiaba a los Elfos. Finalmente comprendió por qué él mismo había sido entregado al verdugo. El Juez escondía su abyecta mediocridad revistiéndola de crueldad, ya que no sabía cómo más ocultarla. Lo había puesto en las manos del verdugo porque le temía; no lo había hecho matar para no quedarse sin protección contra los enemigos que el Capitán podía combatir en su lugar, o quizá para no tener que confesarse ese miedo ni siquiera a sí mismo.

De repente dos extrañas figuras remontaron los restos de la Puerta Externa. Dijeron llamarse Meliloto y Paladio y haber venido a pelear por la ciudad, pero un poco, probablemente en realidad solo si era necesario, pues eran padres de familia. Y también abuelos. Rankstrail los reconoció como habitantes del Anillo Externo.

Recordó en qué punto de la Ciudadela había visto a sus familias y se los dijo.

Capítulo 25

Yorsh cabalgaba como el viento. Los arrozales se apartaban bajo los cascos de su caballo.

Los garzones levantaban el vuelo a su paso y luego se posaban. Amaneció.

Pese a que solo paraba lo necesario para que el cansancio no hiciera estallar el corazón de Enstriil y a que sostenía la carrera de sus cascos con toda la fuerza de su voluntad, Yorsh tardó un día y una noche en avistar la garganta de Arstrid. La campiña a su alrededor estaba llena de muerte. Atravesó Olearia, una gran e ininterrumpida extensión de viñedos que bordeaba la región al occidente y que reconoció por lo que había leído. Eran vides singulares, bajas, casi acurrucadas en el suelo para crecer protegidas del viento: le daban al paisaje un aire doméstico como una gran extensión de cestos verdes dispuestos en hileras de manera ordenada. Así, protegidos, se dejaban marchitar los racimos en la planta para poder producir un vino particular, precioso y dulce que era el orgullo de este territorio.

Las granjas habían sido quemadas. Las casas de campo estaban atestadas de Orcos, pero ninguno de ellos pudo capturarlo ni tampoco obstaculizarle el paso: por lo general estaban dormidos, casi siempre ebrios u ocupados tratando de matarse entre ellos. Nadie se percataba de su presencia con la anticipación suficiente para organizar cualquier cosa que no fuera lanzarle algún dardo inútil o un insulto igualmente inútil en una lengua áspera que hasta para él era oscura.

Luego, de repente, se acabaron los Orcos. Como antes se lo subrayaron Meliloto y Paladio, en la llanura de Varil había Orcos por doquier, mientras que en el Condado de Daligar no había ni uno: se acababan bruscamente en los límites.

El sol estaba alto y los campos se alternaban con las huertas de frutales. Las únicas desgracias que parecían haberse abatido sobre las tierras del Condado eran el descuido y la miseria habitual. Niños demacrados acompañaban algunas pocas e infelices cabras; sobre la llanura se levantaban cabañas miserables de troncos y barro. Cada vez que Yorsh veía a alguien se detenía para dar la alarma sobre los Orcos y su inminente invasión: a lo largo de la frontera no vio ninguna patrulla para avistar al enemigo ni tampoco un solo hombre armado; de hecho no había ni un alma. Era un milagro que los Orcos no hubieran llegado ya.

La mayoría ni le respondió. Los que lo identificaron como Elfo le arrojaron una que otra pedrada aun menos peligrosa que las flechas de los Orcos y una serie de injurias, esta vez en una lengua inteligible.

Un viejo leñador se encogió de hombros y fue lo suficientemente cortés para comunicarle que ya los heraldos del Juez Administrador habían pasado para explicarles que los Orcos no eran un peligro, porque se había empleado la doplaramia, que significa que se habían puesto a hablar juntos...

—¿Diplomacia? —preguntó Yorsh.

Sí, esa era la palabra. Quería decir que habían hablado con los Orcos, que en el fondo eran buenas personas como lo había dicho el Juez, y que ahora los Orcos se habían vuelto incluso más buenos y no le arrancarían ni un pelo a nadie.

—¿Buenas personas? —preguntó Yorsh, perplejo.

Claro, buenas personas; naturalmente, si uno les hacía la guerra, ellos también se enojaban, pero el Condado tenía la diplo... doplo...

—Diplomacia —sugirió Yorsh de nuevo. Ya no le cabía duda alguna sobre quién y a cambio de qué les había vendido a los Orcos Varil y sus habitantes, entregándoles a sus comandantes los planos de las esclusas y las instrucciones para manejarlas.

—Diplomacia, sí, esa es la palabra. Nosotros los de Daligar no somos gente que nos guste hacer la guerra como a los demás. Nosotros hablamos con los Orcos y los Orcos ahora son buenos y ya no hay ningún peligro y nadie tendrá que escapar. Es más, también obtuvimos los viñedos como ganancia.

—¿Cuáles viñedos?

—Los de Olearia. Siempre han sido de Varil, pero ahora serán nuestros, del Condado. Cosa nuestra, ¿entiendes? Es justo que también nosotros los del Condado comencemos a tener un poco más de espacio. En una época fuimos mucho más grandes: lo dijo el Juez que sí ha estudiado historia. Los de Varil siempre han sido unos pretenciosos y siempre nos han mirado como si fuéramos cucarachas. Con esto se calmarán y se les bajarán los humos. Los viñedos serán nuestros. Ya basta con eso de nunca tener nada. Ya se están organizando las familias que vivirán allí. ¿Ves qué buena persona es el Juez? Así seremos más grandes y más ricos, ya era hora. ¿Has entendido? Bien, ¿te quieres ir por las buenas o tengo que agarrarte a golpes de hacha?

Yorsh había comprendido; el Juez Administrador, en su abismal maldad, en su infinita pusilanimidad y en su ilimitada imbecilidad, había intercambiado la muerte de Varil por la incolumidad del Condado, y había adicionado además una discreta ganancia territorial: los viñedos que bordeaban los arrozales por el occidente. Los granjeros masacrados no iban a ser reemplazados por los Orcos sino por hombres del Condado; así comenzarían a ponerse en marcha la grandeza y el esplendor que el Juez siempre había prometido y que hasta el momento se había dispersado en una miseria profunda.

El tratado de alianza que desde hacía siglos ligaba a Daligar y a Varil había sido pisoteado, y hasta un niño podía comprender que si las dos ciudades juntas podían resistir cualquier invasión, separadas estaban perdidas. La caída del Condado solo se postergaría, era cuestión de tiempo. Después de haber destruido la Ciudad Garzón, sin prisa, con toda comodidad, los Orcos irían a masacrar la Ciudad Puerco Espín. Se preguntó en qué libro de historia habría estudiado el Juez Administrador, pues parecía

ser el único en el mundo que no sabía que los Orcos jamás, en toda la historia, habían respetado un tratado.

Yorsh se dio cuenta de que la liberación de Varil sería interpretada por los Orcos como un rompimiento del acuerdo. Expulsados por el terrible Capitán Rankstrail, el ejército de los Orcos no vacilaría en agredir a Daligar. De un momento a otro se sublevarían. Tenían solo unos pocos días para que la gente dejara las casas, los campos, las huertas tísicas y fuera a refugiarse con sus raquílicas cabras dentro de las murallas de Daligar o, por lo menos, justo afuera, a la sombra de los murallones compactos como rocas, plagados de espinas y de hombres armados que los defenderían.

Antes de irse, Yorsh le informó al leñador que él, el Elfo Maldito, digno de su fama, había hecho trizas la diplomacia del Juez. Había hecho que los Orcos volvieran a ser malvados y los había azuzado en su contra. Malvados era poco decir. Los había enfurecido, sublevado. Todos debían escapar, rápido, lo más deprisa posible ahora que tenían tiempo, ahora que tenían piernas para escapar y aliento para correr, porque de un momento a otro no lo tendrían más.

El leñador lo miró con todo el odio que la faz de un hombre puede contener; luego, sin siquiera perder tiempo para maldecirlo, se precipitó a llamar a los demás para reunidos. Después de algunos pasos se detuvo y se dio vuelta.

—¿Cómo hago para saber que no mientes? —preguntó, desconfiado.

Buena pregunta: era innegable que tenía cierta lógica elemental. Yorsh hizo que se le ocurriera alguna cosa, rápido.

—Los Elfos nunca mienten. Pueden hacer cualquier cosa menos mentir —respondió con garbo.

No era del todo una mentira, sino una verdad aproximada. Para un elfo, como para cualquier criatura que tenga un vínculo más directo con la mente de otras personas que el que une a las almas de los hombres, mentir era un esfuerzo penoso, pero en caso de que fuera absolutamente necesario, eran capaces de hacerlo.

—Ah —dijo el leñador todavía no muy convencido—. ¿Y ahora cómo hago para saber que no mientes?

—Un hombre que mintiendo afirma que no puede mentir está diciendo la verdad, y por consiguiente no es un mentiroso —respondió Yorsh.

Las palabras le salieron mecánicamente, sin pensarlas. Perteneían a un diálogo de una de las historias, más o menos insulsas, que le había leído y releído a Erbrow el Viejo durante los interminables años de la incubación. Esa historia también le gustaba a su hija: para la pequeña dormirse sin una historia era tan grave como renunciar a la cena. El recuerdo de Erbrow lo embargó y con él el miedo, el afán de irse y la impaciencia por el tiempo que tardaba el leñador en convencerse.

—¿Y qué diablos quiere decir eso? —preguntó el hombre—. Decir mentiras o no

decirlas no es una cosa que sea siempre igual, como el nombre o el color del cabello. ¿Qué tiene que ver? Uno dice mentiras o no, según le convenga o no. Uno no miente siempre. Mi vecino, el de la casa del lado, dice que no es cierto que sus malditas cabras se comen mis tomates, pero la verdad es que precisamente son sus malditas cabras las que se los comen; sin embargo, ayer dijo que hacía un día muy bonito y era cierto.

Era un hombre intransigente. Tenaz. O sencillamente un hombre dotado de muy poco cerebro.

—Según tú —preguntó Yorsh, exasperado—, en vista de que somos más poderosos y más malos que ustedes, ¿cómo hicieron para destruirnos?

—No lo sé —replicó el otro, pensativo.

—También nosotros tenemos un punto débil. No podemos mentir. Cuando le haces una pregunta a un Elfo, él debe responder. Por ejemplo, si le preguntas si está armado o dónde están los otros Elfos, él debe decírtelo. De otra manera, ¿cómo hubiéramos podido sucumbir?

El leñador se quedó pensando un rato largo, luego pareció convencido. Le lanzó algunas piedras y algunos insultos a Yorsh y después, por fin, se precipitó a dar la alarma. Mientras espoleaba su caballo, Yorsh oyó el sonido de los cuernos y el eco que se difundía de aldea en aldea.

Lo había conseguido.

Cuando los Orcos llegaran los estarían esperando solo cabañas vacías y quizá alguna que otra gallina incauta que se hubiera perdido entre los arbustos de saúco.

Yorsh corrió más y más, hasta el final del día y durante la primera parte de aquella noche interminable, en la cual la oscuridad y el miedo en su interior eran aun más tenebrosos que los del cielo.

El corazón de Enstriil pudo resistir. Mucho antes de las primeras luces del alba, la garganta de Arstrid apareció ante su vista iluminada por innumerables antorchas que brillaban en la noche. La caballería de Daligar, la de los guerreros de armaduras centelleantes y espadas de acero que no se partían, lo estaba esperando. Yorsh no se angustió mucho al verlos; de hecho su presencia fue casi un consuelo. Si estaban allí, significaba que no habían localizado la aldea ni invadido la playa.

Cuando estuvo lo bastante cerca del imponente despliegue, Yorsh entrevió a Moron bajo un árbol de nogal que había resistido el deslizamiento. Llevaba puesto el uniforme de tela y cuero de soldado veterano por el cual evidentemente lo había vendido o, mejor, rematado. La larga lanza le daba un aspecto aun más encorvado. Al fin el pobre Moron había logrado convertirse en un soldado. Lástima que la hazaña hubiera ocurrido justo cuando los Orcos estaban encima: todo lo que había podido obtener, a juzgar por la ausencia total de cualquier tipo de oropel, era el puesto de soldado raso. De otro lado, no es que el pobrecillo hubiera sido de mucha utilidad

para contraatacar. Al pararse frente a Daligar, a la vista de todo el que se tomara la molestia de levantar la cabeza y mirar en dirección suya, Yorsh tuvo que haberle restado fuerza a la posibilidad de Moron de obtener algo más a cambio de la información de que el Último Elfo estaba en el Condado.

Yorsh se detuvo cerca y le sonrió. El otro lo miró aterrorizado y escapó, tropezándose en la lanza.

La garganta estaba cerrada por completo. Los caballeros estaban dispuestos de un extremo al otro. Ni una rata hubiera logrado pasar y él no era una rata. Yorsh remontó la formación hasta el centro, a paso lento. Como ocho años atrás, cuando en aquella misma garganta su hermano dragón había sido abatido, la luna salió detrás de las Montañas Oscuras e iluminó el mundo con su luz dulce y espectral. El recuerdo del último vuelo de Erbrow cobró tanta fuerza que se convirtió en dolor. Yorsh volvió a ver las alas verdes que se abrían y por un segundo inclinó la cabeza para que ninguno de los soldados que tenía delante percibiera su pena. No debía pensar en su hermano dragón. Tenía que salvar al Condado.

En el centro de la formación estaba el Juez Administrador en persona, sobre un caballo color humo con toques de negro sobre la crin, tan bello que parecía el paradigma mismo tanto de la equinidad como de la fuerza.

El Juez lucía una armadura completa de un metal claro, que quizá era plata o acero; encima de su yelmo se levantaba un suntuoso penacho color humo con toques de negro que replicaban la crin de su caballo. La celada estaba levantada sobre su rostro bello y viejo, iluminado tanto por el azul de los ojos como por la blancura de la barba y el cabello. El caballero junto a él tenía la celada abajo. Yorsh pensó que su penacho multicolor le daba un parecido extraordinario con los papagayos de los circos de saltimbanquis.

Yorsh se paró delante del Juez y lo miró durante un largo rato. El otro le sostuvo la mirada. La persona del Juez tenía algo de incomprendido e incomprensible. Yorsh pensó que era como encontrarse frente a un libro al que le habían arrancado tantas páginas que era imposible reconstruir la trama.

—De un momento a otro su tierra será invadida por los Orcos —le informó secamente, con voz calma y decidida—. La ciudad de Varil, que usted les vendió a los Orcos a cambio de su salvación, ha roto el asedio. Los atacantes fueron repudiados y de un momento a otro vendrán a buscar una presa más fácil y me temo que esa presa será usted.

—¿Varil? —repitió el Juez atónito. Calló, al parecer, incapaz de comprender—. No es posible que Varil haya roto el asedio. ¡No puede ser posible!

—Es la verdad —le aseguró Yorsh—, Varil es libre. Lloro a sus hijos muertos, cuenta los arcos destruidos por el fuego, enfrenta a los Orcos acampados en los arrozales, pero ha comenzado a repudiarlos y no tiene intención de detenerse. Ahora

la presa será usted.

El rostro del Juez se ensombreció. Las arrugas profundas que se le formaron al fruncir el entrecejo resquebrajaron la belleza austera de su frente; su voz resonó velada de dolor.

—Hermanos de armas, llegamos demasiado tarde —se lamentó con una voz que se elevó con fuerza en la noche clara—. El Elfo, el Maldito, llevó la guerra a nuestra tierra amada. Demasiado tarde. No podemos hacer nada...

—Pueden combatir —dijo Yorsh—. Pueden aliarse con Varil. Usted y su terrible Capitán con su ejército aterrador...

—El Elfo, el Maldito, llevó la guerra a nuestra tierra amada —repitió el Juez Administrador con una mezcla de congoja y dureza—. ¿Combatir? ¿Sabes qué significa una guerra, joven inmundo y estólido cruel?

La pregunta golpeó a Yorsh.

No logró responder.

Sintió dentro de sí el horror por la muerte de los Orcos que había matado.

Recordó a los que habían sido decapitados.

Le había encomendado la guerra al Capitán de los Mercenarios. Sabía que liberaría las granjas y sanearía los arrozales, pero sabía también que no tomaría prisioneros, que exterminaría hasta el último de los Orcos que se encontrara en el camino. Los enemigos heridos que quedaban en los campos de batalla serían exterminados como se exterminan las ratas en un granero. Su sangre se mezclaría con la tierra y se transformaría en fango; no lavaría el dolor de los inocentes exterminados; y la crueldad del universo se aumentaría hasta hundir para siempre al mundo de los Hombres. El Capitán, por cada Orco que combatía, por cada Orco que abatía, o peor aún, que mataba, perdía un pedazo de su alma.

Al final, de un modo u otro, la crueldad vencería: la de los Orcos o la de los Hombres que se habían vuelto similares a ellos para destruirlos.

Negociar y discutir. Los Orcos no eran Demonios. Eran personas. En su interior el dolor se transformaba en violencia; pero una vez que esta comenzaba se incrementaba de matanza en matanza para aumentar el dolor.

Era verdad que la violencia del Capitán era cien veces mejor que la vileza del Juez, pero... quizá... quizá si él lograra limitar esa violencia, canalizarla... de tal modo que venciera a los Orcos sin aplastarlos, sin dejarlos sumidos en la humillación incubando más cólera...

Yorsh se dio cuenta de que en ningún caso se hubiera podido quedar en la playa y dejar que Rankstrail se las arreglara solo contra los Orcos ni que los hombres y las mujeres del Condado se las arreglaran solos contra un déspota loco. Lo que le había dicho a Rankstrail era válido también para él. Quien tiene la fuerza para impedir las injusticias y no la ejerce se convierte en responsable de esas injusticias. Con mayor

razón era válido para él. El más grande y el más poderoso, el último, no podía regresar a su playa a cazar lapas, recitar sonetos, componer comedias y contemplar la reluciente blancura de su alma mientras el Capitán y sus sobrantes de las minas, la vida y la prisión condenaban la suya, hundiéndola en la guerra como Sire Arduin en su época había condenado la suya.

Tenía que asumir el mando. Rankstrail había dicho que estaba dispuesto a combatir por él, a seguir sus órdenes; por consiguiente, incluso la orden de tomar prisioneros y cuidarlos.

El alma de los combatientes se salvaría y en los prisioneros tendrían el primer núcleo de embajadores involuntarios para comenzar las negociaciones.

El Capitán seguiría sus órdenes, incluso la orden de detenerse aun cuando estuviera ganando, para no humillar ni acabar al enemigo, sino solo obligarlo a pactar.

El Capitán y él serían capaces de vencer no solo a los Orcos sino a la crueldad misma. Los guerreros del mundo de los hombres nunca llegarían a competir por quien cuenta el mayor número de enemigos muertos.

El Capitán pondría el coraje y él el poder. Juntos serían invencibles como nunca lo fue nadie, ni siquiera Sire Arduin, ni siquiera el mismo Dios de la Guerra, si en realidad existía uno, porque el Dios de la Guerra ganaba las guerras haciéndolas y Yorsh las ganaría evitándolas.

Los Hombres eran capaces de hacerlo si él los guiaba. Lo harían juntos. El odio contra los Elfos se extinguiría, desaparecería ante la victoria y sus hijos podrían vivir en un mundo donde la palabra Medio-Elfo ya no sería más un ultraje. Mientras soñaba con una guerra que podría interrumpirse, Yorsh recordó los viñedos de Olearia donde los granjeros habían sido masacrados por los Orcos para que hombres del Condado fueran a recoger las uvas de las hileras de vides que no habían sembrado.

Miró a la cara al hombre que tenía en frente y recordó que, mientras el Juez estuviera en el poder, el mundo tendría un Orco de más para enlodar su inocencia.

—No trates de vender la traición como amor por la paz y la vida —dijo cortante. Ni siquiera frente a los verdugos de Daligar había experimentado un desprecio semejante.

—No vine a convencerte —lo interrumpió el Juez, ácido—. Vine a matarte.

Yorsh suspiró.

—¿De veras? ¿Cómo? —preguntó con paciencia—. ¿De qué medios se valdrá para matarme? —añadió con una arrogancia no muy velada—. Soy capaz de incendiar la hierba, desviar las flechas y hacer incandescente la empuñadura de cualquier arma. Ningún hombre puede hacerme daño, salvo que yo decida permitírselo.

—Eso ya lo comprendimos por nuestra propia cuenta —replicó el Juez—. No somos tan insensatos como para no haberlo previsto.

Capítulo 26

Erbrow tenía miedo.

Tal vez era mejor decir que sentía, gélido, el miedo de su madre escondido tras una sonrisa tranquila. El miedo de su madre la aterrorizaba.

Desde que su padre se había ido, su mamá los había tranquilizado a todos con su sonrisa serena y la vida había vuelto a la normalidad. Ahora trabajaban con las telas, las agujas, las palas y los cinceles que habían encontrado en las cuevas de la Mesa. Cada día las casas se volvían más grandes, cuadradas, rectas y perfectas. Puertas de verdad se abrían y chirriaban sobre bisagras de verdad.

Todos tenían vestidos. Caren Aschiol y los otros hombres, armados hasta los dientes con espadas impresionantes y arcos que no sabían usar, patrullaban la parte alta del acantilado, porque el tiempo en que parecía que el mundo solo era de ellos se había terminado y no parecía regresar.

Su mamá nunca había aprendido a coser, pero todas las mujeres que ya estaban demasiados viejas y cansadas para ir al mar y que habían sobrevivido con los peces y los moluscos pescados por ella, ahora competían entre sí para coserle la ropa y bordársela.

Su mamá tenía un vestido blanco sobre una túnica también blanca y una gran capa de tela pesada y oscura. A Erbrow le habían cosido un vestido claro con un delantal azul encima, lleno de bolsillos grandes: uno en el peto y los otros en la falda. Los bolsillos habían sido bordados con una cascada de flores, un cielo lleno de nubes y gaviotas, un enjambre de pececitos y una bandada de águilas marinas. Los bolsillos eran tan grandes que podían albergar sus juguetes: la barquita y la muñeca que habían sido de su mamá, el trompo y el caballito de madera que había fabricado Solario, un amigo al que su padre le contó alguna vez que había tenido esos juguetes cuando era niño. Erbrow también había escuchado el relato: el caballito se había perdido al caer en el cráter de un lugar lleno de libros y de dragones. Ahora todavía había libros, mientras que dragones no había ni uno más. El trompo lo había quebrado un señor malo que de vez en cuando se cruzaba con su familia y le hacía mal a alguien.

Con el vestido y el delantal ya no sentía más el frío, y eso era casi agradable, porque antes, cuando tenía frío, iba a calentarse contra su papá. En este momento él estaba lejos, no sé sabía dónde, y esto le daba aun más frío. Tampoco podía ir al mar con toda esa ropa encima y había comprendido que su mamá se la ponía a propósito para impedirsele, porque su mamá temía que ella se fuera al fondo del mar ahora que su papá ya no podía seguirla. Por suerte, papá se había llevado al hombre del odio, porque con todos esos vestidos ella no hubiera podido escapar entre los pececitos y los arbolitos que saludan a los niños en el fondo del mar.

El miedo de que pudiera ahogarse estaba siempre dentro de mamá y se mezclaba

cada día más con la idea amarga y terrible de que era posible que papá no regresara. Mamá sonreía, pero en la noche, en la oscuridad, cuando creía que Erbrow dormía, lloraba con un llanto sombrío y desesperado y entonces solo le quedaban como único consuelo los corazoncitos de sus dos hermanitos, uno más calmado y fuerte y el otro más veloz y tenue.

De día mamá siempre merodeaba por los alrededores, entre las nuevas casas que se construían y las redes de pescar que había que arreglar; pero por fortuna siempre que mamá se iba quedaba Jastrin, que ya era algo.

Jastrin se había ido a vivir a la cabaña de ellos. Era un niño que jamás había tenido ni un padre ni una madre de los que pudiera conservar un recuerdo. Jastrin tenía algo en las piernas; estas, en lugar de fortalecerse con cada estación, se hacían más delgadas. No corría mucho y se cansaba cada vez más al caminar.

—Tenlo contigo y protégelo —le dijo papá a mamá la víspera del último día que pasó con ellas—. Como si fuera tu hijo —agregó.

Su mamá había aceptado y desde entonces Jastrin vivía con ellas.

Caren Aschiol y Solario habían ampliado la casa y le habían agregado una habitación de verdad donde ahora vivía Jastrin sumergido entre los pergaminos que escribía con vehemencia, tratando de no olvidar nada de lo que su papá le había contado durante años. Jastrin hablaba y escribía tanto porque no caminaba bien. Le explicaba exhaustivamente a Erbrow que él sentía el movimiento en su cabeza. Sabía que quería correr, intuía cómo se daba un salto de una piedra a otra del acantilado, pero no lograba hacérselo entender a sus piernas. Erbrow asentía, llena de comprensión. A ella le pasaba con las palabras: el pensamiento estaba claro en su cabeza, pero la lengua se le atascaba en una media docena de sonidos incompletos e imprecisos que eran lo único que sabía pronunciar. Una vez su papá le dijo que probablemente ella había heredado la precocidad del pensamiento de los Elfos y los tiempos humanos para pronunciar las palabras. La consoló entender que su condición era temporal. En la medida en que los meses pasaran, aumentaría la agilidad y la fuerza de sus sílabas escasas, mientras que para Jastrin no: en la medida en que pasaran los años, sus pasos serían más inseguros y lentos.

El campo en el que el muchachito era seguro y fuerte, en el que su agilidad reinaba soberana como la de un digno alumno de Yorsh, era el de la palabra.

No debió ser fácil para él, que siempre había escrito las letras con un palito de madera en la arena mojada, aprender a usar la tinta: sus manos y su ropa llevaban constantemente rastros de esta. Pero más que la escritura, lo que complicaba la vida de Jastrin era la memoria. Como le explicaba exhaustivamente a Erbrow, ahora que por fin tenía pergaminos, plumas de oca y tinta, le faltaba la voz de su padre, el último de los Elfos, que narraba. Jastrin recordaba bien las historias, pero en cambio los nombres y las fechas eran inciertos y confusos. ¿Quién prohibió que los Augures

pidieran monedas con el pretexto de que predecían el futuro por el vuelo de los pájaros, Artemio tercero o cuarto? ¿Quién hizo obligatorio que los notables se hicieran caballeros y los hijos de los artesanos se hicieran soldados de infantería, Artemio primero o tercero? ¿Siglo quinto o sexto? Cada vez que su mamá llegaba, Erbrow corría a su encuentro para hacerse abrazar, y Jastrin se precipitaba a hacerle preguntas sobre fechas y dinastías, para descubrir, siempre con renovada desilusión, que la mamá de Erbrow definitivamente no se acordaba. Para ser más exactos, tenía una idea tan lejana y pálida como la que tenía del color de los ojos de los Demonios o de la cantidad de granitos de arena que había en la playa. Por increíble que pudiera parecerle a Jastrin, su mamá nunca había escuchado con atención cuando su papá hablaba; nunca había memorizado las fechas o los nombres y a veces tampoco las historias. Se había distraído pescando, buscando piñones, casándose con su papá, aprendiendo a escribir bien, teniendo una hija, ayudando a los que no eran capaces de construir una casa, y entre todas estas cosas se le tuvieron que haber confundido el tercer y el quinto siglo, cosa que a Jastrin le debía parecer...

—Imperdonable. ¡Era absolutamente imperdonable! —decía el muchachito, incluso varias veces al día, mientras su mamá sonreía apacible y alegre.

Erbrow se preguntaba cómo era posible que solo ella percibiera cuán falsa era la sonrisa alegre y serena de su madre, cuán fuerte y gélido era su miedo, tan grande y tan frío que a veces hasta las ganas de estrangular a Jastrin (ganas que le daban a su mamá cada vez que él le hacía sus preguntas persistentes) se diluían en su interior.

En las noches, Erbrow se dormía entre el cuerpo de su madre y el fuego del hogar, lo que era una buena forma de estar tibia toda la noche. Hubiera sido mejor estar entre papá y mamá, pero papá no estaba y era necesario arreglárselas. En compensación, desde que habían descubierto las cuevas de la Mesa y todo lo que tenían dentro, tenían pedazos grandes de tela cálida que se llamaban cobijas. La que les había correspondido a ellos era oscura, gruesa, suave y áspera a la vez.

La primera noche de luna nueva, mientras un cachito sutil brillaba tenuemente del otro lado de la ventana, Erbrow se despertó helada, temblando por el frío que le calaba los huesos. Extendió la mano para recoger la cobija y miró las brasas para ver cuánto hacía que se había apagado el fuego: se dio cuenta, horrorizada, de que todavía tenía la cobija encima y de que el fuego crepitaba; y comprendió que lo que la estaba helando no era frío sino odio. Erbrow se dio vuelta y vio la sombra del hombre del odio junto a ella. Pasó un segundo y una especie de capucha le cayó sobre la cabeza y no vio nada más. Sintió algo frío y malo contra la garganta.

—Quédate quieta y no hables o hago pedazos a tu hija —susurró la voz. Era una voz tranquila, fría y lenta que Erbrow no conocía. Alguien le hablaba a su mamá: no era el hombre del odio, ni el que le tenía la cosa mala sobre la garganta.

—Quédate quieta, Erbrow —dijo su mamá en voz baja—. Tienes un cuchillo

contra la garganta. Quédate quieta y no llores.

—¿Qué hacemos con el lisiado, Sir Argniolo? —preguntó el hombre del odio.

—¿El lisiado, Moron? Lo llevaremos con nosotros... sí, es la mejor idea... —dijo de nuevo voz fría y calmada que debía ser por consiguiente la del señor que llamaban Sir Argniolo—. Toma también la corona que está junto al fuego. Era la corona que la bruja llevaba en la cabeza cuando escapó. La hiedra es el símbolo de los Elfos. Seguramente tendrá poderes: el Juez se sentirá contento de tenerla y a la señora ya no le servirá más. La última cosa que necesita el mundo es una Reina bruja que vive con un Elfo. Ahora le daremos una buena sorpresa a su amado Elfo, el Maldito. Verá cómo se alegrará de volver a ver a su familia.

La cosa mala que Erbrow tenía sobre la garganta presionó más y le hizo daño.

—Jastrin, quédate quieto y callado, haz lo que ellos quieran o matarán a Erbrow —dijo la voz de su mamá, muy calmada.

Luego alguien con un mal olor la tomó del brazo y la sacó fuera en la noche fría.

Erbrow hubiera deseado tanto ponerse a llorar, pero logró contenerse.

Capítulo 27

Yorsh sintió un frío a lo largo de las vértebras. Era algo similar a la cólera.

La rabia era por la traición que había dividido al mundo de los hombres, por la victoria que estaba al alcance de la mano y que de nuevo se desvanecía en la nada.

El frío era aún un temor vago: quizá entre las posibilidades del Juez había algo que no había calculado, que se le había escapado.

Se dio cuenta de que ni el Juez ni los suyos tenían miedo.

No tenían miedo de él.

Finalmente, pequeña como una burbujita de aire perdida en el mar, sintió el miedo de Erbrow.

Su hija estaba allí.

Moron, el miserable idiota, los había conducido hasta su familia: he ahí lo que había trocado a cambio del puesto de soldado raso.

En su nuevo orgullo de guerrero victorioso, no había percibido la presencia de Erbrow. La seguridad lo había cegado.

El miedo de Yorsh se convirtió en terror.

Su hija había sido capturada. Estaba allí, a pocos palmos de él. No la veía, pero sabía que estaba allí. Ahora sentía todo su miedo, todo su horror. Se dio cuenta del cuchillo que tenía en el cuello; se dio cuenta de que gracias a esto la habían mantenido en silencio mientras ella luchaba con toda el alma contra las ganas de llamarlo y la de echarse finalmente a llorar.

Podían hacerle lo que quisieran y luego podrían hacerle a ella todo lo que quisieran.

Recordó la torpe arrogancia con la que rechazó la ayuda del Capitán. Lo había mandado a liberar a Varil. Deseó con toda el alma que el Mercenario le hubiera desobedecido, que lo hubiera seguido.

Giró para mirar la silueta de las colinas bajo la luna, detrás suyo, y deseó, como nunca en la vida, ver aparecer la sombra amenazante del guerrero seguido de su lobo y de su ejército de sobrantes de prisión.

La silueta de las colinas permaneció inalterada e inmóvil.

El Capitán se había quedado a liberar a Varil.

Yorsh estaba solo.

—Eso ya lo comprendimos por nuestra propia cuenta —había dicho el Juez—. No somos tan insensatos como para no haberlo previsto.

Lo habían previsto con toda claridad.

—Deje ir a mi hija. Solo tiene dos años. Los hombres de honor no les hacen la guerra a los niños —dijo Yorsh, en voz baja. Logró mantener la calma, no quería que Erbrow sintiera temblar su voz o se asustaría aun más.

—Tu hija no es una niña de dos años, sino una bruja de dos años, ¿no es cierto? ¿Qué sentido tiene dejar viva a una criatura que no puede sino ser maléfica? Lo máximo que puedo hacer es concederte su vida a cambio de la tuya. No será libre, pero quedará con vida. La exiliaré con su madre, la bruja que unió su vida a la tuya, en las Montañas del Norte. Serán llevadas a Alyil, la Ciudad Halcón. Allí la malignidad de ambas será inocua. Se les permitirá vivir. Tienes mi palabra. Quiero tu vida a cambio. Aquí. Ahora. Sabemos que las flechas solo pueden herirte si tú lo consientes, ¿no es cierto? Queremos ese consentimiento. No es difícil. Es un pacto sencillo.

Yorsh sintió rabia, desesperación y odio. Si su odio hubiera tenido el poder de matar, habría ocasionado una masacre. Trató de pensar. Las únicas armas que le quedaban eran el pensamiento y la palabra.

—No es el momento —dijo, tratando de estar calmado. Su voz reveló un destello de inseguridad, pero por lo demás era la de un líder—. Tiene el enemigo encima. Los Orcos...

—El enemigo eres tú, miserable Elfo —lo interrumpió el Juez.

—El enemigo son los Orcos, juntos podemos detenerlos...

—Una vez que tú estés muerto, podré intentar garantizarles a los Orcos mi lealtad y quizá limitaré sus ataques. Y si no pudiera lograrlo, al menos sabré que exterminé a los Elfos. Al menos alcanzaré uno de los propósitos de mi vida.

Lo interrumpió un sonido terrible para Yorsh: Erbrow finalmente había estallado en llanto. El llanto contenido durante días, el miedo sofocado y el horror explotaron en una serie de sollozos. El Juez se echó a reír. El círculo de soldados se abrió y aparecieron Erbrow y Robi... ¡También ella estaba allí! A Erbrow la llevaba en brazos un hombre con el pecho desnudo y la cabeza cubierta por completo con una capucha de cuero negro: uno de los verdugos de Daligar. Habían puesto a su niña en manos de uno de los verdugos de Daligar. Los músculos duros de los brazos enormes contrastaban de forma espantosa con la carita mofletuda y las pequeñas manitas. El hombre tenía la hoja de un cuchillo contra la garganta de la niña. Robi estaba en el piso con las manos amarradas detrás de la espalda. Le habían cortado el cabello del todo. Los rizos negros donde durante años los dedos de Yorsh se habían perdido y que eran lo primero que veía de ella al abrir los ojos en la mañana ya no estaban.

—¡También está la mujer que vive contigo! —dijo la voz del Juez—. Le organizamos el cabello: así es más apropiado para una mujer que tiene por compañero a un Elfo.

Robi levantó la cabeza hacia Yorsh y los ojos de ambos se encontraron. Junto a Robi estaba Jastrin. También él, imitando a Erbrow, se puso a sollozar.

Yorsh buscó algo para decir, algo para hacer. No se le ocurrió nada. El cielo estaba vacío. Yorsh trató de orar, pero los dioses, si los había, no estaban más

interesados en él que lo que habían estado antes en su estirpe.

—Libera a mi mujer y entrégale la niña —dijo.

—No digas tonterías —respondió el Juez—. Tal vez no te hayas dado cuenta, último de los príncipes álficos, pero tus posibilidades de negociación se redujeron a nada. No quiero arriesgarme. Tienes demasiados poderes. ¿O no?

Los ojos de Yorsh encontraron de nuevo los de Robi. Quizá podría hacer que el mango de la corta espada que el verdugo tenía contra la garganta de su hija se volviera incandescente y luego...

Y luego... Tal vez... Podría...

Y luego nada.

Sus poderes ya no estaban. Había olvidado que los poderes de los Elfos desaparecen cuando el dolor y el desprecio los circundan. Sobre todo, no sobreviven al dolor. Ahora estaban anulados, aniquilados, destruidos. Su madre había perdido toda la capacidad mágica con la muerte de su padre. Su abuela ya no era ni siquiera capaz de encender el fuego después de que tuvo que sepultar a su propia hija.

Si Yorsh lo había olvidado, el Juez lo recordaba muy bien.

Sus poderes estaban anegados en el dolor de las dos personas que más amaba en el mundo; se habían perdido en el horror de no haber sabido protegerlas. La constatación de haber causado su desgracia, quizá la prisión de por vida y, aun más probablemente, su muerte, había matado hasta el más pequeño destello de magia.

Moriría.

Yorsh no quería morir. Quería vivir. Quería dormir al lado de Robi, tener a Erbrow en brazos, ver nacer a su nuevo hijo. Su niña bruja lo necesitaba para crecer y vivir. Él estaba a punto de morir, pero quizá el Juez mantendría su palabra. Quizá su muerte no sería seguida por la muerte de las personas que más amaba en el mundo. No tenía ninguna esperanza más, solo esa.

La humillación de Robi, sus rizos negros rapados, era una herida.

¡Hasta el pobre Jastrin había sido arrastrado en esta tragedia!

Si alguna vez tuviera una lápida, podrían escribir sobre ella que había muerto sumergido y arrollado por su inocencia, término refinado para la ingenuidad cuando se quiere evitar llamarla idiotez.

Robi consiguió ponerse de pie.

—Erbrow, deja de llorar —le ordenó con calma—. Ahora. Pronto. Eres la heredera de la estirpe de los Elfos y de la estirpe de Arduin y tú no lloras delante de esta gente.

Se hizo silencio. Alguien soltó una carcajada, pero el nombre de Arduin había sido pronunciado. Robi miró de nuevo en dirección a Yorsh y sus miradas se cruzaron.

—Me llamo Rosa Alba —dijo con voz clara, firme y altiva. La voz de las reinas.

Robi, Rosalba, Rosa Alba.

Yorsh volvió a tomar valor. Asintió.

La profecía de Arduin volvió a su memoria y lo consoló.

El gran rey guerrero y visionario no podía haberse atrevido a mirar a través del tiempo para contemplar tumbas y cadáveres. Robi y su descendencia estaban destinadas a vivir.

Él estaba destinado a morir, pero su hija sobreviviría. Rosalba también: su reina y esposa viviría. Había vencido. El hijo de ellos nacería... Los hijos de ellos nacerían. Finalmente Yorsh logró sentir, pequeñas y diferentes, las dos almas que se estaban formando a salvo en el vientre de una reina guerrera que las protegería y las defendería contra todo y contra todos si era necesario. El pasado y el futuro, decía la profecía... romper el círculo...

El último dragón y el último elfo se habían encontrado: el círculo de la soledad se había roto.

El círculo maligno de lo obtuso, el de la injusticia opresiva, se había roto: un grupo de niños hambrientos, desesperados y solos se había liberado. Erbrow había sido fundada. Aun si la vida de Yorsh estaba destinada a terminar ese día, de todos modos había sido una victoria. Aunque Yorsh no tuviera idea de cómo lo iba a lograr, la existencia de la profecía le daba la certeza de que Robi se salvaría a sí misma y salvaría a sus hijos y al mundo de los hombres. La heredera de Arduin estaba lista para asumir su lugar. Él no había fracasado.

Ahora el círculo que había que romper era el círculo cerrado de la crueldad de los Orcos y la del Juez. Como toda buena profecía, la de Arduin tenía más de un significado.

Robi: Rosalba. Rosa Alba. Robi sabía que era la joven de la profecía, heredera de Arduin, hija del hombre y de la mujer que lo habían amado, desde siempre destinada para él. Por un segundo se preguntó por qué Robi no se lo había dicho antes y de inmediato encontró la respuesta. Quería estar absolutamente segura de que él la quería por ser ella, no porque estaba predestinada a ser su esposa. El deseo de seguir con vida lo abrumó aun más: quería estar junto a Robi, quería compartir con ella los días y las noches, sentir su tibieza al abrazarla, reencontrar su olor cada noche y el sonido de su voz cada mañana. Quería ver nacer a sus hijos. Pero no podía hacer nada para que esto sucediera.

Yorsh no quería morir, pero la idea de morir él solo era infinitamente más soportable que la de arrastrar hacia la destrucción a su adorada mujer y a su adorada hija.

Tenía una última tarea: consolar a su hija durante su propia muerte. Por última vez sus ojos se perdieron en los ojos negros de su esposa y por última vez leyó en ellos, en medio del orgullo, la desesperación y el odio, todo el amor que contenían. El

coraje en la mirada de la reina guerrera heredera de Arduin lo tranquilizó. De cualquier modo salvaría al mundo y a Erbrow. Quería decirle algo, una última cosa. Quería agradecerle por todo, por haberlo amado, por existir, por haber dado a luz a su hija. Quería decirle que no lo llorara, que no desperdiciara su vida en el dolor y la congoja, sino que la viviera, que disfrutara hasta la última chispa posible de gozo. Sabía que no tenía más tiempo.

—Sigue viviendo —le dijo.

Yorsh apartó la mirada del rostro de Robi y buscó los ojos azules, aterrorizados y desesperados de Erbrow. La niña había ahogado el llanto y estaba inmóvil entre los brazos horrendos del verdugo. Yorsh le sonrió. El Juez dio la orden de cargar los arcos. Los pocos arqueros obedecieron. Yorsh no apartó la mirada de Erbrow: la sonrisa no fue suficiente para tranquilizar a la niña. Estaba demasiado asustada.

—Ya no tengo ningún poder. Permita que la niña esté en los brazos de su madre y yo moriré sin maldecirlo.

—Si las maldiciones de los Elfos me pudieran hacer daño —replicó el Juez, sereno—, ya estaría hecho trizas, ¿no es cierto?

Yorsh se perdió en el azul desesperado de los ojos de Erbrow. Sabía que quien atraviesa la sombra del sufrimiento y camina en la oscuridad de la muerte, como su hija, obligada a ver la agonía del padre, se corrompe o se vuelve magnífico.

Yorsh recordó a las Erinias. Les había dicho que las esperaban praderas infinitas bajo cielos inmensos, que las praderas se llenarían de flores con la llegada de ellas, que las estrellas aumentarían su esplendor. Había dicho que entre las estrellas aprenderían a volar. Ante la inminencia de su propia muerte, supo que era verdad.

La imagen de las praderas infinitas bajo cielos inmensos se formó dentro de su alma y él encontró paz y consuelo. Vio desaparecer la desesperación de los ojos de su hija. También dentro de ella el verde de las praderas infinitas se extendió bajo cielos inmensos. Erbrow sonrió por un brevísimo instante.

Él no tenía miedo y Erbrow tampoco.

La orden de disparar fue dada.

Yorsh sintió un dolor lacerante en el hombro. Se dio cuenta del riesgo de que Enstriil se asustara y escapara, poniéndolo a él a salvo y dejando a Erbrow en manos del verdugo. Sin apartar la mirada de su hija, descendió del caballo. Todavía era capaz de estar de pie. Por un segundo tuvo la tentación de morir rápido, de detener él mismo su propio corazón para evitar el dolor de las otras flechas; como Elfo, podía hacerlo. Por más disminuidos, abatidos y «anulados» que estuvieran, sus poderes no podían haber desaparecido por completo. Algo quedaba siempre: no lo suficiente para combatir, no lo suficiente para salvar a Robi, a Erbrow y a Jastrin, pero sí lo suficiente para detener su propio corazón o desviar una sola flecha. Había renunciado a la inmortalidad, pero aún le quedaba el don de poder anticipar su propia muerte,

escogiendo el momento. Volvió a desechar la tentación para no contagiársela a Erbrow, para que ella entendiera que la vida, cualquier vida, es una ocasión demasiado preciosa como para desperdiciar el más mínimo instante o incluso el último dolor.

Por ello no quiso renunciar a ese abrir y cerrar de ojos, así fuera el último, en el que todavía podía mirar a su criatura.

Yorsh no sintió más miedo, solo tristeza. Su niña crecería sin él. Robi viviría sin él. Los dos niños nacerían sin él. Comenzó a ver mal, como a través de un velo y, con estupor, se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Por un segundo se quedó perplejo, pero después se sintió feliz de haberse comido la media lapa el día de su matrimonio porque así podía llorar como lloran los Hombres.

Capítulo 28

Su papá no dejó de mirada ni por un segundo. Erbrow vio praderas infinitas bajo cielos inmensos. Dejó de sentir miedo. Le quedó adentro una tristeza grande como las praderas y los cielos que vio.

Nunca más posaría la cabeza sobre el hombro de papá. Nunca más oiría su voz que le cantaba canciones de cuna y le relataba cuentos de hadas para que ella pudiera deslizarse en el mundo de los sueños sin temer a los monstruos que viven en las sombras y que solo los niños pueden ver cuando llegan la noche y la oscuridad. Nunca más reconocería su olor en el cabello de mamá en las mañanas.

Le gustaría poder llorar, pero mamá había dicho que no debía. El jefe de los hombres malos dio de nuevo la orden y esta vez el soldado que estaba a su lado, el del penacho de todos los colores, disparó. La flecha golpeó a su papá en el corazón y ella sintió un dolor terrible. El deseo de llorar se volvió angustioso. Jastrin, que era incluso más grande que ella, sollozaba.

Su papá cayó al suelo y se quedó allí, inmóvil. La sangre se esparció sobre la tierra y se convirtió en fango.

Erbrow se dio vuelta hacia el hombre que la tenía en brazos, lo miró a los ojos que se veían a través de las aberturas de su capucha de cuero y luego señaló a su mamá. Era un hombre particularmente lleno de oscuridad, pero entendió el pedido. Tardó un poco en decidirse, pero luego se encogió de hombros y aceptó. Se acercó a Robi; así, al menos, Erbrow podía estar cerca de ella.

—Ahora tu papá volverá a ponerse de pie, ya verás —murmuró su madre—. Ellos no lo saben, pero tu papá tiene un montón de poderes. Ahora sucederá algo...

Erbrow sabía que no era verdad, su papá no se levantaría de nuevo. En su interior, en el lugar donde antes estaba su papá, había un agujero negro y helado.

El mundo se tornó verde.

Los hombres siguieron riéndose. Jastrin siguió sollozando. Su mamá siguió inmóvil mirando a su papá en el suelo, al lado de Enstriil.

El mundo se tornó verde y nadie se percató de ello. Solo ella.

Era un verde bellísimo con arabescos dorados que se entrelazaban y filtraban la luz del sol.

Praderas infinitas y cielos inmensos.

Dos alas verdes como las praderas, grandes como los cielos...

Alguien con grandes alas verdes había venido por su papá y él ya no estaba solo.

Donde antes había un agujero negro y helado se produjo una sensación extraña de viento de primavera, flores y agua de mar.

Era la sensación que experimenta el que cabalga un dragón.

Alrededor de las patas de Enstriil, donde estaba su papá en el piso, el prado se

llenó de florecitas. Eran muchas, como las estrellas del cielo. Eran flores con pétalos blancos y un botoncito amarillo en el centro. Finalmente Erbrow recordó el nombre: eran margaritas.

—No daño —dijo en voz baja a su mamá.

En ese momento Erbrow añoró el uso de la palabra como nunca antes. Cuanto más giraba su mente fuerte y ligera, más se tropezaba su lengua en las pocas sílabas que podía pronunciar.

—No daño —repitió para consolar a su madre, pero era tarde.

Su mamá ya no podía escucharla.

Su papá transformaba el dolor en aflicción, y por esa aflicción había sido derrotado.

Su mamá transformaba el dolor en fuerza y furor.

Su mamá era y sería invencible.

Su furor era incontenible.

Solo después de que el cuerpo de su padre quedó reducido a cenizas, todos estuvieron realmente seguros de que ya no podía hacer nada más: el hombre que la tenía en brazos le dio algo de beber y la puso en el suelo.

Su madre comenzó a hablar y nadie le prestó más atención a Erbrow. Ella se inclinó y cogió un puñado de florecitas, algunas con pétalos blancos, otras con pétalos rojos oscuros por la sangre. Las escondió en el bolsillo más grande. Los pétalos secos se deslizaron hasta el fondo. Los mojados se adhirieron a lo que tenía en el bolsillo: el barquito y la muñeca que habían sido de su mamá.

Después el hombre de la máscara la agarró de nuevo.

Capítulo 29

Robi siguió esperando y esperando: que él se levantara, que resurgiera.

Él curaba las heridas de los demás.

Él curaría también las propias. De un momento a otro se levantaría de nuevo.

No sucedió nada.

Robi siguió esperando. Tenía que ser un truco. Solo podía ser un truco. En el momento en que ellos menos se lo esperaran, él se levantaría y los pondría de rodillas.

Él era él.

Robi recordó su primer encuentro con él: Yorsh había sanado la mano mutilada de Cala.

Él podía hacer cualquier cosa.

Había detenido a las Erinias.

Cuando lo conoció, cabalgaba un dragón.

Solo podía ser un truco.

Yorsh se quedó tendido al pie de Enstriil en un pozo de sangre que se extendía cada vez más y del que comenzaron a nacer millares de pequeñas margaritas.

—¡Ey, miren —dijo alguien—, las margaritas!

—¡Las margaritas! —repitió alguien más—. Cuando el dragón murió también se llenó de margaritas. Entonces sí se murió de verdad.

Robi sintió que el vértigo se apoderaba de ella: por primera vez pensó que, tal vez, había llegado el final.

Se quedó perpleja e incrédula, con la sensación de precipitarse en la nada.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para quedarse de pie.

Lo único que deseaba era caer de rodillas y llorar hasta morir, pero no lo haría. No delante de *ellos*.

Como en un sueño, vio que los hombres del Juez hacían una pira fúnebre y ponían el cuerpo de su esposo encima. Vio la antorcha encender el fuego. Vio las llamas elevarse.

Querían asegurarse de que ninguna magia, ningún truco, podía devolverle la vida al último de los Elfos.

El humo se levantó en la luz del amanecer y subió a rozar el cielo que continuaba cerrado y mudo.

Una y otra vez, en contra de cualquier lógica, Robi siguió esperando que sucediera cualquier cosa que interrumpiera la pesadilla; una y otra vez esperó oír la voz de Yorsh, verlo reaparecer entre las llamas como un malabarista o un funámbulo.

Robi esperó que el cielo se agrietara y se tragara la tierra, pero eso tampoco sucedió.

La pira ardió lentamente. El sol salió y luego se levantó vertical sobre el mundo. Durante toda la jornada Robi permaneció inmóvil, de pie, con todo el peso de su futuro hijo que parecía una roca y con una sed que la torturaba.

Alguien tuvo un gesto de misericordia y le dio algo de beber a Erbrow y le permitió dar algunos pasos. Jastrin, acurrucado en el suelo, seguía gimiendo sin cesar.

El fuego se apagó después de quemar todo lo que podía quemar.

Estaba acabada.

No había sucedido nada.

Robi sintió que las náuseas la arrollaban: temió caer.

Uno de los hombres del Juez, armado con una gran hacha, puso la espada de Yorsh sobre una enorme roca y la golpeó con toda su fuerza. La roca se astilló y el hacha se hizo pedazos. La espada quedó intacta y su resplandor se incrementó y brilló gélido en la luz del nuevo día. Igual suerte corrió la corona que, a su vez, fue golpeada con un mazo: no sufrió ni un rasguño, mientras que el mazo se hizo añicos y la hiedra centelleó con su delicado brillo azul como las primeras estrellas de una tarde de verano. El hombre miró al Juez, desconsolado. La espada de Yorsh y la corona de Robi quedaron abandonadas sobre la roca.

El ruido hizo que Robi volviera en sí. Las náuseas habían desaparecido. La rabia la invadió y la sostuvo en pie.

Los exterminaría.

Su ira se agigantó.

Los exterminaría, a todos, desde el primero hasta el último, y a sus amigos Orcos junto con ellos.

Los aniquilaría.

Los exterminaría, desde el primero hasta el último: escucharía sus súplicas de piedad solo para reírse de ellas.

—Yo los maldigo —dijo Robi con calma. Su voz resonó helada. Se hizo silencio—. Yo, Rosa Alba, descendiente de Arduin, los maldigo a todos ustedes. Su carne caerá, su pensamiento se pudrirá marchito por el terror. Sus huesos yacerán fuera de las tumbas y serán descarnados por los perros.

Robi buscó largo rato a Moron con la mirada antes de dar con él, escondido bajo la sombra de las rocas que cerraban la garganta por el oriente.

—No sé si crees en algún Dios. En tal caso, pídele que te ayude a huir y que te conceda la muerte antes de que yo te encuentre —le aconsejó.

Por último se dio vuelta hacia el Juez, y le habló con gran calma:

—Yo te maldigo —dijo, y recalcó cada palabra—. Morirás aterrorizado. Tu progenie morirá en el dolor: suplicará piedad y no la encontrará, como no la encontré mi hija hoy...

Un gemido de Erbrow la interrumpió. Robi se distrajo y giró para mirar a su hija.

Tenía que calmarse. Tenía que ocuparse de su hija.

—No eres sabia, mujer —dijo el Juez—. No son las palabras apropiadas para motivarme a perdonarte la vida.

—Jamás tuvo ninguna intención de perdonármela, vil usurpador —respondió Rosalba—. La palabra parroña, si se usa para describirlo a usted, se arruina; la palabra gusano se mancilla, la palabra cerdo se ensucia de estiércol.

—Yo soy el Rey, el más grande que ha habido en la tierra, amable en la paz, terrible en la guerra, comparable solo conmigo mismo —aulló el Juez, irritado, pero luego recobró el control—. Por otro lado, reconozco que nunca tuve intención de dejarte vivir. Ni a ti, ni a tu mocosa. No eres propiamente un ejemplo de sumisión, y si te perdonara la vida, dentro de unas pocas semanas tendríamos otro representante de la estirpe que fundaste al lado de un Elfo, ¿no es cierto? En cuanto a los poderes de tu hija, siempre y cuando los tuviera, después de ver lo que vio, debieron haber sido aniquilados. Como ahora bien lo sabes, el dolor anula los poderes de los Elfos. Sin embargo, prefiero no arriesgarme. El mundo puede arreglárselas sin una media-sangre que lleva mitad de tu sangre y mitad de la de un Elfo.

—Mejor que la tuya: una parte de ratón, una de piojo y el resto se la disputan por partes iguales las garrapatas, las cucarachas y los gusanos.

Robi escuchó, como en un sueño, que el Juez daba la orden de matarlas, pronto, tanto a ella como a Erbrow. No tenía miedo. Cerró los ojos y ninguna imagen se formó. De igual modo, la ausencia de miedo era absoluta. No tenía idea de lo que iba a suceder, pero tenía la certeza de que ni ella ni su hija morirían ese día. Se repitió que ella era la heredera de Arduin y que Arduin había hecho grabar la profecía porque había visto victorias y criaturas vivas. Ella y sus hijos sobrevivirían. Ella iba a vencer.

Un caballero anciano, de barba y con un pesado collar de oro en láminas, se le acercó. La tomó del brazo y luego, de repente, le dio vuelta y de un golpe le cortó las cuerdas que le apretaban las manos. El hombre apuntó la espada hacia la garganta del verdugo que soltó a Erbrow de inmediato. Robi se abalanzó sobre su hija y por fin pudo tenerla en sus brazos. La niña temblaba, pero reprimió las ganas de llorar.

El caballero estaba entre ella y los demás.

La voz aguda del Juez pudo mantenerse fría y calmada.

—Folio, Conde de Daligar, ¿recordaste un poco tarde que eras un traidor, no es cierto?

—Un poco tarde, es verdad —confirmó el hombre—. Demasiado tarde. Horriblemente tarde. Repugnantemente tarde. Ahora mi alma está perdida, como mi honor, y será una liberación perder una vida que usted transformó en un río de fango y sangre inocente. Cada mañana que se convierte en un hoy no trae la esperanza de un nuevo día, sino solo la cercanía de una muerte que tampoco traerá alivio. Anegado

en la desidia, en la bellaquería, en la estólida esperanza de estar evitando un daño mayor, de estar ayudando a construir un mundo mejor donde al fin apareciera una brizna de justicia, lo he visto cometer crimen tras crimen sin intervenir, siendo su cómplice. Me he hundido en el fango y en la sangre por seguirlo, y mientras más me hundía más difícil era detenerme. Para evitar confesarme a mí mismo haber sido el cómplice de un criminal me convencí para seguir creyéndole mentira tras mentira, locura tras locura. Lo vi asesinar de manera innoble al último de los Elfos sin hacer nada para detenerlo, porque negar la maldad de su estirpe habría significado afirmar la de la mía al haber sido cómplice de su exterminio. No me quedaré viéndolo mientras usted asesina a una mujer que espera un hijo y a una niña que no llega a los tres años.

—¿Fue el nombre de Arduin el que te indujo a hacer esta estupidez, no es cierto?

El hombre se detuvo a pensar antes de responder.

—Sí —confirmó—. Fue el nombre de Arduin.

—¿De veras crees en la sandez de que la bruja sea descendiente suya?

—Nada me ha parecido más verosímil, pero, aunque no lo fuera, el solo oír pronunciar el nombre de un hombre de honor fue suficiente para recordarme que el honor existe, que el valor no es solo un cuento de hadas que se les relata a los niños antes de llevarlos a la cama, que la decencia no es un sueño que debe ridiculizarse por su ingenuidad. Salvaré a esta mujer y a esta niña o moriré en el intento.

Una flecha partió: el caballero del penacho multicolor, el mismo hombre que mató a Yorsh, disparó otra vez. El Conde había sido golpeado en el cuello. Se desplomó frente a Robi que logró recuperar su espada. A diferencia de la de Yorsh esta era pesadísima. Robi había estado en pie desde por la mañana; ahora sostenía con un brazo a Erbrow y con el otro debía sostener la espada.

Fue el Juez en persona el que espoleó su caballo hacia ella. Levantó la espada y Robi pensó que su brazo no tendría la fuerza suficiente para desviar el golpe.

De nuevo, no sintió miedo.

El cielo cambió de color de repente; algo blanco y azul lo llenó. Robi tardó algunos instantes en comprender que un águila marina había atacado al Juez. Angkeel había llegado.

La joven águila debía haber terminado su aprendizaje y se había precipitado sobre el rastro de Erbrow, luz de sus ojos y afecto supremo de su vida. Robi vio que el rostro del Juez sangraba. Deseó con toda su alma que el aguilucho le arrancara los ojos, pero Angkeel no parecía todavía demasiado experto en el vuelo. El Juez, con ayuda de dos de sus hombres, logró liberarse.

A lo lejos sonaron gritos bestiales y feroces.

La silueta de las colinas se ennegreció.

Los Orcos, anunciados con antelación por Yorsh, habían llegado.

No parecían tener una idea demasiado clara de que el Juez fuera su aliado. Una horda de Orcos comenzó a precipitarse hacia la escuadra de caballeros.

El Juez dio la orden de huir, de inmediato, pronto. Espoleó su magnífico caballo color humo lejos de los Orcos y del águila que no lo persiguió sino que fue a posarse en el hombro de Robi, junto a Erbrow. En pocos instantes la caballería de Daligar subió a la grupa y se marchó al galope.

—Al norte —gritó el Juez.

—¿Al norte? —preguntó alguien—. ¿No vamos hacia Daligar?

—Es demasiado arriesgado: al norte. Vamos a Alyil, en las montañas. Es inaccesible. Es la Ciudad Halcón. Mi hija Aurora ya está allí, a salvo. Daligar se las arreglará. Trataremos de recuperarla cuando los canales diplomáticos con los Orcos se hayan reabierto. Al liberar a Varil, el Elfo Maldito sublevó a los Orcos contra nosotros... Hay fuegos de alarma y con ellos le avisaremos a Daligar a tiempo para que la corte la abandone.

La voz del Juez se perdió en lontananza.

Los caballeros lo siguieron. Alguien trató de llevarse a Enstriil, pero este se encabritó y se liberó para regresar al lado de la pira. Alguien le arrojó un par de flechas a Robi, que de repente había sido olvidada, y ella se dejó caer sobre Erbrow para protegerla y para fingir que la habían herido. Alrededor de ellos ya no había nadie. En el afán único de ponerse a salvo, les dejaron a los Orcos la tarea de ejecutarlos. Tenían el tiempo necesario para huir.

Robi dejó caer la espada del Conde de Daligar, que era demasiado pesada. Se inclinó sobre él. Jastrin se precipitó a abrazar a Erbrow. Angkeel batió las alas de alegría.

—Gallina estúpida —susurró Robi mientras rechazaba las lágrimas de rabia y dolor que le anegaban los ojos de nuevo—. ¿No pudiste llegar antes?

Era una tontería. Angkeel no habría podido salvar a Yorsh. En compensación, la había salvado a ella. Robi se tragó las lágrimas que asomaban a sus ojos y acarició la cabeza de la joven águila. La llegada de Angkeel debía haber tranquilizado a Erbrow que abrazó a su amigo con todas sus fuerzas; luego miró a Robi e hizo un gesto extraño: señaló primero las alas de Angkeel y luego el paisaje que los rodeaba. Lo repitió más de una vez. El Conde aún estaba vivo. A pesar de la flecha y de la sangre perdida todavía podía hablar.

—Señora, le pido perdón... Yo le pido perdón... Le ruego... Si puede... Usted... heredera de Arduin... Salve a Daligar... salve a mi ciudad... Estos criminales, estos locos la han abandonado... Daligar, al igual que yo, se manchó de mezquindad, pero no merece morir... Tenga, tome mi collar... son las insignias del Condado... le ayudarán a ser reconocida...

El hombre murió. Robi le cerró los ojos. Una vez más experimentó la tentación de

ponerse a llorar, de sollozar hasta morir, y una vez más, la última, la repudió. No lloraría.

Ahora tenía que salvar a sus hijos.

El tiempo de las lágrimas llegaría. Quizá después. Al terminar la guerra.

Hasta entonces sus ojos permanecerían secos y su alma de piedra.

Ahora tenía que regresar a la aldea de Erbrow. Tenía que regresar a su casa en la playa donde el sonido de las olas se fundiría con el recuerdo de Yorsh y tampoco entonces podría llorar. Quizá después. Al terminar la guerra.

Tenía que recobrar las fuerzas, tener a su hijo y preparar su guerra.

Combatiría. Reconquistaría el mundo para que sus hijos tuvieran un lugar dónde vivir. Cambiaría las reglas de tal modo que sus hijos pudieran vivir sin ser perseguidos. No tendría piedad. Yorsh no la había obtenido.

La piedad había muerto con la estirpe de los Elfos.

—Robi —gimoteó Jastrin—, ¿vamos a casa?

Robi levantó la mirada. La armada de los Orcos se estaba desbandando hacia el oeste y ahora las alas occidentales de la formación estaban demasiado cerca de la entrada de la garganta de Arstrid.

Su corazón, cansadísimo, titubeó de horror.

No podía escapar al descubierto en esa dirección, eso sería un suicidio. La única forma en que podrían pasar sin ser vistos ni perseguidos era escalar hasta la cúspide, quedarse en la oscuridad de las rocas y pasar por el arrecife alto, pero era impensable para ella con su barriga. Y era aun más impensable para Erbrow tan pequeña, por no mencionar las piernas de Jastrin. Además era difícil no llamar la atención cuando un águila gira a pocos palmos por encima de tu cráneo.

No podía regresar a casa.

Las palabras seguían dando vueltas en su cabeza como un estribillo. No podía regresar a casa.

Robi miró alrededor. Solo podía escapar hacia el este: hacia Daligar, la ciudad que odiaba, que había visto colgar a sus padres y por poco a ella también. Si los Orcos habían invadido la llanura, la única cosa que podría salvarlos a ella, a su hija y a Jastrin era poner las murallas de Daligar entre ellos y los Orcos.

El Juez no estaba en Daligar para ordenar que la vida de los niños también fuera destruida.

Quizá la matarían a ella si la reconocieran, pero con seguridad a los niños no.

—Ahora no podemos —respondió con dulzura—. Los Orcos están entre nosotros y nuestra casa. Tarde o temprano regresaremos. Ahora te pondré a ti y a Erbrow sobre el caballo. Tú la cuidarás a ella y yo te cuidaré a ti, y verás que nos las arreglaremos.

Robi no levantó los ojos hacia la pira fúnebre. No podía llorar y no debía sentir la tentación de hacerlo. La idea de que nunca más escucharía la voz de Yorsh, de que

nunca más se dormiría oyendo su respiración, de que nunca más encontraría sus ojos la golpeó como un tajo de espada.

Las dos palabras «nunca más» resonaban en su cabeza como los toques de una campana fúnebre y las desechó. Después, más adelante, habría lugar para la desesperación y para esas palabras.

Se colgó al cuello las insignias de oro de la ciudad de Daligar. Pensó inclinarse sobre la hierba donde había muerto su esposo y arrancar un terrón cargado de pequeñas margaritas con pétalos manchados de rojo oscuro: podría ponerla en el bolsillo secreto de su vestido, donde estaba la honda, la que su padre le hizo de niña y que ya más de una vez le había salvado la vida, pero no se atrevió. El riesgo de ponerse a llorar era demasiado alto. No debía. No podía. Si le abría paso a la desesperación, se sumergiría en ella y sus hijos estarían perdidos.

Rosalba recogió la espada de Yorsh. Sentir la empuñadura en la palma de la mano le devolvió el coraje. Con frecuencia la había usado para cocinar las tortillas de huevo de gaviota que se doraban largas y delgadas y que le recordaban la hierba secada al sol en verano; y que también había utilizado para partir la leña que calentaba su casa y la piedra con la que la habían construido. La espada no se ennegrecía, no se astillaba. Por el contrario, su resplandor aumentaba.

El orgullo de ser utilizada para combatir contra los enemigos atávicos del frío y del hambre no debía ser inferior al de batirse contra enemigos armados.

Robi pasó por encima de su hombro derecho la hebilla del cinturón que la sostenía, de tal modo que la espada le quedara sobre el flanco izquierdo y nada presionara su vientre redondo ni le impidiera respirar.

Se puso la corona en la cabeza, no solo porque el bolsillo secreto era muy pequeño, sino porque sentía frío en el cráneo terriblemente rasurado.

A poca distancia de ellos, tan indiferente ante los gritos de los Orcos como lo había estado ante el galope de la caballería, Enstriil esperaba, inmóvil. Robi se le acercó, le puso en la grupa primero a Erbrow y luego a Jastrin. Por último, con un esfuerzo indescriptible que le arrancó un gemido, subió también ella. Angkeel se acurrucó adelante de Erbrow, apretado contra ella.

—Vamos, cariño, ánimo, hacia el este —lo espoleó—. Vamos deprisa, escondidos entre los castaños, y ellos no nos verán. Ellos van a pie. Lo lograremos. Mañana estaremos todavía con vida y también al día siguiente.

El caballo se quedó por unos instantes con los ojos fijos en la pira. Después, muy lentamente se movió.

Robi buscó entre las sombras con la mirada para tratar de localizar a Moron, pero no lo consiguió. No podía haberse ido con el Juez porque iba a pie. Tenía que estar en algún lado, cerca, bajo la sombra de algo lo suficientemente oscuro para esconderlo. Robi le deseó, y recalcó bien las palabras para asegurarse de que las oyera, que lo

encontraran los Orcos. Le recordó que de todos modos eso le convendría más que si ella lo encontrara.

Después se encaminó hacia Daligar.

Capítulo 30

Moron se quedó en la sombra, dentro de una cueva entre las rocas que se elevaban sobre la garganta. La bruja lo maldijo y se fue en su caballo con las dos criaturas atrás, su hija y el latoso de Jastrin, una Medio-Elfo y un medio-tullido. ¡Bellísima e importantísima compañía!

El hombre miró con vaga desilusión la placa de soldado raso que le colgaba sobre el pecho pegada de una cadena de latón que, con la luz apropiada, también podría parecer de oro. Solo con la luz apropiada, sin embargo...

Los soldados de la caballería se habían marchado. Nunca le había importado mucho que alguien lo quisiera de verdad, estaba acostumbrado a que lo abandonaran, pero...

Lo habían abandonado allí, a pie, con la bruja por un lado y los Orcos por el otro: era muy poco cortés. ¡No faltaba sino el águila! Por suerte, estaba muy ocupada haciéndole arrumacos a la niña y no había venido a arrancarle los ojos del cráneo.

Tal vez no había hecho una buena negociación por el Elfo. Debió haber pedido el cargo de soldado a caballo y no el de soldado raso. Al menos ahora serían los cascos del caballo los que estarían en el suelo tratando de poner la mayor distancia posible entre él y los Orcos, y no sus pies encerrados dentro del calzado de soldado, de metal y cuero, al que no estaba acostumbrado y que a cada paso lo hacía tropezar. La bruja se había ido hacia el este. Lo mejor para él era tomar la dirección opuesta.

Él podía lograr escapar si se dirigía hacia el mar.

Siempre en la sombra, Moron escaló hasta lo alto de las rocas y allí se agazapó. Avanzó arrastrándose, volteándose de vez en cuando para mirar las tropas aterradoras que pasaban por debajo. Las horribles máscaras de guerra lo aterrorizaban. Los gritos bestiales lo ensordecían.

Deseó con todo el corazón que capturaran a la bruja y la hicieran pedazos.

Al menos el Elfo había muerto.

Al menos había logrado esto.

La criatura, sin embargo, todavía estaba viva. No por mucho tiempo si la atrapaban los Orcos. Tampoco sobreviviría mucho si el Juez la atrapaba.

Si, por el contrario, llegaba a Daligar, cabía la posibilidad de que su madre se hiciera dar el puesto de Reina. Era la nieta de ese tipo Ard... algo, ese que, cuando lo oían nombrar, todos se ponían en posición de firmes. Tenía la corona en la cabeza, el collar del Conde en el cuello y en Daligar ya no había nadie que gobernara. Reina. No soldado raso, como él. Esa era capaz de cualquier cosa. Hay gente a la que siempre le sale todo bien. Él no podría llegar hasta Daligar. Era fácil que en Daligar encontrara a Robi ejerciendo como Reina, como dijo el tipo con la barba que le dio el collar, ese sí de oro, no de latón como el suyo. Y con Robi de Reina, si él se

presentaba, no le darían ni el rango de soldado raso, sino una hermosa cuerda para colgarlo en la plaza.

El Elfo, sin embargo, estaba muerto.

Siempre reptando, Moron logró entrar en la garganta. Allí se liberó de sus inútiles opeles de soldado. Soñó toda una vida con ellos, pero ahora podrían acarrearle la muerte. Una muerte bastante fea también, ya fuera que le echaran mano los Orcos o Robi, por no hablar de sus paisanos, los habitantes de Erbrow, porque solo a un Elfo cretino se le podía ocurrir un nombre de esa clase para un lugar donde vive gente.

Una vez, años atrás, mientras trataba de explicarle a Creschio lo despreciable que era el Elfo, él lo miró a los ojos y masculló que si alguna vez lo pescaba haciéndoles daño al Elfo o a los suyos, lo haría trizas.

Era un problema que tuviera que regresar a Erbrow ahora.

El plan no había incluido para nada el tener que regresar a Erbrow. El plan era que el Elfo, Robi y la chiquilla morirían y él se quedaría de por vida en Daligar tomando cerveza y viviendo feliz.

¿Por qué las cosas nunca le resultaban a él como era debido?

Aunque sin embargo, pensándolo bien, también estar en Daligar tomando cerveza y viviendo feliz, aun si hubiera sido posible, y no lo fue, cómo decirlo...

Moron buscó las palabras en la cabeza.

En cierto sentido...

Le hacía falta el Elfo.

Era difícil odiar a alguien toda la vida y luego... nada, nada más.

Era una pérdida, era como sentirse rengo.

De niño, cuando su padre le daba tantas patadas y después no podía caminar, se quedaba acurrucado entre la pila de leña y la chimenea, y si era verano, se pasaba el día capturando moscas y arrancándoles las alas. Solo para pasar el tiempo.

En cierto modo se sentía como una mosca sin alas.

Aunque todo hubiera salido bien, si ahora él tuviera una pinta de cerveza en la mano y el cuartel de los soldados alrededor, tendría la impresión de que algo le faltaba... Además, nada había salido bien... ya no tenía nada.

Paso tras paso se consumaron las millas. El sol salió, luego se puso, luego salió otra vez. La lluvia lo empapó, la brisa lo secó y por fin Moron llegó a la cascada.

Le hubiera bastado con instalarse de por vida en la garganta, en cualquier parte a lo largo del Dogon; arriba, un poco hacia un lado del paso hacia Daligar. Habría evitado tanto a Creschio como a los Orcos. Habría comido castañas, carrizos, petirrojos, babosas, a veces nada de nada, total, ya estaba habituado. Escondido entre los castaños, jamás lo hubieran encontrado.

El hecho era que... en cierto modo... no tenía ganas.

Podía sobrevivir con castañas y hambre, pero no tenía ganas... y tarde... o

temprano Robi o Creschio o ambos lo atraparían. Y entonces sería difícil.

Sin embargo, no era solo por el miedo: en realidad era que no tenía ganas. Una mosca sin alas.

Aunque conocía los pasajes y la oscuridad lo protegía, mientras bajaba la cascada tenía que tener cuidado.

Creschio, Caren Aschiol, comandante de Erbrow con las armas que encontraron en las cuevas, al saber que la tierra había sido invadida por los Orcos, había organizado trincheras de centinelas y fuegos para avistar al enemigo.

Moron logró evitar todo. Era bueno para arrastrarse. Era bueno para esconderse. Cada uno es bueno para algo. No hay nadie que no sea bueno para nada.

Moron descendió, cayó, resbaló, pero siempre en silencio: nadie lo vio y la oscuridad lo ocultó. Mucho antes del amanecer llegó a la playa de Erbrow.

El agua del mar estaba fría y lo heló.

Moron se sumergió lentamente y, como no sabía nadar, correteó hasta llegar al Escollo del Orco Tonto, el Último Orco. Se quedó allí a esperar el alba. Con las primeras luces del día vendría la marea alta.

Cuando su hermano menor murió en la Casa de los Huérfanos, Creschio le dijo que él era una especie de Orco porque era capaz de robarle la polenta hasta a su propio hermanito y provocarle la muerte. Pero ¿a él por qué tenía que importarle su hermano menor? Ese se había quedado al lado de mamá un montón de tiempo después de que a él, Moron, lo llevaron a la Casa de los Huérfanos. Hay gente a la que todo siempre le sale bien.

Con el amanecer la marea alta llegó. Moron se estremeció. Su vida terminaba allí. Al menos terminaba cuando él quería: también había logrado esto, por lo menos.

Lo preocupaba morir de frío. Siempre odió el frío. Incluso en verano llevaba consigo esa sensación de frío interno, como una chimenea oscura en una casa.

Moron se encogió de hombros: lo importante era que acabara pronto. De todos modos, donde él moriría no crecerían margaritas.

Pero se equivocó.

Después de que el agua le ahogó la respiración, después de que el mar lo arrastró, cuando la marea bajó y el escollo afloró de nuevo, un puñado de margaritas lo recubría. Eran pocas, pequeñas, deformes y torcidas, pero ahí estaban, como un reclamo mudo, inútil y tardío de una ternura imposible.

Nadie las notó.

La marea siguiente las borró para siempre.

LIBRO III
EL ÚLTIMO ORCO

Capítulo 1

Robi tuvo suerte. Los Orcos, al llegar a la que había sido la pira fúnebre de Yorsh, probablemente habían decidido acampar allí. Oyó su algarabía y se dio cuenta de que no la estaban siguiendo. Cabalgó durante una noche y un día. Bebió agua en los riachuelos. Saqueó cerezos, robó zanahorias y manzanas secas de las granjas abandonadas y solo se detenía el tiempo necesario para que a Enstriil no lo venciera el cansancio. Abrumada por la fatiga, se adormecía con frecuencia y caía en un sueño breve que las pesadillas entristecían y del cual se despertaba con un doloroso sobresalto. Delante de ella estaban Erbrow, silenciosa y como envuelta por el sueño, y Jastrin que había seguido llorando hasta medianoche y hubiera continuado si Robi, enardecida, no lo hubiera obligado a parar.

Una vez calmado, Jastrin volvió a empezar con su verborrea. Robi añoró los sollozos. Jastrin conocía la profecía de Arduin: hacía parte de sus fragmentarios pero considerables conocimientos históricos. Apenas se secó los ojos, comenzó a hablar sobre esta: ¿era cierto que ella, al igual que su antepasado, veía el futuro?

La otra mitad de la noche alabó sin cesar la clarividencia de Robi.

—... Es una suerte saber el futuro. Así siempre sabes qué hacer, qué decir, y no te pasa como a nosotros que somos tipos comunes... ¡Siempre sabes cómo vas a acabar! Todo está en tu cabeza. Basta con cerrar los ojos y ya está. Todo es fácil... ya todo se sabe...

Jastrin era tenaz y no desistía. Cuando encontraba un tema de conversación podía seguir adelante desde el brillo de las primeras estrellas vespertinas hasta el brillo de la aurora, y de nuevo desde esta hasta el atardecer sin ninguna interrupción, excepto la estrictamente necesaria para respirar.

Robi trataba de pensar, pero la voz del otro, imparable, le llenaba los oídos.

Lo odió y lo maldijo en su cabeza: no con el odio rabioso ni con la maldición áspera que se reserva para los enemigos, sino con ese gentil y quedo con el que inevitablemente se ataca a los fastidiosos.

Solo un cretino sin remedio podría pensar que sus visiones fueran una bendición. En realidad eran parciales, caóticas, imprevisibles, casi siempre incomprensibles y contradictorias y, a veces, absurdas. La habían protegido y ayudado durante la difícil fuga con Yorsh cuando era una niña. Por lo demás, siempre lograba descifrar su sentido solo cuando ya era demasiado tarde. Le parecían cada vez más inútiles, molestas y ruidosas como moscas en una tarde de verano. Cuando Yorsh se había marchado para ir a morir, la única cosa que había ocupado su mente impidiéndole pensar cualquier otra cosa era la visión de una manada de lobos que corría.

Después del horror de la muerte de su esposo, las visiones se esterilizaron, se espaciaron y perdieron cualquier característica reconocible. Yorsh solía decir que el

dolor acababa con la magia de los Elfos. Algo por el estilo debió sucederle a ella: desde que su marido se había perdido en los reinos de la muerte, lo único que le quedaba en la cabeza eran sombras indiferenciadas, manchas coloreadas que se intersecaban en una niebla opaca y oscura.

Aunque los días eran templados, Robi sentía frío en el cráneo afeitado. Probablemente, aunque la estación no fuera rigurosa, necesitaría tiempo para acostumbrarse a estar sin cabello. Seguía llevando en la cabeza la corona suntuosa y refinada en la que las ramas de hiedra se entrelazaban y el oro de los repujados se alternaba con los azules de los esmaltes. La corona brillaba como con luz propia. El collar de oro del Conde de Daligar que llevaba al cuello sobre sus andrajos tenía un brillo más tranquilo y discreto.

Por todas partes encontraron prófugos del Condado. Los Orcos estaban llegando. Era imposible escapar: se decía que el camino hacia las Montañas del Norte ya estaba bloqueado.

El Juez y la armada de Daligar ya estaban a salvo.

La corte, avisada por los fuegos y provista de armas y equipaje, también se había precipitado hacia Alyil, la Inaccesible, la Ciudad Halcón en las Montañas del Norte.

La decisión de ir a Daligar seguía pareciéndole a Robi la más absurda de todas y la única posible. Confundida por la voz de Jastrin y por su propio aturdimiento, seguía dándole vueltas.

El cansancio era tan terrible como el hambre y ninguno de los dos era comparable a su desesperación. La jornada transcurrió con lentitud. Robi hablaba de vez en cuando, en parte para tranquilizar a su hija, en parte para tranquilizarse a sí misma y en parte para escuchar su propia voz.

Repetía siempre la misma frase:

—Seré la madre de dos hijos vivos.

* * *

A veces Robi se bajaba del caballo y caminaba para dejar reposar a Enstriil. Las cabezas de Jastrin y de Erbrow se mecían por el sueño y la suya hubiera deseado hacer lo mismo. Tenía un caballo, una corona en la cabeza. Toda esa gente sin esperanza debió haber tenido la impresión de que ella era una guía. Se dio cuenta de que la seguían a ella, a falta de algo mejor.

Cada vez que cerraba los ojos solo veía sombras indiferenciadas.

Quizá el futuro aún no estaba escrito. Quizá todavía estaba por decidirse. Quizá, simplemente, su clarividencia había muerto junto con Yorsh.

No tenía miedo. Quizá este también había muerto ahogando por la desesperación.

Por fin la odiada ciudad de Daligar estaba a la vista. Por fin Robi se encontró fuera de los bosques. Detrás de ella se engrosaba el torrente de prófugos. Los rumores de estos confirmaron que la noche anterior habían brillado fuegos de advertencia. Muchos los habían visto y, al igual que ellos, la ciudad había sido advertida de la llegada de los Orcos. Por lo menos todavía había centinelas.

Pero no todos habían sido advertidos. Otros prófugos, de hecho, hablaban de un Elfo Maldito que, después de haber sublevado a los Orcos, había tenido la indecencia de burlarse de ellos. Robi escuchó cómo aquella indecencia había sido la salvación de ellos, pues les había permitido escapar.

Robi tuvo que hacer un esfuerzo para no maldecir. Tuvo también la tentación de echarle mano a la espada y saldar con sangre la cuenta de aquella cruel imbecilidad.

Recordó la grandeza y la generosidad de su esposo muerto que había salvado la vida de toda esa gente aprovechando la animadversión que sentían por él. El recuerdo de Yorsh le laceró el corazón, pero lo desechó de nuevo porque ahora debía combatir por sus hijos y no podía hacerlo con el corazón herido.

* * *

Daligar estaba rodeada de personas desesperadas que se iban organizando cada vez mejor a medida que uno se acercaba a las murallas de la ciudad.

Debió haber habido varias oleadas de prófugos en el lugar. La más reciente todavía estaba en marcha y comenzaba a establecer un campamento. Los minúsculos refugios nacían como hongos; se construían poniendo capas sobre palos de madera enterrados en la tierra. Eran más bajos que la estatura de un hombre y, por supuesto, había que estar a gatas en su interior. Por todas partes se cocinaba alguna cosa en hogueras improvisadas. Encima de los fogones se ponían a secar hileras de camisitas en cuerdas extendidas.

La más antigua, junto a las murallas, estaba ya organizada en casuchas y huertas diminutas delimitadas por hileras de tomates entre las cuales correteaban algunos pollos escuálidos, tan preciados que las bandas de chiquillos gruñones, armados de cañas y bastones, no les quitaban el ojo de encima. Robi le pidió de comer a una señora que estaba cocinando un pedazo de pan en una planchita abollada y sucia. Se lo pidió por caridad: el hambre era insoportable y no tenía nada que darle a cambio. Solo llevaba encima una túnica sucia y rota y estaba descalza. Dentro de la calamidad había un ínfimo motivo de consuelo: la noche del secuestro, Erbrow se había acostado con la túnica y el delantal con los juguetes dentro de los enormes bolsillos bordados. La niña estaba descalza, pero la ropa que llevaba puesta era suficiente para protegerla del frío; además, era una bendición que tuviera sus juguetes porque ahora,

anonadada, silenciosa y atónita, al menos podía seguir apretando la barquita y la muñeca entre las manos.

La mujer se levantó con una sonrisa airada. La sola idea de que alguien le pidiera su pan sin tener nada que darle a cambio era un insulto y una burla.

—Tienes ese collar de oro que te cuelgas al cuello, belleza. No sé a quién habrás timado, pero si me das un eslabón, podemos discutirlo —dijo despectiva.

La desesperación abismal y el cansancio sobrehumano que la embargaban habían hecho que Robi se olvidara tanto del collar como de la corona. Reconoció lo difícil que era pasar inadvertidos al presentarse a caballo luciendo aquellas cosas o pasar por una mendiga mientras estaba bañada en oro. No había nada que hacer. Se obligó a sacudirse y a comenzar a pensar de nuevo.

El collar estaba hecho de láminas separadas, enganchadas una con otra. De hecho, no sería difícil desarmarlo. Fue entonces cuando Angkeel, que hasta ese momento había estado dormido en el regazo de Erbrow, se despertó y levantó el vuelo con un grito ronco: dio una vuelta lenta y luego se le posó en el hombro. Robi levantó de nuevo la vista hacia la mujer, pero no la encontró. Tuvo que escuchar la voz de esta para encontrarla de nuevo, arrodillada frente a las patas de Enstriil.

—Señora mía —dijo la mujer—. Señora mía, perdón. Le pido perdón. Se lo suplico. No se enoje: soy una mujer pobre. Nosotros somos gente pobre, nosotros no sabíamos. No la había mirado. No había visto la corona ni la espada. No había visto el águila. Usted es uno de los antiguos Reyes, ¿no es cierto? ¿Vino para salvarnos? El Juez escapó. Estamos solos. La corte, los soldados: todos escaparon. Solo quedamos nosotros para hacerles frente a los Orcos. Señora mía, solo está usted... se lo suplico... Señora mía, ¿quién es usted? ¿Es usted real o es un fantasma que ha atravesado el tiempo?

Robi se quedó perpleja.

—Me llamo Rob... —se interrumpió: no era eso lo que debía decir—. Soy Rosa Alba, heredera de Arduin —logró articular por fin. Después el hambre prevaleció sobre lo demás—. El pan... —murmuró.

La mujer se apresuró a ponérselo aún demasiado caliente entre las manos y luego se alejó con una reverencia.

Jastrin se precipitó a explicarle en un susurro:

—Los antiguos Reyes están en el antiguo palacio de Daligar. No, no ellos: las estatuas de ellos. Yorsh me lo dijo, es decir, Yorsh me lo había dicho cuando estaba vivo. Sabes, los antiguos Reyes llevaban las coronas sobre la cabeza rasurada. Fueron tiempos algo, como decía Yorsh, bastos, tiempos algo bastos. Creo que lo que quería decir era que todos eran una manada de palurdos, campesinos y vaqueros que se ponían una corona en la cabeza cuando había que combatir; eran personas honestas pero de todas formas combatientes hábiles. No se contaba con una gran habilidad

para fabricar cosas y mucho menos yelmos. Las uniones de las celadas eran tan toscas que el cabello se les quedaba atascado en ellas; entonces se lo afeitaban para ir a la guerra. Había que combatir. Sabes, con la corona puesta sobre la cabeza rasurada, es probable que te asemejes a las estatuas de los antiguos Reyes. Y además tienes a Angkeel. Los Reyes se distinguían de los otros guerreros por el águila. Cada Rey tenía un águila: debe estar también en las estatuas. Angkeel te está haciendo dar una excelente impresión. Lástima que no tengamos también un lobo. Arduin tenía un lobo. Sé todas estas cosas porque Yorsh me las explicó. Es increíble cuántas cosas sabía Yorsh y lo bien que las contaba. Ah, perdona, olvidé que me pediste que no lo nombrara.

Para Robi oír pronunciar el nombre de Yorsh era como una puñalada, pero logró contenerse para no callar al chiquillo. Tenía que endurecerse más si quería que los hijos de Yorsh vivieran. Tenía que hacer que su propio corazón fuera más duro que el diamante y que el acero.

Robi hizo saltar el pan entre las manos y lo sopló para enfriarlo un poco y luego lo compartió con Jastrin y Erbrow. Otros mendigos se acercaron y, con timidez, hablando todos a la vez, le contaron que casi toda la corte, advertida por los fuegos tal vez, quién sabe, o incluso por algún mensajero enviado por el Juez, se había marchado el día anterior hacia Alyil, la Ciudad Halcón, en las Montañas del Norte.

—Todos se fueron, sabe. ¿Quién es usted, Señora? ¿Vino a ayudarnos?

—Señora, perdone, sin ánimo de ofenderla, si se trata de gente extraña, usted es asaz extraña. Pero aquí en realidad no quedó nadie más. ¿Ahora el jefe de la ciudad es usted?

—Señora, no nos abandone, por el alma de sus muertos y por la de los nuestros. La mayor parte de los soldados se fue de la ciudad: escoltaron los caballos y los palanquines.

—Solo quedaron los soldados de las puertas y los de las escarpas.

—¿Entonces quién nos va a defender?

—Daligar está vacía...

—Desarmada...

—Sola. Dejaron sola a la ciudad. Señora, acá solo quedaron las murallas y usted. ¿Es usted una guerrera? ¿Sabe hacer alguna cosa?

—Señora, perdone, nos puede dejar entrar a la ciudad también a nosotros, porque si llegan los Orcos, estaríamos mejor al otro lado de las murallas...

—Señora, por el alma de sus muertos y por la de los nuestros...

Con la boca llena de pan, Robi se acercó al foso. Abajo, el agua estaba estancada y cenagosa. Estaba verde, recubierta por una capa tupida de algas que daba la impresión de ser un prado. Estaba alta. Podía detener a la armada enemiga. El majestuoso puente levadizo bajó y ella lo atravesó.

La puerta de la ciudad estaba cerrada por una enorme reja que bajaba desde arriba y que era manipulada por un grupo de guardias con un sistema de cuerdas tirado por un cabrestante.

Robi miró a los guardias y los guardias la miraron a ella.

Robi pensó que si se los pedía con suficiente cortesía, si se los suplicaba, quizá los convencería de dejarla entrar y, al menos por esa noche, su niña estaría a salvo.

Mientras todavía estaba buscando las palabras, dejó vagar la mirada sobre los otros refugiados: había una nube de niños harapientos y una multitud de madres desesperadas. Era difícil que ella pudiera encontrar palabras más entristecedoras, suscitar miradas más piadosas que aquella humanidad doliente.

Robi se tragó el pan, descendió del caballo, levantó la cabeza altiva sobre los hombros, puso una mano sobre la empuñadura y la otra en la reja. Trató de entender por los adornos de las armaduras quién era el jefe y se dirigió a él.

—Soy Rosa Alba, heredera de Arduin. Las insignias de la ciudad me fueron encomendadas. Levanten la reja.

Se hizo un silencio desconcertante. A las espaldas de Robi se estaba reuniendo la pequeña multitud de refugiados.

La desesperación tenía que haber echado raíces entre los soldados. El nombre de Arduin resonó de nuevo como el toque de un cuerno. Las cabezas se levantaron. Las miradas se animaron. Robi recuperó el coraje: había dicho la frase justa. Esta gente solo quería un jefe y un rayo de esperanza en estos momentos en los que el jefe en el que habían creído se había marchado y la confianza los había abandonado. Años y años de adiestramiento en la más ciega obediencia, años y años de soportar la más siniestra crueldad, le habían quitado a Daligar cualquier rastro de inteligencia y de coraje. La estupidez y la cobardía reinaban sin resistencia alguna.

Sin un jefe que les dijera qué debían hacer se dejarían masacrar como mosquitos.

Ni siquiera les habían dado refugio a los prófugos ni habían levantado el puente levadizo. Debía existir algún decreto que nadie se atrevía a violar, dados los aterradores métodos con los que el Juez castigaba la insubordinación, y por esta razón iban a morir sin siquiera intentar resistir.

—Ejem —comenzó con esfuerzo el líder de los guardias—. Doña Rosa Alba... es decir... Señora... Yo... No es culpa mía... Verá... No tenemos la llave de la ciudad... Es necesario ir a pedírsela al Senescal... No es posible pedirla sin la autorización...

Robi pensó que no era necesario.

Podría lograr su objetivo al haberlos tomado por sorpresa con la corona en la cabeza, las insignias de oro al cuello, el nombre de Arduin en la boca y la magnífica águila blanca y azul en el hombro.

Se habían quedado encallados en las reglas.

Se necesitaba demasiado tiempo para obtener la llave: la autorización para pedirla, la decisión de usarla.

Para ese entonces el momento mágico habría pasado. La emoción se habría diluido y la disciplina habría prevalecido. De un momento a otro alguien relacionaría que Rosa Alba podía ser abreviado como Robi y recordaría que sobre su cabeza pesaba una condena a muerte: sería el fin.

Erbrow, se había quedado en la grupa de Enstriil, junto a Jastrin. La niña estaba exactamente a la altura del enorme pestillo de hierro repujado. Puso encima de este la manita rolliza que ni siquiera hubiera tenido la fuerza para levantar la llave.

Clank.

El pestillo se abrió con un ruido fuerte y seco que resonó en el silencio.

Robi logró impedir que el rostro delatara su estupor. Fulminó a Jastrin con la mirada para que no delatara el suyo y permaneciera callado por una vez. Se juró recordar que su hija tenía poderes que habían sobrevivido a todo, incluso al dolor.

Impasible, inamovible, repitió la orden. En este momento no cabían medias tintas.

—Soy Rosa Alba, heredera de Arduin. Las insignias de la ciudad me fueron encomendadas. He venido a combatir por Daligar —de hecho, nada de lo que dijo era falso—. Suban la reja de prisa y déjenla abierta hasta que la totalidad de los refugiados que acampan en el exterior de la ciudad haya entrado. Después de que todos estén a salvo, bajen la reja y suban el puente levadizo.

Las órdenes fueron acatadas de inmediato.

* * *

Robi entró de primera, a pie, llevando a Enstriil de las riendas. Jastrin y Erbrow miraban a su alrededor con los ojos abiertos de par en par: era la primera vez que veían una ciudad. Daligar estaba miserable, desconchada y plomiza por el descuido y la miseria, pero de todos modos la maravilla se dibujó en las expresiones atónitas de ambos.

Angkeel seguía encima del hombro de Robi. Era un peso considerable, pero tranquilizador. Era evidente que la nueva soberana de Daligar le debía en buena parte su éxito.

Cuando el último carronato de prófugos entró, la reja se bajó con un estruendo seco. Mientras tanto el puente levadizo se elevó con un largo chirrido que se intercalaba con el ruido de las cadenas.

En ese momento aparecieron los Orcos: una armada tras otra, pelotones y pelotones fueron saliendo de los bosques todos a la vez.

La caballería que los precedía se exhibió en una carga tan inútil como cómica que

arrasó con las huertas y las hileras de tomates y luego se detuvo en desorden contra el foso.

Los enemigos elevaron gritos bestiales que fueron respondidos con imprecaciones desde las escarpas.

—Señora, el puente levadizo del lado norte está todavía abajo —vino a comunicarle uno de los alabarderos—. Para llegar hasta allí los Orcos tienen que atravesar el Dogon. Hay un puente de madera a media legua. ¿Debemos levantarlo también?

—Por supuesto —respondió Robi—, después de que haya entrado la gente que esté acampada en los alrededores.

De nuevo la sorprendió que hasta para una acción tan obvia se necesitara una autorización o la aprobación de un perfecto desconocido que había aparecido de la nada y declaraba ser el líder.

Estaba atrapada en una ciudad que hasta un instante antes hubiera estado dispuesta a colgarla y donde la estupidez y la cobardía de los defensores solo eran equivalentes a la crueldad y al coraje de los que la asediaban.

El torrente de prófugos que ahora se hallaba agolpado en torno al pozo en la plaza baja, justo después de la entrada de la ciudad, elevó plegarias de agradecimiento.

Arduin había mandado a un ser extraño que los había salvado.

En ese momento Angkeel decidió que ya había pasado mucho tiempo en su real inmovilidad y abatió a un enorme cerdo que habían dejado descuidado; de todos modos, ahora el poder real de la nueva Reina se había establecido y ya nada hubiera podido lastimarlo.

Capítulo 2

El jefe de los guardias de la Gran Puerta acompañó a Robi hasta el palacio del Juez, que había sido el palacio de los Reyes. Robi conocía vagamente el lugar porque había estado prisionera en sus sótanos cuando era una niña y Yorsh había ido a liberarla.

El palacio era extraño: era curiosamente torcido y asimétrico y tenía unas pocas ventanas espaciadas. Rosalba atravesó salones suntuosos y desiertos, corredores severos y desiertos, habitaciones escuetas y desiertas, un hermoso jardín lleno de flores y, por último, subió por una escalinata llena de glicinias hasta la «Gran Sala del Viejo Trono», como lo llamó el jefe de los guardias. Tres de los lados de la sala estaban cerrados y el cuarto se abría en una galería larga donde estaban, a intervalos regulares, las enormes estatuas en piedra de los Reyes de Daligar: todos tenían una espada entre las manos, los más antiguos llevaban la corona sobre el cráneo rasurado y los dos primeros de la fila, los primeros Reyes de Daligar, tenían un águila en el hombro. La sala y la galería estaban en el primer piso, encima de un patio bordeado por un pórtico con columnas entorchadas que sostenían arcos rampantes, algo completamente diferente al resto del extraño y hostil palacio.

—Segunda dinastía rúnica —explicó Jastrin.

El guardia también se entregó a las disquisiciones arquitectónicas.

—Allá, donde están los arcos y las columnas, es la parte antigua y se remonta a las dinastías rúnicas —explicó—. De eso queda poco porque el Juez hizo demoler todo para reconstruirlo de acuerdo con sus gustos. Todo, menos algunas cosas que se conservaron aquí por ser la galería de los Reyes, el corazón de Daligar, aunque a él no le gustaban. Este no era el trono del Juez —añadió el soldado señalando un enorme trono de piedra, sin ningún adorno—. Este era el de Arduin. El Juez estaba en la «Pequeña Sala del Nuevo Trono»: ese era el suyo.

Rosalba llevaba en brazos a Erbrow que se había dormido y en el hombro a Angkeel que tampoco estaba muy despierto. Jastrin renqueaba detrás de ella.

Mientras atravesaba la larga galería con las estatuas de los Reyes, Rosalba vio venir hacia ellos dos personajes inesperados, los primeros que encontraba en el palacio. Adelante iba caminando un dignatario alto de cara alargada, barba larga y suelta y cabello largo blanco, que vestía ropa lujosa de brocado claro. Lo seguía un hombre también de edad, pequeño, calvo, de cara redonda y barba corta que llevaba un vestido de lino cubierto por una túnica oscura que, por lo refinado, daba la impresión de ser un atuendo de trabajo.

Al llegar a la altura de ellos Robi se detuvo.

—La ciudad está cercada por los Orcos y es necesario salvarla —anunció—. Yo soy Rosalba, heredera de Arduin.

De nuevo se felicitó a sí misma por haber armado un discurso en el cual ninguna afirmación era falsa o rebatible. Se hizo un silencio lleno de asombro. El primero en reaccionar fue el viejo pequeño: el hombre se iluminó y después la recibió con una profunda y sentida reverencia.

—Señora —se presentó—, soy el Jefe de la Casa de los Reyes; le ruego me haga el honor de considerarme a su servicio. Cualquier cosa en que pueda servirla, pídale... Su presencia... el hecho de que esté aquí... —titubeó buscando las palabras—. No estamos solos frente al peligro. Una heredera de Arduin está con nosotros. Usted, Señora, es el único rayo de sol en la oscuridad inminente de esta noche atroz.

La reverencia del otro, el viejo alto, fue mucho menos profunda: de hecho, más que una reverencia fue un gesto con la cabeza.

—Soy el Senescal de la ciudad, Señora, y jamás hubiera pensado que antes de morir, no siendo suficiente ya el doble ultraje del abandono y de la agresión de los Orcos, Daligar, además, tuviera que tener un comandante descalzo.

Robi se quedó desconcertada. Se preguntó si debía enojarse o ignorarlo. El Jefe de la Casa de los Reyes debía ser el que se ocupaba de la cocina, de hacer barrer las escalas, hacer las camas y de todas esas cosas necesarias para que una casa no se convierta en un refugio de cucarachas, murciélagos y ratas. Pero no estaba segura de saber con exactitud qué era un Senescal. Probablemente era algo muy similar a un consejero. Y si el larguirucho con la melena blanca había sido el consejero del Juez, esto era un motivo adicional, siendo el otro su antipatía, para no meterse con él.

En todo caso la había llamado «Señora». Pensó que debía posponer la discusión: tal vez este no era el momento para debilitar su ya bastante escaso frente. Después cambió de idea: era probable que al día siguiente todos fueran asesinados. Era su primera y última noche como jefe de cualquier cosa. Así que mejor hacía su papel de Rey en serio. De nuevo trató de recordar como hablaban los Reyes, los semidioses y los héroes en los dramas y tragedias que Yorsh inventaba para entretener las largas tardes del verano en la playa bajo el acantilado. «Despacio», repetía Yorsh durante los ensayos, «un Rey siempre habla despacio. No tiene que ocuparse de quitar los peces del fuego o de revisar las redes. Los Reyes nunca hacen nada excepto ser Reyes. El tiempo es todo suyo».

—Daligar no morirá mañana —respondió pronunciando las palabras con mesurada lentitud—. No puedo decir lo mismo de usted. Mi paciencia, que ni siquiera en sus mejores tiempos ha sido notable, debe haberse perdido junto con mi calzado. Le aconsejo que lo recuerde.

Que Daligar iba a sobrevivir era la primera afirmación rebatible que hacía. Pasó de inmediato a un tema más práctico: le pidió al Jefe de la Casa de los Reyes un lugar dónde acostar a su hija y que no fuera el lecho del Juez Administrador. El otro se inclinó, con un gesto la invitó a seguirlo y se encaminó hacia el interior del palacio.

Jastrin, cada vez más cansado, trotaba a pasos cortos al lado de ella. El Senescal, rígido y con el pecho en alto, cerraba la procesión.

Delante de una puerta historiada estaban, imponentes e inútiles, cuatro soldados de guardia. Entraron en una habitación revestida por completo de seda blanca que llamaron «Pequeña Sala del Nuevo Trono», donde se erguía el asiento de madera taraceada de plata que había sido del Juez. El paño que tapizaba la sala tenía un dibujo de margaritas bordadas en oro. Plegada sobre el espaldar del trono había una capa suntuosa de terciopelo azul muy oscuro con complejos pespuntos de oro y perlas que la hacían parecida al mar cuando centellea bajo la luna. Unos velos blancos creaban alrededor del trono una especie de concha sutil.

Por fin la nueva soberana fue introducida en los que serían «sus aposentos»: una serie de salas grandes en el interior de las cuales había un lecho enorme con dosel y una chimenea.

Robi acostó a Erbrow en el lecho y la cubrió con una cobija de lana clara que la envolvió como una nube. Por fin Angkeel abandonó sus hombros cansados y se acurrucó tranquilo al lado de la niña que, sin despertarse del todo, lo abrazó.

Robi se inclinó para besar a su hija en la frente. Hubiera querido tenderse junto a ella y dormir hasta cuando le apeteciera, pero en ese caso hubieran sido los Orcos los que la despertarían.

—Quédese cerca de la niña y cuídela —le dijo con dulzura al Jefe de la Casa de los Reyes—. Y usted —se dirigió con sequedad al Senescal—, acompáñeme pronto a las escarpas, y veamos si, aunque sea descalza, logro salvar a esta ciudad de imbéciles donde hasta la orden para levantar los puentes levadizos la tuve que dar yo.

Al llegar a la puerta Robi se dio vuelta para mirar otra vez a Erbrow dormida.

—Ahora lucharemos —le dijo al Jefe de la Casa de los Reyes—. Yo. Todos los que puedan combatir. Todos. Usted no. Quédese de guardia —señaló a la niña—. En caso de que yo no pueda regresar a esta habitación, usted tendrá que hacerse cargo de mi hija como si fuera hija suya.

El Jefe de la Casa de los Reyes hizo una profunda reverencia en señal de aprobación.

—Quiero decir —continuó Rosalba combatiendo la náusea y el vértigo que aquellas palabras le producían—, si no puedo regresar y llegan los Orcos... Quiero decir... Si los Orcos llegan hasta donde está mi hija... —siguió titubeando, después concluyó, grave—. No dejen que la apresen viva.

—Ya lo había comprendido, Señora mía —respondió el otro.

* * *

El camino que escogió el Senescal para acompañarla rápidamente a las escarpas pasaba por la parte baja del palacio, el primer nivel de los sótanos. Era una larga serie de pequeñas habitaciones llenas de esferas de vidrios que contenían un líquido transparente.

—¿Qué son? —preguntó Robi.

—Perfume —respondió el Senescal cortante.

—No sé lo que es —reconoció la soberana. Hasta Jastrin, por una vez, parecía corto de ideas.

El Senescal suspiró y por un segundo levantó los ojos hacia el cielo, hacia los Dioses, como para que fueran testigos de semejante barbarie.

—El Juez Administrador —explicó— encontró un sistema para transformar los excedentes de fruta y trigo en fertilizantes para las flores del palacio de Daligar.

—¿Excedentes de fruta y trigo? —preguntó Rosalba furiosa. Los recuerdos de la miseria y el hambre de los años que había pasado en la Casa de los Huérfanos estaban grabados en su memoria, junto con el de los soldados que se habían llevado a sus padres acusados no solo de tener una supuesta amistad con un Elfo, sino además de intentar salvar las cosechas de la aldea de Arstrid que iban a ser confiscadas como excedentes—. ¿Cuáles excedentes de fruta y trigo? ¿Cuándo había sobrado algo en el Condado?

El Senescal no reaccionó ante la interrupción. Suspiró y prosiguió.

—Con las frutas y el trigo se fertilizan específicamente las grandes y perfumadísimas flores de glicinia. Un sistema complejo de alambiques transforma las flores en perfume, un líquido transparente, inflamable, obviamente perfumado, útil contra la propagación de plagas. El perfume se vende en todas partes, incluso en las afueras del Condado. Una gran parte de la riqueza del Juez proviene de allí.

El hecho de que la población de Daligar hubiera sufrido hambre durante años para producir aquella inútil idiotez no parecía impresionar ni escandalizar en lo más mínimo al huesudo cortesano. La simpatía de Robi hacia él no aumentó.

—¿Inflamable? —preguntó al final—. ¿Significa que se quema? ¡Pero el agua no se quema!

Otro suspiro más.

—El líquido transparente no es agua, sino precisamente perfume —explicó el Senescal—. Si se acerca al fuego, arde. Es decir, si una botella cae y se quiebra en una chimenea encendida, la llama es a tal punto violenta que puede desatar una gran explosión.

—¿Una qué? —preguntó Robi.

—Una explosión, Señora: una llama que se expande por todos lados con un ruido parecido a un trueno.

Al salir de los sótanos atravesaron un amplio patio interior. Robi, seguida por

Jastrin, llegó arriba a las escarpas y se quedó mirando.

Al atardecer la ciudad estaba completamente sitiada.

Daligar resplandecía bajo el último sol que brillaba por el oeste encima de las Montañas Oscuras, mientras que al este, hacia Varil, el cielo estaba cargado de nubes, oscuro como una lámina de acero; las murallas y la Ciudadela se recortaban contra él como si fueran de oro. Bajo el cielo gris las gaviotas se quedaban inmóviles en el viento y sus alas blancas resplandecían al sol. Por debajo de las escarpas, los estandartes de color carmesí de la ciudad ondeaban en la última luz. El Dogon reflejaba los rayos oblicuos del atardecer y se transformaba en una cinta de luz que centelleaba en la penumbra. El río corría de este a oeste: llegaba de la llanura de Varil y se dirigía hacia las Montañas Oscuras, pero antes se dividía en dos ramas asimétricas que enmarcaban la isla sobre la cual surgía Daligar y constituían el enorme foso. La rama suroriental era larga, de aguas plácidas, casi estancadas; estaba rodeada de cañaverales y la remontaba el monumental puente levadizo que Robi había atravesado como una reina. La rama septentrional era estrecha y rocosa, de aguas impetuosas, y estaba remontada por un puente levadizo corto y pequeño.

Los Orcos ahora estaban acampados sobre las dos riberas del río. Rosalba vio, más o menos a una milla de distancia del lugar donde los dos brazos del río volvían a unirse entre Daligar y las Montañas Oscuras, el antiguo puente de madera que permitía el intercambio entre las dos riberas sin que fuera necesario atravesar la ciudad: la armada adversaria lo había franqueado y había completado el asedio. Los soldados de Daligar, abandonados a su propia suerte y sin órdenes, ni siquiera habían tenido la chispa de inteligencia necesaria para quemarlo.

Como explicó Jastrin, el puente de madera estaba cubierto por un techo historiado y recubierto de bajorrelieves pintados, que representaban las victorias de Sire Arduin.

El solo oír pronunciar el nombre de Yorsh era doloroso y, para pronunciarlo, Robi tenía que hacer uso de todas sus fuerzas; tenía que pensar con todas sus fuerzas en Erbrow y con todas sus fuerzas tenía que recordar el hijo que llevaba dentro. Logró pedirle a Jastrin que le hablara con calma de la estrategia de Sire Arduin, que le repitiera, palabra por palabra, todo lo que él, Yorsh, le había dicho sobre el estilo de combate del Rey victorioso. La verborrea de Jastrin desafortunadamente encalló con respecto a las estrategias de Arduin: de hecho, no sabía nada sobre este asunto. No habían alcanzado a llegar allí aún. Todo lo que Yorsh tuvo tiempo de decirle fueron las dos frases que Arduin siempre repetía: «Yo combato con lo que tengo» y «Yo solo combato para vencer».

Robi se las hizo repetir dos veces para estar segura de que ese fuera realmente todo el mensaje del gran caudillo. No significaba nada y no servía para nada.

—Yo combato con lo que tengo.

—Yo solo combato para vencer.

Parecían ese tipo de frases que se dicen entre sí los jefes de las bandas de chiquillos antes de pelearse a puños en las calles.

Los fuegos de los campamentos de los Orcos se alternaban y creaban geometrías irregulares con las picas sobre las cuales descollaban las cabezas de todos los hombres que no habían escapado a tiempo. Los soldados de las escarpas reconocieron y señalaron las de sus conmlitones, los centinelas que con tanta valentía habían encendido los fuegos para advertir la presencia de los Orcos y que después, por falta de una miserable orden que les permitiera abandonar sus posiciones, se habían quedado para hacerle guardia a su muerte y la de sus braseros. La distancia era mucha, pero Rosalba imaginó las órbitas que ya empezaban a deshacerse bajo las moscas, el cabello manchado de sangre, el último grito cristalizado en las bocas distorsionadas en forma repugnante. Incluso del otro lado del río, bajo la escasa luz del atardecer, todo esto se veía.

Aun desde lo alto de las escarpas se podía sentir el olor de las tropas acampadas, una mezcla de excrementos y carne podrida. Ni siquiera el viento limpio que sostenía las alas de las gaviotas lograba alejarlo o al menos diluirlo.

Las aguas del Dogon ya estaban asquerosas e impotables. Todo lo que le quedaba a la ciudad era el pozo bajo junto al puente levadizo, la zona que probablemente sería la primera en caer.

De acuerdo con las explicaciones de Jastrin, que no sabía nada de nada sobre las estrategias de Sire Arduin, pero que era toda una autoridad en las costumbres de los Orcos, la noche sería tranquila. El ataque no comenzaría antes del amanecer.

Si podían elegir, los Orcos no peleaban de noche, y en este caso podían elegir lo que quisieran.

De noche los miembros destrozados no se veían; el dolor, el terror y el horror de los moribundos no se podía distinguir. Solo quedaban los gritos y gemidos de los agonizantes y de los heridos para alentar el entusiasmo del ataque. De día el sol saldría con toda su luz y esta se reflejaría en la sangre de las alabardas y las hachas y multiplicaría el furor. Las heridas se iluminarían con toda su intensidad: las tripas de los destripados, la sangre de los degollados, los ojos apagados de los decapitados y los ojos carbonizados de los quemados vivos.

Solo en caso de necesidad extrema se podría renunciar a todo esto, pero no había ninguna necesidad.

—La ciudad está a salvo hasta mañana —garantizó Jastrin—. Si somos afortunados y mañana llueve, ganaremos aun otro día de vida.

—¿Cuando llueve no atacan?

—Solo cuando tienen mucha prisa. No les gusta.

En ese momento las nubes comenzaron a abrirse, alejadas, al igual que la esperanza de lluvia, por el viento que hora tras hora se hacía más fuerte.

Una última noche, una sola.

—Los Orcos de los pantanos son buenos nadadores y buenos escaladores. ¿Ven allá abajo? ¿Ese montón de cosas amontonadas que no se sabe bien qué son? Son barcas. Tienen un tipo de barquitas livianas, hechas de cuero y ramas. Las llevan con ellos a todas partes, por docenas; las cargan en pequeñas carretas de madera y de paja entrelazada.

—¿Entonces nuestro foso no sirve para nada?

—Para algo sirve. No pueden usar las escaleras —respondió Jastrin consolador.

Arriba, desde las escarpas, Robi las vio. Cada embarcación podía transportar un par de hombres y eran incontables. El foso solo no era suficiente para detener a los Orcos. Se requería también algún tipo de defensa militar. A poca distancia de las barcas los Orcos habían erigido un palo bastante engrasado que brillaba bajo la escasa luz.

—¿Y eso? —preguntó Rosalba.

Jastrin necesitó un momento para acordarse de la respuesta.

—Es para entrenar a los guerreros saltimbanquis.

Un grupo de Orcos estaba subiéndose por el palo, parecido al árbol de la cucaña que Robi había visto una vez en una feria.

—¿Ves? —dijo Jastrin—. Esos son los guerreros saltimbanquis.

—¿Entonces las barcas los llevan y ellos después escalan los muros?

—Sí, hasta que alguno logre bajar los puentes levadizos: para entonces estaremos acabados.

Rosalba se quedó mirando a los Orcos que subían y bajaban en una serie de complejos espectáculos. Era casi una danza vertical que desafiaba lo empinado del palo y el peso de los cuerpos, que parecía ausente. Robi los miró fascinada y no logró despegar la mirada de allí hasta que Jastrin atrajo su atención hacia las catapultas.

Poco antes del atardecer, después de la caballería, después de los hombres a pie, llegaron las catapultas, grandes, negras y terribles remolcadas por grupos de asnos pequeños.

—Esas son para el puente levadizo. Lanzan los haces incandescentes y el aceite: no creo que logren superar las murallas y alcanzar los techos de las casas. Pero seguramente quemarán los puentes levadizos y sin puentes solo nos quedan las rejas para mantenerlos afuera. Y cuando son muchos, también pueden levantarlas.

Robi sintió que el horror y la desesperación la invadían. No había nadie más para comandar la ciudad y ella no tenía ni la más remota y pálida idea de cuál podría ser la estrategia que tal vez podría solucionar alguna cosa. Se quedó inmóvil en las escarpas, mirando hacia abajo. Jastrin, desconcertado por su silencio, se apartó de ella, probablemente para buscar un oyente más benévolo y atento.

El único plan que tenía algo de razonable era la rendición: pero Jastrin había

explicado de manera profusa que, ser razonables no era la característica fundamental de las bandas que los asediaban.

—A los que se rinden los matan de una forma perversa. A los que lo han intentado se las han hecho pagar.

—¿Pagar? ¿Cómo así que pagar? ¿Qué tenían que pagar si se habían rendido?

—El ultraje de haberlos privado del placer de la batallas. Creo que se sienten mal cuando no pueden combatir. Ellos son guerreros, ¿entiendes? Se sienten defraudados si nadie combate. Se irritan.

—¿Se irritan? —preguntó Rosalba. No estaba segura de haber entendido bien. Jastrin se esforzaba por usar un lenguaje esmerado, como Yorsh, con resultados más inciertos.

—Se irritan —confirmó Jastrin.

—¡Me parece que también se irritan si uno trata de combatir o de escapar!

—¡Es verdad! —reconoció Jastrin desconsolado—. Son susceptibles.

—¿Conoces algún método para no dejarse matar de los Orcos?

—Claro, basta con que antes nos matemos entre nosotros. Hubo una Roca en la que todos se mataron. Fue antes de los Reyes élficos. Se mataron unos a otros y, de ese modo, cuando los Orcos llegaron los encontraron a todos muertos y no pudieron hacerle daño a nadie.

—Quién sabe cuánto se habrán irritado —comentó Rosalba—. ¡Tan susceptibles como son!

—Sí —repuso Jastrin sin detectar el sarcasmo—, pero ya no se podía hacer nada más.

Era probable que tampoco el más grande de los Reyes, el más poderoso de los guerreros, hubiera tenido alguna solución además de la de suicidarse antes de la llegada de los Orcos, de cortarse el cuello después de habérselo cortado a los niños para evitar los métodos, sin duda más largos y creativos, a los que serían sometidos los eventuales sobrevivientes después de la derrota.

La idea del suicidio colectivo le pareció la única viable y se entretuvo con ella largo rato mientras el sol desaparecía y las primeras estrellas brillaban al occidente, en un cielo cada vez más libre de nubes.

Después la abandonó porque era una cobardía.

Daligar moriría combatiendo; así retendrían a los Orcos para darle tiempo al mundo libre de armarse y contraatacar. Todos morirían, hasta el último niño, hasta el último perro sarnoso, el último pollo pulgoso; morirían luchando el máximo tiempo posible.

Su adorada hija y el hijo que llevaba en su vientre morirían con ella y la estirpe de los Elfos se extinguiría junto a la de Arduin, Señor de la Luz. Terminaría allí, pero no terminaría por cobardía. No podían escoger si vivir o morir, pero podían escoger

entre morir como Hombres o como mosquitos aplastados de un manotazo en una tarde de verano. Cada flecha arrojada, cada Orco abatido, herido, obstaculizado de alguna manera, le daría un día más al Mundo de los Hombres para reorganizarse y contraatacar. Y no sería tiempo la única cosa que le regalarían a ese mundo: le darían coraje y confianza. En las noches sin luna, en los campos de batalla, alrededor del fuego de los campamentos cuando la fe vacila y una muerte indolora se convierte en una tentación irresistible, contarían la historia de Daligar, la ciudad que había perecido luchando, resistiendo calle por calle, casa por casa, combatiente por combatiente y el coraje retornaría, la esperanza renacería.

Robi se alejó de las escarpas y se dio vuelta para encaminarse hacia las escalas, hacia la Sala del Trono. El hijo que llevaba dentro se movió y ella se detuvo conmovida. Era la primera vez que sucedía desde la muerte de Yorsh. Por un segundo los ojos se le inundaron de lágrimas.

Quizá no todo estaba perdido. Quizá el destino existía y quería que este niño naciera.

Jastrin estaba tratando, con mucha valentía, de infundirle a un grupo de chiquillos y chiquillas un coraje que él tampoco tenía: les relataba la historia de Arduin que se había batido contra los Orcos que eran diez contra cada uno de sus soldados, o más bien veinte por cada uno, treinta, ciento cinco... y los había derrotado a todos en una sola batalla, como una tormenta de viento sobre la barcia. Robi interrumpió la narración y les ordenó con una voz muy calmada que se levantaran de inmediato y reunieran en la armería a todo el que pudiera sostenerse bien en pie como para poder empuñar un arma. La orden de la Reina de Daligar, heredera de Arduin, era la de distribuir todo lo que pudiera distribuirse. Reunir a todo el mundo. Incluso a las mujeres. Incluso a los niños. De todos modos no podía pasar nada peor a lo que harían los Orcos después de tomarse la ciudad: muertos por muertos, cualquiera que quisiera tenía derecho de morir con un arma en la mano. Aconsejó también ir de prisa al pozo para llenar los odres que hubiera disponibles, las ollas, las jarras, los barriles y darle una cantimplora de agua limpia a cada uno. Así se evitaría la sed al menos durante los primeros días. «Los primeros días» repitió tranquila: Daligar no desaparecería al amanecer del día siguiente.

Los chiquillos salieron de inmediato en estampida por toda la ciudad. Mientras Robi se dirigía hacia sus aposentos a saludar a Erbrow y a pensar, oyó que las órdenes que había dado pasaban de boca en boca. Vio las antorchas encenderse y a la ciudad recuperar el coraje, reanimarse.

Les repitió las mismas órdenes a los cuatro soldados que estaban frente a la Pequeña Sala del Trono, más que todo por costumbre, dado que no había nadie a quien fuera necesario montarle guardia, abrazados como estaban a las lanzas y con la cabeza apoyada en los brazos. Levantaron la cabeza y la miraron. Mientras pasaba a

través de las monumentales puertas de madera y hierro, Robi vio que, así no hubiera sido de inmediato, se encogieron de hombros y se fueron. Por lo menos de nuevo había alguien que impartía órdenes. Alguien con un plan, una idea; alguien que asumía la responsabilidad de decidir algo.

—Tenemos un jefe.

—Es mujer.

—Mejor que nada.

—Y además está encinta.

—Mejor que nada.

—Encinta de un Elfo, para colmo. Es ella, la que buscaban. La mujer del Elfo. Y nosotros la hemos adoptado como jefe.

—Con los Orcos a las puertas de la ciudad hay que resignarse. Y además, si está encinta de un Elfo, puede ser hasta una ventaja.

—¿Una ventaja? ¿Pero los Elfos no son seres despreciables?

—Sí, son infames, pero saben hacer un montón de cosas. Alguna cosa también sabrá hacer ella.

—Qué despreciables ni qué nada. ¿No recuerdas los escritos de la pared que el Juez hizo cincelar?

—Decían que era una profecía. Una profecía de Sire Arduin en persona.

—Hablaba de la mujer de un Elfo. Mi cuñada es prima de uno de los escribanos. Él decía que una descendiente de Sire Arduin se casaría con el último Elfo.

—¿Y qué fin tuvo el Elfo?

—El Juez lo mató: lo dijo el chiquillo.

—¿Ese que está medio lisiado?

—Ese. También dijo que el Elfo era el último: su nombre así lo indicaba. Sabes, ellos tenían esos nombres largos que le indicaban a cada uno lo que debía hacer en la vida.

—Si Sire Arduin Vencedor se puso a escribir en las paredes, no fue solo por pasar el tiempo y darles trabajo a los picapedreros.

—Las mujeres encintas, por su misma naturaleza, tienen algo de magas. Los Elfos eran magos. A las mujeres que quedan embarazadas de un Elfo se les dice brujas y es probable que tengan tanta magia como ellos. Quizá la bruja hará alguna magia y les mejorará el carácter a los Orcos. O hará que nosotros nos volvamos valientes y los venzamos.

Rosalba escuchaba. Las palabras «Elfo» y «bruja» resonaban de forma perceptible, aunque en voz baja, y eran pronunciadas sin odio ni rencor; tal vez con un hilo de esperanza, tal vez casi con algo de fe. De improviso la palabra «bruja» sola desapareció y en todas las voces, en todos los susurros, apareció «Reina Bruja». Las voces se hicieron más bajas. La esperanza aumentó.

En la Sala del Trono no había nadie.

Robi puso las manos sobre la empuñadura de la espada de Yorsh y la desenvainó con mucho esfuerzo. El arma estaba concebida, como era evidente, para un guerrero más alto que ella y que, sobre todo, no estuviera cargando un hijo: el procedimiento fue torpe, enredado y tuvo que llevarlo a cabo en dos etapas, ayudándose con las dos manos.

Finalmente pudo coger la espada con las dos palmas puestas de manera firme sobre la empuñadura.

La hoja relucía. Reflejaba la luz de las antorchas. Reflejaba la cara de Robi, sus ojos negros y brillantes: Robi se miró. El arma era lo suficientemente liviana para que ella pudiera manejarla. Las ranuras que marcaban la línea media de las dos caras le disminuían el peso. Era indiscutible que las largas horas en el agua del mar les habían dado a los hombros de Robi la fuerza de un guerrero. Incluso ahora que el embarazo le quitaba fuerzas, podía sostener la espada y combatir.

Después no pensó en nada más.

Vio al Rey.

La visión apareció con una fuerza tal que casi tuvo la impresión de haber sido golpeada. Vaciló, pero la espada permaneció firme entre sus manos.

El Rey invadió su mente. La miraba desde el interior de la espada. El Rey invadió su alma. Llevaba en la cabeza la corona de oro con la hiedra entrelazada, tenía su misma espada entre las manos y estaba sentado fuerte y seguro en el trono de piedra. Sobre los hombros llevaba una capa de terciopelo oscuro con pespuntos de perlas y oro que caía en pliegues pesados donde la luz y las sombras se alternaban como lo hacían dentro de las olas del mar bajo la luna.

No era un esqueleto sino un hombre vivo, un hombre seguro y fuerte que la miraba desde el interior de su visión. Robi le devolvió la mirada: no lograba ver bien. La imagen del Rey estaba en la penumbra. Tuvo la impresión de que las orejas eran ligeramente puntudas. ¿Un Medio-Elfo? El término, con toda la carga de desprecio que contenía, la exasperó y la molestó. Buscó otro término en su mente, pero no lo halló. Al diablo: Medio-Elfo. Era preciso y expresaba la idea.

Bastaba pronunciarlo con orgullo y no con vergüenza. Un Medio-Elfo: saboreó las sílabas como si fueran gotas de miel. La mente de un Elfo y el coraje de un Hombre. Una mitad con la fuerza de los Hombres y otra mitad con el alma de los Elfos. Medio-Elfo. Invencible como un Medio-Elfo, fuerte como un Medio-Elfo. Se oía bien. Solo había que acostumbrarse. El bebé dentro de ella pateó. El Rey sentado sobre un trono con su espada y su corona era Medio-Elfo. El Rey miró a Robi durante un largo rato mientras ella sentía aumentar su fuerza.

¿Quién era el Rey? ¿Arduin? ¿Quién si no Arduin, el Señor de la Luz, el gran guerrero que había derrotado a los Orcos y reconquistado a Daligar contra todo lo previsto, contra toda lógica, contra todo destello de sentido común que le hubiera aconsejado a cualquiera que lo olvidara y que se ocupara de otra cosa? Arduin también debía haber sido un Medio-Elfo.

—¿Arduin? —preguntó Robi en un susurro.

El Rey asintió y la imagen se diluyó, pero sin desaparecer: se quedó en un rincón de la mente de Robi, como la sombra de un recuerdo.

Él no les había temido a los Orcos. Él había sabido qué hacer. Él le había dejado un mensaje. Las dos frases del caudillo debieron haber tenido algún significado en ese entonces y debían seguir teniéndolo hoy en día.

Él había sido el Señor de la Luz. La luz del fuego. El fuego produce la luz.

El fuego. La solución era el fuego.

Robi dejó de temerles a los Orcos. Sabía qué hacer.

Recogió del trono dorado la capa de terciopelo oscuro respunteado con perlas y oro y se envolvió en ella. Se cerró en el cuello el pesado botón de oro para fijarla. La capa era caliente y liviana como las alas de un pájaro. No le impediría cabalgar ni combatir. Había pertenecido al Rey y ella necesitaba algo que ocultara sus harapos y aumentara la realeza de su ser.

Ahora el único Rey disponible era ella.

Toda posible batalla dependía de la realeza de su ser.

Realeza. Saboreó la palabra: ella debía ser el Rey. Ella era el Rey. Se lo tenía que repetir constantemente para tratar de convencerse. El Rey es alguien por quien uno puede aceptar morir.

En las tragedias que Yorsh escribía y que ellos representaban en la playa de Erbrow para pasar las tardes de verano, siempre había un papel de guerrero o de Rey. Ahora debía hacer lo mismo: tenía que representar el papel de Rey guerrero y de cierta manera convertirse en uno. Por lo menos así la miserable banda de secuaces que pudiera reunir tendría la impresión de seguir a un Rey guerrero, y esto les daría ánimos. A lo mejor serían capaces de vencer. Por lo menos morirían más contentos. Robi debía reencontrar la imagen del Rey en la memoria y convertirse en uno. Como si hiciera teatro.

Tenía la corona puesta en el cabello mal rasurado y además sucio de sangre y fango. Se miró reflejada en la hoja de la espada. Pensó que no se veía bien: tenía demasiado aspecto de mendiga o de perseguida. Despegó uno de los velos blancos que rodeaban el trono y se lo puso en la cabeza. Lo fijó con la corona de tal modo que su rostro parecía estar suspendido, envuelto en una nube. La mirada del Rey se perdió de nuevo en la suya. El Rey desapareció: había llegado el momento de combatir.

Capítulo 3

Rosalba se alejó de la Pequeña Sala del Trono. Erbrow dormía y no se despertó cuando su madre se agachó para besarla. El Jefe de la Casa de los Reyes estaba de guardia en la puerta y se inclinó a su paso.

La Reina Bruja regresó a las escarpas, pero antes pasó por los sótanos e hizo un conteo rápido de las botellas de perfume, el agua mágica de la que nacía el fuego, almacenadas con cuidado: casi dos centenas. En un rincón de su mente su Rey estaba con ella. Volver a envainar la espada era difícil y sobre todo hubiera sido complicado volver a sacarla: decidió sostenerla con las dos manos en la misma posición que los antiguos Reyes de piedra detrás de ella, mientras su mirada vagaba sobre el extenso campamento que los cercaba.

Los soldados se estaban reuniendo, dudosos, asustados, desanimados, pero, por lo menos, con las armas en la mano. Todos la miraban a ella, erguida y vigilante, envuelta en una lujosa capa que parecía el mar bajo la luna, con una corona que brillaba sobre su rostro calmado y severo, tan antigua como la ciudad misma.

La ciudad estaba en peligro mortal, pero ellos tenían un Rey. Su corona resplandecía a la luz débil de una única antorcha, sobre el velo que el viento ondeaba como una bandera, la única de la cual disponían en aquella que podía ser su última hora. Sobre la capa las perlas y las filigranas se alternaban con un centelleo sutil. También la espada resplandecía en la oscuridad de la noche sin luna. El Rey era mujer. El recuerdo de que esto podía suceder estaba casi borrado, pero en los tiempos más remotos las mujeres Reyes habían existido y eran llamadas «Reinas». Algunas reinas habían sido Reinas Brujas.

La ciudad tenía una Reina Bruja.

Una Reina que había sido la esposa de un Elfo era una Reina Bruja.

Quizá la ciudad todavía no estaba realmente perdida.

Robi no quería a Daligar. Quizá sería más correcto decir que la odiaba con toda el alma: era la ciudad que había presenciado con indiferencia el ahorcamiento de sus padres y que en otras circunstancias habría celebrado la muerte de Yorsh. La gente ahora la miraba con la misma devoción con la que habrían recibido a un Dios que bajara del cielo a comprar un par de libras de pimientos en el miserable mercado de la ciudad. Robi sabía que aquella era la misma gente que habría aclamado su ahorcamiento con una alegría auténtica, si la fuga del Juez no les hubiera entregado la ciudad a los Orcos.

De todas las ciudades por las que habría deseado combatir y morir, Daligar era la última.

De todas las personas por quienes habría deseado combatir y morir, esas que la rodeaban eran las últimas.

—Yo combato con lo que tengo —había dicho Arduin. Ella combatiría con la gente de Daligar, pusilánime y estúpida, la que más despreciaba en el mundo.

Robi miró las escarpas. Hasta el último puñado de nubes había sido barrido del cielo, que ahora estaba lleno de estrellas que brillaban vacilantes. Era una noche sin luna, pero los fuegos de los Orcos iluminaban la llanura y las alturas permitiendo que el terreno fuera reconocible, como un gigantesco mapa con luces diseminadas.

Jastrin, a su lado, la ilustra sobre las diversas tribus de Orcos, con descripciones detalladas que incluían prácticas, costumbres e historia.

Al noroeste, cuarenta pies más allá del pequeño puente levadizo de la puerta septentrional, inmediatamente después del bosque de sauces, había un grupo de Orcos grandes de las llanuras meridionales. En ese momento estaban borrachos hasta las orejas con cerveza de cebada mezclada con miel y excrementos de cabra, una auténtica delicia para ellos. La miel aumentaba la velocidad con la que la cerveza embriagaba y la sal del estiércol de cabra aumentaba la sed, de modo que se embriagaban más y más. Estaban comiendo cabra muy curada, o más bien, realmente podrida; la presencia de gusanos aumentaba su valor gastronómico, según dijo Jastrin. Para evitar quedarse sin alimento y bebida, los Orcos tenían un redil con un rebaño de cabritas que traían desde sus tierras. Para alimentar a las cabras cargaban pacas de heno amarradas de los caballos, que ahora estaban organizadas al lado del redil.

La mirada de Robi se detuvo largo rato sobre el heno. El heno arde con el fuego.

Los Orcos de las Montañas estaban media legua al sur. Eran un poco más pequeños, un poco más pobres y, si acaso era posible, un poco más sucios. Tenían el campamento entre el río, que no arde, y la gravilla de la ribera que tampoco arde, pero justo al lado de esta estaba la hierba árida, amarilla y seca que sí ardía muy bien. También los Orcos de las Montañas habían nublado su juicio con cerveza mala y saciado su sed de sangre con el vino, su sucedáneo más cercano. Los borrachos combaten mal y mal se defienden de los incendios. Sería suficiente incendiar la paja de las cabras; luego el viento de tramontana que soplaba del norte haría el resto. Quedarían atrapados entre las llamas y el río, arrinconados entre el fuego y el agua, sin más consejo que el de la cerveza que tenían adentro.

Mientras más se detenía la mirada de Robi más titilaba la esperanza, que resurgía y danzaba como las chispas de una llama.

Del mismo lado del río, siempre al norte donde estaban los cañaverales, estaba la enorme multitud de pequeños Orcos de los Pantanos inferiores. Tenían corazas de cuero desteñido y verdoso y máscaras y yelmos adornados con dientecitos agudos de depredadores marinos. Cerca de ellos estaban amontonadas las pequeñas barcas hechas de cuero y madera con las que al día siguiente lanzarían el ataque y sin las cuales el ataque sería sencillamente imposible.

Jastrin había dicho que los pequeños Orcos de los Pantanos eran buenos nadadores. Tenían armaduras livianas y en caso de incendio se salvarían en las aguas del Dogon: pero en realidad eran muchos y en ese punto el río era rápido y profundo. No todos se salvarían y de todos modos perderían parte de las armas. Pero el asunto principal era destruir las barcas: sin barcas, la supervivencia de Daligar sería posible.

Acampada de frente, en la ribera meridional, bien atenta a no mezclarse con la escoria, estaba la caballería de los Orcos. Esta por sí sola daba más miedo que todos los demás juntos. Los caballeros no estaban ebrios y estaban comiendo algo que habían cazado, quizá un jabalí, con una sobriedad notable. Cerca de ellos estaban las catapultas que al día siguiente harían arder a Daligar, sin duda, obras maestras de ingeniería militar. Los caballeros estaban en la ribera equivocada: ya que el viento soplaba del norte, era necesario comenzar el fuego desde el río. Alguien o algo debía descender desde la ciudad hacia los Orcos. «Una llama que se expande por todos lados con un ruido parecido a un trueno», había dicho el Senescal. Después de todo no era tan difícil ser general. Bastaba con tener las armas justas y calcular siempre la posición del adversario con respecto a la dirección del viento. Debajo de ella los estandartes ondeaban en la oscuridad. Finalmente Robi se percató de lo largos y ligeros que eran.

El jefe de los soldados vino a darle un informe sobre las fuerzas. En la ciudad habían quedado muy pocos soldados: alrededor de cincuenta infantes y una media docena de caballeros. Era gente de poca y reciente nobleza, a quienes no se les había pedido seguir al Juez en su última empresa, más que todo porque no los habían querido. Por lo tanto había siete caballos incluyendo a Enstriil.

Rosalba ordenó fabricar una serie de balsitas para cargar las ampollas de perfume, una veintena por balsa, y antorchas para incendiar los campamentos al sur del Dogon. De manera simultánea hizo distribuir las ampollas restantes entre los caballeros, siete con ella. Cada uno de ellos tendría diez ampollas, una antorcha y un estandarte empapado en el líquido inflamable. El plan era simple: saldrían desde el pequeño puente levadizo al norte y, con la ayuda del perfume, los estandartes, las antorchas y el viento, incendiarían todo lo que pudieran, sobre todo las barcas. Después llegarían al puente de madera y lo destruirían; así las dos riberas del Dogon, es decir, los dos troncos del ejército enemigo, quedarían aislados. Al mismo tiempo pondrían las balsas llenas de perfume y fuego en el agua para que el viento las empujara hasta los cañaverales y, con algo de suerte, les prenderían fuego. Decidieron poner una balsa cargada de haces de leña empapados de perfume que llevara en el centro una veintena de ampollas llenas, pero sin la tapa de lacre.

Robi explicó que no tenían elección. Tenían que combatir esa misma noche.

Al día siguiente la ciudad caería. No tenían armas contra las catapultas.

No podrían detener las docenas de barcas. No tenían nada para detener la escalada

de los Orcos por las murallas.

Al día siguiente la ciudad caería, si esa misma noche ellos no lograban ganar su supervivencia. Saldrían y lo lograrían.

Vencerían, por la ciudad. Por los niños que esa noche se habían ido a dormir pensando que habría un mañana.

Vencerían por todos los que habían abandonado la ciudad como si fuera un trapo viejo. Vencerían. La ciudad viviría. Y ellos vivirían con ella.

Todos los rostros estaban dirigidos hacia ella, no solo los de los caballeros sino también los de los habitantes de Daligar, los soldados, el Senescal. Rosalba se dio cuenta de que debía seguir hablando. Al principio repitió lo que decían los guerreros victoriosos en las representaciones en la playa. En los siglos venideros, cada vez que una tierra se encontrara asediada por una armada de inaudito poder y crueldad, sus habitantes sentados alrededor del fuego recuperarían el coraje al recordarlos a ellos, al recordar su cabalgata en esa noche de viento.

Vencerían.

Cada uno debía recordar que la fe estaba con ellos. ¿O eran ellos los que debían estar del lado de la fe? Mejor que la fe estuviera con ellos. No era claro qué significaba aquello, pero sonaba mejor. Dado que no había ni un alma de parte de ellos, al menos que la fe tomara partido. Rosalba se preguntó si venía al caso especificar la fe en quién o qué, pero luego decidió que cuando dijera algo sería mejor limitarse a las generalidades y no entrar jamás en detalles discutibles.

Después, sin embargo, dejó de repetir las palabras que se había aprendido de memoria. Cuando la tentación del miedo se presentara, cada uno tendría claro en la mente el rostro de la persona por la cual combatía, como ella tenía el de su hija.

* * *

Mucho antes del amanecer el escuadrón estuvo listo. Antes de subirse al caballo Rosalba pensó en ir a besar de nuevo a Erbrow. Quizá sería la última vez. Lo pensó un rato largo, pero renunció a ello. El riesgo de perder el valor era demasiado grande. Se repitió que sería la madre de dos hijos vivos. Tanto ella como Erbrow sobrevivirían esa noche y tendrían toda una vida para abrazarse.

Se preguntó si el galope podría hacerle daño al niño y mientras lo pensaba se dio cuenta de que el que llevaba en el vientre era el hijo de Yorsh. Era como si el último de los Elfos estuviera aún con ella. Era la heredera de Arduin y llevaba consigo al heredero de los Elfos: no podía más que vencer. «Yo combato para vencer», quería decir eso: el que está seguro de la victoria combate sin miedo y el que combate sin miedo obtiene la victoria. La visión del Rey se tornó vivida y clara. El Rey le sonrió.

—¡Yo combato con lo que tengo y solo para vencer! —les gritó Robi, sobre el caballo, a las caras desanimadas de su miserable tropa, que se iluminaron.

Al menos ninguno se había echado a reír.

Trató de recordar qué otra cosa decían las antiguas grandes Reinas de los dramas que Yorsh inventaba, que no sonara tan tonto como «Yo combato con lo que tengo y solo para vencer».

—No soy más que una frágil mujer —recordó con esfuerzo: en ese momento le pareció más cierto que nunca—. Pero yo... pero yo... —¿cómo era esa maldita frase? — pero tengo el estómago de un Rey.

No era el estómago. ¿Qué era lo que decían? A ella siempre se le habían confundido las vísceras: Yorsh era el experto en anatomía, como en cualquier otra cosa. ¿Cuál era la parte en la que según los juglares estaba el coraje?

De todas maneras, a pesar de ser la frase equivocada, les había agradado. La Reina se atrevía a bromear. Fue tan cautivadora como un toque de cuerno. Casi mejor que una de las arengas de Arduin.

—No soy más que una frágil mujer, pero tengo los pulmones de un Rey... — intentó otra vez.

—Síííí —gritaron todos.

Tampoco esta era la acertada, pero sonaba bien. Era probable que si para ella todas las tripas eran iguales, también lo fueran para la gente de Daligar.

—No soy más que una frágil mujer, pero tengo el hígado de un Rey —esta era la correcta.

Ahora la multitud respondió con un estruendo violento. Esa era la frase exacta. O, incluso mejor:

—¡No soy más que una frágil mujer, pero tengo el corazón de un Rey! —gritó Rosalba, Reina de Daligar—. ¡El corazón de Arduin late dentro de mí! ¡Venceré, venceré por mis hijos, venceré por ustedes! ¡Venceremos!

Y se hizo realidad. El miedo pasó. Los gritos y la fuerza estruendosa de la gente caían sobre ella y la llenaban. Tenía el corazón de Arduin dentro de ella. Y como él vencería.

En ese momento, probablemente empujado por el hambre, Angkeel salió con un grito ronco por la ventana de los aposentos reales, donde Erbrow dormía y levantó el vuelo. Se posó con todo su peso en el hombro de Robi: la gente que estaba presente saludó con entusiasmo su llegada. La Reina Bruja, heredera de Arduin, armada con una espada élfica, cabalgaba con un águila y una corona que resplandecía. Los signos, al menos estos, estaban del lado de ellos. Quizá también la fe, fuera lo que fuera, estaba de su lado. Ellos combatían para vencer.

* * *

Pusieron las balsas incendiarias en el agua y al mismo tiempo el puente levadizo bajó. Contrario al de la puerta meridional, enorme, lento y ruidoso, el puente levadizo de la puerta septentrional, que remontaba la rama veloz, borrascosa y estrecha del Dogon, era pequeño, casi silencioso y se podía maniobrar con rapidez. Para mayor suerte, estaba escondido en la penumbra: no lo iluminaban ni las antorchas de las escarpas ni las de los campamentos.

Los Orcos se percataron de su presencia cuando ya estaban atravesando el puente levadizo. Los guardias tuvieron tiempo para elevarlo de nuevo mucho antes de que el primer Orco se acercara lo suficiente para poner un pie encima. Rosalba sintió que se cerraba a sus espaldas y se dio cuenta, con horror, de que estaba en medio del enemigo, sin salida: el Rey apareció de nuevo y sonrió. Lo lograría. Ella solo combatía para vencer.

Rosalba continuó cabalgando. En la alforja llevaba, al igual que los demás, un estandarte empapado en líquido inflamable y una decena de ampollas. Arrojó una de ellas contra el redil de las cabras, pero erró el tiro y la ampolla cayó al suelo blando sin romperse. Robi lo intentó de nuevo. La antorcha se le cayó. Maldijo en voz baja. A pesar de la borrachera, los Orcos estaban empezando a despertar y a recuperar las armas para detenerlos. La segunda ampolla cayó con gran estrépito sobre el redil de las cabras; el caballero que iba detrás de ella logró encenderla. Simultáneamente, desde la ribera meridional, llegó un estruendo espantoso: al menos una de las balsas incendiarias había provocado una explosión. Las cabritas aterrorizadas comenzaron a escapar en medio del humo y la oscuridad en todas las direcciones, y su balido aterrado se unió al fragor y a los gritos que resonaban por doquier.

El problema ahora era el fuego. No solo los Orcos, sino también ellos iban a quedar rodeados por este.

Rosalba vio a tres de sus caballeros encender las barcas.

Impregnadas de perfume, las embarcaciones de cuero curado se incendiaron como hojas secas. Sin barcas para atravesar los dos brazos del Dogon, la ciudad estaba a salvo. Una nube de flechas abatió a uno de los hombres, pero los otros dos, escondidos por el humo, lograron alejarse.

Rosalba reconoció al caballero abatido: era un joven alto y silencioso. Recordó sus ojos oscuros y cayó en cuenta de que ya no verían nada más. Hasta ese momento, en su cabeza, él había sido una ficha en un tablero, uno de los seis caballeros con quienes debía llevar a cabo el ataque. En el momento en que lo vio caer, la ficha se transformó en un hombre: aquel alto con pecas y ojos oscuros. Con toda certeza tendría un padre y una madre en Daligar; a lo mejor también una esposa e hijos al lado de los cuales nunca más regresaría. Rosalba sintió que el miedo y el horror renacían en su interior. Deseó con todas sus fuerzas estar en otro lugar, junto a Erbrow, a salvo dentro de la ciudad, pero el mismo pensamiento de Erbrow le

restituyó la fiereza: su miedo se convirtió en fiereza. Las personas que esperaban al joven caballero abatido sabrían que él había ido a morir por el amor que sentía por ellos.

Robi pensó de nuevo en Yorsh y volvió a jurar que sus hijos vivirían, aunque para ello tuviera que guiar ejércitos hasta el fin de sus días. Endureció su alma.

Tenía que contar con los cinco caballeros que quedaban y que tenían derecho a tener un líder que creyera en la victoria. «Combato con lo que tengo y combato solo para vencer». Mientras más lo repetía más realidad cobraba.

Desde los campamentos de los Orcos los gritos se elevaban. El fuego que ella decidió iniciar en teoría como arma estratégica estaba estallando en forma de llamas que quemaban y destruían de verdad. Algunos de los Orcos no podrían huir de las llamas. Rosalba se preguntaba si en realidad los Orcos nacían del fango, como se decía, o si habían estado en el vientre de una madre, y el horror de lo que estaba haciendo la abrumó; después pensó en el rostro de su hija y de nuevo la voluntad de ser la madre de dos hijos vivos prevaleció sobre todo lo demás. Si tuviera que quemar a todos los Orcos que se le pararan enfrente para que su hija pudiera vivir, lo haría.

Rosalba siguió cabalgando. Enstriil corría como el viento. Los Orcos de la ribera septentrional no tenían caballos: ninguno podía seguirla. Con todos sus hombres detrás, la Reina llegó al puente de madera a una milla al oeste de la ciudad. Tanto ella como los demás lanzaron las alforjas con toda la fuerza que tenían contra los bordes laterales del puente que se empaparon de líquido inflamable. Rosalba levantó los ojos y se quedó viendo el éxito de la empresa: aumentadas por el viento, las llamas estaban devastando los campamentos de los Orcos de la ribera norte y todo lo que encontraban en el camino.

Ella y los otros caballeros no lograrían atravesar el fuego para regresar al punto de partida: tenían que avanzar, remontar el puente en llamas y tratar de ingresar por el lado sur. Del otro lado estaban los caballeros Orcos. Eran guerreros aterradores y, además, provistos de caballos. No había tiempo para pensar. Mientras el puente comenzaba a arder ella pasó y los caballeros que la seguían desenrollaron los estandartes que las antorchas transformaban en lenguas de fuego al viento. En el puente, iluminado como si fuera de día, se veían los bajorrelieves coloreados en todo su esplendor. Representaban las victorias de Sire Arduin: había Orcos heridos, muertos, huyendo; había madres que volvían a abrazar a sus hijos, campos que volvían a florecer. El caudillo nunca aparecía representado. Robi lo lamentó: hubiera querido ver el rostro del antiguo Rey, pero aun así la visión regresó a su mente.

Ahora el fuego y el caos reinaban en la ribera sur. La Reina dejó atrás el puente en llamas, siempre seguida de sus caballeros: de un momento a otro la mortífera caballería de los Orcos saldría de las llamas. Como si obedecieran una orden silenciosa, los caballeros de Daligar, uno tras otro, liberaron en el viento de

tramontana los estandartes en llamas que volaron como los Ángeles de la Destrucción contra todo el que se estuviera preparando para combatirlos.

Rosalba se encontró de repente frente a las enormes catapultas de los adversarios que surgieron del humo como monstruos. Eran de madera bien curada y ya estaban cargadas con los haces de leña que debían propagar las llamas en Daligar como una plaga. Ella ya no tenía más ampollas incendiarias, pero sus secuaces sí. Vio las catapultas erguirse sobre ella como gigantes malvados y después, mientras las patas veloces de Enstriil huían, vio a esos mismos gigantes envueltos en llamas que se elevaban y contagiaban la noche con miles de pequeñas chispas y vio las chispas arremolinarse en el viento e iluminarlo. Robi desenfundó la espada con las dos manos, la espada con la hiedra en la empuñadura que había sido de Yorsh. Esta brilló con una luz argéntea en medio de la oscuridad y el fuego. Enstriil corría seguro a través del humo y la confusión: en las tinieblas, el corral de los caballos de los Orcos apareció de improviso frente a Robi, que redujo el paso para mirarlo. Los caballos de la armada adversaria eran todos iguales: muy oscuros, de gran belleza, pelo brillante y crines apretadas en trenzas complicadas fijadas con broches de hierro repujado. El corral había sido construido de prisa durante las pocas horas que habían antecedido la noche después de la llegada de los caballeros. Estaba hecho con gruesas cuerdas de tendones de buey y cáñamo, sostenidas por palos clavados en el suelo. Robi se bajó del caballo y blandió la espada: un solo golpe fue suficiente para abrirlo. Los caballos, enloquecidos por el terror al fuego, salieron en estampida en la noche. La caballería adversaria fue apeada, pero para asestar el golpe Robi había tenido que detenerse. Un Orco enorme se paró delante de ella y agarró las riendas de su caballo.

Rosalba apretó las manos alrededor de la empuñadura de oro con las ramas de hiedra azul. La hoja de la antigua espada de los Elfos se levantó reluciente bajo la luna, al viento, y se abatió contra el cuello del Orco.

La hoja penetró. Robi sintió la sangre del enemigo salpicarle el rostro y las manos, la capa y lo que le quedaba de cabello. Por un segundo el horror de lo que estaba haciendo estuvo a punto de arrollarla, pero lo apartó: si tuviera que decapitar a todos los Orcos entre Daligar y las Montañas Oscuras para que su hijo pudiera nacer, los decapitaría. Si tuviera que amontonar los cuerpos de los enemigos muertos hasta la altura de las copas de los árboles para que la niña con los ojos del último de los Elfos pudiera seguir respirando, lo haría. No sería una Furia, no se convertiría en un espíritu lacerado por la nostalgia de los hijos no nacidos o muertos en la infancia. Sería la madre de dos hijos vivos.

Otros Orcos se acercaron, y otros más. Los cinco caballeros de Daligar apretaron el cerco en torno a ella. La Reina Bruja se quitó la sangre de la cara, levantó la espada en alto en la oscuridad y golpeó una y otra vez. Oyó un grito salvaje y cruel que acompañaba cada golpe y reconoció con estupor su propia voz.

Robi sabía combatir. No solo porque había jugado durante mucho tiempo a batirse a duelo con Yorsh usando pedazos de caña en vez de espadas; sino porque, cuando iba de caza, de alguna manera sabía un instante antes dónde encontraría al enemigo. La sangre de los Orcos que tenía en el rostro se diluyó con el sudor. Los hombros empezaron a dolerle como si estuviera herida. El aliento se le quebró por la fatiga. Le faltó el aire.

Robi miró al último Orco que tenía enfrente y se dio cuenta de que esta vez no sería capaz de levantar la espada.

Pensó en sus hijos.

Pensó en su padre.

Pensó en su madre y en sus manzanas secas.

Pensó en Yorsh.

Sentía que sus hombros eran de plomo. La espada pesaba como el dolor del mundo. Su brazo cayó.

Dos Orcos descollaron encima de ella como gigantes.

Robi pensó que estaba acabada.

Los dos Orcos cayeron al suelo, uno tras otro.

Dos flechas que se sucedieron con increíble rapidez les habían atravesado la minúscula hendidura entre la armadura y la gola. Eran dos flechas muy bellas, elaboradas con una delgadísima asta de acero o quizá plata, balanceadas en el otro extremo con plumas blancas y de color carmesí. Apoyada en la espada, tratando de ponerse de pie, Robi se dio vuelta para buscar a su salvador con la mirada. El arquero montaba un caballo color humo que aun en la oscuridad exhibía toda su belleza: el pelo brillante recubría los músculos perfectos de un cuerpo que parecía esculpido en el viento de la carrera. La puntería del arquero estaba más allá de toda descripción; era comparable solo a la que había tenido Yorsh.

Robi reconoció el magnífico caballo del Juez Administrador.

Por un largo y maravilloso instante pensó, esperó, deseó, soñó el absurdo sueño de que Yorsh se hubiera levantado de la pira fúnebre y hubiera ido a ayudarla después del escarnio de robarle el caballo al Juez.

Las luces violentas de los incendios y el humo hacían que la imagen fuera confusa; o quizá fue por la dificultad con la cual los ojos reconocen lo increíble e identifican lo imposible que Robi no reconoció a su salvador hasta no tenerlo cerca. El arquero tenía la cabeza descubierta y su cabello claro brillaba a la luz del fuego, del mismo modo en que centelleaban las complicadas redes de plata y perlas diminutas que lo encerraban. El cuello de seda clara se asomaba abombado por encima del terciopelo del sayo.

Sin duda alguna era Aurora, la hija del Juez Administrador.

Entre todas las personas del mundo era la última que Robi hubiera esperado ver

en un campo de batalla y la última de quien hubiera esperado ayuda.

La Princesa de Daligar conservaba su belleza perfecta, encantadora. Llevaba puesto un atuendo de terciopelo oscuro como la noche, sobre el cual unos sutilísimos bordados de plata emulaban las ondas del cabello. Por debajo del atuendo llevaba unos pantalones del mismo terciopelo y unas botas oscurísimas, de tal modo que ni una franja de piel, fuera de la del rostro y las manos, fuera visible.

Robi sintió de manera aguda el frío del viento y de la noche en el cráneo mal rasurado, en los pies sucios y desnudos y en las rodillas huesudas y rasguñadas, que sus ropas empapadas de sangre y fango dejaban al descubierto cuando cabalgaba.

La Princesa de Daligar detuvo el espléndido caballo color humo. Descendió, se arrodilló junto a los Orcos que había matado y les cerró los ojos a ambos. Se quedó un momento silenciosa y triste, como si los dos hubieran sido parientes cercanos y amados. Toda la escena le pareció a Robi aun más absurda que las que ya había presenciado. Aurora le hizo un gesto rápido con la cabeza y subió de nuevo a su caballo.

Desde las escarpas los habían visto: pronto, enorme y pesado, el puente levadizo comenzó a bajar con un ruido de hierro y cadenas. Rosalba y sus caballeros, de nuevo seis con Aurora, se lanzaron al galope, remontaron el puente y llegaron finalmente al gran espacio abierto donde estaba el pozo. La reja comenzó a bajar de inmediato mientras el puente se elevaba. Cuatro caballos de los Orcos, en desbandada, se les habían unido en la carrera. Tuvieron tiempo de atravesar el puente con ellos antes de que la reja se abatiera con todo su peso a sus espaldas y detuviera, en el último segundo, la carga de un grupo de Orcos apeados. Estos se sostuvieron en equilibrio sobre el puente cada vez más oblicuo, armaron las ballestas y dispararon. Rosalba trató de bajarse del caballo lo más rápido que pudo para alejarse de la trayectoria de los dardos, pero tropezó con la capa y cayó de rodillas al suelo: el dardo destinado para ella le rozó el hombro derecho, que sangró un poco y le manchó el velo claro que rodeaba su rostro. Rosalba se lo quitó y lo usó para taponar la herida. La sangre tiñó indeleblemente la tela blanca con un halo oscuro y otros más claros. Lástima, pensó, era tela de buena calidad, pero no había más. Con el velo se quitó la corona y se la puso en el regazo.

Junto a ella estaba la espada con la empuñadura de hiedra entrelazada, la hoja sucia de sangre. El fragor de hierro y cadenas a sus espaldas le dio la certeza de que estaba a salvo. Los Orcos que habían disparado contra ella habían sido abatidos o arrojados al Dogon desde el puente que se elevaba de nuevo, dejando al enemigo por fuera de las murallas, por aquella noche, por la siguiente y la que seguía después.

Alguien se irguió junto a ella.

Era Aurora. Aurora también se había bajado del caballo: sin embargo, en el fango tenía las botas y no los pies o las piernas, y no era lo mismo. Rosalba no lograba dejar

de pensar que la fluidez de los movimientos de la otra de alguna manera le recordaba a Yorsh. Se puso de nuevo en pie y se quedó allí, con la espada en una mano y la corona y el velo ensangrentado en la otra.

La Princesa de Daligar la miró con curiosidad. Robi sintió aquella mirada como si fuera un enjambre de tábanos.

Hubiera querido sacudírsela de encima. La otra era la hija del hombre que había hecho matar a Yorsh. Su padre y su madre habían sido colgados por orden suya.

Robi la odió con toda el alma. Sin embargo, recordó que la otra le acababa de salvar la vida.

Aurora era tan hermosa como Yorsh, y este era uno de los motivos principales por los que seguía detestándola. Incluso ahora que Yorsh estaba muerto y que ya era insensato sentir algún tipo de celos. Robi logró acordarse de nuevo de que la otra acababa de salvarle la vida a ella y, por consiguiente, a su hijo aún no nacido y a Erbrow.

Robi intentó ponerse de pie. Tenía un cansancio mortal. Tuvo que apoyarse por un lado en Enstriil y por el otro usar la espada como bastón para no caerse. Los pies se le hundieron en el fango, pero al menos la ropa le cubrió las rodillas huesudas y sucias. Robi se preguntó a dónde habría ido a parar la oscura capa de terciopelo pespunteada de oro; luego la vio en el suelo, cerca de las patas de Enstriil.

Una multitud comenzó a reunirse en torno a ella. Estaban todos: los soldados, las mujeres, los niños, los ciudadanos y los refugiados y obviamente el Senescal. Solo faltaba el Jefe de la Casa de los Reyes, que no debió sentirse autorizado a dejar el lecho de Erbrow ni siquiera ante el grito de victoria.

La Princesa del Condado la contemplaba. Parecía perpleja. Robi seguía pensando que debía agradecerle el haberle salvado la vida, pero que la odiaba demasiado para hacerlo. Por fin Aurora se iluminó.

—¡Robi! ¡Rosalba! ¿Rosa Alba? —preguntó despacio, con el tono alegremente triunfal del que acaba de resolver un enigma.

Robi asintió y en ese momento ocurrió el segundo evento más increíble de la velada. El tercero, si se contaba también la victoria obtenida, porque si se trataba de eventos increíbles, este también lo era.

La Princesa de Daligar se arrodilló frente a ella e inclinó la cabeza, en tanto que el terciopelo de su vestido y de sus pantalones se hundía en la tierra y en el lodo.

—Señora mía —dijo con voz fuerte y levantó la cabeza—. Rosa Alba, heredera de Arduin, la que lleva en el nombre la luz del nuevo día y de la esperanza que renace cada mañana para los Hombres, soberana de Daligar, venida a combatir por la ciudad y sus habitantes.

Rosalba permaneció inmóvil, cansadísima y atónita. No sabía bien qué debía hacer y no tenía fuerzas para hacer nada. Por fin logró asentir. Estaba viva. Una parte

del cerco había sido rota. Su hija estaba viva y tal vez lograría salvarla. Había aparecido una aliada, quizá la última que hubiera querido, pero una aliada con una puntería infalible que acababa de usar para salvarle la vida.

Aurora se levantó, recogió la capa azul y dorada y se la entregó con una leve reverencia.

La soberana de Daligar se cubrió los hombros con ella. Sintió su suave tibieza. Cruzó una mirada con los caballeros que la habían seguido y se dio cuenta de que esas miradas habían cambiado. La habían seguido impulsados por la desesperación, como un grupo de niños callejeros que sigue a un líder improvisado: ahora la miraban como se mira a una Reina. La multitud que los rodeaba tenía en los ojos esa misma mirada. Muchos se arrodillaron.

—Señora mía —prosiguió Aurora—, no tengo palabras para expresar la vergüenza por el criminal asesinato perpetrado por mi propio padre. Al matar a su esposo, cometió el más odioso de los crímenes y además dejó desarmado al Mundo de los Hombres que había encontrado en su esposo un protector en estos momentos aterradores en los que nuestra supervivencia es incierta. Mi padre regresó a Alyil y allí se refugió a salvo con la corte y casi la totalidad de nuestro ejército. Me invadió un horror infinito al escuchar a mi propio padre ufanarse por haber abatido a su esposo a quien él consideraba el último obstáculo de su gloria. Igualmente infinita fue la alegría que experimenté al escuchar que se dolía porque usted, heredera de Arduin, había logrado escapar. Comprendí que el Mundo de los Hombres aún no estaba perdido porque todavía tenía una Reina, y vine para alcanzarla y combatir por usted.

Rosalba pensó, una vez más, que debía darle las gracias a Aurora, pero de nuevo fue incapaz de hacerlo.

Se quedó de pie, apoyada en la espada y en Enstriil. Miró el bellissimo corcel color humo. Era el caballo más bello que había visto. Ni siquiera Enstriil podía comparársele.

—Hermoso caballo —logró mascullar. Eran las primeras palabras que le dirigía a Aurora.

Ella asintió.

—El más bello del reino —confirmó.

Cuando las personas reunidas se aseguraron de que el diálogo había terminado, elevaron de nuevo gritos de júbilo. El escuadrón de caballeros se vio abrumado por aclamaciones y flores. Alguien lanzó dulces de pasas y miel. Robi se dio cuenta de que tenía hambre otra vez y tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para recordar que era la Reina y que no podía lanzarse al piso a recoger los dulces entre las patas de los caballos.

La presencia de Aurora le estaba dando ánimos a la ciudad, y la manifiesta sumisión de esta ante Robi aumentaba la fe.

Tenían una Reina de verdad.

No todos los habían abandonado.

Si la hija del Juez estaba en Daligar, era porque Daligar no estaba condenada: y si cabalgaba detrás de la loca con el cabello totalmente rapado, entonces era verdad que no se trataba de una loca sino de la heredera de Arduin.

Mientras las aclamaciones se elevaban, sucedió la tercera cosa más absurda de la velada. La cuarta, si se incluía la victoria.

Aurora se arrodilló delante de una mujer cubierta de harapos que llevaba a sus dos hijos de la mano. Toda la escena era incomprensible; de inmediato hubo silencio, dado que nadie quería renunciar al privilegio de comprender lo que pasaba.

—Señora —dijo Aurora levantándose de nuevo y poniendo en las manos de la mujer una cadena de oro con dos dijes; Rosalba estaba lo suficientemente cerca para ver que estos tenían forma de bellota—. Su esposo era el jefe de los Guardias, Mandrail, acusado de traición de manera injusta hace diez años. Cuando le confiscaron todos los bienes, esta cadena, regalo de su esposo, fue a parar a mis manos. No puedo hacer nada contra la injusticia de mi padre que condenó a muerte a un hombre a pesar de conocer su fidelidad y su inocencia. Solo puedo devolverle esta cadena.

La mujer miraba fijamente la cadena en su mano maltratada por el agua del lavadero.

Irguió los hombros al igual que la cabeza, mientras la mirada se le llenó de orgullo.

Era la viuda de un hombre asesinado por el Juez bajo la falsa acusación de traición: ahora, gracias a Aurora, ya no seguiría siendo considerada la mujer de un traidor.

El honor del hombre que había sido su esposo y el padre de sus hijos había sido restituido.

Nunca más tendría que consolarlos por las pedradas destinadas a los hijos de los condenados.

El tramo más oscuro de su descenso a los Infiernos había terminado.

—Si dando mi vida —prosiguió Aurora, de nuevo de pie, dirigiéndose a todos— pudiera borrar todas las abominaciones que mi padre ha cometido, la daría. Solo puedo decir que el dolor y el recuerdo no me abandonarán jamás y que vine a pedirles el honor de poder combatir y morir por la ciudad de Daligar y por su soberana.

Esto fue seguido por un murmullo perplejo. Rosalba pensó ahora que ya había visto todo lo que era posible ver. Después no pensó en nada, abrumada por la dicha salvaje de estar todavía viva al igual que su hija.

—Debes decir algo. Después de una victoria se dice alguna cosa —susurró Jastrin, que había asomado de la oscuridad como un duende para aparecer de

improviso a su lado.

Rosalba no tuvo necesidad de pensarlo. Haber visto a Aurora arrodillada para devolverle el honor perdido a una de las víctimas de la crueldad de su padre le había recordado que el Rey es aquel que decide sobre el honor y el deshonor.

Ella estaba viva todavía, pero no todos compartían la misma suerte.

Con la última brizna de fuerza que le quedaba logró levantar la voz sobre las voces de los demás.

—Las barcas de los Orcos fueron destruidas y las catapultas quemadas. La ribera norte fue despejada por los incendios. Los Orcos que sobrevivieron tuvieron que ponerse a salvo nadando y abandonando sus propias armas. El puente con el que hubieran podido ocupar sus posiciones fue quemado. En este momento la ciudad es inexpugnable: una de sus riberas fue liberada.

Las palabras de Robi fueron recibidas con otros gritos de alegría, pero esta vez ella los interrumpió con un ademán.

—Salí con seis caballeros. Regresé con cinco —prosiguió—. El guerrero que perdimos derramó su sangre para que la ciudad viera un mañana.

Rosalba no tuvo que preguntar quiénes eran los parientes del hombre que había perdido. Unos sollozos ahogados guiaron su mirada: una mujer anciana, una joven, un niño atónito en brazos de la madre. La mirada de todos siguió la suya. Robi no sabía qué decir. Se preguntó qué se dice cuando un hombre muere y trató de pensar en algo que no sonara demasiado inútil ni demasiado estúpido. Volvió a recordar al hombre, vio sus pecas, sus ojos oscuros.

—Él murió por ustedes —dijo con dificultad. No estaba segura de estar diciendo algo inteligente. La tentación de quedarse callada era muy fuerte—. Fue su manera de amarlas —añadió.

El grupo la miraba, pendía de sus labios. Robi pensó que entre las habilidades de un Rey estaba la de dar consuelo.

—Sin su sacrificio la ciudad no estaría a salvo —agregó incierta.

También esto debió haber sido lo justo porque, aunque el dolor no pudiera disminuir, en las miradas de los tres aparecieron el orgullo y el consuelo. Y aquellas palabras, que para ella habían sido inciertas, para todos fueron fuertes, lentas, solemnes.

—Los Reyes de verdad dan condecoraciones —susurró Jastrin—. Algo que le dé honor a la familia generación tras generación.

Rosalba bajó los ojos hacia el collar de oro que el Conde de Daligar le había entregado. Sus manos cansadas lograron separar las láminas. El Senescal se zafó una de las cintas de sus mangas y se la entregó. Robi la ensartó en el gancho libre de la lámina. Luego se acercó a la mujer y al niño, puso el collar improvisado alrededor de la viuda del caballero muerto y la saludó con una leve inclinación que la otra

respondió con una leve reverencia.

Muchos de los presentes se pusieron a llorar.

Robi regresó junto al Senescal, recuperó la espada y, sin más fuerzas para volverla a envainar, se encaminó hacia sus aposentos.

El velo blanco manchado de sangre cayó al suelo. Era demasiado fatigoso recogerlo: el hombro ya casi no le sangraba. Robi lo dejó donde estaba.

* * *

El Jefe de la Casa de los Reyes se inclinó cuando ella entró en la habitación.

—Señora mía —murmuró y luego desapareció.

Cuando ella llegó, Angkeel ya estaba acurrucado al lado de Erbrow.

—Hazme lugar, especie de gallina —susurró Robi y después se desplomó en el lecho, todavía con la espada en la mano. La dejó caer, abrazó a Erbrow y se durmió.

Capítulo 4

Erbrow se despertó mucho antes de que el alba naciera. Al otro lado de una ventana, alta y estrecha, dividida en dos por una columnita, la luna se elevó e iluminó la noche ventosa. Erbrow miró a su alrededor con la esperanza de ver el brillo del cabello de su padre o las alas verdes del dragón, pero solo estaba el blanco austero e intimidante de unas paredes desconocidas para ella.

La noche debió haber sido terrible: el aire estaba lleno de humo y olores atroces, como de furor y dolor. Nunca sabía lo que estaba sucediendo.

Ya no tenía a su papá que le explicaba las cosas.

Lo había visto marcharse en las alas del dragón y ahora ella también sabía qué se siente al volar. Eso había sido hermoso, pero extrañaba terriblemente a su papá. Tenía muchos deseos de poder llorar, pero mamá le había dicho que no debía. Si hubiera podido llorar, tal vez esa especie de piedra fría que tenía por dentro se hubiera disuelto. Hubiera deseado que su madre la tuviera entre sus brazos, donde se oían los corazones de los dos hermanitos: entonces tal vez la piedra se hubiera disuelto de igual manera, al menos un poquito, pero mamá ya no podía cargarla en sus brazos porque siempre tenía otras cosas que hacer.

Cuando estuvo despierta del todo, Erbrow se dio cuenta de que su mamá dormía junto a ella. Por un segundo se consoló, pero después la luz de la luna llenó la habitación y vio la sangre. Mamá la tenía en el rostro, en la ropa, en el cabello, o más bien, en lo que le quedaba de este. Estaba herida. La niña puso la mano en el hombro de su madre. Allí, por debajo de la ropa rota, una pequeña herida todavía fresca dejaba salir algunas gotitas de sangre, y la curó. El cansancio la agobió y tuvo ganas de ponerse a llorar. Logró tragarse las lágrimas y volvió a desear con toda el alma que su papá estuviera junto a ella.

Tenía que hacer pipí. En su casa, donde había nacido, solo tenía que salir e ir a la playa. Erbrow se preguntó por dónde llegaría a la playa en este extraño lugar en el que se encontraba. Mamá con seguridad sabía, pero estaba durmiendo. Aun así Erbrow sintió cuán abismal era el cansancio que tenía y no osó despertarla.

Se deslizó de la cama. La luz de la noche clara había invadido la alcoba: al lado de su madre vio la espada de la hiedra donde solían cocinar las tortillas, y que estaba llena de sangre coagulada. Erbrow abrió los ojos de par en par y escapó porque no quería ver aquello. Mientras buscaba la playa, se preguntó cómo cocinarían las tortillas si acaso lograban encontrar de nuevo nidos de gaviotas.

Vagó al azar: no encontró ninguna playa. Su casa era un lugar fácil que se acababa con las paredes: adentro estaba la casa y ahí se dormía, y afuera estaba la playa y allí se podía hacer pipí incluso de noche, sin tener que alejarse demasiado de papá y mamá que dormían. Su casa era el lugar donde la espada de la hiedra estaba

limpia y se usaba para hacer tortillas, donde su papá le contaba historias y le cantaba canciones cuando la oscuridad llegaba y le daba miedo.

La casa donde se encontraba era una casa extraña que siempre continuaba, puerta tras puerta, y que nunca terminaba. Erbrow se preguntaba dónde habrían puesto la playa. Llegó a un jardín lleno de hierba verde y flores grandes que centelleaban con el rocío de la noche, y por lo menos resolvió el problema del pipí.

La niña se dio cuenta de que estaba perdida. Por horrible que fuera la idea de regresar junto a la espada ensangrentada de su mamá, la idea de no ser capaz de regresar era peor.

Erbrow cada vez tenía más ganas de ponerse a llorar, pero mamá le había dicho que no debía. Se sentó en el suelo, se abrazó las rodillas y puso la cabeza encima. Sacó su muñeca y la sostuvo entre las manos pasando los dedos por la madera descortezada, pero esto tampoco la consoló. Su papá se había marchado con el dragón y ella estaba sola. No sabía lo que estaba sucediendo. Todo le daba miedo. Todo era horrible. La espada de las tortillas estaba empapada de sangre. También su mamá estaba llena de sangre, y además ella, Erbrow, estaba perdida. Todo era frío.

Mamá había dicho que no debía llorar.

Mamá había dicho que quería ser la madre de dos hijos vivos.

Los hermanitos eran dos y vivirían.

No tenía necesidad de ella: Erbrow podía irse de allí.

Acurrucada en el suelo, Erbrow soñó que su padre venía por ella en las alas del dragón. Pensó que si detenía su corazón, esto sucedería. De todos modos mamá tenía a los hermanitos y ella estaba perdida... Erbrow sabía cómo detener por sí misma su propio corazón. Su papá no lo había hecho, pero mientras la miraba con los ojos perdidos en los suyos, él lo había pensado y ella lo había comprendido.

Alguien la tocó. Erbrow levantó la cabeza y entrevió en la escasa luz una figura alta con un cabello que brillaba sutilmente, y por un instante pensó que su padre por fin había regresado para llevarla consigo, pero el dragón no estaba.

No era él sino una joven vestida como un hombre, con un arco en bandolera y una complicada red de plata y perlas que le sostenía el cabello. La mujer puso una rodilla en el suelo para poder mirarla a los ojos.

—¿Puedo serle útil de algún modo, mi Pequeña Señora? —preguntó.

Erbrow se quedó perpleja. Era una pregunta difícil. Mientras trataba de comprender cómo debía responderla, la desconocida habló de nuevo.

—Mi nombre es Aurora —se presentó con una venia.

La niña asintió. Se tragó rápidamente la desesperación y trató de nuevo de entender qué debía hacer. Se preguntó si debía corresponder: se sentía muy intimidada, pero no quería parecer descortés. La cortesía era muy importante para papá. Se señaló a sí misma.

—Ebbou —logró decir en un susurro.

—Es un nombre bellissimo, mi Pequeña Señora; es un verdadero honor conocerlo —comentó Aurora.

Erbrow asintió.

—Dago —se sintió en la obligación de especificar, y de nuevo se señaló a sí misma.

—Es el nombre del dragón. Comprendo. Lleva el nombre del último de los dragones, el que su padre, en sus años mozos, acompañaba a volar.

Erbrow asintió y luego escudriñó a Aurora un largo rato a la luz incierta de la antorcha.

—Oa —susurró.

—¿Ahora? Ahora... ¿Quiere decirme que su padre y el dragón ahora se han reunido y vuelan juntos?

Erbrow asintió. Por fin había encontrado a alguien que entendía algo.

—¿Me permite abrazarla? —preguntó Aurora de forma inesperada.

Erbrow aceptó y se encontró rodeada por un cuerpo tibio y blando envuelto en telas que se sentían suaves contra la piel. Acomodó la cabeza junto al cuello de Aurora que tenía un olor a aire y viento que le recordó de manera vaga a su papá. Aurora le acarició largo rato el cabello. No era la misma cosa que poder llorar, pero al menos había alguien que la abrazaba mientras ella hablaba de su papá. Eso ya era algo. La piedra de frío y de oscuridad que tenía por dentro cuando vio a su papá morir comenzó a disolverse un poco. Si hubiera podido llorar en los brazos de alguien que hubiera llorado con ella, quizá esa piedra se habría disuelto aun más y el recuerdo verde de las alas del dragón sería más fuerte que el del rojo oscuro de la sangre, pero mamá había dicho que no debía llorar y Erbrow no se había atrevido a hacerlo.

—Su muñeca es muy bella —le dijo Aurora—. Debe ser hermoso tener una muñeca así: con ella uno jamás se puede sentir solo.

Erbrow casi logró sonreír. Le gustaba que Aurora le hablara a ella, que era pequeña, del mismo modo como oía hablar a los adultos.

—Espero, si alguna vez tengo una hija —agregó Aurora—, que pueda tener una muñeca hermosa como la suya. Así jamás estará sola.

Esta vez Erbrow se sonrió realmente complacida, pasando los dedos sobre su muñeca de madera tallada.

—¿Está perdida? Este palacio es muy grande y es fácil perderse. Si me permite, puedo acompañarla. ¿Puedo llevarla en mis brazos? Sé dónde duerme su madre —agregó.

Erbrow aceptó. Estaba cansada. Fue bello sentirse en los brazos de Aurora. Todo era dulce y tibio en su abrazo. Erbrow posó la cabeza en el hombro de ella y pensó que si hubiera llorado la muerte de su padre allí, en ese momento, la piedra fría que

tenía por dentro se habría disuelto del todo. Deseó con todo el corazón poder hacerlo, pero no estaba segura de que su madre se lo hubiera permitido y se contuvo. Cuando estuvo en una extraña habitación donde había una enorme silla de oro, Aurora la bajó.

—Derecho, en esa dirección, está su madre. Quédese junto a ella: ella la necesita muchísimo en este momento. Recuerde que no puede perderse: tiene que estar junto a ella. La ciudad está asediada por los Orcos, pero su madre le ha traído una magnífica victoria y ahora la ciudad es inexpugnable. Esta noche hubo dolor, pero gracias a su madre, a su valor y a su coraje, se pudo evitar un dolor infinitamente mayor. Gracias a su madre y a la sangre que se derramó, los niños de esta ciudad podrán seguir diciendo la palabra «mañana». Su madre no puede estar con usted ahora, porque debe protegerlas a usted y a la ciudad de la muerte y de la destrucción; solo ella puede hacerlo. Nadie tiene su fuerza. Nadie tiene su valor. Mi Pequeña Señora, usted es la persona más importante de la ciudad. Sin usted su madre estaría perdida, y sin su madre todos nosotros estaríamos perdidos. Mi Pequeña Señora, no se pierda más, se lo ruego. Ahora debo irme. El viento se calmó y la niebla se está levantando. Dentro de poco la luz de la luna será devorada y todo se volverá confuso como en un sueño. Con la oscuridad podré salir de la ciudad. Mi caballo es el más veloz del reino y su color se confunde con la sombra y con la niebla, al igual que mi atuendo. Yo conozco todos los atajos, en la oscuridad solo yo puedo encontrarlos. Puedo pasar a través de las Colinas de la Luna Nueva que nos separan de Varil. Debo ir a llamar a un guerrero muy fuerte que combatirá en lugar de su madre, y ella podrá estar a su lado.

Erbrow asintió aliviada. Por fin había encontrado a alguien que la entendía cuando hablaba y que le explicaba lo que estaba sucediendo. Si alguien le explicaba lo que estaba sucediendo, el mundo no era solo furor y salía de la oscuridad de lo incomprensible: era como si un rayo de luz hubiera atravesado la niebla. Sabía también que, si tan solo hubiera podido llorar a su papá junto a alguien que llorara con ella, la piedra que llevaba por dentro se volvería menos negra y menos dura. Aurora tenía una voz calmada que le recordaba el susurro de las cañas cuando no había viento en el mar. Era una voz dentro de la cual se podía acurrucar, una voz dentro de la cual su cabeza se podía recostar y los ojos se podían cerrar y se podía soñar que la muerte de su padre ya no sería dolorosa.

Por fin había encontrado a alguien que hacía y decía alguna cosa sensata.

—No daño —le aconsejó alarmada.

—Claro —la tranquilizó Aurora—, tendré cuidado para que no me pase nada malo. Ahora váyase. Su madre la necesita: podría despertarse y sería terrible para ella no encontrarla a su lado —le hizo una reverencia.

La niña asintió de nuevo en señal de despedida y se fue corriendo. Hubiera querido despedirse mejor de Aurora y pronunciar su nombre, pero era un nombre particularmente lleno de *eres*, que entre todos los sonidos era el más huidizo y

caprichoso.

—Aoa —susurró en voz baja. Sin los sonidos caprichosos se volvía como un suspiro de brisa en los días sofocantes.

Atravesó tres habitaciones y finalmente llegó al lecho de su mamá.

Pasó rozando la pared de la chimenea y recortó el camino hacia la cama; así no tenía que ver la espada ensangrentada.

Se ovilló como un gatito, tuvo cuidado de no tocar la ropa de su madre donde estaba sucia de rojo oscuro y de no mirar las manchas tampoco.

Todo estaba tibio y se sentía el latido de los hermanitos.

En la noche, a punto de convertirse en amanecer, estaban apareciendo nuevos olores: aromas tenues del pan que se horneaba, tortillas que se freían y esperanzas que de nuevo cobraban vida. Se oyó el canto de un gallo.

Erbrow se deslizó en el sueño y su mente se perdió en los sueños como un copo de nieve en el mar.

Capítulo 5

Rosalba se despertó cuando el sol brillaba. Como en cada despertar, la desesperación por la pérdida de Yorsh la asaltó y, como siempre, la alejó. Ya llegaría el momento de poder llorar y arrancarse las vestiduras y el cabello, pero no era este. Ya tenía la ropa hecha jirones y el cabello rapado. Además tenía un ejército de Orcos acampado frente a la puerta meridional de una ciudad de cobardes e idiotas que habían celebrado durante años el honor de ser los súbditos del Juez Administrador.

Erbrow dormía serena a su lado y la herida que tenía en el hombro ya se había sanado. Rosalba lo interpretó como un buen augurio, besó a su hija en la frente y así fuera con esfuerzo, se levantó.

El amanecer había surgido cargado de júbilo y de comida. Una cesta de pan y manzanas puesta en la Sala del Pequeño Trono saludó el despertar de la soberana. Sobre el trono había un extraño vestido de telas superpuestas. Los faldones de la falda no tenían costuras y por debajo había unos pantalones de verdad; así podría cabalgar sin que nada se levantara. Era negro y el cuello estaba bordado en oro. El paño que quedaba más adentro, el que estaría en contacto con la piel, era de lino, mientras que el que estaba en el exterior era de terciopelo, cálido y resistente. En el suelo había varios pares de calzado negro de diferentes medidas para que ella pudiera encontrar la suya. En el fondo de la cesta, Rosalba encontró un pequeño pedazo de queso que miró emocionada, pues desde la muerte de sus padres no lo había vuelto a comer. Lo puso con un pan y una manzana al lado de Erbrow para que ella lo encontrara al despertar. Luego, vistiéndose con una sola mano, porque con la otra se llenaba la boca de pan, reemplazó la túnica sucia y hecha jirones. Regresó a la Sala del Trono.

Un ruido de pasos le advirtió la llegada del Jefe de la Casa de los Reyes que la miró feliz.

—Debo agradecerle —empezó Robi, mientras la mirada del otro se llenaba de orgullo—. Estas vestiduras son realmente bellas y cómodas. ¿Cómo se le ocurrió la idea de algo que fuera a la vez el atuendo de un caballero y una túnica?

—Fue la Dama Aurora —respondió el otro—. Ella me explicó cómo mandarla a hacer y yo di las órdenes. Anoche hicimos la primera y hoy haremos una segunda. Trabajamos de noche y con mucha alegría, Señora mía. Pero debe sobre todo agradecerle a la Dama Aurora —se escudó el hombre—: sin ella nunca se me hubiera ocurrido la idea de los pantalones que parecen un vestido. Ella me mostró los suyos y nos permitió tomar las medidas...

La poca alegría desapareció del espíritu de la soberana. Pero por más que no soportara a Aurora, la ropa que llevaba era demasiado cómoda como para renunciar a ella.

En compensación, recibió una buena noticia.

Se había quitado a Aurora de encima. Así como había llegado, se había marchado. Había hecho bajar el puente levadizo, contraviniendo cualquier norma de sentido común, con el riesgo de que le cayeran encima todos los Orcos y, peor aún, de permitir que algunos entraran a la ciudad, y después se había ido en la oscuridad y en la niebla. No se sabía a dónde.

Robi recordó que no había dado la orden de no bajar los puentes levadizos por ningún motivo en el mundo, dando por descontado que nadie haría una bestialidad de ese tipo, pero se dio cuenta de que había subestimado la imbecilidad de todos: en Daligal nunca se podía estar seguro de nada.

Se preguntó si Aurora ya habría caído en las manos de los Orcos y sintió un vago dolor ante la idea, porque la otra, después de todo, le había salvado la vida. Recordó con horror su maldición, pero ahogó el pensamiento: no era el momento de dejarse debilitar por las supersticiones...

Ella no la había expulsado: no era responsable de su destino.

Robi se aseguró de que alguien se ocupara de su hija y después se encaminó hacia las escarpas. La misma niebla que había protegido la fuga de Aurora envolvía al mundo y hacía que todo fuera confuso. Como le explicó el Jefe de la Casa de los Reyes, incluso en esa estación de principios de verano, seca y sin lluvia, el valle del Dogon, hundido debajo de las Montañas Oscuras, se cubría de nieblas fugaces e impenetrables que llegaban de improviso y hacían que todo fuera confuso y que de la misma manera se levantaban, barridas por el viento repentino que aparecía del norte.

Los Orcos estaban tratando de abatir de mala manera el gran puente levadizo y la puerta meridional. Habría sido posible con un puente móvil y un ariete, pero no contaban con ninguno de los dos. Todo lo que habían logrado hacer era fabricar dos balsas minúsculas que atravesaron el Dogon cargadas de hombres armados con hachas en vez de espadas y que tratarían de abatir las pesadas vigas de madera de la puerta, si solo hubieran podido llegar hasta ella. Las balsitas avanzaban bajo nubes de flechas, perdían el equilibrio por los huecos o se volteaban con la corriente. Hasta al mítico Srakkiolo, el Orco tonto de los relatos y de las baladas, se le hubiera ocurrido algo menos tonto.

Las burdas tentativas continuaron durante toda la jornada. Cuando alguno de los agresores golpeado por los arqueros caía al río y teñía las aguas con su propia sangre, el entusiasmo de los daligarianos estallaba, mientras los Orcos, absolutamente impasibles, lo sustituían con otro y volvían a empezar. Rosalba estaba tranquila: si alguno lograba alcanzar la puerta, las ampollas incendiarias y el fuego se encargarían del resto.

En la tarde el viento se levantó y barrió la niebla. La sabiduría retornó y los Orcos desistieron.

El ataque había sido largo, absurdo y fallido.

Rosalba se tranquilizó.

De repente, de las escarpas orientales se elevaron gritos y volutas siniestras de humo.

Rosalba comprendió.

El ataque había sido largo, complejo, bien articulado y no había fallado. Había subestimado a los Orcos. Había cometido dos errores: no se había percatado de que las órdenes del ataque a la puerta meridional eran de una estupidez excesiva e improbable, y no se había preguntado, cuando vio a los Orcos subirse por el palo engrasado de la cucaña, cuál era la estrategia para la cual adiestraban a los guerreros acróbatas.

Rosalba se precipitó hacia las escarpas, acompañada de los soldados. Llegó a tiempo para ver a los agresores escapar bajando como ardillas por las paredes exteriores de las murallas.

Dos soldados yacían en el suelo, degollados: se habían distraído tanto rato mirando el falso ataque que permitieron que los otros se subieran a los bastiones.

El objetivo no era romper las defensas de la ciudad, sino simplemente distraer la atención hacia la parte meridional, de tal modo que un pequeño escuadrón de soldados con armas ligeras, los guerreros acróbatas, remontara el agua en una de las barquitas que había sobrevivido y escalara los bastiones septentrionales sin ser visto, para raptar a media docena de niños.

Los palos que constituían las espinas de Daligar, creados para desalentar los asedios, pues por allí se arrojaba brea hirviendo sobre el enemigo que asediaba, podían sin embargo favorecer una escalada. Rosalba había subestimado de nuevo la idiotez abismal de su ejército. El duro adiestramiento para que no pensaran había persistido durante tantas generaciones que había dado frutos: como ella no les había ordenado a los soldados de guardia que permanecieran en sus puestos y miraran hacia abajo, los idiotas no lo habían hecho.

Habían incendiado los tres depósitos de provisiones que quedaban en la ciudad.

Había sido una maldita mala suerte, comentó el jefe de los soldados, que fueran esos precisamente los edificios escogidos para incendiar, ya que no estaban ni junto a las murallas ni detrás de ellas.

Robi pensó que si fuera mala suerte sería demasiada para ser casual. La idea de que alguien les hubiera entregado a los Orcos los planos de la ciudad le cruzó por la mente.

Un grupo de madres desesperadas y llorosas le obstruyó el paso. Alguien le informó que Jastrin también había sido raptado.

A las voces de los otros se unió la voz calma del Jefe de la Casa de los Reyes, superada de inmediato por la voz gélida del Senescal. Le informaban que los Orcos estaban construyendo una pira de madera para los rehenes: o la ciudad se rendía o los

quemarían.

En el primer caso, irrealizable, la ciudad moriría. En el segundo, deplorable, los gritos de los rehenes y el olor de su carne carbonizada, serían, como decirlo... desmoralizadores.

—¿Desmoralizadores? —repitió Robi, tratando de luchar con valor contra la tentación de estrangularlo.

—Desmoralizadores —confirmó el otro y sacudió la cabeza— tanto para la totalidad de la ciudadanía como para la especificidad de la parentela directa.

—¿Para la especificidad de la...?

El Senescal señaló con un gesto vago el grupo de madres. Robi se preguntó por qué el Juez Administrador no se había llevado a este insoportable cortesano. La única respuesta que se le ocurrió es que él tampoco lo soportaba.

El grupo de madres había dejado de llorar y se estaba armando. Aparecieron cuchillos para asados y pequeñas hachas para decapitar pollos.

—Señora mía —dijo una mujer casi tan alta como ella, vestida de yute gris. Tenía un rostro bello, bien delineado, iluminado por unos ojos oscuros y un cabello castaño que se entreveía por debajo de un chai de lana roto—. Señora mía, la hemos visto combatir. La hemos visto vencer. Nosotras también combatiremos. Nuestros hombres siguieron al Juez porque su deber como soldados era seguir las órdenes de este, pero pronto retornarán para combatir por nosotras y por nuestros hijos. En su ausencia iremos nosotras.

Robi la miró y asintió. Nunca le podría pedir a esta mujer que se quedara viendo arder a su hijo. Tampoco era capaz de ver que la madre iba a hacerse masacrar y luego ella, Robi, se quedaría para verlo arder. Tenía un hijo dentro al que debía proteger, pero en ese momento, frente a los ojos de esta otra madre, no quería que su hijo naciera en un mundo donde la gente se quedaba viendo arder a los niños vivos. Era preferible que muriera quedamente en su vientre sin experimentar jamás el dolor de venir al mundo.

Además estaba Jastrin.

Como si fuera tu hijo, había dicho Yorsh.

—Por supuesto que iremos. Iremos todos. Ensillen mi caballo, reúnan a los soldados.

—Señora —protestó el Senescal—, ¡es una locura!

—¡Cómo negarlo! —coincidió Robi—. Los cuerdos pusieron su seguridad a salvo en las Montañas del Norte junto a la augusta redondez de sus traseros. Pero aquí solo quedamos nosotros, las mujeres, los niños y los locos para discutir con el ejército de los Orcos el significado de la vida y de la muerte. En conclusión, si vamos todos juntos a discutirlo, será más divertido que si van solo unos pocos a quemarse vivos en las piras, mientras que los otros permanecen en las escarpas viéndolos arder.

Salieron de inmediato. El puente bajó y la reja se cerró pesadamente detrás de ellos.

De un momento a otro terminarían de hacer la pira y le prenderían fuego. La puerta occidental se abrió. Robi, los cinco caballeros, cuatro soldados que montaban los caballos que les quitaron a los Orcos y todos los demás a pie se precipitaron al exterior. A las madres se les habían unido otras mujeres, abuelas y tías y todos los hombres que quedaban. Eran un ejército improvisado armado con lo que hubiera a mano, cuando no desarmado por completo, pero que tenía una ventaja: fue una sorpresa para los Orcos. Los planes completamente absurdos tienen el valor de ser imprevisibles. Robi vio huir a los Orcos. La horda se abrió frente a ellos.

El haber desperdigado los caballos de los Orcos le daba a la armada de Daligar, por miserable que fuera, la indiscutible ventaja de ser la única que disponía de una caballería.

Rosalba se dio cuenta, con una alegría perversa, que los Orcos no habían calculado ni la rapidez ni la furia del contraataque.

Luego comprendió que, aun teniendo en cuenta la sorpresa y la furia, el éxito de la acción era excesivo. Frente a ellos los guerreros estaban en realidad escapando como si hubieran visto un Demonio o a las Erinias en persona. Emitían insultos extraños y roncós, maldiciones curiosas lanzadas en un tono agudo y repetían a menudo un gesto incomprensible como cuando se está tratando de ahuyentar algo.

Rosalba y los otros cinco caballeros llegaron a la pira. El aceite aún no había sido vaciado: el ataque no lo había permitido. Uno de los Orcos tiró una antorcha, pero solo se produjo un chisporroteo y un poco de humo. Sin aceite, el fuego no se propaga. Las llamas encendidas bajo los cuerpos vivos no estallaron.

El Orco que arrojó la antorcha fue atacado desde arriba: hubo un grito ronco y dos enormes alas blancas y azules se abrieron. Finalmente Angkeel había regresado de cazar. Después de Erbrow, Jastrin era la persona que más amaba en el mundo. El Orco gritó y cayó. La sangre manchaba su máscara de guerra desgarrada.

Rosalba espoleó a Enstriil para que subiera a la pira y logró llegar hasta Jastrin: un solo golpe de la espada de Yorsh hizo saltar las cadenas con las que estaba amarrado al primero de los palos y lo liberó. Para hacerlo tuvo que agachar la cabeza; por suerte, el gesto hizo que esquivara por un pelo una flecha que se clavó en el palo de la hoguera. Robi lamentó el tiempo que no había perdido para buscar un yelmo y ponérselo en la cabeza que ahora sólo estaba protegida por la corona. De un momento a otro una nube de dardos oscurecería el cielo claro de ese día luminoso. La niebla había desaparecido por completo con el viento cálido. El cielo estaba alto, inmenso y surcado por las gaviotas del Dogon. Robi pensó que si había de morir, hubiera

preferido una granizada o por lo menos un temporal.

Se precipitó con su espada sobre las cadenas de los otros niños. Los otros caballeros atacaron a los arqueros Orcos para ganar tiempo; pero estos no huyeron ni lanzaron maldiciones incomprensibles, sino que atacaron ferozmente. Dos soldados quedaron heridos. El grupo de las madres se dio cuenta de que los Orcos no combatían con ellas sino que las evitaban. Se lanzaron contra los arqueros con sus ridículas hachas y sus cuchillos hechos para descamar pescados y destripar gallinas, y esto también les permitió ganar algo más de tiempo.

De repente el sonido de un cuerno atravesó la llanura.

Robi levantó los ojos y vio un grupo de caballeros que llegaba por el este. ¡Varil estaba mandando ayuda! ¡El Mundo de los Hombres estaba decidido a erguirse en pie, batirse y reconquistar el derecho a la vida para sus hijos!

El sol estaba en lo alto. El primer caballero no llevaba yelmo. Aunque no hubiera reconocido el magnífico caballo color humo y crin negra, el brillo del cabello no dejaba lugar a dudas. Aurora había regresado y, para su mérito imperecedero, había tenido la simpática idea de traer consigo unos cincuenta soldados a caballo. No tenían estandartes y aun en la distancia se distinguían las corazas hechas de placas sostenidas como mejor se podía, las grebas desaparejas y los yelmos abollados de la caballería ligera. No obstante, cuando se trataba de combatir, combatían. Al lado del que debía ser el jefe, corría un perro. ¿Un perro?

—¡Pero si es un lobo! —dijo el jefe de los soldados que acudió junto a Rosalba para protegerla.

Después de haber identificado rápidamente el punto de menor resistencia, el lado occidental de las líneas enemigas, el de los Pequeños Orcos de los Pantanos, el grupo de caballeros comenzó a abrirse paso para ayudarlos. Un centenar de grandes Orcos de las Montañas, con escudos en forma de hocico de lobo y alabardas en forma de colmillos, trató de formar de manera veloz una segunda barrera, pero los caballeros la rompieron de nuevo con un ímpetu invencible. Ya habían visto la pira con los niños y su furia era incontenible. Su grito de guerra se elevó furioso como un rugido:

—Ahora. AHORA. ¡AHOORAAA!

El grito se repetía cada vez más feroz. Robi reconoció su propia voz unida a la de los demás.

Reconoció la vocecita de Jastrin, las voces de las madres.

—¡Ahora! ¡AHORA! ¡AHOORAAA!

Resurjamos ahora. Combatamos ahora. Liberemos nuestra tierra ahora. El terror termina ahora. Ahora.

El escuadrón de los caballeros se interpuso entre la batería de los Orcos y Robi para darle tiempo de reunir a los suyos y llevarlos a salvo dentro de las murallas. Todos los niños habían sido rescatados. Después de ellos, poco a poco, entraron los

caballeros; Aurora entró de penúltima sobre su corcel del color de la niebla y de último entró el que sin duda era el Capitán del escuadrón. Era un guerrero muy alto y montaba un jamelgo vergonzoso, que apenas se sintió al seguro paró de una forma tan brusca que por poco derriba al caballero: el gigante imprecó por debajo del yelmo.

El lobo, jadeante de tanto correr, llegó y se detuvo a su lado.

Uno de los grandes Orcos, uno de los caballeros apeados, había logrado saltar sobre el puente levadizo mientras lo estaban levantando y logró rodar por debajo de la enorme reja antes de que bajara estruendosamente. Era un guerrero espantoso: tanto el yelmo como la máscara de guerra estaban recubiertos de colmillos de lobo. Se arrojó sobre Rosalba, pero chocó contra el lobo que se había abalanzado sobre él dándole tiempo al Capitán de los recién llegados para enfrentarlo; este lo decapitó de un solo golpe con su espada de Orco, sin empuñadura, fundida en una sola pieza con esta. Robi pensó que, aunque pocas cosas eran tan horribles como el odio hacia alguien que está por matarnos, había algo insoportable en la decapitación. Volvió a preguntarse si los Orcos tendrían una madre o un padre y si alguna vez habrían sido bebés. Cerca de ella yacían los cadáveres de una media docena de enemigos que evidentemente habían ingresado durante los pocos instantes en los que la reja había quedado abierta a sus espaldas y habían sido abatidos por los soldados arqueros que defendían la ciudad.

Robi tenía ganas de arrodillarse y agradecerle al Cielo o a quien fuera que actuara en su lugar. No solo todos estaban vivos sino que había aparecido un primer grupo de refuerzos. El Capitán del escuadrón se había quitado el yelmo y Robi levantó los ojos para verle la cara. El alivio se transformó en furor.

Reconoció al Capitán de la caballería de Daligar.

Lo había entrevisto solo una vez, ocho años antes, a la salida de la garganta de Arstrid, pero había sido suficiente para que esa cara se le quedara grabada en la memoria.

Era el hombre que había matado a Erbrow. El hombre que hubiera querido masacrarlos a ellos, hasta al último niño harapiento, y que no había logrado hacerlo porque el último y magnífico vuelo del último y magnífico dragón que el mundo había creado había cerrado la garganta de Arstrid tras la fuga de ellos.

Con los ojos de la memoria, Robi volvió a ver las grandes alas verdes abiertas bajo la luna y las flechas que las abatían. Recordó la gran mancha verde que había ocupado y quietado sus sueños de niña desesperada. Su odio por el Capitán solo era inferior al que experimentaría si estuviera frente al Juez Administrador en persona.

El Capitán era en todo y por todo una emanación del Juez.

El Capitán de la caballería de Daligar la vio y la reconoció, o quizá, como habían pasado muchos años como para reconocer sus facciones, no la reconoció sino que la identificó. Descendió del caballo y se le acercó.

Robi seguía sosteniendo la espada en la mano: la hoja de luz de los Elfos brilló mientras la apuntaba en la garganta del otro. Era un guerrero muy alto, muy fuerte; realmente parecía invencible. Robi sintió una satisfacción infinita al ver el terror en sus ojos. El gruñido del lobo se elevó amenazante.

—Detén al lobo —dijo Robi intimidante.

—Lisentrail, detenlo —dijo el Capitán. De nuevo Robi, con una dicha salvaje, le vio el miedo en la cara.

Capítulo 6

A Rankstrail lo atormentaba el miedo. Desde el momento en el que Aurora le había comunicado el terrible mensaje. Después de haber perdido al último de los Elfos, corría el riesgo de no llegar a tiempo a socorrer a la esposa y a los hijos de este.

Rankstrail no había sospechado ni siquiera remotamente cuánto peligro corría Yorsh. De manera apresurada había creído que era invencible y no se había preocupado por protegerlo. Aunque viviera hasta el fin de los tiempos, nunca se perdonaría el no haber evitado su muerte.

Ahora el Mundo del Pueblo de los Hombres había sido privado del único guerrero que era capaz de salvarlo, de guiar un contraataque. Habían abatido como a un perro sarnoso al ser que podía conducirlos a la victoria.

Los pocos instantes en los que había estado en su presencia habían bastado para que Rankstrail decidiera rendirle una fidelidad absoluta. Después de que Aurora le comunicó la muerte del último de los Elfos, Rankstrail juró que protegería a la esposa y a los hijos de este a cualquier costo.

Estaba seguro de que la guerrera que se estaba arrojando de modo temerario contra un océano de Orcos para salvar a los niños amenazados, a pesar de su fragilidad de mujer encinta, no podía ser sino la esposa del último de los Elfos y la heredera del último gran Rey de Daligar.

No solo había reconocido la corona y la espada: había reconocido el valor.

En el arrebato de poder socorrerla no había pensado en nada más.

Solo cuando la Reina Bruja le puso debajo de la garganta la punta de la misma espada que había relucido durante la liberación de Varil, Rankstrail se dio cuenta de su enésimo error: no había pensado que, para ella, él no era más que el asesino del dragón y, peor aún, un siervo del Juez.

En el momento en que la punta de la espada le rasguñó la garganta, el terror se apoderó de Rankstrail.

Los hombres que estaban con él lo habían seguido porque su fidelidad era absoluta e inquebrantable. La mitad más decorosa de su armada, los nacidos en Varil, los que tenían parientes allí y quizá una verdadera familia, se habían quedado bajo el mando del Príncipe Erik. Los que había detrás de él eran hombres sin patria o hijos de patrias innombrables. Eran aquellos sin historia o con historias inconfesables. Eran la escoria, los malditos, los rechazados. Ninguno de los hombres que tenía detrás desconocía la cárcel o el verdugo, a excepción del grupo de los Enanos, armados de hachas, que habían sido retirados del trabajo forzado en las minas para ingresar a la armada Mercenaria. A estos tampoco los habrían querido en las prisiones, para no arruinarlas.

Él, además del odio hacia los Orcos, era el único motivo que mantenía unida a

aquella manada de caballeros. Si la Reina Bruja lo mataba, sus hombres la masacrarían. Después de perder a Yorsh, por no mencionar al dragón, Rankstrail sería culpable de causar la muerte de su esposa. Y después de masacrarla a ella, descuartizarían a Aurora, que para colmo era la hija del muy poco amado Juez Administrador, convencidos de que su petición de ayuda había sido solo el señuelo de una trampa mortal.

Rankstrail logró detener con un gesto de la mano a los soldados que estaban acudiendo en su ayuda. Lisentrail por suerte había tenido tiempo de frenar al lobo antes de que alcanzara el cuello de la guerrera. Aurora había descendido del caballo y también se acercaba.

—Señora —comenzó con la voz tranquila—, me llamo Rankstrail, soy el Capitán de los Mercenarios de Daligar. Sé quién es usted. Le juré a su esposo que mi espada le pertenecía y vine a ofrecérsela para protegerla a usted y a sus hijos como pueda. Si considera que debo pagar con mi vida la culpa de haber abatido al último de los dragones, juro que le permitiré tomarla, pero no en este momento sino cuando el asedio haya terminado.

Lisentrail palideció. Tragó y después dio algunos pasos al frente siempre sujetando al lobo por el cogote.

—En realidad al dragón... —comenzó a decir dudoso.

—Silencio —dijo Rankstrail severo.

—¿Conoció a Yorsh? ¿Conoció a mi esposo? —preguntó la Reina Bruja. La presión de la espada en la base de la garganta de Rankstrail disminuyó.

—Cabalgamos juntos. Liberamos juntos la ciudad de Varil cercada por los Orcos... Él... Yo... Nosotros estábamos siguiendo la orden de capturarlo —continuó el Capitán. La presión de la espada aumentó. Un murmullo enfurecido se estaba levantando en la tropa de Rankstrail: de un momento a otro se convertiría en un rugido—. Nosotros estábamos acatando la orden de capturarlo y entregárselo al Juez. Ignorábamos que Varil estaba sitiada, el Juez lo había ocultado, pero su esposo conocía la agonía de la ciudad y nos guio para liberarla. Era nuestro perseguido y se convirtió en nuestro líder... nosotros... juntos.

—¿Junto a usted? ¿El asesino de Erbrow? —preguntó con sarcasmo la Reina. La presión de la espada había casi desaparecido.

—Nosotros, esa vez, cuando el dragón murió, los salvamos a ustedes... —balbuceó tímidamente Lisentrail que intentaba de nuevo participar en la conversación.

La Reina Bruja no brillaba por la afabilidad de su carácter. Apartó con brusquedad la espada de la garganta de Rankstrail, pero solo para ponerla en la base de la del Cabo. Rankstrail por fin respiró: se giró hacia su tropa y con un gesto brusco dejó en claro que no necesitaba ayuda y que no quería que ninguno osara moverse o

siquiera hablar.

—¡Cuando el dragón murió! —repitió la Reina—. Hermosa manera de expresarse. Al oírlo decir así parece que le hubieran dado lombrices o un resfriado.

—Soy el único responsable de las acciones de mi armada y soy el único que responde por ellas —retomó Rankstrail—. Si quiere mi vida, se la entregaré, pero después, cuando no haya más Orcos acampados frente a Daligar. En todo caso, Señora —agregó Rankstrail después de una pausa muy breve—, le acabamos de salvar la vida.

—¿Cómo voy a negarlo? —respondió la soberana muy poco impresionada—. Me la salvaron de los Orcos, pero nadie me dice que no haya sido para entregársela, después de algunos días, al Juez, de quien, si se me permite el término un poco crudo, usted es un siervo. Además, a ustedes los llamó la hija del mismo hombre que hizo colgar a mis padres y masacrar a mi esposo. Entre otras cosas, la muchacha en cuestión cabalgó hasta donde ustedes estaban sin que nadie le torciera uno solo de sus encantadores cabellos claros, en una tierra infestada de Orcos y, ¡hablando de coincidencias!, esos mismos Orcos debieron recibir recientemente información muy detallada de los planos de la ciudad porque los tres depósitos de víveres fueron incendiados. Deme un motivo para confiar en usted, Capitán, y démelo deprisa.

La Reina Bruja se quedó inmóvil. El lobo, que Lisentrail todavía sujetaba, gruñó. Por fin al Capitán se lo ocurrió algo.

—Señora, usted tiene un centenar de hombres, pero yo tengo cincuenta mejor armados y a caballo. No combatiré contra usted, pero mis hombres no tolerarán mi ejecución. Si nos masacramos aquí, unos a otros, nadie podrá detener a los Orcos.

—Preferiría entender de qué lado está, dado que yo tengo un centenar de hombres y usted cincuenta, sobre todo con los Orcos acampados delante de casa.

—Su esposo confiaba en mí. Juntos liberamos a Varil.

La soberana se quedó pensando un rato, en un silencio interrumpido solo por el lobo, luego bajó la espada lentamente.

—Es verdad —recordó Robi—. Reconozco que es verdad. Lo nombré cuando trataba de convencer al Juez de que combatiera a los Orcos o, al menos, de que no se lo impidiera hacer... «Su terrible Capitán con su aterradora armada y yo» fue parte de lo que dijo antes de que lo mataran. Es cierto. Él confiaba en usted. Estaba dispuesto a tenerlo como aliado... Esperar a que se levante el asedio para discutir las razones y los errores, dijo... Me parece razonable. En todo caso, no tengo mucho de dónde escoger. Entre tanto ordéneles a todos los miembros de su armada que se mantengan alejados de mí y que mantengan la boca cerrada en mi presencia. La paciencia no se encuentra entre mis numerosas dotes.

La Reina se dio vuelta y se alejó. Pasó cerca de un chiquillo delgado, recién liberado, se inclinó sobre él y se cercioró de que se encontrara bien.

—¿Te hicieron daño, Jastrin? —preguntó.

—No me hicieron nada, Robi, es decir, Señora mía —respondió el chiquillo—. Llegaste a tiempo. Estuviste grandiosa.

—Gracias —respondió la soberana. Ni siquiera entonces sonrió.

—Ey, Ro... Señora mía, ¿sabes por qué escaparon de ustedes? —preguntó el chiquillo triunfante.

—No, pero estoy segura de que tú sí lo sabes.

El chiquillo sonrió complacido.

—Es un asunto de urbanidad, y entre los Orcos esta es muy rígida. Para ellos las mujeres son seres tan inferiores que en la escala jerárquica de su sociedad se disputan el último lugar con los perros. Los callejeros. ¿No lo entiendes? El hecho de que les den asco fue algo que pesó a favor de ustedes. Si un guerrero te hubiera enfrentado y tú lo hubieras derrotado, no solo la vergüenza le hubiera costado la vida, sino que hubiera rondado a su clan y a su estirpe hasta el fin de los siglos. Aun en el caso de una victoria, sin embargo, por el solo hecho de haberse rebajado a pelear contra una mujer, el honor de un Orco estaría perdido para siempre y la pérdida del honor entre los Orcos puede ser una cuestión realmente dolorosa y penosa, incluso mortal.

—¿Y por qué me enfrentaron anoche?

—Porque no te reconocieron. No se dieron cuenta de que eras una mujer. Es tan inverosímil que una mujer encinta vaya a combatirlos que te deben haber confundido con un hombre. Tienes el cabello rapado, ibas al galope en un caballo cubierta por una capa y estaba de noche. Y si alguno se dio cuenta de que eras una mujer, y además encinta, que para ellos es peor, la oscuridad lo protegía de la vista de los otros Orcos. Ahora te han visto bien.

—Interesante —comentó la soberana—. Realmente interesante. Lástima que sus reglas de urbanidad, tan precisas y rígidas, encuentren vergonzoso enfrentar a una mujer con la espada y no pongan objeción en abatirla con flechas.

—Bueno, sabes, es decir, quiero decir, sabe, Señora mía, no se puede tener todo —comentó muy serio y pensativo el chiquillo—. ¿Y sabe qué es lo peor para un Orco fuera de batirse con una mujer? ¡Incluso más que ser derrotado! ¡Ser decapitado! Aun después de morir. La decapitación le impide a un guerrero vagar después decentemente por el Reino de los Muertos. Por eso les gusta tanto poner las cabezas de los nuestros en las picas; así no solo los matan sino que les arruinan la eternidad.

—Déjame entender —preguntó Rosalba—, ¿según los Orcos, si uno muere asesinando, mutilando y decapitando a otros tiene derecho absoluto al Mundo de los Infiernos con tal de que todavía tenga la cabeza pegada al cuello?

—Sí, así es.

—¿Y el mundo de los Infiernos en qué consiste?

Jastrin hizo un gesto vago.

—Más o menos en las cosas que les gustan aquí, pero sin límite, siempre y cuando el Orco haya combatido por los Orcos con coraje y siempre y cuando, aún después de muerto, tenga la cabeza pegada al cuello. Un Orco prefiere morir quemado vivo o torturado, que en su propio lecho si sabe que su cadáver será decapitado.

—¡De veras!

La Reina se alejó hacia el lado opuesto de la plaza donde los dos soldados heridos estaban cerca del pozo. Cuando estaba lo suficientemente lejos como para estar seguro de que no lo escucharía, Lisentrail dejó oír su voz de nuevo.

—¿Esa es la mujer del Elfo? —preguntó—. Entonces es una bruja.

Muchos hombres se habían acercado para tratar de saber qué había sucedido.

Rankstrail asintió y pensó de nuevo, al mirarla, que era un líder innato como nunca antes había habido uno.

—Y ahora sí creo que el Elfo no le temía a nada, con una mujer así. Ey, Capitán, ¿cómo fue que mataron al Elfo? No debió haber sido fácil. Él solo podía enfrentar a un ejército.

—Tomaron como rehén a su hija, una niña pequeña. Él tuvo que dejarse matar, de lo contrario hubieran matado a la niña —explicó el Capitán.

—Eso fue sucio. Realmente sucio. Capitán, ¿tú cómo lo supiste? ¿Te lo dijo la hija del Juez? Yo digo que no murió, que se hizo el muerto.

—No, murió de verdad —respondió el Capitán—. Su cuerpo fue quemado y además, cuando murió, en el lugar en que se derramó su sangre, nacieron margaritas, como con el dragón. Murió de verdad. A ella, a la hija del Juez, se lo contó su padre.

—¿Por eso está tan furiosa? ¿Por qué está tan furiosa con nosotros? Nosotros no le matamos al marido. Al dragón sí, fuimos nosotros, pero con la muerte del marido no tuvimos nada que ver.

—Porque estuvimos bajo las órdenes de un loco criminal —respondió el Capitán—, y el deshonor de haberlo estado nos pertenecerá por siempre, a nosotros y a nuestros hijos.

El deshonor es un anillo que, una vez forjado, nunca se rompe.

—No digas idioteces, Capitán, nosotros somos Mercenarios. Nunca alcanzamos a vivir lo suficiente como para tener hijos, si es que acaso encontramos una mujer que nos quiera. Ey, Capitán —prosiguió Lisentrail—, ¿tienes alguna idea de qué se come y dónde se duerme acá? De todos modos, cuando un Mercenario muere no nacen margaritas, ni siquiera la gente se da cuenta. Entonces es mejor que por lo menos comamos. Hicimos toda una jornada a caballo para abatirnos sobre una ciudad asediada por los Orcos en la que nadie nos quiere, en la que no hay nada de comer y en la que, si no nos degüellan los Orcos, será la bruja la que nos haga ahorcar... La cuñada de mi prima decía que siempre hay que verle el lado bueno a las cosas...

Rankstrail siguió mirando a la soberana. Tenía inteligencia, coraje y rapidez para tomar decisiones. Desafortunadamente tenía también la capacidad de usar la lógica, y la lógica, en ese momento, estaba en contra suya.

Si solo lograra que el dolor y la rabia no la empujaran hacia la injusticia, podría ser una gran Reina.

Aurora había presenciado el enfrentamiento, petrificada. De repente, una niña pequeña de rizos negros, delantal azul y pies descalzos atravesó el patio corriendo para lanzarse en sus brazos: la joven mujer le sonrió feliz y la niña estalló en risas.

La Reina regresó de inmediato hacia ellas.

—No se atreva a tocar a mi hija —masculló.

La sonrisa desapareció tanto de la faz de Aurora como de la de la niña. Los ojos azules de la pequeña y los ojos verdes de Aurora perdieron la luz de tal modo que parecían grises. Aurora bajó a la niña y se dio vuelta para enfrentar a la soberana.

—Señora mía —dijo calmada—. Perdóneme, pero no le permito pensar que podría hacerle daño.

—No se atreva a tocar a mi hija jamás —repitió la Reina después de tomar a la niña en brazos.

El silencio entre los presentes, los soldados, la multitud de los habitantes y las madres con los niños liberados era absoluto. Solo lo interrumpía el cacareo de las pocas gallinas de la ciudad.

—Yo le salvé la vida, Señora mía.

—De los Orcos —reconoció Robi—. Porque sin mí es imposible salvar la ciudad y es evidente que para usted y su padre es difícil renunciar a ella. Será necesario que me explique cómo logró atravesar una tierra infestada de Orcos y por qué estos sabían dónde teníamos almacenados los víveres, y será necesario que me lo explique con mucha calma porque me es difícil entenderlo.

Aurora no bajó la mirada, mantuvo con firmeza sus ojos verdes sobre los ojos oscuros de la soberana.

—Mis vestiduras y mi caballo se confunden: en la oscuridad y en la niebla se ven poco. Pero sobre todo hay un atajo que corta el asa del Dogon. Pasa entre las zarzas y las rocas y es inaccesible para quien no lo conozca. Pasé por ese camino cuando iba hacia Varil y por ese mismo regresamos todos juntos. Los Orcos desconocen el atajo y por ello está despejado. En lo que respecta a los planos de la ciudad, solo pudo ser mi padre quien los entregó. Debe haber hecho un pacto con los Orcos. Traicionó a Varil, cedió el plano de las esclusas a cambio de la paz con Daligar y ahora está trocando a Daligar no sé a cambio de qué. Soy la hija de mi padre, Señora, ¿cómo negarlo? Sin embargo, esto no es suficiente para que usted dude de mí. Yo soy yo, Señora, no mi padre.

—La sangre de su padre le corre por las venas, usted es su hija. Sus manos tienen

la misma forma de las manos del hombre que hizo masacrar a mi esposo tomando a mi hija como rehén. Tienen la misma frente, la misma sonrisa. ¿Por qué no habría de temer cuando usted pone esas mismas manos sobre mi hija? ¿Por qué no habría de esperar que, al tenerla a ella como rehén, usted no me masacre a mí y al hijo que llevo dentro? En mi tierra suele decirse que las manzanas jamás caen demasiado lejos del árbol. Como lo anotó su amigo el Capitán, con los Orcos enfrente no hay mucho de dónde escoger, pero no se atreva a acercarse a mi hija, no se atreva ni siquiera a mirarla o haré que la ejecuten.

El rostro de Aurora se tornó cetrino. Su mirada se perdió en el vacío.

—¡Señora! —intervino el Capitán, que ya estaba hasta la coronilla—. La Dama Aurora cabalgó toda la noche para venir a ayudarla. Desafió la buena suerte más allá de los límites. La desafió al llegar a Varil en donde, al menos al principio, fue tomada por un emisario de su padre cuya traición ya se sospechaba. La desafió ahora, Señora, mientras la ayudábamos, cuando evitó que los niños que estaban sobre la pira, los hombres y mujeres que trataban de liberarlos y usted tuvieran una muerte segura y horrenda. Pero ante todo, la desafió esta noche al atravesar ella, una mujer, sola con su caballo y su coraje, una tierra infestada de Orcos. Puso en riesgo mucho más que su propia vida. Por lo que a mí respecta, reconozco mi culpa y estoy dispuesto a responder como usted quiera cuando el asedio termine, pero pido y exijo justicia para mis hombres que dejaron una ciudad donde eran tratados como amigos y libertadores para venir a combatir y quizá a morir aquí por usted. ¿Cómo puede ser tan cruel?

—Ni usted ni nadie más pueden pedirme o exigirme nada. Me ha salvado, es cierto: pero lo repito, sin mí la ciudad está perdida y salvarme simplemente quiere decir que no desea abandonar a Daligar en manos de los Orcos. Vi las flechas atravesar el cuerpo de mi esposo. Mi hija tuvo que verlo mientras moría. ¡Usted proclama ser secuaz suyo! Con secuaces como usted no hacen falta enemigos. Si no hubiera abatido al dragón que lo acompañaba, él hubiera sido invencible. Si hubiera sido su compañero de armas, ¿por qué no estaba con él para protegerlo cuando lo mataron? ¿Cómo puedo ser tan cruel? Me entreno a diario con diligencia —repuso cortante la soberana—. Señores míos, el último guerrero, dotado de una exquisita cortesía además de un infinito valor, fue abatido como un perro sarnoso. Solo me resta mi crueldad para separar a mis hijos de la muerte y les aseguro que no la escatimaré con nadie.

Aurora estaba pálida, pero al oír la voz del Capitán su mirada recuperó la luminosidad. Le hizo a Rankstrail un ademán gentil con la mano para que se detuviera, pues intuyó que estaba a punto de replicarle a la soberana. Sin dejar de mirar a la Reina a la cara, con un leve gesto de la cabeza dio su consentimiento.

—Tiene razón: la crueldad de mi padre fue tal que convirtió todo acto cortés y hasta la más mínima tolerancia en una imprudencia. Evitaré cualquier

comportamiento que pueda alarmarla, incluso acercarme a su hija porque comprendo su preocupación y comprendo que mi inocencia no es suficiente para mitigarla.

Apareció un águila con las alas blancas y azules: era la primera vez que el Capitán veía una de ese color. Un murmullo de estupor se elevó entre los soldados de su armada. El águila dio un par de vueltas en el cielo despejado y se posó sobre el hombro de la Reina Bruja. La niña la abrazó con todas sus fuerzas y escondió la cara entre sus plumas.

En las escarpas se oyeron gritos, nombres repetidos, pero no como cuando se llama a alguien, sino cuando se le reconoce. Favolo, Carolo, Airola... Uno de los soldados se asomó en dirección a la Reina.

—¡Señora mía! —le gritó—. Venga a ver. Ellos han...

—Decapitaron al caballero que murió en el primer ataque. También a los soldados de guardia de los fuegos de alarma. ¡Señora! ¡Venga a ver lo que han hecho con las cabezas!

Lisentrail estaba de nuevo cerca del Capitán y junto a Trakrail.

—Ey, Capitán —preguntó—. ¿Son las primeras que ven que todavía se impresionan tanto?

Desde el fondo de la plaza se elevaron los gemidos. «No», repetían sin cesar, y de nuevo se reconocieron los nombres: Favolo, Carolo, Airola.

—Esos deben ser los parientes de los decapitados, las madres y las mujeres —comentó Trakrail, y exclamó—: ¡No les permitan subir a las escarpas! ¡No dejen que suban!

La Reina se dio vuelta hacia Trakrail y lo miró por un segundo. Luego se dio vuelta hacia el grupo de mujeres, evidentemente para detenerlas o consolarlas, pero ya era tarde: ya se habían puesto en marcha por las empinadas escalas de piedra. La Reina trató de seguir las, pero su paso era lento. Tenía a la niña en brazos y al águila en el hombro, y eran pesos que se sumaban a su gravedad. Un viejo dignatario la seguía.

Se oyeron llantos de mujer, quedos y desesperados, sin gritos. La Reina llegó sin aliento al final de las empinadas escalas y tuvo que apoyarse en el muro para retomar el. Luego se asomó por las escarpas y de nuevo le faltó el aliento: se puso pálida, quizá por las náuseas, mientras gritos repugnantes, cargados de amenazas proferidas de manera tosca en la lengua común, se elevaban desde los campamentos de los Orcos.

La niña se puso a llorar. La Reina la hizo alejar y se la dio en brazos al dignatario que se la llevó. Luego se acercó al grupo de mujeres, las consoló y las alejó de las escarpas.

—Aléjense de aquí, llórenlos lejos de aquí y llórenlos recordándolos en su esplendor de hombres vivos. Señora, ¿recuerda a su hombre el día en que la desposó?

Entonces, deje de contemplar los despojos ultrajados por los Orcos y el ultraje dejará de existir. Señora, ¿recuerda la última vez que su hijo le sonrió? Recuerde eso y no mire otra cosa. Ellos no hubieran querido que las miradas de ustedes se posaran sobre sus despojos. Apártenlas de allí.

Las mujeres descendieron, una tras otra. Los llantos se acallaron.

Los Orcos, sin embargo, habían visto a la niña. Ahora sabían que el punto débil de la Reina de Daligar era una niña de delantal azul y rizos negros.

El Capitán deseó que nunca tuviera que lamentarlo.

La Reina estaba lívida: se dio vuelta hacia el Capitán y hacia el líder de sus soldados.

—Hagan decapitar a todos los Orcos que atrapen —ordenó—. Comiencen por los que hoy vinieron a hacerse matar aquí, en la plaza. Ya el trabajo está hecho con uno de ellos: faltan los demás. Hagan con sus cabezas lo que han hecho con las cabezas de los nuestros. De inmediato.

La niña estalló de nuevo en un llanto desesperado que no daba señas de calmarse.

—Decapítenlos a todos —ordenó el Capitán—, y pongan las cabezas en las picas como lo hacen ellos, bien alto, para que se vean.

—Capitán, ellos también les ponen comida, pero nosotros no tenemos.

—Pónganles lo que les parezca, basta con que sea colorido.

Muchos de los hombres de Rankstrail y la totalidad de los Enanos recibieron las órdenes con gritos salvajes.

Lisentrail se quedó en silencio y Trakrail intentó oponerse.

—¡Capitán! —susurró—. Nunca lo hemos hecho.

—Y ahora lo haremos —respondió con sequedad el Capitán—. Si la única forma de infundirles miedo a estas bestias salvajes es haciendo que se sientan ridículos en sus paseos por el Reino de los Muertos, pues así lo haremos.

Capítulo 7

Cuando Rosalba se alejó de las escarpas y volvió a descender al patio, tenía náuseas.

En la cima de una alabarda estaba la cabeza del caballero abatido. Rosalba había visto los ojos abiertos de par en par y vacíos y las pecas que la muerte había desteñido hasta dejarlas de un desolado color amarilloso. Alrededor de él, sobre otras astas idénticas, estaban las cabezas de los centinelas de los fuegos de alarma, que en la criminal ausencia de órdenes habían permanecido en sus puestos y habían muerto allí. Con respecto a la noche anterior las picas habían sido cubiertas de manera indecente con festones de alimentos, cebollas y salchichas, quizá para burlarse aun más del hambre de los asediados, o quizá para hacer alarde del desprecio que sentían por la muerte, de la indiferencia que sentían ante el horror, pues ni siquiera este impediría que los Orcos se atiborrasen de alimentos que los tábanos habían compartido con las órbitas vacías de los hombres muertos.

Los Orcos la estaban esperando y la habían reconocido de inmediato. Rosalba tenía la corona en la cabeza, así que era reconocible y, lo que era peor, había tenido a Erbrow en brazos, lo que hizo que también ella fuera reconocible. Era como si hubiera gritado que en Daligar había alguien que comandaba y que ese alguien sentía un amor sin límites por una niña pequeña de delantal azul y rizos negros.

Rosalba había comprendido por los gestos, que habían sido dirigidos más hacia la niña que a ella, cuán pequeños eran los pedazos en los que habrían desmembrado a su hija y cuánto se habrían divertido haciéndolo. De nuevo le había dado vértigo pensar que la niña, el bien máspreciado para ella en el mundo, no era para ellos más que una cucaracha que había que destruir en el menor tiempo posible.

Algunos de los hombres de Rankstrail estaban siguiendo sus órdenes. Al atravesar el patio Rosalba se encontró frente al cuerpo decapitado del último agresor al que había mirado a los ojos antes de que lo mataran y de nuevo sintió náuseas. Para que estas no la abrumaran le dio una patada al escudo redondo del Orco. Era pesado y se limitó a voltearse: era de madera con un tachón de hierro central y estaba completamente taraceado. Rosalba se sorprendió. Se agachó para mirar el complejo juego que formaban las figuras geométricas ensambladas unas con otras, repitiéndose siempre iguales y siempre diferentes. Su bebé pateó.

Rosalba le dio al jefe de los soldados la orden de establecer controles severísimos sobre los hombres de guardia. El más mínimo descuido podría acarrear la destrucción de la ciudad y debía ser castigado con absoluto rigor. Cualquier enemigo que se acercara a menos de diez brazas del río debía ser señalado. Antes del anochecer se colgarían linternas de los postes de protección para iluminar las murallas y hacer imposible cualquier ataque.

Rosalba habría deseado con toda el alma correr donde Erbrow, no solo para consolarla de las groseras amenazas de los Orcos, que la niña había escuchado y probablemente entendido, sino también para consolarla por toda su descortesía, para usar una palabra apreciada por Yorsh, hacia Aurora que, por algún misterioso motivo, quizá su semejanza con Yorsh, parecía fascinar a la niña.

De nuevo no pudo hacer lo que quería. La urgencia era otra. El Senescal se le paró enfrente. La ciudad era inexpugnable, pero tenía hambre. Tenían víveres para una docena de días. Si los racionaban de modo estricto, quizá alcanzarían para un mes, pero no sería un mes placentero. Las reservas de aceite, cereales, fríjoles, garbanzos y harina de polenta habían sido quemadas. Solo quedaban las pequeñas reservas que cada ama de casa tenía en su hogar —cerdo salado, uvas pasas, miel, harina—, pero era poca cosa. Si convertían a los caballos de los recién llegados en estofado, quizá llegarían al mes y medio, pero la idea causaría una discusión con los propietarios que no parecían haber venido al mundo para recibir lecciones de espíritu conciliador.

La Reina dio la orden de contarlos a todos y a las familias de todos, incluyendo a los desplazados, especificando el número de hijos en edad infantil; censar las ocas, las palomas y los pollos que hubiera en la ciudad, hasta el último pollito implume. Acabarían con todas las reservas. Se comerían las mariposas, los murciélagos y las arañas. Toda madre de familia que tuviera algo de miel debía aprender a caramelizar cucarachas, que cuando son grandes, constituyen en todo caso algo de comer, y las de Daligar eran enormes. Por lo que recordaba, las ratas pululaban en los calabozos y estaba segura de que rellenas de castañas secas serían todo un manjar. Los peces rojos que la corte había olvidado llevarse estaban en las fuentes de los palacios nobiliarios y los insoportables papagayos estaban olvidados en las pajareras. Había que distribuir arcos para que todos los ciudadanos aptos aprendieran a dispararlos. Esto sería conveniente si las defensas de la ciudad cedían, o en todo caso serviría para enriquecer la despensa casera con gaviotas. El asedio del lado norte había sido roto. Los recién llegados, la caballería del Capitán, harían pequeñas salidas de patrullaje por la ribera norte para impedir que fuera asediada de nuevo y para cazar cualquier cosa. Por el aspecto que tenían no parecían personas que se perdieran en un bosque, que se amedrentaran ante un jabalí o que necesitaran la ayuda de una abuela para encontrar el camino de regreso a casa.

—Señora —retomó el Senescal—, lo peor es que no tenemos agua. La del pozo ya casi se acaba y los Orcos han ensuciado de tal modo la del río que bebería podría causar enfermedades.

Rosalba se quedó sin palabras: el agua era un problema insoluble. No era casual que los Orcos se empeñaran tanto en contaminarla.

Jastrin dejó oír su voz.

—El agua se puede limpiar —explicó—. El agua se limpia con fuego.

Lo sabía porque Yorsh se lo había explicado. Le dibujó en la arena unas cosas extrañas que se usaban y él las había reconocido cuando pasaron por el lugar donde se fabricaba el perfume.

—¿Las retortas? ¿Los alambiques? —preguntó el Senescal.

—Sí, exacto, alambiques, retortas, esos eran los nombres.

Rosalba le agradeció al cielo por Jastrin, por su memoria, su valor, su coraje. También él combatía con lo que tenía. Tenía las piernas frágiles, pero su espíritu era formidable: Yorsh tenía razón, valía la pena luchar por Jastrin como si fuera hijo suyo.

Rosalba pasó el resto del día con el Senescal y con Jastrin. Antes de que cayera la noche del todo habían logrado comprender cómo funcionaban los alambiques y las retortas: así fuera con lentitud y a expensas de toda la leña disponible, estaban en capacidad de limpiar el agua del río. Con mucha parsimonia, algo de suerte y de lluvia, podrían también estar a salvo de la sed.

Cuando Rosalba por fin logró llegar a sus aposentos hacía rato que Erbrow estaba dormida y no pudo saludarla. El Jefe de la Casa de los Reyes le anunció que la niña había comido y le sirvió la cena, algo que él definió como: «liebres de los cielos con uvas pasas y piñones, servida sobre un lecho de cebollinos». El plato era blanco con detalles dorados; al lado había un pequeño cuchillo y un minúsculo tenedor de plata que Rosalba, al llevarse la comida a la boca con las manos, miró con curiosidad. Se preguntaba para qué diantres podría servir eso. Hasta ese momento no se había percatado de lo hambrienta que estaba: era el hambre insaciable de las mujeres encintas.

Las «liebres del cielo» era quizá lo mejor que había comido en la vida y se lo dijo al viejo señor que sonrió feliz.

—¿Dónde atrapó los murciélagos? —preguntó con la boca llena—. ¿Cómo hace para caramelizar las alas?

—Los sótanos están llenos, Señora mía —repuso complacido el viejo señor—. Para caramelizar las alas mezclamos miel y limón: quedan deliciosamente crocantes. Es la misma receta que usamos para los pétalos de rosa y en las mismas proporciones. Sabe, Señora mía, estaba desesperado: nuestras despensas están más limpias que una cáscara vacía. Se salvaron de los incendios de hoy, pero no se salvaron de los cortesanos que huyeron y que se llevaron consigo todo lo que podían cargar. Por fortuna, la Dama Aurora me recomendó los murciélagos de los sótanos. Nunca se me hubiera ocurrido pensar en un alimento tan raro; sin embargo, cuanto me dijo era verdad: tienen un sabor incluso más delicado que el conejo y la liebre.

—¿La Dama Aurora? —preguntó Rosalba.

¿Y Aurora qué podía saber de eso? Debió haber sido criada a punto de

exquisiteces en el jardín florido de su alegre infancia, sin tener nunca que ir a cazar animales más o menos repulsivos en los lugares más absurdos para no morir de hambre.

—Sí —retomó el viejo señor—. También abatió con el arco los animales necesarios para la cena y me aconsejó colgarlos en agua con sal, porque así es más fácil despegarles la piel. Es curioso que una joven que siempre vivió no solo en la abundancia sino en el derroche disponga de una información tan insólita.

La información disminuyó bruscamente el placer de Rosalba por la cena y de repente el sabor de todo le pareció menos grandioso, lo que sin embargo no fue razón suficiente para no seguir descarnando los huesillos, uno por uno. Mientras comía con los codos puestos sobre el mantel bordado y las alas de murciélago entre las manos, el Jefe de la Casa de los Reyes le puso al lado una espada corta en forma de media luna con un pesado mango de piedra y cobre, y un dije hecho con una esfera de jade en el cual estaba grabada la imagen del sol naciente, sostenido por un lazo de cuero muy viejo y gastado, como lisa y gastada era la vaina de la extraña espada. La espada y el dije, en cambio, cualquiera que fuera su edad, habían atravesado el tiempo intactas.

Rosalba miró los objetos y sintió una curiosa alegría ante la idea de poseerlos, como una sensación de pertenencia. Era como si hicieran surgir en ella el deseo profundo de tocarlos, unas ganas jamás experimentadas de tenerlos entre las manos.

Miró al viejo señor con aire interrogador.

—Perteneían a Sire Arduin, Señora mía —respondió el otro a su pregunta silenciosa—. Es todo lo que queda de él. La espada y el resto de la armadura fueron sepultadas con él. Estas son las únicas cosas tuyas que aún quedan en nuestro poder. Me alegra que usted se sienta tan feliz de tenerlas. Pensar que si no hubiera sido por Dama Aurora, no se me hubiera ocurrido ir a buscarlos para entregárselos.

Por último, antes de irse a la cama, Rosalba dio la orden de vestir a Erbrow con cualquier cosa que no fuera azul y de cubrirle el cabello. El Jefe de la Casa de los Reyes se acordó de que había conservado todos los vestidos y las túnicas de la Dama Aurora cuando era niña. Las cofias eran blancas y los vestidos de color carmín. La idea de que Aurora se hubiera puesto a hacer las veces de su ángel guardián exasperó a Rosalba, pero con tal de que su hija fuera menos reconocible estaba dispuesta a aceptar sus viejos vestidos.

Finalmente Rosalba llegó al lecho y se acostó bajo la cobija blanca al lado de su hija; esta se despertó y la abrazó. Rosalba se quedó despierta un largo rato, saboreando la dicha y besando repetidamente los rizos oscuros de su hija, como su madre hacía con los suyos y como luego había hecho Yorsh. Erbrow se durmió sin soltarla y también Rosalba cerró los ojos y comenzó su corta noche de un sueño interrumpido y agitado donde los recuerdos y las pesadillas se alternaban con

visiones incomprensibles.

Capítulo 8

Los días transcurrieron lentos.

Al principio el entusiasmo prevaleció. Para la ciudad que había visto el rostro de la muerte, estar aún con vida era un suceso tan inesperado que la alegría se propagaba por todas partes y todo se volvía una fiesta.

Habían obtenido de manera increíble dos victorias cabales contra los Orcos con muy pocas pérdidas. El asedio se redujo a la mitad y la ciudad se había vuelto inexpugnable.

Un ejército completo a caballo había llegado para ayudarla. El entusiasmo se mantuvo en alto a pesar de que aquella gente se distinguía de los Orcos solo porque no tenía una máscara de guerra pegada a la cara. De hecho, susurró alguien, a la mitad de los soldados de Rankstrail la cara les hubiera mejorado si se pegaran encima una máscara de guerra. No era que a estos hombres les faltara algo cuando sus madres los trajeron al mundo. Habían sido las injurias de los combates, pero principalmente las de los verdugos, las que los habían dejado con sonrisas torcidas, mejillas asimétricas y miradas desviadas.

Al pasar los días se habituaron al increíble milagro de la supervivencia. La falta de comida se agudizó y se hizo evidente sobre todo que, aunque el asedio se había reducido, era inamovible. Los Orcos, instalados frente a la puerta sur de la ciudad al otro lado de la rama meridional del Dogon, comían, dormían, cazaban, fabricaban barquitas y reconstruían las catapultas, decoraban incluso los brazos de estas y los tablones de carga con las complicadas incrustaciones geométricas que los caracterizaban. Organizaban paradas y torneos, y más de una vez los habitantes de Daligar se habían descubierto espiando a escondidas tras las troneras la impecable fascinación de sus evoluciones, una danza en la que los cuerpos de los guerreros se entrelazaban con las armas y con los cuerpos de los caballos cada vez más numerosos en la medida en que, tras la cabalgata de Rosalba que los había dispersado en los bosques, los habían vuelto a reunir.

Las provisiones de los asediados eran abundantes dado el número de granjas saqueadas y ganado robado. Mugidos, balidos y un gran cacareo de ocas y gallinas se levantaba de los vivaques y llenaba de dolor y de nostalgia a los habitantes de Daligar por los hermosos y alegres tiempos pasados, cuando solo la miseria cercaba la ciudad y era posible encontrar todavía uno que otro pollo.

El ejército enemigo dejó en claro, más allá de cualquier duda razonable, que el transcurso lento y perezoso del tiempo era el último de sus problemas. Se tomarían todo el tiempo que fuera necesario para que la ciudad cayera.

Rankstrail y los suyos habían sido alojados en los viejos establos donde habían permanecido sus caballos durante el tiempo en que estuvieron presos. Rankstrail se

volvió a encontrar con Rocío. Justamente ella era la encargada de limpiar el lugar y no solo para el Capitán fue un placer el reencuentro: también el lobo lo celebró con saltos y aullidos de alegría. Rocío le reveló al Capitán que durante su cautiverio y el de sus hombres en las prisiones del Juez Administrador, el lobo se había convertido en padre. Ella lo había puesto en la misma jaula donde estaba la loba de la ciudad. La pequeña señora acompañó a Rankstrail. Detrás de una encina, una reja viejísima cerraba una especie de madriguera que albergaba en su interior a una loba con un solo lobezno, un hermoso cachorro de color marrón claro.

Rankstrail rompió a reír mientras su lobo aullaba. Le pareció un buen augurio. La vieja le aconsejó tener cuidado con la madre: era un animal que nunca había sido domado ni adiestrado, era salvaje, rencoroso y huraño; el Capitán prometió recordarlo. El cachorro, alegre y juguetón, se acercó y le lamió la mano a través de la reja.

Cada mañana el Capitán y sus hombres salían por la puerta septentrional seguidos por los dardos de los Orcos desde la orilla opuesta. Para defenderse de ellos, les habían distribuido los pesados escudos de la armada regular que habían quedado abandonados en las armerías de la ciudad. Los caballeros se dispersaban entre los cañaverales y los bosques de castaños, de los cuales salían con algunas liebres o codornices y a veces con un jabalí. No se trataba de excursiones campestres: desde el primer día se habían encontrado pequeñas bandas de Orcos que cruzaban el río gracias a la rápida reconstrucción de las barcas. Estas bandas eran las que hacían impensable el sueño de la fuga que a menudo era acariciado, preparado y abandonado. No era posible, ni en grupos pequeños ni todos juntos, dejar Daligar, que era refugio y trampa a la vez para llegar a Alyil y a las Montañas del Norte. Estaban allí, demasiado numerosos para escapar y demasiado desarmados para combatir.

Rankstrail lograba de todos modos, así fuera siempre al borde del hambre, alimentar a la tropa de tal forma que no fuera una carga para los exiguos recursos de los ciudadanos. El patrullaje de la orilla del río les permitía además tener a los caballos en lugares donde había hierba, dado que dentro de la ciudad no había heno. El lobo corría libre sin aterrorizar a los ciudadanos. Y una última ventaja: las caras feas e inquietantes de sus hombres permanecían alejadas de las plazoletas donde las mujeres cultivaban pocas y raquílicas berenjenas y los niños jugaban rayuela después de haber dibujado en el suelo empedrado, usando piedras de diferentes colores, la casa del Orco de donde había que escapar.

Los hombres del Capitán tenían una procedencia heterogénea y todos estaban inclinados a tener espíritus vivaces.

Desde que habían combatido junto al último de los Elfos, Rankstrail había cambiado la forma como les hablaba.

El Elfo no había mentido.

Ni mentido ni exagerado.

Él había cambiado el lenguaje y sus hombres habían cambiado.

En aquel mundo de voces duras, de frases entrecortadas, de insultos, de obscenidades esperadas y repetidas, el patrimonio de palabras de Rankstrail y el respeto que les mostraba como si fueran Príncipes o Reyes fueron una riqueza nueva que se recubría con toques fabulosos. Las riñas disminuyeron. Los comentarios sobre las respectivas madres, en los que cada uno vomitaba sobre el nacimiento de los otros el desprecio que había oído derramar sobre el propio, se habían atenuado, se habían vuelto menos coléricos, menos feroces. Entre ellos había quedado un parloteo ininterrumpido de insultos inverosímiles y descabellados, que casi tenía una alegría sutil.

Como era necesario que comprendieran las órdenes escritas, el Capitán llenó las horas vacías de los patrullajes tratando de que sus hombres aprendieran a leer. Ya lo había hecho antes en la Roca Alta, pero los hombres que estaban con él desde ese entonces, a excepción de Lisentrail, Trakrail y Nirdly, se habían quedado en Varil.

Dado que tenían nombres, le enseñó a cada uno a escribirlo. Las letras fueron grabadas de manera tosca, torcida e insegura con puñales empuñados por manos enormes que hubieran destripado una mula de un solo golpe. Muchos lo escribieron en las piedras o en la corteza de los árboles, y el Capitán se dio cuenta de que, día tras día, los hombres regresaban a releer su propio nombre en el lugar donde lo habían escrito, como una huella en el mundo. Alrededor de los fuegos de los campamentos donde cocinaban los animales cazados, los hombres comenzaban a contar sus historias. Era la primera vez. El Capitán no sabía si era por el peligro real de una muerte inminente o si el haber dejado su propio nombre en el mundo hacía que fuera más fácil también dejar su propia historia. Eran historias duras en las que el narrador no se conmovía, salvo quizá al principio, cuando por lo general había una madre sin un hombre cerca, en algún lugar de los Confines de las Tierras Notas.

Los enfrentamientos entre los hombres de Rankstrail y las bandas de los Orcos aumentaron tanto las cabezas sobre las escarpas de Daligar como las que había alrededor de los fuegos de los campamentos enemigos. Cuando uno de sus hombres caía y su cabeza terminaba sobre una de las picas de los Orcos mirando hacia Daligar, frente a la puerta meridional, el Capitán reencontraba el sitio en el que el muerto había escrito su nombre y pasaba la mano sobre la inscripción para recordarlo. Algún otro agregaba adornos o alguna palabra de conmemoración. Sobre la piedra o la madera quedaban palabras como «un buen hombre» o «lástima que haya muerto».

Por suerte los Orcos no podían transportar los caballos sobre sus cascarones de nuez y esto les concedía a los Hombres una ventaja considerable.

En el interior de la ciudad también había pérdidas. Los Orcos habían fabricado

una media docena de ballestas grandes. Tenían que maniobrarlas en parejas y no era posible apuntar bien, pero podían disparar dardos sobre las escarpas donde los soldados montaban guardia con la obligación de asomarse con frecuencia para proteger a la ciudad de un posible y nuevo ataque por parte de los guerreros acróbatas. Incluso la guardia de las escarpas dejó de ser un oficio de bajo riesgo y dolor como había sido hasta entonces. Los dardos llegaban hasta el interior de la ciudad: llegaban de repente, donde fuera, y aunque se cuidaban de caminar lo menos posible, solo bajo los pórticos y protegidos por escudos improvisados, algunas personas habían resultado heridas.

En el interior de los patios, Aurora entrenaba en el uso del arco a todo aquel que fuera capaz de sujetar uno. Cuando los tiros eran buenos, las flechas golpeaban las grandes dianas de paja y la deshilachaban. Cuando no estaba en los patios con su arco, Aurora había enrolado a las mujeres de la ciudad con el objetivo de crear en el palacio puestos de enfermería comunes en donde los heridos que no tenían familia, y por lo tanto también los Mercenarios de Rankstrail, pudieran ser curados. Al principio, la idea de que las mujeres no solo se acercaran a los Mercenarios sino que los tocaran fue considerada inapropiada, pero luego fue tolerada. Los menos entusiastas siguieron siendo los Señores del Pueblo de los Enanos que hubieran preferido que los dejaran en paz, en manos de las vendas sucias y de las hierbas masticadas de Trakrail que no pretendía ni limpiarlos ni separarlos de los caballos. Arkry, Señor de los Enanos, el más viejo de los Mercenarios, tenía una herida superficial en el abdomen. Se lo encomendaron a la Princesa de Daligar que trató de mantenerlo acostado y suspenderle por lo menos un día el pan duro con ajo, pero él se escapó y se fue para los establos donde se quedó por cuenta suya un par de días hasta que Rocío lo descubrió entre los abrevaderos y decidió encargarse de la herida.

Después de las primeras dos lunas de asedio el entusiasmo se había perdido del todo y el esplendor se habían extinguido por completo.

Poco a poco, día tras día, la ciudad perdió sus sonidos. El silencio comenzó a descender cuando el arrullo de las tórtolas y las palomas, hasta entonces alojadas en los numerosos palomares, se apagó: los pájaros se acabaron junto con las últimas patatas que quedaban en las despensas. El silbido de los mirlos y el gorjeo de los gorriones se extinguió antes que el cacareo de las gallinas, que fueron dejadas de últimas por los huevos. Cuando el maullido de los gatos desapareció, la pérdida de la alegría veló la mirada de los hombres y cuando el ladrido de los perros desapareció, la pérdida de la inocencia la ensombreció. Los únicos que quedaron para surcar el silencio fueron los relinchos de los caballos y los gritos de las gaviotas que volaban por debajo de las nubes, muy por encima del viento, más allá del alcance de cualquier flecha, dardo o golpe de honda.

Un hambre sórdida y una desesperación opaca se tragaron a Daligar; la

envolvieron como una niebla espesa desde sus cimientos, donde las ratas habían desaparecido, hasta las tejas y canalones, donde ya no había más nidos de golondrinas.

El verano estalló con un sol implacable que expulsó del cielo hasta la nube más pequeña. El agua no alcanzó más.

El penúltimo sonido que se acalló fue la risa de los niños. Cuando la ciudad llegó al límite, incluso el llanto de estos se acalló. Las cigarras desaparecieron doradas a la brasa y solo quedó el tamborileo ininterrumpido de los Orcos para marcar el paso de la noche hasta el amanecer y para recordar que en ninguna parte estaba escrito que habría uno más.

Entre la gente nació un sordo rencor hacia los hombres del Capitán que comían codornices y faisanes entre hermosos cañaverales donde brotaba el agua de los arroyuelos, a la grupa de sus caballos, cada uno de los cuales tenía libras y libras de carne buena, fresca y sin gusanos.

Una mañana ya sofocante, si bien el sol acababa de levantarse, Rocío le dijo al Capitán que el respeto por la memoria de Arduin, sobre todo en estos momentos de abatimiento, mantenía por ahora a la loba a salvo de las miradas demasiado hambrientas, pero que el lobezno corría el riesgo de tener un terrible final junto a una de las últimas cebollas que aún quedaban en la ciudad.

Rankstrail, por respeto a la nueva condición de padre de su viejo compañero de armas que le había salvado la vida al menos una docena de veces, prometió que le encontraría otro alojamiento al animalito.

La jornada fue abrasadora. En los cañaverales el agua estaba inmóvil y pútrida, cubierta por nubes de zancudos. Antes del mediodía los Orcos los atacaron. Era un escuadrón insólitamente numeroso y aguerrido, pero, sobre todo, con caballos.

—Ey, Capitán —le gritó Lisentrail mientras buscaban un refugio para contraatacar—, estos malditos, además de las catapultas, seguro que también reconstruyeron el puente. Los caballos no caben en las barquitas que tienen.

—Sí —dijo algún otro—, más al sur, entre los cañaverales, donde no se ve.

—Capitán —le informó uno de los Enanos—, tienen a algunos Hombres.

—Sí, vi las insignias: pertenecen a la caballería de Daligar. Están amarrados a los caballos de los Orcos.

—¿Por qué no los han matado todavía?

—Seguro lo harán esta noche.

—Capitán, si no los liberamos, es mejor que los matemos. Si no hacemos que lleguen vivos a la noche, es mejor matarlos.

—Entonces tratemos de liberarlos, Nirdly. Me molesta matar a mis conmlitones, aun si estos se ofenden cuando decimos que son conmlitones nuestros. Lisentrail, pasa entre los cañaverales y sorpréndelos desde atrás. Llévate contigo a los Señores

del Pueblo de los Enanos, salvo a Nirdly. Trakrail, tú eres el mejor arquero: quédate aquí con los hombres. Nirdly, ven conmigo y haremos un divertimento estratégico.

—¿Qué cosa haremos usted y yo, Capitán?

—Escaparemos haciendo algo de ruido. No demasiado, porque parecería hecho a propósito. Para seguirnos, dejarán a los prisioneros con algunos guardias y Lisentrail los rescatará. Cuando estén en el claro, al descubierto, llegarán las flechas de Trakrail y los demás. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

—Yo, Capitán: ¿si capturamos alguno de los caballos de los Orcos, nos lo podemos comer? —averiguó Nirdly—. Me gustaría tener la panza llena por lo menos una vez antes de morir.

Por primera vez, desde que estaba con ellos, Rankstrail perdió muchos hombres en el enfrentamiento. Sin embargo, logró liberar una media docena de hombres armados del ejército oficial que los Orcos habían apresado y que arrastraban amarrados a los caballos. Se trataba, como los mismos desafortunados lo revelaron, de un grupo de guerreros que desde Alyil, la Ciudad Halcón, trataba de retornar a Daligar donde estaban sus familias. Hasta las Montañas del Norte había llegado el rumor de que en Daligar combatía una Reina Bruja, heredera de Arduin, y de que la ciudad aún resistía.

Esa misma tarde al regresar, Rankstrail decidió pedir una audiencia con la Reina.

Le dejó el lobo a Lisentrail y se puso en camino. En uno de los pasajes subterráneos de la ciudad se cruzó con una madre que iba acompañada de un chiquillo obstinado.

El chiquillo era realmente insoportable: se tiró al piso, escupió a su madre y trató de patearla. Ella lo halaba y no se dio cuenta de que los Mercenarios se acercaban.

—¿Sabes qué les sucede a los niños malos? Si no dejas eso ya, llamaré al Capitán de los Mercenarios para que te coma crudo.

—¡Ey, pueblo de Daligar! —intervino Lisentrail indignado y sarcástico—. Tienen un centenar de Orcos puros, de óptima calidad, acampados frente a su casa, y teniendo tanto de dónde escoger solo se les ocurre decirles tonterías a sus hijos, y ni siquiera son capaces de educarlos bien...

El Capitán se limitó a encogerse de hombros. La madre y el hijo callaron y escaparon.

Cerca de los establos, Rocío lo detuvo. A la luz del último sol, los mechones blancos que asomaban por debajo de su cofia parecían brillar. La vieja guardiana tenía el lobezno entre sus brazos, salvado por un pelo de un destino como estofado: no estaba segura de que el milagro se pudiera repetir una segunda vez. Rankstrail, sin saber qué hacer, se llevó al animalito consigo. Al llegar al palacio del Juez, que ahora todos habían vuelto a llamar «Palacio de los Reyes», pasó delante de los soldados y entró por la puerta secundaria, la que daba a la calle. Se hallaba en el mismo jardín en

donde, diez años antes, había encontrado a Aurora. Las glicinias estaban marchitándose y la sequía había dejado el pequeño estanque reducido a una capa de pantano en la que todavía agonizaban algunas ranas a la espera de que desde las cocinas alguien viniera a ponerle fin a su pena. El suntuoso columpio plateado se mecía perezosamente por encima de la maleza. Rankstrail amarró el cachorro al tronco de una glicinia, y este, vencido por el cansancio, se durmió de inmediato.

El Capitán salió de la penumbra y atravesó el jardín bañado por la última luz del atardecer. Solo entonces se dio cuenta de que no estaba solo. Sentada en el piso, cerca del estanque, estaba la hija de la Reina Bruja vestida con ropa de color carmín, sucia de fango, y una cofia pequeña hecha de complicados encajes entrelazados. Era evidente que esta le molestaba ya que trataba continuamente de apartársela del cuello con la manita. Rankstrail pensó que debía ser una norma: en aquel jardín tenía que estar siempre la Princesa de Daligar de turno, siempre vestida de color carmín y siempre con algo incómodo y elaborado en la cabeza. Se alegró de que le hubieran cambiado el vestido a la pequeña para hacerla menos reconocible, pero no se hizo demasiadas ilusiones. Los Orcos ya sabían que la Reina Bruja tenía un punto débil y ellos definitivamente no eran tan estúpidos como los describían las leyendas. Arriba, en una rama de encina, dormitaba el aguilucho. Esto también tranquilizó al Capitán: un guardaespaldas más para la niña.

La pequeña estaba sentada en el piso con una muñeca y una barquita de madera entre las manos. Cuando sus ojos se encontraron, el Capitán sonrió y la niña se ruborizó hasta las orejas. Sus ojos azules brillaron como estrellas.

El Capitán se conmovió: estaba en presencia de la hija del último de los Elfos; por sus venas corría la sangre del único Príncipe que él había aceptado como comandante y que hubiera seguido hasta el Cielo, o hasta los Infiernos.

—Tienes los mismos ojos de tu padre —susurró en un impulso.

Se maldijo de inmediato. Entre todas las frases posibles que hubiera podido dirigirle a una niña que había tenido que presenciar la muerte de su propio padre, había escogido sin lugar a dudas la más idiota. En los ojos de ella apareció una lágrima, luego una más y luego otra. Las lágrimas se juntaron lentamente y se convirtieron en un llanto desconsolado. El Capitán duplicó las maldiciones: como si ya no fueran suficientes todas las culpas que sentía, la mayor de ellas no haber protegido a Yorsh, para colmo había hecho llorar a su hija. En un intento desesperado por tratar de consolarla, el Capitán la tomó entre sus brazos y la estrechó contra él. El llanto no dio señales de atenuarse; más bien se sacudió en sollozos.

El pensamiento de que la Reina Bruja lo haría despellejar vivo si lo pescara con las manos sobre su hija desecha en llanto probablemente lo angustiaba menos que la desesperación de la niña y la idea de haberla ocasionado. Angkeel se despertó y descendió con un vuelo lento hasta una rama baja del castaño para estar cerca de

ellos. El pico quedó exactamente a la altura de los ojos del Capitán, que deseó que el aguilucho no decidiera hacerle pagar con creces aquel llanto desesperado. Los sollozos aumentaron: entre las sacudidas se hicieron reconocibles las sílabas de las palabras «mi papá».

—También lo extraño, ¿sabes? —susurró Rankstrail—. Estuve con él solo una vez, pero no dejó de sentir su ausencia. Si él estuviera aquí, ya habríamos ganado esta guerra y ya se habría acabado. Te dejó para venir a salvar mi ciudad, ¿sabes? Sin él todos hubieran muerto, incluso los niños. Todo hubiera quedado reducido a cenizas y minas. Él te dejó para salvarnos. Aunque solo lo vi una vez, tuvo tiempo de hablarme de ti y de lo mucho que te quería... «Mi adorada hija» dijo...

La idea era que si lograba hablar en un tono calmado ella se tranquilizaría. No se había dado cuenta de cuán atroz era para él recordar a Yorsh. Le había jurado que su espada le pertenecía y después lo había enviado a morir solo. Con él el mundo estaría a salvo; por culpa de Rankstrail el Juez había destruido sin dificultad alguna la salvación del mundo. Rankstrail abrazó fuertemente a la pequeña y, con enorme vergüenza, no logró contener un llanto leve. La niña lo percibió y sus sollozos aumentaron. Rankstrail deseó que se lo tragara la tierra: no solo no había conseguido calmarla, sino que había exacerbado su pena. El Capitán no supo hacer otra cosa más que sostenerla entre sus brazos y maldecirse mientras el tiempo pasaba y la tarde terminaba.

Mientras el sol caía detrás de las Montañas Oscuras, los sollozos se fueron calmando lentamente, pero la niña no dejó de llorar. Siguió llorando de forma desconsolada con los brazos alrededor del Capitán y la carita en el cuello de su sayo que quedó mocososo y húmedo.

Rankstrail pensó que era evidente que su destino era consolar a las Princesitas de Daligar vestidas de color carmín y dejar que se soplaran la nariz en los pedazos de su ropa. La ternura que la niña despertó en él lo abrumó. Hubiera dado cuanto poseía por poder consolarla: pero lo único que poseía era Garrapata, una espada que le había robado a un Orco y una armadura que se caía a pedazos y que emparchaba periódicamente.

Se atrevió a acariciarle el cabello: había dado resultado con sus hermanos. Sus manos enormes y ásperas se enredaron en los encajes de la cofia que se deshilachó: los rizos se salieron por todas partes. El Capitán hubiera dado cualquier cosa por volver a poner todo como estaba: los rizos dentro de la cofia y las lágrimas dentro de la niña. Con un gesto rabioso la niña le quitó la pequeña cofia de las manos y la arrojó al suelo. Agarró el dobladillo de su vestido de color carmín y trató de romperlo.

—¡Fuera! ¡Boto! —gritó, después se abrazó otra vez al cuello del Capitán y comenzó a llorar de nuevo.

—Es feo, ¿no es cierto?, ni siquiera a mí me gusta ese color —aprobó el Capitán—. No es el color para vestir a una niña. Recuerda la sang...

Por fortuna logró detenerse a tiempo.

Había criado tanto a Flama como a Borstril: sabía lo espantosas que pueden ser para los niños algunas cosas que para un adulto parecen insignificantes.

Para la hija de la Reina Bruja, que había visto morir a su padre, debía ser terrible verse obligada a usar un vestido que en su mente estaba teñido de sangre.

En el llanto de la niña se reconocían las sílabas de «papá» y de «casa».

El Capitán retomó la palabra y siguió hablando por mucho rato; le explicó de nuevo la forma como Yorsh había salvado el mundo y después le explicó que no podía usar el delantal azul porque era peligroso. Los Orcos sabían que era el vestido de ella. No se lo habían quitado porque la odiaran y si la hacían usar ese color tan feo que no era que estuviera coloreado con s... sí, en definitiva con sangre sino que ese color se sacaba de una concha, él lo sabía porque su madre se lo había explicado, por eso era tanpreciado, venía del mar como ella, también ella había nacido en el mar, ¿cierto? Su casa estaba en el mar y si no la llevaban de regreso a casa, no era porque no la quisieran sino porque había Orcos en el camino.

El llanto se calmó muy despacio. La noche comenzó a descender. Por fin la niña levantó la mirada hacia el Capitán que le secó la cara con la manga. No sabía qué más hacer: era demasiado pequeña para enseñarle a usar un arco.

—¿Ves el perrito? —preguntó al final el Capitán—. Un hermoso perrito, pueden jugar juntos, ¿lo quieres? Así no estarás tan sola. Además si un Orco viene a hacerte daño, el perro lo muerde.

La niña lo miró. Un destello de interés iluminó su mirada, como una única luciérnaga perdida en una noche de desesperación.

—¿Verá? —preguntó en voz baja, arrugando la frente.

El Capitán se preguntó qué diantres quería decir «verá» y no se le ocurrió nada.

Con un gesto leve de negación le indicó a la pequeña que no había comprendido. La pequeña se señaló primero a sí misma, después la muñeca de madera y de nuevo a sí misma.

—¿Verá? —volvió a preguntar.

—De verdad, sí, un perro de verdad, no es un juguete de madera.

—¿Guau? —averiguó más la niña, dudosa.

—No, para ser precisos, este no ladra, aúlla. Pero está bien, tal vez es mejor, ¿sabes? Los perros que aúllan son mejores que los que ladran: no te mantienen despierta toda la noche. Quizá a veces, pero solo cuando hay luna llena. Y si llega un Orco, los perritos que aúllan hacen más daño que los que ladran. Yo también tengo uno, sabes: mi perrito es el papá de este. Este lo traje especialmente para ti —mintió por último el Capitán.

Rankstrail atravesó el jardín hasta la parte que estaba más en penumbra. El lobezno se había despertado, volteó la cabeza y miró a la niña. El Capitán se arrodilló en el suelo: la niña se agachó, el cachorro le puso las patas en el dobladillo de su vestido y sus dos naricitas se encontraron. La niña se cubrió la boca con las manos y finalmente comenzó a esbozar una sonrisa, un principio de consuelo.

Capítulo 9

Acomodada en el trono de piedra, no habiendo más, ya que era el punto más alto de Daligar desde donde era posible divisar el lado sur de la llanura, la Reina Bruja miraba las cimas de las Colinas de la Luna Nueva que aparecían en el horizonte.

El Capitán le informó que los Orcos habían construido un puente y que el asedio de Daligar de nuevo era completo. La ciudad ya no daba más: tenían que tomar una decisión esa misma noche. Una de las posibilidades era atacar de inmediato, antes de que la totalidad de la ribera norte estuviera en manos de los Orcos. Día tras día los enemigos estaban recuperando sus caballos, uno a la vez, y por lo menos una tercera parte de la caballería había sido restaurada. Si en Daligar hubiera un centenar de infantes y treinta caballeros más, podrían hacer una salida veloz hasta el corazón del campamento adversario para robar vacas, ovejas y la reserva de agua limpia. Los Orcos recogían el agua río arriba con respecto a Daligar y la conservaban en grandes barriles que montaban en carretas para poder moverlos con mayor facilidad.

—Creo que ponen adrede los barriles donde podemos verlos, igual que los rediles de las cabras. Sirven para exasperar nuestra sed y nuestra hambre. Sería un gran golpe si lográramos robarles tanto el agua como los animales. Esto le daría una o dos lunas de respiro a la ciudad.

—No tenemos ni los infantes ni los caballeros —respondió la Reina—. ¿Y la otra posibilidad?

—Comernos los caballos y esperar morir de sed antes de que lleguen los Orcos. O atacamos pronto, Señora mía, o no atacamos más. Con la ribera norte en manos de los Orcos no podemos hacer ningún tipo de salida. No habrá más heno para los caballos, ni más caza para los hombres. Los caballos morirán de hambre y es mejor que nos los comamos antes de que se enflaquezcan demasiado. O atacamos con lo que tenemos, Señora mía. Así como estamos, sin embargo, la probabilidad de que lo logremos es mínima y después de que nos hagamos masacrar la ciudad quedará desguarnecida.

—La mejor idea parece ser todavía la de comernos los caballos: al menos moriremos contentos y con la barriga llena. Nunca he comido carne de caballo, pero supongo que será mejor que los grillos con miel que estamos comiendo ahora.

—Tampoco yo lo sabría —comentó con voz nasal el Senescal desde el fondo de la sala donde estaba en penumbras, rígido y erguido—. Hasta ahora en este palacio nunca habíamos comido ni caballos ni grillos.

La irascible Reina no se tomó ni siquiera la molestia de insultarlo, síntoma de que su energía estaba agotada.

El Capitán guardó silencio por un buen rato y después se despidió. Antes de abandonar la sala se dio vuelta de nuevo hacia la Reina Bruja.

—Me permití regalarle a su hija un cachorro de lobo —dijo inseguro—. Podría

serle útil en caso de que la atacaran...

—Hizo bien —lo interrumpió inesperadamente la soberana—. Dudo que un cachorro de lobo pueda ahuyentar a los Orcos, pero puede ser suficiente para la soledad. Podríamos llamarlo Fido —agregó pensativa, casi con una sonrisa—. Como el perro que tenía de niña.

—Hermoso nombre para un lobo —comentó sarcástico el Senescal—. Con toda seguridad, un lobo y un águila son los compañeros de juego que todos los manuales recomiendan para entretener a una niña decente... Hubo tiempos —concluyó suspirando— en los que teníamos la certeza de no tener que avergonzarnos de la forma en que nuestros soberanos sostenían la cuchara.

La soberana respiró profundamente y una sonrisa vaga apareció en su rostro, señal inequívoca de que su furia se estaba preparando.

—¿Exactamente en qué se basa su certeza de que esta noche también dejaré que la luna salga sin que su cabeza esté en uno de los palos sobre las escarpas? —preguntó con gélida cortesía.

El Senescal no pareció impresionado en lo más mínimo. Se detuvo un instante a meditar mientras se acariciaba el mentón puntiagudo y la larga barba.

—Fundamentalmente en tres diversas observaciones, Señora mía, cada una de las cuales por sí sola sería válida como razón suficiente y que, sumadas, se refuerzan aun más. En primer lugar, el Juez Administrador se llevó los quince verdugos de la ciudad porque sin los servicios de estos evidentemente le es difícil tanto vivir como gobernar, y en este momento Daligar está desprovista de verdugo. Tendría que satisfacer usted misma esa necesidad, en extremo fatigosa, y me permito recordarle que en su estado debe evitar cualquier esfuerzo. En segundo lugar, el ánimo de la población se abatiría aun más al ver que nosotros mismos nos encargamos de matarnos. Y por último, pero no menos importante, soy el único que conoce las crónicas de los últimos años de la ciudad, además de la ubicación de las armerías y de los pasajes, y en este momento le soy absolutamente indispensable.

—Gracias —comentó Robi con sequedad—. Es necesario que me lo repita continuamente para estar segura de recordarlo.

—No se angustie, Señora mía, y no se esfuerce: yo me permitiré recordárselo y más veces al día si así lo desea.

En ese momento, uno de los caballeros que acababan de rescatar de los Orcos en la ribera norte y que acababa de enrolarse en la armada recién creada de Daligar, se presentó furioso ante la soberana. Declaró ser el tercer descendiente en orden directa del cuarto Rey de nombre Baldosvino y consideraba un deshonor inaceptable el no ser comandado por alguien de su mismo rango. Era un muchacho fuerte y más bien guapo, con una abundante cabellera rubia.

—Señora —comenzó, al tomar por aquiescencia la sonrisa vaga que se insinuaba

en el rostro de la soberana cuando los estrechos límites de su paciencia eran superados—, exijo un puesto digno de mi familia. Me rehúso a someterme a las órdenes de un Mercenario. Pido que usted le encuentre a mi espada, y de inmediato, una posición más digna.

—Me dicen que el puesto de verdugo está vacante —repuso con brusquedad la soberana—. Puede escoger entre hacer las veces de verdugo, de decapitado o seguir las órdenes del Capitán Rankstrail que, si bien lo entendí, le acaba de salvar la vida. Apenas tome una decisión, la pondremos aparte y la satisfaremos de inmediato. Hasta ese momento le agradecería si puede arrastrar su insignificante existencia hacia un lugar donde no moleste mi vista.

El Capitán se alejó después de haberle dado la orden al nuevo soldado, tercer descendiente de Baldosvino Cuarto, de hacer el segundo turno de la guardia nocturna en las escarpas orientales. Pasó por el patio interno y la antigua plaza de armas donde estaban alojados todos los refugiados.

Las lamentaciones de los miserables refugiados de las llanuras inferiores y de las orientales, desde la Montaña Partida hasta Daligar, se oían por doquier.

Ya no había más lágrimas.

Se habían acabado junto con las últimas castañas secas. La desesperación había quedado reducida a una opaca tristeza para evitar que la fatiga adicional del llanto se sumara a aquella, ya insoportable, de tener que seguir respirando.

Los hombres y las mujeres recordaban en lentas letanías los nombres de sus muertos de aquellos asesinados en los Confines durante las incursiones que los habían empujado a huir y de aquellos muertos por las privaciones a lo largo del camino hacia el exilio.

Decían las cosas que siempre se dicen sobre los muertos: lo buenos y honestos que eran y cuánto los extrañarían. Y después, más suaves y miserables, comenzaron las letanías para recordar las cabras, los conejos, las ocas y también los pollos masacrados por las hachas y las espadas de los invasores, con un dolor para nada inferior al que acompañaba el recuerdo de los parientes. El llanto y la añoranza se extendían como las alas de las Erinias sobre los recuerdos y la nostalgia desesperada de aquello que se había perdido, para abrazar las vides, las hileras de tomates y las huertas que también fueron recordadas. Las cabras, los conejos, las ocas y los pollos y hasta las huertas mismas habían tenido un nombre que ahora era recordado, y su muerte también era desesperanzadora porque aumentaba el número de aquellos que el invierno, la tisis y la pelagra vendrían a llevarse, así alguien los salvara milagrosamente de los Orcos.

Rankstrail escuchó durante largo tiempo y luego no soportó más. Subió las escalas de piedra que llevaban a los aposentos de la Reina. Pasó debajo de las pérgolas imponentes de las glicinias en flor y pensó que si en lugar de estas hubieran

puesto plantas de fríjoles ahora tendría algo para repartir.

* * *

La noche había caído y la Reina Bruja estaba en el interior de la sala que quedaba al lado de la Sala del Trono, sentada frente a la gran mesa redonda de roble antiguo que debería hospedar al Gran Concejo de los Grandes Nobles, si los Grandes Nobles no se hubieran ido a llevar a cabo el Gran Concejo en las cimas de las Montañas del Norte. Era una mesa pesada hecha de tablones de dos palmos de grueso sostenidos por gruesos remaches de plata.

A su lado estaban el Senescal y el Jefe de la Casa de los Reyes. Los tres tenían la mirada perdida en el vacío del que no tiene nada más que hacer sino esperar a que pase el tiempo hasta el momento en que los días terminen y se pueda morir.

—Señora mía —dijo Rankstrail—, los refugiados de las llanuras meridionales están desesperados y tienen hambre.

La Reina no respondió, ni se movió. Siguió con la mirada perdida en el vacío.

—Perdone, Señora mía —continuó Rankstrail—, ¿tiene oro?

La Reina levantó la cabeza y lo miró perpleja.

—El Juez Administrador hizo llevar a Alyil el tesoro del Condado —repuso en su lugar el Senescal—. Pero dejó tres cajas de monedas de plata, porque no había suficiente lugar en las carretas.

—Podríamos repartirlas entre los refugiados —propuso Rankstrail—. Y también entre los demás. Los artesanos. Los siervos, las lavanderas. Los ebanistas. Todos.

—La plata no se come, Capitán, y en una ciudad sitiada no hay nada para comprar. Nadie vende nada.

—Comprarán la esperanza.

La mirada de la Reina cambió: cobró intensidad. Estaba empezando a comprender.

—Si repartimos la plata, eso querrá decir que mañana nosotros romperemos el asedio. Tarde o temprano habrá algo que comprar y la plata servirá para comprarlo —explicó Rankstrail. Hablaba despacio, buscaba las palabras basándose en su experiencia de varias décadas de miseria—. La esperanza es la única cosa que engaña al hambre. La esperanza llena casi tanto como los fríjoles.

La Reina Bruja se quedó mirándolo un largo rato.

—¡Es cierto! —recordó—. La esperanza llena casi tanto como la polenta con gusanos. Menos que los huevos, pero más que las moras. Lo había olvidado.

Hizo un gesto de consentimiento y esbozó una sonrisa. Estuvo pensativa y en silencio durante un rato y finalmente habló:

—Repartiremos la plata, Capitán. Y también repartiremos la tierra: ya no pertenecerá al Condado sino al que haya vertido sangre y sudor sobre ella. Cada uno será el propietario de los campos que ha trabajado, tal como ocurría en Arstrid y en Erbrow, y se los podrá legar a sus descendientes. Si mañana combatimos, si rompemos las líneas enemigas, ellos ya nunca más serán los siervos que se pueden vender y comprar junto con los bueyes. Si no logramos romperlas, todos moriremos, hasta el último niño harapiento y hasta el último pollo pulgoso de esta tierra. Ninguno de nosotros morirá en la miseria; todos moriremos como hombres libres, envíe un pregonero para informarle a la ciudadanía que también los talleres de los artesanos, los mataderos, las piedras de los lavaderos no le pertenecen ya al Condado sino al que los trabaje.

—Entonces, ¿combatiremos? ¿No nos comeremos a los caballos?

—Todavía no lo sé. Dije «sí».

* * *

Rankstrail le pidió ayuda al Jefe de la Casa de los Reyes para contar las monedas de dos de los tres baúles y hacer la cuenta de cuántas monedas debían corresponderle a cada jefe de familia.

Las distribuyó personalmente junto a un pergamino preparado por el Senescal con la firma y sello de la Reina Bruja debajo del texto, que le asignaba a cada familia la propiedad del terreno hasta ahora trabajado.

Poco tiempo después Rankstrail regresó al salón del Gran Concejo.

—Tenemos los guerreros para el ataque, Señora mía —le informó contento.

—¿De veras? ¿Y dónde los consiguió? —preguntó atónita la Reina Bruja.

—En el patio.

—¿Pero en el patio no estaban los refugiados?

—Esos son los guerreros: todos los que sean capaces de sostener un arma en la mano. Antes eran siervos de la gleba y ahora son hombres libres: propietarios. La tierra sobre la cual están acampados los Orcos en este momento es su tierra. Las coles que los Orcos se están comiendo son de ellos, al igual que los manzanos que están talando para encender el fuego en los campamentos. Quieren ir a combatir e irán. Si nosotros no nos encargamos de guiarlos esta noche, irán solos mañana.

La Reina Bruja reflexionó un buen rato antes de responderle.

—Nosotros los guiaremos mañana al amanecer —dijo finalmente—. Quizá no todo esté perdido. Si los arqueros nos cubren, aun sin la caballería podremos hacer una salida hasta los cañaverales y tratar de penetrar. Es suficiente con que lleguemos hasta la impedimenta. El nuevo puente tiene que estar detrás de los cañaverales: es el

único punto que no podemos ver desde aquí. Tenemos todavía algunas ampollas incendiarias. Debemos tratar de dejar libre la ribera norte. Ellos se desanimarán y nosotros tendremos algo de comer. Y ganaremos algunos días. Solo tendremos que resistir un poco más. Tarde o temprano llegarán refuerzos. Alguien vendrá a combatir por nosotros. Los caballeros que ustedes liberaron venían para unirse a nosotros. Otros los seguirán.

Fue el Senescal el que enfrió el entusiasmo.

—¿Y cómo piensan armar a sus, como los llamaron, «guerreros»? Las armerías reales están vacías. ¿Los mandarán contra los Orcos con las hoces para el heno y las hondas para las gallinas?

La Reina Bruja y el Capitán intercambiaron una mirada y luego dijeron al unísono: ¡las espadas de los Reyes!

—¿Las espadas de los Reyes? —protestó el Senescal—. ¿Quieren darles a esos andrajosos las espadas de nuestros Reyes?

La Reina Bruja ni siquiera se enojó. Le dijo con dulzura que sería un honor para los antiguos Reyes que sus preciosas espadas finalmente sirvieran para alguna cosa que no fuera sostener sus manos enguantadas. Fue casi amable mientras le explicaba que con seguridad esos Reyes estarían felices de saber que su pueblo usaría sus espadas para salvar a sus hijos e incluso a los pollos, después de que los notables y los militares se habían esfumado llevándose su trasero y el oro del Condado para ponerlos a salvo. Agregó, casi con ternura, que la próxima vez que el Senescal pronunciara la palabra «andrajoso» en su presencia, su cabeza terminaría colgada en el torreón más alto, en lugar de los estandartes de color carmesí que habían quemado en la primera salida contra los Orcos. La colgaría ella personalmente, y así el desafortunado problema de la ausencia de un verdugo quedaría resuelto.

* * *

Para desmontar las espadas de las estatuas era necesario utilizar martillo y cincel. Era una labor lenta. Muchos de los campesinos les ayudaban, pero no era su oficio y no tenían los instrumentos adecuados. Habían liberado menos de una docena cuando el Jefe de la Casa de los Reyes llegó para anunciar una delegación.

Rankstrail, la Reina Bruja y el Senescal, cubiertos de polvo de mármol como árboles bajo la nieve invernal, se acercaron tratando de limpiarse y salvar una improbable apariencia de decencia y decoro.

La delegación estaba constituida por una veintena de hombres, todos en edad madura, algunos con el cabello blanco y arrugas profundas. Vestían túnicas lisas y desteñidas que, sin embargo, en el oro ya hecho jirones de la pasamanería, delataban

su obstinada pertenencia a la categoría de los atuendos ceremoniales. Algunos de ellos arrastraban sacos de diferentes dimensiones.

—¿Señores? —los apostrofó la Reina Bruja.

Los rumores que circulaban sobre la suavidad del carácter de la iracunda soberana no eran muy tranquilizantes y, por ello, entre los hombres reinaba cierta timidez. Por fin, el más viejo del grupo, un hombre pequeño con unos ojos azules, grandes y luminosos, una barbita rala y blanca y vestido con una túnica de color rojo oscuro, se hizo adelante.

—Señora mía, somos los jefes de las corporaciones de los trabajadores de la ciudad. Venimos a pedirle... oímos que... corre la voz...

—Todos los habitantes de la ciudad son dueños de su destino —confirmó la Reina—. Desde hoy los talleres, al igual que las casas en donde viven, les pertenecen.

El viejo sonrió. Asintió.

—Señora mía, venimos a combatir. Esta vez no saldrá sola de la ciudad. Nosotros somos su pueblo y saldremos a combatir con usted, por nosotros, por nuestra tierra, nuestros hijos y nuestros talleres, y estamos dispuestos a morir si es necesario. Trajimos armas.

—¿Armas? ¿Tienen armas?

—Por supuesto, Señora mía —sonrió el viejo.

Uno de los hombres, con la túnica roja oscura, abrió un saco: sobre el piso se esparcieron cuchillos y toda clase de hachas cortas.

—Corporación de carniceros —explicó el viejo.

Después, uno por uno, también los demás abrieron los sacos.

—Corporación de maestros caldereros: no hay un solo caldero más en toda la ciudad. Ya no será posible cocinar una sola tortilla. Llenaron los calderos con plomo fundido, reforzaron los mangos y les agregaron las hojas de los bisturís de los curanderos en la punta: ahora son mazos bastante peligrosos. Corporación de maestros carpinteros: transformaron las mesas en escudos. Corporación de maestros albañiles: ellos se encargaron del trabajo de liberar las espadas, Señora mía, y también desmontaron todas las rejas para ayudar a transformar las mesas en escudos. Prepararon cal viva: si alguien se acerca al anillo de murallas, les haremos añorar el aceite hirviendo que ya no tenemos. Corporación de maestros curtidores: pequeñas hoces y hachuelas: con la ayuda de los carpinteros les alargaron los mangos y ahora son alabardas, y por último, Señora mía, los maestros tintoreros, los maestros de sastrería y todas las mujeres de la ciudad.

Los últimos tenían túnicas azul claro. Los sacos eran grandes y livianos. Los abrieron y derramaron en el suelo telas de todos los tamaños. Era blancas con dos flores en la parte central: un lirio y una flor de glicinia, ambas de color rojo púrpura, se entrelazaban.

—Nuestra bandera. No podemos combatir y morir sin tener nada para mirar. Un pueblo necesita una bandera y nosotros no la tenemos. Los estandartes de color carmesí de la ciudad se quemaron y no los añoramos. Eran el símbolo de aquellos que se fueron y nos dejaron solos para que llenáramos con plomo fundido nuestros calderos para salvarnos y salvar a nuestros hijos.

—Elaboramos nuestros estandartes con su bandera: las flores rojas sobre un fondo blanco. La bufanda manchada de sangre que usted ondeó la primera noche que combatió por la ciudad. La sangre de los Hombres y las Mujeres derramada sobre los restos de su inocencia para ser libres. Las manchas de su sangre formaban la silueta de un lirio y de una glicinia. ¿Lo ve? Su bufanda está aquí, vinimos a devolvérsela bordeada de oro para que sea la bandera oficial de la ciudad. Hicimos trescientos seis, una para cada uno de los palos que se yergue en los murallones. En los tiempos de Arduin eran faroles y ahora serán banderas. Transformaremos la Ciudad Puerco Espín en la Ciudad Estandarte. Todos sabrán que estamos combatiendo. Todos deben saber que combatiremos. Y que moriremos como Hombres libres, batiéndonos por nuestra tierra y nuestro honor.

El viejo hizo una profunda reverencia. La Reina sonrió.

—¿Cuándo hicieron todo esto? —preguntó.

—Un poco cada día, Señora mía, un poco cada día. Comenzamos la misma noche que usted combatió por nosotros. Ni siquiera esperamos a que amaneciera.

—¿Puedo conocer su nombre, Señor? —preguntó con cortesía la Reina.

El viejo se sobresaltó levemente cuando la Reina pronunció la palabra «Señor». La miró perplejo, pero luego enderezó la cabeza y ensanchó los hombros.

—Ellaboro, Señora mía.

—Bien —la Reina se dirigió al Senescal—. Registre la propiedad del Maese Ellaboro, combatiente de la ciudad, sobre su taller, y luego haga lo mismo con los otros Señores, los que están aquí y los que están en el patio. Entréguele una espada a cada uno de ellos. Cuando esto se haya hecho, nos quedarán todavía algunas horas para prepararnos. Los maestros carpinteros nos harán el favor de transformar los tablones de la mesa del Gran Concejo del Juez Administrador en escudos livianos para los arqueros. Así también esta mesa servirá para algo. Cuando la ciudad sea liberada tomaremos las decisiones importantes en un lugar en el que todo aquel que tenga algo para decir tenga la posibilidad de decirlo, es decir, en la plaza central de Daligar y no encerrados en una habitación alrededor de una mesa.

Todos asintieron y se inclinaron. La Reina se despidió. Se alejó con Rankstrail, ambos blancos por el polvo como sacos de harina.

—Capitán, tenemos un ejército —le dijo recuperando el coraje. No todo estaba perdido.

—Tal parece —confirmó Rankstrail pensativo—. Solo nos hace falta un grupo,

así sea pequeño, de caballeros expertos para sostener los flancos del despliegue. Si solo tuviéramos un grupo de cincuenta hombres armados, podríamos lograrlo.

—Me sobró media caja de plata, Capitán. Quiero que la distribuya entre sus hombres. Reparta las cantidades de acuerdo con el rango y las heridas recibidas. En cuanto a usted, múdese a alguna de las moradas abandonadas y asuma de manera oficial el mando militar de la ciudad. Sus hombres dormirán en los cuarteles de los que escaparon, en los lechos limpios de los soldados oficiales. No puedo darles de comer, pero al menos que duerman de forma decente. Y ahora, Señor, dado que todavía quedan algunas horas antes del amanecer, le deseo una buena noche.

Capítulo 10

Rankstrail repartió las monedas de plata entre sus hombres. Divididas entre todos eran más de dos años de pago y fue una ocasión memorable.

No había nada para comprar y nadie estaba seguro de vivir hasta cuando lo hubiera, pero los hombres se sintieron, si no exactamente como Reyes, al menos como si por fin ya no fueran solo carne de cañón, solo buena eventualmente para el verdugo.

Antes de pagarle, Rankstrail contó las amputaciones de Lisentrail como heridas de guerra y esto endulzó un tanto la opinión que el Cabo tenía de la Reina Bruja.

—Ey, Capitán —le dijo—, es una lástima que en la infantería ligera no reclutemos mujeres. Nuestra augusta soberana se hubiera lucido como Alabardero Instructor. ¡Tú te evitaste el entrenamiento! ¿Te he contado alguna vez que en mi primer día de práctica de campo el Alabardero Instructor me obligó a quedarme medio día en el fango con las sanguijuelas porque había llegado de último en la marcha?

—Solo seis veces —recordó Rankstrail—. Cabo Lisentrail, ¿tiene todavía algo de comer?

—Todavía tengo media rama de higos secos. ¿Si le doy la mitad, oh mi Capitán, verdad que esta noche me exonerará del turno de guardia? —propuso. Una rama era un espetón largo con veinte higos ensartados.

—No —Rankstrail esbozó una sonrisa—. Pero me sentaré cerca de ti, y te escucharé mientras me cuentas de nuevo la historia de las sanguijuelas: a lo mejor me he perdido alguna parte.

El Cabo le dio un higo y que el resto de la cena se lo fuera a rebuscar entre aquellos que no había puesto de guardia esa noche.

Los soldados más jóvenes habían atrapado algunos ratones.

Rankstrail logró descubrir y abatir a uno de los últimos pájaros de Daligar que de milagro se había escapado hasta entonces del hambre del asedio.

Mientras preparaban los espetones se esparció el inconfundible aroma a pan fresco, sin lugar a dudas uno de los olores más arrobadores que jamás haya existido en el mundo de los Hombres. Lisentrail apareció con una cesta llena de pequeñas hogazas de pan. Detrás de él llegaron un par de soldados con los brazos llenos de cobijas. Eran cobijas muy limpias, dobladas con cuidado, hechas con retazos de telas diversas unidas, impredeciblemente coloridas.

—¿Compraron esas cosas? —preguntó Rankstrail levantándose y esperando con toda el alma que le respondieran que sí: no hubiera podido tolerar un hurto de esa magnitud.

—No, Capitán —respondió el Cabo—, se las regalaron. En agradecimiento.

Esa posibilidad era inverosímil, por decir poco, pero los dos soldados con las cobijas la confirmaron. Un grupo de mujeres de la ciudad había venido a entregar el regalo. El pan había sido hecho con los últimos y muy preciados sacos de harina de las despensas de toda Daligar y, para hacer las cobijas, cada mujer había sacrificado un pedazo de su propia falda. Las guiaba una mujer pequeña con una gruesa trenza de color rojo encendido y una gran falda verde; según Lisentrail, debía estar enamorada del Capitán porque ya más de una vez la había visto mirándolos desde lejos. Le señaló el retazo de terciopelo verde oscuro que le correspondía, pero ni siquiera entonces Rankstrail entendió de qué hablaba porque no había puesto atención.

—Así tenemos algo de comer y algo para el frío de la noche —dijo Lisentrail con alegría.

—Estamos en verano —objetó Rankstrail malhumorado, mirando un triangulito de terciopelo negro con bordados plateados, perdido entre los percales y las lanas.

Los demás hombres, con la boca llena de pan fresco y ratón asado, también buscaron otros triángulos en las cobijas. Reconocieron el rosado oscuro de la madre de uno de los niños que salvaron de la hoguera de los Orcos, el azul celeste con las rositas bordadas de la joven bonita que siempre iba al pozo a recoger agua. Reconocieron también el negro desteñido de la mendiga, y el corto triángulo de cuero de la falda de Rocío.

Fue un momento extraño.

Ya no eran carne de cañón solo eventualmente buena para el verdugo, alimentados con raciones podridas, dejados a merced de las granizadas.

Dentro de las hogazas habían puesto pequeños regalos: semillas de ajonjolí o de girasol, uvas pasas, nueces, piñones, aceitunas, hojas de menta o de romero, pedacitos de una extraña madera suave y dulce que uno de los hombres más jóvenes cuya madre trabajaba como cocinera, identificó como canela.

—¿Pero dónde encontraron estas cosas después de un mes de asedio?

—Las guardaron para el final. Para una última comida, una última cena. Algo de ese tipo.

—¿Y nos las dieron a nosotros?

—Y nos las dieron a nosotros.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail con alegría—, ¿sabes que ahora que la caballería pesada se esfumó con el Juez para protegerlo de las cabras de Alyil solo quedamos nosotros para cuidar la ciudad?

—Es verdad —dijo alguien más—. Si mañana fallamos el ataque, hasta el último de nosotros morirá y aquí no se salvará nadie. Pero si vencemos...

—Si vencemos, ya no seremos más la armada de los Mercenarios. Nos convertiremos en hombres y basta...

La frase quedó suspendida. Muchos hombres bajaron la mirada hacia los dedos que les faltaban, las grebas disparejas y remendadas: si ganaran al día siguiente, quizá estas cosas ya no serían tan importantes.

—Hombres, no se hagan ilusiones tontas: esto es solo una última comida —susurró Zeelail, el más joven de los soldados, también oriundo del Anillo Externo, un muchacho guapo a pesar de las cicatrices y que aún conservaba los dedos completos—. Los que están afuera nos aventajan tres a uno. Mañana no regresaremos. Mañana nadie regresará.

—En Varil éramos cuatro a uno —dijo Roxtoil, cegatón, altísimo, rubio, de los Pantanos del Norte.

—Allí teníamos a un Elfo. Aquí no hay nadie que desvíe las flechas y que haga andar los caballos más rápido. Somos nosotros y ellos y el sol brilla sobre nosotros tal como brilla sobre ellos. Ellos son tres veces más que nosotros.

—Nuestro Capitán nunca ha perdido. Mañana lo lograremos y después buscaremos a las que nos mandaron los pedazos de falda —dijo Trakrail.

Las voces se bajaron para que el Capitán no los escuchara.

—Somos tres a uno. Esos son Orcos.

—También al este eran Orcos: siempre los vencimos nosotros —dijo Daverkail, un militar gigantesco.

—Pero al final nos vinimos y eso es casi como escapar —dijo Nirdly.

—Fue una retirada, que para nada es lo mismo que escapar... —insistió Workail, todavía más gigantesco, superado solo por Daverkail en tamaño.

—Los Orcos están ahora donde estábamos nosotros antes. ¿Tú cómo llamas eso?

—No se dejen atrapar vivos: ya han visto lo que les hacen a los prisioneros...

—¿Cómo se mata uno mismo?

—Te pones de acuerdo con otro: tú lo matas a él y él te mata a ti.

—¿Y si el otro ya está muerto, cómo hace para matarme?

—Los dos de pie, cerca, uno frente a otro: sostienen la espada con las dos manos con la punta hacia adelante y cada uno cae sobre la hoja de la del otro al mismo tiempo.

—Bueno, aquí no tenemos al Elfo, pero tenemos a su mujer, ella también debe saber hacer alguna cosa. Tenemos una Reina Bruja. Es la heredera de Arduin, ¿no? Parece una mendiga, pero es una Reina.

—Sí, es una Reina Bruja, tiene un águila que duerme en su hombro. Ninguno de los jefes de los Orcos tiene un águila que duerma en su hombro. ¿Eso es una señal, no?

—Mañana iremos y ninguno retornará: no se hagan ilusiones tontas. Y si regresamos, nada cambiará: siempre seremos la caballería ligera. Esta noche nos mandaron panes y pedazos de faldas, pero era solo para tenernos contentos. Si

estamos contentos, quizá moriremos venciendo y ellos se salvarán, mientras que si morimos perdiendo, ellos morirán igual que nosotros. Por lo menos lo han intentado. Lo que a ellos les afecta es si nosotros vencemos o no; pero si morimos o no nos afecta solo a nosotros.

—Cállate. El Capitán escucha.

—Está demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos? Él oye donde los otros no oyen: ¿todavía no te has dado cuenta?

—Sí, es verdad. También ve donde los otros no ven.

—Ve en la oscuridad.

—Siente lo que los otros no sienten.

—El Capitán nunca pierde.

Rankstrail se puso de pie. Los conciliábulos se acallaron. Él esperó tranquilo, les dio tiempo a todos de terminar la merienda y de darse vuelta hacia él. Los miró a la cara, uno por uno.

—Mañana venceremos —dijo con voz plana, a modo de información—. Venceremos y basta. Los haremos pedazos. Romperemos el asedio. Mañana en la noche inundaremos la ciudad de harina, cerdo salado y aceite, porque mañana llegaremos a la impedimenta. Mañana en la noche estarán en el centro del patio de la Ciudadela y a cada mujer que venga a pedirles algo le llenarán el delantal de comida y le darán nuestros agradecimientos por esta noche. Mañana venceremos porque somos la caballería ligera, somos la caballería y basta.

El Capitán calló y de nuevo los miró a la cara, uno por uno.

—Ustedes vencerán mañana porque, independientemente del lugar del que hayan venido, esta tierra por la cual combatirán será la de ustedes, porque aquí jugarán aquellos que serán sus hijos, porque entre todas aquellas que salvarán habrá una mujer feliz de desposarlos; porque este pueblo por el cual combatirán se ha convertido en su pueblo y su pueblo está combatiendo con ustedes. Mañana no saldremos solos. Con nosotros vendrán los hombres de Daligar, y las mujeres se quedarán sobre las escarpas con los arcos que aprendieron a usar y con las palanganas de cal viva que están preparando. Mañana combatiremos todos juntos y todos juntos venceremos.

* * *

Rankstrail distribuyó las cobijas. La del retazo de la joven del pozo tuvieron que echarla a la suerte con el sistema de la paja más corta porque muchos la querían. La del pedazo de terciopelo verde oscuro se la dio a Lisentrail, y después lo acompañó

durante más de la mitad de la noche de guardia. En un momento dado, a lo lejos, una mujer pequeña con una gruesa trenza roja y una falda verde oscura se detuvo a mirarlos. Rankstrail no la había visto y Lisentrail se la señaló, pero el desinterés absoluto del Capitán permaneció inmutado.

Mientras la ciudad todavía dormía se presentó un curioso personaje con un vestido largo de color negro desteñido. El Capitán lo miró y reconoció al usurero: el que le había prestado los cinco escudos para comprar a Garrapata. El Capitán había logrado mandarle algo periódicamente, pero jamás la suma total, y como los intereses duplicaban la cifra cada ocho meses, el resultado final era que todavía le debía cinco. Por fin, por primera vez los tenía. La suma total, los cinco escudos. El hombre se acercó y el Capitán sonrió. Metió la mano en la alforja y sintió bajo sus dedos los cinco escudos. Los saboreó con la yema de los dedos. Eran la libertad para vivir: nunca más tendría que temerle al verdugo. La angustia que lo acompañaba cada vez que pensaba en esos cinco escudos terminaba para siempre. Para siempre. El Capitán extrajo las monedas y lentamente se las puso al hombre en la mano, disfrutando aquel momento con todas sus fuerzas, dejándolo grabado en la memoria, porque el instante en el que la pesadilla del usurero se acaba es una fiesta digna de recordar. El usurero miró el dinero, dejó la mirada fija en este con ternura y afecto, acarició cada pieza como para grabarla también en la memoria de la yema de los dedos, y luego, con mucho valor, los rechazó. No había venido a cobrar la deuda: se la condonaba para siempre. Le parecía que haber financiado el caballo que guiaba la guerra contra el asedio de Daligar valía hasta el último centavo de esos cinco escudos. Solo había venido a devolverle la daga: en caso de que le sirviera... al día siguiente... contra los Orcos... También él estaba entre los ciudadanos que al día siguiente saldrían a combatir. Prefería tener al mando a un Capitán provisto de todas las armas posibles.

—Ey, Capitán —dijo Lisentrail después de que el hombre se había alejado—, ¿sabes lo que decía la cuñada de mi hermana? Que es cuando uno no tiene dinero que todo el mundo lo quiere...

Al amanecer, desde el lado septentrional de las escarpas, el que daba sobre la ribera libre del Dogon, llegó una noticia increíble: estaban llegando refuerzos.

Capítulo 11

Rosalba se levantó. La primera luz del alba iluminaba el cielo. Ahora, desde temprano en la mañana los tobillos se le hinchaban y la espalda le dolía. Se acordó de que tenía que guiar a un ejército y volvió a sentarse con dificultad sobre el gran lecho al lado de Erbrow que dormía serena. Robi se cogió la cabeza con las manos. No lograría nunca guiar el ataque. Por otro lado no seguirían a un Mercenario: la seguirían a ella.

Tenía que ir.

La voz feliz de Jastrin la llamó.

—¡Están llegando refuerzos! —gritó—. ¡Entraron por la puerta septentrional! ¡Están en el patio de la Ciudadela!

Robi cerró los ojos por un segundo. Quizá el destino existía y estaba de parte de ellos. Detrás de los párpados cerrados solo vio sombras indiferenciadas. Quizá ningún destino había sido escrito aún y a ellos les correspondía jugarse la partida. Volvió a abrir los ojos y sonrió. Se la jugaría. Se levantó y se preparó, se pasó las correas por los hombros, la espada corta de Arduin y la larga de Yorsh. Se puso la corona con la hiedra en la cabeza y la capa azul y dorada sobre los hombros y se la abrochó al cuello. Después salió al nuevo día y siguió a Jastrin hacia el patio interno.

Desde lo alto de las escarpas miró feliz a los recién llegados. Se trataba de un centenar de guerreros, la mayoría a caballo. Habían llegado frente al portón septentrional hasta ahora libre, y habían pasado casi sin dificultad. Robi se preguntó cómo era que no se había elevado ni una flecha ni un grito por parte de los Orcos acampados.

Los recién llegados llevaban las corazas livianas de cuero y hierro de los soldados en marcha. Iban sin yelmos, pues estos eran insoportables bajo el sol. Eran, después de la caballería ligera llegada de Varil, la primera ayuda que llegaba del Mundo de los Hombres y habían sido acogidos con gritos gozosos que resonaban en la ciudad por primera vez en muchos días.

El entusiasmo había sido tal que nadie se tomó la molestia, antes de bajar el puente levadizo, levantar la reja y dejarlos entrar, de pedir información exacta sobre la identidad y la misión de los recién llegados que ya en ese momento ocupaban el patio central de la Ciudadela.

Ante la perplejidad general, el que parecía el jefe de la comitiva tomó la palabra y, saltándose todas las normas de cortesía de rigor, explicó:

—... Amado pueblo de Daligar, no vinimos a traer ayuda sino simplemente a apresarla a ella, la bruja, la mujer que estaba con el Elfo, para entregársela a los Orcos y sellar de este modo una nueva paz. Yo, Sir Argniolo, fui enviado aquí por el Juez para tranquilizarlos y protegerlos...

—¡Por eso los Orcos no los atacaron! —dijo Trakrail que era de mente rápida y aguda—. Son aliados. El Juez Administrador debe haber hecho un pacto con ellos.

—¿Pero no había escapado deprisa ante la llegada de los Orcos? —le preguntó alguien.

—Es verdad, él no ha combatido, pero nosotros combatimos. La Reina Bruja combate. Gracias a la Reina Bruja y a nosotros, el Juez está en condiciones de hacer pactos otra vez, tiene de nuevo algo para intercambiar: ella. A cambio de la ciudad. O de media ciudad, vaya uno a saber.

—¿Qué quiere decir media ciudad? ¿Qué la dividió en dos?

—Que el Juez manda, pero no solo, como antes. Con los Orcos por encima de él.

La voz estentórea del hombre del Juez prosiguió:

—¡Pueblo de Daligar, fieles súbditos ahora arrastrados por la senda del odio! Ahora hay un armisticio con aquel que ustedes todavía llaman de manera obtusa el enemigo, y es ella, la bruja, el fulcro del armisticio, el pivote del acuerdo, la bisagra de la futura armonía. Y ella, la causa de todas las desgracias, que sigue sembrando cizaña... Tenemos una garantía absoluta de que, a cambio de ella, la bruja, la mujer del odiado Elfo que guio a la armada contra Varil, las incursiones terminarán.

La voz poderosa de Nirdly se levantó desde las escarpas:

—¿Contra Varil? ¿Cómo, en contra? Nosotros salvamos a Varil. Eran los Orcos los que la estaban incendiando.

—La guerra terminó —retomó Argniolo sin responder a la interrupción—. La sabiduría del Juez Administrador venció de nuevo.

—A Varil la estaban quemando —repitió Nirdly.

Esta vez el jefe de la delegación, en su pesado atuendo de brocado carmín y dorado, perdió su altiva calma.

—¡No hablo con homúnculos! ¿Cómo osas dirigirme la palabra? ¿En esto se ha convertido Daligar, en una pocilga donde el último de los homúnculos le habla a un caballero? ¿Es esta la escoria que ha sido llamada para comandar su casa?

Rosalba no necesitó tiempo para reconocer al jefe de la delegación: Argniolo, el brazo derecho del Juez. El hombre que la había raptado, el hombre que había matado a Yorsh, el que había disparado la flecha fatal que le había traspasado el corazón y le había puesto fin a su respiración.

Sus súbditos, en su abismal imbecilidad, no habían entendido que, antes de abrir un portal y dejar entrar soldados armados, podía ser útil informarse sobre la identidad y la intención de estos y pedirles instrucciones a los propios comandantes.

Del otro lado, ella había ordenado no dejar entrar a los Orcos, y estos no eran Orcos. Los imbéciles habían acatado sus órdenes.

La negligencia se había sumado a la igualmente enorme cobardía: en todo caso, los recién llegados eran Hombres armados y les quitarían de encima a los frágiles

hombros de los habitantes tanto el peso de la tarea de combatir como el aun más terrible de pensar. La Reina Bruja deseó que en los infiernos estuviera previsto un círculo para los cretinos y que no estuviera demasiado distante del previsto para los ruines, de tal modo que sus súbditos pudieran corretear del uno al otro sin demasiada incomodidad.

Argniolo se interrumpió. Se había dado cuenta de la presencia del atónito Rankstrail. El Capitán había llegado a recibirlos pensando que eran refuerzos, y ahora los dos estaban a pocos pasos de distancia.

Argniolo lo miró incrédulo y furibundo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cambiando bruscamente el tono ampuloso.

—De vacaciones. Algunas excursiones campestres. Algo de cacería —respondió apacible el Capitán encogiendo los hombros en un gesto vago.

—Aquí deberían estar solo los civiles y la bruja.

—Y en cambio, también estoy yo. Sabe, el lugar es bello: las montañas están cerca, hay pocos zancudos... Mis hombres también me acompañaron, precisamente para no perder la costumbre de estar todos juntos.

Argniolo tragó. Se demoró algunos segundos en responder: tenía que improvisar con respecto a una situación que era menos fácil de lo previsto.

—Rankstrail —dijo con dulzura, bajando la voz para que solo él pudiera oírlo—, no sé cuántos... digamos hombres... tienes contigo, pero no es posible que sean más de cincuenta, la totalidad de tu, ¿cómo queremos llamarla?, ¿armada? Con tus... digamos, guerreros.

—Ajá —aprobó Rankstrail en voz alta—, digamos guerreros de una vez por todas, que no suena mal.

—Quería decir —prosiguió Argniolo furioso— que mis hombres son más del doble que los tuyos. El mío es un ejército, no una delegación, precisamente para desanimar cualquier decisión precipitada.

—Los míos, sin embargo, saben combatir.

—Tienes un ejército de Orcos acampado frente a la puerta septentrional. No puedes darte el lujo de debilitarte combatiéndonos a nosotros aquí en el interior de la Ciudadela. No tienes más opción que cedernos a la bruja sin protestar. Además, y para esto tienes mi palabra —dijo Argniolo con solemnidad—, obtendrás el perdón y podrás retomar tu lugar entre los hombres civiles. Los Orcos solo están esperando a la bruja para irse de aquí. Tú eres el jefe de Daligar: decides por el bien de la ciudad.

Rankstrail tuvo que hacerlo repetir todo desde el principio para estar seguro de que había entendido bien.

—¿De veras? —preguntó por fin interesado—. ¿Obtendré el perdón por haber guiado a mis hombres a liberar mi ciudad agonizante y a salvar a mis hermanos que estaban a punto de ser quemados vivos? Estoy seguro, completamente seguro, de no

merecer tanto. Creo que sobre pocas cosas en el mundo tengo una certeza más firme. Entre otras, si el último Rey de los Elfos condujo el ataque, yo fui el que entró a la ciudad para liberarla: ¿el próximo trueque que hará con los Orcos será conmigo? ¿Qué hará con los guerreros: los venderá uno tras otro a cambio de una paz que no puede ser más que una burla?

—Las incursiones de los Orcos son una respuesta a la guerra de ustedes —gritó Argniolo con enojo.

—Los Orcos están sobre nuestra tierra como lobos. Daligar ha roto un poco el asedio a costa de sangre y lágrimas y todavía tiene el ejército de los Orcos acampado sobre la puerta septentrional. Cuando nosotros llegamos, Varil ardía. El último de los Elfos la salvó. ¿Fue usted el que lo mató? Yo le había jurado fidelidad absoluta. ¿Cree usted que si abato a su asesino podré atenuar la culpa por no haberlo protegido?

La tropa de Argniolo se agitó amenazante.

—De un momento a otro —lo interrumpió Argniolo, venenoso—, Sryassink, el comandante del ejército Orco, se presentará en la puerta septentrional para apresar a la bruja como había acordado con el Juez Administrador y yo se la daré. Sryassink y yo cerramos un pacto que pondrá fin a la hostilidad entre los Hombres y los Orcos. La historia nos recordará como «los Pacificadores». Gracias a nosotros, y al Juez Administrador que patrocinó el pacto, no se derramarán ni sangre ni lágrimas. Incluso se ahorrará el sudor necesario para levantar una espada.

—La persona que piense en entregar a una mujer, que además espera un hijo, en manos de los Orcos, debe pasar sobre mi cadáver y mi cadáver es poca cosa. A esa que usted llama bruja nosotros la llamamos Reina. Quizá todos tenemos razón, la de Daligar es una Reina Bruja: y sus poderes son la rabia y el odio y nos salvarán. Sabe, cuando una ciudad es abandonada frente a los Orcos, se contenta con poco. Nombra Rey al primero que le permita sobrevivir un poco más. Según usted y su Juez, después de que los Orcos hayan izado en la parte más alta de sus picas la cabeza de la Reina y lo que quede del hijo que ella espera, ¿se detendrán? Pienso que lanzarán un ataque sobre la ciudad y se la tomarán, porque la ciudad no solo habrá perdido un guía y un líder, sino también el honor y la fe...

—Estás vivo porque hace un mes el Juez decidió perdonarte la vida. Te perdonó la vida y te volvió a dar el mando —masculló Argniolo.

—Cometió el más grande error de su vida. Se arrepentirá de ello —prometió Rankstrail.

De nuevo no logró continuar. Alrededor suyo las delegaciones de las corporaciones y de los refugiados de las Tierras Orientales bramaban enojados.

Sin la Reina Bruja todos habrían perecido hace mucho tiempo en una ciudad aniquilada.

—¡Mi marido estaba de guardia en los fuegos de alarma! —gritó una mujer con un niño en brazos—. Siguió las órdenes. Advirtió la llegada de los Orcos y permaneció en su puesto como era su deber. Este es su hijo: está vivo porque hace una luna la bruja quemó el puente y las catapultas de los Orcos.

—Ella ha combatido con nosotros y para nosotros.

—Ella fue a rescatar a nuestros hijos. Y los Mercenarios le ayudaron. ¿Y ustedes dónde estaban? Nuestros cabecillas, nuestros mismos soldados: todos escaparon para ponerse a salvo.

Un joven campesino que blandía la espada con empuñadura de plata de Gesua Tercero el Temerario aseguró que ahora iba a destruir a los Orcos y que después destruiría a todo aquel que se presentara reclamando derechos de cualquier tipo sobre ellos o sobre las tierras que cultivaban o sobre los comandantes que guiaban el contraataque.

Dos de las mujeres cuyos hijos habían sido raptados por los guerreros saltimbanquis y liberados por Robi reconocieron a sus maridos en el ejército de Argniolo. Se precipitaron furiosas hacia ellos y les preguntaron si sabían que habían ido a apresar a la mujer que había arriesgado la vida por sus hijos mientras que sus padres estaban con el Juez y su corte disfrutando del aire sano de las montañas.

—La próxima vez que ustedes y el Juez escapen —dijo un soldado— lleven también a mi mujer y a mis hijos. Entonces, tal vez, acataré sus órdenes.

Rosalba pensó que quizá tendría que cambiar de opinión sobre sus súbditos: la inteligencia todavía era discutible, pero estaban dejando aflorar algo de coraje.

Había llegado al final de la larga y estrecha escalera de piedra que descendía desde la Galería de los Reyes al patio. De repente salió de la sombra y Argniolo tardó un momento en reconocerla. Solo la había visto una vez en la vida y no esperaba encontrársela de frente con una corona en la cabeza y envuelta en una capa de terciopelo y oro.

Cuando finalmente se dio cuenta de quién era la persona que tenía enfrente, comprendió el peligro.

Rosalba lo miró fijamente.

Vio de nuevo a Yorsh mientras moría, su rostro descompuesto por el dolor, el pecho atravesado por las flechas, la sangre y el último dardo lanzado por Argniolo que le golpeaba el corazón.

Robi oyó su voz de nuevo.

Volvió a verlo caer en medio de un charco de sangre sobre la tierra transformada en fango.

Sintió mover a su bebé dentro de ella y su furia se acrecentó.

El hombre que tenía enfrente había decretado su muerte tranquilamente.

La respiración de ese hombre no llegaría al anochecer.

Argniolo puso la mano en la espada. Tuvo tiempo de sacarla y dejarla caer sobre Robi.

El odio estalló en la ciudad.

Los mismos soldados de Argniolo observaron inmóviles cómo su comandante levantaba un arma contra una mujer encinta.

Robi había aprendido a combatir con Yorsh: siempre debía mirar al adversario a la cara porque los movimientos imperceptibles de los ojos son los que indican de dónde llegará el golpe. Esquivó el golpe con la espada de los Elfos y de inmediato puso la mano izquierda sobre la espada de Arduin, corta y manejable. Finalmente, mientras apretaba la tosca empuñadura de hierro y piedra, entendió el sentido: aquella curiosa forma en medialuna con un lado convexo de casi una pulgada de grosor, en extremo pesado, y un lado cóncavo afiladísimo, servía para decapitar. Sin el grosor del lado convexo, el arma no tendría el peso suficiente y con menos filo no sería lo suficientemente cortante. El renombre de Arduin, Señor de la Luz, seguro se debía a su coraje y no a su misericordia.

Con la espada más larga, Robi obligó a Argniolo a bajar la suya. Luego, con la otra, lo decapitó.

Se requería un brazo fuerte para hacerlo y el suyo lo era. La rabia multiplica la fuerza y el miedo la lacera. Mientras la sangre del otro le salpicaba la capa, ella apuntó la larga espada élfica a la garganta del oficial de Argniolo, un hombre de mediana edad, calvo, con nariz de pico y parecido a un halcón, que la miró atónito y asustado. Rankstrail y los suyos habían sacado las espadas. Desde lo alto de las escarpas las mujeres y los hombres entrenados por Aurora apuntaban los arcos. La decapitación de Argniolo por parte de la mujer que según ellos debería ser ya una especie de prisionera los había dejado paralizados a todos.

—¡Han llegado tarde! —exclamó la Reina—. El tiempo de los acuerdos terminó. Quien haya degollado, mutilado o quemado no será perdonado. Ninguno de los nuestros será entregado a los Orcos con la esperanza benévola de que así estos se enternecerán y degollarán y quemarán un poco menos. Haremos pedazos a los que han quemado nuestras casas y degollado a nuestra gente antes de que quemem más casas y degüellen otras criaturas. Devolveremos golpe por golpe y les dejaremos en claro a todos los granujas de ambos lados de los Confines de las Tierras Notas que los tiempos en que se podía matar impunemente a los hijos del Pueblo de los Hombres han pasado y no regresarán. Yo soy el Comandante de la ciudad, yo soy la heredera de Arduin. Yo soy el Rey. Y yo les digo que en esta ciudad el tiempo de los bellacos y de los traidores ha llegado a su fin.

En ese momento apareció Aurora en las escarpas. Vio el cadáver de Argniolo y palideció. El horror invadió sus ojos. Por un segundo pareció a punto de vomitar, pero logró recuperarse aunque en la voz le quedó un ligero temblor.

—Señora mía —le dijo a Robi con respeto, y con una voz fuerte que resonó con claridad en el patio desde lo alto de las escarpas—, el jefe de la primera división de los Orcos, de nombre Sryassink, declara que quiera hablar con el hombre que se llama Argniolo.

La Reina asintió. El respeto sumiso con el que Aurora, hija del Juez Administrador y su única heredera, se había dirigido a Robi, había dejado aun más aniquilado al militar calvo y a los demás. Tenía que decidir de prisa qué hacer.

Los recién llegados de todos modos eran un centenar de hombres bien dotados de armas.

—¿Tiene un nombre? —le preguntó con brusquedad al hombre que tenía amenazado con la espada.

—Anrico —fue la respuesta.

—Capitán Rankstrail —ordenó Rosalba—, haga llevar a Anrico y a sus hombres a la armería y haga que se les reparta un yelmo por cabeza: les darán apoyo a los flancos durante el ataque. Si alguno no combate, ajusticiélo: quiero su cabeza sobre una pica antes del anochecer. El que luche será tratado con honor y se le reconocerá el derecho de pertenecer a la ciudad.

—¡Señora mía! —osó responder el hombre con el coraje de la ira—. Mi familia es una de las fundadoras de Daligar. El derecho de pertenecer a esta ciudad es mío desde mucho antes de mi nacimiento, incluso desde mucho antes del suyo, y no será usted quien me lo reconozca o me lo niegue.

Rosalba había cometido un error: no podía y no debía combatir con aquel que no creía ni en ella ni en la ciudad, obligado solo por el miedo de ser ajusticiado. Anrico le agradó.

La Reina recuperó el aliento y se alejó unos pasos para poder dirigirse a todos los recién llegados.

—Hoy estamos fundando de nuevo esta ciudad —respondió con fuerza—. El que no combata hoy estará fuera de ella para siempre. Ya no importa más lo que sus antepasados hayan hecho: importa lo que ustedes hagan hoy. Cada uno tiene el destino y el futuro en sus propias manos. Hoy se verá si moriremos todos juntos o si nos liberaremos de los Orcos y de los asesinos. Hoy combatiremos: hombres, mujeres y niños, aristócratas, plebeyos, caballeros y sobrantes de prisiones, Señores del Pueblo de los Enanos. Hoy todo lo que fue quedará borrado. Para todos nosotros el mundo renace o termina hoy: no hay más posibilidades. Pueden irse todavía. No quiero indecisos, dudosos o pusilánimes entre mis tropas. A la persona que desee partir, que no quiera luchar con nosotros, le será respetada su elección. Bajen el puente levadizo de la puerta septentrional. No habrá ningún gesto ni ningún grito contra el que decida regresar a las montañas, lejos de la batalla.

El pequeño puente levadizo de la puerta del lado norte fue bajado y luego

levantado sin que ninguno de los soldados de Argniolo se moviera.

La Reina Bruja miró a todos los recién llegados y esbozó una sonrisa, así fuera lenta y asimétrica. Un grito de victoria se elevó en la ciudad.

—Están a las órdenes del Capitán Rankstrail —dijo.

—Señora mía, el Capitán Rankstrail es un Mercenario, nosotros somos caballeros —objetó Anrico.

—Así era hasta hace un segundo y ese segundo pasó para siempre. Les prometo que si hoy alguno de ustedes da muestras de tener un valor superior al del Capitán, tendrá el mando de la ciudad, pero hasta ese momento estarán bajo sus órdenes. El valor del Capitán es grande y combatir comandado por él es un honor.

—Entonces así será, Señora mía —respondió Anrico finalmente—, Rosa Alba, heredera de Arduin.

—Recoge esa cabeza —dijo Robi, mientras le señalaba la cabeza de Argniolo al pobre Jastrin que había bajado detrás de ella y la miraba paralizado del horror—. Ahora —masculló con dureza. No podía inclinarse: habría perdido realeza y la panza se lo dificultaba.

Aurora palideció más, pero permaneció rígida e impasible.

—Ro... es decir, Señora mía —trató de decir el pobre Jastrin. La Reina lo miró imperturbable. Jastrin, con los ojos llenos de lágrimas, agarró la cabeza de Argniolo del cabello ensangrentado y se la entregó.

Rosalba pasó al lado de Aurora con la cabeza en su puño. Aurora se puso aun más cetrina, pero su rostro impasible no dejó entrever ninguna emoción. Luego la siguió.

En las escarpas el silencio era insoportable. Rosalba tenía a Aurora y a sus arqueros por el flanco izquierdo, mientras Rankstrail y Lisentrail se le unieron por la derecha. En la ribera del brazo sur del Dogon los Orcos estaban alineados en filas y escuadrones, con los comandantes frente al puente levadizo mayor.

El Orco que se llamaba Sryassink resultó ser pequeño, con una barba gris y rala y una dentadura igualmente escasa. Estaba al mando de una enorme compañía de ballesteros; esto violaba la norma según la cual los jefes de los Orcos debían ser escogidos entre los más monumentales.

—¿Dónde está el hombre que tiene por nombre Argniolo? —gritó furioso—. Él prometió la bruja a nosotros y ahora él debe hablar con nosotros.

Rosalba mostró la cabeza. La sostuvo en alto un largo rato y luego la dejó caer.

—Argniolo ya no tiene mucho que decir —comentó despectiva—. Este es el fin que tienen los traidores en Daligar. Hablaré en su lugar.

En las escarpas todos, incluso Jastrin, permanecieron inmóviles.

Sryassink estaba cada vez más furioso: la cabeza del hombre con el que había sido hecho el acuerdo, exhibida toda ensangrentada, lo ponía en ridículo frente a los suyos. Entre las filas de los Orcos se levantaron risas repugnantes. Él era el que había

guiado las negociaciones, probablemente ufanándose de su capacidad para negociar.

—Yo no hablo a mujer —gruñó Sryassink, mientras la primera fila de ballesteros se ponía en posición detrás de él—. Tú mujer y con hijo dentro, entre todas criaturas, ser la más repulsiva. Más sucia que cerdo o perro. Yo hablo a ti, yo pierdo mi honor. Si mujer con hijo dentro ve cuando un Orco después de muerto es enterrado, también el Orco muerto en batalla pierde honor.

El Orco escupió en la tierra y a Rosalba la dominó el odio, perverso, triunfante. El odio acrecienta la crueldad. El hijo que llevaba dentro vería la luz y si esto implicaba cortarles la cabeza a todos aquellos que querían impedirlo, su brazo estaba dispuesto. Apretó la mano sobre la empuñadura de la espada corta y curva. Habló con voz gélida.

—¡Jamás te he dado permiso de hablarme! Solo tienes que escuchar lo que tengo para decirte y después morir o irte de aquí. Regresen ahora a las inmundas tierras de desolación y miseria que los han vomitado. Si aprenden a cultivarlas, el polvo se convertirá en tierra y ustedes se convertirán en un pueblo. Hasta entonces sólo serán una manada de saqueadores innobles que valen menos que la tierra que pisan y será permitido destruirlos, contar los muertos y sentirse orgulloso de ello. Te ordeno que te marches ahora y que te lleves contigo a tu horda. De lo contrario, a todo lo largo del valle del Dogon, la sangre de ustedes transformará nuestra tierra en fango y alimentará a las lombrices con las que se pescarán las truchas del río. Así finalmente ustedes podrán tener la sepultura que se merecen.

El Orco se tambaleó como si hubiera sido golpeado. La horda murmuró amenazante. Rosalba entendió que lo había despojado de su honor. Las palabras de ella habían minado el prestigio y quizá también el poder de Sryassink.

—Quién eres tú, mujer, que osas hablar como a criado a mí que soy comandante. Yo destruyo a ti y ciudad. ¡Nosotros degollaremos todos hasta el último y después de degollar hombres y mujeres vivos degollaremos hijos dentro de madres! —gritó con una voz que chillaba de furor.

—No es cierto que te hablo como les hablo a mis criados. Mis criados son gente de bien y jamás les hablaría sin respeto o sin honor —respondió la Reina. El murmullo entre los Orcos se ensombreció.

—Yo degollaré a ti y bastardo que llevas dentro —amenazó el jefe de los Orcos.

—Yo soy el soberano de Daligar, Comandante y Rey de la ciudad. Soy la heredera de Arduin. La sangre de él corre por mis venas. El que llevo dentro es el hijo legítimo que une la sangre del último Rey de los Elfos con la de los herederos de Arduin: mis hijos terminarán la tarea que se inicia hoy de destruir a los Orcos que se atreven a derramar la sangre de los hijos del Mundo de los Hombres.

El nombre de Arduin resonó sombrío. El jefe de los Orcos palideció.

—No me da miedo —respondió—. Ni siquiera Orcos Mong-hahul a nosotros

nunca han dado miedo.

Había sido un error. Rosalba se dio cuenta. Los Orcos también se dieron cuenta, pero ya era tarde. Al negar que tuviera miedo, había afirmado que era posible tenerlo. Ahora estaba deshonrado.

Robi se preguntó quién diantres eran los Orcos Mong-hahul y qué relación tenían con la conversación. Probablemente eran parte de la mitología, una especie de monstruos o de Demonios. Era evidente que los razonamientos de los Orcos seguían cursos diferentes a los de los suyos, y de todos modos, este no era el momento de pedir información para llenar los vacíos de sus conocimientos geográficos e históricos. Se echó a reír encantada.

—¡Pero yo no quiero asustarte! —dijo con dulzura, en un tono casi tranquilizador—. Quiero arrancarte la cabeza del cuello en el menor tiempo posible y luego irme a dormir, porque sabes, desde que estoy encinta se me hinchan los tobillos cuando estoy de pie y necesito mucho reposo.

La marea de Orcos gritó enojada hasta rugir. Una flecha partió de una de las alabardas, pero no era para ella: le atravesó la garganta al jefe de los Orcos. Había permitido que una mujer embarazada lo amenazara y lo deshonrara aun más, hablándole de cosas de mujeres. Rosalba lo había deshonrado no solo a él sino a todos ellos. El Orco miró a la Reina por algunos segundos, luego la boca se le llenó de sangre, su respiración se convirtió en un largo resuello y se desplomó al suelo.

—Uno menos —masculló Rankstrail.

—Uno menos —confirmó Lisentrail—. Sus guerreros son el triple que nosotros; sin embargo, nosotros hablamos mucho mejor. Ey, Capitán, ¿sabe por qué al Elfo no lo detenía nada y no tenía miedo de nadie? Con una mujer como esa en casa, era casi seguro que los Orcos debían parecerle estatuillas de cera.

Capítulo 12

Rosalba regresó a sus aposentos para darle un último abrazo a su hija. La idea de montar a caballo le parecía insoportable.

El Capitán la seguía mientras le explicaba su idea de salir en dos troncos: su lugarteniente y los recién llegados cabalgarían hacia el este, como si quisieran llegar al atajo que conducía a Varil... La voz se hizo cada vez más confusa.

Robi sintió una punzada en el vientre. Por un segundo el dolor la dejó sin aliento; luego pasó y pudo respirar otra vez. Estaba pálida. Rankstrail la miró preocupado.

—El bebé —murmuró—. ¿Es hora de que nazca el bebé?

—No, aún no: es demasiado pronto. ¡Si nace ahora, será demasiado pequeño!

—Señora —dijo Rankstrail con calma—, vaya a su habitación. Combatiré esta guerra por usted. Venceré esta guerra por usted. Le había jurado a su esposo combatir y morir por él: lo haré por usted y por sus hijos. Le debo a su esposo la liberación de mi ciudad, de mi gente y... sí... de mí mismo. Si tengo que arrancarles la cabeza a todos los Orcos desde aquí hasta las Montañas Oscuras para que su hijo pueda nacer, juro que lo haré. Ahora váyase.

—No —respondió Rosalba—, debo guiar el ataque. Yo, y solo yo, estoy en la mira de la profecía...

—¿La profecía? ¿Cuál profecía? Ah, sí, entiendo, hace ocho años me contaron algo al respecto: Arduin soñó con usted y su esposo, o algo así. Por consiguiente, si él soñó con usted, es porque tiene un destino que cumplir. Pero yo no voy a guiar la guerra contra los Orcos, Señora. Solamente voy a apoderarme de la impedimenta. Aunque yo no haya sido previsto por ninguna profecía, aunque por mis venas no corra la sangre de ningún héroe pasado y aunque tenga una armada que ningún cuentero se rebajaría a describir, puedo llegar hasta la impedimenta. Señora, aun sin usted, lograremos llegar, aunque solo sea a esta. Yo combato con lo que tengo.

Rosalba se quedó sin aliento y no fue solo por una nueva punzada en el vientre.

—¿Por qué dijo eso? ¿«Combato con lo que tengo»?

El Capitán se encogió de hombros.

—No lo sé, suena bien.

—¿Y combate solo para vencer?

—Señora —respondió el Capitán perplejo—, creo que solo un absoluto cretino combatiría para perder —luego esbozó una sonrisa—. No se preocupe, Señora, quédese en paz. Iré a apoderarme de la impedimenta por usted.

Rankstrail se dio vuelta y se alejó. Robi lo siguió con la mirada hasta que el otro comenzó a subir las empinadas escalas que lo conducirían sobre los bastiones, pero otra punzada le cortó la respiración.

—¡Capitán! —gritó apenas pudo hacerlo. Rankstrail se volteó—. Mi caballo...

Conduzca la carga en mi caballo. Lleve a Enstriil.

El Capitán asintió. La miró un segundo más antes de darse vuelta y desaparecer. Robi se apoyó para no tambalearse.

* * *

Cuando Erbrow había nacido, Yorsh estaba junto a ella, le sostenía la espalda y la abrazaba. Los dolores habían sido leves, como las ondas de un mar en calma sobre una playa limpia. Iban y venían y le daban tiempo de respirar y de oír la voz de Yorsh que la arrullaba, y después el llanto de su hija se había sumado a los sonidos de la noche de verano y al sonido grande y fuerte del mar. Había algo en la voz de Yorsh, o quizá en sus manos, que disolvía el dolor, lo atenuaba, lo aligeraba.

Ahora nada detenía las punzadas que, por el contrario, aumentaban con el miedo y la nostalgia.

Estaba sola.

Yorsh había sido asesinado.

Su hijo estaba por nacer antes del tiempo fijado, en una ciudad asediada por los Orcos, abandonada por el Mundo de los Hombres, defendida por un puñado de andrajosos comandados por un renegado y por la hija del hombre que ella más odiaba en el mundo.

Algo le rozó la mano que todavía empuñaba la corta espada de Arduin. Era Erbrow, su niña, que tenía los ojos del padre y el nombre del último de los dragones.

La niña había tomado sus dedos húmedos entre sus manitos frescas. Era probable que ese gesto la hubiera tranquilizado porque las punzadas le parecieron menos duras.

Recuperó el ánimo: la respiración volvió a ser fuerte y regular.

Se agachó para abrazar a la niña. Luego, con valor, la alejó. La mandó a jugar en el patio y se arrinconó en su propio lecho para esperar a que el tiempo pasara y su hijo naciera. La sed era insoportable, pero la jarra estaba vacía y no se sentía capaz de bajar hasta la fuente del patio. Los pasos en las escalas llamaron su atención. Logró levantarse. Vio a Parzia, una de las madres cuyo hijo había salvado.

—Señora mía —le dijo escandalizada—, ¿por qué no me llamó? Bastaba con que se lo hubiera dicho al Jefe de la Casa de los Reyes... No puede hacer esto sola... Aquí estoy... Sabe, este es mi trabajo... soy partera... por suerte el Capitán me mandó llamar... sabe, ese que parece un oso...

Rosalba se tranquilizó. Como siempre, pedir ayuda, la cosa más normal del mundo, no se le había ocurrido. Debería recordar que la actitud cada vez más arraigada de contar solo con sí misma podía derivar en una desgracia.

La partera le hizo beber una infusión de pétalos de manzanilla y miel que le

devolvió la fuerza de inmediato, o quizá fue el simple hecho de ya no estar sola. Manzanilla y miel: debía recordarlo cuando Erbrow tuviera su primer hijo. Por un rato se entretuvo con este pensamiento tranquilizador. Erbrow crecería, tendría un hijo y contaría con los consejos y la cercanía de una madre. Ella y Erbrow no perecerían en el asedio de Daligar. Daligar tampoco perecería.

Lo lograrían. Entre ella y los Orcos estaba el Capitán.

Unos ruidos quedos llegaron desde el patio: alguien estaba jugando con su hija. Una mujer le estaba repitiendo una cantilena y la niña reía.

—¿Este es el segundo, verdad? —retomó Parzia—. Hermosa niña la suya, en realidad hermosa... ¿este está naciendo antes de tiempo? Cabalgar contra los Orcos no fue precisamente lo más indicado... Le debemos gratitud eterna por haberlo hecho, Señora mía. Verá, los Dioses ahora la recompensarán con un hijo espléndido. Ahora deberá orar un poquito, Señora mía, para propiciar la buena voluntad de los Dioses...

Rosalba nunca había tenido la impresión de que el interés de los Dioses por los asuntos humanos en general, o por los suyos en particular, fuera tal como para justificar un pedido específico, pero se ahorró cualquier comentario al respecto.

—... Los hombres escaparon y solo quedaron las mujeres para combatir...

Era claro que Parzia consideraba la conversación ininterrumpida, o mejor el monólogo ininterrumpido, como parte integrante de su trabajo.

—Ahora, sin embargo, hay hombres... Él, el Capitán que parece un oso... él lo logrará, ¿verdad? Aun sin usted... Pero ahora no debe angustiarse... La cuñada de mi hermana también tuvo un hijo antes de tiempo y si viera qué muchacho tan grande... si nace antes, tanto mejor, verá... ahora que lo pienso también la prima de mi vecina y la hermana de mi cuñado... Usted no se angustie, que todo saldrá bien... ¡Señora mía! ¿Todo saldrá bien allá afuera también, no es verdad? —preguntó de repente, mientras la voz se le volvía más tenue y más incierta—. ¿El Capitán lo logrará sin usted, verdad? Ese que parece un oso... Dicen que nunca pierde, es el que liberó Varil, ¿cierto?

Entre las punzadas y la manzanilla con miel, Rosalba se había olvidado por completo de la batalla. Si Rankstrail no lograba vencer, era mejor que su hijo tampoco naciera, porque no valía la pena.

—¿Pero qué hace? No se puede levantar... debe quedarse acostada... es así como los niños nacen... Señora mía... ¿qué hace? ¡No puede!

Ahora que tenía fuerzas para hacerlo, Rosalba se puso de pie. Levantarse le hacía bien. Cuando Erbrow nació, Yorsh le había asegurado que como la naturaleza y el universo siempre siguen un curso sensato, la posición que fuera más cómoda para ella con seguridad era la que facilitaba las cosas. Además, estar acostada sobre la espalda le resultaba insoportable: le quitaba fuerzas y le cortaba la respiración. Estaba bañada

en sudor. Seguida por las protestas de la partera, salió de la habitación al aire caliente de afuera, apenas movido por una brisa leve, y se acercó a las escarpas.

Abajo, sobre la llanura de Daligar, la batalla se estaba enardeciendo.

El Capitán Rankstrail había roto las líneas enemigas de nuevo. Desde arriba Robi lo vio con la exigua caballería y la infantería ya reforzada, armada con espadas antiguas que brillaban y que tenían incrustaciones de oro. El lobo corría entre los Orcos y hacía encabritar a sus caballos.

Los refuerzos involuntarios enviados por el Juez Administrador eran el núcleo central del ataque y no se descartaba que fueran suficientes. El Capitán tenía razón. Podía lograrlo. Entre los cañaverales que escondían el Dogon a lo largo de uno o dos de sus meandros, se levantaban llamas. El Capitán había logrado localizar el puente y destruirlo: la ribera norte estaba otra vez solo en manos de los Hombres.

—El comandante más grande de Daligar, desde los tiempos de Arduin —le susurró a Parzia—. Sin lugar a dudas. Combate con lo que tiene y solo para vencer. Lo logrará.

No lo decía solo para consolarse ella misma o para animar a la otra. Comenzaba a creerlo.

El Capitán lo lograría.

Rankstrail avanzaba hacia abajo a lo largo del Dogon en dirección a la impedimenta enemiga que estaba casi indefensa. El Capitán y sus hombres cabalgaban por una larga explanada entre el Dogon y una colina baja y pedregosa cubierta por espesos matorrales de mirtos y pinos enanos, desde los cuales, como en formación, levantaban el vuelo faisanes y perdices.

—¡Allí, los pájaros! —gritó la Reina—. ¡Las perdices! ¡Un faisán! ¡Rankstrail no puede verlos!

—¡Señora mía! —intentó tranquilizarla la partera—. No es el momento de pensar en la cacería.

El grito había llamado la atención de Aurora.

Llegó corriendo en un traje de arquero de terciopelo negro y plateado, sin casaca, de tal modo que su cuello blanco quedaba al descubierto en el calor estival. Tenía el cabello recogido de manera impecable por una red de perlas diminutas, y hasta en ese momento Robi se pasó una mano por la cara y por la cabeza empapadas de sudor y la detestó con toda el alma.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con el poco aliento que le quedaba.

—Las protejo a usted y a la ciudad, como me lo dijo el Capitán Rankstrail. ¿No son órdenes tuyas?

—No son órdenes mías —dijo Robi—, aunque reconozco que son órdenes sabias. De hecho sería una idea óptima dejar a alguien para defender la ciudad, pero no nos lo podemos permitir en este momento. El Capitán necesita todas las fuerzas que

tenemos. Mire: los pájaros se levantan de los matorrales. Una batería de Orcos está avanzando a gatas por entre los arbustos para atrapar a Rankstrail desde arriba.

Aurora se puso pálida.

—Voy enseguida. Trataré de alcanzarlo.

—¡Sí, corra! Si no lo atacan por sorpresa, Rankstrail es capaz de enfrentarlos. Deje que los civiles defiendan las escarpas: pueden hacerlo. Usted salga por la puerta meridional con todos los alabarderos de la ciudad y pasen por los cañaverales. De allí lleguen al bosque de encinas y desde el bosque, a lo largo de la escarpada, ataquen: estarán encima de los Orcos y los árboles los protegerán.

Tuvo que interrumpirse porque una nueva punzada le impidió respirar.

Robi dejó que la partera la llevara otra vez a la habitación solo después de que Aurora salió. Erbrow estaba sentada en un rincón con el lobezno en su regazo, callada y serena a pesar de la conmoción. Una sonrisa de una alegría tímida la iluminó cuando la madre pasó cerca de ella y la rozó con una caricia: por un segundo su sonrisa se abrió y la niña hizo un gesto extraño con la manita, la cerró en un puño y dejó estirados el dedo índice y el medio.

Robi se tranquilizó.

Todo saldría bien.

Capítulo 13

El Capitán avanzaba a la cabeza de sus hombres y por primera vez en su vida experimentaba la curiosa sensación de cabalgar sin tener que usar la mayor parte de la propia voluntad para contrarrestar la obstinación de Garrapata y su inquebrantable apego por la inmovilidad.

Rankstrail montaba a Enstriil y si por un lado esto le estaba facilitando inmensamente la vida, por otro lo obligaba a convivir con una incomodidad sutil. Ese caballo no era suyo sino del último de los guerreros élficos a quien él había dejado morir solo, después de haberle prometido su espada. Aunque él se hubiera permitido olvidarlo, el caballo se lo habría recordado. Así el conocimiento que tenía sobre caballos se limitara a Garrapata, era suficiente para permitirle saber que la cabalgadura debe aceptar de algún modo a su caballero, más o menos como un perro debe aceptar a su amo. Hasta la resentida oposición de Garrapata era más cordial que la opaca indiferencia de Enstriil. El caballo acataba sus órdenes, pero no lo quería y soportaba su peso con fatiga y aburrimiento.

Lo consoló pensar que con ese caballo aumentaban las posibilidades de darle de comer a la ciudad en la que respiraban los hijos del Príncipe de los Elfos.

Se preguntó si el nuevo heredero ya habría nacido y el pensamiento lo reconfortó y le pareció un buen augurio. A pesar de que su idiotez había condenado a muerte al último de los Elfos, quizá el Mundo de los Hombres de todos modos se salvaría.

Rankstrail vio las perdices y los faisanes levantar el vuelo y sonrió. Los Orcos no se destacaban ni con el arco ni con las ballestas: los tenían y los usaban, pero sus armas preferidas eran las alabardas, los mazos y las mortíferas espadas con la hoja que se prolongaba desde el mango.

Era una buena señal ver cuántos animales de caza habían sobrevivido a las alabardas de los Orcos y a sus ballestas durante todos estos días de asedio, sobre todo en ese punto, entre los cañaverales y el bosque de encinas, donde ahora una o, con mayor probabilidad, dos baterías de Orcos se arrastraban a gatas para atacarlo por sorpresa.

La trampa estaba lista, o más bien, las dos trampas: la que los Orcos pensaban haber preparado para él y aquella donde, por el contrario, estaban a punto de caer ellos.

Lisentrail, los Enanos y todos los apeados, inclusive los carniceros, los herreros y los barberos de la ciudad, esperaban escondidos en el claro donde quedaban resguardados tras las rocas, mientras que los Orcos quedarían al descubierto.

El Capitán miró el humo elevarse por la parte occidental del campamento de los Orcos. Las nuevas catapultas habían sido incendiadas al igual que el puente: Anrico y sus guerreros oficiales lo habían conseguido. Los gritos de triunfo de los Hombres se

elevaron junto al humo. La palabra «Daligar» escandida en una especie de canto resonó durante un largo rato: era el primer sonido en más de una luna que se atrevía a oponerse a los obsesivos tambores de los Orcos. La ciudad era de nuevo inexpugnable. Ahora bastaba llegar a la impedimenta para que también el asedio del hambre, el más mortífero, tuviera tregua.

A la gente como él, salida de la nada, no le correspondía cambiar la Historia. Pero llegar a la impedimenta sí la cambiaría: inundaría la ciudad con agua, patatas y cerdo salado y la Reina Bruja tendría todo el tiempo que necesitara.

La Reina Bruja lograría romper el asedio y empujarlo más allá de los arrozales. El punto fundamental era lograr ocupar las rocosas Colinas de la Luna Nueva por donde pasaba el atajo que unía a la Ciudad Puerco Espín con la Ciudad Garzón y que dominaba la llanura de Varil con una pendiente tan empinada que la hacía impenetrable.

La Reina Bruja lo haría de un modo que no lograba imaginar: prueba definitiva, si jamás necesitara una, de que él no era el hombre destinado para ejecutar esa hazaña.

Su mente regresó a la impedimenta.

Lo que tenía que hacer ahora era atraer hacia él a los Orcos que creían haberle tendido una trampa. Lisentrail lo cubriría desde arriba y le daría tiempo para alcanzarlo en el claro rocoso y en el bosque, y luego él y Lisentrail intercambiarían favores. Rankstrail y sus hombres cubrirían a Lisentrail y este llegaría a la impedimenta, es decir, a las carretas con el agua, los pollos, los terneros y los bueyes, y después, con la escolta adicional de Anrico que de un momento a otro asomaría del río, llevarían todo a la ciudad.

Tal como estaba previsto, una lluvia de dardos se levantó de repente desde el bosque y, tal como estaba previsto, ellos no tuvieron pérdidas porque los escudos bastaron para protegerlos. Tal como estaba previsto, los Orcos salieron al descubierto y, tal como Rankstrail no lo había previsto, se le echaron todos encima.

Salían de todas partes, ordenados, disciplinados, dispuestos a hacerse matar con tal de alcanzar con la espada el cuello del Capitán. Él, y solamente él, era el objetivo del ataque. Por cada uno que abatía aparecían otros dos: los Orcos estaban dispuestos a morir y a renunciar a la impedimenta con tal de destruirlo.

Los Orcos, a costa de numerosas pérdidas que ahora yacían en tierra en medio de su propia sangre y con la respiración quebrada detrás de las máscaras de guerra, lograron aislar a Rankstrail de sus hombres: junto al Capitán solo estaba el lobo. Era fácil: si lo eliminaban a él, los hombres que comandaba se desbandarían.

Su espada, sustraída a un Orco a las puertas de Varil, se hizo añicos contra un hacha que le hirió la mano derecha.

Era una espada de buen peso, pero la aleación era de mala calidad. La penúltima espada del Capitán se había despedazado a pesar de tener una buena aleación porque

era demasiado liviana para él. La anterior era demasiado liviana, de una aleación pésima y además ligeramente oxidada. El Capitán probablemente pensó que el eterno problema de no tener una espada decente terminaría en esta sofocante jornada de batalla, porque le parecía inverosímil lograr sobrevivir.

Una cantidad de pensamientos ocuparon la mente de Rankstrail durante aquel convulso y desesperado combate: había subestimado al enemigo. Estaba circundado de Orcos por todas partes y para rechazarlos contaba solo con una espada despedazada que sostenía con una mano herida y con los dientes de su lobo, que tampoco sobreviviría mucho tiempo. La rama gruesa con la que paraba los golpes de hacha se estaba acortando de manera peligrosa y veloz: si hubiera visto una escena de esta índole representada por un saltimbanqui en una feria, la hubiera encontrado hilarante...

El cuerno de Anrico sonó tres veces con intervalos breves.

Lo habían logrado.

Él y Lisentrail habían alcanzado el agua y la comida y la estaban escoltando hacia la ciudad.

Las ballestas gigantes habían sido robadas y puestas sobre las carretas del agua para llevarlas adentro. Sin las cuerdas gruesas e insustituibles hechas con tendones de buey trenzados, los Orcos ya no podrían fabricar otras. Y, para compensar, ahora les correspondería a ellos el turno de caminar a gatas protegidos por un escudo.

Daligar estaba a salvo.

Él estaba a punto de morir.

Siempre había dado por sentado que no viviría mucho tiempo y se preguntó si sus hombres grabarían su nombre en alguna parte, en la corteza de un árbol o sobre una piedra.

Una nube de flechas abatió a los Orcos que lo rodeaban.

De repente, Rankstrail se encontró en medio de los soldados arqueros, guiados por Aurora. Los Orcos tuvieron que replegarse: desaparecieron en el bosque, si bien desde allí lograron disparar algunas flechas, además de amenazas e insultos. Rankstrail había aprendido a entender algunas palabras de esa lengua sombría. Oyó gritos repugnantes de burla, de odio y no solo de odio, y comprendió que en ese momento el blanco preferido ya no sería él, sino Aurora.

Se dio cuenta con horror de que una flecha estaba a punto de golpearla y de nuevo se percató de ello casi antes de que la flecha fuera lanzada. Agarró a Aurora del brazo, la empujó al suelo y cayó con ella. La flecha voló por encima de ellos y se clavó en un tronco de arce a pocos palmos del punto donde un instante antes estaba la cabeza de ella. Se sumaron otras flechas, pero el Capitán logró ubicarse con su coraza entre estas y el blanco. Los soldados atacaron y los Orcos se dispersaron.

Rankstrail sintió el olor de Aurora y vio su cabello bajo una de sus manos; algo

horrible hizo añicos la emoción y lo invadió todo como la sombra de los Infiernos. Dentro del alma del Capitán habitaba no solo el miedo de poder hacerle daño, sino algo mucho más terrible, más profundo: no quería ver sus manos sobre ella.

Rankstrail se alejó con brusquedad del lado de Aurora, como si se hubiera quemado. Dio un paso atrás. Ni siquiera la ayudó a ponerse de pie y, cuando ella le pidió ayuda porque tenía una pierna atrapada en una zarza y no lograba liberarla por sí misma, él puso muchísimo cuidado para tomarla del brazo, bastante arriba del codo donde la cota con placas de metal y cuero cubría la casaca de terciopelo negro y plateado sin cuello.

Apenas se puso de pie, Rankstrail le gritó que entrara de inmediato a la ciudad y que no se atreviera a salir de allí, y le preguntó cómo se le había ocurrido la idea imbécil de aterrizar en medio del campo de batalla.

Aurora le pidió con una amabilidad impasible si podía levantar ligeramente la voz al hablar porque el ruido de la batalla la estaba ensordeciendo.

El sarcasmo fue como una ducha fría. Rankstrail se calmó de inmediato.

—En el ejército existe la curiosa costumbre de acatar las órdenes, Señora —le informó gélido.

—¿De veras? —dijo Aurora con tono cortés e interesado—. ¿En realidad? ¿Las órdenes de quién? ¿De todo el que pase con una armadura encima? Si hay que limitarse a seguir las instrucciones de los propios superiores, le recuerdo que usted no es ni mi comandante ni mi Rey. Mientras viva tengo la intención de seguir las órdenes solo de quien yo elija como comandante o soberano, en este caso, la Reina de Daligar, que me ordenó estar aquí, en este momento. No excluyo que quizá podría tomar en consideración las órdenes de un marido, si es que algún día tengo uno. Si le sirve de consuelo, también he desobedecido las órdenes de mi padre que, si la memoria no me engaña, también logró darle unas cuantas órdenes a usted.

Rankstrail se tambaleó: el hecho de que esa afirmación fuera cierta era una mortificación mucho más humillante que cualquier insulto en el mundo.

—Señora —dijo Rankstrail cada vez más calmado y gélido—, acabo de salvarle la vida.

—Yo salvé la suya —respondió Aurora igualmente cortés.

—Exacto, Señora, una vida útil, la mía, cierto; pero sin duda no fundamental. Para venir a llevar a cabo la indudable gentileza de salvarme dejó desguarnecida la ciudad donde están la Reina y sus hijos. Los Orcos, le aseguro porque los combato desde hace años, no son estúpidos y tienen una capacidad estratégica formidable. Son nadadores capaces de remontar el río moviéndose por debajo de la superficie sin ser vistos.

Esta vez fue el turno a Aurora de palidecer y tambalearse, casi como si la hubieran golpeado.

Rankstrail les ordenó a los soldados de Aurora y a algunos de sus hombres que habían acudido entrar de inmediato a la ciudad.

Capítulo 14

Erbrow estaba sentada en el suelo, escondida detrás de una pesada cortina del acostumbrado color rojo oscuro con el que hacían todo en ese lugar. Estaba callada y quieta para que nadie la alejara. Tenía entre los brazos al cachorro que se había dormido y era por él que estaba escondida.

Parzia lo había pescado haciendo pipí en el piso de mármol pintado y había amenazado con amarrarlo en el jardín si no lo sacaba de allí.

La mamá estaba a pocos palmos de ella, justo detrás de la puerta que estaba abierta para que el aire circulara por la habitación semioscura, mientras afuera el sol hacía arder las terrazas y los jardines. El llanto fuerte del primero de los hermanitos se sintió en las habitaciones.

—Son dos, Señora mía —dijo la partera finalmente—. Hay otro.

Erbrow no tenía ninguna duda: el caballito de madera sería para el hermanito que había nacido primero, el que tenía un corazón que siempre había latido fuerte y decidido, el que había hecho resonar su llanto decidido y fuerte por las antiguas salas. El trompo sería para el segundo.

—Este es menos robusto que el otro y mucho más pequeño —dijo la voz preocupada de la partera. No se escuchaba ningún llanto.

El corazón del hermano más pequeño cada vez latía más débil y veloz. Aunque la habían alejado de la habitación, Erbrow sintió un dolor particular que no sabía nombrar, pero que se parecía a cuando había caído al agua antes de comprender que debía pensar que era un pececito. O cuando las Erinias le habían cortado la respiración.

Oyó que la partera ordenó traer dos baldes, uno de agua fría y otro de agua caliente y sintió que muchas personas corrían.

—¿Pero qué hace? —preguntó su mamá—. ¡Así lo ahogarán! ¿Por qué lo mete en agua fría y en agua caliente? ¡Así morirá! ¿Está muerto, cierto? ¿Nació muerto? ¿No llora porque está muerto, verdad?

El hermanito más pequeño tenía miedo, ese miedo específico que se siente cuando no se puede respirar. Es un miedo horrible que puede experimentar también un bebé muy pequeño e inclusive cualquier cosa más pequeña que un bebé pequeño, como una estrella de mar sobre la playa o un pichón de gaviota en el mar.

Finalmente, un llanto apenas perceptible llenó las bóvedas de las antiguas salas.

—¿Vio, Señora? Cuando un recién nacido no llora, se pasa del agua caliente al agua fría y a veces vuelve a respirar... ¡Vio Señora! Los Dioses fueron generosos. Usted salvó a mi niño y yo al suyo... El Capitán vencerá y todos estaremos a salvo...

—Pequeño, pequeño mío —dijo la voz de su mamá—. Ratoncito, pollito. Pequeño gatito. Tuve tanto miedo de que tú también te perdieras en el Reino de la

Muerte. Quizá hayas estado allí, quizá encontraste a tu padre y él te hizo regresar. Serás tú quien lleve su nombre. Te llamarás como tu padre: Yorsh.

—¿Y el otro, Señora, el mayor?

—Arduin —dijo mamá, después de pensarlo un segundo—. Él se llamará Arduin.

Erbrow se echó a reír sola. Estaba contenta. El trompo le agradaría a Yorsh y el caballito le agradaría a Arduin. Los nombres que les habían escogido también les agradarían a los dos. Ahora les agradaba mamá, el olor de mamá. Sintió la felicidad de Yorsh por la respiración que le ensanchaba los pulmones. Sintió la sensación de la leche de mamá en la lengua de los hermanitos y su recuerdo se despertó, porque también ella la había probado.

Quedaba el problema de los otros dos juguetes: la muñeca y la barquita. A ella le gustaban ambas: era como si sintiera que eran suyas de un modo especial. Sin embargo, si se quedaba con ellas, sería injusto: ella tendría dos juguetes y sus hermanitos solo uno.

Erbrow se acercó a la puerta y echó un vistazo. Vio a mamá y las cabecitas de sus hermanitos contra ella. Estaban todos debajo de una cobija blanca que parecía una nube y no era justo que ella no estuviera allí también. Allí abajo todo debía ser suave y tibio, mientras que el resto del día en el resto del mundo era sofocante y áspero. Sintió una cosa extraña que nunca antes había experimentado: una angustia nueva y desconocida: quería estar allí también, pero era como si en ese momento ella fuera menos importante que los hermanitos. No le agradó y escapó.

Erbrow corrió y se sentó afuera en el suelo de la terraza debajo de las glicinias florecidas, detrás de la balaustrada donde se alternaban las columnas de piedra y de mármol. De improviso, un frío extraño invadió el mundo. Era diferente al odio del hombre del odio que era pequeño y sórdido; era algo más grande y profundo. La niña estrechó el cachorro contra ella y levantó los ojos. A través de las columnas grises recubiertas de hiedra, en el jardín del columpio, vio a los Orcos. Estaban casi desnudos: solo llevaban puestos los pantalones y las máscaras de guerra y el agua del río hacía que sus cuerpos brillaran. Eran más de cuantos ella sabía contar. Por suerte no la habían visto aún. Tal vez todavía podía escapar. Erbrow se levantó y empezó a correr a lo largo de la galería. Pronto se dio cuenta de que había cometido un error, pero ya era tarde: debió haberse movido despacio y con cautela. El horrendo y odiado atuendo que llevaba encima debía resaltar entre los verdes y los violetas de la terraza y de los jardines como un pececito rojo de una fuente que fue a parar al mar, donde los peces precisamente son grises para confundirse con el resplandor azul de las olas. Erbrow se chocó contra Parzia, la mujer que había ayudado a mamá a hacer nacer los hermanitos, y la esperanza de salvarse renació.

—¡Ocos! —gritó Erbrow con todo el aliento que le quedaba—. ¡Ocos! —repitió señalando el jardín que quedaba debajo de la terraza.

Los ojos oscuros de Parzia vagaron por el jardín entre las sombras de las glicinias y el balanceo perezoso del columpio; grandes mariposas y pequeñas nubes de mosquitos brillaban bajo el sol del verano.

—Ocos, por mí —susurró la niña, señalándose el pecho.

—¿Orcos por ti? —preguntó la mujer.

Erbrow asintió aliviada: ¡Parzia había comprendido! Ahora haría algo. La mujer se inclinó, la tomó entre sus brazos y le besó la naricita.

—A todos nos sucede, a cada niño o niña, sentir el aguijón de los celos cuando nace un hermanito. ¡Y a ti te nacieron dos! Hagamos un trato tú y yo: yo no le cuento a tu mamá que trataste de llamar la atención haciéndote la tontuela y tú me prometes que nunca más lo volverás a hacer. E invéntate otra historia: en cada palmo de las escarpas hay defensas, así solo sean ciudadanos normales: ningún Orco podría pasar. Ahora tengo que irme —dijo la mujer, que la volvió a poner en el suelo y se fue atareada hacia las habitaciones internas donde estaban los armarios y las escalas de las cocinas.

—Ocos —intentó de nuevo Erbrow con un hilo de voz. Buscó entre su escaso vocabulario la forma de decirle a Parzia que cuando ella había llegado los Orcos simplemente se habían escondido entre las glicinias y el saúco en flor: sentía el odio de ellos con la misma precisión con la que había visto sus cuerpos—. Ocos —repitió obstinada.

Parzia ni siquiera se dio vuelta.

Erbrow corrió por las grandes habitaciones, una tras otra, hasta que llegó a la recámara grande en donde dormían su mamá y los hermanitos debajo de la cobija que parecía una nube. Aunque era la primera vez que los veía, Erbrow los reconoció: Arduin, fuerte y sereno; Yorsh, que acabando de nacer ya había conocido las sombras de la muerte. Dormían. Todos. Mamá tenía un hermanito a cada lado. Lo primero que sintió al verlos fue el deseo terrible de meterse también dentro de la nube, pero luego sintió una terrible indignación porque no se había dispuesto que ella también estuviera allí. Como si no bastara, por fuera de la nube estaban los Orcos. Erbrow trató de llamar a mamá, pero mamá dormía de un modo tan profundo que no se despertó. Los hermanitos debieron haber agotado todas sus virtudes como guerreros contra las Erinias, porque ahora parecían frágiles y no daban la impresión de poder hacer mucho contra los Orcos. Erbrow pensó también en esconderse debajo de la cortina que la había protegido de todos aquellos que querían alejarla, pero eso tampoco estaba bien: cuando los Orcos fueran a buscarla encontrarían la nube y los hermanitos y la mamá dormidos debajo de esta.

No tuvo necesidad de mirar hacia el jardín para saber que los Orcos ya no estaban entre los matorrales, sino que debían estar en la balaustrada: sentía el odio cada vez más cerca. La niña giró y comenzó a correr con todas sus fuerzas: tenía que escapar

de allí lo más deprisa posible para así alejar de la nube, lo máximo que fuera posible, las hachas y los colmillos que cubrían los rostros de ellos.

Erbrow corrió, el corazón le latía tan fuerte que le dolía; llegó a la sala donde, agazapado en una mesa antigua, Jastrin estaba metido entre todos sus pergaminos, los que estaba leyendo y los que debía escribir. El chiquillo levantó la cabeza para mirarla y el terror le deformó la mirada: sin movimientos bruscos, respirando despacio, Jastrin se deslizó por debajo de la mesa. Erbrow comprendió que tenía los Orcos a sus espaldas, pero no se dio vuelta para mirar tanto para no perder ni uno de los pocos y preciosísimos instantes que todavía la separaban de ellos, como para evitar que el horror le paralizara las piernas ya demasiado cortas y le robara el poco aliento que le quedaba. Descendió las escaleras apoyada en el cordón de seda de color carmesí que las bordeaba para asegurarse de no caer, y salió al jardín. Angkeel por fin apareció. Tenía entre las garras una gaviota aún viva que dejó ir y que, así fuera aterrorizada y herida, logró reemprender el vuelo. El águila se posó encima de la cabeza de Erbrow que no se detuvo: detrás de ella un grito laceró el aire cálido de la tarde de verano ya roto por los ruidos de la batalla que llegaban desde la llanura. Al grito lo sucedió el bullicio que hacen los cuerpos semidesnudos, pero dotados de armas, cuando caen uno sobre otro. Erbrow siguió corriendo sin mirar hacia atrás. Al parecer, aquel grito atroz superó inclusive el cansancio de su madre y le interrumpió el sueño.

—¡Largo, dejen a mi hija, largo de aquí, hienas, perros! —gritó terrible la voz de su madre—. ¡Corre, Erbrow, sigue corriendo! —gritó de nuevo—. Yo los detendré. Corre. ¡No te des vuelta!

Erbrow obedeció jadeando. Ahora ya no tenía ninguno detrás. Angkeel los había detenido y le había dado tiempo a su madre de alcanzarlos. Sin embargo, ahora mamá estaba sola con los Orcos.

Sola no. Estaba Angkeel: al juzgar por el sufrimiento en los gritos de los Orcos, también su águila debía ser un buen guerrero. Erbrow siguió corriendo a través del jardín. Quería llorar, pero sabía que mamá no quería.

—¡Aquí estamos nosotros, Señora! —gritaron dos voces—. Ya estamos llegando. Ahora la salvaremos.

Erbrow había llegado a la Gran Puerta que cerraba el jardín. Se detuvo. Si no retomaba el aliento, su corazón se iba a romper como un huevo al caer al piso. Apoyada contra el portón, con el cachorro entre los brazos, que a estas alturas le pesaba como si estuviera hecho de piedra, la niña se dio vuelta. Su madre estaba en la parte alta de las escaleras. Solo llevaba encima la túnica con la que dormía y la espada de papá en la mano. Otra vez había sangre en la espada y Erbrow volvió a preguntarse cómo iban a cocinar allí las tortillas, si es que algún día lograba hacer realidad la hazaña de regresar a su casa en la playa. También en la túnica de mamá

había sangre, y Erbrow sintió un miedo diferente, que no solo era miedo a que los Orcos la apresaran. Era el miedo de que su mamá también se marchara en las alas del dragón. Solamente los dos viejitos que vivían en el palacio habían venido a ayudar a mamá, armados de espadas, pero aun así ninguno de los dos parecía ser un gran guerrero. Uno de los Orcos, por detrás de mamá, levantó el hacha sobre ella y el viejito simpático, el pequeño que caramelizaba las cucarachas para ella y los grillos con miel, se interpuso y logró desviar el golpe, pero su espada se partió y no pudo salvarse cuando el Orco se volteó contra él. Erbrow lo vio caer, mientras su túnica, que siempre estaba un poco manchada de aceite o de miel, se llenaba de sangre. El otro viejito, el largo y delgado que siempre discutía con mamá, se puso en medio con su espada y esto le permitió a mamá alejarse del combate y correr hacia ella.

Mamá no la abrazó como ella hubiera esperado; ni siquiera se inclinó sobre ella. Abrió el pesado pasador y con un esfuerzo tan grande que le arrancó un gemido entreabrió el gigantesco portón.

—¡Fuera de aquí, niña, pronto! —dijo jadeando.

Erbrow salió de la penumbra del jardín a la luz ardiente de la calle.

Su mamá cerró estruendosamente el portón detrás de ella y lo trancó. Erbrow imaginó la mano de mamá, aquella que no apretaba la espada ensangrentada, mientras cerraba el enorme pestillo del monumental portón que ahora las separaba.

—¡Corre! —le gritó mamá del otro lado del portón—. ¡Escapa, vete de aquí!

Erbrow se puso a llorar, pero obedeció. Trató de pedir socorro, pero en la calle solo estaban ella y su sombra pequeña, combada bajo sus pies, bajo el sol del mediodía. Se echó a correr hacia abajo, porque hacia alguna parte tenía que ir y hacia abajo era menos fatigoso que en la otra dirección.

Corrió hasta la curva donde la calle se abría sobre las esarpas, y allí levantó la mirada. El puente levadizo se había bajado y dos caballeros, uno detrás de otro, estaban entrando al galope en la ciudad: reconoció a Aurora sobre un caballo color humo y al hombre que le había regalado el cachorro, detrás de ella, sobre el caballo que había sido de su papá. Más atrás estaban llegando otros caballeros y ese que parecía un perro. Los caballeros entraron y ella oyó el ruido de los cascos de los caballos sobre los adoquines. El ruido se hizo cada vez más fuerte, de tal modo que aun cuando los balcones, las terrazas y los palomares los ocultaban de su vista, ella podía estar segura de que estaban acudiendo. Los dos últimos Orcos que huyeron del jardín escalaron los muros agarrados de las ramas de las glicinias y se desplomaron sobre la calle con un salto ligero y fuerte como el de un gato. Las máscaras de guerra estaban hechas con plumas que se alternaban con colmillos, como los animales de los sueños cuando los sueños son malos.

Erbrow corrió hacia abajo, pero los Orcos la alcanzaron. De nuevo a sus espaldas resonó el grito ronco de Angkeel y de nuevo ella tuvo tiempo de escapar. Los cascos

de los caballos ahora estaban cerca, pero todavía no se veían. Erbrow volteó a mirar. Uno de los dos Orcos intentaba cazar a Angkeel, pero el otro estaba libre y se le abalanzó encima. Erbrow cayó, se rasguñó las rodillas y apretó contra ella el cachorro que gañó. Se acordó de lo que le había dicho el hombre que se lo regaló, el que llamaban Capitán: si un Orco trataba de atraparla, el perrito lo mordería. Erbrow logró ponerse de rodillas y le mostró al Orco el cachorro que gruñó con valor.

Debajo de la máscara de guerra el Orco se rio.

Por fin Aurora y el Capitán aparecieron sobre sus caballos, por fuera de la penumbra de los pasajes subterráneos entre las casas, pero todavía estaban demasiado lejos.

El Orco golpeó al cachorro con la mano libre que no apretaba el hacha y lo estrelló contra el muro donde aterrizó con un gañido desesperado. Erbrow se cayó de nuevo. Sintió un rugido sombrío en la oscuridad: había una reja cerca que cerraba una especie de madriguera.

—¡Rocío! —gritó el Capitán—. ¡Libera la loba! ¡Libérala ahora! ¡Ahora, Rocío!

De repente apareció una señora pequeña, casi tan pequeña como un niño. Tenía un hacha en una mano y de un solo golpe abrió el pesado cerrojo de la jaula. Como un rayo de pelo oscuro, la mamá del cachorro salió a saldar cuentas con el que le había hecho daño a su criatura, pero el Orco era fuerte y estaba armado hasta los dientes. Aurora llegó a la altura de Erbrow: detuvo tan bruscamente el caballo del color de la niebla y del humo que este se encabritó. Aurora saltó a tierra y tomó entre sus brazos a la niña, volvió a subir a su caballo y se dirigió hacia el palacio real. Erbrow se dio vuelta para ver qué sucedía y oyó la voz de la pequeña señora, que era mucho más baja y fuerte de lo que había esperado y que superaba los rugidos, los gritos y el chillido áspero del águila.

—Te dije, Capitán, que era un animal salvaje y que no estaba domada.

—Te dije que lo recordaría —respondió el otro, tomando con la mano que no sangraba el hacha de la vieja señora para acudir también a ayudar al cachorro y al aguilucho.

Finalmente, de la penumbra de los subterráneos, salió sin aliento el padre del perrito y también él, con la lengua afuera, se enfureció contra el que le había hecho daño a su pequeño.

* * *

Aurora volvió a entrar por la puerta grande del palacio. Pasó a caballo por las habitaciones. Jastrin seguía debajo de la mesa con la cabeza entre las manos. El caballo salió a la terraza y allí se encabritó de nuevo. Aurora sacó la espada que era

recta y simple, sin hiedras en el mango y sin ranuras; en ella hubiera sido imposible hacer tortillas. Aurora levantó la espada, pero ya no había nadie a quién combatir: mamá se había encargado de todo. Mamá la hizo hacer una cosa terrible y también dijo una cosa terrible, pero luego, por fin, la tomó entre sus brazos y la llevó a conocer a los hermanitos, y la tuvo entre sus brazos el resto del tiempo hasta que los hermanitos se despertaron, y esto fue en realidad bello. Mamá, además, cantó para ella.

Capítulo 15

Rosalba trancó el cancel detrás de su hija y se dio vuelta para enfrentar a los Orcos. Arriba, en la terraza, el viejo Senescal lograba mantener ocupado a uno con los movimientos perfectos de su impecable esgrima. A los otros los abatió Rosalba, uno tras otro, con la espada de los Reyes de los Elfos que brilló entre sus manos. Angkeel se apartó de la pelea y levantó el vuelo; desapareció del otro lado del muro lleno de glicinias, para ir tras Erbrow y protegerla. Rosalba lo bendijo con toda el alma. En la terraza también apareció Parzia armada con una sartén gigantesca y golpeó valientemente a uno de los Orcos; con ello le dio tiempo a la Reina de recuperar el aliento y enfrentarlo. En el instante en el que cayó, el Senescal logró matar a su contrincante con una estocada tan perfecta que parecía un paso de baile. Un ruido de cascos de caballo resonó y Aurora apareció con la espada empuñada y con Erbrow en brazos. Rosalba también la bendijo a ella y se lo dijo mientras se precipitaba a tomar a la niña entre sus brazos. Estrechó a Erbrow con todas sus fuerzas, pero al darse cuenta de que ya no le quedaban estuvo a punto de perder el equilibrio. Se apoyó en Aurora y también se lo agradeció. Aurora le comunicó que el Capitán se había dado cuenta del ataque: la Princesa le debía a él su salvación. El Capitán se estaba batiendo ahora contra los dos últimos Orcos con la ayuda del águila y del lobo.

En ese momento, con un vuelo fuerte y tranquilo llegó Angkeel y se posó sobre el columpio de plata que se balanceó dulcemente.

—Creo que es una buena señal —comentó Aurora—. El Capitán ya no necesita ayuda.

Un gemido llamó la atención de la soberana.

El Jefe de la Casa de los Reyes aún estaba vivo, pero era evidente que no por mucho tiempo.

Estaba tratando de decir algo.

Rosalba puso de nuevo a Erbrow en los brazos de Aurora, que sonrió, y luego fue a arrodillarse junto al viejo señor. El Senescal hizo lo mismo.

—Gracias —dijo Rosalba—, su valor me salvó la vida —tenía lágrimas en los ojos.

El viejo señor jadeaba, pero todavía podía hablar.

—Señora mía —susurró el hombre—, usted con seguridad se está preguntando por qué sé manejar un arma, yo, que solo he tenido como oficio el cuidar de las cocinas y que no haya telarañas en los techos ni en los rincones...

—Por supuesto —mintió Rosalba—. Me lo estaba preguntando. En realidad me lo estaba preguntando. No he dejado de preguntármelo ni un solo instante.

Con el último aliento, el viejo señor logró sonreír de manera amplia y

complacida.

—Porque, sabe, Señora mía... la mía fue una estirpe de guerreros, pero nosotros, Señora, perdimos el honor. Estamos entre aquellos que huyeron frente a los Orcos cuando Daligar cayó y Sire Arduin tuvo que reconquistarla, y desde entonces se nos prohibió el uso de las armas.

—Comprendo —respondió Rosalba.

Desde que había tomado el mando de la ciudad había visto morir a más de una persona atravesada por las flechas de los Orcos y sabía que nunca olvidaría a ninguna. Muchos eran hombres jóvenes. Muchos tenían niños que ahora debían atravesar la ciudad solos, mientras antes lo hacían de la mano de sus padres. Cuando veía un caballo solo siguiendo a la armada del Capitán después de una misión, siempre lograba recordar la cara del que había sido su caballero: cada vez creía que había endurecido el corazón a tal punto que ya no sufriría más, y cada vez descubría que no era posible. Pero la muerte del Jefe de la Casa de los Reyes le produjo un dolor diferente.

El viejo señor que había encontrado los animales más inverosímiles para transformarlos en platos suntuosos y que trataba de transformar los objetos más increíbles en juguetes para Erbrow había sido algo entre un amigo y el abuelo que ni ella ni su hija habían tenido.

—Ahora el honor de su estirpe ha sido restaurado —añadió Rosalba—. Yo daré testimonio de su valor...

—Sabe, Señora mía —dijo el viejo señor—, ahora que soy digno de nuevo, me doy cuenta de que, más que mi honor de guerrero, lo que cuenta es el honor de haberle preparado de comer... una mesa puesta... una olla... un asado... son el honor del mundo..., Sabe, yo no tuve hijos... fue como si usted... si su niña...

El viejo señor no logró terminar la frase.

—Usted salvó mi vida —volvió a decir Rosalba.

El viejo señor murió. Rosalba le cerró los ojos.

—Dago —dijo Erbrow, en voz baja, con dulzura—. Papá, dago.

—Señora, perdone —sollozó Parzia—. La niña me advirtió sobre los Orcos... yo no le creí.

—Todos nos equivocamos —respondió Rosalba a media voz, sacudiendo la cabeza—. Ayer la hubiera hecho ajusticiar. Ahora comienzo a entender que todos nos equivocamos. Por orden mía la Ciudadela y la ciudad misma quedaron indefensas. Amenacé, insulté y ofendí a los dos guerreros que estaban más dispuestos que nadie a combatir por mí y por mis hijos y, a fuerza de gritos, insultos y órdenes equivocadas, hice que mis hijos casi quedaran sin protección. Debemos estar todos, y yo en primer lugar, más atentos y mejorar... aprender a escuchar lo que los demás nos dicen, lo que nos advierten, aunque nos parezca que los únicos capaces de entender somos

nosotros...

Rosalba se puso de pie. Se encontró cara a cara con el Senescal que a su vez, con altiva vergüenza, intentaba contener las lágrimas.

—También usted me salvó la vida —reconoció perpleja—, a riesgo de la suya.

El Senescal salió pronto de su conmoción y la miró: el estupor de ella le producía desdén y sorpresa. Levantó las cejas con una expresión entre arrogante e indulgente que Rosalba detestaba con toda el alma.

—Señora —preguntó—. ¿Por qué motivo el hecho indudable de que yo la considere un soberano por debajo de todo decoro la ha hecho pensar que yo no estaría dispuesto a morir por usted?

Era una pregunta sorprendente. Rosalba trató de rastrear en todo el razonamiento un hilo de pensamiento coherente y descubrió que, en efecto, si buscaba con mucho cuidado, tenía algo de sentido.

—Señora —agregó el Senescal y subrayó las palabras con un leve movimiento del brazo que hizo centellear el borde dorado de sus largas mangas de brocado y terciopelo—, decir que usted es un Rey de modales descuidados y que su cortesía se parece a la de un tejo cruzado con una ardilla montañesa es un eufemismo, pero usted es el Rey. Quien asume el mando de la guerra contra los Orcos es el Rey, y por los Reyes se combate y se muere.

—¿Por qué no se marchó con el resto de la corte? —preguntó finalmente Rosalba.

—¿Con los Orcos encima? ¡Señora! —dijo el Senescal cada vez más escandalizado—. ¡Era necesario que alguien se quedara en el palacio cuando losuviéramos enfrente! No es que yo me haya quedado a defender la ciudad: nunca he creído ser capaz de ello. Sólo me quedé a morir con ella. No quería que Daligar muriera sola. Es una ciudad que con frecuencia y durante mucho tiempo ha perdido su dignidad, pero ninguna ciudad se deja morir sola, sin que haya alguien en el palacio de los Reyes para recibir a los verdugos.

Rosalba asintió.

—Creo haberlo subestimado —dijo por último.

—¿Eso significa que aprenderá a usar los cubiertos?

—No, pero quizá no impediré que se los enseñe a usar a mi hija.

El viejo señor se inclinó.

En ese momento llegó el Capitán, sin aliento, apeado, cubierto de fango y sangre, con una mano herida y un hacha ensangrentada en la otra. Lo seguía un lobo completamente sin aliento que se arrastró hasta lo que quedaba del laguito, trató de beber algo y se desplomó en el pantano.

—A ese hay que mirarlo dos veces para distinguirlo de los Orcos que combate —observó Parzia en voz baja.

—Algunas veces hasta tres —confirmó el Senescal, también en voz baja.

El Capitán se apoyó en el muro y también recobró el aliento. Escuchó a Rosalba que le agradecía y se excusaba por haber...

—Todos nos equivocamos —masculló avergonzado, sin darle tiempo de terminar la frase. No sonrió.

Se acercó a Aurora para volver a entregarle el cachorro a Erbrow y se alejó de inmediato.

Rosalba también le preguntó cómo se había herido la mano. El Capitán se movió hacia la parte de la terraza que estaba a la sombra quizá para evitar el calor. En la sombra el fango de su coraza se notó menos, mientras que la plata que respunteaba la casaca de Aurora y el oro incrustado en el brocado del atuendo del Senescal destellaban bajo el sol del verano.

El Capitán se apoyó en el muro y explicó que su espada se había despedazado en el combate y que, como era una espada de Orco en la que la hoja continúa en la empuñadura, al romperse lo había herido. Tenía que explicar que combatía con una espada de Orco, pesada pero de una buena aleación, porque la anterior, más liviana, se había hecho añicos en la batalla de Varil y la que había usado para liberar a Varil reemplazaba otra que a su vez se había roto en algún lugar de las Montañas del Sur, ahora no recordaba dónde. El Senescal declaró que aún quedaba una de las espadas de los Reyes, la de Carolo Sexto, si no se equivocaba; fue por ella mientras el Capitán recuperaba el aliento y, de forma pomposa, se la entregó. Era una espada con una empuñadura tan cargada de arabescos y gemas que era fastidioso asirla, pero al menos la aleación parecía buena.

El Capitán, lo suficientemente recuperado, informó que la ciudad estaba de nuevo segura, pues el puente y las catapultas habían sido quemados. Se habían apoderado de la impedimenta. Si la soberana estaba de acuerdo, daría la orden de hacer entregar una mitad para almacenar en los sótanos del palacio y la otra mitad, con el permiso de la soberana, se la distribuirían directamente a la población el Mercenario Lisentrail y sus hombres, en la plaza central.

Rosalba estuvo de acuerdo.

—Todos nos equivocamos —repitió a su vez, pensativa.

Luego preguntó si alguien había comprendido por dónde habían entrado los Orcos. Así fuera solo por ciudadanos normales y no por soldados, las escarpas estaban vigiladas.

La pregunta se quedó sin respuesta.

—Señora —dijo el Senescal—, hace pocas horas tuvo dos bebés, ¿no debería acostarse?

Parzia estuvo de acuerdo con entusiasmo. Todos aprobaron la idea.

En efecto, Rosalba se dio cuenta de que ya no podría mantenerse en pie por mucho tiempo. Dio la orden de decapitar a los Orcos muertos y de poner las cabezas

sobre las escarpas, de modo que el que los hubiera enviado supiera qué fin habían tenido los que querían raptar a su hija.

Después, por último, tomó a Erbrow en brazos y la llevó junto a sus hermanitos. Rehusó la ayuda de Parzia: quería quedarse sola con sus hijos, sobre todo ahora después de que el miedo de perderlos la había dejado deshecha.

Pasó frente a Jastrin que todavía estaba acurrucado debajo de la mesa, llorando. El chiquillo sollozaba tanto por el miedo como por la vergüenza: Rosalba había arriesgado la vida para salvarlo a él, y él no le había correspondido. Rosalba se echó a reír y le agradeció al Cielo que al menos él se hubiera quedado por fuera de la pelea para no preocuparla más, pero esto no consoló al chiquillo.

Llegó a su gran habitación donde el día se filtraba oblicuo sobre la frescura de las enormes paredes: un grupito de moscas zumbaba siempre en el mismo puño de luz, detrás de un rayo de sol.

Rosalba puso a Erbrow en la cama junto a sus hermanitos.

—¿Te gustan? —le preguntó.

La niña asintió.

Rosalba se quitó la túnica sucia de fango y sangre y la reemplazó con una limpia que el Jefe de la Casa de los Reyes acababa de hacer confeccionar para ella, y al pasar los dedos sobre el lino bordado lo recordó. Le quitó a Erbrow el vestido de color carmín, increíblemente sucio, y le volvió a poner su amado delantal azul con los bolsillos para guardar los juguetes. Erbrow sonrió feliz. Luego se acostó con su hija entre los brazos, y la estrechó contra ella, la abrazó y la acarició durante un buen tiempo, porque el horror de haber corrido el riesgo de perderla era tan grande como la felicidad absoluta de que aquello no hubiera sucedido.

Cuando el calor disminuyó y la noche comenzó a caer, Rosalba se levantó con Erbrow en los brazos y se dirigió a la terraza más alta del palacio; no la que daba sobre el jardín, sino la que dominaba la ciudad de Daligar. Se sentó en una gran banca de piedra y se quedó allí.

Las chimeneas que desde hacía días habían estado vacías iban cobrando vida una tras otra.

Diminutos hilos de humo, leves como las alas de un ángel, se levantaban uno tras otro para entregar sus silenciosos mensajes de cebolla sofrita, sopa de verduras, suntuosos asados donde a las ratas, ranas y gaviotas se habían añadido pollos y pedazos de cerdo.

Diminutos hilos de humo, leves como las alas de un ángel, comenzaron a perseguirse entre los techos y las nubes, para fluir en una niebla sutil sobre la ciudad que había roto el asedio y que no tenía más hambre, ni más miedo.

No los tendría más. Nunca más.

Rosalba lo juró. Hasta que tuviera vida defendería a Daligar, a su gente:

defendería su coraje y su miedo, la astucia mezquina, la burda estupidez, la astuta sabiduría, la brillante agudeza con la que, fraude tras fraude, catástrofe tras catástrofe, dolor tras dolor, ellos habían salvado su vida y la de sus hijos. Rosalba sabía que el odio la había endurecido; que el miedo la había hecho mala; que la desesperación le había secado quizá para siempre la fuente de su dulzura y de su cortesía y, lo que era peor, había hecho que su justicia fuera falaz. Pero sabía combatir y sabía guiar a los hombres en la guerra. Aprendería a hacerlo también en la paz.

Desde una ventana salió el canto de una mujer. Rosalba reconoció una nana que le cantaba su madre y que había olvidado. Era una historia graciosa. Hablaba de un avispon que trata de convencer a una luciérnaga para que le sirviera de linterna. Pensó que quizá a Erbrow le gustaría.

Robi trató de entonarla con su voz destemplada. Erbrow la miró feliz y extasiada. Batió las manos de gozo.

Robi nunca le había cantado a su hija: sabía que no lo hacía muy bien y además las únicas canciones completas que se sabía eran las de alabanza al Juez Administrador que se remontaban a su estadía en la Casa de los Huérfanos.

Yorsh era el que cantaba para Erbrow con su magnífica voz y con su infinito repertorio de cantos álficos que hablaban del viento y de las estrellas. Como no recordaba el resto de la estrofa Robi se interrumpió: Erbrow se disgustó, le angustiaba que ella pudiera detenerse. Desde que su padre había muerto nadie le había vuelto a cantar nada.

Robi volvió a empezar. Al son de la voz de la otra madre reconstruyó toda la historia: el avispon encuentra a la luciérnaga y le pide que le sirva de linterna; pero ella no quiere. Entonces, para convencerla, él le dice que como ella es tan hermosa le llevará el néctar de todas las flores de los almendros de la región. La pequeña luciérnaga, que es una tontuela, cae, porque en realidad estaban en verano cuando las luciérnagas llenan los prados, y los almendros hacía mucho tiempo que habían florecido. Erbrow reía como una loca. Unió su voz a la de Robi, alegre y desentonada, y luego se durmió.

Robi se quedó en la terraza, con la niña dormida entre sus brazos.

El asedio estaba roto, la ciudad ya no tenía hambre.

Los Orcos, así fuera por un solo día, habían sido repelidos.

Dos niños vivos y sanos se habían sumado a Erbrow para que la estirpe de Yorsh continuara.

Se había acordado de la canción del avispon.

A juzgar por el aroma, en las cocinas del palacio habían asado de nuevo un murciélago, a menos que esta vez en realidad fuera un conejo. No estaría el Jefe de la Casa de los Reyes para dirigir la cocción y Rosalba permitió que la dulzura de la añoranza y de la nostalgia invadiera su pensamiento. Ella también se permitió dormir,

pero un llanto de recién nacido la despertó y ella se dispuso a ocuparse de sus hijos.

Capítulo 16

Al día siguiente el amanecer estaba velado. Grandes nubes encerraban una esperanza de lluvia.

Aurora se dirigió hacia el borde de la galería donde comenzaban las escaleras de piedra que descendían al patio. Abajo, junto a la fuente, estaban Rankstrail y Lisentrail. Arriba en la terraza, junto a una pared recubierta de hiedra jugaban Erbrow y su cachorro, ruidosos y como si nada hubiera sucedido. Los movimientos de Erbrow eran bruscos como los de cualquier niño pequeño; compartía la gracia torpe del cachorro de lobo.

Aurora se puso a jugar también con el cachorro. Lo acariciaba, le daba vueltas y lo empujaba hacia atrás para después recibirlo cuando este volvía corriendo. El lobito tenía garras y colmillos diminutos pero afilados, y le dejó a Aurora un rasguño sutil en la muñeca que sangró levemente. Erbrow arrugó la frente.

—Daño —dijo indicando la gotita de sangre que caía.

Aurora miró a la niña a los ojos: tenía la misma mirada del padre, los mismos ojos azules.

Vio a Yorsh solo una vez en la vida mientras atravesaba el jardín del palacio seguido por la mitad de los soldados del Condado. Ella también conocía la profecía y no tuvo la menor duda de que el que estaba ante su vista era el último de los Elfos y el más poderoso: le dio miedo de que pudiera enamorarse de ella.

Hubiera sido posible y una vez que hubiera sucedido hubiera sido definitivo porque los Elfos se enamoran muy jóvenes y para siempre.

Además hubiera sido catastrófico, porque un amor no correspondido, así sea el dolor más puro del alma, de todos modos la corroe y le hubiera restado fuerzas al último heredero de la estirpe de los héroes álficos. El corazón de Aurora para ese entonces ya tenía dueño: fue así que se comportó de una manera tan insulsa como despreciable e hizo llorar a la hija de una de las damas de compañía, una niña más pequeña que ella y la única criatura que a veces venía a romper el frío de su soledad. En el momento del encuentro con Yorsh, Aurora temía ser ella la elegida que la profecía señalaba: en realidad, ya Yorsh había encontrado a la heredera de Arduin a la que estaba destinado. Como todos los Elfos, se enamoró siendo muy joven y para siempre.

—No daño —dijo la niña y puso sobre el rasguño la punta del dedo índice.

Aurora vio que la herida se sanaba. Y no solo eso: tuvo una sensación extraña mientras la niña la tocaba. No solo se había sanado; era además como si su cabeza hubiera comprendido el camino que debía seguir.

Miró de nuevo los ojos azules de Erbrow, la tomó entre sus brazos y la levantó. Tener entre sus brazos a la hija del último de los héroes álficos la conmovía. Era

como volver a ver a su madre, era como si aquel que debía haber sido su pueblo, ahora casi destruido, aún pudiera existir.

—¿Sabes?, mi madre pertenecía al mismo pueblo que su padre —le susurró.

La niña se rio.

Aurora sintió con alegría la tibieza de Erbrow contra ella, los rizos oscuros contra su cara. A sus pies, el cachorro abandonado a una repentina soledad se pegó del dobladillo del vestido de Aurora y lo haló, pero después empezó a perseguir a una lagartija.

Erbrow estaba exactamente a la altura de una hornacina profunda que albergaba un candelabro con una vela gruesa.

Se quedó mirándola feliz. Miró alrededor para asegurarse de que su mamá no estuviera a la vista. Luego puso el dedo sobre el pabilo e hizo brotar una alegre llamita. Debía ser algo placentero y divertido porque estalló a reír de corazón. Por último, dio otra ojeada preocupada alrededor y pasó la manito sobre la llama y la apagó.

—No daño —dijo decidida mientras alargaba los brazos y arrugaba la frente.

Aurora comprendió que la niña era perfectamente capaz de encender y apagar una vela sin hacerse daño y sin hacérselo a los demás, pero, como toda madre, también la suya debió haberle prohibido jugar con fuego.

Alargó la mano hasta tocar el pabilo. Ella también hizo aparecer la llama y luego la apagó: bastó con tocar a Erbrow para aprenderlo. Sintió primero la frescura y luego el calor detrás de la frente, como una especie de cosquilleo. Ciertamente era placentero y divertido. Para un fuego mayor el esfuerzo debía ser insoportable hasta transformarse en sufrimiento, pero para una llamita tan pequeña era... ciertamente... una especie de cosquilleo. Erbrow rio. Aurora la apretó todavía más y luego se inclinó para bajarla. La lagartija, herida, ensangrentada y con una pata casi despegada, yacía a los pies del cachorro. Aurora logró tomarla entre sus manos y la sostuvo, mientras sentía la pata repararse y el pequeño corazón recuperarse. Emitió un gemido.

—¡Esto no hace reír! —dijo palideciendo por el esfuerzo.

Erbrow asintió largo rato, convencida.

La lagartija estaba de nuevo en forma. Aurora la dejó ir. Se levantó y saludó con una reverencia profunda y pomposa a Erbrow quien se la correspondió de una forma igualmente exagerada. Entonces se encaminó a lo largo de las escaleras hacia el patio.

—Esa niña tiene los poderes del último de los Elfos, la sangre de Arduin corre por sus venas y lleva el nombre del último de los dragones —les dijo Aurora a Rankstrail y a Lisentrail, mientras señalaba a Erbrow, conmovida.

Lisentrail estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el pozo, disfrutando del aire de la tarde y del hecho de estar aún con vida, algo por lo cual

hasta hacía muy poco tiempo no hubiera apostado nada y no precisamente por su carencia crónica de bienes para apostar.

—Sí —masculló menos entusiasmado y menos conmovido—. Si la mezcla también incluye el carácter de la madre, denle mis cumplidos al que la tome por esposa, porque con certeza tendrá el coraje de un león.

Capítulo 17

Rankstrail masculló un comentario en forma vaga y confusa. Estaba en la fuente tratando de curarse la mano herida. Ya no sangraba, pero estaba sucia y los bordes estaban inflamados y enrojecidos.

—Permita que me ocupe de eso, Señor mío —dijo Aurora acercándose.

Rankstrail se sobresaltó. Se sentía en exceso incómodo cuando Aurora lo llamaba «Señor mío». Además, dado que no era ni su comandante ni su Rey, lo encontraba escarnecedor, por decir poco. Hubiera podido prescindir gustoso de esas grandiosas y vacías manifestaciones de deferencia.

—Gracias, Señora mía —comenzó arrogante y polémico—, no es necesario. Llevo años curando mis heridas y aunque no lo haga a su altura, sin embargo hasta ahora sigo con vida...

No logró terminar la frase. Aurora estaba junto a él y tomó la mano herida entre las suyas.

—Se lo ruego —dijo y se la examinó—. Creo que tengo cualidades como curandera, o al menos eso desearía —añadió con una leve sonrisa.

Rankstrail se sobresaltó como si se hubiera quemado. Hizo un esfuerzo por no hacer un gesto demasiado brusco para retirar el brazo.

No quería que lo curara. No quería que lo tocara. Ni siquiera quería ser su comandante o su Rey. Lo único que quería era mantenerla alejada de los Orcos, de todos. Lo único que quería era mantenerla por fuera del campo de batalla y que lo dejara en paz.

Miró con irritación y vergüenza su mano enorme y oscura entre las manos sutiles y pálidas de Aurora y deseó ferozmente retirarla.

Ella se dio cuenta.

—Le aseguro que ya casi termino —prometió.

Le había limpiado la tierra de la herida y ahora la estaba envolviendo con una bufanda de lino blanco que llevaba al cuello, a falta de más telas limpias disponibles.

—Estoy segura de que el dolor ya desapareció —dijo. De nuevo esbozó una sonrisa, aunque parecía repentinamente cansada. Aurora rara vez sonreía, pero cuando lo hacía sus ojos cobraban un verde más intenso, casi centelleante.

El dolor había desaparecido. El constatarlo no disminuyó la exasperación de Rankstrail.

—Antes tampoco era un gran sufrimiento —refunfuñó resentido, mientras fulminaba a Lisentrail con la mirada para que no se le ocurriera decir alguna idiotez.

Lisentrail mantuvo la boca cerrada y Aurora finalmente se alejó. Rankstrail se masajó la mano vendada. Ya podría sostener una espada de nuevo.

En el patio apareció de repente un grupo de chiquillos bulliciosos. Tenían pedazos

de madera que hacían las veces de espadas y arcos. Las seis niñas estaban divididas con precisión entre las que jugaban a hacer el papel de la Reina Bruja y las que por el contrario representaban el de Aurora. Cada uno de los cinco niños jugaba a ser Rankstrail.

El problema no era solo que ninguno quería hacer las veces de Orco, sino que ninguno quería ser un guerrero diferente al Capitán.

Una de las niñas que se había proclamado Reina Bruja se subió a una piedra y declaró:

—No soy más que una frágil mujer, pero tengo el estómago de un Rey.

Los otros la aclamaron.

—Esa nos la perdimos: debió haberlo dicho antes de que nosotros llegáramos —comentó Lisentrail—. Por suerte yo no estaba, porque no me hubiera podido aguantar la risa.

Rankstrail gruñó algo en respuesta.

Cuando se dieron cuenta de que los dos hombres estaban en el patio, los niños salieron en estampida entre risas.

El menos tímido se quedó y se atrevió a acercarse al pozo.

—Permita, Señor mío, que me atreva a molestarlo. Perdone. Yo quisiera saber, si esto no es demasiada molestia, cómo se llama su caballo, Señor mío, excuse, si me lo permite, si no es molestia —le preguntó a Rankstrail sin respirar, rojo hasta las orejas.

—Se llama Garrapata —repuso hosco el Capitán.

—¿Significa algo magnífico en otra lengua, cierto? —preguntó el muchacho.

Rankstrail optó por bajar la vista: el niño lo miraba con admiración. Casi temblaba de la emoción al hablarle. Era pequeño y delgado, el cabello oscuro le caía en la cara.

Lisentrail fue quien le respondió.

—Claro —dijo con dulzura—, quiere decir «el Magnífico» en lengua antigua. Sabes, en la lengua que había antes de los Elfos.

—¿La lengua de la primera dinastía rúnica? —se cercioró el chiquillo.

—Esa misma —dijo Lisentrail con seguridad. Luego se encogió de hombros para responder a la mirada del Capitán.

—Saben, es para los anales —anunció el chiquillo.

—¿Cuáles anales?

—Los de la ciudad, Señor. Mi familia es una familia de escribanos. Mi padre era escribano, su padre también al igual que el padre de su padre y yo también seré uno. Mi abuelo tuvo que escapar con los pies mutilados por el verdugo, pero ahora está la Reina Bruja y eso ya no volverá a suceder. Sabe, Señor —continuó ruborizado de orgullo—, yo sé escribir. Nosotros somos los que escribimos lo que sucedió para que todos lo sepan. A mí me corresponderá escribir sobre el Capitán Rankstrail con su

armadura brillante y su caballo Magnífico para que en los siglos venideros las generaciones futuras lo conozcan. También escribiré sobre usted, Señor, y describiré el ataque contra las catapultas de los Orcos. En los siglos venideros, las generaciones futuras conocerán nuestra historia y la usarán para recuperar el coraje cuando también les llegue el turno de ser asediados o de ser derrotados.

—¡Qué conmovedor! —respondió Lisentrail e insinuó un gesto con la cabeza—. Me llamo Lisentrail. Mi caballo se llama Coladeoro, si puede ser de interés. Y también mi armadura centelleaba.

El chico se alejó corriendo, feliz. Todavía corría cuando lo alcanzó la voz del Capitán:

—Fue tu abuelo quien me enseñó a escribir.

El chico se dio vuelta y lo miró estupefacto: abrió los ojos de par en par y se cubrió la boca con las manos.

—Fue tu abuelo quien me enseñó a escribir —repitió Rankstrail—. Te le pareces. El Escribano Loco. Nunca supe su nombre.

—Primero, Señor mío, se llamaba Primero, como yo.

—Hermoso y gran nombre —comentó el Capitán. No se le ocurrió otra cosa. Cuando pensó que podría repetirle al chico las palabras de su abuelo, el escribano y el caballero, el que narra las injusticias y el que las combate, son los dos oficios más nobles— el otro ya se había ido corriendo.

—¿Tu caballo no se llamaba Colaentorchada? —le preguntó a Lisentrail para decir algo y deshacer el nudo de emoción que le cerraba la garganta.

—De todos modos dentro de cien años no lo sabrán. Es necesario que aprenda a leer. Si no me voy a perder el anuario y no sabré cuánto brillábamos en aquella llanura. Quizá también debemos decirle de quién somos hijos para que lo anote: Lisentrail hijo de Giartrail o Partrail o cualquier otro; igual dentro de cien años nadie sabrá que me llaman Lisentrail el de los muchos padres.

—Ya le dimos el nombre de los caballos. Como fanfarronada es suficiente.

—No eran fanfarronadas.

—Coladeoro y Garrapata el Magnífico. ¿Y dónde tenemos las armaduras que brillaban?

—Por dentro, Capitán, las tenemos por dentro. Y tanto como tenerlas, las teníamos. Los tendones de buey que sostienen nuestras armaduras son de los Orcos, pero la sangre que estas tienen encima es la nuestra y esa brilla bajo el sol. Y cualquier caballo que conduzca a su caballero a la victoria es magnífico. ¿Quién sabe quién era Arduin en realidad? —se preguntó Lisentrail, que en su silenciosa alegría por estar aún vivo comenzó a filosofar mientras las primeras estrellas brillaban y las últimas golondrinas, salvadas de la crueldad de los Orcos y de los miserables espetones de los Hombres, volaban—. Nunca lo había pensado. A lo mejor era un

andrajoso como nosotros con la coraza sostenida con tendones de buey y en los anales, a fuerza de mejorarlo, se convirtió en el Rey centelleante que brillaba como un candil. Ey, Capitán, ¿te has dado cuenta de que en toda la ciudad no hay ni una sola estatua de Arduin? Seguro él también era un andrajoso de la caballería ligera; por eso no existe una estatua. Ni siquiera podemos saber qué aspecto tenía.

Rankstrail se encogió de hombros. Pocas cosas podían importarle menos que el verdadero aspecto de Arduin.

Se quedó un largo rato sentado en el pozo en silencio.

Lisentrail sacó de la alforja media hogaza de pan que le había sobrado de las que habían distribuido las comadres la noche anterior a la batalla. Tenía también un pedazo de ajo y un poco de sal. Lo compartió fraternalmente con el Capitán.

—Si tuviéramos también un poco de aceite, sería mucho mejor, pero aun así...

Rankstrail estuvo de acuerdo. Comieron despacio para hacerlo durar más.

Aunque no tenía dolor, dejó la mano herida puesta sobre la sana un buen rato, y tomó todas las precauciones posibles para no ensuciar el vendaje de lino, preocupación que nunca hubiera soñado tener con ninguno de los vendajes de ninguna de las heridas que había sufrido.

La tarde cayó.

El frío se levantó.

Rankstrail se encaminó hacia los aposentos de la soberana a pedirle instrucciones para sus hombres.

Capítulo 18

Rosalba estaba sentada en la balaustrada exterior de la Galería de los Reyes en una esquina al frente del gran trono de piedra; el espacio era casi una sala. La noche estaba fresca, pero la debilidad la hacía sentir frío; la capa la resguardaba y la acogía como un nido.

Rankstrail llegó y con una leve reverencia le preguntó qué debía hacer con la caballería ligera. Ahora que la guerra no era tan desesperada, se podía considerar la idea de permitirles a los hombres tener una familia y estar cerca de ella. La pertenencia a la caballería debería convertirse en un oficio decente y respetado, por fuera de la miseria y el deshonor. Una vez hecho esto, sin perder demasiado tiempo, era necesario encontrar los medios para empujar a los Orcos más allá de las colinas. Robi estuvo de acuerdo: era una idea razonable. O mejor aún, añadió, la palabra «razonable» no era suficiente.

—La idea es «sacrosanta» —sonrió—. Haré revocar de inmediato la antigua y malvada ordenanza que prohíbe el matrimonio de los Mercenarios, y es más: haré abolir la misma palabra «Mercenario». «Soldado» me agrada más.

La llegada de Aurora interrumpió la conversación.

Llegó, saludó y sin interesarse en lo que ellos se estaban diciendo, se aclaró la voz y comenzó a hablar con el tono ansioso del que ha preparado un discurso difícil.

—Ese era el trono de Arduin —dijo y señaló el trono de piedra que dominaba la sala.

Rosalba asintió con un mesurado y educado desinterés sin apartar los ojos del horizonte donde la última nieve de las montañas resplandecía a la luz de la media luna de la noche clara. No quería parecer descortés, pero tampoco quería demostrar ni siquiera un vago interés por temor a que la otra la ilustrara, pieza por pieza, sobre todos los muebles de la residencia.

—No es un trono de madera tallada y oro ni algo por el estilo: es de piedra —insistió Aurora.

Rosalba asintió de nuevo. Quizá había demostrado demasiada cortesía y un desinterés insuficiente.

—Se trata de un trono grande —retomó ella.

Al igual que Jastrin, Aurora era una persona tenaz. Una vez que encontraba un tema de conversación era difícil que soltara la presa. Rosalba asintió de nuevo, cada vez menos alentadora.

—Arduin también era muy robusto. Y estaba acostumbrado a sentarse sobre la piedra —continuó Aurora.

Rosalba le añadió un palmo de estatura y algunas libras de peso a la imagen que tenía de Arduin, el Rey Brujo, vestido luminosamente de blanco, con un bastón

brillante en la mano.

Era imposible detener a Aurora. A su lado Jastrin era un diletante.

Rosalba trasladó los ojos del horizonte hacia su rostro y asintió por un segundo. Luego posó de nuevo la mirada en las montañas, deseando que la conversación hubiera concluido.

Aurora se movió hacia la galería donde los antiguos Reyes de piedra descollaban en una hilera dispareja.

—Este era Carolo el Conciliador —dijo señalando el primero, y luego pasó al segundo, un tal Bertrhando sin más especificaciones, mientras que el tercero, Carolo Segundo, nieto del primero, había sido llamado el Breve porque solo había reinado durante dos meses, mejor aun que Carolo Tercero, el quinto de la fila, llamado el Brevísimo, porque su reinado solo había durado seis días a causa de una caída mortal desde un caballo, si es que no había sido una conspiración camuflada.

Rosalba se preguntó qué mal habría hecho. Quizá en una vida anterior... Se estremeció de horror al lanzarle una ojeada a la hilera infinita de los soberanos de piedra. Si Aurora tenía la intención de hacerle la lista de la vida, muerte y milagros de toda la comitiva, terminaría más allá del amanecer. Volvió a dudar de que no fuera un complot: Aurora había decidido eliminarla aburriéndola a muerte. Por suerte, Aurora se detuvo en Carolo Tercero. Señaló la serie de Reyes.

—Entre estos Reyes nunca ha estado Arduin —dijo—. ¡Están todos, incluso los que reinaron durante pocos días y no hicieron nada excepto dejar el recuerdo de sus nombres, y falta Arduin, el Salvador, Arduin el Justo, el Señor de la Luz, el único y verdadero Rey después de la caída de los Elfos!

—¡No me digas! —exclamó finalmente Rosalba.

Tenía la impresión de que los límites de su cortesía ya habían sido superados en exceso. Le echó una mirada a Rankstrail, quien por el contrario tenía los ojos fijos en el rostro de Aurora. Ni por un segundo se los quitaba de encima, apenas se atrevía a respirar.

—No hay esculturas de Arduin —insistió Aurora—. No hay imágenes de ningún tipo. Él no quería que... no quería... falsos y... no era posible que su imagen fuera reproducida.

Rankstrail parecía de piedra, su inmovilidad era total.

—A lo mejor era tímido —observó Rosalba, exasperada por aquella conversación, con la vaga esperanza de concluir—. La hija del molinero de la aldea de Arstrid se moría de vergüenza solo con que alguien le dirigiera la palabra. A Arduin le debía molestar ser representado en una estatua o alguna cosa por el estilo: era un poco tímido. O más bien era reservado y, ¿cómo se dice? ¡Modesto! Era reservado y modesto.

Se hizo un largo silencio. Rosalba se alegró. Quizá la conversación había

concluido. Ahora se iría a dormir. Podría cerrar los ojos y dormir.

—No, no, el hecho es que... Él no era... no pertenecía a la humanidad; no, si entendemos humanidad en el sentido estricto de la palabra... —agregó Aurora en un susurro, casi silbando.

Rosalba salió de su aburrimiento de inmediato. Abrió la boca de par en par. El corazón le dio un brinco.

—¡De veras! —exclamó con gran entusiasmo—. ¡Estaba segura! —dijo triunfante—. ¡Siempre estuve segura de ello! —repitió parándose de un salto—. Arduin también era un Medio-Elfo. Como mis hijos. ¡Como mis hijos! ¡Siempre estuve segura de ello!

El entusiasmo la había transfigurado.

Rankstrail estaba inmóvil como si estuviera embalsamado. Rosalba se preguntó si acaso padecía algún mal. Después se acercó a la balaustrada de piedra y respiró feliz el aire frío de la noche. Cuando se giró hacia Aurora y Rankstrail, una sonrisa le iluminaba la mirada. Era la primera sonrisa que aparecía en su rostro desde tiempos inmemorables.

Aurora se quedó en silencio, y luego prosiguió en voz baja y lenta.

—Arduin no era un Medio-Elfo —explicó casi en un susurro.

—¡Pero acaba de decir que no era completamente humano! —replicó la Reina, molesta. Consideraba detestable esa manera de decir y no decir las cosas, de dejar las explicaciones siempre a medias; le parecía que esto tenía como único objetivo que ella, Rosalba, hiciera el eterno papel de imbécil.

—Dije que no era completamente humano; no que fuera un Medio-Elfo —aclaró Aurora con dificultad.

—¿Y con quién compartía la otra mitad de su sangre, entonces? ¿Con una gallina?

—Arduin era uno de ellos —respondió la otra—. Era un Orco Mong-hahul. Por eso los derrotó y los hizo pedazos —Aurora hizo una pausa—. Él sabía cómo combatirlos. Él sabía cómo golpear. Como todos los Orcos, nunca le temió a nada. Casi no sentía el dolor. La muerte le era indiferente. Ni siquiera el jefe de todos los Demonios en persona, ascendido desde lo más profundo de los Infiernos, hubiera logrado impresionarlo. Nunca fue derrotado por nada ni nadie. Fue el más grande caudillo que el Mundo de los Hombres jamás haya tenido, después de los Reyes Elfos. Solo, desesperado, visionario e invencible. Su furia era incontenible y podía ser atroz. Cuando los Orcos Targh-hail masacraron a las familias de los campesinos en las colinas y por poco destrozan las defensas de la ciudad, Arduin no le perdonó la vida a ninguno. Al final del contraataque la llanura, desde aquí hasta las Montañas Oscuras, estaba completamente ocupada de alabardas con cabezas amputadas. Durante meses y meses no solo los buitres, sino también las gaviotas se dieron un

banquete con lo que quedaba de las caras de los Targh-hail. Fue por esto que las gaviotas se trasladaron a lo largo del Dogon hasta Daligar. Hasta ese momento solo vivían en el mar. Durante meses y meses en Daligar solo los buitres y las gaviotas comieron porque en la llanura, invadida por las cabezas amputadas de los enemigos izadas sobre lanzas, nada era cultivable, nadie osaba tocarlas antes de que Arduin diera la orden y él nunca la dio.

Aurora calló. Rosalba no podía ni encontrar la voz, o quizá la voz estaba y eran las palabras las que no encontraba. Le faltó el aire; después de un segundo tuvo la impresión de que también se le había agotado la sangre en las venas y vaciló. Por fortuna, Rankstrail, que de golpe había salido de su inmovilidad de estatua, logró sostenerla y le ayudó a sentarse a salvo, bien lejos del parapeto, en el pedestal de Carolo Tercero, el que había durado menos de una semana. Por fin el destino había decidido que este sirviera para algo.

—Es una mentira —dijo por fin Rosalba—. Ni mis hijos ni yo tenemos sangre de Orco. Es ridículo y también estúpido —se puso de pie, calmada, despectiva—. Yo vi a Arduin —dijo—. Lo vi reflejado en mi espada, y sin su coraje nunca habría logrado romper el sitio. Fue su mente la que me guio. Llevaba esta capa: los respuntes de plata y perlas son inconfundibles. Tenía la corona de oro y hiedra en la cabeza.

—Precisamente, Señora mía. La corona de Arduin era de hierro y tenía solo una franja de oro en memoria de su esposa. ¡Piénselo! Arduin no habría podido llevar la corona del último Rey de los Elfos, dado que usted y su esposo la recuperaron hace solo algunos años. Esa capa no le pertenecía a Arduin: mi padre se la hizo confeccionar el año pasado usando una cantidad de oro que hubiera bastado para quitarle el hambre a todo el Condado y para armar un ejército que defendiera de los Orcos a la Tierra del Pueblo de los Hombres hasta los Confines de las Tierras Ignoras. Arduin el Justo nunca hubiera podido mandarse a hacer una capa de ese estilo. Señora mía, la imagen que vio en su mente en el momento del peligro fue la de su hijo sentado en el trono. Uno de sus hijos se llama Arduin, será el futuro Rey de Daligar. Su mirada, como la de su antepasado Arduin, traspasa el velo del futuro, no el del pasado.

Se hizo un largo silencio. Aurora y Rosalba estaban una frente a la otra, inmóviles, los ojos verdes de la una dentro de los negros de la otra.

Por fin la voz de Rankstrail se hizo sentir:

—¿Cómo fue posible exactamente que un Orco Mong-hahul hubiera sido nombrado Rey?

Rosalba se reanimó por un segundo. Aurora respondió de inmediato.

—Arduin fue elegido por unanimidad. Era el general vencedor. Cuando él llegó, la ciudad estaba bajo los talones de los Orcos. La violencia era inaudita e indecible. La mitad de los habitantes había muerto y la otra mitad deseaba estarlo. Arduin tomó

el mando de lo que quedaba del ejército y guio el contraataque. Recuperó la ciudad, derrotó a todos los ejércitos de los Orcos uno tras otro, los hizo retroceder hasta más allá de las Tierras Notas y dejó los Confines protegidos y seguros.

—¿Pero de qué modo exactamente sucedió que un Orco Mong-hahul terminara siendo el líder de nuestro ejército o de lo que quedaba de él, para guiar el contraataque? —insistió Rankstrail.

Aurora buscaba las palabras, casi avergonzada.

—Dicen los anales, las crónicas de la época, que fue, por así decirlo, nombrado, aunque la palabra más apropiada sería «contratado» por la hija del Rey...

—¿Y cómo se le ocurrió a la hija del Rey? ¿Dónde se encontraba el Orco: debajo de la cama durante el plenilunio del verano? ¿La hija de cuál Rey? ¿Fulano el Cretino o Mengano el Imbécil? ¿Y quién sería el imbécil que tuvo la idea de llamar a un Orco Mong-hahul el Señor de la Luz? ¿Con qué iluminó el mundo: con el fuego de las hogueras? —estalló Rosalba.

Capítulo 19

Aurora parecía cada vez más insegura y avergonzada, pero no soltó la presa y trató de retomar el hilo de la historia.

—Permítanme que les cuente la historia de Arduin de principio a fin. Creo que soy la única que la conoce. Mi madre me había enseñado la lengua élfica y con la ayuda del Jefe de la Casa de los Reyes aprendí también las lenguas antiguas. Antes de morir, Arduin hizo grabar su antigua profecía en el muro que quedaba encima de los pórticos y escribió su propia historia con su puño y letra. Él escribía solo en la lengua de los Elfos. El manuscrito estaba escondido dentro de otros, una línea cada tanto; era necesario buscarlo como un acertijo. Ignoro si fue Arduin en persona quien lo escondió para que no fuera destruido o si fueron sus sucesores, que de ese modo llegaron a un acuerdo entre el deseo de esconder la pertenencia de Arduin al Pueblo de los Orcos y el de conservar de alguna forma su memoria. La princesa se llamaba Jade, era la última hija del Rey, la menor de veintinueve hermanos y hermanas que el Rey había tenido con cuatro esposas de las cuales había enviudado una tras otra, y con las seis concubinas que habían llenado los intervalos. Su padre era Dardrail Cuarto, llamado el Cruel por la ferocidad con la que había administrado su tierra, la dureza con la que había dirigido a su familia y la crueldad que había ejercido contra los Orcos.

—Por muchos que exterminaran, tarde o temprano los otros arribaban. Por mucho que defendieran los Confines, levantarán torres, cavarán fosos, pusieran un hombre armado cada cincuenta pasos a lo largo de todas las fronteras, tarde o temprano alguien se distraía, alguien se dormía y de nuevo aparecían las granjas en llamas.

Dardrail el Cruel había dado la orden de atacar la Tierra de los Orcos y destruirlos a todos, inclusive a los niños. Pero la Princesa intervino y la orden no fue acatada. Se cuenta que subió como un rayo a su caballo y se interpuso, con la espada desenvainada, entre un niño Orco ya desfigurado por el fuego y los soldados de su padre. Gritó que los niños jamás deben ser asesinados, que era preferible la muerte, la extinción. Quien le hace daño a un niño es un Orco. Si la única manera de combatir a los Orcos era transformarse en uno, era preferible la muerte, la derrota. Al parecer no era gran cosa como guerrera, pero era la hija del Rey y ninguno de los soldados se atrevió a correr el riesgo de derramar sangre real enfrentándola en un combate. Ella liberó al niño y lo alejó de los soldados. Le dio su caballo para que pudiera llegar hasta los suyos y le puso en el cuello su sello real, una esfera de jade con el sol naciente grabado, para que ningún soldado se atreviera a detenerlo. El niño era Arduin. De cierta manera la Princesa salvó a todos los niños Orcos.

—Es curioso: fue suficiente con que una sola persona se opusiera a una orden cruel para que todos, incluso los que la estaban ejecutando, los que la habían

promulgado, se dieran cuenta de que era una crueldad. Jade era la hija preferida del padre: no solo no fue castigada, sino que, después del episodio, la orden de matar a los hijos de los Orcos fue revocada. Fue una buena decisión: muchos soldados habían desertado con tal de no tener que ejecutarla. Al morir Dardrail el Cruel, lo sucedió su hijo Balruino llamado el Joven. Subió al trono por ser hijo de Dardrail y porque no habían encontrado a nadie más. Hasta que el mundo y el horizonte permanecieron inmóviles, Balruino reinó sin pena ni gloria. Pero cuando el horizonte se oscureció con los millares de Orcos que llegaron de las llanuras orientales, las únicas ideas que se le ocurrieron fueron levantar el puente levadizo de Daligar para que la ciudad pudiera resistir el asedio al menos durante un tiempo, y luego escapar antes de que el asedio comenzara. Hay que decir que él, a diferencia de mi padre, por lo menos dejó el ejército en Daligar. Mientras sus soldados eran masacrados y las cabezas de los generales abatidos adornaban las catapultas de los Orcos junto con lo que quedaba de sus intestinos, él se refugió en Alyil, la roca inexpugnable de las Montañas del Norte donde ahora está refugiado mi padre con el resto de la corte y casi la totalidad de nuestro ejército. Fue solo en las Montañas del Norte que se dio cuenta de la ausencia de Jade, su hija menor, la única que aún no tenía un esposo. La Princesa se había quedado para tratar de proteger a los niños de las Casas de los Huérfanos que desde ese entonces existían, aunque seguramente eran más... decentes que bajo el mando de mi padre. Los Orcos no tenían necesidad de que alguien les ordenara matar a los niños, ni desertaban cuando había que hacerlo. La campaña estaba en llamas. La Princesa había reunido a todos los huérfanos y estaba tratando de llevarlos a salvo a las montañas, cuando una banda de Orcos la rodeó. Ella extrajo su inútil espada aunque no tenía idea de usarla; entonces uno de los agresores se interpuso entre ella y los demás. El Orco tenía en el cuello el dije de jade. La miró y dijo: «Los niños jamás deben ser asesinados». Hablaba mal la lengua de los Hombres, pero fue comprensible. Después le dio la espalda, se arrancó de la cara la horrible máscara de guerra y se enfrentó a los otros Orcos y los aniquiló. Durante los días siguientes tomó el mando, reunió a los soldados desbandados, les enseñó a los civiles a combatir, armando a los campesinos con sus podadoras, guio el contraataque y liberó Daligar. Después de haberse tomado la ciudad, la armó con los palos que sobresalen oblicuamente de las murallas. Sobre cada uno de estos brillaba un fuego que servía para calentar la pez que se arrojaba sobre los asediantes. La ciudad comenzó a parecerse a un puerco espín y se hizo impenetrable. Los fuegos se veían en la oscuridad y les devolvían el coraje a quienes lo habían perdido. Una de las ciudades de los Hombres había sido liberada y combatía. Tarde o temprano también las demás lo lograrían...

—¿Por esta razón lo llamaron el Señor de la Luz? —preguntó el Capitán.

—Sí, pero creo que hubo también otro motivo, más sutil, más oculto, pero no

menos importante. Era un rayo de luz que un Orco combatiera para salvar a los niños y no para matarlos. Significaba que cualquier elección es posible, que los destinos no están marcados. Que la esperanza nunca se pierde. Significaba que ser un Orco es una elección, no un destino. Mi padre, a su manera, es un Orco, aunque sus manos sean delicadas y sutiles y su barba impecable como la seda. Arduin había decidido no serlo y no lo fue. Creo que su nombre original era Arduink. En las crónicas más antiguas aparece escrito así.

—¿Pero por qué un guerrero invencible? ¿Por el hecho de ser un Orco? Todos los demás también eran Orcos, desde el primero hasta el último...

—Los Orcos son hijos no amados, odiados, son echados al mundo solo para convertirse en guerreros y ser usados como mazos o piedras contra un mundo detestado. En el Mundo de los Orcos una madre es solo el medio utilizado por un guerrero para fabricar otro guerrero, o mejor, más de uno. No existe la ternura. No existe la piedad. Cada Orco encuentra el máximo de su dicha al moverse junto con otros. Combaten todos juntos, comen todos juntos, se emborrachan todos juntos. ¿Alguna vez han visto una parada de Orcos? ¡Son impresionantes! Ni uno solo mueve un dedo fuera de tiempo con respecto a los demás. Son los soldados ideales de cualquier comandante estúpido. No saben pensar porque el pensamiento nace solo en quien tiene fe en la vida y quien no ha sido amado no la tiene. Aislados de los demás, los Orcos se pierden. Sin órdenes, se detienen. Las guerras se vencen con la misericordia y con el pensamiento: quien no tiene ni lo uno ni lo otro está destinado a perderlas, aunque a menudo gane las primeras batallas. Sin embargo, si la misericordia lo toca desde niño, un Orco deja de ser el fragmento de un ejército y se transforma en un guerrero invencible. La ausencia de miedo permanece, pero la capacidad de previsión se acentúa, y en algunos casos es capaz de traspasar los siglos. No conocerá nunca la piedad por los enemigos que abate, pero combatirá por la justicia y no se detendrá hasta no obtener la victoria. Los Orcos fueron creados junto con los Hombres y los Elfos. El mismo Espíritu del Universo los creó y a todos les concedió dones. Y si a los Elfos les fue dado un gran poder tanto sobre el espíritu como sobre la materia, los dones que se les dieron a los Orcos no fueron inferiores: obtuvieron la ausencia de miedo, la fuerza, la capacidad de soportar el dolor y, a veces, una ocasional e irregular facultad de entrever lo que existe solo en el futuro. Sucedió entonces que el Maligno intervino y los Orcos fueron tentados por Dioses crueles y obtusos. El dolor los estropeó y el resentimiento por su miseria los corroyó. Se volvieron criaturas innobles, sanguinarias y miserables que apestan el mundo con su crueldad. Ocultan la cara debajo de máscaras de guerra que se pegan sobre la piel. Esto los obliga a no cambiar nunca de expresión y adicionalmente les disminuye la capacidad de pensar. Pero al comienzo de los tiempos fueron tan grandes como los mismos Elfos. En la lengua antigua, Elfo y Orco se escribían igual, pero se

pronunciaban de manera diferente.

—¿Y a los Hombres, se les concedió algún don aparte de los piojos? —preguntó Robi.

—En cierto modo ese fue el don —repuso Aurora permitiéndose insinuar una sonrisa.

—¿Los piojos?

—Verá, Señora mía —prosiguió Aurora—, según los que han escrito la Historia del inicio del mundo, el único don que los hombres tuvieron fue la falta de dones. Los Hombres no tienen poder sobre la materia, tienen poco poder sobre el espíritu, jamás hubieran podido cabalgar un dragón, padecen el dolor más que un Orco y el frío más que un Elfo. Los Hombres, acostumbrados a que su propia pequeñez sea constantemente puesta de rodillas por una realidad incomprensible e ingobernable, tuvieron que aprender a tener coraje: no la temeridad suicida y sanguinaria de los Orcos, sino el coraje verdadero, el ponerse de pie de nuevo a pesar de lo que haya sucedido o de lo que sucederá; levantarse e intentarlo de nuevo de cualquier modo. El único camino que tendrá el Pueblo de los Hombres será el de doblegar la materia mediante la comprensión. Quizá tarde o temprano también los Hombres podrán encender un fuego con un gesto, anular el dolor o fabricar alas que los sostengan como un pájaro o un dragón. El don que los hombres tienen es el coraje de no desistir nunca y de intentarlo una vez más desde el principio. Existe una leyenda sobre el inicio del mundo que habla de un jardín encantado que tenía un árbol cuyos frutos habían sido prohibidos. La gran madre de los Elfos ni siquiera los miró; la de los Orcos los rozó con la mirada y con los dedos por largo rato, sintiendo su aroma. La de los Hombres, en cambio, los mordió y conoció el sabor de los frutos: por esto su progenie fue maldecida y condenada a no tener ningún don para batirse contra la muerte y el dolor.

—Apasionante —comentó Rosalba gélida.

—Sabe —prosiguió Aurora—, hay una curiosa alternativa de interpretación de este mito. La obediencia absoluta de los Elfos fue premiada con la inmortalidad que al final fue su perdición; la obediencia parcial de los Orcos fue premiada con la inmunidad al dolor físico que transformó el valor en crueldad. La elección justa era la curiosidad de los Hombres, su desafío: no obedecer nada, elegir el conocimiento. Esto era lo que el Espíritu del Universo quería. ¿No les parece fascinante?

—El entusiasmo me está sofocando —garantizó Rosalba, seca—. ¿Podríamos regresar a la historia de Arduin, si no le molesta?

Rosalba deseó que el Espíritu del Universo tuviera sentido del humor. Si alguna vez tenía la suerte de encontrárselo, le pediría que le aclarara varias cosas.

—La Princesa Jade, que tenía seis años más que Arduin, aceptó convertirse en su esposa —retomó Aurora.

—¿Ella lo desposó por su propia voluntad o fue el precio pactado para que el guerrero combatiera para ella? —preguntó el Capitán.

—Yo... no lo sé. No... el escrito no lo menciona en ninguna parte. Quizá, si no se especifica lo contrario... creo... que ella quiso —respondió Aurora insegura.

—Podemos retomar la historia, ¿si no es mucha molestia? —pidió Rosalba con la desagradable impresión de ser la única que tenía un poco de sentido común.

Aurora se apresuró a concluir. El Pueblo de los Hombres había amado inmensamente a Arduin, pero se avergonzaba de él con la misma intensidad. Y ese fue el motivo por el cual el mundo cayó en la bellaquería y en la barbarie por la deshonra de haber renegado, odiado y perseguido a los Elfos que habían sido grandes Reyes, y a quienes no les perdonaron las derrotas contra los Orcos; y la deshonra de haberse avergonzado de Sir Arduin y de su sangre.

—¿Por qué cayeron los reinados élficos? —preguntó el Capitán—. ¿Cómo fue posible? Debían tener poderes extraordinarios.

—Porque su capacidad para comprender el dolor se volvió tan absurda que fue su perdición —esta vez fue Rosalba la que respondió—. Fue mi esposo quien me lo explicó. En los tiempos de paz fueron buenos Reyes, aunque alejados de los Hombres, a menudo incomprensibles, demasiado abstraídos en el movimiento de los astros o en el estudio del laúd. Cuando los Orcos llegaron, los Elfos no pudieron combatirlos. ¿Saben?, mi esposo tuvo que matar a un hombre cuando vino a rescatarme de las garras del Juez Administrador. Desde entonces no pasó un solo día de su vida sin que su pensamiento buscara el recuerdo del hombre muerto. Cuando los Orcos llegaron, los Reyes élficos no pudieron combatir porque cada golpe que propinaban lo sentían como en su propia carne y esto fue interpretado como connivencia. Los enemigos heridos eran abatidos y, con frecuencia, quien tenía algo para vengar lo vengaba en ellos. Creo que eran muchas las cosas que había que vengar. Los Reyes élficos en realidad pretendían que los heridos fueran hechos prisioneros. Pero aquel a quien le habían masacrado a sus hijos y a su mujer no estaba dispuesto a suministrarles comida y agua limpia a sus verdugos; esta pretensión también fue interpretada como connivencia.

La Reina calló por algunos segundos, luego se dirigió de nuevo a Aurora.

—¿Decía usted? —preguntó.

Aurora retomó el relato.

—El hijo de Arduin se había convertido en Rey, pero le fue imposible encontrar una esposa. Murió sin descendencia. Era el hijo de un Orco: nadie quería la sangre de un Orco en las venas. El viejo Rey vencedor hizo que sus hijas se dispersaran y se escondieran en medio de la gente como mujeres del pueblo para que no quedaran condenadas a la soledad. La Princesa Jade había muerto poco después del nacimiento de su última hija; la mató la última flecha disparada por el último arquero del último

escuadrón de Orcos en fuga. La furia de Arduin fue espantosa. El Rey, que conocía la justicia mas no la misericordia, despejó toda la Tierra de los Hombres, protegió las fronteras, hizo que los Confines fueran infranqueables. Él sería el único Orco que pisara la Tierra de los Hombres, el último. Después de la muerte de Jade y después de su victoria, Arduin quedó desesperado y solo; abdicó y se retiró a las bibliotecas. Alguien le había enseñado la escritura, las lenguas antiguas y el élfico. Su hijo fue elegido por unanimidad y llamado el Sabio, pero Arduin adicionalmente tuvo que sufrir el dolor de ver que a este, aún siendo joven, se lo llevaba una extraña fiebre que nadie supo descifrar y que tal vez fue un veneno...

—¿Entonces yo sería la descendiente de una de las hijas de Arduin? — interrumpió Rosalba—. ¿Vencí porque tengo la sangre de un Orco, por no mencionar la de un Rey que pasó a la historia como No sé quién el Cruel?

Se hizo silencio. Aurora parecía escoger las palabras, reunir las ideas.

—Señora mía —dijo finalmente—, sin duda alguna usted tiene la sangre de Arduin el Justo y la de Jade, pero usted venció porque es usted. Usted lleva la sangre de Arduin en las venas, ciertamente, pero no es la única. Ni sus padres ni sus antepasados eran hijos únicos y con seguridad usted tiene una miríada de primos en varios grados que comparten su ascendencia. Pero ninguno de ellos nos condujo a la victoria, fue usted. Usted aprendió el arte de la estrategia al ir de cacería con su padre cuando era una niña; el amor de su madre le dio la fe; su esposo le dio la capacidad de avivar los ánimos; sus hijos, y la necesidad de salvarlos, le dieron el coraje y la ferocidad necesarias para no detenerse ante nada.

Los ojos verdes de Aurora abandonaron los de Rosalba y se perdieron durante algunos instantes en el rostro impenetrable del Capitán Rankstrail. Luego su mirada se alejó hacia la cima de las Montañas Oscuras inmediatamente por encima del horizonte.

—Nosotros no somos la sangre que tenemos —continuó Aurora—. Eso era antes. Los santos nacían hijos de santos, los réprobos hijos de réprobos. Del Rey al traidor, pasando por los héroes y los Demonios, todos nacían con el camino trazado con letras de fango o de oro y les bastaba con seguir el camino. Una vez que el honor se perdía era para siempre: la vergüenza se volvía una condena que se prolongaba mucho más allá de la muerte y que recaía sobre toda una estirpe. El deshonor era un círculo de acero y de fuego del cual era imposible salir. El Bien y el Mal estaban separados por límites incandescentes. El honor era combatir a los Orcos y Demonios vomitados directamente de los Infiernos cuya maldad era, como el Cielo, incuestionable. Ese mundo se acabó al igual que se acabaron los Elfos, los Dragones y las Erinias. Nosotros somos nosotros. Somos las elecciones que hacemos, no la sangre que llevamos. Cada uno de nosotros tendrá que trazarse su propio sendero entre zarzas, sin saber jamás con certeza absoluta dónde está el Bien y teniendo que buscado en el

camino, a veces errando y teniendo que volver a empezar todo desde el principio. Cada uno de nosotros tendrá que arreglárselas entre el honor y el deshonor: las sendas que conducen hacia la luz estarán dispersas en medio del polvo y del lodo por donde a veces será necesario arrastrarse para reencontrar el camino. Todos debemos aprender a levantarnos después de las caídas, porque los Héroes que nunca caen se perdieron uno tras otro en el Reino de la Muerte y solo quedamos nosotros. Al final de cada atardecer haremos un balance entre el coraje y la cobardía, y si el honor prevaleció sobre el deshonor, sabremos que fue un buen día. Usted no conoce, Señora, el horror de tener que avergonzarse de la sangre que nos corre por las venas. Sus padres fueron asesinados y la palabra injusticia es demasiado frágil para describir su ahorcamiento, pero murieron amándose y tomándose de la mano. Usted se enorgullece de ellos, de idéntica manera que su esposo: no sé si al menos pudo conocer a quien lo engendró, pero con seguridad nunca dejó de sentirse orgulloso de ello. El dolor de haber perdido un progenitor digno y honesto, sin vergüenza. Yo no tengo esa suerte. Toda mi vida estuve dividida en dos. De cierto modo, yo soy la hija de un Orco. Mi padre estaba dispuesto sin escrúpulo alguno a matarla a usted de niña o a su hija de apenas dos años, y como decía Jade, el que mata voluntariamente a un niño merece el nombre de Orco. Cuando expulsemos a todos los Orcos de nuestra tierra debemos recordar que todavía queda uno, el último, escondido en Alyil, entre las montañas. Conozco todos los crímenes de mi padre; sin embargo, en algún rincón de mi memoria queda la sonrisa con la que me buscaba cuando era una niña. Por mucho tiempo, sabe, pensé que mi único destino era la soledad, porque mi descendencia tendría la sangre del monstruo; pero ahora, tal vez... ya no estoy tan segura de ello. Una tarde pasada en compañía de su hija me reveló más cosas sobre mi alma de las que sabía. Creo que cada uno de nosotros es las acciones que lleva a cabo, no la sangre que corre por sus venas: vale para Sire Arduin. Vale... para mí. Para cualquiera. Quizá el alma de un hombre siempre tiene una pequeña parte que permanece íntegra, sea lo que sea que ese hombre haga, y es esa parte que permanece íntegra, incorrupta, la que corre por las venas de sus hijos. Aunque la vergüenza por las acciones de quien nos ha engendrado sea atroz, tenemos el derecho de no avergonzarnos de nosotros mismos, que somos sus hijos.

Aurora se interrumpió. Sus ojos vagaron más allá de las escarpas, no en lontananza hacia el horizonte, sino cerca, sobre los cráneos de los Orcos colgados de los torreones. Su cara perdió luz mientras los miraba. Sus ojos se tornaron grises como el mar cuando el horizonte y el sol desaparecen bajo las nubes enormes de las lluvias invernales.

—Nuestra batalla debe ser doble: enfrentar a los Orcos horda tras horda sabiendo que después habrá más y más, y no perder nunca nuestra alma olvidando la misericordia y volviéndonos como ellos.

—Mataré a cualquiera que quiera matar a mis hijos —dijo Rosalba tranquila—. Su cabeza terminará en una de las alabardas sobre los fosos de las alcantarillas, al lado de las ciénagas.

—No, ni siquiera la cabeza de quien quiera matar a sus hijos debe terminar en las alabardas que delimitan los pantanos. Usted no sabe. Perdone, Señora mía, usted no comprende. Hay algo terrible en la decapitación de una persona: toda su humanidad se hace añicos...

—Es por eso que lo hacemos —interrumpió Rosalba—. Los Orcos no le temen a la muerte. La única cosa que los impresiona es tener que vagar por los Infiernos hasta el fin de los Tiempos sin nada sobre el cuello, mientras los otros guerreros se desternillan de la risa.

—A los Orcos les aterroriza la muerte como a todos aquellos que dicen a gritos amarla y están dispuestos en cualquier momento a sacrificar su propia vida con alegría con tal de destruir la de los demás. Su forma de controlar la muerte es propiciándola y buscándola. Lo que les resulta insoportable es esperarla, simplemente, sin saber cuándo llegará, como lo hacen todos los que no son ni suicidas ni asesinos. Cuando un Orco muere o incluso cuando su cadáver es decapitado, todo el dolor del mundo estalla alrededor como una vorágine: ¡cómo es posible que no lo sienta! Como es posible que no se haya dado cuenta de que su hija camina con la mirada en el suelo para no ver... eso.

Aurora señaló las cabezas amputadas que se entreveían en la oscuridad.

—Erbrow no mira a los Orcos porque les tiene miedo: ellos le han hecho sentir miedo...

—Su hija no mira en esa dirección porque siente el dolor de la muerte de ellos y de sus decapitaciones. No permita que sus hijos y los otros niños de Daligar crezcan en un lugar donde sobre el pan y la miel de la merienda se posen las moscas que acaban de darse un banquete en las órbitas de un cráneo. Señora mía, perdóneme —prosiguió Aurora temblando—, su esposo jamás lo hubiera permitido. Para él una violación de la compasión hubiera sido un sufrimiento, como una herida abierta. Tenemos que socorrer a los heridos: también a los de los Orcos. Hacerlos prisioneros, deben sobrevivir.

—¿Dónde? —preguntó Rosalba.

—¡En los sótanos!

—¿Cómo? ¿Con qué? ¿Quitándole víveres y agua a una ciudad en asedio para alimentarlos? ¿Quitándole soldados a un ejército ya desguarnecido para vigilarlos?

Aurora estaba palidísima. Un leve temblor parecía sacudirla. Rosalba comenzó a comprender. Rankstrail se le adelantó.

—¿Usted es un...? —comenzó Rankstrail—. Quiero decir...

—Sí, Señor mío, soy lo que se llama un Medio-Elfo. Mi madre pertenecía al

Pueblo de los Elfos.

—¿Pero su padre no odiaba a los Elfos? ¿No se ha pasado la vida destruyéndolos?

Rosalba estaba atónita. Y exasperada. De nuevo la conversación era una locura, incomprensible, insensata. No quería y sobre todo no toleraba, no admitía que fuera posible que Aurora y Yorsh tuvieran algo en común. Era todo estúpido y absurdo. Todo era... indecente... ella que tenía sangre de Orco y Aurora que pretendía a cada instante parecerse más a Yorsh...

Seguramente había motivos diferentes en la conversación, o en el modo en que era conducida, que le hacían hacer a ella el papel de imbécil, pero con toda franqueza se le escapaban.

—Entonces —concluyó—, hagamos una recapitulación: yo tengo un poco de sangre de Orco y usted es un Medio-Elfo. Solo falta la gallina.

Aurora pensó largo rato antes de responder.

—Temo que mi padre no sea cuerdo —dijo en voz baja.

Se había sentado sobre el basamento de la estatua de alguno, quizá de Erik el Calvo.

—Él odia a los Elfos —retomó—, pero simultáneamente sucumbe ante su encanto. Creo que los odia porque no le fue concedido ser como ellos. Obligó a mi madre a desposarlo con la promesa, no cumplida, de que salvaría a su gente... y luego... cuando ella trató de organizar una fuga... —esta vez Aurora dejó la frase en suspenso—. No todos los Elfos desaparecieron, Señora mía. Como mi padre por desgracia descubrió, el dolor extermina los poderes élficos. «Es suficiente matar a uno para que todos los vecinos sean como ovejas en el matadero», solía decir riendo. Los Elfos sienten el dolor de los que son asesinados como si se tratara de ellos mismos y esto los desarma. El desprecio y el odio que guiaban las persecuciones les produjo tanto dolor que les anuló los poderes. Se quedaron solos, murieron, pero no todos. Muchos se escondieron entre los Hombres, acogidos cerca de las chimeneas, a salvo de la barbarie, escondidos en las cocinas y en los campos de trigo. No solo fueron sus padres los que acogieron a un Elfo, usted no fue la única que mezcló su sangre con la de ellos. El mundo está lleno de Medio-Elfos. El que tenga una sola gota de sangre élfica en las venas se reconoce por el cabello: cualquiera que sea el color centellea de una forma extraña bajo los rayos del sol cuando caen oblicuos al alba o al atardecer. Las niñas heredan los poderes con mayor facilidad y cuando son reconocidas se les llama brujas: con frecuencia tienen cualidades extraordinarias como curanderas. Los niños rara vez heredan los poderes y son poderes más pequeños: mejor puntería, una mayor comprensión de las palabras y un amor más grande por todo lo que está escrito. Lo que mi padre ignora es que los Medio-Elfos jamás pierden los poderes, ni siquiera ante el más hondo de los dolores. No fue solo por crueldad que hizo que su hija presenciara la muerte de su padre o yo la... —de

nuevo dejó la frase en suspenso—. Lo hizo para desarmarla. Pero los Medio-Elfos tienen el coraje de los Hombres: el coraje para no quedar desarmados. Como los Hombres, hasta el final, nosotros no nos damos por vencidos.

—¿Usted es una bruja? —preguntó el Capitán.

—Así me llamarían si se supiera.

—¿Y cómo se distinguen los hijos de los Orcos?

Aurora se interrumpió. Guardó silencio. Hizo un gesto vago y luego de repente se dio vuelta y se alejó.

La luna desapareció.

La oscuridad se hizo más densa, interrumpida solo por el fuego de la última antorcha que aún brillaba.

En lontananza se oyó el canto del búho y el chillido desesperado de alguna criatura que había sido apresada.

Rosalba estaba silenciosa y atónita.

Todo lo que Aurora había dicho giraba en su mente.

Estaba demasiado cansada. Lo pensaría al día siguiente. Y el día después. Y el día después también.

Ahora el cansancio era absoluto. La única cosa que resistía era la piedad hacia Aurora. Debía ser terrible avergonzarse del propio padre.

—Nada es cierto —dijo obstinada—. Es absurdo. Arduin no era un Orco. Ni mis hijos ni yo tenemos sangre de Orco. Deben ser solo rumores y Aurora se los creyó porque... de cierto modo... necesita creerlos. Tener un padre inmundo debe ser un sufrimiento indescriptible: saber que los propios hijos tendrán su sangre, avergonzarse de la forma de las propias manos porque alguien, con unas manos iguales, cometió crímenes horribles —dijo a media voz.

Rosalba miró al Capitán y se interrumpió bruscamente.

El Capitán de Varil estaba inmóvil como las estatuas que tenía a sus espaldas e igualmente impenetrable. La Reina se quedó mirándolo un largo rato como si lo viera por primera vez. Luego hizo un gesto con la cabeza y se despidió.

Se retiró a sus aposentos. Erbrow y sus hermanitos dormían como ángeles. Rosalba se despidió de Parzia y desde la ventana se aseguró de que llegara sin problemas a su casa. Antes de acostarse, Robi trancó la puerta con todo lo que encontró y durmió un sueño interrumpido, abrazada a sus hijos, con la espada de Yorsh y la de Arduin debajo de la almohada.

Capítulo 20

Cuando no jugaba con su lobezno o no estaba con su madre, Erbrow miraba a sus hermanitos que casi siempre estaban dormidos, perdidos dentro de sus sueños compuestos de olores, leche y ganas de succionar. Los sueños desde ya eran diferentes: Arduin soñaba con luces, Yorsh con penumbras. Cuando Parzia la sacaba del cuarto, Erbrow iba a escuchar a Jastrin. Tal vez sería más correcto decir que estaba en la misma habitación donde Jastrin hablaba sin interrupción.

Jastrin continuaba explicando la importancia del conocimiento y cómo el máximo conocimiento posible era el de la historia de los Hombres. Después de Yorsh, otro astro había venido a iluminar la sed de saber del chiquillo: Aurora. Aurora lo sabía todo, lo había leído todo. Había estado encerrada en las bibliotecas del Condado durante años y los ratos en que no se dedicaba a enseñar el tiro con el arco a todo el que quisiera aprenderlo, o a atender a los heridos en los puestos de enfermería, se acomodaba en la mesa de Jastrin y hablaba con él. El último regalo que le había hecho se remontaba al día anterior: un rollo de pergamino envuelto en telarañas gruesas como el terciopelo, encontrado en el fondo de uno de los baúles, que nadie, ni siquiera ella, había tenido aún tiempo de leer. Jastrin sería el primero.

Tanto Yorsh como Aurora sostenían que aquel que conoce el pasado puede prever el futuro. No se referían al conocimiento radiante de Sire Arduin o de la Reina Bruja que veían a través del velo del tiempo. Ellos hablaban de un saber diferente, más pequeño y tenaz, compuesto de aprendizajes, constataciones, parangones e intuiciones que aunque no proporcionaba certezas permitía orientarse con respecto a la imprevisibilidad del mundo. Cinco años antes, Aurora había logrado prever que los Orcos estaban a punto de lanzar un ataque decisivo: había notado que las agresiones de estos contra los Confines cesaban por lo menos un par de años para después volverse cada vez más violentas, como había ocurrido de manera precisa también en los siglos anteriores. Primero reunían y armaban el ejército en una calma somnolienta que daba la ilusión de que la guerra se había aplacado. Después comenzaban a probar las tropas y por último llegaba el ataque final. Aurora también sostenía la teoría de que la primera cosa que había que hacer era recuperar las Colinas de la Luna Nueva, porque una vez que se apoderaran del camino que comunicaba a Daligar y Varil, la mitad de la guerra estaría ganada... Sire Arduin también había ganado la guerra con el control de esas colinas. Bastaba con leer las memorias de la época...

A ratos Erbrow escuchaba o jugaba a enrollar y desenrollar pergaminos o dormitaba para descubrir, al despertar, que la voz de Jastrin, imparable e invencible, jamás se había interrumpido.

Dos días después del nacimiento de sus hermanitos, mientras un vientecito leve interrumpía el bochorno, Jastrin calló. Ante aquel silencio repentino, Erbrow, que

estaba dormida, se sobresaltó. Jastrin tenía los ojos abiertos de par en par y de las manos le chorreaban telarañas.

—Erbrow —dijo en un soplo—, hay un pasaje. Justo debajo del agua, del lado sur del río. Los Orcos nadan debajo del agua y después entran por una abertura y de allí desembocan al pozo pequeño que está abajo. ¡No el pozo de donde sacamos el agua: el otro, el del agua estancada donde pescamos las ranas! La abertura fue hecha para salir durante los asedios, pero después fue olvidada. Nosotros no conocíamos su existencia, en cambio ellos sí.

Cada vez más emocionado, quizá la palabra correcta sería «aterrorizado», Jastrin le explicó a Erbrow que cuando la ciudad había caído en manos de los Orcos, Sire Arduin la había recuperado porque la Princesa Jade recordó la existencia de ese pasaje. Los Orcos debían tener conocimiento de la historia. Era probable que también ellos tuvieran un libro o un pergamino, a menos que se tratara del viejo sistema de los cuenteros: alguien que le cuenta la historia a otro que después la vuelve a contar una y otra vez, generación tras generación. La memoria de las estrategias de los Orcos se había salvado, mientras que la de los Hombres se había perdido y solo ahora, por pura casualidad, por la cortesía de la Dama Aurora al encontrar algo no leído para leer, las habían vuelto a encontrar.

El discurso de Jastrin era difícil, pero Erbrow comprendió: los Orcos que habían venido a robarla pasaban por donde nadie los podía ver. Por muchos soldados que vigilaran las escarpas, por muchos ojos que escrutaran el agua del río, en cualquier momento podían regresar.

Jastrin se levantó y la tomó de la mano.

—Ven —le dijo aterrorizado, pero decidido—, vamos a buscar a tu madre para decirle lo que he descubierto. Ella te protegerá. Esta vez no te dejaré. Esta vez combatiré por ti como tu mamá combatió por mí y por los demás. Es la hora de los héroes —susurró con una voz que temblaba tanto que apenas era comprensible.

Erbrow asintió; luego sintió el frío. Vio el horror en el rostro de Jastrin y supo que habían esperado demasiado. Un Orco que chorreaba agua se le paró enfrente. Estaban llegando otros y otros más. Esta vez no estaban ni Angkeel ni su cachorro. Estaba sola. El Orco la agarró. Erbrow sintió un apretón perverso y decidió cerrar los ojos para no ver. El odio era tan fuerte que le parecía estar dentro del agua helada. Oyó el sonido de la campana: dos toques y después cuatro más, seguidos del grito de Jastrin. La señal estaba dada: Orcos dentro de las murallas, niño raptado. Con los ojos cerrados, Erbrow vio el dragón con las volutas de pelo y escamas que se alternaban formando arabescos y vio a Jastrin volver a abrazar a su padre; entonces comprendió que Jastrin había muerto: los Orcos se habían enojado porque había tocado la campana. El odio del Orco era terrible, casi tanto como el apretón de su mano malvada que le aplastaba la carne entre la barriguita y el pecho. Erbrow pensó en irse:

parar su corazón y no sentir nada más. Habría alcanzado a su padre y a Jastrin sobre la espalda suave, cálida y fuerte del dragón. Su papá la llevaría a ver qué había al otro lado del viento; la llevaría a contar las estrellas donde no es posible sentir más el miedo ni el dolor. Pero recordó que su padre no había detenido su corazón. Recordó lo terrible que era la punta de acero que lo había golpeado; con todo, él no había evitado el dolor de la siguiente flecha, aunque hubiera podido. Erbrow comprendió que había algo errado en que uno mismo detuviera su propio corazón: era algo así como meterse el dedo en la nariz. Es una de esas cosas que no se hace y basta. Ella tampoco lo haría. Jastrin había muerto por tocar la campana para permitirle vivir. Suciedera lo que sucediera, ella no detendría su corazón.

Erbrow sintió que la arrastraban por un lugar estrecho y frío que continuaba y continuaba y nunca terminaba y después sintió algo frío que no era odio, sino verdadera agua fría: estaban en el río. Erbrow soñó que era un pez y el agua no se le entró por donde se respira. Después fue arrastrada en un caballo que la hacía sacudir por todas partes, pero ese caballo duró poco.

El apretón que la sujetaba de repente se relajó: Erbrow cayó. Sintió el vértigo de no ser sostenida por nada, cerró los ojos con más fuerza mientras esperaba el impacto de su cuerpo contra el piso, pero el dolor no llegó. Otro brazo la tomó y la sostuvo, un brazo que terminaba en una mano incompleta, pero no malvada.

—Ey, Capitán —gritó la voz—. Tengo a la niña. Un Orco menos...

Luego vino otro cambio.

—Tenla tú: yo iré hacia la ciudad. Ellos creerán que la tengo yo. Me seguirán a mí —dijo la voz.

Otra voz, la del hombre que le había regalado el cachorro, habló con calma.

—No tengas miedo, niña. Aquí estoy yo. No tengas miedo. Verás que lo lograremos.

Erbrow finalmente reabrió los ojos. Estaba en los brazos del hombre del perrito y esto era algo bueno: le gustaba el olor de aquel hombre y la sensación cálida cuando estaba en sus brazos. Estaba aún helada por el odio y el agua del foso. Se sentía bien en los brazos del hombre del perrito. Erbrow se dio cuenta de que estaban rodeados de Orcos armados hasta los dientes y sobre todo armados con arcos.

Obviamente no tuvo miedo. En el momento en que miró a los ojos a su padre cuando estaba muriendo aprendió a hacer todo lo que su papá sabía hacer, aunque después no lo hubiera hecho.

Su papá no había detenido su corazón él solo, pero ella había percibido esa sensación y la había aprendido. Tal como había sentido y aprendido a desviar las flechas. Su papá no lo había hecho para que el hombre malo que tenía el cuchillo contra la garganta de ella no le hiciera daño, pero lo había pensado y el pensamiento le había llegado a Erbrow como le había llegado el dolor de la flecha que atravesó el

hombro de su papá. El hombre con el yelmo de los penachos jamás sabría que había sido su papá, con las últimas fuerzas, el que había guiado hacia su corazón la flecha que lo había matado, porque ella, Erbrow, había desviado esa flecha. Su papá no quería ser salvado porque si no se dejaba matar, el riesgo de que la mataran a ella era demasiado alto. Su papá, sin embargo, se dio cuenta de que ella había tratado de salvarlo a pesar del cuchillo que tenía debajo de la garganta, y fueron lágrimas de emoción las que lloró.

Ahora, sin embargo, no había ningún niño con un cuchillo contra la garganta. Ninguna flecha la golpearía. Ninguna flecha golpearía al hombre que llamaban el Capitán que era un hombre bueno y que le agradaba. Ninguna flecha golpearía a ninguno de sus hombres, esos hombres tristes que parecían Orcos.

También Angkeel llegó y voló sobre ellos, y al mirar las grandes alas azules y blancas del aguilucho, Erbrow sintió la alegría de la liviandad, y el caballo del Capitán galopó como el viento y sobre el viento, y del mismo modo galoparon los caballos de los hombres que estaban detrás de él. También el papá de su cachorro, que siempre marchaba penosamente y con la lengua afuera detrás del Capitán porque las patas de los caballos eran mucho más largas que las suyas, corrió ese día como el viento y sobre el viento.

Erbrow apoyó mejor la espalda contra la coraza del Capitán que la tenía apretada contra él, preocupándose de protegerla como podía de las flechas que de igual manera no los alcanzarían.

Sacó la muñeca del bolsillo del delantal y pasó los dedos sobre la vieja madera descortezada. El viento se había levantado para alejar el bochorno y las nubes. El follaje de los árboles destellaba bajo el sol del verano con un aroma a tierra caliente y a hierba. Las amapolas brillaban, transparentes en la luz estival. La retama estaba florecida y grandes manchas de flores amarillas se abrían sobre las colinas, repletas de mariposas y abejas.

Sería una cabalgata bellísima.

Después Erbrow sintió el dolor. Había mucho dolor y mucho miedo. Era en realidad terrible, llegaba de lejos, donde estaban los arbustos de zarzas y las rocas puntudas, donde el olor a sangre se había sumado al de tierra caliente y hierba, y entonces se sintió feliz de estar con el Capitán: él sabría qué hacer.

Ella solo tenía que hacerlo llegar a donde lo necesitaban.

Capítulo 21

Rankstrail tenía el corazón en la garganta.

Por suerte alguien había logrado tocar la campana. La caballería ligera acababa de salir y el puente levadizo aún no había sido levantado. Al oír la campana, el Capitán invirtió la ruta y atravesó la ciudad arriesgando embestir los puestos que vendían dulcecitos y tortitas de miel que habían resurgido desde que los Mercenarios se apoderaron de la impedimenta de los Orcos. El puente levadizo sur, grande y lento, bajó chirriando y ellos salieron a tiempo para ver que unos guerreros semidesnudos y empapados le entregaban la niña a un grupo de Orcos a caballo. Cortando a través de las zarzas, Lisentrail logró alcanzarlos de primero y recuperó a la niña y se la entregó al Capitán.

—Tenla tú: yo iré hacia la ciudad. Ellos creerán que la tengo yo. Me seguirán a mí —le dijo.

El Capitán estuvo de acuerdo.

Esta vez, sin embargo, cabalgaba a Garrapata el Magnífico.

Añoró la despectiva obediencia y la innegable velocidad de Enstriil.

Los Orcos habían recuperado una parte de sus caballos y el Capitán necesitaba cada segundo. La maniobra de Lisentrail dio resultado. Convencidos de que él todavía tenía a la pequeña rehén, los Orcos lo siguieron con todas las fuerzas de la caballería reestablecida.

Sin embargo, el Capitán no podía volver a entrar. Entre él y el puente levadizo estaba, así fuera distraída por Lisentrail y su grupo de caballeros, la caballería de los Orcos. Estos tenían caballos fuertes, más veloces que los de ellos, por no mencionar a Garrapata: el riesgo era demasiado alto.

La única alternativa que le quedaba era la de ir hacia el este, en dirección a las Colinas de la Luna Nueva.

El aguilucho de la niña apareció.

El Capitán a duras penas resistió, por consideración a los oídos de la niña, la tentación de maldecir.

La única esperanza de no ser visto, de no ser perseguido, se hizo añicos contra los chillidos agudos del águila. Todo el ejército adversario sabía que él tenía a la niña. Aunque estuvieran ciegos, distraídos o con la cabeza escondida en un cubo lleno de agua, los gritos de gozo de ese estúpido pájaro no les dejarían duda alguna.

El Capitán tuvo que hacer un esfuerzo de nuevo para no maldecir.

Solo tenía como protección la mitad de su armada; la otra mitad la tenía Lisentrail para hacer creíble el simulacro y para no dejar sin vigilancia el puente levadizo preparado para recibirlos cuando llegaran, si es que podían.

Se encontró rodeado de Orcos y una nube de flechas oscureció el cielo.

Ninguna lo golpeó.

Ninguna flecha golpeó a nadie.

Garrapata, al igual que los caballos de sus hombres, galopaba como el viento y sobre el viento. Hasta el lobo corría a la misma velocidad de un corcel.

Se estaba repitiendo el mismo milagro que en Varil.

—¿Eres maga, niña? —preguntó el Capitán. Y se respondió—. Eres la hija de un Elfo. Eres una bruja, una niña bruja. Oye, debemos regresar a casa. Casa. Tenemos que regresar a donde tu mamá, si no ella se asustará. Donde mamá. Mamá, ¿entiendes? ¿Has entendido, pequeña? Si no después mamá se enojará. Ahora hagamos que los caballos den la vuelta y regresemos donde mamá. Pequeña, detén el caballo, de lo contrario no podremos regresar atrás y mamá se enojará...

Garrapata, veloz como el viento, imparable como la rabia, continuó cabalgando hacia las Colinas de la Luna Nueva. Sus cascos rebotaban sobre la tierra abrasada por la sequía, levantando nubes de polvo que se dispersaban en el viento. Encontraron baterías de Orcos que se abrían frente a ellos aterrorizadas, mientras sus miembros, ahuyentados por el miedo y el espanto, se desbandaban sin lograr volver a formar filas.

El águila que los precedía, el lobo que los seguía, la imposibilidad de las flechas para golpearlos, la velocidad de los caballos que corrían como los de los Dioses, si es que acaso los Dioses los tienen, arrojaban a los adversarios en un mar de terror y los dispersaban como un grupo de niños frente a un toro enfurecido. Muchos de ellos estaban cayendo hacia la parte escarpada; otros lograban descender agarrándose de las rocas y de los arbustos. Rankstrail se dio cuenta de que estaba liberando las Colinas de la Luna Nueva al desbandar los Orcos hacia abajo, hacia la parte donde el perfil de las Colinas era empinado y escarpado. Una vez liberadas, las colinas serían impenetrables para el que tuviera que combatir de abajo hacia arriba: una especie de bastión natural que defendía el tránsito entre Daligar y Varil.

—¡Ahora! —gritaron los hombres de Rankstrail detrás de él.

—¡No! —trató de gritar el Capitán—. ¡Ahora no!

No con Erbrow sobre su caballo. No con la hija del último de los Elfos. Había perdido a su padre; no la perdería a ella. Tenía que hacer girar el caballo y regresar a casa, pero su voz fue inaudible, la de sus hombres la opacó.

—¡Ahora! —gritaron.

Los cuernos de Varil respondieron.

El Capitán vio unos grupos de hombres armados rodeados por los Orcos y reconoció las corazas y los estandartes blancos y dorados. Reconoció al príncipe Erik y a algunos de los que habían sido soldados suyos antes de que él decidiera dejarlos en la ciudad de Varil como parte del ejército regular.

La Ciudad Garzón también estaba intentando comenzar el contraataque de la

única forma posible, reestableciendo la vía de tránsito con Daligar, pero las filas de los soldados habían sido fragmentadas y divididas y estaban a punto de sucumbir, abrumados por el miedo, la desorganización y las hachas de los Orcos.

El Capitán llegó a tiempo para socorrerlos. Hasta ese momento aún no había usado la espada con la compleja empuñadura de plata repujada porque las baterías de los Orcos habían huido sin combatir frente a su carga. Ahora, mientras iba a socorrer al Príncipe Erik y a sus hombres, el Capitán y los suyos tuvieron un único enfrentamiento. Un Orco con la máscara en forma de hocico de zorra se les paró enfrente y dejó caer el hacha. El Capitán logró detenerla con la espada de oro y plata de Carolo cualquier cosa, que con seguridad no era ni el Guerrero ni el Vencedor, porque con ese tipo de espada nadie podría llevar a cabo una guerra sin acabar de inmediato con la cara en el fango. El Capitán no desperdició tiempo ni en sorprenderse ni en imprecicar cuando la espada se quebró. Logró abatir al Orco golpeándolo en el hombro y en el tórax con lo que quedaba de la hoja y con el puñal que tenía en la mano izquierda, mientras el lobo le atacaba las piernas y lo hacía caer.

A su derecha, hacia el sur, en el lugar donde los árboles comenzaban a espaciarse, vio los estandartes blancos con el lirio y las glicinias de color rojo fuego. La Reina Bruja, a la cabeza de Anrico y sus caballeros, había venido a rescatar a su hija. La presencia del aguilucho también le había indicado que Erbrow estaba en los brazos del Capitán, a salvo, y ahora ella estaba derrotando a todo el que intentara atacarlo por los costados.

El Capitán no quería ver a la Reina Bruja en un campo de batalla, ni aun siendo victoriosa.

Tampoco quería verla a ella ni a ninguna mujer en el mundo, encinta o no, liderando una carga para liberar a su tierra. Las mujeres tenían la posibilidad de cargar hijos en el vientre, y esto hacía que tanto su cuerpo como su alma fueran demasiado sagrados para estar por fuera de las murallas. La sonrisa que iba a darle la bienvenida a una criatura que venía al mundo no debía ser la misma que rematar a un enemigo agonizante. El Capitán una vez más maldijo su época, una época que obligaba a las mujeres a derramar la sangre que otras mujeres habían engendrado en su vientre.

Juró que expulsaría a los Orcos para que regresaran a sus tierras, a todos, hasta el último, para que nadie, ni un hombre y mucho menos una mujer, tuviera que inclinarse a rematar a un enemigo agonizante con la misma cara con la que después se inclinaría ante sus hijos.

Vio además algo que de ningún modo quería ver: reconoció el caballo del color de la niebla y el cabello claro de Aurora y de nuevo deseó con toda el alma poder asegurarse de que su carne, su sangre y su cabello no estarían donde hubiera Orcos. Por suerte, la Reina Bruja había relegado a Aurora a la parte central del despliegue

donde al menos estaba parcialmente protegida.

Había que reconocer que el ataque era una maniobra perfecta. Si Rankstrail y los suyos hubieran tratado de preparar el plan durante años, no hubieran logrado pensar una sincronía tan completa, ajustada como los ensambles de un ebanista.

El Príncipe Erik vino a agradecerle el haber salvado otra vez su vida y la de sus hombres. El Capitán le dijo que patrullara el lado meridional, el escarpado que se erguía por encima de la llanura donde habían hecho retroceder a los Orcos: una patrulla cada mil pasos, comunicadas entre sí por un sistema de fuegos. El Príncipe estuvo de acuerdo. El Capitán vio que la Reina Bruja estaba haciendo lo mismo con los hombres de Anrico.

Habían vencido.

El asedio de Daligar había sido retirado.

Los habían derrotado.

Habían liberado las Colinas de la Luna Nueva.

Ahora ya no se trataba más de arrancar a la fuerza la existencia, luna tras luna. Ahora podían vencer. Para siempre. Ahora podían pensar en expulsar a los Orcos de sus tierras, hasta el último de ellos, de modo que las únicas angustias que quedaran fueran los piojos de las plantas y los topos que se comían las coles.

—¿Estás bien, niña? —preguntó el Capitán.

Erbrow asintió.

Ya no había peligro.

El Capitán bajó del caballo y la hizo bajar a ella también.

El Príncipe Erik se arrodilló frente a él y Rankstrail se sintió casi tan avergonzado como cuando Aurora lo llamaba «Señor mío». El joven guerrero aristócrata le agradeció de nuevo y con insistencia el haberle salvado la vida a él y a su gente, esta vez de manera definitiva. Había liberado las Colinas de la Luna Nueva, repitió el Príncipe conmovido. El Capitán masculló algo como respuesta.

Después de haberle asegurado que su familia en Varil gozaba de óptima salud y que su casita había sido reconstruida, el Príncipe Erik finalmente se alejó.

El Capitán se quedó con Trakrail y Nirdly. Les dio orden a ambos de rematar a los Orcos heridos y decapitarlos. Después se inclinó para cargar a Erbrow y llevarla lo antes posible a Daligar, pero no lo hizo a tiempo.

El grito de Erbrow rasgó el calor de la mañana.

La niña corrió hacia uno de los Orcos heridos, el que tenía la máscara en forma de hocico de zorra, y se interpuso entre él y los hombres del Capitán. El lobo gruñó, luego se acurrucó tranquilo.

—¡No daño, basta gope! —gritó con todo el aliento que tenía.

—¿Pero qué diantres dijo? —preguntó Nirdly.

—No quiere que los matemos —respondió Trakrail que era mucho más

inteligente que ellos.

El Capitán palideció: no había bajado suficientemente la voz, no había pensado en ello. La niña era un Medio-Elfo. Ahora era tarde.

—Su Excelencia —dijo conciliador el Enano—, quítese de ahí. No le haré daño. Solo tengo que matarlo.

La niña no se movió. Se hizo silencio, el silencio ruidoso de los días de verano, interrumpido por el vuelo de los avispones y de las cigarras.

—Oye, pequeña —trató de decir—, quítate de ahí, es peligroso.

La niña se le acercó al Orco. Unos pasos más y estaría al alcance del brazo y del hacha de este. Se había echado a llorar y le ofreció la barquita de madera al Capitán a cambio. La barquita por el Orco.

—No, espera, no es posible... Los mataremos sin hacerles daño... Ellos también se lo esperan. Así se hace. No podemos dejar que se desangren... sería peor... eso sería repugnante.

—Sabes niña, también es nuestro destino —intentó decirle Nirdly—. Tarde o temprano así acabaremos todos. También nos corresponderá a nosotros. Si nos va bien, encontraremos a alguien decente que lo solucionará con un buen golpe seco...

La niña dio medio paso más hacia el Orco.

—¡No! —gritó Rankstrail—. ¡Detente! No podemos ayudarlos. No podemos arrastrar con nosotros a todos los Orcos heridos. ¿Cómo podríamos hacerlo? ¿Cediéndoles nuestros caballos? Sería absurdo, ¿entiendes? Sería estúpido. Nosotros también acabaremos así. Es nuestro destino. Cuando a nosotros nos capturen vivos, la esperanza será que alguien haga una labor limpia, un golpe seco y...

La niña se acercó aun más al Orco. Sus ojos azules centelleaban como los de su padre en la llanura de Varil. Había dejado de llorar. Ahora su mirada era autoritaria.

—Haré lo que quieras. Lo juro. Por mi honor. No los haré decapitar. Tampoco matar. Lo juro. Por mi honor. Detente. Regresa.

El Capitán pensó que por suerte solo estaban presentes dos de sus hombres más fieles.

La niña lo miró como para evaluarlo.

—Tal como la madre —refunfuñó Trakrail.

—Como diría el Cabo Lisentrail si estuviera presente, el que despose a esta deberá tener un coraje de león —agregó Nirdly.

—Por mi honor, niña —concluyó furibundo el Capitán—. Por mi honor, y aunque solo soy un Mercenario, a nadie nunca se le ha ocurrido dudar de mi palabra.

Erbrow lo miró con sus ojos álficos serios.

—Niña —dijo el Enano—, mira que el honor de un Mercenario es algo con lo que no se juega.

—Es cierto —confirmó Trakrail—, los Reyes y los caballeros hasta pueden jurar

en falso, pero los bandidos y los Mercenarios no juegan con el honor porque es lo único que tienen en el mundo.

—Nosotros lo sabemos. Sabemos como se es bandido y como se es Mercenario. Ahora hay muchos Orcos y estamos trabajando como Mercenarios, pero no siempre...

El Capitán se dio vuelta para fulminarlo con la mirada para que por fin se decidiera a cerrar la boca.

El Orco herido finalmente vio a la niña y trató de girarse hacia ella.

—Haré lo que quieres. Lo juro por mi honor. Ven acá —dijo una vez más el Capitán.

Erbrow estaba quieta. El Orco comenzó a arrastrarse hacia ella.

—Papilla —dijo la niña señalando al Orco herido.

—Quiere que le suministremos medios de subsistencia —tradujo Trakrail.

—No digas estupideces —repuso el Capitán. Esto ya era demasiado—. No puedo desperdiciar agua y víveres en los Orcos prisioneros. Ni siquiera hay para nosotros. ¡Sería un crimen! ¿Tienes una idea de lo que les costará a mis hombres tenerlos prisioneros? No puedo ponerlos también a criar pollos para quitarles el hambre a los Orcos.

La niña dio otro paso hacia el Orco, que se dio por completo la vuelta hacia ella.

—Haré lo que quieras —dijo el Capitán entre dientes—, por mi honor. Lo juro. Agua limpia y algo de comer.

—Esta es incluso peor que la madre —comentó el Enano.

—Cierto: la madre por lo menos tuvo que aprender a hablar antes de ponernos a todos de rodillas. Esta lo logró con medio alfabeto.

El Capitán le gritó a toda su compañía que desarmaran a los Orcos heridos y los llevaran a Daligar, donde los tendrían prisioneros en las mismas cabañas que se habían construido para asediar la ciudad. Y que les suministraran agua limpia y algo de comer.

La perplejidad de la tropa fue considerable. Dieron testimonio de ella con comentarios tan acalorados que Rankstrail se permitió recordarles a todos que él era el Capitán de la caballería ligera y que no tenía la costumbre de repetir las órdenes dos veces ni de descubrir que alguien había acariciado siquiera la idea de no acatarlas.

Por fin logró acercarse a la niña y volvió a tomarla entre sus brazos.

—Ahora juré. Es una idiotez, pero lo juré —la tranquilizó el Capitán, lívido de rabia y miedo.

La niña asintió y sin dejar de mirarlo le ofreció la barquita de colores.

El Capitán la miró exasperado. Entonces ella metió la mano en el delantal y sacó la muñeca. La acarició con un suspiro y después se la ofreció también.

—Gracias, no es necesario —respondió el Capitán tratando de rechazar los juguetes, cada vez más contento de que nadie, salvo sus hombres más fieles, estuvieran presenciando la escena—. Sin ánimo de ofender: no sé qué hacer con ellos.

Erbrow se las volvió a poner en la mano con obstinación.

—Tú, papá —le dijo con decisión—. ¡Papá bueno!

—Creo que quiere decir que con ellos pueden jugar sus hijos, los niños que lo tienen a usted como padre —tradujo Trakrail.

—No soy padre. No tengo hijos, no hay nadie que jugaría con ellos. No me sirven. Consérvalos.

—Tú, papá después —insistió la niña.

—Es para cuando se convierta en padre.

—No tengo intenciones de tener hijos nunca —estalló el Capitán rechazando con una mano los juguetes, mientras con la otra le hacía señas a Trakrail que lo eximían de su nueva actividad como intérprete.

La niña lo miró y rompió a reír. Era la primera vez que el Capitán la oía reír.

—Tú, papá después —repitió Erbrow alegre y volvió a ponerle los juguetes en la mano por última vez.

Exasperado, el Capitán los deslizó en la alforja lo más aprisa que pudo. Prefería que la escena no se prolongara. Desde que les había enseñado a escribir, sus secuaces se habían refinado un poco, pero no eran de todos modos el tipo de ejército al que le agradara recibir órdenes de un jefe que tuviera una muñeca de madera y una barquita.

—Ey, su Alteza —preguntó Nirdly señalando al Orco que estaba en el piso—, ¿lo podemos desarmar? Esa hacha no le va a servir para ser leñador.

La niña lo pensó, quizá para estar segura de haber comprendido el sentido de la pregunta. Luego asintió.

Trakrail, con una sonrisa radiante, mantuvo la espada en la garganta del Orco para darle a Nirdly la posibilidad de desarmarlo sin correr riesgos.

—Tiene un golpe en el tórax, pero respira bien. El hombro se cura solo. En menos de una luna estará en pie de nuevo —comentó en voz baja el Capitán.

El Orco se dio vuelta hacia él. Detrás de la máscara de guerra sus ojos se encontraron con los de Rankstrail que no los evitaron. El Capitán pensó que, aunque hacía años que combatía a los Orcos, era la primera vez que miraba a uno a los ojos.

Finalmente logró regresar en dirección a Daligar. El pelotón de la Reina Bruja vino a su encuentro con una manifestación de gritos de alegría y por fin el Capitán se liberó de la niña que terminó en los brazos de la madre.

Anrico vino a inclinarse frente a él.

—Señor mío —le dijo conmovido—, usted, comandante de la armada de los Hombres, usted rechazó a los Orcos, usted... Siempre consideraré un honor haber estado bajo su mando, y será un orgullo estar aún...

—La niña... —respondió Rankstrail, avergonzado, tratando de explicar cómo fueron las cosas.

—¡Es cierto! —lo interrumpió Anrico cada vez más conmovido y casi riendo—. Condujo la carga a pesar de tener una niña para proteger...

El Capitán decidió dejar las cosas como estaban. Aurora y los arqueros también se inclinaron ante Rankstrail que respondió casi con una sonrisa vaga y avergonzada. Los otros regresaron al galope a Daligar.

Por lo menos se había liberado de la niña.

Rankstrail y los suyos regresaron despacio y agotados, seguidos por el lobo que trataba de recuperar el aliento.

Garrapata el Magnífico se detuvo a pastar, luego a mirar mariposas y tábanos bajo el sol del verano y a pastar de nuevo.

Si en la armada la obligación de seguir las órdenes era absoluta, la posibilidad de comentarlas nunca había sido prohibida. Durante el interminable trayecto hacia Daligar, el Capitán tuvo tiempo de arrepentirse. Sus soldados no le ahorraron ni por un instante sus chistes sutiles, expresados en el lenguaje colorido acostumbrado entre ellos, sobre su nueva función como enfermeros de los Orcos heridos, y le preguntaron, con una cortés agudeza, si el Capitán tenía otras tareas planeadas para ellos, tales como cuidar las flores, tender la ropa lavada y llevarles juguetes a los niños buenos.

Lo más doloroso de todo esto era que él estaba completamente de acuerdo con ellos.

Capítulo 22

Al llegar a Daligar el Capitán preguntó por Lisentrail y la pregunta se le ahogó en la voz porque las caras de los Mercenarios no le dejaron dudas.

El Cabo y los otros soldados heridos estaban en la ciudad.

Los que habían podido ser transportados estaban ya en los puestos de enfermería.

A los más graves los habían puesto junto al pozo, más allá del puente levadizo.

Estaban Daverkail y Workail, dos montañas, más grandes que el mismo Capitán, los que siempre lo habían apoyado en las retiradas cuando rompieron los cercos. Estaba Rouil, un hombre muy simple al que era necesario explicarle todo por lo menos dos veces. Rouil solo había logrado aprender la letra A y la había grabado en las cortezas de los árboles y en las piedras.

Estaba Zeelail, el más joven, el bien parecido, que tenía alrededor del brazo una venda de tela azul celeste con rositas bordadas.

Estaba Rossolo que venía de la Roca de Guardia Alta: su familia había sido exterminada por los Saqueadores Negros y le habían dejado como herencia dos campos sembrados y un gran rebaño de ovejas. Se había hecho Mercenario no porque realmente lo necesitara, sino para seguir al Capitán.

Estaba Arkry, Señor de los Enanos, tan viejo que ya había venido al mundo cuando su pueblo aún no había sido derrotado ni sometido.

Estaba Roxtoil, altísimo, rubio, de los Pantanos del Norte: la venda negra que le cubría el ojo que le faltaba había sido reemplazada por una tela blanca tomada del delantal de una de las jóvenes que le ayudaba a Aurora en las enfermerías.

Estaba cubierto por una capa empapada de sangre.

Daverkail, Workail, Ruxtoil, Rossolo, Arkry y Zeelail ya estaban muertos cuando él se inclinó sobre ellos. Rouil alcanzó a despedirse.

Lisentrail estaba aún con vida. Su pecho se levantaba y bajaba con respiraciones cada vez más difíciles, que no podían ser más que las últimas.

El Cabo logró abrir los ojos y mirar al Capitán.

—Ey, Capitán, no le diga a la bruja que yo maté al dragón o les daría mis huesos a los perros. Capitán no deje que les dé mis huesos a los perros —susurró.

—No —respondió el Capitán—. No.

Se dio vuelta desesperado. Trakrail estaba junto a él y ya estaba sacando un cubo de agua del pozo. Quizá todavía se podía hacer algo.

—¡Vayan a buscar a la Dama Aurora! —gritó Rankstrail.

Al parecer alguien ya había ido a buscarla porque Aurora llegó deprisa. Del otro lado de la plaza venía Parzia con Erbrow de la mano para darles la bienvenida a los vencedores, pero la sonrisa murió en su rostro al ver los cuerpos tendidos junto al pozo, y se detuvo. Aurora atravesó la plaza y se inclinó sobre Lisentrail.

—Sálvalo —le dijo Rankstrail—. Has todo lo que seas capaz de hacer. Te lo ruego. Se lo ruego, Señora.

Aurora retiró la capa que cubría al Cabo. Tenía una herida amplia en el tórax que alguien ya había tratado de taponar con un vendaje. Tanto ella como Trakrail pusieron las manos donde todavía sangraba. Se miraron por un instante. Erbrow se liberó de un tirón de la mano de Parzia y corrió junto a ellos.

Parzia se apresuró a ir por ella de nuevo.

—Aquí no, pequeña, este no es lugar para ti —le dijo tratando de llevársela, pero Aurora la interrumpió.

—Corra a la enfermería lo más rápido que pueda —le dijo—. Tráigame vendas limpias, perfume, aguja, hilo, hojas de árnica, extracto de equinácea, flores de hamamelis y camomila. Corra. Deje a la niña aquí, yo me encargo de ella. Usted puede correr más sin ella. ¡Corra!

—¡Señora, la niña aquí! —protestó la mujer.

—¡Corra! —ordenó Aurora.

Prazia obedeció.

—Yo tengo unas hojas de árnica para poner sobre la herida —dijo Trakrail, que las sacó de su alforja y se las llevó a la boca.

—¿Usted pone las hojas masticadas en las heridas? —preguntó Aurora escandalizada.

—Funcionan mejor —respondió Trakrail, avergonzado.

—Perdonen —dijo el Capitán—, aunque estos no son los primeros muertos que ve, ¿no sería mejor alejar a la niña?

—Ahora no tenemos tiempo —respondió Aurora con decisión.

—Puedo hacerlo yo —propuso el Capitán.

—No, no puede, debemos quitar esta venda sucia y lavar la herida. Enjuáguese las manos en el cubo y luego póngalas aquí, donde está la espuma: además de la sangre está perdiendo también el aire de la respiración. Es por ello que las heridas en el pecho son mortales. Debe presionar porque es esencial que no pierda ni la sangre ni la respiración, ¿entiende? Su Cabo ahora está respirando de nuevo: tal vez podamos salvarlo.

—¡Pero Señora, la niña! —objetó el Capitán.

—La niña no está tan mal: esperará hasta que terminemos.

—¡Pero claro que está mal, mírela!

—¡La alejaremos en cuanto podamos! —trató de interrumpirlo Aurora—. Ahora mantenga la presión.

Erbrow estaba acurrucada al lado de Aurora, en el espacio entre el brazo y el cuerpo de la joven que, a pesar de estar trabajando con ambas manos, aun así lograba rodearla. La niña había tomado entre las suyas una de las dos manos sucias y

mutiladas del Cabo y se quedó allí, cada vez más pálida, con los ojos desorbitados y rodeados de profundas ojeras.

Una sombra se interpuso entre el Capitán y el cielo. Rankstrail levantó los ojos. Una mujer pequeña con una gran falda de terciopelo verde y el rostro lleno de lágrimas, dolor y horror miraba al moribundo con las manos sobre la boca para ahogar un grito o un gemido. La mujer se arrodilló, o mejor, se dejó caer sobre las rodillas y estalló en sollozos desesperados junto a la cabeza del Cabo, el único espacio libre de personas que lo asistían. Pasó las manos por la cara del herido, luego le tomó la mano libre entre las suyas y acarició las cicatrices dejadas por las tenazas del verdugo y que reemplazaban los dedos. ¡Lisentrail siempre había sido el objeto del amor de esa mujer! Ella lo miraba de lejos, y él, que habría deseado ese amor más que cualquier cosa en el mundo, ni siquiera se había atrevido a considerarlo.

Una segunda sombra se proyectó. Parzia había regresado. Por órdenes de Aurora, después de sacar de una especie de jarra unas agujas curvas como de zapatero ensartadas con hilos ásperos, las humedeció con perfume.

—¿Tendones de buey? —preguntó Trakrail señalando los hilos—. ¿Y por qué los mete en el perfume?

—Lino y tripa de oveja: son más suaves y permiten hacer mejores nudos. Coso con la tripa las capas internas y con el lino las externas. Las lavo con perfume porque, si los hilos están limpios, es más difícil que las heridas se enrojecen y menos probable que haya fiebre.

—Perdone, Señora, pero es una pérdida de tiempo —objetó Trakrail, crítico—. Y también es una pérdida de tiempo coser una capa a la vez. Con una aguja más grande hace todo de un solo golpe. Si quiere lo hago yo —propuso.

—No es una pérdida de tiempo coser el músculo con el músculo y la piel con la piel y hacerlo con hilo limpio, porque la recuperación es mejor —refutó Aurora con obstinación—. Y no quiero que lo haga usted. Solo manténgame el hilo templado. Gracias.

—Señora, apresúrese o lo perdemos. Ya casi no respira.

Capítulo 23

Erbrow tenía una de las manos del Cabo entre las suyas. Era terrible. ¡Todas esas cicatrices! Todos los recuerdos que revoloteaban en el alma del Cabo parecían un enjambre de avispones. Cuando los Orcos mataron a su hermano. Su madre, de la que todos se burlaban porque nunca habían tenido un marido. Cuando se había convertido en Mercenario. Todas las veces que había tenido hambre y que había robado para saciarla y para que sus compañeros no la padecieran. Como los toques de una campana fúnebre, alineados, estaban los recuerdos de las veces que había estado en las manos del verdugo. Después, por encima de todos, estaba ese dolor particular, terrible, de cuando no se puede respirar, como un pichón de gaviota caído en el agua, como una estrella de mar arrojada a la orilla por una tormenta marina. Era tan fuerte que opacaba el dolor de las piernas que uno de los Orcos había golpeado con uno de sus enormes mazos.

Erbrow cerró los ojos para no ver la sangre.

El mundo se volvió verde con arabescos de pelo y escamas doradas que se alternaban.

Erbrow volvió a ver la sonrisa de su padre.

Debían dejar ir al Cabo. Debían dejarlo ir y finalmente sus recuerdos serían consolados. Su padre y el dragón se encargarían de ello. No sabía cómo decírselo a Aurora y a Trakrail. Se darían cuenta ellos mismos. Tal vez ya lo sabían. La respiración del Cabo se debilitó cada vez más.

La pequeña mujer con la gruesa trenza de cabello rojo y la falda verde oscura arrodillada entre Erbrow y Trakrail empezó a sollozar. Ella no quería dejarlo ir, pero ya casi no había respiración, se escapaba toda por la herida y a cada instante que pasaba el dolor de estrella de mar sobre la playa se hacía más insoportable.

Había ya muchos otros llantos en aquel lugar.

Su padre sonrió. El dragón levantó el vuelo.

Una de las manos de Erbrow se despegó de la de Lisentrail y corrió a refugiarse en uno de los enormes bolsillos del delantal: allí todavía estaba la pelotita de retazos amarrados que Chicco le había regalado cuando las Erinias habían cubierto el mundo quitándole la luz. Erbrow sintió bajo sus dedos la tela suave, mal amarrada; recuperó el valor.

Su fuerza aumentó y superó el dolor del Cabo. Una visión repentina la atravesó: había niños que corrían entre pollos y ocas en un extraño lugar lleno de charcos con un cerezo quemado que florecía en una miríada de flores blancas. La manito de Erbrow apretó la pelota de trapo y fue como si toda la luz de la playa y de la aldea que llevaban su nombre acudiera a ayudarla. Tenía que cerrar rápido la herida por donde la respiración se perdía. Aurora la estaba cosiendo y ya no era más un tajo sino

solo una larga hilera de pequeñas fisuras. Tenía a Aurora y a Trakrail junto a ella y también ellos estaban tratando de cerrar esa hilera de pequeñas fisuras. Quizá podrían lograrlo.

Capítulo 24

Lisentrail tosió un coágulo de espuma y sangre.

La mujer de la falda verde dejó de llorar.

—¿Está vivo? —preguntó con prudencia—. ¿Vivirá? Señora, ¿está vivo?

Aurora no respondió. Estaba palidísima, bañada en sudor y demasiado ocupada cosiendo.

—Eh, Mercenario, ¿está vivo o muerto? —preguntó de nuevo la mujer.

—No es que esté muy vivo —repuso condescendiente Trakrail—. Pero tampoco está muerto todavía.

Aurora continuó cosiendo, capa por capa.

—Si ponemos un poco de belladona en la herida, no le dará fiebre. Tengo algunas flores, las masticaré.

—Si los hilos están limpios, no habrá fiebre —insistió Aurora—. Preferiría echarle algunas gotas de destilado de equinácea en la última costura y le agradecería que no masticará nada.

Lisentrail tosió de nuevo. Comenzó a respirar de modo más fuerte y regular.

Apenas terminó, Aurora retiró la cobija que todavía cubría las piernas de Lisentrail. Dejó escapar un gemido.

—¿Qué pasa, Señora? ¿Se muere? —preguntó la mujer.

—Las piernas están destrozadas —repuso Trakrail, que parecía mortalmente cansado.

—Tiene fracturas muy graves —dijo Aurora, cada vez más pálida, casi susurrando.

—¿Y eso significa que morirá?

—Quizá no, pero si sobrevive, no podrá volver a caminar.

—¿Pero vivirá?

—Es probable que sobreviva, pero las piernas no sanarán.

—Señora, no importa, aunque no vuelva a caminar, sálvalo. No importa, un hombre es un hombre aunque solo pueda estar sentado. Señora, no importa: sálvalo. Si él no camina, pues tendré paciencia, nuestros hijos caminarán. Se puede hacer feliz a un hombre aun si no puede caminar más. Si tú me lo salvas, me casaré con él y nuestros hijos caminarán. Señora, no me lo dejes morir. Después yo me encargaré de hacerlo feliz. No importa si no puede montar más a caballo. Hasta será mejor: así no podrá ser soldado y yo podré tenerlo cerca.

El Cabo Lisentrail tosió de nuevo. Luego abrió los ojos que vagaron vacíos durante unos segundos.

—Capitán —dijo Aurora—, me temo que subestimé el efecto de este espectáculo para la pequeña Princesa: tiene un aspecto cansadísimo y está temblando. Necesito

que Parzia me ayude a vendar las fracturas. Le ruego que la acompañe hasta donde su madre.

El Capitán asintió. Se inclinó sobre Aurora, tomó a Erbrow, que estaba tan cansada que no lograba sostener la cabeza, y se volvió a levantar.

—Te llevo fuera de aquí enseguida, pequeña —le susurró.

Erbrow no logró responder sino que sacudió la cabeza y abrió la mano: el Capitán comprendió que quería detenerse. Le señaló los otros cuerpos tendidos alrededor del pozo. Ahora que su angustia por el Cabo se había calmado, Rankstrail escuchó el llanto de las mujeres.

La mirada de la pequeña Princesa era intensa y seria. No lloraba, miraba a los muertos. Le repitió al Capitán la señal para que esperara y él comprendió: esos hombres habían muerto bajo su mando por salvarla a ella.

Ahora debían recordarlos: era el deber de ambos quedarse allí y no eludir la mirada ni de los muertos ni de los vivos.

Arkry, Señor de los Enanos, Rossolo, Zeelail, Rouil, Roxtoil, Daverkail y Workail no se podrían levantar nunca más. Arrodillada junto a Zeelail estaba la joven de la falda azul celeste de rositas, ahora manchada de sangre y de barro. Con la cabeza apoyada en el pecho de este, lloraba lágrimas que el otro ya no sentiría. A Rouil lo acompañaba la mendiga, con su falda pobre, negra y desteñida, que gemía un lamento casi imperceptible. Al lado de Rossolo sollozaba una joven mujer, tal vez viuda, ya que estaba con una niña de seis años, y al lado de Roxtoil estaba la joven curandera que vestía un delantal con los colores de Daligar, lleno de sangre. Ella se lo quitó y lo usó para cubrirlo. Al lado de Arkry estaba Rocío con un rostro inmóvil que ningún gemido sacudiría y que ninguna lágrima bañaría; el Capitán pensó que, después de haber soñado con poder romper su eterna soledad, Rocío quedaría con una loba y una jaula como único consuelo. El Capitán ya había sepultado a muchos de sus hombres, pero eran Mercenarios: ninguno había contado con el llanto de una mujer para recordarlo. De todas las reglas absurdas y crueles del Juez Administrador, la de prohibirles el matrimonio a los Mercenarios era la única que tenía una lógica, así fuera perversa. El dolor de aquellos lamentos era insoportable.

Alrededor de los muertos se aglomeraron algunas personas. Las familias de la ciudad estaban moviendo a esos pobres cadáveres para llevarlos al cementerio. El Capitán sabía que cada familia tenía una especie de minúsculo campo cuadrado debajo de pequeños arbustos florecidos donde enterraba a sus muertos. Los Mercenarios descansarían en las porciones destinadas a las mujeres que no habían tenido tiempo de desposar, acogidos y sepultados por las familias a las que no habían tenido tiempo de pertenecer.

Por segunda vez desde la muerte de su madre, Rankstrail tuvo ganas de echarse a llorar. O tal vez eran de vomitar: no las distinguía bien. Los ojos de los hombres

suspendidos en la nada comenzaron a velarse. Rankstrail pensó en todas las cosas que hubiera querido decirles y que no les dijo nunca porque siempre las había pospuesto para un mañana, dando por sentado que habría un mañana. Se llevaron a Rossolo, Zeelail, Rouil y Roxtoil, uno tras otro, seguidos de sollozos.

En el suelo, en su sangre, quedaron Arkry, Señor de los Enanos, Daverkail y Workail.

—Nadie los quiere, Capitán —dijo Rocío en un susurro—. A estos en realidad nadie los quiere. En Daligar existen las fosas comunes para los que no tienen familia. Si manda un par de hombres para que me ayuden, yo los llevaré allí.

El Capitán vaciló y luego dijo:

—No, les daremos una sepultura digna de ellos. Nunca les di mis agradecimientos.

Deseó con desesperación haberlo hecho. En toda su vida, en todos esos largos años que habían estado uno al lado del otro en medio del fango, él siempre había ido adelante porque sabía que ellos le cubrían la espalda. Y ahora todo había terminado. De ellos tan solo quedaba un nombre escrito sobre una piedra.

—No más daño, papá dagón —susurró Erbrow, pero sin Trakrail para traducirle, el Capitán no entendió.

Rankstrail no podía más. Se alejó. Si los Dioses existían deseó por el bien de ellos no tenérselos que encontrar nunca, porque aunque le costara pasar la eternidad en los Infiernos les diría todo lo que pensaba de ellos. Luego se acordó de Lisentrail, que todavía respiraba, y no se atrevió a pensar nada más.

La niña temblaba entre los brazos.

—¿Fuiste tú, verdad? —le preguntó en voz baja el Capitán mientras se alejaba entre las bendiciones de los transeúntes que se abrían a su paso—. Tú y los otros dos, ¿cierto? Eran dos brujas y el hijo de una bruja: ¿es por eso que Lisentrail está vivo? ¿Por eso están tan cansados? También los otros dos están cansados. Lisentrail estaba más muerto que vivo, no fue solo porque lo cosieron en capas y porque no le escupieron por dentro, ¿cierto? Es una especie de hechizo: ustedes curan a la gente tocándola y luego quedan exhaustos. Por esto Aurora y Trakrail son tan buenos: no es solo porque sepan hacer las cosas como cualquier curandero, es porque además son magos. Tienen que tocarlos, ¿no es así? Aurora no quería que te alejara de allí, aun a expensas de... de hacerte cansar tanto. Gracias, niña. Lisentrail es una buena persona: fue él quien te arrebató de los Orcos. Una buena persona, un hombre de bien. Trakrail casi no puede tenerse en pie después de que curra una herida y él es un adulto. Para ti debe ser peor. Tú eres pequeña. Pequeña, valiente y magnífica. Esos dos, Aurora y Trakrail, armaron toda una discusión sobre coser en capas para distraer la atención de todos. Quizá discutían en serio; sin embargo, lo importante era que nadie se fijara en ti. Nadie se dio cuenta de lo que eres capaz de hacer... en definitiva: de lo que sabes

hacer. No le digas a nadie que eres capaz de hacerlo. Ocúltalo, o si no la primera vez que no puedas salvar a alguien dirán que fue culpa tuya y te odiarán.

Erbrow permaneció quieta y callada, acurrucada contra el Capitán que la tenía envuelta en un abrazo como si tuviera que protegerla del frío. Luego se inclinó sobre ella y le besó el cabello.

Erbrow dejó de temblar.

—Mamá —dijo con voz débil, pero clara.

—Por supuesto —la tranquilizó el Capitán—. Ahora mismo te llevo a donde tu madre.

* * *

La soberana estaba en el patio exterior, ovillada en la grada más baja de las escaleras, con la cabeza entre las manos. El chiquillo que caminaba lento y hablaba mucho, Jastrin, estaba en el suelo junto a la soberana, en el centro del gran telón respunteado con bordados de oro que tapizaba la Sala del Pequeño Trono.

El Capitán tuvo la impresión de ver una mariposa abatida.

La Reina levantó la cabeza y miró a Rankstrail con una tristeza sombría, más desesperada que si hubiera llorado. Vio a la niña.

—No —dijo—, aquí no. No quiero que vea. La hice alejar de aquí. Llévase a Erbrow de aquí.

Por primera vez Rankstrail experimentó ternura hacia ella. La respetaba tanto que no la había abandonado ni siquiera en los momentos en los que la había detestado con toda el alma. Reconocía su autoridad. Estaba dispuesto a morir por seguir sus órdenes y para protegerla. Pero nunca había experimentado ternura hacia ella.

—¡Señora mía! —la contradijo con dulzura, entregándole la niña. Erbrow se abalanzó en sus brazos y le rodeó el cuello—. Perdóneme, su hija necesita estar con usted. Quiere vivir este momento con usted. No la aleje.

La Reina miró por un segundo al Capitán y luego abrazó a su hija con todas sus fuerzas.

Finalmente rompió a llorar.

Erbrow, abrazada a su cuello, lloró con ella.

—Jastrin tocó la campana y los Orcos se lo hicieron pagar. Logró alcanzar la campana, pero no logró huir. Sus piernas no eran... veloces como las de los otros. ¡Debí cuidarlo como si fuera uno de mis hijos! —dijo. La voz le temblaba.

—Lo hizo, Señora mía —respondió Rankstrail—. Le dio de comer, peleó por él, lo consoló cuando estaba desesperado y le enseñó el valor. Es eso lo que se hace con los hijos.

—Debí protegerlo de la muerte.

—No, Señora mía. No está en sus manos el proteger a nadie de sus decisiones. A nadie. Tampoco a sus hijos. Jastrin eligió combatir y murió combatiendo. Si él no hubiera tocado a tiempo la campana, hubiéramos perdido a su hija y probablemente la habríamos perdido también a usted. Hubiéramos perdido el asedio. Hubiéramos perdido la ciudad. Una vez que la hubieran destruido a usted por medio de su hija, solo sería cuestión de tiempo. Jastrin hizo su elección. Era su derecho. Ahora, Señora mía, ordene lo que ordenaría si el que hubiera sido abatido por los Orcos fuera un hijo dado a luz por usted. Haga abrir la cripta de los Reyes y haga sepultar a Jastrin en ella con todos los honores destinados a un Príncipe de sangre real, hijo de un soberano de Daligar.

La soberana se quedó mirándolo un largo rato y asintió.

—Sí —dijo con dulzura—. Será el símbolo de todos los huérfanos. Todo aquel que ignore quién lo trajo al mundo sueña con que la suya sea una estirpe de Reyes. Cada niño abandonado lleva dentro de sí el sueño, o más bien la duda de ser un Príncipe o de ser hijo de uno de los Dioses que abandonó su mundo para descender al nuestro. Lo haré.

Rankstrail se quedó inmóvil frente a ella, sin dar señas de despedirse.

—¿Hay algo más que quiera decirme? —preguntó la Reina.

—Sí, Señora mía. Arkry, Rossolo, Zeelail, Rouil, Roxtoil, Daverkail y Workrail fueron dados de baja mientras participaban en la maniobra que permitió rescatar a su hija. Tres de ellos esperan para ser llevados a la fosa común porque ninguna familia en Daligar quiere recibirlos en su campo fúnebre. Tal vez los recuerda: Arkry pertenecía al Pueblo de los Enanos, los que llaman homúnculos. Era el más viejo de ellos, él único todavía vivo que recordaba la época en que la dignidad y el honor aún le pertenecían al Pueblo de los Enanos, y por lo tanto podemos considerarlo su Rey. Los otros dos, Daverkail y Workail eran enormes, horrendamente desfigurados, tenían aspectos particularmente inquietantes. A ambos les faltaban dedos y dientes: se los había arrancado el verdugo. En la armada de los Mercenarios los hurtos son castigados. Venían de los límites de las Tierras Ignoras y no conocían el nombre del hombre que los había engendrado, y los hijos sin padre, como su mismo esposo me lo explicó en la llanuras de Varil, son hijos de la misma vida o de los Dioses.

—Al no conocer a sus padres no podemos excluir la posibilidad de que sean de estirpe real —concluyó la soberana con una leve sonrisa que le fue despejando lentamente el rostro sin que la tristeza abandonara sus ojos—. O divina.

—De hecho, no podemos —retomó Rankstrail—. Vine aquí a pedirle permiso para sepultar a los Mercenarios Arkry, Daverkail y Workail de la infantería ligera, actualmente en servicio en la caballería, en la Cripta de los Reyes.

Rankstrail calló.

También la Reina tardó unos instantes en responderle.

—Será un honor para la ciudad —dijo decidida—. Busque al Senescal y dígame que se encargue de los funerales. Se llevarán a cabo mañana en la mañana todos juntos y con gran pompa. Antes divida el telón: quiero que cada uno de los muertos tenga un pedazo como mortaja.

Rankstrail meneó la cabeza.

—No tengo la espada, Señora mía —dijo estirando los brazos.

—¿Esa también se le partió?

—Pues sí, Señora mía.

La soberana no hizo ningún comentario. Se levantó y sin dejar de cargar a Erbrow sacó su espada, larga y fuerte, con la hiedra en la empuñadura y cortó del telón que Rankstrail levantó y mantuvo templado un pequeño pedazo para Jastrin. El resto se lo entregó al Capitán.

—Papá —dijo Erbrow de nuevo serena.

Su madre se inclinó sobre ella y la miró por largo rato. Algunas personas se habían aglomerado. Los ciudadanos de Daligar habían venido a llorar a Jastrin, el niño que había dado la alarma y que por ello había sido asesinado. Muchos lloraban a sus muertos. Muchos lloraban a los Mercenarios.

La Reina se quedó mirando fijamente a su hija que volvió a repetir otra vez las dos sílabas. Luego se enderezó y se dirigió al Capitán y a la gente reunida.

—Hermanos —dijo con voz clara—. Hermanas. Pueblo de Daligar. Hoy lloramos a nuestros muertos. Lloramos a aquellos que ya no están aquí y jamás volverán a estarlo. Lloremos hoy la tristeza de tener que vivir sin ellos, pero no los lloremos a ellos, porque ellos ahora están al otro lado del viento donde el dolor no existe, ni siquiera el dolor leve de la nostalgia. Aquellos que nos han dejado no están solos en los Reinos de la Muerte porque todos nuestros antepasados los han recibido y consolado y en el momento en el que nosotros pasemos al otro lado del viento los encontraremos esperándonos en praderas infinitas bajo cielos inmensos, donde las estrellas brillan aun al sol. No nos desesperemos mientras los recordamos. Los recordaremos cada año en el aniversario de su muerte, pondremos luces en los lugares que presenciaron su sufrimiento y lloraremos todos juntos su ausencia, porque el olvido es la peor de las vergüenzas. Pueblo de Daligar, no soy más que una mujer, pero tengo el corazón de un Rey. Combatí con ustedes y por ustedes. Pueblo de Daligar, no soy más que un Rey, pero tengo el corazón de una madre, y cualquiera que se atreva a levantar una mano contra mis hijos o contra mi pueblo encontrará en el camino mi espada y mi cólera. Cada vez que mi pueblo y mis hijos lloren, mi corazón llorará con ellos. Combatiré por mis hijos y por Daligar cada vez que sea necesario, y no le temeré a nada con tal de que mis hijos y mi pueblo puedan vivir.

El Capitán escuchó en silencio: la Reina Bruja era una gran líder, había que

reconocerlo. Una líder innata. O más bien se había vuelto una líder poco a poco, día tras día. Al acumular coraje, piedad, justicia, injusticia, genio, barbarie, intuiciones y errores, había aprendido a guiar a un pueblo, a amarlo, a protegerlo en el peligro, a darle valor en la desesperación, a consolarlo ante el dolor de la muerte. Un gran Rey. Uno de esos Reyes que sería recordado después de generaciones para reencontrar el coraje cuando la oscuridad retornara.

Algunos dejaron de llorar y otros comenzaron. La Reina hizo una profunda reverencia ante su pueblo y sus lágrimas, se despidió del Capitán con un gesto y corrió hacia arriba por las escaleras con su hija abrazada al cuello.

Capítulo 25

Los funerales se celebraron.

El mundo estaba regresando a la normalidad.

Los comerciantes habían comenzado a hacer sus recorridos de nuevo.

Los saltimbanquis aparecieron de nuevo.

Hasta los carteristas habían dado señales de vida otra vez.

Las gallinas escarbaban en las calles y en cada esquina se levantaban ventas de pan.

El sol de finales de verano resplandecía inclemente.

Rankstrail estaba en las caballerizas mirando los caballos. Desde que la ciudad estaba libre y abierta, se habían presentado grupos de comerciantes a pedir protección a cambio de oro y trabajo.

Los caballos que uno de ellos había traído para vender estaban alojados en las caballerizas del Palacio de los Reyes del Condado, y partirían hacia Varil algunos días después.

Había una media docena de bayos, dos yeguas, entre ellas una preñada, y un enorme y magnífico caballo negro como las alas de un cuervo, joven y apenas domado.

Garrapata el Magnífico estaba al fondo y sobresalía como una mancha de óxido en una espada brillante. Rankstrail se preguntaba si alguna vez tendría un caballo digno de tal nombre, de tal modo que le pudiera conceder al actual un lugar digno de él, valga decir dentro del caldero de la ración acompañado de algunas cebollas y una cantidad adecuada de habas. Se acercó al caballo negro: era un verdadero corcel, digno de un líder o de un Rey. El Capitán puso lentamente la mano sobre el hocico del animal, que no se apartó, y lo acarició despacio.

Levantó los hombros. De todos modos nunca tendría el valor para poner a su rocín en un caldero con habas. Jamás tendría el oro para comprar el caballo negro. En conclusión, ambas cosas lo llevaban a una misma solución.

Se quedaría con Garrapata. Al fin de cuentas había guiado el contraataque contra los Orcos.

Un ruido llamó su atención: se encontró de frente al Senescal. El viejo Señor había venido a comunicarle que las dos Damas de Daligar reclamaban su presencia en los bastiones. Rankstrail deseó en silencio que se lo tragara la tierra: las dos Damas de Daligar eran ya difíciles una a la vez, y juntas no mejoraban. El Senescal vestía una túnica carmesí y dorada y el cabello blanco le caía sobre una estola hecha con pequeñas láminas de oro y cuadros de seda blanca. Debían ser las vestiduras para las ocasiones oficiales y, por lo tanto, se debía estar llevando a cabo una.

De haber podido elegir, el Capitán habría optado por una compañía de Orcos. No

pudiendo elegir, se puso en marcha.

Se miró las manos sucias, la coraza de cuero y placas de metal que con el tiempo habían cobrado una uniforme tonalidad color tierra y las grebas que tenían fango hasta las rodillas, y deseó con poca convicción no ser el único que no tenía ropa para cambiarse.

Llegó a los bastiones junto a los demás. Estaban en el terraplén que estaba situado en la parte más oriental y más elevada, en donde la luz del día llegaba primero.

Rosalba y Aurora estaban de pie, una al lado de la otra, y el Senescal se les unió. Rankstrail no logró ver la cara de la Reina Bruja que quizá era la única que sabía qué estaba sucediendo porque todos los demás tenían una expresión impasible, mas no exenta de perplejidad. Una multitud se estaba reuniendo rápidamente.

Un grupo de tres soldados estaba removiendo tierra de un espacio que siempre había parecido una terraza pequeña y que resultó ser un enorme sarcófago, por lo menos de diez pies por cinco. Estaba hecho de piedra lisa, no grabada, excepto por un nombre esculpido en caracteres élficos de la segunda dinastía rúnica, unas letras grandes, profundas y sin adornos que Rankstrail conocía poco y mal.

Era un nombre corto: la primera letra era una A, la segunda la R de Rankstrail, la quinta la misma I de todas las lenguas, incluso el élfico, y la más fácil. No podía sino ser él.

ARDUIN

La Reina Bruja había encontrado la tumba de Arduin y la estaba haciendo abrir.

El sarcófago era pesadísimo. A los tres soldados se les sumó otra media docena armados de picas que trataban de usar como palancas, no siempre con éxito. Algunas de las picas se quebraron. Uno de los hombres logró finalmente hacer palanca sobre la ranura que separaba la tapa de la base, y el sarcófago se abrió. En la piedra se habían esculpido largas troneras verticales, idénticas a las que protegían a los arqueros en todo el anillo de los bastiones, de modo que Arduin pudiera estar simultáneamente en la tierra y separado de ella. Era como si hubiera querido hacer un acuerdo entre la sepultura de los Hombres, que en la muerte permanecían separados de la tierra, y la de los Orcos, que por el contrario regresaban a ella, sin que nada los separara de esta. La tierra había invadido el sarcófago mezclándose con piedritas y hojas podridas, de tal modo que tenía el olor de frescura y musgo de los días otoñales, cuando uno sale a buscar hongos. En el sarcófago y lo que quedaba del antiguo Rey, habían encontrado refugio los caracoles, las babosas, algunas lombrices y una familia de musarañas que escaparon en todas las direcciones.

El Rey era enorme; tenía por lo menos siete pies de estatura. Llevaba en la cabeza una corona hecha de placas metálicas, unidas por una lámina sutil de oro sin trabajar. En los hombros llevaba una armadura de cuero y placas de hierro alternados, que le llegaba hasta las rodillas donde comenzaban las grebas de metal; al lado tenía un

escudo largo con salientes de hierro en forma de colmillos superpuestos. Entre las manos tenía una espada que medía mínimo cuatro pies con una empuñadura de unas veinte pulgadas, hecha en metal y piedra para aumentar adicionalmente el peso del golpe y apta para ser empuñada con ambas manos. Un baño de oro no elaborado brillaba sobre la empuñadura y sobre la primera parte de la hoja.

Nada de bajorrelieves, gemas, florituras o arabescos. Solo piedra y acero. Y un baño de oro para recordar la nostalgia y el dolor.

Aurora estaba impasible e inmóvil.

La Reina Bruja se dirigió al Senescal y le ordenó hacer una estatua de Arduin y ponerle donde comenzaba la galería. De siete pies de altura y con una quemadura en la mejilla derecha.

—Pero ¿y las facciones, Señora? No conocemos sus rasgos —objetó el Senescal.

Se hizo un largo silencio que solo el chillido de las gaviotas rompió. La soberana se dio vuelta un instante y le lanzó una mirada de soslayo.

—Visto el tipo de coraza y de armas, no creo que se pareciera a un Elfo —respondió con sequedad.

Luego se movió. Se acercó al sarcófago. Se arrodilló. Alargó la mano y la pasó sobre la corona y luego sobre lo que quedaba de la cara, en una larga y lenta caricia. A lo lejos se oyeron risas de niños y el cacareo de una gallina. Con un esfuerzo considerable hasta para una mujer fuerte, la Reina Bruja retiró la espada de las manos del guerrero y se levantó. Pasó la hoja de la espada por el borde de la capa para limpiarle la tierra y el polvo. El acero estaba intacto y brilló. La Reina habló despacio, articulando las palabras y dejando intervalos de silencio entre las frases.

—Honor a Arduin —dijo—. Su corona lo acompaña en el Reino de los Muertos. Tomamos su arma porque el peligro todavía acecha. Mientras el Mundo de los Hombres esté cercado, necesitará combatir. La respiración de Arduin está en el viento, entre nosotros; su espada estará en nuestras manos. Mientras la tengamos recordaremos a nuestro Rey invencible y sabremos que nunca nadie podrá destruirnos.

Rosalba levantó la espada sobre su cabeza. Era pesadísima. Ningún tipo de ranura le disminuía la resistencia ni el peso.

—Pueden cerrar de nuevo el sarcófago —ordenó la Reina por último. Puso la punta de la espada en el suelo.

El haberla sostenido, así hubiera sido por poco tiempo, le había cubierto el rostro con perlas de sudor.

—Señora mía —objetó el Senescal—, ¡esa espada es demasiado pesada para usted!

Rosalba lo miró y sonrió.

—Todo es posible en este mundo. Hasta que por una única y excepcional ocasión

esté de acuerdo con usted —respondió la reina—. La espada de Sire Arduin es demasiado pesada para mí. No seré yo quien la porte. Varil es el puesto de avanzada oriental, la primera defensa.

Rosalba se dio vuelta con dificultad hacia Rankstrail. Puso la punta de la espada en el suelo entre ella y el Capitán y le ofreció la empuñadura a él.

—Capitán —le dijo—, la próxima vez que proteja al Mundo de los Hombres y a mis hijos prefiero que tenga entre las manos algo que no se rompa.

Se miraron a la cara. Rosalba se volvió áspera de nuevo.

—Mataste al dragón: era mi amigo, era el hermano de mi esposo. Era magnífico. Sin embargo, salvaste a mis hijos. Si un día tu cuerno suena, combatiré por ti y lo mismo harán mis herederos. Si mi cuerno suena, sé que vendrás.

Rankstrail la miró a los ojos un largo rato y después se puso de rodillas. Era la primera vez en la vida que se arrodillaba ante alguien: no le había pedido la bendición a su padre cuando había dejado Varil por primera vez. Había estado dispuesto a arrodillarse frente a Yorsh, pero el destino y la criminal imbecilidad de sus asesinos no le dieron tiempo de hacerlo. Ahora se arrodillaba frente a la madre de los hijos de este, la Reina Bruja de Daligar, valerosa, feroz, desesperada y sola, a veces cruel como los grandes Reyes que la precedieron. Sin levantarse, Rankstrail puso las dos manos sobre la empuñadura y se las miró, oscuras y enormes. Se adaptaban a la empuñadura como si la espada hubiera sido hecha para ellas o como si las estuviera esperando.

En ese momento, el cuerno de los alabarderos de la puerta meridional sonó, anunciando huéspedes distinguidos. Se asomaron todos para ver: no se habían percatado de la llegada de un grupo de caballeros que ahora estaban bajando de los caballos para entrar a la ciudad después de remontar los portones.

Eran una docena, vestidos de terciopelo y brocado, con los estandartes blancos y dorados, los colores de Varil. Rankstrail reconoció al Príncipe Erik y a su tío, el Burgomaestre.

Bajó a recibirlos. Llevaba empuñada la espada de Arduin y era incapaz de identificar la sensación. Era como si el barro hubiera desaparecido de su calzado. Como si su coraza brillara más que la luna en las noches de invierno. En realidad, era su alma la que centelleaba más que el sol de los días de verano cuando las cigarras zumban en la hierba seca y las amapolas resplandecen con su color. Cuando estuvo frente a la delegación los saludó con cortesía, haciendo un gesto con la cabeza. Sin esa espada entre las manos, todavía hubieran tenido el poder de intimidarlo. Ahora él tenía la espada del Señor de la Luz, el gran Rey que había nacido Orco y que había elegido no serlo.

Le había sido dada la espada de aquel que había querido ser el último de los Orcos. Nada de bajorrelieves, gemas, florituras y arabescos. Solo piedra y acero. Y un

baño de oro para recordar la nostalgia y el dolor.

Después de que los recibió y los saludó, los otros respondieron con una reverencia. Habían venido a ofrecerle el Comando de la ciudad de Varil.

Como le explicó el Burgomaestre, la ciudad corría el riesgo de ser sitiada de nuevo. La avalancha de agua y fango liberada de las esclusas seguía protegiendo la base de la colina sobre la cual se erguía Varil, pero a lo lejos, en los arrozales, pululaban los campamentos de Orcos, y cada día se veían aumentar sus fuegos porque nuevas bandas se les unían. Cada día llegaban al Anillo Externo nuevas familias que huían de los ejércitos enemigos, nuevas personas caídas en la desgracia y la desesperación. Desde hacía días la aristocracia de Varil había reunido al Concejo de la ciudad para establecer los nombres de aquellos que debían comandar la expulsión de los Orcos, pero lo único que pudieron establecer fueron los nombres que integrarían la comisión que vendría a llamarlo a él para que comandara la expulsión de los Orcos. Desde el principio el Príncipe Erik había propuesto la única idea viable: darle a él el Comando de la ciudad y proponerlo para ser elegido Rey.

Las Ordenamientos de la ciudad especificaban que los comandantes de Varil fueran escogidos entre los hombres que habían pertenecido a ella por generaciones, pero en caso de peligro absoluto la regla podía ser violada, porque cuando no había más descendientes de las estirpes y de las dinastías, se acudía a alguien que fuera capaz de fundar una de esas estirpes y de esas dinastías.

Rankstrail aceptó.

La delegación le ofreció el símbolo del comando: el collar con las insignias de la ciudad hecho en placas de oro en bruto y esmaltado, alternadas de modo que reproducían los colores de los estandartes. Estaba dentro de un cofre de madera forrado en terciopelo blanco y brocado dorado.

Rankstrail asintió de nuevo. Apretó la empuñadura de su espada: sintió la piedra y el hierro bajo la palma de sus manos. Pensó en el gran Rey. Lo habían llamado Arduin el Justo. Él sabría ser digno de su espada. Luego habló.

—Hasta que tenga aliento —declaró—, será un honor para mí combatir para que la ciudad pueda ser libre y prosperar. Si tengo que morir para que eso suceda, lo haré. Todos nosotros tenemos la responsabilidad de que nuestro pueblo sea libre, libre de aquellos que consideran un honor matar a nuestros hijos, de aquellos que después de haberlos degollado bailan mostrando las manos que chorrean sangre. Nuestra responsabilidad será liberar a nuestro pueblo de la miseria que penetra en las noches de invierno en los tugurios sin calor y se lleva a los niños con una crueldad que roza la de los Orcos; liberarlo de la tos que desangra a los desnutridos haciéndolos esputar la poca sangre que los zancudos y los piojos no se han chupado aún en los bordes de los pantanos tan insalubres que sería una deshonra obligar a un perro a vivir allí; liberarlo de disputarse la propia carne con las garrapatas durmiendo en la paja de los

cerdos. Es nuestra responsabilidad, y lo haremos, combatir para que los caminos sean seguros de tal modo que los comerciantes puedan viajar de nuevo, de tal modo que los artesanos comiencen otra vez a trabajar y la riqueza se multiplique como las ranas de los estanques en primavera. Es nuestra responsabilidad, y lo haremos, hacer seguros los Confines para que los frijoles y las coles puedan ser cultivados de nuevo sin que nadie se abata sobre el Pueblo de los Hombres como un lobo en la noche o un chacal en la oscuridad. Es nuestra responsabilidad, y lo haremos, devolverle al Pueblo de los Enanos la libertad, la dignidad y las minas y subsanar las injusticias cometidas. Es nuestra responsabilidad y lo haremos, abastecer las reservas para que en los periodos de escasez siempre estén lejanos. Es nuestra responsabilidad y lo haremos, suministrarle una curandera, incluso a las aldeas más lejanas, para que las quemaduras no se conviertan en llagas, los huesos rotos puedan enderezarse y los niños puedan encontrar que una sábana limpia los espera al nacer. Es nuestra responsabilidad, y lo haremos, suministrar también maestros viajeros que se trasladen de una región a otra, incluso hasta los lugares más olvidados de las Tierras Notas; porque no saber leer y no poder escribir es un sufrimiento, y ningún hombre, mujer o niño debe estar condenado a ello. Como Sire Arduin dijo, es necesario hacer dos guerras simultáneas, una contra los Orcos y otra contra la injusticia: los pueblos justos combaten con mayor valor. Los muertos de hambre combaten mal.

La delegación recibió sus palabras con un largo silencio. Al final el Burgomaestre lo miró, le hizo una profunda reverencia y dijo:

—Sí, Señor mío. Lo haremos. Usted nos guiará y lo haremos.

Los otros también le hicieron una reverencia.

El Burgomaestre tomó el collar y se lo puso, se lo enganchó sobre la coraza color fango.

En este momento la delegación le puso en las manos un segundo cofre de madera con remaches de oro y finalmente, con una última y profunda reverencia, se despidió.

Rankstrail tuvo la impresión de que el Príncipe Erik lo miraba de una forma extraña, alternando las miradas con leves gestos de negación, como alguien que tiene algo para decir pero no se atreve porque el contexto no es el apropiado.

Después de que partieron Rankstrail abrió el cofre. Contenía más oro del que nunca antes había visto. De hecho, contenía más oro del que nunca había imaginado. Podía comprarse todo el Anillo Externo y aun así quedaría fabulosamente rico. Comenzaría por allí. Usaría algo para el Anillo Externo que pululaba desesperado de campesinos sin tierra, herreros sin hornos, carreteros sin carretas ni asnos, gente sin nada. Sin embargo, conservaría una parte y se la gastaría en sí mismo: le gustara o no, ahora que iba a comandar la ciudad tenía que tener vestidos, armas y... un caballo digno de tal rol. Era una de sus obligaciones.

Finalmente le podía garantizar a Garrapata el Magnífico, que había guiado dos de

las tres cargas victoriosas que habían liberado al Pueblo de los Hombres, una vejez serena en un establo bonito, rodeado de campos llenos de tréboles, alfalfa y flores hasta el horizonte.

Capítulo 26

Rosalba estaba cansada. Ante el olor a musgo de la tumba del Rey, deseó poder tenderse en la tierra y quedarse allí en paz durante los siglos venideros. Ella también quería quedarse en la oscuridad, en un reino silencioso de caracoles y lombrices. Su vida le parecía una serie de inútiles mañanas que tenía que dejarse deslizar por encima, como el agua sobre una piedra, para arribar finalmente al perfume de tierra húmeda y hojas podridas del sarcófago de piedra.

Ella también tendría que acordarse de mandar a hacer los cortes de las troneras.

Ese no era el único pensamiento que lograba darle algún consuelo a su desgarradora sensación de cansancio.

Había otro: el pensamiento de su casa. Se entretenía con las imágenes del mar. Veía las ondas lentas y largas de las tardes de otoño, las tormentas del invierno, los temporales del verano cuando el agua se convertía en una pared y el granizo flotaba sobre el mar junto a la espuma de las olas gigantescas y brutales. El recuerdo de la playa alargada entre los dos promontorios como un dragón dormido al sol la consolaba.

Quería ir a casa.

A su casa, a la que había levantado con Yorsh.

Caminaría por la arena buscando las huellas de Yorsh sin encontrarlas, pero estarían los pasos de sus hijos. Quería verlos crecer en la casa que ella había construido junto a su padre amontonando piedras, conchas y pedazos de madera traídos por el mar.

Llamó al Senescal y lo mandó a buscar a Aurora. Tardó. Después finalmente alguien recordó que a la Dama de Daligar le gustaba terminar el día sobre las escarpas orientales, con los ojos perdidos en el horizonte por donde pasaba el Dogon como una cinta brillante bajo la última luz del atardecer.

Aurora llegó con su paso ligero. Tenía el atuendo de color gris perla que usaba cuando estaba en los puestos de enfermería. Era un vestido sencillito, casi como el de una mujer del pueblo, pero aún así Aurora se permitía llevar sus complicadísimas trenzas enrolladas en volutas rígidas y precisas con hilos de oro y minúsculas perlas. Robi se preguntó si alguna vez alguien la habría visto con el cabello en la cara o sobre los ojos. En ese caso, estaría escrito en los anales.

Sentada en el trono de piedra la soberana le anunció a la Dama Aurora la intención que tenía de irse de Daligar: regresaría con sus hijos a Erbrow, la aldea dragón. Rankstrail protegería a Varil. A la Dama Aurora la esperaba comandar Daligar.

Rosalba cerró los ojos y se recostó en el espaldar. Lo había logrado. Terminaba allí. Unos días más todavía y tendría el ruido del mar para hacerle compañía en las

largas noches de insomnio.

Sintió un destello de serenidad brillar en su alma llena de oscuridad. Solo debía escuchar una serie de agradecimientos emocionados por parte de Aurora, sonreír con gracia ante su eterna gratitud y por fin sería libre.

El tiempo pasó. Dado que nada rompía el silencio salvo el eterno cacareo de las gallinas en los patios, Rosalba decidió abrir los ojos de nuevo. Aurora estaba impasible como de costumbre. Ningún sobresalto de alegría le iluminaba el rostro; aun en la penumbra Robi tuvo la sensación de que tenía los ojos más sombríos que de costumbre.

—Me temo que el proyecto sea irrealizable, Señora mía —dijo por fin.

—¿Irrealizable? —repitió Rosalba.

—Irrealizable —confirmó Aurora.

La Reina sintió que la rabia resurgía en su alma cansada. Tarde o temprano llegaría el día en el que lograría hablar con Aurora sin sentir deseos de estrangularla, pero no era este.

—Señora mía —Aurora se decidió a explicar—, soy la hija de mi padre, el Juez Administrador, el hombre que hizo ahorcar a sus padres y abatir a su esposo como se abaten los perros rabiosos. Es un hombre loco, enfermo y también vil. Mientras usted esté sentada en ese trono, ni él ni ninguno de los buitres que lo acompañaron en su fuga abandonando la ciudad a los Orcos se atreverá a moverse. El día infortunado en el que yo tenga que sustituirla a usted en el mando de la ciudad, mi padre y toda la corte se abalanzarán a retomarla. Todos me recordarán como la niña buena que decía «Sí señor», y yo tendría que demostrar a capa y espada que esa niña desapareció para siempre. Por mucho que mi padre me repugne, por mucho que conozca todos sus crímenes, quisiera que me dispensaran el tener que tomar las armas contra mi misma sangre, no solo porque al hacerlo tendría que enfrentar tinieblas que me agradecería olvidar, sino, y más importante aún, porque arrastraría a la ciudad a una guerra fratricida que destruiría todo lo que se salvó de los Orcos.

Rosalba se quedó petrificada. Reconocía que el discurso de Aurora era tan razonable que era obvio, pero curiosamente eso no le disminuía las ganas de estrangularla.

Finalmente logró estar de acuerdo.

La desesperación se le desplomó encima como un sudario.

Ya no podía escapar.

Su playa, las cigarras, la cascada, las olas del mar: todo se convertía en un espejismo.

—Me temo que tenga usted razón —dijo al cabo, sombría.

Estaba aprisionada, atrapada en la ciudad que había visto el ahorcamiento de sus padres y había recibido la muerte de su esposo como una fiesta.

No podía regresar a casa.

El silencio descendió, luego Aurora prosiguió.

—Señora mía —agregó—, con su permiso, desearía dejar esta ciudad e unirme a Varil: quiero establecer mi residencia allí.

Se hizo otro silencio, también este interrumpido solo por los pollos.

—Ni usted ni nadie necesita mi permiso para vivir donde más le agrada. Pero ¿por qué Varil? —preguntó Rosalba—. ¿Qué hará allí? Usted nació aquí.

Estaba perpleja; claro que al escuchar esta información sentía alivio: si tenía que quedarse en Daligar, al menos no tendría que convivir con Aurora. Sin embargo, sentía curiosidad.

—De hecho nací y siempre viví aquí. Aquí soy y siempre seré la hija de mi padre. En Varil simplemente seré yo. Además creo tener un don como curandera. Al ser Varil el puesto de avanzada, el primer lugar donde la guerra comienza y el último donde termina mucho después que en los demás lugares, podría ser más útil que aquí. Los heridos podrían beneficiarse de mis curaciones y los guerreros de mi arco.

Robi estuvo de acuerdo de nuevo. El deseo de volver a ver el mar le pareció tan fuerte que era casi tangible.

Recuperó la calma: sería cuestión de tiempo, pero lograría regresar a casa. Con calma, podría alejarse para volver a la playa de Erbrow: al comienzo durante periodos cortos, luego cada vez más largos. Con calma crearía las condiciones para confiarle Daligar a un Gobernador.

¡Un camino!

Era necesario reabrir la garganta, construir rampas que bajaran hasta la playa bajo la vertiginosa cascada del Dogon, reconstruir las escaleras para la antigua biblioteca y salvar los volúmenes que todavía contenía. El camino entre Daligar y Erbrow sería cómodo y accesible como en los tiempos antiguos, y como en los tiempos antiguos tendría montada en la parte central la torre del conocimiento, antigua morada de los dragones.

Erbrow era un puerto natural. Crecería y prosperaría. Se convertiría en la Ciudad Dragón. Las barcas saldrían todas las mañanas con sus redes.

La pesca se sumaría a las cabras y a las gallinas para que el hambre se convirtiera en un recuerdo cada vez más vago.

¡La sal! En la playa había grandes mareas y un viento seco del Sur. Yorsh le había contado que en la segunda dinastía rúnica había grandes salinas sobre la costa. Estaban descritas en los anales.

Robi cerró los ojos y todo se llenó de azul y dorado. Grandes figuras geométricas de un blanco deslumbrante, interrumpidas por molinos que usaban la fuerza del viento para mover el agua, brillaron bajo el sol, contra el mar, bajo el verde del acantilado donde pendían los tojos y los alcaparros en flor. Vio el puerto lleno de

velas. Vio animales increíbles: una especie de vaca con manchas y un cuello larguísimo, un absurdo asno con rayas blancas y negras.

Las anchoas y los cerdos se podrían conservar con la sal y así la escasez de alimentos no sería ya una amenaza.

Rosalba se preguntó qué y quiénes habría al otro lado del mar.

Regresaría a Erbrow, pero después: no antes de haberla hecho fuerte y espléndida como la niña que llevaba el mismo nombre y como el dragón que ya no lo llevaba más porque había dado la vida por ellos. Hasta entonces viviría en Daligar, la ciudad que había combatido con ella, que había sufrido hambre con ella, que había roto el asedio con ella y que llevaba su bandera: la flor de la sangre derramada por la libertad del Pueblo de los Hombres sobre el fondo blanco de su inocencia.

La voz de Aurora interrumpió sus pensamientos.

—Señora mía, tengo intenciones de partir lo más pronto posible, antes del amanecer de mañana: ¿hay algo más que quiera comunicarme?

Rosalba se sobresaltó. Se había abstraído de tal forma que había olvidado tanto su propio cansancio como la presencia de Aurora. Se puso de pie para despedirse, agradecerle y cumplir con todas las formalidades del caso. El hecho de que Robi encontrara insoportable su inconmensurable perfección no disminuía la fuerza, la lealtad, el coraje y la inteligencia de Aurora, ni disminuía el número de veces que le había salvado la vida.

Por primera vez Robi se dio cuenta de que Aurora llevaba al cuello un dije con una especie de concha transparente entretejida con oro que se abría de lado como en dos alas. Era sutil y bello: era como si el alma misma de la liviandad hubiera quedado atrapada en el cristal. Pendía de un cordón de cuero trenzado gastado. Aurora percibió la mirada.

—Era de mi madre —explicó.

—¿Y el cordón? —preguntó Rosalba: era una forma insólita de llevar al cuello una joya tan suntuosamente refinada.

Aurora se ruborizó con intensidad. El rubor llegó hasta el nacimiento del pelo y le dio durante unos instantes un aspecto casi infantil.

—¿Esto? Era la cuerda de mi primer arco: me lo regalaron de niña y significó mucho para mí —respondió avergonzada.

Rosalba pensó en un regalo del padre, algo que ligaba a Aurora a un afecto filial del cual por otro lado se avergonzaba. Luego recordó una conversación que tuvo una vez con Yorsh: los Elfos se enamoran siendo muy jóvenes, a veces desde niños, y para siempre. Sucede con frecuencia que en el primer encuentro se intercambie o se regale un juego, algo que luego pueda ser conservado y legado como una prenda de amor. Quizá la regla también era válida para quienes eran solo mitad Elfos. Le preguntó a Aurora en un tono plano y distante quién le había regalado el arco.

Aurora se ruborizó de nuevo hasta la raíz del cabello.

—El Capitán Rankstrail lo hizo para mí —logró responder con naturalidad—. Él había derrotado a los Saqueadores Negros que habían aterrorizado las landas meridionales, y entonces, aunque era muy joven y no hacía parte de la aristocracia, le fue confiado ser mi escolta, así fuera solo por un día, cuando yo era niña. Fue él, en ese único día, el que me enseñó a usar la espada y el arco. Por suerte mi padre nunca lo descubrió...

—Debió haber sido un gran maestro —comentó Rosalba sonriendo—. Eres el guerrero más grande que un comandante pueda soñar.

Aurora a su vez sonrió.

—Soy un Medio-Elfo, Señora mía: tengo la puntería de un Elfo y algo de la barbarie de los Hombres. Y usted, Señora mía —agregó alegremente y por una sola vez casi descomplicada—, es el comandante más grande que un guerrero pueda soñar.

—¿Más grande aun que el comandante Rankstrail? —preguntó con malicia.

—Digamos, con su permiso, que el Capitán Rankstrail es el único líder que puede igualársele.

Se miraron mientras sonreían.

—¿Cómo está el Cabo Lisentrail?

—Su vida con seguridad está fuera de peligro.

—Me alegra. ¿Cuándo estará en condiciones de dejar la ciudad?

—Dentro de pocos días, pero tendrá que hacerlo en un carromato, Señora mía. Su vida está a salvo, pero sus piernas quedaron incapacitadas para sostenerlo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Sabe, cuando fui a agradecerle por haber salvado a mi hija, la conversación tomó un giro inesperado. Aprovechando la certeza absoluta de que ahora no le retorcería ni un cabello, y esas fueron sus palabras, el Cabo me contó que fue él y no el Capitán Rankstrail, quien ordenó la matanza del dragón. El Capitán estaba dispuesto a pagar con su vida el haber desobedecido la orden de atacarnos y Lisentrail no estaba dispuesto a permitirselo. El sacrificio del dragón nos salvó a todos.

—En las últimas horas también me llegó el rumor —confirmó Aurora—. Todos los soldados que estaban en la garganta de Arstrid me lo confirmaron, y cuando un hombre está herido y no sabe si verá otro amanecer no miente: fue Lisentrail el que dio la orden. ¿Lo castigaré?

—Simbólicamente. Lo condecoré con casi la mitad de mi collar y lo expulsé de Daligar. Es necesario que me vuelva más parca con estas placas: no me quedan suficientes para otra guerra. En cuanto a la expulsión difícilmente se me ocurre un castigo menos doloroso. Lo único que Lisentrail espera es estar lo suficientemente

bien como para poner sus piernas enfermas en un carromato junto a su esposa y los dos pollos que esta posee, e irse con todo para Varil. Lo espera el título de Regente del Anillo Externo. No sé exactamente lo que significa, pero si Rankstrail se lo asignó, debe ser una función donde el sentido común del Cabo será útil para todos y que podrá desempeñar sin sentirse avergonzado por los dedos que le faltan y por su lenguaje no siempre aristocrático, entre sus pollos y sus hijos cuando los tenga — Rosalba sonrió—. ¿Sabe?, también mi hija le hizo un regalo al Cabo.

—¿Su hija?

—Sí, la llevé conmigo. Apenas lo vio le dio un largo abrazo, aunque había estado con él solo unos instantes. Creo que esto le dio la tranquilidad suficiente para motivarlo a contarme la historia de la garganta de Arstrid.

—¿Puedo preguntar cuál fue el regalo de la pequeña Princesa?

—Una pequeña pelota hecha de retazos, no sé ni siquiera quién se la dio.

Aurora sonrió de nuevo, pero luego se puso seria.

—Me pregunto por qué el Capitán jamás se disculpó —agregó pensativa.

Rosalba pensó mucho antes de responderle. Conocía bien la respuesta: lo que estaba tratando de establecer era si Aurora en realidad había tenido necesidad de formular la pregunta o si por primera vez quería concederle a la Reina la ilusión de ser, entre las dos, la más sabia. En vista de que no era importante, decidió responderle:

—Porque un verdadero comandante asume la responsabilidad de sus hombres. Una decisión suya puede hacer que estos vivan o mueran: por consiguiente, del mismo modo que un verdadero comandante asume la responsabilidad de la vida o la muerte de sus hombres, debe asumir la responsabilidad de las acciones y los errores de ellos y debe estar dispuesto a pagar por ellos —dijo finalmente.

Aurora asintió. Por primera vez en la vida Rosalba experimentó una inmensa ternura hacia ella. Su opinión sobre ella cambió: la veía como una niña inteligentísima y valiente, atormentada por el afecto y el desprecio hacia un padre cruel y demente, u con el amor por el joven Capitán encerrado en su corazón.

—Además de liberar los arrozales, Varil tiene que resistir las hordas que podrían abatirse por la llanura oriental, y también organizar las defensas de los Confines. Nunca puede volver a suceder que los Orcos nos ataquen sin que estemos preparados. Aquí la situación evoluciona bien. Estaría más tranquila si usted llegara a Varil de inmediato y se llevara con usted a quienes se ofrezcan a seguirla voluntariamente. Los Mercenarios de Rankstrail que quedan en la ciudad irán con seguridad. Les garantizaré el triple del pago acostumbrado. Los comerciantes a los que les brindamos protección han llenado nuestras arcas con sus tributos y es hora de empezar a usarlos. No se combate por dinero, pero es justo que quien combate reciba un pago y que este además sea bueno. Esos hombres necesitan dinero porque están

conformando familias y aman a su Capitán. Irán. Parta pronto, así llegará antes de que la noche termine. Es probable que mañana el Capitán Rankstrail ponga en marcha el ataque para liberar los arrozales y cincuenta hombres armados más podrían resultarle fundamentales. En este momento Varil es el puesto de avanzada que hay que reforzar.

Aurora se permitió de nuevo una sonrisa que le iluminó los ojos y luego recobró su impassibilidad.

—Sí, Señora mía —respondió con una leve reverencia.

—Nunca le he agradecido el haberme salvado la vida —concluyó Rosalba para despedirse—, todas las veces que me salvó la vida. Nunca le he agradecido su lealtad, la fe inquebrantable que tuvo en una victoria imposible cuando nadie, ni siquiera yo, creía en una. Nunca le he agradecido su ternura hacia mi hija: debe ser absoluta por la forma como la pequeña se ilumina apenas la ve —agregó hablando despacio, con un esfuerzo que a cada frase se hacía más leve—. El odio que sentía hacia su padre me cegó y cometí crueles injusticias contra usted. Nunca le agradecí por llamarme «Señora mía». Usted fue la primera en hacerlo, y al menos en dos ocasiones sirvió para darme autoridad en situaciones donde el riesgo de no tenerla en abundancia hubiera sido mortal. Jamás hubiera logrado combatir y vencer si usted no lo hubiera hecho conmigo. Sin usted yo estaría muerta y los hijos del último Elfo habrían muerto conmigo; la ciudad de Daligar se habría convertido en una landa de fango, casas derruidas y huesos descarnados por los perros. Usted salvó mi vida y la de mis hijos al traer aquí su coraje y al dejar un lugar donde estaba a salvo para arriesgarse a morir con nosotros. Le pido perd...

—Usted salvó mi vida —interrumpió Aurora—, desde el primer día en el que me crucé con usted. ¿Lo recuerda? Yo estaba en mi palanquín y usted estaba encadenada, cubierta de harapos, sangre y morados. Todos nosotros, y yo en primer lugar, agachábamos la cabeza ante mi padre. Usted estaba combatiendo. Solo cuando la vi comprendí que el combatir era una elección posible. Cada vez que el miedo y el desaliento eran más grandes que las paredes de la habitación donde estaba recluida, la recordaba a usted, su cara cubierta de lodo y sangre coagulada, su mirada que, al contrario de la mía, no se bajaba. Jamás se me había ocurrido que uno podría elegir no bajar la mirada, ¿comprende? Si usted podía batirse, también yo podría hacerlo. Después de la muerte de mi madre, fue usted una de las dos luces que brillaron en la oscuridad de mi juventud. Comprendo el amor de su esposo por usted, por su coraje, por su fe y también, con su permiso, Señora, por su fiereza. Le guste o no, es uno de los componentes de ese coraje particular que tienen los Hombres, que siempre les permite levantarse de nuevo para hacerle frente a cualquier cosa.

Aurora tomó aliento, luego una sonrisa tímida la iluminó.

—Señora mía... Argniolo... El Senescal y yo recogimos sus... sus... sus restos y

los sepultamos en el cementerio de Daligar.

Rosalba la miró. Al oír nombrar a Argniolo, el recuerdo de la muerte de Yorsh se despertó como una quemadura que se rasguña, y durante algunos instantes fue incapaz de hablar. La Reina Bruja se quedó de pie, en silencio, con los ojos en los de Aurora. Cuando le salió la voz de nuevo, logró darle las gracias a Aurora por haberse encargado de esa tarea, en un tono calmado y plano como se agradecen otros pequeños favores: haber tendido la ropa o haber trasplantado los geranios. Argniolo también debió tener una historia.

—Quiero darle a usted también un pedazo de mi collar —dijo mientras se lo quitaba y comenzaba a ocuparse en ello. Ahora había adquirido una discreta velocidad—. Si lo acorto un poco más, podré convertirlo en un brazalete, pero puedo permitirme prescindir de una última placa y quiero sin duda alguna que sea para usted. Una prenda de mi amistad: nunca le faltará.

—Con infinita alegría, Señora mía —aceptó Aurora—, con infinita alegría. Se la agregaré a mi collar. Cuando era poco más que una niña deseé tener un collar... ¿cómo decirlo? Un collar como el que tengo, y me agrada mucho tener también una prenda de su amistad.

Aurora hizo una reverencia y se despidió, orgullosa y bellísima.

Rosalba la vio alejarse. Por primera vez no experimentó ningún tipo de resentimiento o de rencor, solo gratitud y ternura.

Se quedó pensativa durante un largo rato. No tenía dudas de que la segunda luz que había iluminado la juventud de Aurora fuera aquel que le había regalado el arco, y por primera vez se dio cuenta de las espantosas tinieblas por las que la otra había vagado dentro de sus vestidos de brocado y plata con los ganchos de perla en el cabello.

Rosalba se abandonó a pensamientos nuevos, verdades quizá obvias que sin embargo se le habían escapado y que le fascinaron, como el descubrimiento de un continente desconocido. Consideró la relatividad de los conceptos de derrota y de victoria: en ese, que ella había juzgado como uno de los momentos de más oscura desolación de su existencia, estaba por el contrario dándole luz a una vida diferente. Consideró, y esto la emocionó tanto como el aprendizaje de una lengua nueva, hasta qué punto a veces aquello que reconocemos en la mirada de los otros es tan solo el fantasma de nuestras sombras. En el inexistente desprecio en la mirada de Aurora, ella siempre había proyectado el miedo de que su propia tosquedad y barbarie la separaran de Yorsh y había correspondido esa mirada con un resentimiento vigoroso que había perdurado durante años en contra de cualquier sentido común.

Ella era ella. Habían sido su tosquedad de ser humano y su sangre de Orco los que le habían dado la barbarie y el coraje para salvar a Daligar, a sus hijos y al mundo. Yorsh y Aurora la habían amado no a pesar de ser ella, sino porque era ella.

La barbarie, sin embargo, aunque era parte innegable de la mezcla, había que considerarla una virtud preciosa que había que racionar con cuidadosa parsimonia. La Reina llamó al Senescal y le dio la orden de sepultar lo mejor que pudiera los cuerpos de los Orcos y sobre todo lo que quedaba de sus cabezas y de hacerlo lo más pronto posible. Le ordenó que creara un cementerio para los Orcos en el centro del bosque, lejos de los caminos, para evitar la tentación de profanarlo, y le recomendó que fuera un lugar...

—¿Decente? —sugirió el viejo señor.

—Decente —confirmó la Reina.

—Están los bosques de castaños, detrás del claro donde el Capitán Rankstrail hizo construir los campos para los prisioneros.

—Creo que ese lugar está bien —respondió Rosalba.

No quería que los hijos de Yorsh crecieran en una ciudad donde sobre los panes y la miel de las meriendas se posaran las moscas que acababan de darse un banquete en las órbitas de las cabezas amputadas.

Después de que el hombre se despidió, la Reina de Daligar pensó un largo rato en Aurora y Rankstrail; pensó que desde hacía tiempo debía haberlo percibido...

Les deseó a ambos, con toda la fuerza de su alma, poderse amar por mucho tiempo, tener hijos e hijas y verlos vivir y crecer y prosperar.

Les deseó que vieran nacer a sus propios nietos y después a los hijos de los nietos.

Les deseó que murieran muy viejos, juntos, tomados de la mano.

Luego se puso a llorar. Fue un llanto atroz, irrefrenable, larguísimo, sacudido por sollozos que la agitaban como el viento de otoño a una hoja. Se acurrucó en el trono de piedra donde también Arduin había llorado la desesperación de la pérdida irremediable de su esposa. Rosalba sintió todo el dolor que hasta ese momento había logrado confinar en un rincón de su alma, gracias a la premura de las batallas que debía combatir. Ahora la guerra había sido ganada y nada la apartaba del pensamiento de que su esposo se había perdido para siempre al otro lado del viento y de las estrellas.

Tenía una mano sobre la empuñadura de la espada de Yorsh y la otra sobre la esfera de jade verde de Arduin.

Rosalba lloró casi toda la noche. El frío se hizo insoportable. El trono de piedra era helado. Comenzó a temblar. Se levantó del trono y se arrastró hacia sus habitaciones. En el centro del gran lecho cubierto de telas orladas con encajes complicados, sutiles y preciosos, los cuerpecitos tibios de sus hijos respiraban tranquilos. Rosalba se liberó de sus armas, se acostó debajo de la cobija al lado de sus criaturas y las abrazó. La tibieza se le contagió. Los sollozos se acallaron. Su hija se despertó. Miró a la madre a la luz del fuego que calentaba la habitación en la enorme

chimenea de piedra. Le tocó el rostro bañado en lágrimas.

—Mamá, daño —dijo disgustada.

—Ya pasó —dijo Rosalba.

La niña asintió. Era la hija de ellos. Tenía los ojos de Yorsh. Junto a ella dormían sus hermanitos, los niños de ellos, suyos y de Yorsh. Al otro lado de los gruesos muros, bajo las últimas estrellas, dormían las otras criaturas de la ciudad. Yorsh estaba al otro lado del viento, pero aun así cada instante de su vida sería un regalo inestimable y ella lo disfrutaría.

Rosalba abrazó a Erbrow y hundió el rostro en sus rizos negros.

—Papá aquí —dijo la pequeña.

—¿Viste a papá? ¿Soñaste con papá?

La niña asintió de nuevo.

—Papá aquí —confirmó. Luego puso la manito sobre su pecho con decisión—. Bella —agregó.

—Viste a papá y te dijo que eres bella —tradujo Robi.

Erbrow asintió. Robi se preguntó hasta cuándo conservaría el recuerdo del padre. Se sintió feliz de que hubiera soñado con él.

Erbrow alargó la manito hasta el dije de jade de la madre.

—Ete oto papá.

—Este otro papá. ¿Había otro papá? ¡Otro hombre! ¿Había otro hombre que tenía esto? ¿El dije?

La pequeña asintió.

—¿Lo viste?

De nuevo señaló la chimenea.

—Robuso y ñero.

—Era robusto y negro. ¿Un hombre grande, robusto y oscuro? ¿Con una capa oscura? ¿Y llevaba este dije al cuello? ¿Viste a un hombre grande, robusto, con ropa oscura que llevaba este dije al cuello?

Erbrow asintió de nuevo. Luego se pasó la mano por la mejilla izquierda y se ensombreció.

—Daño.

—¿Tenía la mejilla... herida? ¿Herida por el fuego?

—Daño —confirmó la niña sombría. Luego sonrió otra vez y se puso la manito sobre el pecho—. Bella —repitió contenta.

—¿Él también dijo que eres bella?

La niña asintió. La madre la estrechó contra su cuerpo.

Se quedó un largo rato mirándola: quizá solo había sido un sueño, un sueño extraño en el que la niña había recordado al padre y de algún modo había imaginado el verdadero aspecto de Arduin.

Quizá su hija leía el pasado como ella veía el futuro y había logrado descifrarlo en las sombras.

O quizá la muerte existía y era un lugar diferente a la nada, un lugar del cual se podía retornar a veces, para traer un saludo propio. Quizá a Yorsh y a Arduin les habían concedido atravesar los cancelos para saludar a la criatura por cuyas venas la sangre de los Elfos corría junto a la de los Hombres y a la de los Orcos.

Vio, sobre el baúl donde Parzia había puesto las camisitas de lino de los bebés, las de Yorsh bordadas con azul y las de Arduin con verde, el trompo y el caballito de madera que Solario había tallado para Erbrow y le sonrió a su generosa hija que había renunciado a los juguetes para que sus hermanitos no se quedaran sin nada. Le preguntó a su hija dónde estaban la muñeca y la barquita: se dio cuenta de que hacía días que no las veía.

—Más —respondió estirando las manitas.

Rosalba se sintió mal.

Eran los juguetes que su padre y su madre habían hecho para ella, los que Yorsh le había devuelto salvándolos de su casa destruida. La ternura la invadía cada vez que veía a Erbrow sostenerlos en las manos.

—¿Ya no los tienes, se te perdieron? Oh, no —dijo de repente.

Se arrepintió de inmediato. No le importaban para nada los juguetes. Lo único que le importaba eran sus hijos. No quería, en esa noche llena de ternura, entristecer a Erbrow por la pérdida de la muñeca y la barquita, aunque era todo lo que le quedaba de su infancia. Es normal que los niños sean distraídos. El destino de los juguetes es perderse, romperse, ser olvidados.

Erbrow ni se descompuso ni se entristeció.

—Akkail —explicó con serenidad.

—¿Rankstrail? ¿Se los diste al Capitán Rankstrail? —preguntó Rosalba sorprendida—. ¿La barquita y la muñeca? ¿Al Capitán?

—Akkail, Aoa. Hijos —volvió a explicar Erbrow y estiró las manitas de nuevo, con el gesto con que uno explica algo que en realidad es muy obvio.

—¿Rankstrail, Aurora? ¿Se los diste a Rankstrail y a Aurora para sus hijitos?

Erbrow asintió y luego bostezó. Rosalba estalló en una suave risa. Era la primera vez desde que Yorsh había muerto que escuchaba su propia risa.

—Muy bien, pequeña, hermosa idea. ¿Ya les dimos el regalo de bodas a esos dos?

Estaba hablando sola. Su hija había cerrado los grandes ojos azules y se había deslizado en el sueño. El largo camino de ternura de la muñeca y la barquita no se detenía: ahora les correspondería a los hijos de Aurora y del Capitán.

—Fue en realidad una buena idea —agregó en voz baja, hablándole a la niña dormida—. Fuimos los primeros en darles un regalo: quedamos muy bien y además nos ahorramos tener que comprar algo más caro, en este Condado, después de treinta

años de Juez Administrador y un mes de asedio de los Orcos, es mejor cuidar el oro y la plata.

Luego, con horror, recordó haber maldecido a Aurora.

El pensamiento contrajo la dicha de ese momento, como una helada sobre las flores de abril.

Rosalba jamás había orado.

Nunca en su vida les había elevado una plegaria a los Dioses.

Si no podían hacer algo, para qué rezarles. Y si a pesar de poderlo todo permitían el dolor, la miseria, la arbitrariedad, la justicia pisoteada, la inocencia traicionada, entonces con mayor razón prefería descender a los Infiernos que elevarles una plegaria. No había orado cuando sus padres fueron ahorcados. No había orado ante la muerte de Yorsh. No había orado para que sus hijos nacieran sanos; no le parecía decente mientras que a otras mujeres que nunca habían hecho mal alguno les nacían niños con terribles deformidades en el cuerpo o en la mente. Nunca había orado.

Esa noche oró con todas las fuerzas de su alma. Pidió perdón por la ingratitud y se excusó por el rencor. Agradeció la vida, la suya y la de todos, como también la de los que sufren, también la de los malvados. Comprendió que sin el dolor no hubiera sido posible crear a los Hombres y que sin permitir el mal no hubiera sido posible dejarlos libres. Entendió que la tarea del creador del mundo no es intervenir para evitar el sufrimiento, sino comprenderlo. Pidió perdón y pidió que la maldición que había lanzado contra una inocente se desvaneciera. Oró y oró. No pidió perdón por haber matado a Argniolo porque era el único camino que le había permitido sobrevivir, pero se disculpó por haber irrespetado sus despojos, porque también Argniolo había estado en el vientre de una madre. Lo mismo hizo por los Orcos que había hecho decapitar.

Rosalba lloró dulcemente sus últimas lágrimas, disfrutando la enorme felicidad que le producía la respiración de sus hijos y su olor debajo de la gran cobija blanca que parecía una nube. Amamantó a los pequeños en el instante en que se despertaron, de tal modo que el sonido de su llanto, así fuera dulcísimo, no resonara. Se detuvo mucho tiempo a sentir entre los dedos los rizos de Erbrow, el cabello liso y sutil de Arduin y la cabecita aún implume del último, el que llevaba el nombre del padre, el bebé que ya había estado en el Reino de la Muerte y había regresado.

Al amanecer ella también se durmió. Mientras cerraba los ojos, inconfundible, comenzó el leve y alegre sonido de la lluvia. Robi durmió, durmió y soñó y su cansancio por fin se disolvió como el polvo bajo el agua.

Vio un lugar estrecho y oscuro cerrado como un círculo y comprendió que era el interior de una alforja.

Había en ella el hueso de una fruta, una carta que ya era ilegible, la muñeca de madera tallada y la barquita que habían sido suyas y que ahora serían de los hijos de una mujer que ella un día maldijo, y comprendió que el regalo anulaba la maldición.

Solo entonces se percató de que la vieja madera tenía pegados a ella pétalos blancos y de color carmesí, que se despegaron y cayeron en el fondo de la alforja donde se confundieron con otros pétalos, viejos y secos, con los mismos dos colores, como se confunden los cuerpos en un abrazo largamente esperado. La sangre del último dragón y la sangre del último Elfo se habían rozado. El círculo oscuro y cerrado se abría a la luz, porque este no era solo el interior de una alforja, sino el oscuro recinto de la muerte: ella vio el pasado de cada uno reunirse con un futuro donde todas las penas recibían consuelo.

Vio las Colinas de la Luna Nueva llenas de amapolas y tojos en flor, y sobre ellas vio las grandes alas del dragón en las que el pelo y las escamas se alternaban en volutas suntuosas. Entre sus grandes alas vio a los guerreros que lo habían matado y que habían sido perdonados, porque el gesto había sido llevado a cabo no para destruir sino para salvar; porque la niña que llevaba el nombre del dragón le debía la vida a ese grupo de hombres. Vio que a las manos que acariciaban el pelo suave ya no les faltaban dedos, y comprendió que los hombres y el dragón se estaban consolando de la descendencia que no habían engendrado con los nombres de los niños que habían salvado. Vio a Jastrin que corría al viento, vio la sonrisa de Yorsh y lo recordó. Reconoció al hombre silencioso y alto: el primero de los soldados que cayó combatiendo bajo sus órdenes, y detrás de él vio a todos los que lo habían sucedido. Vio una mesa larguísima preparada, en la que los manteles de lino y seda marina se alternaban con los de algodón grueso y cáñamo y reconoció al Jefe de la Casa de los Reyes ocupado y feliz con los preparativos, para que nadie nunca más sintiera hambre, un banquete infinito donde los más refinados faisanes rellenos y los más ordinarios fríjoles con tocino se alternaban con los murciélagos acaramelados en miel y los ratones con piñones que habían saciado el hambre de los asediados. Envueltos en la niebla leve de la mañana vio a su padre y su madre... Al fondo, lejanas, vio las sombras de los Orcos que había dado orden de sepultar. Por último, vio la sombra de Argniolo: él también debió haber sido un niño y también debió haber tenido una historia para contar.

Millones y millones de gotitas de lluvia se desprendieron de las nubes en el cielo bajo que durante días y días había abrumado la ciudad y cayeron sobre Daligar llenando los pozos, quebrantando el bochorno, lavando el polvo y la sangre, la de Jastrin, la de Lisentrail, la de todos aquellos que habían derramado sangre, en todos los lugares donde la sangre había sido derramada, de modo que solo quedara la nostalgia limpia de su memoria para recordarlos. Las gotas se reunieron en grandes riachuelos, minúsculos ríos que escurrían de los techos y a lo largo de las escaleras para lavar la sangre de Argniolo y la de los Orcos; limpiaron los palos en los que habían sido expuestas las cabezas amputadas y que de ahora en adelante servirían para sostener las plantas de fríjoles. Lavaron la sangre derramada año tras año por la

injusticia de los tajos de los verdugos y lavaron la vergüenza de quienes habían mirado sin haber intervenido.

La lluvia se unió a la tierra para que la hierba pudiera volverse verde, el follaje de las vides pudiera volver a levantarse orgulloso en el aire limpio y las coles se abrieran con sus hojas casi azules. La piel de los tomates, arrugados por la sequedad, se estiró.

Capítulo 27

Mientras el último sol de la tarde resplandecía sobre el verde tupido y tierno del arroz maduro, Rankstrail, el joven Capitán de Daligar, Vencedor de los Orcos, Libertador de Varil y Vengador del Honor del Pueblo de los Hombres, divisó su ciudad. Al remontar la Gran Puerta de ingreso al Anillo Externo y descender del caballo, la primera luz del atardecer brilló roja y oblicua sobre el anillo de murallas y sobre la colina de almendros y naranjos en la que se erguía la ciudad.

Rankstrail saludó en la puerta a los dos soldados que lo habían reconocido y les entregó el lobo y su magnífico corcel, negro como las alas de un cuervo, como el soplo de la noche.

No quería a nadie consigo. Se encaminó a pie, solo. La capa lo ocultaba a él y a la espada que llevaba a un lado. Franqueó riachuelos donde los niños jugaban entre las gallinas, junto a un grupo de ocas cuyas alas blancas se confundían con las nubes reflejadas en los charcos desde el cielo.

Entre las piedras de los murallones crecían de nuevo hiedras, musgos y arbustos de pequeñas flores. Las huertas multicolores en la parte alta de las murallas también habían renacido. En el lado meridional un árbol completo, un cerezo silvestre de verdad, salía oblicuo desde el muro vertical. Sus raíces habían encontrado entre las piedras despegadas espacio suficiente para agarrarse y vivir, crecer, florecer y dar pequeños frutos ásperos y reflejarse, él también, en los charcos junto con las nubes y las alas de las ocas.

Los charcos se continuaban en los riachuelos de las cocinas, que a su vez se canalizaban con el agua del foso que descendía desde la colina y se mezclaba con las lagunas que luego se entretejían con los arrozales y los canales. El conjunto creaba una ciudad ideal de fango y agua en la cual se reflejaba el cielo: una ciudad ininterrumpida que alimentaba una extensa población de caracoles y ranas que desde tiempos remotos solían terminar en estofado con ajo y perejil para ayudar a sobrevivir a los habitantes del Anillo Externo de la ciudad.

Había voces diferentes que se entrelazaban, se perseguían, se interrumpían.

Rankstrail bordeó el lado occidental del murallón externo contra el cual habían resurgido rápidamente los puestos de los vendedores de agua y las ventas de panes y mazapanes, llenando el aire con suaves aromas que se fundían con el humo acre de los garbanzos dorados al carbón.

Con la cara escondida dentro de la capucha, el Comandante de la ciudad se compró la tostada más grande de sésamo y miel que vendieran en todo el minúsculo mercado, y finalmente hincó los dientes en ella. Cerró los ojos y por un instante se vio obligado a apoyarse en el muro porque el placer le dio casi un vértigo.

En el fondo del mercado, en cuclillas contra el muro, encontró al vendedor de

tapetes que provenía de la ciudad caravanera de Donadío, Don de los Dioses, destruida por un huracán y que en el pasado, antes de que una inundación la anegara, se llamaba Gounnerte o la Bienamada, nacida sobre las ruinas de Lakkil, La Fortunilla, barrida por un terremoto. El hombre le repitió en su curioso idioma que si alguna vez lograba vender algunos de sus tapetes podría regresar a su ciudad y esta vez la reconstruiría no en madera y piel de camello, sino en piedra rematada por cúpulas de lapislázuli, para que nada pudiera abatirla nunca más y la llamaría Samkid, La Invencible. Rankstrail le compró todos los tapetes que tenían los colores del viento y del sol y le pidió que se los guardara hasta que él tuviera dónde ponerlos. Después se alejó seguido por una serie de bendiciones igualmente fantasiosas e incomprensibles que las maldiciones que lo habían seguido en el pasado.

Rankstrail remontó el tronco del cerezo silvestre ennegrecido por las llamas del asedio. En la cima de la única rama que se había salvado de la hoguera había macizos minúsculos de hojitas verdes como el alma misma de la primavera. Rankstrail se detuvo a mirarlo y pasó la mano con dulzura sobre el tronco rugoso y se tiznó los dedos y el borde del vendaje que todavía llevaba en la mano, aunque hacía tiempo había dejado de dolerle.

La casa de su padre había sido reconstruida idéntica a como solía ser: estaba conformada por la cavidad entre los contrafuertes del segundo anillo de murallas a la que se le habían agregado un techo y una pared inevitablemente torcidas y una puerta historiada con delicadeza para completar la obra. Desde lo alto de los bastiones ennegrecidos por el fuego reciente, la hiedra y los alcaparros pendían de nuevo sobre la diminuta casa. El joven Capitán de la ciudad recordó todos los renacuajos que habían capturado, todos los caracoles y las ranas que habían comido y los garzones cazados de modo furtivo, para completar los pagos faltantes del taller de carpintería y talla, oculto entre los contrafuertes de la segunda cinta de murallas y el cerezo silvestre.

Sus dedos rozaron la alforja áspera y lisa, escondida bajo la casaca de terciopelo. Adentro tenía el hueso de un durazno que le recordaba los primeros muertos que había vengado. Estaban los pétalos manchados con la sangre del dragón que había sacrificado la vida por salvar a su hermano Elfo. Estaba la carta dictada por su padre donde las palabras «Adorado hijo, a cada instante sueño con tu regreso, y por tu regreso ruego a cada instante...» ya no eran legibles porque la yema de los dedos del Capitán las habían borrado. Estaban los juguetes donados por Erbrow para comprar su piedad y para alegrar a los hijos que había decidido no tener jamás.

Cuando entró, ya era de noche. Su padre estaba en el interior de la casa cerca al fuego, sentado en un pedazo de tronco, entre la chimenea y el lecho que ocupaba casi todo el piso. La puerta de la otra minúscula habitación donde dormía su hermana estaba cerrada, seña de que ya se había ido a descansar. Borstril, su hermano menor,

dormía tranquilo en un lecho de paja en un altillo de madera que dividía a la mitad la escasa altura de la habitación. Rankstrail miró al padre: no recordaba que fuera así de encorvado. Le pareció pequeño, casi consumido. El cabello estaba más blanco y más ralo que la última vez que se lo había mirado. Las manos tenían un temblor que antes no existía. El viejo levantó la mirada de la banca que estaba reparando con mucha dificultad, con las manos que no parecían ser más las suyas; lo vio y le sonrió. Por un instante se iluminó.

Rankstrail se acercó. Descollaba por encima del viejo como una montaña. Correspondió la sonrisa, pero la suya fue más leve, casi un esbozo. Se quedó en silencio un largo rato.

—Padre, perdóneme: vine para preguntarle quién soy —dijo por fin, quedamente.

El viejo perdió la sonrisa. Vaciló, pero jamás retiró los ojos del rostro del Capitán. Se produjo otro larguísimo silencio.

—Tú eres mi hijo —dijo finalmente en un susurro—. Eres mi hijo primogénito. Eres hijo mío y de mi esposa. Tú tienes sus ojos. Tú... eso es. Sonríes como ella... Tú eres mi hijo... Tú eres nuestro niño, nuestro hijo primogénito...

La voz del viejo se perdió en las últimas sílabas.

Rankstrail asintió. Luego se arrodilló ante el viejo, le tomó una mano apartándola con dulzura de la banca y la besó. Luego agachó la cabeza y la apoyó encima. La mano del viejo se veía pálida y sutil entre las suyas, enormes, cortas y oscuras.

—Eso lo sé —dijo Rankstrail con serenidad—. Eso lo sé —repitió de nuevo—. No podría vivir si no lo supiera. Sé que soy el hijo primogénito de ustedes y eso es lo que ha acompañado cada uno de mis pasos, eso ha sostenido mi aliento.

La mano del viejo estaba fría bajo la frente de Rankstrail en llamas. Lo sentía temblar.

Se quedó así un largo rato, en silencio.

—Ahora le ruego, padre, dígame quién soy —repitió finalmente, mientras las sombras de la tarde invadían la casita, disputándose la luz del fuego que se estaba apagando.

Solo cuando las primeras estrellas brillaron a través del vano de la puerta que había quedado abierta, la voz del padre se sintió de nuevo.

—Antes de las grandes lluvias nosotros vivíamos a la entrada de la llanura oriental, en el límite con las Tierras Notas. La nuestra era una aldea pobre, pero no miserable. Yo amaba a tu madre y sabía que ella me amaba: estábamos esperando la luna de verano y la cosecha para luego casarnos. Yo sabía tallar la madera, tenía seis cabras y estaba en edad de casarme. Esa luna no trajo ningún verano sino el inicio de las Lluvias Perennes y el mundo se ahogó en el agua y la miseria. Las cabras se ahogaron, las patatas se pudrieron. No había nada con qué pedir de forma decente a una mujer en matrimonio. Nosotros osamos lamentarnos y quizá por ello los Señores

de los Infiernos nos castigaron: a los Demonios no les agrada la insatisfacción y se vengan de las maldiciones. Cuando pensábamos que la miseria era ya suficiente y que la suerte había sido ya demasiado injusta, los Orcos llegaron y se abatieron sobre nosotros. No sé decirte de dónde vinieron. Eran los primeros que veíamos: desde los tiempos de Arduin los Orcos habían sido expulsados, pero en los tiempos de Arduin las fronteras eran vigiladas por hombres armados y había fortines y fuegos para advertir la llegada del enemigo. Ahora, por el contrario, solo nuestros sembrados de fríjoles marcaban el límite entre lo conocido y lo desconocido, y nuestros sembrados de fríjoles, como la estepa con la cual limitábamos, estaban a un palmo por debajo del lodo. El hambre empujó a los Orcos hacia nuestras casas. Encontraron lo que quedaba de nuestros fríjoles, pero eso no era todo lo que querían. Nuestras mujeres... ves... nosotros no...

El viejo se interrumpió. Se cubrió el rostro con las manos durante algunos instantes. Luego se recuperó.

—Nosotros no pudimos defenderlas —continuó—. Es difícil de explicar. Sé que hubiéramos debido protegerlas o morir en el intento... Es que... ves... nosotros no nos lo esperábamos. No teníamos centinelas, ni cuernos ni fuegos de alarma. No teníamos nada y ellos se nos abalanzaron encima como... como lobos en la noche. Antes de que comprendiéramos qué sucedía, ya la mitad de nosotros estaba muerta y la otra mitad deseaba estarlo. Sí, así fue. La mitad de nosotros estaba muerta y la otra mitad deseaba estarlo... Y luego sucedió lo que siempre sucede en estos casos. Aquellos de nosotros que todavía estábamos vivos nos levantamos del suelo y decidimos comenzar a vivir de nuevo. Apagamos los incendios, sepultamos a los muertos, vendamos las heridas de los vivos y decidimos fingir eternamente que nunca había pasado nada. Sepulté a mi padre y juré que odiaría y destruiría a cualquier criatura que tuviera sangre de Orco. Las mujeres que tres estaciones después tendrían hijos de los Orcos los arrojarían a la laguna que las lluvias habían formado debajo de la colina y todo quedaría borrado. El honor de la aldea sería restaurado. Pero ella no quiso. Tu madre, quiero decir. Dijo que tú eras un niño. Un niño y basta. Todos los niños lloran del mismo modo. Dijo que el honor de los Hombres radica en no matar a los niños. Jamás. De otro modo querría decir que son Orcos. Y entonces la expulsaron. Y yo, que había jurado odiar y destruir cualquier criatura que tuviera sangre de Orco, yo... comprendí que lejos de ella... y de ti... mi vida quedaría reducida a ser fango. Le pedí ser su esposo y servirte de padre. Ella no quería porque su rostro había sido desfigurado y su vientre violado, y yo le dije... yo le dije... sabes, fue una conversación difícil, pero estaba preparado, le dije que hubiera querido ser rico, fuerte, bello; hubiera querido ser un Rey para poner mi reino a sus pies; hubiera querido al menos ser un ladrón para poder tener algo que le quitara el hambre, pero no era nada ni nadie, y lo único que podía ofrecerle era a mí mismo, un

hombre sin nada, que vagaba en una landa de pantano. Le dije que juntos la noche sería menos fría y la luz se levantaría más temprano, mientras que solos el mundo nos aplastaría y aunque nadie se molestara en matarnos, nuestra propia aflicción sofocaría nuestro aliento antes de que el día retornara. No podíamos hacer nada contra los Orcos, excepto esto: hacer vana su acción sobre nosotros y vivir a pesar de ellos.

—Quería que se convirtiera en mi esposa para amarla por encima de todo. Su cara estaría de nuevo intacta y su vientre inmaculado, porque así era ante mis ojos y así sería también ante los suyos. Los Orcos que habían destruido a nuestra gente y penetrado su vientre serían solo el sueño confuso de una noche de viento. El niño que iba a nacer sería nuestro hijo primogénito y el amor que le daríamos sumergiría la destrucción y el odio en el lodo de las cosas inútiles.

El viejo calló. Se produjo otro largo silencio. El fuego de la chimenea también se había apagado. Rankstrail apenas se atrevía a respirar. El viento se levantó. La puerta se golpeó. El viejo se estremeció. El joven Capitán se paró, cerró la puerta y puso la capa alrededor de su padre; las insignias de oro de Comandante de la ciudad brillaron en la oscuridad. Volvió a encender el fuego y luz de la llama iluminó la habitación. Las sombras desaparecieron.

El viejo miró al hijo.

—Me siento feliz de que hayas sido tú quien salvó a la ciudad —le dijo por último y luego lo repitió.

Rankstrail asintió. Tenía la sensación de haber descendido a los Infiernos y de haber regresado. La maldita duda de su vida, el gusano venenoso que desde siempre carcomía sus pensamientos y que él siempre había alejado en algún rincón de su mente lo suficientemente oscuro como para poder fingir que lo olvidaba, ya no podía ser alejado. Ahora tenía la verdad frente a él como un monstruo que durante muchísimo tiempo había buscado, había huido y que finalmente encontraba. Miró los ojos de su padre y el monstruo de su sombra desapareció para siempre junto a los fantasmas de una noche pantanosa en unos sembrados de fríjoles en los límites de las Tierras Ignotas. Él era el hijo primogénito de un hombre y una mujer que se habían amado por encima de cualquier otra cosa. Era el hijo primogénito de ese amor. Todo el resto se sumergía en las profundidades de las cosas inútiles.

Los Infiernos se habían cerrado de nuevo y no los reabría para nadie.

El viejo miró alarmado el vendaje de la mano.

—¿Estás herido? —preguntó.

—No, ya no lo estoy —respondió Rankstrail avergonzado.

El viejo rozó con los dedos el borde de la manga de terciopelo y señaló las insignias de oro.

—Ahora eres un hombre importante —comentó—. Eres... ¿también eres rico? —se informó con timidez.

Rankstrail se lo confirmó.

—Claro —respondió—. Claro —repitió y se sintió culpable por no haber pensado aún en la forma de sacar al viejo de la minúscula casa—. Mañana a primera hora te buscaré una casa de verdad, con todas las paredes... las ventanas, un jardín... una huerta...

—No, no, no es para mí, no es para mí —protestó—. Esta es mi casa y no quiero dejarla. Aquí viví. Aquí murió tu madre. Su tumba está a cincuenta pasos de esta casa y puedo ir a hablar con ella cada vez que me siento solo. Conozco a los vecinos. Es para tu hermana. Está a punto de casarse... —explicó con aire preocupado.

Aquella zambullida en la cotidianidad despejó el alma del joven Capitán.

—¿El hijo del panadero se decidió a pedirla en matrimonio? Podemos decirle a la arpía de su madre que tendrá toda la dote que quiera.

—No, no es el hijo del panadero, es el Príncipe de los arqueros el que la pidió como esposa.

—¿El Príncipe Erik, el jefe de los arqueros? ¡Es hijo de la estirpe más importante de la ciudad!

—Él. Quiere a tu hermana como esposa, pero dijo que la dote no le importa para nada. Ni siquiera quiere oír hablar de ello. Dice que el coraje y el arco de tu hermana son ya una dote... ¿cómo dijo?, suntuosa. Ellos estaban siempre juntos, sabes; organizaron juntos todas las defensas de la ciudad. Tu hermana les enseñó a las mujeres de Varil a disparar el arco. Incluso a las grandes Damas. Incluso a las lavanderas. Si la hubieras visto... Él dijo que el honor de desposar a Flama, y además desposar a una joven que es tu hermana, vale más que...

Rankstrail rompió a reír: su larga carcajada liberadora resonó largo rato en la casita.

—En fin, ahora que tenemos una dote, ¿ya nadie la quiere?

El viejo no se rio, sino que se quedó preocupado.

—Aunque él no quiera nada, nosotros debemos poner algo de dinero. Ella querrá un traje de novia. Un traje elegante. Él es un Príncipe... Sabes, Flama usó el traje de novia, el que había sido de tu madre, para ir a hacer la guerra. Quizá estuvo bien: sabes, lo tenía puesto cuando se encontraron la primera vez. Ella estaba tan hermosa... se había puesto el traje de novia para ir a morir. Pero ahora el traje está lleno de sangre y lodo y aunque logremos limpiarlo no podrá...

Rankstrail lo tranquilizó. El padre seguía pareciéndole más pequeño de como lo recordaba. Después de que le ayudó a acostarse se quedó a su lado.

Antes de dormirse, el viejo susurró de nuevo:

—Me siento feliz de que hayas sido tú quien salvó a la ciudad.

Rankstrail se arrodilló de nuevo y le besó la mano.

Después de que el viejo se durmió, salió. Rankstrail tenía que atravesar la ciudad

para llegar a la escalinata que lo conduciría arriba a las torres y las escarpas, al más interno de los tres anillos de murallas desde donde se dominaba el horizonte.

Habían encendido las antorchas.

Su capa se había quedado sobre los hombros del viejo. Sus insignias de oro centelleaban. La gente que encontraba a su paso lo reconoció y lo saludó con reverencias. Algunos se arrodillaron.

Rankstrail llegó a los bastiones orientales y subió. Los soldados de guardia se pararon en firme para saludarlo. La llanura se extendía ante sus ojos hasta las Montañas Oscuras. La guerra era recordada por los fuegos de los campamentos de los Orcos que se veían en el horizonte y por las hileras de picas con las cabezas de los enemigos encima que se descomponían debajo de las horrendas máscaras de guerra, a ambos lados de la Gran Puerta.

—Los aterroriza —osó explicar el Jefe de los soldados que había acudido a recibirlo en las escarpas—. A los Orcos, quiero decir. En una antigua crónica leímos que la decapitación los aterroriza porque creen que se quedarán sin cabeza también en el Reino de los Muertos. Es la única cosa que les da miedo.

Rankstrail le dio permiso de retirarse y se quedó mirando durante un largo rato los fuegos de los campamentos de los Orcos en la lejanía y las picas debajo de él. Después mandó llamar a los dos lugartenientes de la ciudad.

Les informó que al día siguiente lanzarían el ataque para liberar los arrozales y les pidió verificar si los armamentos estaban en orden y distribuir un número adecuado de flechas. Ordenó reemplazar todas las corazas con las cotas de placas de la caballería ligera porque permitían mayor movilidad y no brillaban bajo el sol atrayendo las flechas. Ordenó hacer retirar las cabezas de los Orcos que todavía quedaban en las picas a la entrada de la ciudad, recomponer los cadáveres cuando fuera posible y sepultarlos. Ordenó que no se abatiera a los Orcos heridos o capturados sino que los hicieran prisioneros; y por último, ordenó reacondicionar las viejas prisiones subterráneas ubicadas entre los pozos en el centro de la ciudad y verificar que también hubiera agua limpia y vendajes para los enemigos heridos.

Se hizo un largo silencio, duro y sombrío como la hoja de una espada.

El lugarteniente más joven, un hombre alto de barba castaña corta y tupida, lo miró con unos ojos azules como el acero que brillaban de desilusión y rencor.

—Los Orcos exterminaron a mi familia, Señor mío —dijo finalmente—. Uno de mis hijos vaga ahora solo por el Reino de la Muerte al que llegó antes que yo y era todavía un niño. Los Orcos quemaron mi casa. Cada vez que cierro los ojos los gritos que se elevaban resuenan de nuevo y sé que es imposible para un hombre vivir tanto tiempo como para lograr olvidarlos.

Rankstrail miró largo rato al hombre antes de responder. Parecía buscar las palabras. Al cabo las halló.

—Creo que ningún dolor en el mundo es comparable al de un padre y una madre que se ven obligados a ver a su propio hijo antecederlos en la tumba. Sin embargo, he visto lo que los Orcos le hicieron a mi gente, a mi familia; por lo tanto, le ruego que ahora me permita hablarle como se le habla a un hermano —el Capitán se interrumpió, tomó aliento y prosiguió—. Tu dolor es el mío —le dijo al hombre—. Si a cambio de mi vida tu hijo pudiera volver a respirar, te juro que la daría. Si a cambio de mi mano tu dolor pudiera ser consolado, te juro que me la cortaré. Tu hijo no está solo en el Reino de los Muertos porque todos nuestros antepasados lo han acogido y consolado. Y en el momento en que nosotros pasemos al otro lado del viento, lo encontraremos esperándonos sobre praderas infinitas y cielos inmensos donde las estrellas brillan aun al sol. Daré la orden para que en cada aniversario de su muerte se pongan antorchas y flores en el lugar donde terminó su vida, porque perder el recuerdo del dolor es el más grave de los deshones. Ahora ordeno que se preparen fosas decentes para los Orcos que murieron y lugares donde puedan sobrevivir y tener agua limpia aquellos que tomemos prisioneros.

—Señor mío —dijo el lugarteniente más anciano, un hombre algo encorvado de barba gris y blanca—, esos son Orcos.

—Pero nosotros no lo somos —respondió Rankstrail.

Capítulo 28

Rankstrail se sentó en el parapeto de los bastiones. Los jazmines estaban floreciendo: su aroma llenaba el aire que tenía la dulzura acre de las noches del verano tardío. A lo lejos, sobre Daligar, se condensaban grandes nubes para que la lluvia viniera a ahuyentar la aridez, pero sobre Varil el cielo aún estaba vacío.

Rankstrail simplemente esperaría a que la noche pasara.

Al llegar el nuevo día lanzaría el ataque definitivo y reconquistaría la llanura de Varil para el Pueblo de los Hombres.

No lograría dormir. Ni siquiera lo intentó.

El dolor del lugarteniente y la historia de su padre habían quedado en su alma como una bandada de cuervos enloquecidos.

Sabía que estaban a punto de elegirlo Rey: el tipo de saludo que le rendían no dejaba dudas. Pensó que probablemente pasaría a la historia como Rankstrail el Solitario. No veía cómo podría tener alguna vez el coraje de proponer su sangre para fundar una estirpe. Los Infiernos se habían cerrado y no los abriría de nuevo para nadie. Viviría solo y moriría solo. Cumpliría a fondo con su deber para que nadie, nunca, tuviera que avergonzarse de él. Nunca tendría una descendencia. Sería un Rey justo y solitario para la ciudad. Este sería su honor.

Pensó en el traje de novia que su madre había bordado para no usarlo nunca. Se lo había dejado a su hermana.

Algunos hilos del bordado, por descuido, traspasaron también la tela de atrás de la falda y daban testimonio de que se lo había llevado nuevo en la fuga y nuevo había reposado en el baúl de la familia.

Recordó cuando su madre, en su lecho de muerte, lo hizo llamar y le dijo que había sido un honor tenerlo como hijo.

Rankstrail se había preguntado por qué. Lo único que él había hecho era existir, respirar, darle una mano con la ropa lavada o lavarla él, cuidar a su hermanita, partir leña, cargar agua, ayudarle al padre y cazar garzones para que hubiera algo de comer.

Se juró, de niño, que viviría para cumplir la expectativa de su madre de ser alguien de quien se pudieran sentir orgullosa. Su decisión se hacía más firme a cada instante. Su madre y su padre siempre podrían sentirse orgullosos de él.

Después de haber despejado la llanura pondría guardias y fuegos en los Confines para que los lobos no pudieran jamás llegar de noche a las casas y a las aldeas y dividir a la gente entre los que estaban muertos y los que desearían estarlo. Nunca más un padre tendría que llorar a un hijo por culpa de los Orcos. Llevaría a cabo la tarea de restablecer la soberanía del Pueblo de los Hombres sobre sus tierras y después moriría.

Había cerrado las puertas de los Infiernos a sus espaldas y no las volvería a abrir:

viviría solo y moriría solo.

Vio a lo lejos un grupo nutrido de soldados que se acercaba desde Daligar y bendijo a la Reina Bruja por haberlos enviado. Eran los Mercenarios que se habían quedado en Daligar y era justamente la fuerza que le faltaba para apoyar los flancos de su despliegue y así aumentar el impacto de la caballería en el encuentro frontal. Se preguntó quién sería el comandante.

El corazón casi se le paraliza de horror y las náuseas lo arrollaron cuando reconoció a Aurora a la cabeza de los soldados.

De un momento a otro llegarían a anunciarle la llegada de ellos.

El nuevo día sería el de la batalla final. De nuevo tendría que soportar saber que la carne, la sangre y los huesos de Aurora, y también sus ojos, su piel y su cabello, peligrarían entre las hordas de los Orcos.

Se preguntó cómo y por qué se le habría ocurrido a la soberana de Daligar mandarle a una joven mujer en medio de una guerra que estaba a punto de ser combatida.

Rankstrail pensó en el enfrentamiento que se estaba preparando. Quizá, mientras combatía, alguien vendría a decirle que el comandante de los arqueros de Daligar había caído, que las flechas lo habían golpeado y que su cuerpo perdía sangre que se mezclaba con el agua de los sumideros de los arrozales, o que su corazón se había detenido partido por una estocada. Quizá alguien vendría a decirle que la cabeza del comandante de los arqueros de Daligar había sido despegada del cuello y estaba sobre una lanza. O, vendría a decirle que el joven Capitán de larguísimos cabellos rubios entretejidos con perlas y plata, había desaparecido entre las hordas de los Orcos, como una isla sumergida por la marea.

No era capaz de tolerarlo.

En calidad de Rey tendría alguna posibilidad de hacer que Aurora acatará algunas órdenes, pero no estaba seguro de esto, puesto que ella era el comandante de un contingente extranjero. En todo caso, aún no tenía el título de Rey, y aunque estaba casi seguro de que se lo darían, también sabía que la coronación tardaría días o quizá semanas. No tenía ninguna autoridad sobre Aurora. No era ni su Rey ni su Capitán.

Aunque él lo olvidara, ella se apresuraría a recordárselo.

Quizá como marido podría ordenarle hacer otra cosa que no fuera guiar a los arqueros en el flanco occidental del ataque. Por supuesto. Ordenarle hacer otra cosa como entrenar a las mujeres de Varil en el uso del arco junto a Flama. Una ciudad en la que todos supieran defenderse era más afortunada. Nunca se sabe... en el próximo asedio... el tiro con arco era una habilidad que podría resultar conveniente... La guerra, al ser imprevisible, podía ser en todo caso considerada como un asunto donde las precauciones y el entrenamiento nunca eran suficientes.

¡Y además estaban los heridos! Aurora podría organizar la asistencia a los

heridos, a todos, ella con las otras mujeres: mientras más lo pensaba más magnífica le parecía la idea.

No solo para mantener a Aurora lo más alejada posible de las flechas de los Orcos, sino también por los mismos heridos. Todos los heridos, pensó de nuevo.

Todos. No solo los de ellos. También los... enemigos, aunque la sola concepción de la idea parecía una locura...

Le pareció increíble no haberlo pensado antes. Le pareció increíble que nadie lo hubiera pensado antes y notó además, dentro de su mente, que una vez que una idea es pensada de algún modo crece. Al principio parece alocada; luego, después de poco tiempo, ya no se puede renunciar a ella.

Tenía que casarse con ella.

Aurora no podría rechazar la solicitud de un marido de alejarse del campo de batalla y permanecer dentro de las murallas: hacerlo sería deshonar a su esposo, casi ridiculizarlo, y ella jamás haría eso, sobre todo si después el pobre hombre debía comandar un ejército.

Quizá ella lo aceptaría. Quizá sí. Debía pedírselo de una manera muy especial.

Un grupo de hombres armados llegó junto a las murallas. A la luz de las antorchas, Rankstrail reconoció el rostro de Aurora y la vio encaminarse por las angostas escaleras que conducían a los bastiones. Se acordó de que fue el primero en ponerle un arco y una espada entre las manos y envió contra él mismo cuanto maldición le vino en mente.

Al llegar a la grada más alta, Aurora lo vio y le sonrió. Rankstrail intentó recordar cuánto hacía que estaba enamorado de ella. Tuvo que haber habido un momento en el que aún no estaba enamorado de ella, pero se perdía en el tiempo. Hacía mucho tiempo había decidido que jamás osaría proponerle a una mujer su sangre infectada para fundar una estirpe y mucho menos a ella, porque precisamente ella era ella. Precisamente porque ella era ella, no soportaría saber la mano de un Orco encima de ella, esas manos grandes y cuadradas.

Trató de decir algo, pero la voz se quedó atrapada en los recuerdos de la noche. Luego miró la llanura, los extensos campamentos de los Orcos con sus fuegos, y la angustia que se apoderó de él al imaginar a Aurora en medio de ellos fue superior a la que lo torturaba al imaginarla a su lado.

—¿Quiere convertirse en mi mujer? —preguntó bruscamente—. Ahora —añadió.

Deseó que los Infiernos lo fulminaran. Había dicho «mujer». Ni siquiera «esposa». Debía haberle pedido el honor de ser su esposa. ¿O el honor de aceptarlo a él como marido? Es decir, esposo. Algo por el estilo. ¿De quién era el honor? ¿Suyo o de Aurora? ¿Cómo era la maldita frase? Debía haberle pedido a ella concederle a él el honor..., Sí, así era. También el haber dicho «ahora» había sido desastroso. No era así como había que decirlo. «De inmediato». «Sin poner»... no, «sin interponer»...

Trató de volver a empezar. Pero no tuvo tiempo.

—Sí quiero, Señor mío —respondió Aurora.

—¿Ha dicho que sí? —preguntó perplejo—. ¿De verdad? ¡Entonces quiere decir que está de acuerdo!

Aurora lo miró en silencio. Asintió.

—Sí, Señor mío —confirmó—, eso quiere decir.

—Ahora quiere decir enseguida —Rankstrail se sintió en la obligación de explicar—, sin esperar.

Aurora lo miró fijamente.

—Conozco bien el significado de la palabra «ahora», Señor mío —aclaró—. La grité junto a usted y sus hombres cuando cabalgamos juntos. ¿Lo recuerda?

Rankstrail se maldijo a sí mismo otra vez. Al menos debía recordar decir «Señora mía» cuando hablaba y hacer un esfuerzo por parecer menos estúpido. ¡No había acertado ni una vez!

Luego dejó de imprecicar.

Lo había logrado.

Ella había dicho que sí.

Recordó el primer garzón que había atrapado de niño. Hacía dos días que en su casa no se comía y él se había ido para los arrozales con su honda. Era una noche sin luna. Él había disparado con imprudencia y esa noche habían cenado garzón asado. Su madre aún vivía.

Recordó la primera cacería de Aurora: ella no la había disfrutado. Haber matado al conejo le había partido el corazón.

Aurora, como Yorsh, sentía el dolor de los muertos.

Rankstrail le habló sobre la necesidad de enseñarle el uso del arco a todo aquel que fuera capaz de sujetar uno, de tal modo que la población nunca más fuera víctima de un asedio, y de organizar la asistencia a los heridos, a todos los heridos, y ella aceptó con tal convicción que Rankstrail se dio cuenta de que le estaba pidiendo lo que ella siempre había deseado. Si hubiera pensado antes en el episodio del conejo, hubiera logrado comprenderlo por sí mismo: para Aurora el papel de guerrero era tan doloroso como para Yorsh. Solo en caso de necesidad absoluta lograban combatir, y siempre con el corazón desgarrado. No era difícil mantener personas como ellos alejadas del campo de batalla. Bastaba con que no fuera absolutamente necesario salvar a alguien y que en otra parte hubiera alguien a quien instruir o curar.

Mientras que él era diferente. Como Arduin, él podría ser llamado el Justo, quizá el Grande. Pero sin lugar a dudas, no el Misericordioso.

No sentía el dolor de los hombres que había matado.

Tal vez debía aprender. Tal vez se podía aprender.

Hasta que ese dolor no se sentía, no siempre se buscaba la vía para que los

muertos fueran siempre el menor número posible. Hasta que ese dolor no se sentía, siempre existía el riesgo de contar los enemigos muertos y disfrutarlo o competir para aumentar el número; y cuando esto sucede, significa que una armada se está envileciendo.

Él era diferente a Aurora.

La frase quedó resonando en su mente.

Él era diferente. No podía ocultárselo a Aurora.

—Hay cosas con respecto a mi nacimiento que debo informarle —le dijo de repente.

—No hay nada con respecto a su nacimiento que yo deba saber y ya no sepa —respondió Aurora impasible—. Su familia es una de las familias que huyó de las incursiones a lo largo de los Confines de las Tierras Notas, como mi segundo arquero o el tercero de sus alabarderos. Como más de la mitad de los hombres de su armada.

Rankstrail no tuvo necesidad de darse vuelta para mirar al segundo arquero o al tercer alabardero, también hijos de los lugares de los Confines donde las incursiones habían ocurrido. Eran inconfundibles. Hombros enormes que les daban un aspecto de montaña y aun en la penumbra hubiera reconocido las manos, idénticas a las suyas, oscuras y más anchas que largas. Inconfundibles.

A ellos también los había salvado la misericordia de unas madres que condenaron sus propias vidas por no haber querido eliminarlos.

Eran niños que no habían debido existir y llevaban la marca y el recuerdo de esto en su tristeza sombría porque, contrariamente a él, no habían encontrado en el camino a un padre dispuesto a buscarles uvas o a contarles, para consolar el llanto, cuentos tediosos que en su inutilidad resplandecían de ternura.

Se habían convertido junto a él, bajo su mando, en guerreros invencibles. Dos de ellos ahora reposaban en la Cripta de los Reyes de Daligar al lado del último Príncipe del Pueblo de los Enanos.

Todos ellos unidos habían sido el bastión contra el cual la avanzada de los Orcos se había hecho pedazos como una ola contra un acantilado.

Su mirada se apartó de Aurora que contemplaba con serenidad el horizonte y luego regresó sobre sus dos hombres, y luego de nuevo a Aurora.

Aurora ya lo sabía. Muchos ya lo habían comprendido. Buscó en la memoria: el Prestamista lo sabía, era probable que también el Senescal y con seguridad la Reina Bruja lo había deducido finalmente cuando le había dado la espada.

Aurora debió haberlo sabido hacía tiempo: ni una sola de las palabras que había pronunciado en el largo discurso junto al trono de Arduin había sido casual.

En cierto sentido los Infiernos se habían cerrado de nuevo.

Ya no pasaría a la historia como Rankstrail el Solitario.

Aurora, como su madre, se sentiría orgullosa de él. Ella también podría decir que

sería un honor ser su mujer... es decir su esposa. Ya no sería «el Solitario». Su única alternativa era convertirse en otra cosa: podría ser «el Justo» como Arduin.

¿O podría intentar ser «el Misericordioso»?

Tal vez podría poner todo junto como Rankstrail «el Pacificador», el que había liberado a la Tierra de los Hombres de manos de los Orcos y había llevado a los Orcos a ser un pueblo digno de una tierra.

¿Si no él, quién?

Tenía la sangre de ellos en sus venas: los Orcos también eran su pueblo.

Tenía que encontrar una forma, idearse algo; mientras lo pensaba se dio cuenta de que ya la solución estaba en sus manos. Tenía a los prisioneros.

Rankstrail había aceptado tomar prisioneros solo para evitar la desesperación de Erbrow y para respetar con obstinación la palabra empeñada, así fuera a una mocosa de dos años, siempre y en todo lugar como un verdadero caballero.

Había sido suficiente tomar a los Orcos prisioneros en una sola ocasión para que la idea de abatirlos comenzara a parecerle... ¿cómo decía Aurora? Irrealizable.

Tenía a los prisioneros. El trabajo en el campo les permitiría recuperar la libertad: los liberaría solamente después de que hubieran aprendido el oficio de campesino. Repartiría la tierra, mientras para el ganado haría lo que ya había hecho en la Roca de Guardia Alta: un sistema de préstamos. Las cosas regaladas carecen de valor, son despilfarradas y se acaban de prisa. Un sistema decente de préstamos acompañado de la ausencia de impuestos podía permitir multiplicar la riqueza al infinito. Tenía que proteger a las mujeres de los Orcos. Un pueblo donde las mujeres no tienen más valor que ser el medio por el cual un guerrero fabrica otro guerrero permanece hundido en el lodo y en la sangre de las guerras como único destino posible. Los pueblos que desprecian a las mujeres están constituidos por hombres cuya alma ha sido marcada durante la infancia por el desprecio que se vertió sobre sus madres como un ácido: las almas pierden color y luz para siempre. En estos pueblos queda una incapacidad para el pensamiento libre y para las ideas que les asignará la miseria, pese a la riqueza que posea la tierra en la que viven. En las regiones donde las mujeres eran esclavas, cada hombre nacía hijo de una esclava y esto lo privaba para siempre de la posibilidad de pensar, hacer, descubrir, decir y soñar con algo que los padres o los abuelos no hubieran ya soñado, hecho o dicho. Cualquiera que naciera hijo de una esclava tenía un alma que permanecía esclava, sometida eternamente. Por esta razón los Orcos no eran personas sino fragmentos de un ejército siempre dispuestos a sacrificar con indiferencia su vida.

Una vida vivida sin la aventura del pensamiento es una vida tan empobrecida que puede ser desechada con impasibilidad y hasta con alegría, con el único objetivo de destruir más enemigos.

Por primera vez en la vida Rankstrail sintió impalpable, indefinible,

inconfundible, entre el estómago y las vértebras, el miedo, como nunca antes lo había sentido.

No quería morir.

No quería que lo hirieran.

No quería que su sangre se quedara esparcida junto al lodo en los campos de batalla. Quería que se quedara en sus venas, para que él pudiera retornar al lado de Aurora, a su casa, donde sus niños gatearían sobre los tapetes del color del viento y del sol. Se dio cuenta de que el coraje que hasta ese momento había acompañado sus pasos tenía mucho de la temeridad de los Orcos; la indiferencia del que no ama ni la propia vida ni la propia sangre a tal punto que la arriesga en los campos de batalla. Ahora su vida y su sangre se convertían en un bien: Aurora las amaba. Ya él no quería perderlas. Se dio cuenta de que si quería continuar combatiendo en los campos de batalla, debía aprender el coraje doloroso de los Hombres, el de seguir siempre adelante aunque el terror atenace las vísceras, el de no detenerse aun cuando lo que se arriesga es una vida preciosa llena de dicha y de luz. El odio no servía y no bastaba. Solo pensar en aquellos que estaba protegiendo podía sostener sus pasos y guiarlo.

Una buena capacidad diplomática y la riqueza de la tierra podían disminuir las guerras y quizá hacer que fueran olvidadas.

Él sabía ser Rey: el Prestamista le había enseñado cómo se usa el dinero para que la tierra germine, dado que es en la abundancia que la fiereza de los pueblos desaparece. Sabía mantener la espalda recta cuando tuviera que comer con embajadores: nada había sucedido por casualidad.

Rankstrail miró de nuevo a Aurora. Luego miró hacia el horizonte y el horizonte se iluminó y cambió. Ahora tenía frente a él la Tierra de los Orcos, la que había visto cuando había escalado la cima de la Montaña Partida. Allí donde solo había extensiones de estepas, vio surgir ciudades y arcadas de puentes que superaban ríos y remontaban riscos. Allí donde solo había selvas impenetrables, vio sembrados ordenados de maíz que se alternaban con los sembrados desordenados de alfalfa. Vio al Pueblo de los Orcos abandonar los campamentos de fango y tiendas de cuero no curtido donde los niños se disputaban los huesos descarnados con los perros, y crear ciudades de piedra y mármol donde las cúpulas de turquesa y oro reflejarían el cielo, y bibliotecas monumentales que reconstruirían el orgullo del pensamiento libre y de la ciencia.

Con Aurora a su lado era posible.

Asintió.

Contempló aún la visión y cuando las ciudades, los arcos y las cúpulas desaparecieron oscilando como una vela al viento, quedaron esculpidas en su memoria, grabadas como el destino de un mapa.

Rankstrail se dio vuelta hacia Aurora y se encalló en un problema práctico. Si

quería desposarla antes del amanecer, era necesario encontrar a alguien que celebrara el matrimonio.

Se dio cuenta de que no tenía idea de a quién llamar. Los habitantes del Anillo Externo se dirigían siempre al mismo tipo que recogía las tasas y los impuestos, el Recaudador, un hombrecito con forma de buitre con el cabello gris y grasoso, encargado también de registrar los decesos, los nacimientos y las llegadas. Además de hacer los registros, el recaudador recogía los gravámenes que cualquier evento, desde un nacimiento hasta una muerte, incluido llegar, casarse o marcharse, implicaba en el Anillo Externo.

Él era el Comandante en jefe de la ciudad y Aurora pertenecía a la aristocracia de Daligar, además de ser el segundo comandante del ejército de la ciudad aliada. No podía casar el buitre del Anillo Externo. Rankstrail se propuso mentalmente, como primera acción de su gobierno, reconsiderar los impuestos y se preguntó de nuevo a quién tendría que dirigirse para casarse.

No sabía casi nada de la vida de la Ciudadela: solo había entrado allí dos veces en la vida.

Se preguntó también, ahora que era el Comandante en jefe de la ciudad, dónde tendría que vivir. La voz de ella lo interrumpió.

—Señor mío —preguntó Aurora—, ¿quiere que vaya a llamar al Burgomaestre para que celebre la ceremonia? Lo conozco desde que era niña y así usted no tendrá que descuidar los asuntos del ejército.

—Sí, por supuesto —repuso Rankstrail mientras ocultaba el alivio con un fingido aire de indiferencia.

—¿Quiere que le pida que haga abrir la Morada de los Comandantes? Creo que ha permanecido cerrada desde que los Orcos colgaron a Sire Erktor.

—Por supuesto —reconfirmó con serenidad Rankstrail.

¡Entonces había una Morada para los Comandantes! Tenía un lugar adonde llevar a Aurora. Entre otras cosas, en vista de que poseía una casa, también tenía mobiliario para trasladar allí: los tapetes del color del viento y del sol provenientes de la ciudad caravanera de Donadío, Don de los Dioses, en el pasado denominada Lakkil, la Fortunilla, que tenía firmes intenciones de ser reconstruida en piedra y lapislázuli para pasar a la historia como Samkid, la Invencible.

Aurora se había ya puesto en marcha cuando él recordó decir:

—Señora mía.

Ella se detuvo, se volteó, hizo una pequeña reverencia y sonrió. Se dio vuelta y comenzó a bajar y en el ímpetu del movimiento perdió el equilibrio. Rankstrail se abalanzó y alcanzó a tomarla del brazo para evitar que cayera. Al hacerlo, sin embargo, el borde de su collar de oro macizo, símbolo del comando de la ciudad, se enredó en la red de plata y perlas diminutas que sujetaba el cabello de Aurora en una

serie de volutas precisas: la redecilla se rasgó y las volutas se deshicieron y las trenzas se abrieron en una madeja sedosa que se esparció con la ligereza de una bandada de garzones. Aun a la luz débil de la luna fundida con la de las antorchas, Rankstrail percibió que Aurora se había ruborizado. Se quedó un largo rato inmóvil, sin osar moverse o quizá sin querer hacerlo. Aurora tampoco esbozó ningún movimiento. Finalmente, con un gesto en extremo cuidadoso, se atrevió a retirarle el cabello del rostro.

Mientras lo hacía miró sus manos oscuras sobre el cabello claro de Aurora y esta vez no experimentó el impulso de retirarlas: esas manos le pertenecían a él y no a quien lo había engendrado.

Podía, sin horror y sin vergüenza, tenerlas sobre el cabello de una mujer que amaba con un amor que superaba cualquier descripción y que había aceptado escogerlo con absoluta libertad.

Le preguntó a Aurora si estaba bien y ella asintió. Se miraron de nuevo y Aurora le dijo en voz baja:

—También en mi penumbra existen Demonios.

No había ninguna entonación, pero Rankstrail sintió el dolor como un mar de lodo que invadía el mundo.

Recordó el extraño remordimiento que lo embargó ese día de finales de verano, cuando al atardecer tuvo que abandonar a Aurora en su jardín de flores y columpios de plata con la sensación de estar dejando a un compañero de armas en manos de los Orcos.

—Nunca me ha dicho cómo murió su madre —preguntó.

—Trató de huir conmigo. Fue decapitada —dijo Aurora con una voz inexpresiva.

—¿Fue su padre el que ordenó la ejecución? —preguntó Rankstrail: quería estar seguro de haber entendido bien.

Aurora lo confirmó.

—¿Usted la vio? La ejecución, quiero decir —preguntó en un susurro.

Aurora asintió de nuevo.

Rankstrail sintió la mezcla de dolor y vergüenza que solo los hijos de padres innobles pueden conocer. Sus dudas, pues aún las tenía, desaparecieron, se disolvieron para siempre.

Pensó que cada uno es responsable de sus propias elecciones, no de las del ser que lo engendró.

Tomó a Aurora entre sus brazos y la estrechó contra él con todas sus fuerzas, con la sensación de que eran dos seres que habían atravesado el desierto y que al fin se habían encontrado. Sintió de nuevo el temblor, como el movimiento de las alas de un pájaro cuando se tiene sujeto entre las manos, y después todo se calmó. Aurora puso la cabeza en su hombro y se echó a llorar.

Era el punto donde las antiguas cicatrices de los latigazos se intersecaban con las más recientes hechas por el verdugo.

Lisentrail le había dicho que si una mujer roza las cicatrices de un hombre, el recuerdo de estas deja de doler. Era cierto. Es el presente el que embellece el pasado. Ahora que, debajo del sayo de terciopelo, sentía el peso y la tibieza del rostro de Aurora contra él, el dolor del pasado se anulaba: de alguna manera había servido para preparar el mañana y el presente. Tanto el mañana como el presente valían hasta la última migaja de dolor.

El joven Capitán cerró los ojos. Por primera vez regresó el sueño de un cuerpecito para tener entre los brazos: alguien a quien enseñarle cómo caminar y cómo hablar y que lo llamaría padre. Era un sueño que había tenido de niño, antes de que el gusano malvado de la duda comenzara a corroerlo; después lo abandonó, lo encerró en un lugar oscuro junto al propio derecho de soñarlo, por el horror de poder reconocer en sus propios hijos el fantasma del monstruo que lo había engendrado a él. Ahora lo soñó de nuevo: sus hijos nacerían con forma de niño y se parecerían solo a sí mismos.

Rankstrail se percató de que ya contaba con juguetes para los hijos que tendría. Pensó que el paraíso podía existir y que él había llegado allí: era la respiración de Aurora contra su hombro. Podía percibir su olor mientras tenía las manos sobre la clara tibieza de su cabello. Pensó en las noches y los días que se alternarían con el inestimable regalo de la presencia de Aurora. Los hijos que ella llevaría en su vientre lo llamarían padre. Aurora compartía con él el temor de que los hijos de padres innobles puedan reencontrar en su propia descendencia los rasgos de los monstruos que los engendraron. Aurora y él aprenderían a amarse a sí mismos al verse reflejados uno en los ojos del otro. Aprenderían a amar sus propias manos al reconocerlas en sus hijos.

Rankstrail se preguntó si era verdad que a los niños de los Reyes se les obligaba a dormir solos en habitaciones donde no había nadie más. Deseó que no se considerara muy poco apropiado que él tuviera a los suyos a su lado para poder contarles, en las noches de tempestad, la fábula del lobo y la cabra para que no sintieran miedo. Esta vez la concluiría de la manera acostumbrada: el lobo y la cabra llegarían vivos al amanecer, porque si es justo que los hombres no renuncien a la fiereza que los Dioses les entregaron para quitarse el hambre, es igualmente justo que sea posible soñar con que el lobo yazca junto a la cabra. Su honda volvería a ser una flauta para que sus notas pudieran acompañar las palabras de la fábula y enfatizar las pausas.

Como sucede también en las caballerizas reales, donde entre las patas de los pura sangre corren los ratoncitos, hasta en ese momento algunos pensamientos insignificantes y un poco ordinarios se cruzaron por su mente.

Se preguntó si era cierto que en la Ciudadela todos los días había pan fresco. Se preguntó también si había sopa de cebolla a menudo y si ahora que él era el

Comandante le podrían dar un cuenco de nías.

Rankstrail tenía una mano sobre la nuca de Aurora y sentía el cabello liso como seda bajo su palma ásperas. Los ojos se le llenaron de lágrimas por segunda vez desde que había acompañado el féretro de su madre cuando era niño. Mientras sostenía entre los brazos la desesperación de Erbrow, había llorado a Yorsh. Se avergonzó hasta la medula de los huesos por esas lágrimas, pero simultáneamente no se avergonzó de ellas para nada. Dejó que Aurora se diera cuenta de que lloraba mientras, escondido de las miradas de todos por la baranda alta de las angostas escaleras, seguía abrazándola.

La única certeza que tenía en el mundo era esa: eran el uno para el otro, el uno del otro, dos seres que habían atravesado las sombras y que al fin se habían encontrado. Y ellos, ¿si no quién?, le darían luz a un mundo que no tenía. El llanto de Aurora fue un llanto quedo, liberador, claro, que duró largo rato hasta hacerse cada vez más leve.

Rankstrail pensaba que ellos dos lograrían crear un mundo decente en el que nadie tuviera que avergonzarse de la sangre que le corría por las venas. Era esa, la vergüenza por las derrotas de la propia estirpe, el componente de Orco, junto al hecho de ser un hijo no amado y el hacer parte de un universo donde uno no tenía ningún valor por sí mismo, sino solo y en cuanto era un fragmento de un ejército. Transformaría a los Orcos en un pueblo donde cada uno recordara su propia grandeza y dignidad, donde cada uno pudiera sentirse orgulloso de su existencia.

El Pueblo de los Orcos podía olvidar a los Dioses obtusos y crueles que les habían hecho creer que la única capacidad y grandeza que tenían estaba en las armas. Redescubrirían que nada era imposible para ellos. Después de él nadie tendría que volver a avergonzarse de su propia sangre. Él sería el último. Después de él no habría más Orcos. No era difícil: tenía que reconquistar la Tierra de los Hombres hasta los Confines y después hacer, a mayor escala, la misma operación que había hecho con los Saqueadores Negros, rescatando los territorios de la miseria y de la barbarie, pedazo por pedazo, sin desistir jamás.

Los Orcos también eran su pueblo. Lo quisiera o no, también tenía su sangre: era responsable de ellos. Debía usar el poder de las armas y el de la diplomacia a la vez. Tenía que convertirse en el más poderoso de los Orcos para poder ser el último, para romper el círculo de la barbarie y la crueldad que durante siglos los había atrapado y hacer confluír su antiguo esplendor con un futuro lleno de luz.

Solamente quien ha caminado durante mucho tiempo por el mundo de las sombras sin perderse logra reencontrar la senda en medio de los laberintos.

Aurora había dejado de llorar.

Buscaba evidentemente algo para soplarse la nariz y secarse la cara. Rankstrail se lo ofreció y ambos rompieron a reír por un instante cuando Aurora reconoció la bufanda de lino claro que había usado para vendarlo. Ya no era tan clara, pero sirvió:

Aurora hundió el rostro en ella y se secó la cara y los ojos, se sopló la nariz y, finalmente, sonrió.

—Nosotros —dijo Rankstrail y se interrumpió de inmediato. Quería decir: Nosotros, usted y yo, haremos justicia, pero se dio cuenta de que, por muy cruel que haya sido un padre, no debe ser el hijo, sino los demás, los que hagan justicia. Se corrigió—: Nosotros, la Reina Bruja y yo, haremos justicia. Para todos.

No era una promesa hecha al azar. Con seguridad la Reina Bruja no tenía intenciones de tener ninguna consideración con el hombre que había asesinado a sus padres y a su esposo. Él también tenía una larga lista de cuentas para saldar: los dedos que le faltaban a Lisentrail, los pies del Escribano Loco, la muerte del hombre muerto por una cadenita de oro, las cicatrices de las tenazas que por siempre llevaría, las lágrimas de Aurora, todo sería vengado.

Ellos harían justicia.

Alyil, la inaccesible Ciudad Halcón, seguramente tenía algún acceso y no la podían dejar sola en manos de un loco rodeado de quince verdugos.

Rankstrail se inclinó para besar a Aurora en la mejilla, luego le besó la mano, y por último le rozó los labios con los suyos. Después, finalmente, la dejó ir. Aurora comenzó a bajar las escaleras.

* * *

La noticia del matrimonio se esparció veloz como un rayo y desató el entusiasmo de los soldados. La idea de que el joven Comandante de la ciudad y de la armada estuviera a punto de desposar a la guerrera de Daligar, que era bella como el cielo de primavera, tenía el coraje de un león y parecía tener el don de curar las heridas de los soldados, los había puesto eufóricos.

Con seguridad, entre todos los buenos auspicios, ese era el que mayor alegría suscitaba. Además era un matrimonio con la Dama más aristocrática de Daligar, la Princesa del Condado, y por lo tanto le daba una fuerza adicional al joven Comandante que, sin pertenecer a la aristocracia, tendría que comandarla.

El Capitán Rankstrail se quedó sobre los bastiones hasta el final de la noche. Seguía observando los movimientos de los fuegos de los campamentos a lo largo de los canales. Al cabo se dio cuenta, deduciendo los movimientos de los Orcos por el vuelo de los garzones, y deduciendo el vuelo de los garzones por el grito de las aves rapaces, que el grueso de las tropas de los Orcos estaba acampado en la oscuridad y que los continuos movimientos de los fuegos tenían como único objetivo conducirlos hacia una trampa. Llamó a los oficiales de la caballería para comunicarles las variaciones en los planes de ataque: mucho más al este de lo programado inicialmente

y en la tarde, no en la mañana. Les darían tiempo a los Orcos ocultos, inmóviles entre los cañaverales, de sentir los yelmos incandescentes al sol y los piojos comiéndoselos vivos bajo las cotas de malla que empezarían a arder.

El más anciano de los dos lugartenientes de la ciudad de Varil miró la escena desde lejos. Sus ojos vagaron del Capitán Rankstrail al segundo de los arqueros de Daligar y al tercero de los alabarderos que estaba de ronda en los bastiones orientales. Sacudió la cabeza.

—Estos son tiempos que jamás pensamos ver. Los Elfos desaparecieron y el honor del Pueblo de los Hombres se les confía a los hijos de los Orcos —dijo en voz baja.

El lugarteniente más joven, al que se le había muerto un hijo pequeño, miró la escena. Aurora acababa de regresar adonde Rankstrail y la luz radiante del primer sol brillaba sobre su cabello clarísimo. Abajo, debajo de los bastiones, una de las mujeres que había venido a llevarles agua y pan a los alabarderos se inclinó para mirar la pata de un perrito herido. Al contacto de su mano este dejó de gañir de inmediato. La capucha de la joven se cayó y el sol le rozó el cabello que era castaño pero tenía algunos hilos de color dorado claro que centellearon. También los hilos plateados del cabello rojo de un joven arquero reflejaron el sol. El arquero reía junto con otros dos soldados: debía haber alguna apuesta porque de repente se cargó el arco al hombro y asestó de lleno en una hoja que el viento matutino había arrastrado por los aires.

El joven lugarteniente sonrió en silencio.

—Estos son tiempos que jamás pensamos ver —confirmó en voz baja, hablando más para sí mismo que para los demás—. Los Elfos descendieron para siempre entre nosotros y hasta los hijos de los Orcos se batían por el honor del Pueblo de los Hombres.

EPÍLOGO

Poco después del amanecer, bajo la luz dorada de la mañana temprana, se llevó a cabo el matrimonio del Comandante supremo de la ciudad simultáneamente con el de su hermana y el Príncipe Erik, hijo de Erktor, la dinastía más antigua de Varil. Las dos esposas estaban vestidas de manera sencilla con trajes de arqueros, aunque todas las mujeres de la ciudad se habían precipitado a poner a disposición de las novias sus chales más suntuosos y sus más preciosas túnicas. De nuevo el Capitán Rankstrail, que ahora muchos ya llamaban Sire, pensó que el destino era extraño: ahora que por primera vez tenía dinero, ya nadie tenía necesidad de él; ni siquiera para un traje de novia. Los habitantes de todos los anillos de la ciudad y los miembros de todas las armadas se unieron a la fiesta. Los fabricantes de mazapanes y dulces de ajonjolí y miel llenaron a la multitud con todo lo que tenían. También ellos rechazaron la idea de cualquier tipo de compensación como una ofensa. Las últimas y escasas reservas de vino de la ciudad que sobrevivieron el asedio se agotaron.

Antes de que el ataque se iniciara, cada vez más frecuentes y cada vez más persistentes, llegaron los inverosímiles rumores de que las bandas de Orcos estaban desertando para rendirse. Se había regado la noticia de que por primera vez en la historia los prisioneros no serían abatidos, sino salvados y alimentados. Los Orcos, atrapados desde siempre entre las penas que castigaban la deserción y la muerte que acompañaba a la captura, se habían quedado en los campos de batalla aun cuando las esperanzas y la guerra estuvieran perdidas. Ahora, por primera vez, sabiendo que serían derrotados, se rendían, prefiriendo una prisión decente a la crueldad de sus propios comandantes.

El Comandante Rankstrail decidió posponer un día el ataque, que al cabo se redujo a un simple despliegue de fuerzas contra una armada en fuga. El ejército de Varil reconquistó la llanura hasta los Confines de las Tierra Notas sin perder un solo hombre y sin infligirle bajas al enemigo, aparte de la captura de los prisioneros.